



REVISTA

UNIVERSITARIA

AÑO XLV

Nº 110

1^{er}. SEMESTRE

DE 1956

SUMARIO:

A EDITORIAL 7

ANTONIO ASTETE ABRILL:
Significado de la Educación en la
vida del Pueblo Peruano 9

FELIPE PAREDES: "Saludo al
Cuzco" 149

FRANCISCO ALENCASTRE: "Qusqu Na-
cuy" 151

FRANCISCO NIETO: "Derrotero para una
Evolución de la Poesía Cuzqueña
temporánea" 153

FRANCISCO VILLANUEVA URTEA:
"La Jura de la Constitución
1912 en Cajamarca" 299

FRANCISCO NAJE AL DR. FRANCISCO
RICALDI 308

FELIPE PAREDES: "Dos No-
tas Bibliográfica y Necrológica" . . 321

RESEÑA DEL LIBRO DEL CA-
RÁTICO CUZQUEÑO 323

RESEÑA DE LA TESORERÍA DE
LA UNIVERSIDAD 329

COLECCION DE AUTORES CUZQUEÑOS

FRANCISCO ARESTEGUI: "El Padre
— Escenas de la vida cuz-
co
Tomo III.

REVISTA UNIVERSITARIA

AÑO XLV

Ter. SEMESTRE

Nº 110

DE 1956

CONSEJO UNIVERSITARIO

RECTOR:

Dr. Luis Felipe Paredes

VICE-RECTOR:

Dr. M. Antonio Astete Abrill

Delegados de la Facultad de Derechos:

Dr. Rafael A. Flores Saldivar

Dr. Jorge Velasco Guevara

Delegados de la Facultad de Letras:

Dr. M. Antonio Astete Abrill

Dr. Humberto Vidal U.

Delegados de la Facultad de Ciencias:

Dr. Jorge Chávez Chaparro

Dr. Carlos Kalafatovich

Delegados de la Facultad de Educación:

Dr. Wilbert Salas Rodríguez

Dr. Julio Miranda Bernal

Delegados de la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales:

Dr. Gustavo Núñez del Prado

Dr. Mario Campana Espejo

Secretario General:

Dr. Angel Salcedo Chávez.

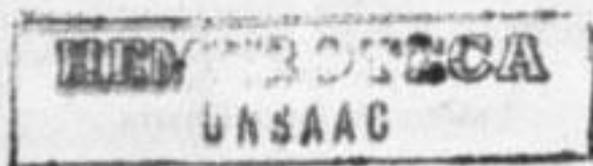
REVISTA UNIVERSITARIA

DIRECCION:

Sr. Rector, Dr. Luis Felipe Paredes

REDACCION:

Los señores Catedráticos Delegados de
Facultad ante el Consejo Universitario.



5608



La correspondencia, colaboración, canjes, etc.
se deben dirigir a:

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CUZCO
"Revista Universitaria"

Casilla 167

CUZCO - Perú.

REVISTA UNIVERSITARIA

AÑO XLV — PRIMER SEMESTRE DE 1956 — Nº 110

Organo de la Universidad Nacional del Cuzco.

NOTA EDITORIAL

AÑO PROMISOR

BAJO los mejores i más promisoros auspicios, se inicia el presente año académico, debido primordialmente a haberse creado un clima de generosa comprensión i mutuo entendimiento entre la docencia i el estudiantado, que ha de permitir cumplir en mejor forma i con más eficiencia, los altos fines culturales que corresponde a esta Casa de Estudios Superiores.

Por supuesto que los problemas a resolverse son múltiples i, al mismo tiempo, graves muchos de ellos; pero cuya solución se hace, en esta vez, más factible, debido justamente al concurso del poderoso factor a que venimos refiriéndonos i que, a nuestro juicio, es decisivo.

El estudiantado, mediante su organismo oficial, la "Federación Universitaria Cuzco", sometió a la consideración del Consejo Universitario, un pliego de reclamos relacionados con diversos aspectos concernientes a la marcha institucional de la Universidad, pliego que fué estudiado con serenidad i ponderación de criterio, por aquella autoridad universitaria, que hizo lugar a aquellos reclamos que eran justos i razonables, desestimando únicamente los que por ser ilegales ó no reposar sobre bases sólidas i razonables, no podían merecer la acogida

favorable del Consejo. Tan justa i equitativa fué la solución dada a este asunto de los reclamos, que el estudiantado se dió por ampliamente satisfecho con dicha solución. Es preciso dejar constancia en esta oportunidad, de la buena voluntad que animó al Consejo Universitario, para atender los reclamos, muchos de ellos justos, del alumnado.

El trabajo de más urgencia que hay que llevar a cabo es el referente a la construcción del Comedor de Estudiantes, obra que, prácticamente, se encuentra ya financiada por el Estado, i ya se tiene noticia oficial de que, en breve, se sacará esta obra a licitación.

Otra obra que urge concluir, es la terminación del Cuarto Pabellón destinado a la Facultad de Ciencias, que el Gobierno se comprometió a hacerlo i que ojalá se haga de inmediato, teniendo en cuenta el rol funcional que le corresponde cumplir.

Un hecho bastante halagador para la Universidad, es el actual funcionamiento del Primer Año de la novísima Sección de Agronomía, que se está desarrollando bajo los signos más favorables i propicios para los estudiantes matriculados en dicha Sección.

Necesitamos imperiosamente una más preferente atención estatal en favor de nuestra Universidad, que no puede desarrollar en mayor escala, ya no digamos en toda su plenitud, sus múltiples actividades i cumplir su altísima finalidad cultural.

Con todo, siempre optimistas, seguimos pensando i creyendo en que este año ha de ser de secundo provecho para la juventud que se cobija en los claustros de nuestra Universidad.

SIGNIFICADO DE LA EDUCACION EN LA VIDA DEL PUEBLO PERUANO

(DISCURSO DE ORDEN: en la apertura del año académico de 1956 de la Universidad Nacional del Cuzco).

PREFACIO

ESCRIBO esta pequeña obra con la sana intención de dar a conocer mi pensamiento a las nuevas generaciones de maestros, con algunos de quienes he tenido contacto en las aulas de la vieja y nobilísima Casa de la Universidad Nacional del Cuzco. La escribo con la pristina sinceridad de mi espíritu, que está saturado de la trascendental responsabilidad de todo maestro frente a la importancia de nuestros problemas pedagógicos.

Al emprender esta tarea no me anima otro interés que el de buscar y decir las verdades; esas verdades de las que tanto necesitamos y que sin embargo las rehuimos por indolencia o cobardía. La verdad está en todas las cosas y en todos los hechos que nos rodean; lo

que falta es escudriñarla con profundidad y altura. Entonces ella siempre aparece aureolada de su majestad impertérrita, para indicarnos el camino que debemos seguir e imponernos una línea de conducta que esté al margen de torceduras que la obnuvilen.

No espero conquistar ningún laurel de alabanza ni aprobación de parte de mis conciudadanos; menos tampoco deseo que se me condene o vitupere superficial o tendenciosamente. Sólo quiero que se me comprenda y luego se me rechace o se me acoja con fines creadores. Es mi punto de vista el que apuntalo en este trabajo, con la honradez austera de todo hombre que anhela la mejora de su patria, con el aporte así sea muy modesto de sus escasas posibilidades.

Escribo este libro para los peruanos libres, para aquellos hombres de la madura y nueva generación, en quienes no se ha extirpado la esperanza de forjar un Perú mejor y menos se haya esfumado el concreto perfil de nuestra realidad. Las ideas germinan y se agostan como las cosas, los seres y el "todo" mismo. El cambio es la ley suprema del universo y en ese cambio está la posibilidad de todo renacimiento. Escribo sobre algunas cosas peruanas relacionadas con la educación, con la esperanza puesta en el corazón y el cerebro, para que mis ideas por lo menos inquieten la meditación y el estudio de mis compatriotas sobre estas cuestiones de sobrada importancia nacional.

En mi concepto, sólo en manos de la educación está depositado el buen destino de los pueblos; por eso que al significado de ella en la trayectoria histórica del nuestro, dedico con todo el fervor de mis grandes esperanzas este libro. Muchas de mis presentes ideaciones que han sido facturadas en medio de los ardores de mi profundo amor por nuestra tierra, son productos de una larga y permanente observación y experiencia de las cosas y los hechos que suceden en nuestra patria. Debo declarar enfáticamente que este libro está elaborado con una decisión filantrópica y optimista para con el futuro de ella.

Su composición consta de cuatro partes: la primera trata, de la trascendental ascendencia edificante de nuestra educación en el estadio precolombino; la segunda, se ocupa de su colapso en la época colonial; la tercera, analiza la herencia de ese colapso que recojemos a través de gran parte de nuestra vida republicana; y la cuarta, muestra los principales logros de nuestra educación en el porvenir, que aparecen ante el alcance de mis reflexiones.

Para suerte mía, felizmente no escasea la bibliografía imprescindible de consulta, de autores sobre todo peruanos, que se han ocupado de estos temas con sobrada suficiencia de autoridad. Entre ellos

tenemos: a Mac Lean Estenós, Luis Antonio Eguiguren, Guillermo Le-
guía, Luis E. Valcárcel, Jorge Basadre, José M. Valega, Benjamín Ro-
jas Díaz, Mario Escobar Moscoso, Wilbert Salas Rodríguez y otros
más de nuestras actuales generaciones; y entre los de las anteriores, a
González Prada, Javier Prado, Abelardo Gamarra y José Carlos Ma-
riátegui, como los principales. Sus trabajos han facilitado enormemen-
te mi labor interpretativa.

Con la renovada esperanza de que esta obra, cumpla su papel
de mover el entusiasmo y consagración de nuestros investigadores, por
el conocimiento de nuestra historia educacional, hago votos porque sea
cordialmente recibida por sus lectores. No es precisamente una reco-
pilación histórica de nuestro desarrollo educacional; se trata más bien
de encontrar el sentido de su significación en la vida de nuestro pueblo.

Muchas de mis ideas esparcidas en estas líneas se hallan en
otro de mis libros en preparación; pero que las he hecho ingresar en
éste, porque no podía prescindir de ciertas apreciaciones de carácter
general, para darle a nuestra educación el sentido amplio y profundo
que le corresponde en nuestro devenir nacional.

Cuzco, abril de 1956.

INTRODUCCION

LA Educación es tan antigua como la humanidad misma: apa-
rece en la historia con el hombre y con éste ha de morir. Jue-
ga su rol culturizador desde el momento en que comienza a desen-
volverse el drama del suceder humano en el planeta. Por eso que ella
crea, conserva, estimula y trasmite egregiamente, la dinámica de la
cultura viva en todos los tiempos. Es la vida misma de los hombres,
que constantemente los impele hacia la meta de su ideal de eleva-
ción. El imperativo del existir es su avance incansable en el mundo;
de ahí que la educación construye, recupera y conquista los bienes y
valores humanos, para almacenar la suficiente capacidad de la es-
pecie, con el fin de que siga su senda progresiva por los caminos si-
nuosos de su devenir vital. Ella premune a los hombres de todas sus

posibilidades. Vivir es educarse, es decir, formarse calificadosamente para lograr la positiva ubicación del ser humano en la naturaleza y la sociedad. La pertinacia de la educación es inevitable, porque soslayarla de la vida implicaría la negación misma de su sentido trascendental.

En su completa acepción, vale expresar, en la más amplia, la educación se incrusta —se tenga conciencia o no de ello— en todos los planos donde la actitud de la vida se manifiesta. Los hombres dependen de sus influjos creadores como del aire que respiran. Ella emerge de la iniciativa particular del individuo tomando el nombre de autoeducación. Reververa del ambiental cosmos y se llama adaptación en el mundo. Nace del regazo de sus relaciones sociales y se denomina adaptabilidad social. Sale de las entrañas inconmensurables del vivir activo y consciente, tomando el nombre de conocimiento y experiencia de la vida. Finalmente se desprende del seno del mundo histórico, para ceñirse los laureles de la acción cultural del hombre en el tiempo y el espacio.

El ser humano se encuentra en medio de una maraña abigarrada de relaciones, de las que depende su estable gravitación vital en la existencia. Esas relaciones pueden sintetizarse en tres grandes géneros: primero, a las que corresponden con las que mantiene con el mundo inmediato y mediato que le circunda; segundo, con las que lo hace con sus semejantes, con quienes departe su destino en lo esencial a su naturaleza; y tercero, se pone en contacto con las ideas. El mundo se opone y dispone ante el hombre: el mundo a más de constituirse en un no-ser a su intimidad, es algo que coparticipa con él. Las relaciones del hombre con el mundo se mueven a través de constantes entrecruzamientos de estímulos externos y reacciones internas, que ora van del exterior hacia el yo, ora del yo hacia el torno. El hombre se mueve en el espacio ocupado por el mundo, con la urgencia de una necesidad definitiva: vivir es merodear en el ámbito circundante, movimiento que está circunscrito por las dos series de reacción mencionadas. El mundo forma al hombre y éste modela la forma y el significado del mundo; de suerte que para cada uno el mundo asume una fisonomía y expresión diferentes, tal como de manera magistral lo ha planteado Von Euxcüll. El mundo tiene, y por decirlo así, encierra un cosmos idiomático muy vasto que sólo el ser que lo experimenta y comprende puede entenderlo en toda su profundidad. Cada uno toca la contextura de su mundo con los órganos y las intenciones que están acondicionados, por el sistema de relaciones singulares que se han establecido en cada caso particular.

El hombre es el producto de la acción formadora del mundo y desde aquí, su educabilidad congénita en la naturaleza, en su calidad de ser ente microcósmico en el mundo. En resumen, de las relaciones establecidas entre el hombre con el mundo, nace la posibilidad y la realidad de la acción formadora del mundo para el hombre.

En cuanto a sus relaciones sostenidas con sus semejantes, la cuestión no cesa en complejidad y necesidad a las primeras. Si como unidad biológica el hombre es como una planta que máximamente depende de su mundo en contorno, en el proceso de su trayectoria orgánica; como entidad humana depende también del consorcio interactivo de sus semejantes. La verdad más categórica que ha implantado el socialismo en estos últimos tiempos, es seguramente ésta: de que el hombre es un ser social por excelencia. La sociedad es un macroorganismo cuya estructura y configuración se hallan enquistadas en el tiempo y el espacio, disparando desde allí sus impactos preformatrices y formatrices hacia el punto de insidencia constituido por el hombre. Las relaciones de éste con el "totus" social, son igualmente imperativas y significativas como en el caso con el mundo. Esas relaciones son también de una dinamisidad dual, porque tanto parten de la sociedad hacia el individuo cuanto del individuo hacia la sociedad. El hombre es el producto de los influjos sociales y la sociedad es el denominador común de la acción influenciante de los individuos que la conforman. En el campo de la cultura ésta irrumpe hacia los hombres con cuatro formas de relaciones interactivas, de las mismas que ya se ocupó Juan Roura Parella, las cuales son: 1.— el individuo influye en el individuo; 2.— el individuo influye en la sociedad; 3.— la sociedad influye en el individuo; y 4.— la sociedad influye en la sociedad. (Véase el libro de este autor, *Educación y Ciencia*. Cap. I. op. 11). Estos cuatro influjos son transformadores y en principio educativos, por eso que ese conjunto de relaciones humanas tienen un sentido pedagógico, claro está no siempre positivo, pero de todas maneras formadores.

Una agrupación social es una entidad orgánica, anímica y espiritualmente estructurada: posee un cuerpo material que con toda precisión se sitúa en un paisaje dado; tiene una alma que de generación en generación de sus componentes, se ha ido forjando con la síntesis de las idiosincrasias de éstos por medio de una tradición viva y actuante. Tiene un espíritu que salta de los valores atesorados por ese grupo y que forma los elementos de su personalidad colectiva. El espíritu colectivo es una fuerza integradora y exponencial de su capacidad y sus posibilidades creadoras de cultura. Si el alma es la

conciencia colectiva, el espíritu es la expresión de su sentido trascendente. El organismo social tiene viejas raíces temporales cuya ravia circula desde el pasado hasta el presente, en una pugna de revitalización actualista. Por eso la tradición no calcifica la vida de las sociedades, sino que más bien las empuja hacia una constante acción constructiva. La vida de los hombres discurre en medio de un contacto inmutable con sus congéneres, de quienes recibe y a quienes otorga a su vez lo mucho o lo poco de que es capaz de asimilar o de ser asimilado. Requiere de la cooperación de sus semejantes para afianzar su seguridad en la vida. De esto proviene su necesidad de adaptarse al medio social, con la misma atingencia que su adaptación biológica. Las condiciones y las circunstancias que organizan la existencia colectiva, recaen de inmediato y con la vehemencia de un destino superior en la vida individual. De esa manera la conducta de los hombres singularmente considerados, es sólo el resultante de los estímulos vitales que reinan en el fondo de la sociedad. Cada humana criatura es una cifra, que en forma diferencial va marcando el coeficiente ético de la comunidad a la que pertenece: desde la familia, pasando por la sociedad y acabando en el Estado, la comunidad penetra en la vida del individuo para hacerlo a su modo y convertirlo a su modo en uno de sus componentes.

Las relaciones que los hombres mantienen con las ideas, es otro filón de su compostura como seres vivientes de rango elevado en la naturaleza. El hombre es un ser pensante por antonomasia: su diferencia del resto de las especies animales inferiores, radica fundamentalmente en esta su cualidad ontológica. El cerebro humano es comparativamente hablando el más perfecto, desde el punto de vista anatómico y fisiológico. El *Homo sapiens* y el *Homo teóricus*, son denominaciones que encierran conceptos definitivos en cuanto son caracterizaciones específicas remarcadas. El pensamiento se desempeña omnímodamente en las relaciones del hombre con el mundo y con sus semejantes. Manuel Kant ha acertado al sostener que los objetos giran en torno al pensamiento recibiendo su poderosa influencia estructuradora. La conciencia se proyecta sobre las cosas, los hechos, los seres y las relaciones, de múltiples modos y formas. La vida mental que fluye de sus profundidades deslindadas, toma modalidades variadísimas según los planos de realidad donde se manifiesta. Es así que, desde los instintos, las pasiones, las emociones, las tendencias, los reflejos, los actos concientes, la imaginación, la razón y la intuición, implican con todos sus mecanismos subsecuentes, la calidad mental del hombre en el universo. Su existencia cir-

cula en la vida con la plétora de sus ideaciones, con las que se enfrenta a la realidad que le rodea. La aleación entre la mano y el cerebro, ha hecho de él el paradigma de la construcción de la cultura en la historia: su voluntad práctica y su pensamiento puestos a la orden de sus necesidades, han hecho posible todas sus realizaciones condicionadas necesariamente por el tiempo y circunstanciadas por el espacio. Las ideas sobrenadan sobre todo lo tangible e intangible que hormiguea en la naturaleza, la sociedad y la historia. Las ideas son la contraparte del cosmos arquitecturado por la obra del hombre en el mundo; ellas reververan a torrentes del seno de todas las actividades. Cada individuo es un océano inmenso que las surte a cada instante, para dilatarlas en los hontanares infinitos donde están los emporios mentales de los otros hombres. De esa suerte, las ideas empapan la vida humana por todos sus costados, con el agregado de que la mayor parte de ellas se entrechocan con amagos de beligerancia y diferenciación.

Los hombres tienen cada uno su idea propia del mundo y de la vida; tienen sus dogmas religiosos, sus principios filosóficos, sus preferencias artísticas, sus doctrinas y creencias políticas, sus concepciones económicas, sus normas morales, sus conocimientos y su fe científicos, sus opiniones y sus criterios sobre la utilidad de la técnica; sus propias concepciones sobre la educación, etc. De esa manera unas religiones luchan contra otras en el consorcio humano; las filosofías lo mismo, y así por el estilo; el panorama que ofrecen las ideas en sus interrelaciones es de una variedad indescriptible y producto de esa variedad muchas veces desordenada e inacorde, es el espectáculo que ofrece la existencia humana en el mundo y la vida, tomando la etiqueta de la lucha del reino de la libertad contra el reino de la necesidad, que en términos generales y abstractos se llama la lucha del hombre contra el hombre. Cada uno, sea éste, individuo, dogma, doctrina, principio, estilo o concepción, trata de sujetar a sus mandatos a todo lo demás, y de ahí proviene la contumelia. La lucha es la que comanda las relaciones del hombre con las ideas, quienes no solamente se contraponen horizontalmente en el espacio, sino verticalmente en el tiempo. No es sólo en la dimensión de un "aquí" que se origina y se desarrolla esa contienda, sino que también se verifica en la del "ahora", que transita de generación en generación a través del tiempo. Las ideas marran sus raíces en el pasado y desde allí gesticulan para encarnarse en el presente y querenciarse en el futuro. En este sentido el hombre no es dueño de esgrimir su libre albedrío. Piensa, siente, quiere, añora, niega, afirma,

prefiere, desea y detesta, de acuerdo a ciertos cánones apelmasados en el ayer e influido por las circunstancias actuantes en el presente.

De la interrelación de las ideas nacen las influencias positivas y negativas de su conducta: esa interrelación construye o destruye las trayectorias individuales y colectivas de los hombres en la vida. La acción de toda ideología en el sentido de Carlos Manheim, restaña en la variación de las actitudes humanas frente a las cosas y los hechos; por ello que la tarea de la educación en el campo de las ideas es formadora y deformadora a la vez, aniquilante o edificante, promisoro o remisa según los casos.

En las páginas que siguen trato de demostrar tres realidades: primero, que el estado de la situación en que se ha encontrado nuestro pueblo en un momento dado de su vida histórica, es el producto de su educación en el sentido más estelar que le doy a este vocablo; segundo, que esa educación ha tenido sus quiebras, sus altibajos y contorsiones, cuyos resultados recaen con toda su fuerza tradicional en nuestro presente; y tercero, que en la actualidad estamos dispuestos a columbrar el logro de una educación creadora, de una educación que tenga por destino la reestructura moral e intelectual de las nuevas generaciones que deben vivir y apreciar la vida, a tono con el sentido espiritual y material de la humanidad en el futuro.

PARTE PRIMERA

ESCENARIO Y SIGNIFICADO DE LA EDUCACION TAWANTINSUYANA

Los peruanos tenemos una muy larga historia y en este concepto estamos en igualdad de condiciones con los pueblos más milenarios del planeta. Nuestra cultura raíz es tan antigua como la de los chinos o la de los hindúes, que no obstante su enorme lejanía en el pasado respecto a su origen, sigue fortificándonos hoy en día con el poderoso venero de su tradición. Podemos engreirnos como los habitantes de aquéllos, por contar en nuestro acervo cronológico con millares de años de historia, de una vida que pese a los violentos percances sufridos en su cuantioso curso, aún prosigue alentándonos fértilmente en los momentos actuales. Los mejicanos, los chinos, los griegos, los egipcios y los árabes, también tienen una prosapia igual que la nuestra; por eso representan conjuntos humanos que llevan en sus entrañas una esperanza y un ideal de significar en el ahora y en el mañana algo muy importante en las horas escabrosas de nuestra época.

Si bien el destino histórico nos aplastó con grandes y catastróficas tragedias, no ha podido doblegarnos hasta el extremo de enpan-tanar nuestra vertebral realidad nacional. También nosotros, como otros pueblos de vigor perenne, contamos con fuerzas que desde remotos tiempos nos han reconstituido siempre, para soportar valerosamente los embates más tremendos que nos han sobrevenido en el pasado. Nuestra trayectoria en el acontecer universal, aunque duramente castigada por muchas zozobras, ha podido sortear los malos temporales defendiéndonos para sobrevivir. Y en esa situación nos encontramos ahora, con las alas tendidas hacia un mejor porvenir y la mirada atenta al espectáculo de un pretérito brillante que nos nutre con su savia desde nuestros lejanos orígenes.

No estoy haciendo una letanía de nuestras desgracias; que ello no reza en la historia. Sólo me concreto a constatar que el cauce de nuestro pasado ha sido tempestuoso, lleno de escabros y tortuosidades muchas veces casi insalvables, en los que nuestra primitiva unidad cultural y ética de pocas fracasó por completo. Me refiero a nuestra existencia histórica de vastos alcances, porque creo que la historia debe ser contemplada con ojos que desde la altura conveniente, siempre puedan abarcar los más amplios horizontes si se quiere el logro de la mayor y mejor impresión de su conjunto. Partiendo de este criterio es que la nuestra comienza todavía, en las lejanas etapas donde se fermentaron las simientes iniciales de nuestro mundo tawantinsuyano. Por tanto no me refiero a ese mezquino historial de nuestra patria, que se constriñe en los escasos linderos temporales que comienzan en la conquista y terminan en nuestros días. Esta historia última aún no se ha cuajado en una cultura propia y menos tiene una consciencia meridiana de su categórico ascendiente situado en el ciclo precolombino.

Comprendiendo que no es posible preterir a segundo plano el estadio más descollante de nuestro pasado, es que mis consideraciones sobre el curso histórico de nuestra educación nacional, llegan hasta aquellas vetustas etapas en las que ella se desenvolvió extraordinariamente para darnos el testimonio de su grandioso poder creador. La educación impulsa de diversas maneras la marcha de la cultura de un pueblo y cuanto mayor energía posee ésta en este sentido, tanto más sus efectos son palpados en la palestra de las realidades. Estos efectos los atesora cuantiosamente nuestro ayer indígena precolonialista: ahí están las pruebas de lo que fueron capaces; allí se encuentran los vestigios de su grandeza constructiva; es en sus dominios donde se hallan los documentos inmortales que hablan a nuestras generaciones, de lo que pudo rendir a nuestra historia en épocas en que élla conquistó un superior destino.

Desde los períodos míticos y oscuros de sus inciertos orígenes, el Perú autóctono presenta al mundo sus formas educativas, como constituyendo la columna vertebral de su organización económica, social y política. Si por ejemplo, tomamos a Garcilaso como una autoridad ad referendum para este caso, tenemos que Manco Ccapac y Mama Ocello constituyen la pareja atamantina del país incásico, entregada a la diligente tarea de formar sus bases elementales de cultura por medios educativos. Para este fin que se proponen, comienzan por educar a los aborígenes que habitan la región del Huanaquire, a fin de que sus pobladores de ambos sexos aprendan sus

faenas correspondientes, para el buen encauzamiento de la marcha social y política del pueblo que ha de ser su hechura. El primer Inca no solamente es un jefe político y un portavoz de una nueva divinidad todopoderosa (el Sol), sino sobre todo un educador que instruye a los hombres en todos sus deberes y actividades, para que sean eficientes partícipes en la normal configuración de la recién creada sociedad. Su consorte por su lado es otra instructora de gran talento, que tiene a su cargo la educación de las mujeres en las labores domésticas, con el objeto de establecer la institución del hogar como garantía para el próspero futuro de la novata población. Ambos cuidan del buen orden y eficacia que debe reinar en ella, tratando de forjar una moral sana de costumbres ordenadas y de práctico y espiritual rendimiento a la vez, para de esa suerte consolidar sobre bases firmes los cimientos del futuro gran Imperio Tawantinsuyano. Los demás cronistas e historiadores con escasas salvedades, concuerdan con la opinión de Garcilaso a este respecto, sean cuales fueren sus particulares conceptos sobre el proceso generatriz de esta cultura.

Toda época primitiva por la que atravieza la gestación de los pueblos, tiene un ritmo predeterminado por el sentido pragmático de la vida. El orbe en que se mueve la existencia originaria de los hombres, está sujeto por entero a los imperativos de la utilidad inmediata. Aquí no cabe otra alternativa que el actuar de modo positivo para alcanzar los fines de la supervivencia en la naturaleza. Las sociedades embrionarias no han tenido otra fundamental preocupación que ésta; ya que de otra manera es inexplicable su permanencia y evolución dentro de la realidad histórica. La lucha del hombre en el mundo se limita a llenar necesidades primarias impostergables, al soslayo de las cuales no es posible concebir siquiera la pervivencia de la especie en el planeta. Los grupos que por primera vez aparecen en la historia, se ven instados a proceder prácticamente, porque su existencia se halla engolfada en medio de dictámenes que sólo la acción puede responder de ellos. La voluntad de obrar caló muy hondo en las necesidades de la vida primitiva; por eso que la educación no se enderezó por otro camino que por el de obtener los mejores beneficios pragmáticos para garantizar su estabilidad y seguridad en el tiempo y en el espacio. El pensamiento de la mano está por encima del pensamiento del cerebro y en estas épocas es donde con mayor ahinco se nota esta preponderancia. Todas las formas de la pedagogía primitiva, desde la espontánea y esporádica, hasta la consciente y sistemáticamente dirigida, tiene una orientación practi-

cista, como puede constatarse en el historial educativo de los pueblos más antiguos. En todo tiempo y lugar, la educación se ha constituido en el factor dominante de la formación de la vida humana y para llenar este su cometido, siempre ha arrancado de sus fueros más imperativos; y si éstos, en las etapas que nos referimos, no han sido otros que los de las necesidades prácticas, se tiene, pues, que la educación ha sido pragmática en grado definitivo. Nuestra sociedad indígena no se sustrajo a los mandatos de esta norma y por el contrario los acató sobremanera, resultando de ello el marcado tinte utilitario que impuso a su pedagogía desde los primeros tiempos de su formación.

Su régimen político gravitó en torno a una jefatura absolutista, patriarcal y teocrática. Los primeros capitanes de esta organización, ya ciñen sobre sus frentes la corona que simboliza el máximo poder de ancestro divino. Los monarcas incas se consideran "Hijos del Sol" y padres espirituales y políticos de sus súbditos. En ellos se aglutinan todos los poderes, recayendo a su vez todas las responsabilidades frente a su pueblo. De ese modo nuestra autóctona nacionalidad, se formó dentro de los cánones del más justo y equitativo equilibrio entre los deberes y los derechos mutuos del Estado y la nación. El Estado como autoridad suprema que ejerce su poder para el bien de la nación y ésta que acata sus mandatos en concepto de que aquél representa la óptima dirección de sus destinos.

Ahora bien; para el pueblo peruano de estos estadios, la familia significó el primer asidero de la educación integral de las nuevas generaciones. Con visión evidentemente admirable los organizadores de la sociedad y el Estado de nuestra patria en ese entonces, tuvieron una idea clara del papel trascendental que la familia desempeña en la educación; por eso desde el primer momento le dieron una máxima importancia en este sentido. La familia es una entidad educativa de primera magnitud y por eso que en todos los pueblos de proyecciones categóricas en la historia, ha sido considerada en la altura que a su significado le corresponde. Como toda población de sanas costumbres y moral fecunda, la peruana de la antigüedad llegó al convencimiento, de que el núcleo familiar es el primer escalón de toda obra educadora. El hogar no sólo fue considerado como el sustentáculo de la sociedad, sino como el encargado de asumir la directa responsabilidad de la buena formación de la niñez, la adolescencia y la juventud. La educación cívica, religiosa, moral y técnica de las nuevas generaciones, era uno de los deberes más intangibles y supre-

mos de los padres de familia. Estos tenían la misión de sentar los pilares más firmes de la formación de sus hijos, mediante una crianza y una disciplina que sin descuidar y por el contrario relieves el aspecto práctico de su educación, comprendía su formación espiritual en el orden religioso y ético y su formación social y cívica en el orden de las relaciones del individuo con la sociedad y los poderes políticos.

De aquí se desprende la conclusión, de que este sistema educativo tenía fuertes raigambres tradicionales, puesto que surgía del ámbito de la familia y por lo mismo su acción y persistencia contaba con la solidez de toda experiencia originaria. Los niños, adolescentes, jóvenes y adultos, llevaron en su conciencia una abultada e incontrovertible capa de convicciones, gradual y diligentemente adquirida desde el hogar, la misma que se robustecía dentro de la vida social y dentro de las normas prescritas al efecto por el Estado, para hacer de cada uno un miembro útil para sí mismo y para los demás. De esa manera se llegó a orientar esta educación hacia la solidaridad, la actividad y la vigencia del orden en todo sentido. Sólo así podemos concebir la granítica consistencia de este pueblo en su armazón social, en su ordenamiento político y en su bonanza económica. El orden reinaba dentro de su seno sin sufrir interferencias ni entorpecimientos que obstaculizasen su normal desarrollo. Sólo así podemos deducir con la incontrastable prueba de los hechos, la asombrosa calidad de su régimen político el cual descansaba forzosamente en la capacidad organizativa de sus instituciones y sus ciudadanos. El Estado es una síntesis de fuerzas vivas y operantes de las que las más destacadas provienen de los valores humanos que se encuentran en sus círculos de actividad organizadora existente. En este sentido los hombres son los pilares de la nación y del Estado y de la forma y manera de su comportamiento, dependen su fortaleza o debilidad, su prestancia o insignificancia. De este juego de las fuerzas humanas se tuvo una clarividente consciencia en estos tiempos a los que nos referimos: algo más, se tuvo una nítida idea de lo que en el incremento de esas fuerzas representaba la educación.

Es seguro, tal como afirman gran parte de los historiadores españoles y aborígenes de la época de la dominación, que esta pedagogía tuvo diferenciaciones jerárquicas de acuerdo al abolengo sanguíneo y a las funciones profesionales a las que estaban destinados los educandos. Y no podía ser de otra manera: en toda sociedad organizada de registro evolutivo bien establecido ha sucedido lo mismo, inclusive en aquellos pueblos que como el chino por ejemplo,

que a pesar de estar poseído de un profundo sentido socialista en su vida colectiva, fue establecida. La educación forma a los hombres para la vida; ahora bien, ella tiene múltiples necesidades, soporta el empuje de cada vez más premiosas y diferentes atingencias, en la medida que abarca y conjuga en su seno a un mayor y superado grupo de individuos. Esas necesidades requieren ser satisfechas por todos y cada uno de los componentes de la vida social y esa satisfacción sólo puede efectuarse con la diversificación clasificada y la calificación definida de sus ocupaciones y cometidos. Toda división del trabajo exige la urgencia de su categorización específica; la fijación previa de su rango de acuerdo a su valor intrínseco y extrínseco y a la trascendentalidad o a la intrascendentalidad de sus proyecciones y responsabilidades; y por último, a la capacidad, vocación y predisposiciones de los encargados de ejecutarlo. La técnica actual misma, con su rimbombo democrático y socialista no puede escapar de estos postulados y por el contrario arrimarse a ellos lo más estrechamente posible, para cumplir los fines que le impone la superrefinada técnica de nuestros tiempos. Ella toma muy en cuenta la capacidad de los individuos para desenvolverse correctamente en una determinada labor dentro de la división del trabajo. De tal manera que la jerarquización del trabajo en los tiempos antiguos no ha sido una cuestión de selectivismo aristocrático, sino únicamente una cuestión educacional bien orientada hacia las múltiples finalidades que se propuso lograr en el campo de las actividades.

La educación física es uno de los aspectos importantísimos de la formación de las nuevas generaciones. Esta ha merecido un acentuado interés en todos los pueblos de orden primitivo, sin que ello excluya a los pueblos de evolución superior. En el nuestro también estuvo en su lugar preferente, lo cual es lógico que así fuera. Estamos en el seno de una sociedad que se está abriendo paso dificultosamente en la historia; en unas etapas en las que la fuerza bruta aliada con la astucia y la perspicacia, es la única garantía que presta seguridad a la existencia: estamos en medio de un pueblo donde los hombres no cuentan con otros auxilios técnicos que los de sus propias iniciativas y posibilidades naturales y entonces la vida tiene que depender mayormente de los esfuerzos físicos de los hombres. En este sentido la educación física que se impartía a la juventud, tenía por objetivo alcanzar la fortaleza orgánica de ella y que puesta en acción repercutía también en su fortaleza moral. En los deportes, en la danza, la coreografía y en los trabajos, la educación física apuntaba su prestancia no sólo en el campo de lo biológico, sino en el de

lo artístico, utilitario y ético. La educación tendiente al vigor orgánico guardaba diversas finalidades en el antiguo Perú: la primera consistía en hacer que el cuerpo sea el digno instrumento de la esforzada labor en el campo del trabajo, a realizar el cual estaban todos obligados sin excepción de ninguna clase. La segunda, para re-confortar a los hombres material y espiritualmente para los efectos de sus menesteres militares. La tercera, para afianzar la salud de los individuos y premunirlos contra la debilidad y las enfermedades. Por último, para que mediante la educación física, se cultiven los deportes más eficientes de los que tanto se vanagloriaron los antiguos peruanos.

Estos son a grandes rasgos los matices generales de la educación peruana en los primeros tiempos; pero que con ligerísimas variantes perdura en las épocas posteriores de su colosal florecimiento. Es una educación que hace surtir sus actividades desde los distintos estratos de la vida social, política y familiar; es una educación cuyas principales directivas nacen de los planes fijados por los poderes del Estado y que a su vez son estrictamente cumplidos por la sociedad, las instituciones y la familia. Es una educación integral que no descuida ningún aspecto de la formación de los hombres; que si bien tiene reticente predilección por las actividades prácticas, sin embargo no desestima y por el contrario enaltece el valor máximo de la formación moral, cívica, social, religiosa y artística de la juventud. El Estado educa, la sociedad educa, la familia educa; los usos, las costumbres y la tradición educan; porque todos ellos reciben la saludable depuración de sus defectos y el cultivo proliferante de sus virtudes. Asistimos a los comienzos de una pedagogía edificadora que en todos los sectores de la vida social de este pueblo, actúa impulsando el orden y el progreso, la paz y el bienestar llamados a dotarle en el futuro, de una estructura férrea que le hará capaz de organizar una cultura de grandes alcances.

Sin atenernos en estas líneas a realizar fijaciones de precisión historista —que por otra parte no son imprescindibles para el fin que nos proponemos—, sólo hemos de considerar el estado de la educación tawantisuyana dentro del marco de su mayor esplendor, o sea, en aquel en que el florecimiento incaico hace patente su mejor significación. Los pueblos, las culturas, pasan por diferentes grados ascendentes y declinantes en su devenir histórico. Ellos como entidades vivientes que son, están sometidos a las leyes del nacimiento y la muerte; están dentro de la comprensión del principio de la finitud después de haber atravesado por los periodos de un comenzar,

un desplegarse evolutivo, una máxima eclosión de sus ímpetus creadores y luego por los episodios de su paulatina decadencia que remata en su aniquilamiento. El pueblo quechua como todos los demás, tuvo que estar sometido a estas leyes orgánicas de la historia y por tanto, después de su etapa de formación elemental que llega hasta la consolidación de sus formas culturales anteriores a la de su florecimiento, sobreviene ésta, que con el incario (que puede ser el garcilasiano o no, es decir, con un incario de muchos más vastos alcances en su duración que los establecidos por este historiador), encuentra su expresión culminante.

Los incas heredan de sus ancestros los rumbos fundamentales de su orientación educativa: hablando más ajustadamente, los incas son una élite de dirigentes políticos que advienen para gobernar el gran Imperio tawantinsuyano, después que transcurrido larguísimo tiempo, los pueblos peruanos conquistan un grado superior de evolución: los Chimu-Mochicas, los Nazcas, los Paracas, los Quechuas del preincario y los Tiawanacotas, son fehaciente testimonio de ello. Ese desenvolvimiento presupone una acción pedagógica que siguió por rumbos de una constante superación, puesto que ella ha tenido que mover la dinámica viva y ascendente de estas culturas. Luego, pues, los incas son los legatarios de un estrato educativo de grandes proporciones en su extensión y profundidad, en su expresión y sentido. Ahora bien, esta cultura en su estadio máximo esplendente, muestra el perfeccionamiento culminante de sus diversas formas. Así tenemos en el orden político, la constitución de una unidad imperial que llega hasta su magnífica y póstuma etapa cesarista, o sea, hasta la formación de un imperio de magnitudes descomunales. Una política de este género en lo exterior, reclama de una política interna recia, severa y perfectamente estructurada y que en el Tawantinsuyo adquirió una característica de tipo piramidal. En esa forma la cúspide del poder supremo estuvo en manos de los emperadores, quienes a su vez eran asistidos por un magno Consejo de autoridades máximas pertenecientes a una aristocracia de sangre. Después ya venían los gobernadores de los Suyos (de las cuatro grandes regiones del Imperio), luego los Jefes de las provincias, seguidos después por los gobernadores de las poblaciones urbanas, para continuar en los Jefes de las aldeas y finalmente de los ayllus. Los *sinchis*, los *curacc*, los *camayocc*, constituyen una pirámide que desde arriba se van multiplicando cada vez más, hasta llegar a los últimos de los mencionados, quienes eran responsables de la dirección de los grupos de individuos que llegaban hasta la mínima cantidad de una decena.

Este complejo y gradual séquito de funcionarios era el encargado de la dirección de todos los servicios administrativos públicos; el que estaba frente al comando de las instituciones civiles y militares; el que respondía de su buena marcha, el que como en el caso de los camayoc a decir de Garcilaso (Comentarios Reales de los Incas. Tomo I. Cap.XII), tenían dos cargos: uno el proveer y procurar lo necesario para las gentes de quienes eran responsables, y otro, de dar cuenta y acusar a los delincuentes que entre ellos hubieren, ante las inmediatas y correspondientes autoridades judiciales para los efectos de su sanción penal. Todos tenían una marcada categoría escalonada en sus atribuciones, de tal manera que cualquier cuestión por grande o pequeña que fuera, era objeto de una resolución inmediata y práctica, sin correr el albur de los estorbos de la dilación o el dribleo de la acción administrativa. Estos funcionarios eran sometidos a una instrucción estricta y rigurosa para el buen desempeño de sus atributos y obligaciones. En ellos se cultivaba con sumo cuidado el sentido de la responsabilidad, mostrándoseles las penas a que eran acreedores en caso de cualquier desgobierno y por eso que su lealtad y eficacia fué objeto de la admiración de los mismos conquistadores. Al Emperador Inca Roca es a quien se atribuye esta magnífica organización.

En el Tawantinsuyo se puso en vigencia una política educacional extendida a todos y a cada uno de los componentes de la nación, sea cual fuere su rango nobiliario y la escala funcional a que pertenecían: junto a ella había también una educación política, por medio de la cual cada uno conocía perfectamente las necesidades y las expectativas del gobierno, así como sus derechos y deberes frente a los poderes establecidos. Sólo así este pueblo admirable pudo llegar al estado de su grandeza política en su significado intrínseco y en las proyecciones de su magnitud exterior. La política de los mitmas consistía, como sabemos, en la traslación de los pueblos sometidos de su lugar de origen a otro, con un objetivo educacional, a fin de que al contacto con los pueblos del imperio adquiriesen sus costumbres, asimilasen el ritmo de su vida, para entrar en el concierto de la vida nacional con todas las condiciones de una comunidad reformada y educada de acuerdo a las normas cívicas del imperio.

En lo referente al orden económico la alturación incásica se muestra por igual que en el político en forma consumada. Esta es una economía que escapa al légamo de la esclavitud y la explotación del hombre por el hombre. Los historiógrafos del coloniaje por mucho que hayan querido algunos de ellos, no han logrado probar-

nos la existencia del esclavismo en el Perú antiguo; por el contrario está fuera de duda el hecho de que esta economía fue dirigida y planificada por el Estado, con una orientación igualitaria y colectivista. El mundo incaico abrió una decisiva y permanente campaña contra la miseria y la desigualdad económica de los hombres: cada uno debía hallarse respaldado por una garantía básica contra los peligros del hambre y la mendicidad, en los casos de la vejez y la inhabilitación para el trabajo. Las formas económicas de la cultura tawantinsuyana, son seguramente las que soportaron todo el peso de las demandas materiales del Imperio. En él los hombres son los factores de capital importancia en la producción de la riqueza; por eso que la función y el rendimiento de sus actividades estuvieron directamente encauzados hacia su mayor incremento. Lo económico alcanzó aquí la constancia plena de su verdadero significado en la organización política y social del pueblo. El *homo aeconómicus* del que trata Spranger, fue en el incanato el tipo ideal básico de la individualidad más acusada, por lo mismo que los individuos singular y socialmente considerados, tenían deberes y obligaciones morales, jurídicos y cívicos de desempeñarse con el óptimum de sus posibilidades, en los procesos de la producción y el rendimiento de sus bienes y valores. Toda persona sin distinciones prelativas de su edad, sexo y categoría social o política, era en principio un "trabajador" y en tal virtud ingresaba de facto en el organismo de su complejo sistema productivo y distributivo correspondiente. El veredicto ético del imperativo *ama q'ella* (no ser perezoso) encontraba el ámbito más propicio de su efectivización en la actividad económica. Cada uno era educado por medio de la crianza hogareña y la recta disciplina de las buenas costumbres y el ejemplo tutelar de sus mayores, para ser un sujeto en torno a quien giraban los deberes y las obligaciones del trabajo; y como quiera que la economía indígena de nuestros antepasados era de carácter cooperativista-corporativo, cada individuo prodigaba sus esfuerzos sin reservas para el beneficio de la colectividad a la que pertenecía. De esa suerte desde el momento en que se capacitaba para el trabajo, sea cualquiera sus finalidades y sus manifestaciones, formaba parte de los diferentes núcleos colectivos que escalonadamente se clasificaban dentro de la estructura social del Estado. Así, pues, era miembro productor y consumidor en la entidad doméstica de la familia; luego lo era del ayllu en cuya comprensión se hallaba su hogar; y por último, lo era de su pueblo (*llaccta*) en el que se encontraba su ayllu.

El trabajo estaba sujeto a leyes estrictas que variaban según sus alcances y sus finalidades: de esa manera existía el trabajo individual (*sapaq llank'ay*) que se ejercía para satisfacer las necesidades personales de cada uno; luego el *ayni* que consistía en la recíproca prestación de servicios que unos a otros se hacían en las labores necesitadas de esta colaboración mútua debido a sus proporciones de magnitud extrapersonales; la *mink'a* que era el que se verificaba en provecho del *ayllu* o del pueblo; y por último, la *mit'a* que era el trabajo en provecho del Estado, es decir, en favor de la monarquía, de la alta nobleza civil y sacerdotal, del ejército y de los inválidos. Con la *mit'a* bien organizada y premunida de explotación y abuso, es que se llevaron a cabo las grandes obras de beneficio colectivo, como las de irrigación de tierras, la construcción de largos y cómodos caminos que circulaban por todas las regiones, las grandiosas obras de edificación de fortalezas, de templos y palacios. Con ella es que se aprovisionaban los ejércitos en tiempos de guerra de todas sus vituallas; con la *mit'a* es que se realizaron las grandes obras de acondicionamiento de los terrenos baldíos, escabrosos y eriazos, para convertirlos en jardines y campos de cultivo de profusa producción agrícola. En esta portentosa economía de Estado que a su vez era dirigida y planificada con precisión matemática, el individuo y la entidad estatal formaban un conjunto indisoluble y correlativo donde el uno dependía del otro y viceversa. La mayor de las riquezas del Inca —tal como apunta Garcilaso y especialmente el cronista José de Acosta— radicaba en la cantidad de sus subditos, los cuales no estaban sometidos a ningún régimen despótico de servidumbre o de explotación, sino por el contrario a uno de benignidad paternal de mútua comprensión de sus sendos derechos y deberes en aras del beneficio común. Acosta es quien recalca con toda sinceridad verídica este aspecto del trabajo entre los incas.

Los hombres del mundo tawantinsuyano fueron educados por el trabajo y para el trabajo, de cuyo cumplimiento en sus diferentes menesteres y modalidades no se escapaba nadie inclusión hecha de la realeza y el sacerdocio. Sólo así se ha podido realizar tantas obras de dimensiones magistrales, que hasta ahora son el asombro del mundo entero por su grandeza y consistencia, obras que han requerido de una caudalosa voluntad de acción y dirección. Así solamente se ha podido conseguir esa férrea contextura en esta economía digna de ser imitada por la nación más progresista del mundo de hoy.

En el orden religioso, la educación tiene numerosas variantes en orden a su orientación. Los sacerdotes pertenecen a una organiza-

ción eclesiástica dirigida por el Sumo Pontífice Hillaq Huma (cabeza que brilla), a quien le sigue una espléndida cohorte de calificados misioneros del espíritu, en los que recaen los sagrados deberes de la instrucción religiosa, moral y hasta cívica del pueblo. Según las afirmaciones (muy valiosas para mí) de A. Besant y C. W. Leadbeater, la tarea de la instrucción en general la llevaban a cabo los sacerdotes. Los cultos y ritos a las distintas divinidades de esta religiosidad panteísta y naturalista, encerraron un profundo sentido educativo. Por la religión, la conciencia trata de desvincularse de sus ligámenes con el mundo: hay un gesto auto-afirmativo en toda oración implorativa, porque tiende a libertar al hombre de las presionantes limitaciones que el mundo ejerce en su conciencia atenta. La religión es un hecho social que ha jugado en la historia de los pueblos un papel sobresaliente: cada uno, sobre todo cuando adquiere la conciencia de su madurez, ha construido el mundo particular de sus formas religiosas, que simbólicamente representan sus insondables anhelos frente a las potencias metafísicas del "más allá", tiene sus concepciones religiosas propias, que están de acuerdo con su realidad socio-histórica la cual a su vez cambia en cada caso. La religión tiene un sentido libertador y redentor: libertador ante las limitaciones hostiles que lo cósmico impone a la existencia, y redentor ante la pequeñez humana que lleva el ideal de superarse más allá de todo lo posible. Por eso la religión se encaja en la vida de los hombres apropiándose de todo sistema de normas que regimentan la conducta: de ahí que la amalgama de la religión con la moral es un hecho que siempre sucede en la historia.

Sobre el valor de las religiones existentes en nuestro pasado, no podemos sostenernos en los informes que nos han legado los historiadores y cronistas; porque todos ellos han sido ineptos para contemplarlas a la clara luz de la verdad eximida de prejuicios. Para los conquistadores españoles, la dominación extranjera que sufrieron nuestros aborígenes ha tenido la omnipotente y apostólica misión de expandir el catolicismo cristiano, por estas tierras sumergidas a su concepto en el lodazal de la idolatría. Por eso que sus consideraciones sobre la religión autóctona han estado tatuadas por un fanatismo dogmático exclusivista y subestimativo. Pero a nosotros que vemos los hechos desde una perspectiva opuesta a la anterior, jamás puede parecernos que ella no haya tenido el significado edificante que efectivamente lo poseyó en los planos del espíritu. De esa suerte el culto a los antepasados que tenía cada grupo familiar, llevaba un sentido educativo en razón de que evocaba las gran-

des virtudes de los ancestros desaparecidos y cuyo espíritu alentaba a sus descendientes para que sigan el camino trazado por ellos en el pasado. El culto a los dioses tutelares del ayllu, también tenía esa intención: los tótems, las huacas, los elementos de la naturaleza, etc., simbolizaban cualidades y virtudes humanas que debían ser objetos de imitación por parte de la feligresía. La adoración al Inti Tayta (al Padre Sol), a la Mama Pacha (a la Madre Tierra) consorte de la divinidad anterior, a la Mama Killa (a la Madre Luna) hermana de la misma; encubría un intenso sentimiento cósmico propio de esas gentes tan estrechamente ligadas por el espíritu a su universo circundante. El Sol era la suprema fuerza paternal de quien provenían las energías impelentes del mecanismo de la vida: la Tierra era una divinidad femenina, en quien esas fuerzas se gestaban para dar origen a todas sus manifestaciones materiales.

Los raymis eran festividades en las que se rendía culto a estos dioses con motivo de las siembras y las cosechas. Al Dios Solar le atribuían sabias enseñanzas morales, religiosas y jurídicas tal como afirma Garcilaso y por ello que estas normas y leyes tenían un carácter de intangibles e invariables de permanente vigencia, las cuales supervivieron hasta las épocas postreras de la servidumbre, gracias a la gran prestancia de la tradición a la que tanto respetaron esos hombres. Los cultos y ritos que rendían a otras divinidades más abstractas que las anteriores, o sea, que configuraban concepciones más metafísicas, tales como a Wiracocha y Pachakamaq, también tenían un plástico sentido pedagógico especulativo: el primero, como Señor del Mundo y el segundo como su Creador. El culto a Wiracocha es de carácter más severo y esotérico que el culto al Sol. Este es un dios que está más allá y por encima de los dioses tutelares de los ayllus y del solar, de quienes se le consideraba inclusive como el generador de su existencia. A esta deidad no se le podía nombrar ni imaginar por ser pura espiritualidad abstracta y sólo se le nombraba y representaba simbólicamente. Su nombre completo a nuestro entender sería el de Tecce Hillaq Wiraqocha, que quiere decir, el que hace brillar o alumbrar el universo; o también, Teccsipy Hillaq Wiraqocha que significa el poderoso Señor que brilla en el universo; pero nunca como dicen algunos historiadores y cronistas Hilla Tici Viracocha, que no tiene ningún sentido en las construcciones del quechua, puesto que el verbo alumbrar en infinitivo (y esto suponiendo que hilla tuviera esa significación), está antepuesto al sustantivo universo (y esto también en caso de que tici tuviera el mismo sentido que tecce),

de donde resultaría que literalmente correspondiese a la oración "alumbrar en el universo señor", que como repetimos no tiene ningún significado. A esta divinidad se le consideraba como la que había inspirado a los primeros fundadores del imperio, para que establecieran las normas y las leyes dentro de las cuales debían ajustarse la moralidad, la religión y la legislación de este pueblo.

Por último, **Pacha Camaq** es otra deidad que tenía por atributo principal el de ser el creador del mundo, el principio genitor de todo lo existente, el ser la raíz originaria de las cosas y los seres que pueblan la infinita realidad. Este Dios era también considerado como el que otorgaba las leyes y el orden en el universo y por eso que su culto junto con el del anterior tenía un sentido esotérico y escatológico, reservado únicamente para su comprensión a los sacerdotes y a las clases nobiliarias; no tenían, pues, estos cultos ese popularismo demótico exoterista de los otros. Sea como fuere, lo que importa es que la religión mediante sus misioneros los sacerdotes, era un factor de alta significación pedagógica en el Tawantinsuyo. Los sacerdotes eran misioneros y maestros a la vez; hombres dedicados al apostolado de la enseñanza ejemplar de las buenas costumbres, de las creencias constructivas y de las verdades puras y por eso que esta casta fue tan respetada y venerada por el resto de la población.

En el orden moral la cosa tiene mayor trascendencia educativa. De ella hasta los conquistadores se admiraron al comprobar la rectitud de la conducta en la honradez y generosidad de los nativos. Esta fue una moral sencilla, austera y espontáneamente brotada de la matriz de las depuradas costumbres a través de largos siglos y que se estratificó en normas de vida exentas de racionalismo conceptual. La moral incaica a mi concepto es una de aquellas que puede ponerse a la ventaja con las morales más elevadas y eficientes que han reinado en la historia de los pueblos más avanzados. La Inca junto a la moral indostánica y la moral china a quienes considero como a las más superiores. Pese a su simplismo formal, tiene un contenido de trascendentalidad inmensurable para la vida individual y social de nuestro pueblo en aquél entonces. La moralidad, al reinar en todos los ámbitos de la existencia colectiva, impuso su creadora y elevante influencia en todos los horizontes de la vida humana. Esta moral se hace presente en todas las formas de la existencia social, en todos sus planos desde el más psicológico hasta el más objetivo: de esa manera es que la política, la economía, el de-

recho, las artes, la religión, la técnica y la educación, reciben el saludable resuello de su aliento vitalizador.

La muestra de su obra, así como la extensión de la misma, se encuentran en la universalidad amaneal (hablando en términos de Heidegger) de su cometido. En efecto la moral del antiguo Perú es el producto de una capitosa y larga tradición que se pierde en la noche de los tiempos primitivos: quiere decir, que desde los mitos que la imaginación popular fragua para explicarse el origen de este pueblo, aparece la moral que según ello es preconizada por los dioses y superhombres que levantan la arquitectura de su origen. El Dios Wiracocha, el Taita Inti, son los primeros paradigmas místicos que recomiendan a los quiméricos fundadores del imperio, la predicación y propagación de unas normas morales que han de servir para organizar a la futura población dentro de los marcos del orden, la paz y la prosperidad. Moral omniabarcante a todos los individuos de todas las clases, a todas las castas y estamentos; moral de una profunda repercusión en la conciencia humana, capaz de ser comprendida y realizada por chicos y grandes, por magnates y humildes, por poderosos y débiles, por sabios e ignorantes.

Para cristalizar esta maravillosa expansión de sus principios, sus creadores la pusieron en las manos de la salutación cotidiana y consuetudinaria, para que así, en medio de su aparente simplicidad no dejara de atesorar un hondo significado prohibitivo y mandatorio a la vez. *Ama Sua, Ama Llulla, Ama Q'ella*, que significa: "no seas ladrón", "no seas mentiroso", "no seas ocioso", es una formidable triade de principios que simbólicamente expresan todo el contenido ético de esta moral. Formidable y egregia síntesis de imperativos categóricos éticos que encerró todos los valores edificantes y educadores de esta moralidad estupenda. Principios de magistral calado formativo que inhiben y conminan por igual a la dignidad moral de la conciencia, para apartarla del mal y aproximarla al bien. Moral nacida —repetimos— de las entrañas de una vida de coparticipación directa del individuo con sus semejantes y de la colectividad con el individuo. Moral sin distinciones ni excepciones, hecha para guiar una existencia multitudinaria que tiene precisas ideas sobre el poder y el abasto de sus postulados. El robo, la mentira y la pereza, calificados como los defectos más condenables e imperdonables por aquella sociedad que afianzaba el positivo estado de su presente y futuro, únicamente en la honradez, en la sinceridad verdadera y en la actividad de todos y cada uno de sus miembros componentes. Moral plasmada en la columna vertebral de las realidades

rácticas de la vida; surgida de las vertientes de su inmediata experiencia; sin atisbos teóricos y rarefactos que pudieran esfumarla en la ineffectividad abstracta y en el mero idealismo impracticable. Moral foral corporizada en todo momento y lugar, para llamar la atención de su vigencia en todas las condiciones y circunstancias del vivir diario. Al execrar el robo solivianta la honradez, porque ella es la virtud por medio de la cual se respeta lo ajeno y se hace respetar lo propio. Al condenar la mentira exalta la sinceridad, porque ella es la fuente matriz de las verdades, por las cuales el hombre se desnuda ante los demás sin cobertores de traición o hipocresía. Al vituperar el ocio vanagloria el trabajo, porque el trabajo en una sociedad que lucha titánicamente contra las inclemencias de la naturaleza, es el sustentáculo de la perduración y la estabilidad de la vida.

Así es como, esta moral es un filón pedagógico por antonomasia; filón que desgraciadamente se ha perdido en cuatro siglos de servidumbre y abyección; ella formó la conciencia ética de aquellos hombres con la vívida experiencia de su acción creadora. A la salutación antedicha —como sabemos— se contestaba con el consabido *Ccampas Hinallatacc* (tu también procede igualmente), o sea, que el que saluda y el que es saludado establecían un formal compromiso de recíproca obediencia a los mandatos de esta moral. El "tu también haz a procede lo mismo o igualmente", significa que el otro que está frente al yo, también está percatado de la obligación que tiene el que demanda esa obediencia, de obedecer y cumplir. La honradez, el trabajo y la sinceridad fueron los puntales de la conducta de esta humanidad y con ella profundizó muy hondo en la realización de los supremos valores humanos en su historia.

En el orden del derecho, la educación hizo mucho para que se levantara un sistema completo de leyes, que por urgente necesidad tuvo que reprimir las faltas y los delitos por todos los medios a su alcance. Las penas eran duras y sin contemplaciones; se castigaba ásperamente hasta con la pena capital y reclusión perpétua, a los traidores a la patria, al soberano, a los que de algún modo perjudicaban con sus desmanes al patrimonio material o espiritual de la sociedad. De ahí que las leyes eran sagradas, porque todas ellas tendían a establecer el orden, el bienestar y la coordinación de los intereses individuales con los colectivos de la sociedad y el Estado. Los encargados de impartir la justicia, eran funcionarios de gran calidad para ello; tenían atribuciones limitadas por su jerarquía; sus fallos eran apelables ante tribunales gradualmente superiores. Las

fallas de la administración de justicia recaían en la condena de los responsables, quienes eran objetos de una inculpación y punición mayores en comparación a las faltas y delitos de los demás. Por esto que la maquinaria de la justicia marchaba a la perfección, haciendo normales las relaciones de unos individuos con otros como muy bien ponderan los mismos historiadores.

De tal manera que la jurisprudencia hermanada con la moral, es otro factor educativo de impecable intención formadora que contribuyó a la superación de este pueblo. Esa jurisprudencia fue también el producto de una lejana y fortalecida tradición que se apelmazó poco a poco y firmemente en la conciencia de sus hombres, labrando su organismo legislativo de acuerdo a lo que la experiencia lo mandaba. Una sólida educación únicamente ha podido facturar este sistema de leyes, que no tienen nada que envidiar en su doctrina ni en su aplicación a los códigos más adelantados del mundo. Las leyes y ordenanzas eran consideradas de origen divino, que mediante la revelación de los dioses a los fundadores del imperio, se transmitían indemnes a través de las generaciones. Leyes y ordenanzas susceptibles de elásticas variaciones según las exigencias de las circunstancias y el progreso de la sociedad. El fondo sustantivo de estas era la moralización de las costumbres, el resguardo de los patrimonios de la sociedad y del Estado: eran leyes fundadas en la fuerza de la tradición y en el beneficio que reportaban a los ciudadanos cualesquiera sea su posición dentro de la estructura social y política del imperio. De esa manera, el respeto a ellas era sagrado, fruto de una profunda convicción moral, de una crianza, una tradición viva y activa. Sólo así es admisible una convivencia jurídica de tan magistral ordenamiento que los mismos españoles se vieron obligados a admirar, en este vasto imperio compuesto por otra parte de diversidad de pueblos poseídos de distinta naturaleza étnica, idiomática, religiosa y evolución cultural.

En el orden artístico había una marcada diferenciación entre las artes útiles y las que no lo eran. Las primeras estaban constituidas por las actividades más propiamente artesanales; eran artes manuales las que todos, en principio, estaban obligados a conocerlas y ejercitarlas: varones y mujeres tenían sus sendas ocupaciones; los primeros, claro está, se desempeñaban en ocupaciones propias de su sexo, en trabajos demandantes de mayores esfuerzos y energías, así como también en otros que sin implicar esta condición eran propios del sexo masculino, como el hacer ojotas, construir viviendas, realizar el laboreo de la tierra, esto en cuanto a las artes útiles dedi-

adas al uso particular de la familia y sus componentes. Por otro lado habían los trabajos del *ayne*, la *mink'a* y la *mit'a*, que como ya se ha dicho, se hacían con fines netamente colectivos. Las mujeres se encargaban de la puericultura, de la economía doméstica, del hilado, el tejido, también en sus dos acepciones anteriores, es decir, en ocupaciones que llenaban las necesidades del hogar y en otras que lo hacían para llenar las demandas de la sociedad y el Estado. La mujer autóctona se muestra una vez más como el baluarte más recio y formidable de la seguridad del hogar en este pueblo: a más de desempeñarse en la crianza de sus hijos, en el cuidado material y moral de la consistencia de la familia, también es un factor que hombro a hombro comparte con las labores de su consorte en los trabajos del campo y en las faenas para uso público, haciendo el vestuario para el ejército y otros trabajos en los que se demandaba su cooperación para la sociedad.

En las demás artes como en la arquitectura por ejemplo, nada más acabado se hizo por consumir su perfeccionamiento y que por lo mismo requirió de una educación artística hondamente arraigada en la tradición para capacitar a sus semejantes. Necesitó de estamentos profesionales escogitados tanto para su dirección cuanto para su ejecución. Sólo en esa forma es que la arquitectura del Tawantinsuyo ha podido ostentar gallardamente la consistencia y la belleza depuradas que alcanzó en esta parte de América. En las otras artes, como en el canto, la danza, la música y el drama; la educación totaliza sus grandiosas posibilidades. La poesía, el canto, la coreografía y la escenificación tenían un lugar preponderante en este pueblo tan amante de las artes, debido a su exquisita sensibilidad artística. Uno de los pueblos más artísticos de la tierra es seguramente el tawantinsuyano, afirmación ésta que no es exagerada ni etnocentrista por parte mía, puesto que dicha sensibilidad la encontramos en todas las manifestaciones de su cultura, inclusive en aquellas que no mantienen ninguna vinculación con estas actividades como con la técnica. En la agricultura vemos por ejemplo, cómo unen la utilidad a la belleza: las andenerías y los terraplenados son verdaderas acuarelas gigantescas pintadas en alto relieve sobre el arrugado y salvaje lienzo de los Andes, en las que a más de cultivarse plantas alimenticias y medicinales, se cultivaban flores para adornar con ellas el paisaje y darle color y perfume atrayentes y sugestivos.

Las costumbres de la vida comunitaria están llenas de un dramatismo natural que se constata en sus fiestas. El indígena del in-

cario ha tenido siempre una predilección para estereotipar el ritmo de su existencia individual y colectiva en el escenario de sus usos y costumbres: el huarachicuy, el rutuchicuy, el Inti Raymi, el Q'apaq Raymi, etc., son festividades que encierran una multitud de escenas de diversos caracteres y tendencias que van desde los religiosos hasta los sociales y en donde los cantos, los bailes, la poesía y el drama, se amalgaman en un magestuoso conjunto expresivo de las sanas costumbres, del venturoso placer de vivir y de la satisfacción reinante entre los hombres de aquellas épocas. Las grandes fiestas tienen sus motivos en las celebraciones de las efemérides de las gloriosas victorias guerreras, llevadas a cabo por los q'apaq apus de Marte (por los grandes capitanes de la guerra); las grandes celebraciones de la siembra, la cosecha, tienen por marco y fondo un dramatismo espontáneo pintoresco a la vez que simbólico. Las evocaciones y ofrendas al Sol implorándole un bonancible año económico; los ritos místico-paganos a la Mama Pacha con esas mismas oportunidades, tienen —como ya se ha dicho— un escenismo lleno de belleza natural y sorprendente. En esas festividades todos los individuos son partes actoras, protagonistas de estos dramas magníficos de dimensiones populares. Los cantos y las danzas hacen alusión al objeto de la festividad en cuestión; los poetas y trovadores cantan las gestas de sus atamanes heroicos, haciendo hincapié en el valor imperecedero y ejemplar de sus actos para las generaciones presentes y futuras. Los bailes tienen ese sabor típico de la idiosincrasia popular de estos hombres, es decir, esa juguetona melancolía picaresca que se muestra en la q'ashua y el mayno (que son bailes en ronda el primero y por parejas el segundo) En efecto, en ellos se vislumbra transparentalmente, esa psicología de profundo romanticismo introvertido, junto con esa agresiva y retosona expresión de sus impulsos volitivos y sentimentales; en el wayno lo ideal puro del sentimentalismo casi femenino, se engrampa con esa rotundidad de una fuerza voluntaria inquebrantable; la energía soberbia y poderosa del indígena se enreda con la sensibilidad más dócil y ululante. Habían otras danzas guerreras, amatorias y costumbristas, dedicadas a ciertos tótems como el baile del aire, del fuego, de la siembra, de la cosecha, del matrimonio, etc. Habían trovadores llamados Taki Camayoq, como habían los poetas (Jarawis) que eran muy considerados por aquellas comunidades de gentes que comprendían el valor exacto de la poesía y las canciones.

El arte pues ha representado un gran papel educativo dentro de esta humanidad, por lo mismo que toda su educación esta-

ba destinada a educar, a formar, a estructurar las buenas costumbres, el amor a la belleza por la belleza misma y por su gran papel benefactor en la conducta humana.

En el orden técnico, podemos decir todo lo que se ha manifestado respecto al orden práctico. La educación es práctica de las artes y oficios, que estaban obligados todos a ejercitarlos: se cuenta que incluso los príncipes herederos de la corona tenían el deber de realizar ciertos trabajos, como los de hacer su propio calzado y sus propias armas, por prescribirlo las buenas costumbres. Las princesas hilaban, tejían y aprendían el conocimiento de las propiedades medicinales y alimenticias de las plantas. El tallado de la piedra, la impermeabilización de la tierra para los usos de la canalización de las aguas, la técnica del transporte de materiales constructivos según su peso, tamaño y calidad; la construcción de puentes sólidos y colgantes; el conocimiento de la técnica agrícola en la que tanto descollaron nuestros antepasados, fueron objetos de una enseñanza práctica y teórica que se hacía en el seno de la familia, en el de la sociedad y en los grandes liceos, es decir, en todas partes y en todas las circunstancias. Los ancianos y los sacerdotes educaban a los jóvenes en estos menesteres: los **Yachacheq Apu**, los **Machu Apus**, los **Yaya Apus** (los maestros, los viejos maestros y los jóvenes maestros) eran los encargados de esta educación, que con métodos especiales y usando de una mínima dosis de teoría que se completaba con largos ejercicios prácticos, llevaban a cabo esta pedagogía. Es por eso que estos conocimientos tenían una consistencia a toda prueba, no sólo respecto a su eficiencia, sino en su trasmisión a través de las generaciones.

Según Blas Valera, a Sinchi Roqa se le atribuye el haber fundado las primeras escuelas o liceos (**Yachay Huasis**) donde los **Hamautas**, los **Machu yayas**, enseñaban las artes, las ciencias, los secretos de la técnica en sus diversas modalidades, la filosofía, etc. Según Montesinos se cree inclusive en la existencia de universidades, casas de altos estudios, lo cual no es aventurado afirmar; puesto que la altura a que llegaron en los conocimientos científicos, técnicos, religiosos y especulativos, requieren de esta clase de academias. La medicina, la astronomía, la agricultura, la ingeniería civil que tan adelantadas se hallaron en el incanato, sólo puede concebirse que hayan sido el producto de una educación profundamente especializada, que a su vez requería largos años de investigación y estudio. También se tiene que las escuelas se diferenciaban según sea la nobleza o el pueblo los que concurrían a recibir su instrucción en ellas.

Había un colegio para la juventud nobiliaria, en donde se enseñaban sobre todo conocimientos de las artes y las ciencias junto con los de la administración de justicia, de la contabilidad económica y de las funciones políticas. Por eso que esas funciones estaban encargadas a personas de sobresaliente capacitación por medio de una sólida educación en estas actividades. La otra era la instrucción democrática pero que no por ello era menos importante que la anterior, ya hemos dicho que en las artes prácticas o útiles se instruían incluso los soberanos, los príncipes y la alta nobleza. Esta instrucción llenaba su cometido de preparar a las nuevas generaciones, en las actividades con las que los individuos, a más de solventar sus propias necesidades para la vida, se expeditaban en las mismas para los fines de asegurar las exigencias superindividuales de la sociedad y del Estado.

Vemos, pues, que el adelanto de las ciencias y de las artes, de la técnica, de la moral y la política, el adelanto del nivel económico alcanzado a este respecto, que la categoría superior a que habían llegado las religiones con su significado tan profundamente social y espiritual, el conocimiento que tuvieron de todos los secretos de la naturaleza los antiguos peruanos, nos demuestran que ello es el producto de una educación que a través de sus múltiples formas realizó una evolución superior de vastos alcances en este pueblo, hasta el extremo de colocarlo en el sitial imperecedero y espectacular que tiene para la auténtica contemplación de la historia. Educación austera, práctica, moralizadora y socialista que se convirtió en el parámetro más garantizado para sostener al mundo todo de la cultura tawantinsuyana.

PARTE SEGUNDA

COLAPSO DE LA EDUCACION EN LA EPOCA COLONIAL

TODO enjuiciamiento de carácter histórico debe estar estrechamente ajustado a la objetivación patética de los acontecimientos: debe emanar con meridiana nitidez de las lontananzas de lo consumado en el espacio y el tiempo, sin que para ello tengan carta de ciudadanía los privilegios asumidos de antemano, ni los zarandeos de ningún sentimentalismo personalista. En el fondo de los marcos históricos no deben primar sino los mandamientos de lo acaecido; de lo contrario ese fondo estará siempre sujeto al tutelaje insidioso de

los caprichos antojadizos de quienes los aprecien deformando su plena realidad. En el plano de los hechos no pueden subsistir posturas transaccionales provenientes de elásticas consideraciones apasionadas, sino tan solamente el veredicto categórico sobre los desnudos aparejos de los sucesos, así sea éstos tengan la más monstruosa imagen en la historia. Sin arreglos ni retoques, sin torceduras ni requiebros, deben ser contemplados y vividos los procesos de todo acontecer, para lograr el dignificante calificativo de la veracidad histórica que éste nos impone.

En esta segunda parte del presente libro, quiero precisamente aíturar mis perspectivas sobre el significado cultural de la educación peruana en la colonia, a fin de que ellas alcancen sus máximos extremos y poder comprenderla en su pristina crudeza. La educación colonial comparada con la de las épocas anteriores es de colapso; es escabrosa y problemática: escabrosa, porque sus manifestaciones de inestabilidad, tanteo y falta de solidez para cimentar nuestro promisor futuro pedagógico, la ponen si se la quiere parangonear con la firmeza y acertada acción creadora de la educación tawantinsuyana, en un lugar de menoscabo y crisis. Y es problemático, porque su evolución ha sido motivo de posiciones profundamente contradictorias. Ambas cuestiones han provocado dos géneros de impresiones que podemos resumirlas en lo siguiente: en efecto, por una parte, han existido y subsisten aún una gran mayoría de opiniones que postulan el estado de atrazo, de notoria inferioridad y hasta de salvajismo en que se encontraba la humanidad indígena del Perú y en general de la América toda, frente a la supuesta perfeccionada cultura europea y por ende de la española de la época de los descubrimientos y conquistas. Este criterio es el producto de la casi ecunémica miopía en la observación y profundización del drama histórico universal, que consuetudinaria y tradicionalmente ha plantado sus raíces en Europa. Ella consiste en que el movimiento histórico hay que hacerlo girar en torno al epicentro occidental, partiendo del supuesto de que éste está dividido en edades, las que tienen por fundamento la iniciación y el desarrollo de la cultura europea, a la cual por tanto deben circunscribirse todas las dinámicas de los demás pueblos y culturas de la tierra. Es entonces que todos aquellos núcleos humanos que están fuera del radio de su influencia y conocimiento, han sufrido el menosprecio de una inadmisibile desestimación. Este caso ha ocurrido con las grandes culturas colosales del Nuevo Mundo de los tiempos del precolombinato, a quienes a lo suyo se las consideró como a unidades sociales que apenas se movie-

ron en el estado de una barbarie más o menos elemental. De esta manera cualquiera de sus manifestaciones por muy superadas que hayan sido a los ojos del conquistador, no pasaron de pertenecer a un pueblo o pueblos de harta inferior condición frente al propio.

Esa estrechez de visión junto a la ignorancia que respecto a las dimensiones cuantitativas y cualitativas de lo histórico se tuvo, contribuyó a que las culturas americanas fueran pulverizadas en su debida importancia. No se les tomó en cuenta por parte de los que hollaron y arrazaron todos sus valores, sin asomo de la más mínima responsabilidad de lo malo que hacían. Para los conquistadores sólo impulsados por su sed incolmable de codicia, todas las obras que encontraron, por perfectas que fueran en lo artístico, lo religioso, lo moral, lo social, lo económico, lo jurídico, lo técnico, lo educacional, etc., fueron cosas insignificantes condenadas a destruirse y suplantarse por lo que a ellos les pareció lo mejor, es decir, por lo español y nada más. Se ignoró por completo el valor que atesoraban; se puso una lápida condenatoria a todo lo que los milenios y los hombres de una raza superior habían realizado en el escenario del suelo descubierto por Colón. Es por esto que los pueblos y de entre ellos las culturas grandiosas de Méjico y el Perú han sido consideradas a lo sumo, como unidades sociales que apenas se habían movido en el estado de una barbarie más o menos superada. De esta manera cualquiera de sus manifestaciones y por ende el proceso de su acción educacional, no pasó de ser un incidente insignificativo en comparación con el concepto que se tenía de éste en el occidente europeo.

Por otra parte, lo americano fué desconocido en la plenitud efectiva de sus valores realizados; por eso que todos ellos fueron sustituidos, perseguidos y desestimados por los invasores, lo cual ha tenido la funesta consecuencia de su casi completa desaparición y por tanto de su desconocimiento en la actualidad.

Contra estas apreciaciones del todo falsas y desconceptuadas es que sostengo, que en lo tocante a la educación tan sólo, que la tawantinsuyana y junto a ella por similitud, la mejicana, alcanzaron un nivel de alturación máxima de acuerdo al extraordinario desenvolvimiento de estas culturas monumentales, que han sido tan iguales en su porte histórico-cultural, a las demás de estilo gigantesco que han existido y existen en el planeta. A esa altura, por supuesto, que estaba muy lejos de llegar la educación española en el siglo XVI, ya que ella proseguía atascada en los viejos moldes carcomidos de un medioevalismo cerrado y estrecho, sin poseer siquiera los fustes

transformadores del humanismo naturalista que tuvieron otros países de la Europa en ese entonces.

España fue un país hermético a los influjos evolutivos del mundo europeo de aquella época: no respiró los aires refrescantes espirituales del Renacimiento en el sentido exhaustivo del vocablo; por el contrario, continuó permaneciendo tras la égida de la Edad Media dentro de la dictadura de sus añejas tradiciones. Y si pese a ello, se filtraron en sus dominios las nuevas corrientes en lo literario, en las artes plásticas, en lo religioso, lo filosófico, lo político, etc., fue para que no cuajasen en una completa innovación de su conciencia medioeval como muy bien lo hacen notar muchos historiadores. De tal manera, pues, que el retraso de la educación de este pueblo en el sentido moderno, salta transparencialmente a la vista, no sólo comparándola con la de las naciones adelantadas europeas, sino cuando se la confronta con la severidad rectilínea y de amplios horizontes creadores de la educación tawantinsuyana.

Respecto a las discrepancias de su evaluación, se tiene que éstas han sido provocadas por los distintos puntos de vista de que han partido. Es así que para la apreciación peninsular, España realiza en el Nuevo Mundo una misión apostólica hasta el exceso de que para muchos autores de esta nacionalidad, la obra española en nuestro continente no ha tenido otro interés que el de la propagación filantrópica y redentora de la fe católica para la mayor gloria de Dios, sin tener para nada en cuenta cualquier otro, como el político o económico, lo cual es absurdo a todas luces. Los que han defendido a mandoble abierto la labor conquistadora, han tratado de justificar a todo trance los latrocinios que la dominación ejerció sobre los naturales de América. Estos se han agazapado en el pretexto insustantivo de que la salvación de las almas de esta humanidad encharcada en las ciénagas de la idolatría, tuvo necesidad de todos los medios por innobles y despiadados que fueran para conseguirlo. El espíritu maligno de Juan Ginés de Sepúlveda animó los actos inhumanos de los conquistadores, al justificar y más aún al dignificar las guerras y los horrores que ellos cometieron contra los indefensos indígenas de estas tierras. Contra esta feria de sangre, dolor y explotación, sólo se alzó la epónima figura, el espíritu cristiano, verdaderamente cristiano, del Reverendo Padre Fray Bartolomé de las Casas, quien soportó con heroica austeridad el sacrificio de todos los embistes de sus connacionales, que no tuvieron ni tienen la entereza de reconocerle su cristiana bondad a este respecto y por el con-

trario lo han denigrado por el supuesto delito de su falta de lealtad para con sus compatriotas.

En cambio para la visión que se levanta de otras naciones y especialmente de nuestro suelo, las cosas y los hechos tienen que cambiar forzosamente de postura y de valor. Nosotros —en nuestro caso los peruanos— no podemos sin caer en la abyección ciega, compartir con esa hispanofilia, toda vez que la conquista no nos vino con manos de azucena ni con el corazón abierto por las auroras de la nobleza. Prueba de ello es que nuestra raza aborigen de la cual tenemos que vanagloriarnos, en muy escaso espacio de tiempo fue destrozada material y espiritualmente en todos sus elementos vitales tradicionales, para convertirse en una amorfa masa inerte sumida en los estercoleros de la más negra de las esclavitudes. De ella, hasta ahora, nuestra población indígena no puede convalecer de las atrocidades sufridas en aquella época, que para mayor desgracia nuestra, ha seguido en la próxima de la independencia como un lastre inmortal de su total hundimiento.

La conquista pone el marco final al proceso vivo de la cultura tawantisuyana. Su larguísima existencia llena de una poderosa fuerza creadora, se desarticula, desmembra y sucumbe ilógicamente en pocos años de un drástico y cruento sometimiento. Termina como fulminada por el rayo en todas las dimensiones de su validez histórica, que tan diligentemente habían construido nuestros antepasados. Las pisadas de España, una vez de afianzarse en el mundo incásico, vuelcan de plano el rumbo de su tradición cultural, para luego otorgarle otra dosis de devenir histórico que hasta el presente nos satura con su influencia. España y no cualquiera otra nación de aquellas que en el siglo XVI buscaron su expansión colonialista, iba a ser el pueblo foráneo que había de someternos a su hegemonía. El sívo histórico nos reservó su señorío, debido a que los acontecimientos de magna importancia que se sucedieron en Europa de aquel tiempo, hizo que los estados situados en la zona extrema occidental de este continente, se convirtieran en la válvula de escape de su comercio de alto volumen, tan bruscamente entorpecido por la captura del puerto de Constantinopla por los turcos. Este suceso de grandes consecuencias negativas económicas para el Viejo Mundo, cierra las compuertas del movimiento comercial europeo con el Asia, abriendo la urgencia de buscar otras rutas para su recuperación. Así es como que de un momento a otro, Portugal y España, se convierten en naciones estratégicas para emprender esta campaña de cuyo éxito dependía el destino del comercio de muchos países europeos.

El Príncipe Lusitano Enrique el Navegante, es el primero en lanzar sus huestes exploradoras hacia la India, por el camino de las costas sur-occidentales del Africa, sin tener conciencia clara aún de lo que esto representaría para el futuro del comercio intercontinental de Europa. Su hijo Juan II; el sucesor de éste, don Manuel el Afortunado, Alfonso V., etc., culminan victoriosamente estas expediciones que ponen al vasto y rico Indostán en manos de la corona portuguesa. España con alguna posterioridad hace lo mismo por intermedio de Cristóbal Colón, quien apartándose de la ruta seguida por los anteriores, penetra directamente en el levante, sumiéndose con sus históricas naves en las inmensidades de las aguas del Atlántico.

El proceso de los nuevos descubrimientos realizados por estos países, repercute en la variación del sesgo tomado por la dinámica del comercio y la industria europeos. En efecto, el comercio marítimo sustituye ventajosamente al terrestre y la preponderancia que hasta entonces retuvieron los pueblos de la cuenca del mediterráneo, que dígame de paso eran los más importantes para el comercio del Viejo Mundo en la época del gótico, pasa a ocupar un segundo plano frente a la naciente pujanza alcanzada por los estados de la península Ibérica que se adueñan de las vías del Atlántico, conquistando los inmensos y promisoros territorios de la América. Los puertos de Constantinopla, Alejandría, Venecia, Génova y Marsella, pierden sus prerrogativas y las ganan los puertos españoles y portugueses, primero y ya después los franceses del Mar del Norte junto con los de Holanda e Inglaterra.

Debido a que Colón tomase la ruta directa por el Atlántico, es lo que precisamente motivó que España fuese la primera nación en alcanzar el suelo americano en este tiempo y por tanto en ser el primer país que contó con mejores posibilidades para conquistar sus sectores más sobresalientes, como son las regiones de Centro América y la parte occidental sudamericana. Zona ésta donde se hallaba el legendario y maravilloso Imperio de los Incas. Una vez descubierto y reconocido el nuevo mundo, España y Portugal, pueblos por otra parte muy adictos al acato de los mandatos del Vaticano, para los fines de deslindar sus posiciones en las nuevas y extensas tierras, acuden a la suprema autoridad pontificia a fin de que ésta les fijara los límites de sus conquistas. Alejandro VI hace la repartija solicitada en Tordecillas de modo definitivo y desde entonces los peruanos quedamos bajo la dominación española.

España es un pueblo de múltiple composición etnológica; un residuo nacional en el que intervienen diversos núcleos culturales, que ya en forma simultánea o sucesiva se conglomeran para estructurarlo, dándole una fisonomía propia e inconfundible con el tiempo. De esa suerte es que los iberos, los celtas, los cartagineses, los fenicios, los griegos, los romanos, los godos y los árabes, se amalgaman en su suelo en una síntesis etno-cultural, aportando cada uno sus peculiares características en su formación. Sobre esta base sobrevienen los grandes acontecimientos de una tremenda turbulencia, constituyendo el acervo de sus fundamentales experiencias históricas, que por su parte estructuran sus más fuertes y arraigadas cimentaciones espirituales que conforman su particular idiosincrasia. De entre éstos hay que despuntar la invasión mahometana, que durante ocho siglos puso en dura prueba de fuego a sus habitantes, en la lucha incansable por su independencia. En ella se puso de manifiesto el heroico y pertinaz sacrificio de su raza de manera sorprendente en la historia. España, pues, arrastra consigo un grueso estrato de violentas conmociones, en las que se han jugado las cartas decisorias de su destino en el futuro, el mismo que es defendido y cautelado con una tenacidad y coraje muy pertinentes a lo español.

Esas virtudes congénitas en la raza de este pueblo se encarnaron precisamente, cuando unos grupos de sus habitantes se encaminaron en caballeresca aventura, hacia la conquista de los enormes y desconocidos territorios del Nuevo Continente, para enfrentarse con grandeza épica ante las vicisitudes más descomunales que éste les presentó. El quijotismo español nunca se puso tan de manifiesto que en esta ocasión, en que puñados de hombres sin mayor seguridad que su propia valentía, se zambullen en un mundo ignorado, con la sola esperanza de conseguir aquello que se había propuesto hacerlo. Un exacerbado patriotismo lleno del intenso amor por el suelo natal; un respeto que raya en el servilismo hacia la autoridad de su gobierno, y un fanatismo incondicional por el resguardo de los principios y los intereses de su religión, son las características de las obras y las ideas de sus hombres en aquella época. Aman su tierra con el brio y la obstinación de quienes la han sostenido con la viva energía de su sangre y el sacrificio de sus más caros patrimonios. Acatan al máximo el comando del Estado, porque él surgió del seno tradicional de su pléyade de héroes, que encabezaron a su pueblo en sus momentos más álgidos de peligro decisivo. Defienden su religión, porque ella es el sustento de su más profunda espiritualidad nacional. Estos factores han formado a través de una lar-

ga tradición bien conservada, la voluntad española que es poderosa, renitente y elemental, en el sentido de ser primitiva, es decir, con todos los atuendos de lo impetuoso, lo estallante, lo arrollador y lo irracional. Voluntad llena de ciegos apetitos por el logro de lo inmediato; por aquello que se concreta en interés objetivo de conveniencia egocentrista. De ahí nace el orgullo español que todo lo refiere a lo suyo y en ello converge todo lo ajeno.

El programa de la conquista se resume en la búsqueda y la consecución a cualquier precio, de las riquezas que absorben toda otra finalidad práctica y son el acicate más formidable que mueve la voluntad de los que la realizan en el orbe americano de los tiempos de la conquista y el colonizaje. Su idealismo es el simbolizado por don Quijote, mediante el cual las imágenes del mundo y de la vida, son entrevistas tras el prisma de una visión llamada a efectivizarse por doquiera caminos por impracticables que ellos fueran. La tierra es un viejo solar de posesión mancomunada, en la que cada uno dentro del concepto español hace relucir su significación individual y que es un legado de sus antepasados a base de un denodado esfuerzo por asegurarla frente a todo intento en contrario.

Las instituciones tutelares de orden político, son el producto de la jerarquía adquirida por sus bravos capitanes en horas duras de decisión trascendental. La religión tiene arraigos lejanos para la conciencia española: arranca desde San Pablo y Santiago y desde un comienzo entra en beligerancia contra los poderes foráneos que obstaculizan su normal desenvolvimiento. El ideal fantástico de lo español encuentra en ella su expresión más plena y concreta; por eso que España es el pueblo que más otorga al catolicismo romano un sentido épico, conmovedor y extraordinario, por la firmeza y consistencia que éste tiene en las grandes situaciones de peligro. Los españoles desde mucho antes de iniciarse las guerras de religión en Europa a raíz de la Reforma, emprenden luchas cruentas y sin cuartel contra los arrianos, los visigodos, contra el paganismo romano, contra el mahometanismo de los árabes, contra los mozárabes, los muladies, los judíos, los moriscos y finalmente contra el protestantismo. La religiosidad española es una auténtica fijación espiritual de rancia estirpe, hecha a sangre y fuego; tiene tentáculos que se introducen en las abismales profundidades del inconsciente colectivo nacional.

La aparición de Carlos V en la palestra histórica de España hace época: como se sabe, después de instalarse en el trono ibérico por legítimo derecho de sucesión, es nombrado posteriormente Em-

perador alemán. Y por más que ese nombramiento costó grandes inversiones económicas y serios compromisos comerciales con aquellos que como el judío Jacobo Fucar, financiaron su elección a alto precio, para sobornar la votación de los príncipes electores, ella tropezó con la rotunda oposición del Papa León X. Este apoyaba la candidatura de Francisco I de Francia y en caso de no resultarle este proyecto, estaba dispuesto en último análisis a apoyar la candidatura de cualquier príncipe elector de Alemania. Sin embargo, con el correr de los años, España se convierte, teniendo por cabeza a su Emperador, en el Estado campeón de la defensa del cristianismo, cosa que siguió en ascenso durante el régimen de Felipe II.

Como quiera que mi propósito en esta parte de la obra, no es entrar en discriminaciones de carácter histórico, sino solamente mostrar a grandes brochazos el estado de España en el momento en que se pone en contacto con América, paso por alto cualesquiera otra consideración a este respecto. Me propongo lograr el conocimiento del proceso histórico surgido en torno a este hecho, de tan grandes consecuencias para nosotros en el futuro. Con este objeto me pongo en la posición que nos corresponde, o sea, en la autóctona, para considerar el significado de la invasión extranjera frente a nuestra realidad ancestral; para mirar todo lo que ella trae consigo a nuestra cultura tradicional y congénita, que como hemos visto, salta a todas luces aureolada de una majestad indiscutible, merced entre otros factores, al papel que desempeñó la educación en el desarrollo de todas sus formas culturales.

Con mucha razón han sido calificados los conquistadores por la mayor parte de los críticos autorizados, como gentes que no han tenido la capacidad suficiente para comprender en toda su amplitud y profundidad el mundo cultural que sometieron; por el contrario, los americanos fueron considerados como elementos harto subalternos por los europeos y particularmente, en el caso nuestro, por los españoles. La subestimación que se tuvo de ellos no sólo llega a conceptuárseles como menores de edad, sino que alcanza al extremo por demás absurdo de discutirseles su calidad humana, cuestión que es llevada hasta el seno de un Concilio. Por otra parte, para los nativos la incursión española tiene todos los contornos de una catástrofe dantezca, porque destruyó, arrasó y desmanteló hasta sus raíces, todas las formas de su caudalosa tradición cultural. De este modo es que el régimen político, la estructura de la organización económica tan magníficamente planificada, las normas morales de una cimentación y finalidad tan perfectamente ensambladas con un

tido individual y colectivista de la vida, las leyes jurídicas tan agladas a la ordenación de los derechos y las obligaciones del Es- o para con la sociedad, del individuo para con el Estado y de és- para con la comunidad; la religión tan a tono con un profundo cepto filosófico del universo y de la vida, sufren un drástico pro- o de completo aniquilamiento, que en pocos años pierden todo su or activo para únicamente momificarse en el recuerdo. España uesta ante esta calamidad que realiza, tan sólo las lacras y las su- dades de la conducta de sus conquistadores. Quiebra de una mo- colectiva que estaba en franca oposición contradictoria con las as costumbres autóctonas, que desde tiempos inmemoriales fue- a la sangre y el alma fecundante del espíritu de este pueblo. El hemente deseo de enriquecerse a toda costa y al menor plazo po- le; la angurria de agrandar los dominios de la corona en estas sor- endentes y maravillosas regiones de bonomía, y el fanático inte- s por difundir e implantar la dominación católica entre los supues- s infieles y herejes, son los incentivos absolutos que empujan la emental y férrea voluntad de los advenedizos en las nuevas tie- as conquistadas.

Sólo en esa forma es explicable la despiadada compostura de conquista en América; la falta total de escrúpulos de los conquis- dores frente a los naturales, por conseguir todo lo que apetecie- en desenfrenadamente; su inhumanidad en el trato a los nativos ue estaba por debajo del que tenían a los animales. No es exagera- o sostener que muchas veces, meznadas de indios apaleados y azo- ados, tenían la obligación de llevar en sus espaldas a los caballos e estos amos, a fin de que no se cansaran en los caminos. Su codi- lia por obtener los tesoros encontrados y por encontrar en fantásti- as cantidades; todo esto explica la obra de destrucción sistemática obsecada que llevan a cabo los conquistadores en nuestro suelo pa- rio y en el resto de sus dominios en este continente, cosa que dió origen a la airada protesta y repulsión de sus actos por parte de la pinión mundial.

Para los nativos, la venida de los hombres blancos proceden- es de lejanas e ignotas tierras, tuvo que ser considerada por la fuer- za convincente de los hechos como una calamidad sin precedentes; porque esos hombres desmenuzan y estrangulan su glorioso pasado, sin tener la debida responsabilidad histórica de lo que hacían. Ellos cambian radicalmente el ritmo tradicional de la existencia de su cul- tura; deshacen la arquitectura consuetudinaria de su patria, ha- ciendo festín leopardino de las más incalificables faltas y delitos con-

tra la ética y el derecho. El proceso de los primeros años de la conquista sobre todo, está regado con la sangre y el dolor de nuestros ancestros; con el saqueo incontrolado de sus templos y palacios; con la avalancha destructora de sus más sagrados valores; con la violación de sus mujeres, la esclavitud de sus hijos y el asesinato impune de sus mejores hombres. Hechos que al ser conocidos en Europa, tan solamente al pálido trasluz de algunos comentarios de los testigos presenciales, escandalizan la opinión pública de este continente, que en forma casi unánime condena esta actitud que pone a España, la católica y piadosa, por debajo del más rudo salvajismo.

Es una verdad histórica que los pueblos dominadores siempre han procedido de modo similar con los dominados. La historia de las colonizaciones tiene en todas partes y en todo tiempo igual panorama, con algunas variantes que los atenúan, pero que no por eso son una excepción a la regla, sino que más bien la confirman. Los ingleses, holandeses, franceses, etc., se han comportado drásticamente con los naturales que sojuzgaron a sus dominios. En la antigüedad tampoco existen oasis en este sentido: el derecho del más fuerte ha dictado siempre sus cánones de iniquidad al más débil. España por tanto, no sale de los renglones fijados por estas leyes de la historia. Pero es el caso que los castellanos consuman esta obra de barbarie, en aras de un estado político que se precia de constructivo y benévolo y en el de una religión que se alardea de redentora y edificante. Además, es el caso que en América esta dominación tiene consecuencias desastrosas para el porvenir de una serie de naciones, que después de independizarse de su yugo, aún siguieron soportando estas consecuencias en considerables lapsos y de las cuales muchas de ellas no pueden convalecer hasta en la actualidad de sus negativos efectos.

Si tocamos comparaciones, ahí tenemos a los EE. UU., que fueron en esta época un patrimonio colonial de Inglaterra, que después de Francia se apoderó definitivamente de sus territorios y que sin contar en lo más mínimo con la calidad de los pueblos conquistados por España, especialmente a lo que a Méjico y al Perú respecta; habiendo contado con la hostilidad indómita de los pieles rojas que entorpecieron hasta donde no se pudo la labor de su colonización, sin embargo ahora, es un pueblo que ha recogido una acertada e inteligente tarea de organización, que lo pone a la altura de los estados más poderosos del planeta. El Brasil igualmente, que sale de las garras de la dominación portuguesa, con todos los dispositivos existentes como para emprender el camino de su progreso,

sacando todas las ventajas que la naturaleza proporciona al hombre para efectuarlo. Bien es verdad que no se puede negar el progreso alcanzado por otros países americanos que fueron colonias de España como la Argentina, Chile, Uruguay en la América meridional y el mismo Méjico en la del centro; pero ello es debido a que éstos, a excepción del último, se han dotado de sangre nueva por medio de un sistema de migraciones, que ha tenido por consecuencia la saludable renovación de la raza y sobre todo porque no han sido como el Perú, países en donde la dominación se ensañó con más fuerza por considerársele como al baluarte de más garantía de la dominación de España en el Nuevo Mundo. El progreso de estos países inclusive, es cosa de estos últimos decenios, ya que por otra parte ellos vivieron una tortuosa vida republicana, en razón de los hábitos heredados del régimen colonial español.

Nosotros los peruanos hemos también tenido un proceso migracionista que data desde los tiempos de la colonia; pero esas migraciones no nos han dado mayores ventajas y si más bien desventajas. Los negros son traídos por España en calidad de esclavos y posteriormente los chinos vienen a nuestras tierras para ocupar los puestos más minúsculos en nuestras actividades: ellos nos inyectan una sangre que por las condiciones en que se establecen en nuestro país no tiene nada de iniciativa constructora. Los mejicanos es verdad zafan aunque a duras penas del peso montañoso de su tradición colonialista, pero merced a que el elemento mestizo y cholo tiene la capacidad de despertar al nuevo ritmo de la vida moderna, con iniciativas que no han sido totalmente desvahidas por la atmósfera de la servidumbre como en nosotros. En el Perú es que la presión colonial afincó sus raigambres con decisiva penetración; fuimos el suelo elegido para que esta presión nos asfixiara más que a cualquiera otro país. Por eso que el coloniaje nos dejó con los ojos vendados para encontrar nuestro propio rumbo de acuerdo a las exigencias de estos nuevos tiempos en que vivimos.

Después del período de la conquista propiamente dicha viene el asentamiento del régimen colonial; régimen que es la consecuencia directa de las luchas fratricidas y los desmanes lacerantes, que la emulación egoísta y el afán de supremacía de los conquistadores encienden en las tierras de nueva posesión. La corona una vez de adueñarse de estos territorios del Perú, es sorprendido por el caos, la vehetría y el desgobierno de sus favorecidos en los primeros repartos. Se ve frente a la premiosa necesidad de establecer sus principios autoritarios por medio de los virreinos. Con este objeto im-

planta la Legislación de Indias, envía a los representantes del rey en la persona de los virreyes, hace una delimitación territorial de los sectores que deben de estar sometidos a una determinada repartición política. Los dominios españoles son encerrados en un cerco de riguroso aislamiento del resto del mundo, a fin de que no tengan conexión material ni intelectual con los demás pueblos libres y adelantados y no sufran su perniciosa influencia renovadora según el criterio español. Fuimos enclaustrados dentro de nuestra esfera de ignorancia y servidumbre, para no tener otra salida que la brindada por los prejuicios y los temores de nuestro opresor. Los habitantes de estos vastos dominios son regimentados dentro de una estricta y monacal educación tendenciosa, que cuida con vigilancia centinela los patrimonios del país dominante. Los militares, magistrados y funcionarios civiles se dan la mano en una estrecha e indisoluble alianza con los pioneros del espíritu. Los curas, frailes y monjas se desgalgan de la península en cantidades desproporcionadas a las necesidades de su misión, ungidos del ideal apostólico de ganar a los siervos de América para enrolarlos en las filas del catolicismo romano. De esta manera, el doctrinero y el encomendero acompañan el ritmo de sus acciones bajo la batuta de un mismo fin, que no es otro que los intereses materiales y religiosos del imperio en cuyos territorios el Sol no se oculta. América y particularmente el Perú, es el vellocino de oro que ha de solventar las demandas económicas de España, en sus empresas políticas con el resto del continente. Ese oro ha de nutrir al estómago esquilado de las arcas ibéricas; ya que España como campeona del catolicismo pontificio, tiene la obligación de mantener a raya los desbordes de las luchas religiosas que por el espacio de ciento cincuenta años ensangrientan a Europa. Dentro de este marco histórico es que se desarrolla la educación colonial de nuestra patria en el pasado.

La política educacional de la época de la dominación es el fiel reflejo de lo que a este respecto sucede en la península. Ya hemos dicho que España no atravesó en su devenir histórico por las etapas del Renacimiento y la Reforma. En este caso también se aisló del resto del continente en cierto paralelo con Rusia, siguiendo su propia línea de desarrollo. Por tanto estuvo muy lejos de recibir la reconfortante influencia ideológica y doctrinaria de un humanismo de mayores alcances como el preconizado por un Erasmo de Rotterdam o siquiera de un Nicolás Cusano o de temperamentos altamente revolucionarios como el de un Bruno o un Montaigne, que bien pudieron imprimirle el sello de una mayor magnanimidad y elasticidad

en sus ideas sobre el mundo y el hombre, sobre la religión y las ciencias naturales. Estuvo por el contrario maniatada a sus seniles costumbres y tradiciones, sin advertir la necesidad de encajarlas en nuevos moldeamientos de acuerdo a los dictámenes de la hora presente. El Renacimiento combate contra las estrecheces del espíritu medioeval y la Reforma lo hace contra las fuerzas arrebatadoras y egocentristas de la iglesia romana, rompiendo los vallados del muro intelectual impuesto por el papado y abriendo nuevas lontananzas al pensamiento libre. Ante los golpes de los vientos renovadores del Renacimiento, España esgrime sus vetustas tradiciones inalienables y contra los tempestuosos retumbos del protestantismo, retruca con la odiosa arma de la inquisición. Esta al ser erigida en América en 1569 y ser celosamente defendida por muchos autores españoles, es la causante fundamental del atraso de la cultura intelectual de ella durante el coloniaje. Debido a esta política es que la educación al par que limita sus horizontes forjadores de una robusta cultura, unilateraliza rígida y severamente la cultura humana. Para ella no hay más ideales que los religiosos y políticos a los cuales tienen que conformarse todas sus actividades. El americano de ese entonces debía conceptuar con todo el peso de sus convicciones resignadas, que el rey de España gobierna a sus colonias por derecho divino y que la religión predominante en la madre patria tenía una vigencia dispositiva y directiva incontrovertible en sus dominios.

De esta suerte, a una política educacional que todo lo circunscribe al incremento supervalorado de lo religioso y político, que defiende los ideales patrocinados en el país conquistador, se le suma una educación política y religiosa de remarcado carácter dogmatista. Esa educación prepara y encarrila la conciencia de las nuevas generaciones y en especial de las más significativas, es decir, de las de los españoles puros, de las de los criollos de encumbrada posición y excluye al resto de los pobladores por su carencia de valía e influencia. Y si estas cualidades se encuentran en esos estratos sociales inferiores como entre los mestizos e indígenas, trabaja con ellos, porque según esta política educativa, encuentra en ellos el apoyo a los intereses de España. Esta educación amaestra y domestica el espíritu de las juventudes hacia el orto de la religión, la política y la economía pregonados por la absorción colonialista. Esta es la raíz madre del colapso educacional peruano en esta época que comparado con el reinante en el estadio anterior de la cultura tawantinsuyana se halla en un nivel de total desmedro.

La educación como función formadora de la existencia vigilante para cumplir fines ennoblecidos en la vida, ha impuesto en todo tiempo y lugar su papel creador. Ella forma y reforma, construye y fecunda la vida humana; empero cuando ella es conceptuada y definida como acción intencionada y sistemática, su desarrollo en la historia sólo se presenta con todo el ornato de su precisión concreta dentro del curso de la cultura occidental. En esta cultura es que recién lo educativo define su ubicación dinámica junto con sus objetivos y orientaciones de netos perfiles. Aquí es donde por primera vez se convierte en la ciencia, en el arte, y la filosofía de la formación humana: en la ciencia con normas artísticas que logra sus realizaciones tomando como su objeto a la niñez, a la adolescencia y a la juventud. Aquí es que los centros educacionales se constituyen en verdaderos laboratorios de esa formación, con todos los implementos artificiales, las circunstancias y los factores que han de llevarla a buen efecto. Aquí es donde las materias y los métodos de la enseñanza se ayuntan con la labor tutorial de los maestros y la asimilativa de los alumnos. En una palabra, sólo el occidente ha llegado a la auténtica sistematización de la pedagogía en la historia. Por eso es que sus etapas iniciales de evolución que se han sucedido en la antigüedad y se han engolfado en el medioevo, participan en mucho de esa su imprecisión gaseosa de que adolecieron las normas educativas de todos los demás pueblos. No obstante, una vez que irrumpe el Renacimiento y la era moderna las cosas cambian de cuajo, o sea, que la pedagogía europea se abre paso triunfal por el rumbo de su significación sistemática.

En el caso de la educación peruana en el coloniaje, tenemos que sostener que el medioevalismo se ensancha y abarca en su vigencia, por cuanto, por un lado, España conserva sus molduras preteritas, ya que no fue un pueblo que dió cabida a las influencias provenientes de los movimientos evolucionarios del Renacimiento en los momentos en que ellos se pronunciaron en otros países; y por otro, porque a esta nación le interesó sobremanera perennizar esos moldes añejos en sus colonias, toda vez que este procedimiento era ad hoc a los postulados de su soberanía en ellas. A esta razón obedece el que hayamos sufrido por largo tiempo, la autoridad de una pedagogía escasa y retrógrada en lo que respecta a la liberación del pensamiento en las etapas posteriores a la Edad Media. Sólo a partir de haberse firmado el tratado de Utrecht en 1713 entre Inglaterra y España y que favoreció a la primera contrariando los intereses españoles al darle dos ventajas: primero, el monopolio en el turbio

negocio del comercio negrero para los efectos de su importación a las colonias ibéricas; y segundo, la concesión de enviar a estas colonias un barco cada año con mercaderías de quinientas toneladas de peso. La segunda ventaja abrió las puertas del contrabando comercial y junto a éste al contrabando ideológico, que fue muy importante para la América hispana, porque desde entonces Inglaterra en su interés de socavar el poderío colonial español en el Nuevo Mundo, comenzó a traer a las nuevas tierras un vasto material literario de tendencia liberal, que al difundirse entre los criollos y mestizos despertó los anhelos libertarios en la población sometida.

Antes de pasar a la consideración del estado de la pedagogía colonial, veamos lo que el Perú ostenta en su nueva ordenación socio-étnica. En efecto, la raza indígena antes tan pujante y viril cuando fue la protagonista del drama grandioso de su cultura, fue vilmente sacrificada y reducida a una cruel esclavitud por los conquistadores, perdiendo por esa causa su significado e importancia, para convertirse en una masa amorfa y sin vida que reventaba agonizando en las minas, las encomiendas y los obrajes. No obstante, por el hecho de que los españoles no tuvieron a menos mezclarse con las aborígenes, los productos de esa unión así sea violentada, fueron tipos híbridos, mestizos, que llevaron en sus venas lo español y lo aborígen como resultado de esa aleación racial. Así mismo con el tiempo también, entre los españoles ocurre el fenómeno de que entre ellos aparece una diferencia a causa del lugar de su nacimiento, diferencia que implica una jerarquía entre los nacidos en España y los nacidos en tierras americanas. Como consecuencia hay dos clases de blancos: los españoles puros y los españoles criollos. Este fenómeno marca en la sociedad y en la política una diferencia social, funcional y administrativa, por medio de la cual los primeros ocupan los sitios de privilegio, y los segundos son postergados de esos puestos. Con la posterior importación de los esclavos negros, nuestro proceso de formación étnica sufre otros cambios, puesto que éstos al mezclarse con los indios y mestizos traen como consecuencia otros productos híbridos, tales como: los zambos, los mulatos y cuarternes, que por circunstancias climatéricas han de echar sus raíces en la costa peruana de modo preferente. La estructura social sigue al despunte este eslabonamiento del proceso étnico; la primera capa que es la afortunada y la representativa, está formada por los chapetones o españoles fidedignos; a estos les siguen los criollos, con el agregado del adistanciamiento y la rivalidad que entablan entre ellos, hecho que ha de tener en lo futuro, grandes consecuencias en

la etapa de la emancipación; luego vienen los mestizos ocupando un tercer plano, y por último los parias de la sociedad colonial compuesta por los indígenas, los negros y sus derivados. Dentro de este ámbito sociológico se desenvuelve la educación, tomando caracteres determinados y cumpliendo una función de acuerdo a lo previsto por la política educacional de España en sus colonias.

Es razonable convenir que España al tomar posesión de Latinoamérica, no podía hacer otra cosa en sus dominios, que volcar todo su contenido cultural; de ese modo, sus usos y costumbres, sus normas y sus leyes en lo moral y jurídico, sus principios y fines en lo político, sus intereses y ambiciones en lo económico, sus dogmas en lo religioso, sus estilos en las artes, y en fin, todo lo que el almaacen de su existencia histórica atesoraba, hubo de ser desplazado hacia el mundo americano. No es el propósito nuestro analizar el fenómeno pseudo morfogenético o de transculturación, que se produce en este caso entre España y Latinoamérica en la presente obra, ya que ello es objeto de otra (Nueva Interpretación de la Realidad Histórica del Perú) que se está preparando. Por eso lo pasamos por alto, concretándonos a lo indispensable para la mejor comprensión de este capítulo.

Desde los tiempos de Gonzalo de Berceo (siglo XIII) ya se habla en España, de la existencia de escuelas elementales donde los niños y los jóvenes aprendían a leer, escribir y contar; las mismas que en los primeros años de la conquista se establecen para los hijos de los españoles en el Perú. Quiere decir, pues, que en la época referida, la escuela tiene un mínimo campo de acción, constriñendo sus funciones pedagógicas a la lectura, la escritura y la aritmética. Estos tiempos son carentes, horros de toda inquietud instructiva, debido al escaso adelanto de las ciencias, de las artes y sobre todo a la poca o ninguna iniciativa por conocerlas y divulgarlas. Es indudable que en aquellas circunstancias, la vida humana caminaba adherida a exigencias y aspiraciones de muy pocos alcances, que sólo tomaba en cuenta su aspecto material y a lo sumo, lo espiritual restringido a lo concerniente a la religión. Es por esto que lo intelectual era desconocido en su importancia y en el interés que abriga para fecundar la existencia de los hombres. La Edad Media le dió las espaldas de plano, porque el conocimiento de la naturaleza y la historia eran vistos con recelo y desconfianza por la religión, toda vez que éste podía desviar las almas hacia el camino de la perdición y la herejía. Con este criterio es que los centros de enseñanza, se limitaban a la difusión de esos pequeños conocimientos que en tiem-

pos de Berceo eran suficientes para que un individuo se desenvuelva entre sus semejantes. También desde el siglo XIII datan las escuelas monásticas y catedralicias, que tienen por finalidad el formar la casta clerical de ambos sexos en España. Y no podía ser de otro modo, ya que este pueblo tradicionalmente religioso hasta el fanatismo, tenía que vigilar la formación de los ministros de Dios, para que en calidad y cantidad suficientes se abastecieran en la lucha de la divinidad contra los infieles, que amenazaban tanto su gloria, cuanto la seguridad de su pueblo escogido (en este caso España), que desde entonces puso muy en serio su rol combatiente contra los enemigos de su religión. Junto a ellas ya existen otros centros superiores de enseñanza, con el nombre de escuelas de estudios generales, a las que también ya se refirió Alfonso X el Sabio en sus célebres Partidas. En estos centros se cultivaban el Derecho Canónico, el Derecho Romano, la Gramática, la Lógica, la Retórica, la Aritmética, la Geometría, la Astronomía y la Música: después esos estudios abarcaron a las Ciencias Naturales y la Medicina.

Estos centros son los embriones de las Universidades en España. Las materias susodichas se enseñaban y aprendían tomando en cuenta la autoridad suprema del **magister dómíne** que por lo general era clérigo, con magisterio indiscutible, y las materias como supeditadas por completo a los dogmas religiosos. El maestro repetía (leía) los libros de consulta previamente autorizados por la requisitoria inquisitorial del Santo Oficio y los alumnos repetían mecánicamente lo dictado por el maestro. Los orígenes de la vida universitaria se caracterizan por la falta de graduación en los estudios, la falta de dosificación de los mismos y por la carencia de sus requisitos para el ingreso en estas casas de estudios. Los discípulos penetraban en sus aulas sin llenar ninguna exigencia condicionante como por ejemplo, sin previamente haber cursado un ciclo de estudios básicos, sino tan sólo a merced de la capacidad que les otorgaba su edad cronológica y su situación social que debía ser elevada. No existían grados en la instrucción como preparación antelada para el ingreso en los estudios mayores. Por otra parte, las materias carecían de la extensión y profundidad necesarias como para clasificarse como de incumbencia de altos estudios. Así mismo la libertad de interpretación e investigación del alumnado estaba por completo descartada. Los estudios generales no eran otra cosa que conocimientos de generalizaciones más o menos elementales sobre el contenido panorámico de estos cursos. La inquisición fundada todavía en el siglo XII en el reino de Aragón, pronto expande sus antenas

por toda España, y desde entonces tiene especial cuidado de velar por los intereses de la iglesia romana contra toda herejía, avocándose entre otros menesteres la tarea de la vigilancia inmediata de la enseñanza de "los saberes" en estos centros de cultura.

La Teología es considerada como la ciencia por excelencia, que toma a la Filosofía y muy particularmente a la aristotélica como su sirvienta. Si el estagirita critica al pensamiento platónico en su metafísica de las "ideas", sustituyéndola por los cuatro principios constituidos por la materia, la forma, la causa matriz y la finalidad, es para que su filosofía desemboque en la constitución del Primer Motor, principio absoluto de todas las cosas. Ese principio es llamado por la teología con el denominativo de Dios, ante quien toda ciencia y sapiencia tienen que rendir el pleito homenaje de considerarlo como el principio y fin del universo. Este principio ha de ser sostenido y reconfortado por otros conocimientos encerrados en la historia sagrada, la biblia, el derecho canónico, etc., materias que a su vez ocupan lugar preeminente en las universidades y con mayor razón en las escuelas catedralicias y monásticas. De acuerdo con Aristóteles la teología afirma que todo devenir tiene un fin; la transformación de la naturaleza debe proseguir hasta que ésta se convierta en entidad divina. La forma realizada tiene su encarnación en el hombre y la forma absoluta en Dios. Esta teología gobierna y dirige los demás conocimientos tanto de la naturaleza como de la historia, tanto del universo como del hombre. De ahí que las universidades de aquellas épocas son las agencias exclusivas de la docencia sacerdotal y llevan una atmósfera netamente religiosa en sus funciones educativas.

España transplanta este sistema educativo a sus colonias con muy ligeras variantes; la misma Universidad de San Marcos es el fiel trasunto de la de Salamanca según los dispositivos de su fundación; por tanto la educación colonial tiene un intenso paralelismo con la que se verifica en la península, resultando de ello que nuestras juventudes de aquella época, han recibido la influencia medioeval de esta educación, forjando a su vez un espíritu también medioeval en el resto de la población. Las consecuencias de esa influencia aún superviven en nuestra pedagogía republicana en gran parte de su historia; por eso que somos uno de los países más conservadores en lo que a educación se refiere en América Latina. Llevamos una herencia caudalosa en este sentido y no es fácil que con sólo la propaganda o los programas podamos cambiarla de rumbo. Lo importante sí, es reconocer, que nuestra educación necesita de incentivos más

derosos para salir de su pesadismo anticuado y taladrar su destino futuro de conformidad con los nuevos imperativos de la hora presente.

Ahora bien; según el concepto español, en la América Latina, la educación debía cumplir un papel enteramente catequístico, con el objeto de que la idolatría de sus pobladores aborígenes fuera extirpada de raíz, a más de que en ello se impusiesen las nuevas normas de la vida cívica surgidas a través de la conquista. Por estas razones el adoctrinamiento es la primera y fundamental tarea pedagógica que la dominación extranjera ejerce en nuestro suelo. Los doctrineros, en efecto, tienen a su cargo la conversión a la fe católica de los naturales, conversión que antes de ser real, es a nuestro juicio ficticia en una gran mayoría de los casos, tanto por los métodos que emplea, cuanto por la imposibilidad de sustituir sus creencias innatas de índole cósmico-naturalista, por la dogmática místico-escolástica. El adoctrinamiento se realiza en medio del ambiente negativo de los furores atroces de la conquista, siguiendo los pasos de ésta en sus procedimientos y haciendo uso de compulsiones drásticas para doblegar en este sentido a los sometidos: los encargados de ella son los aliados íntimos de los beneficiarios con las reparticiones, quienes explotan los bienes y el trabajo de la raza esclavizada en provecho suyo. Los doctrineros jamás podían aparecer a los ojos de la masa extorsionada como portadores de una doctrina redentora y bonancible, sino como otros tantos de sus enemigos, ante quienes debían rendir incondicional acato a sus decisiones. Además, para el objeto de inculcarles la doctrina cristiana, por lo general hicieron uso de métodos reñidos con la libre voluntad de argumentar y menos haciendo uso de razones comprensivas. Más bien en contradicción a estos métodos emplearon la amenaza, el rigor de los castigos y la privación de sus intereses y su libertad. Por otro lado, el fondo ideológico de la fe ciega del catolicismo medioeval, es tan disímil, tan diferente al que sustentaba la religión popular de los indígenas, que nunca podía suponerse siquiera que la catéquesis de los doctrineros pudiera ser comprendida y menos asimilada por los naturales. Otra cuestión es que los autóctonos para ganarse por lo menos la atenuación de los rigores del dominador, se pegaban a las filas de los conversos tornándose en sus feligreses más asiduos en la apariencia. Prueba de ello es que hasta ahora a pesar de transcurrir más de cuatro centurias, los indígenas sólo toman las formas externas de catolicismo, estando muy lejos de haberse compenetrado

El adoctrinamiento asumió diversas modalidades en su actitud. Como se sabe, estuvo en poder de los doctrineros, que eran sacerdotes seculares o regulares según las circunstancias; tenían a su cargo un grupo determinado de gentes de todas las edades y de ambos sexos que generalmente pertenecían a un mismo repartimiento; se les enseñaba los misterios, para ellos incomprensibles, de la sagrada escritura; luego se les bautisaba por lo corriente en masa, habiendo casos que en un solo día se daba el bautismo a cerca de veinte mil individuos como anotan algunos historiadores, previa la abjuración que se les obligaba hacer de sus creencias tradicionales. En recompensa de estos servicios, el clero recibió de parte de la corona múltiples prebendas en forma de garantías y concesiones, con lo que esta casta adquirió una mayúscula prestanda en la sociedad colonial. En otros casos, cuando los trabajos forzados de las mitas y los obrajes entran en el período de su vigor ejecutivo, el adoctrinamiento desatiende la cura de almas de los indios, acentuando el interés de su rendimiento práctico en las faenas aniquiladoras de las minas y los talleres, de donde milagrosamente sale con vida una escasa proporción de trabajadores. Así es como el adoctrinamiento se reduce a una ligera prédica o a la repetición mecánica de unas cuantas oraciones que se hace antes de rayar el alba, a fin de que estos rituales no entorpecieran las labores a las que inhumanamente estaban condenados contra su voluntad. Y no solamente contra ella, sino en oposición a las prescripciones del Código de Indias, que inspiradas en la póstuma recomendación de la reina Isabel en su testamento, prohibía los trabajos forzados entre los naturales del Nuevo Mundo.

De esta manera comienza la estrecha hermandad entre dos fuerzas que se constituyen en los pilares básicos de la dominación española en el Perú y por consiguiente en la América abarcada por ella. La cruz del doctrinero y la espada del conquistador se dan la mano en un común enlace de intereses, para lograr el éxito de la dominación de la raza aborígen. La insignia del primero y el arma del segundo, sellan el pacto definitivo del despótico poderío de la sojuzgación española en nuestro suelo. De las órdenes religiosas que se encargan de la doctrina, la de los dominicos es la que más leal se muestra con los principios humanitarios incuestionables del auténtico cristianismo, siguiendo en esto el ejemplo apostolar del nunca bien ponderado Fray Bartolomé de las Casas que tanto abogó por la raza aborígen.

Garcilaso nos habla que desde los primeros años de la conquista se habían establecido en nuestro país, escuelas que estaban a cargo de eclesiásticos, que a más de enseñar la religión —que era lo principal— enseñaban a leer, escribir y contar a los hijos de los conquistadores. De la instrucción a los indígenas no se tiene nada y lo sumo, que más tarde se instituyeron centros de enseñanza dirigidos por la casta sacerdotal, a los que sólo tenían opción de ingreso los hijos de caciques y entre éstos, aún sólo los mayores que acreditaban derechos sucesorios sobre el cacicazgo de sus padres y en su defecto, a los que por falta de un derecho de herencia directa pudiesen ejercitarlo de la misma manera. Esto demuestra que la política pedagógica de España sólo pretendió adueñarse de las convicciones y la voluntad de los jóvenes indígenas de elevada jerarquía y que por tal razón eran los llamados a la regencia y el subgobierno del resto de sus semejantes, para convertirse con el tiempo (como en efecto sucedió) en los cancerberos del patrimonio español, en desmedro de las justas aspiraciones e intereses de los de su propia raza. Sabia política ésta desde el punto de partida del conquistador, que preveyendo las consecuencias favorables de la misma, únicamente propendió a la seguridad y el resguardo de sus intereses, sin importar la implantación de un sistema educativo de fecundos alcances, que levantar pudiera el aplastado nivel cultural de la población sometida.

Por otra parte, esta instrucción se contraía sólo a la enseñanza de la doctrina cristiana, con sus aditamentos de la historia sagrada y de las oraciones y jaculatorias propias del misticismo religioso de la conquista y el coloniaje, a cuyas enseñanzas se unían las de la lectura, escritura y las nociones elementales de la aritmética, para el objeto de que los futuros conmitones y capituleros del amo extranjero, supieran rendir y llevar en buena forma las rentas y los productos de los cacicazgos a los señores a quienes éstos pertenecían. Ya hemos dicho que el Estado y la Iglesia se juntaron en estrecha alianza, para actuar al unísono en provecho de la conservación y la seguridad de los bienes de la corona; por eso en las cuestiones concernientes de la religión, el poder civil acata las decisiones muchas veces a mal de su grado) del poder sacerdotal y en lo tocante a cuestiones civiles y políticas, el clero hace lo mismo con lo esuelto por los poderes temporales. Estos dos poderes fueron el servicio de la supremacía absoluta de España en sus colonias y gracias a ellos luchó ventajosamente por largo tiempo contra la política exterior adversa a ella, capitaneada tanto por Francia cuanto por

Inglaterra, que fueron las potencias que más se le opusieron en la época moderna.

Los concilios que se organizan en Lima a partir de 1551 y que en número de seis duran hasta el año de 1583, aprueban la ordenanza del establecimiento de una conveniente instrucción cristiana para los aborígenes, que a más de ser religiosa debía servir para disciplinarlos en las nuevas costumbres y el buen gobierno de estas tierras. El Arzobispo don Gerónimo de Loayza fue su propiciador más entusiasta, con el objeto de que con ellos se organizaran las instituciones religiosas que ya comenzaron a hacer sentir su influencia en la obra de la colonización. En el segundo concilio se trata de la cuestión referente a disciplinar la conducta relajada del clero, que por sus profundos entroncamientos con los intereses de los conquistadores, se alejaba de los postulados de la moral cristiana. También este concilio tiene el mérito plausible de haber tratado de sofrenar la mala conducta de los encomenderos, cuyos abusos con los naturales eran insoportables, sufriendo por esta causa la resistencia y el encono que estos hicieron a este concilio. Si bien en el campo de las teorías estos intentos tienen un gran valor, porque van en abono del prestigio del gobierno español, en el campo de los hechos se convierten en letra muerta, puesto que en realidad sus benéficas iniciativas no alcanzaron en ningún momento a un resultado efectivo.

Con la venida de los jesuitas que difunden su influencia en el Nuevo Mundo, la educación se hace más misional y catequística. Efectivamente los hermanos de la Compañía de Jesús, siempre leales a las férreas consignas de Ignacio de Loyola, a la vez que luchan por la salvación de las masas autóctonas, combaten sobre todo contra los enemigos de la iglesia en su calidad de soldados de Cristo atacando todo género de herejías, y finalmente su lucha se encamina hacia la conquista de una expectable posición económica, al extremo de constituir esta su ambición en una de las causas principales de su extrañamiento en tiempos de Carlos III. No cabe duda que esta Compañía tuvo en su seno a grandes educadores, precisamente porque la institución encontró en el campo pedagógico el instrumento inmejorable tanto para combatir eficazmente a los infieles, cuanto para crear la grey cristiana en el pueblo, capaz de garantizar en el futuro la primacía jesuita sobre el resto de la población. El imperialismo ideológico y combativo del catolicismo modernista, encuentra en la obra misional de los jesuitas su más grande y poderosa expresión. Ellos con táctica genial buscan el flanco más dé-

bil de la sociedad cual es la niñez, la adolescencia y hasta la juventud, para prepararla a su modo, adecuarla a sus fines, conquistando su corazón, su voluntad y su inteligencia mediante una acerada y metódica educación, que más tarde produjo óptimos frutos en provecho de su política de seguridad y expansionamiento.

Apenas llegados al Perú en 1568, fundan el Colegio Mayor de San Pedro y San Pablo, para comenzar luego su oposición a la Universidad de San Marcos, que pese a estar entonces bajo la férula de la orden de Santo Domingo, no por ello amainó sus ambiciones de monopolio educacional. Fuera de este colegio, fundan en la capital también, los colegios de San Martín y San Felipe que tienen la jerarquía de altos centros de estudios generales. Luego la Compañía expande el área de sus actividades por el Perú y fuera de él, por toda América Latina, tocando todos los estratos sociales en su afán de involucrarlos íntegramente a su hegemonía. Estos colegios y los demás fundados por las diversas órdenes religiosas, instruyen en la doctrina cristiana, en la teología, en latinidad, gramática, artes, retórica y derecho; todo ello con una orientación preferencialmente escolástica. Mediante donaciones de toda índole los jesuitas incrementan su patrimonio económico, en cuya adquisición sobresalen por encima de las demás órdenes, lo cual hace que su influencia espiritual y material dentro de la sociedad del coloniaje haya sido indiscutible.

Con el asentamiento de la organización española, mediante la represión de las primeras turbulencias borrascosas del período de la conquista, el régimen colonial establece una acción organizadora de firme solidez. Es entonces que en el horizonte educativo se vislumbra el nacimiento y desarrollo de los colegios y universidades peruanos del virreinato, que no tienen diferencia sustancial con los de la península. Ellos son calcados en los añejos moldes medioevales que preconizan un dogmatismo férreo de intolerancia y persecución a la libertad de pensamiento, que estrecha y menoscaba la amplitud de los conocimientos y más bien impone una sujeción servilista a los poderes de la Iglesia y del Estado que son los únicos predominantes en la colonia. Así en Lima, la Universidad Mayor de San Marcos, que es el prototipo del resto de las universidades peruanas de esa época, dicta las cátedras de Teología de Prima y de Vísperas al igual que se hace en la metrópoli, otorgando a estas materias toda la importancia y la prelación sobre el resto de los cursos de enseñanza: luego estaban las materias de derecho, contrayéndose en un comienzo su docencia, a la enseñanza del Derecho Romano y del Ca-

nónico, ya después venían las cátedras de Gramática y Artes. Con el gobierno del Virrey Amat se funda en Lima la facultad de Medicina y con el del Virrey Conde de Santisteban es que recién funciona la cátedra de Matemáticas y después de Quechua, ésta última por ser de necesidad premiosa que los doctores en Teología y Cánones conocieran el idioma nativo, para la mejor divulgación de la catequística y la jurisprudencia entre los naturales.

Los colegios que fueron numerosos en el Perú colonial tuvieron todos las mismas características con ligeras diferencias, es decir, las mismas tendencias escolásticas en lo religioso y el mismo sentido absolutista en lo político. No recibieron la influencia sanadora de las ideas preconizadas en el campo pedagógico, por un Luis Vives, un Antonio Nebrija o un Francisco Vitoria, que en la misma España de ese entonces estaban revolucionando las tendencias tradicionales de su patria, tratando de sacarlas de su abstracto y consumado medioevalismo hacia un nuevo rumbo naturalista y humanista. Mediante la implantación de otros métodos y procedimientos, esos autores trataban de trasplantar de otros países europeos de marcado adelanto pedagógico tales como de Francia, de Inglaterra, de Alemania, otros sistemas educacionales a su tierra. Sin embargo estos intentos renovadores no hallaban eco como es debido en España y menos en sus colonias. Los colegios de la época del virreinato ya fueren fundados por los virreyes, por las congregaciones religiosas o fueren el producto de las disgregaciones de las universidades, todos adolecieron de su falta de organización pedagógica, es decir, eran desarticulados en la dosificación graduada y en la clasificación de las materias de enseñanza; carecieron de métodos adecuados a cada ciencia; pero eso sí todos estuvieron bajo el denominador común de una estricta jerarquización social y racial, que catalogaba a los educandos para que éstos se instruyeran de acuerdo a su posición social y su origen étnico. Todos ellos estaban dentro de unos mismos mandamientos teologales, que ponían la suprema autoridad de la iglesia por encima de toda autoridad y también estuvieron reglamentados por la política absorbente y centralista de la corona, que como ya hemos indicado anteriormente, cuidaba antes que cualquier otro interés educativo sus propios intereses.

Las instituciones educacionales del coloniaje, sean universidades, colegios mayores o menores, seminarios, etc., de regencia civil o eclesiástica, en una aplastante mayoría son centros que toman la instrucción en un concepto secundario, remarcando la acción educativa, con la advertencia de que esta se hallaba a estelar distancia

le su apreciación contemporánea. La educación, si bien comprendía a la crianza y la disciplina dentro de sus amplias funciones, esas sus formas estaban limitadas a una formación de la juventud en medio de canales de desenvolvimiento muy reducidos. La crianza familiar y la disciplina escolar actuaban tendenciosamente, cerrando los ojos y los pasos de la inteligencia y la voluntad de los educandos, con los estrechos caminos impuestos por una religión dogmática y una política absolutista de dominación. Y esto porque España misma atravezaba por un estadio de atraso, restringiendo su evolución comparada con lo que habían alcanzado otros pueblos adelantados de Europa; por tanto la metrópoli no podía dar sino lo que tenía. Por otro lado, la política colonial hacía imposible que la educación se desempeñase creadoramente con todos los requisitos para este fin, puesto que instruir, disciplinar y criar a las nuevas generaciones, surgidas en las colonias como consecuencia del impacto de dos razas y dos culturas dispares, era poner en peligro la seguridad del desmesurado botín conquistado en el Nuevo Mundo. Los conocimientos que la enseñanza, la experiencia propia y la autoinstrucción proporcionan, debían de estar directa y contundentemente supervigilados por las autoridades civiles y sacerdotales, con el objeto de que éstos no salieran de los linderos fijados por la política dominadora de España en sus colonias. Por eso la ciencia en el cabal sentido culturizador era perseguida por esos poderes; fue considerada como la fuente del mal y el pecado que había sido la causante de la caída original del género humano; y en este caso fue conceptuada como la enemiga de los patrimonios de la corona, al tener la posibilidad de despertar las aspiraciones liberatorias de los pueblos oprimidos. De ahí que la instrucción tenía que someterse a los cánones políticos y religiosos de la península y por lo mismo adolecer de su dogmatismo estrecho y casuístico. Todo se reducía al conocimiento de la santa religión y a los escasos menesteres de la familiaridad con algunas disciplinas, que como la retórica, la jurisprudencia, la filosofía, las letras y las artes bien domesticadas, no perjudicaran mayormente a sus intereses, por lo mismo que su enseñanza estaba bajo el predominio de una requisitoria diligentemente vigilada y prevenida en todas sus condiciones y circunstancias.

Con una instrucción de esta calidad, el pensamiento estaba condenado a un estancamiento retardatario e inoperante; junto a ella estaba la educación que en concordancia con los dictámenes y obliteraciones del anterior no actuaba creadoramente, sino por el contrario siempre ceñida a las restricciones perjudiciales de una for-

mación unilateral. En la colonia se educaba y se instruía con determinadas finalidades bien características: se procedía a la cultura pedagógica tan sólo para que las nuevas generaciones de la población conquistada, pudieran asimilar el maná de la religión del Estado dominante y para que sus usos y costumbres, sus leyes y dispositivos de prerrogativa fueran conocidos para su ciega obediencia indiscutible. Esa educación era clasista y castal y por tanto llena de prejuicios diferencialistas y jerárquicos: pues, no se permitía el ingreso a cualquiera en estos centros y en caso de existir esa permisión, los no pertenecientes a las clases superiores no tenían opción a lograr sus grados académicos. Por esto, únicamente los jóvenes pertenecientes a las clases alevadas acapararon con el profesionalismo de los estamentos y las funciones directivas de las instituciones. Esta juventud llevaba los ojos vendados ante nuestra cruda realidad; incapacitada intelectualmente para avizorar otras perspectivas que aquellas que le presentaba la educación; sin experiencia en otros derroteros de la vida que los proporcionados por el coloniaje; sin convicción en la valía y el significado transformador de la juventud, las generaciones formadas en sus mezquinos prejuicios, fue incapaz de realizar una obra reivindicacionista de nuestra soberanía y nuestra libertad. Esas generaciones bebieron el jugo del servilismo, de la ignorancia que nada conoce y todo lo permite y de la falta de su conciencia en lo que corresponde a su responsabilidad frente al futuro, fueron los basamentos de nuestros valores humanos en aquella época. De esa suerte, nuestra nación fue mutilada en sus intereses y aspiraciones, en sus ideales y sus posibilidades de buscar nuevos horizontes para nuestra redención nacional.

Los pocos hombres que siempre hubieron para encargarse de romper esta cortina de hierro, por mucho de que sus ímpetus los llevaba a salir a la vera de la corriente, tampoco pudieron efectuar obra enjundiosa de transformación, porque las barreras que los cercaban eran tan fuertes, que al fin y al cabo vieron frustradas sus iniciativas. Sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII es que esa labor es refrenada por el respaldo del criollismo y sobre todo del mestizaje y el campesinado y es entonces que la firmeza rigorista del dominador atenúa sus alcances restrictivos.

La posesión del trono español por Carlos III en 1759, produce un notable cambio en la fisonomía de la política española tanto interior cuanto externa, porque este monarca de célebre actuación no sólo para su pueblo sino para las colonias, modifica las normas tradicionales del gobierno peninsular y marca nuevas rutas de eviden-

progreso para la vida y prestancia de su patria y sus posesiones. recisamente es en su tiempo que el virrey Amat y Juniet rige los destinos del Perú, realizando obra de importancia en su mejoramiento material y culturización intelectual. Estamos en el círculo del siglo XVIII en donde el mundo europeo y de relancina (por lo que a los americanos nos toca), los países dependientes del Viejo Mundo sufren un viraje universal en el ritmo de su existencia con respecto al pasado. Siglo de grandes iniciativas y realidades entre los hombres y los pueblos que despiertan hacia una nueva esperanza; donde los ideales y las doctrinas, los sistemas científicos y filosóficos, donde la moral individual y colectiva buscan y encuentran novedosos centros de su gravitación y ejecutoria. Siglo en el que el pensamiento y la acción humanas columbran y tactan el verdadero significado trascendental del hombre en la historia. En el anterior (siglo XVII) ya se había preparado el terreno para esta evolución en el campo científico y filosófico; la naturaleza y la razón habían sido puestos en el primer plano de la consistencia humana en el mundo; el ascetismo religioso, el absolutismo político y el tradicionalismo moral de una ética quietista y renunciante, habían sido socavados en sus puntos fundamentales de apoyo. Por tanto en el siglo XVIII se recoge esa gloriosa tradición renovadora, para otorgar a su desplazamiento histórico unos claros perfiles de fecunda solvencia creadora. Si hemos de encontrar el flanco más positivo de la Ilustración, ha de ser en haber evidenciado el triunfo de la libertad frente a la opresión esclavizante del pasado y ese movimiento llamado a difundirse desde su lugar de origen por el resto del planeta, como acontecer de robustas antenas impresionantes, llegó a América española por intermedio del contrabando literario del que Inglaterra es su principal promotora.

En tiempos de Amat se verifica la confiscación de los bienes cuantiosos de los jesuitas, que fue seguida de su expulsión de nuestro territorio. En sus tiempos también se funda el Convictorio de San Carlos, que bajo la hábil dirección de don Toribio Rodríguez de Mendoza sacerdote ilustre y benemérito, tuvo una actuación de imperecedera resonancia en nuestra cultura colonial de las postrimerías. En su obra evidentemente revolucionaria de la pedagogía vicerinal peruana, tiene como a sus inmejorables coadyutores a dos sabios y experimentados presbíteros, como a don Mariano Rivero y Aranibar e Ignacio Moreno, que enarbolaron las banderas antiabsolutistas del liberalismo, abrazando con valiente simpatía el ideal humanista y enciclopédico reinante en Francia de aquel tiempo. Am-

pliaron las materias de estudio no sólo en su número sino en su contenido, de acuerdo a los alcances conseguidos por las ciencias en el Siglo de las Luces. De esa suerte el Colegio de San Carlos implanta cursos de Lingüística y Filología del Griego y el Latín, de Filosofía y Metafísica, de tendencia cartesiana, de Lógica con orientación racionalista y positiva, de Geografía, de Economía Política con carácter iluminista, de Historia, de Derecho Público y Derecho Natural y de Práctica Forense, a más de Derecho Canónico de renovada tendencia extramedioeval, de Astronomía y Matemáticas que llevan el sello de la corriente newtoniana, junto con la de Galileo y Keplero. El Convictorio se transforma en el foco del literalismo peruano —y por qué no decirlo— americano, al destruir los goznes carcomidos del absolutismo y preconizar que en la vida de los pueblos la autoridad no emana de un hombre o una estirpe, sino de la voluntad soberana de los individuos que la componen. De aquí que de sus aulas ha de salir esa generación brillante de hombres que fue la pléyade de los gestores y ejecutantes de nuestra emancipación, que yo denomino la Generación de 1800, a la que pertenecen entre otros insignes personajes civiles y religiosos: Toribio Rodríguez de Mendoza y sus geniales colaboradores en las reformas carolinas ya citadas, luego Joaquín Olmedo, Francisco Javier Mariátegui, el Padre Diego Cisneros, Sánchez Carrión, Manuel Lorenzo Vidaurre, José Joaquín de la Riva, Luis Orbegozo, Manuel Pérez de Tudela y otros; generación ésta de oradores, de hombres de ciencia y de letras, probos jurisconsultos versados en política, economía y ciencias administrativas; ilustres teólogos, que garantizaron con su capacidad y coraje el movimiento y la victoria de nuestra independencia en las áreas del pensamiento y la acción.

Rodríguez de Mendoza tiene el mérito de haber ejercido un nuevo planteamiento en la valoración y significado de las ciencias, que hasta entonces gemían en el retraso escolástico: para este objeto tenía que estrellarse contra la prepotencia de la Inquisición en lo religioso y la del absolutismo cerrado en lo político. Sacerdote de alto sentido cristiano pero de orientación jansenista en lo hondo de sus convicciones religiosas, conceptúa que la caridad es la fuente de las virtudes y para lo cual el amor es la base de toda relación entre los hombres; si bien disminuye en cierta forma la libertad del hombre, es para acrecentar hasta lo infinito la libertad de Dios de cuya voluntad dependen todos los acontecimientos humanos y como quiera que esa voluntad tiende al bien y se aparta del mal, por la voluntad de Dios, es que los hombres deben situarse en un plano de normalidad

en sus relaciones con los demás. En Newton admira al destructor de los prejuicios medioevales y al creador de la auténtica concepción del mundo, merced a quien lo imaginario y la fe ciega daban paso a la verdad científica. En Bacon admira al estructurador de una nueva metodología para ese conocimiento, toda vez que siguiendo sus indicaciones solamente puede apropiarse de los secretos de la naturaleza. La filosofía cartesiana es para este hombre una de las más avanzadas formas del pensamiento especulativo, puesto que con la Duda Metódica se puede llevar la filosofía hasta la concepción de la grandeza infinita de la divinidad.

Otra figura notabilísima en nuestra educación del pasado en las postrimerías del coloniaje, tenemos al Obispo Pedro José Chávez de la Rosa, gran reformador del Seminario de San Gerónimo de Arequipa, embrión de la universidad de San Agustín; religioso ilustre de ideas liberales y vastos conocimientos en las ciencias y las letras; hombre de ideas constructivas, de inquietudes libertarias de una moral cristiana llena de misericordia y bondad. Le sigue en esta línea otro hombre apostolar en la persona del presbítero Ignacio Castro, egresado de las aulas del Colegio de San Bernardo del Cuzco, si bien no obró en la palestra de la enseñanza, merece por todas sus virtudes intelectuales ser considerado como otro de los sustentadores de la nueva corriente educativa en los últimos tiempos de la colonia. Escritor de fuste contra los prejuicios y defectos del régimen colonial, colaboró en el Mercurio Peruano, parangoneándose con lumbreras periodísticas como Hunánue, Baquijano y Carrillo, tanto en su depurado estilo elegante, cuanto en la intención demoledora de su pensamiento peruanista: docto y erudito que en todo momento se apasionó por conocer el pensamiento europeo contemporáneo suyo, a pesar de sus exilios en lejanas y apartadas comarcas del departamento del Cuzco, donde desempeñó su apostolado sacerdotal con un elevado concepto del cristianismo.

Esta es la etapa en que periclita el vigor de la dominación española; es el momento que marcha en torno al ochocientos, en que las letras y las ciencias europeas hacen sentir sus influjos benéficos en tierras americanas; es el instante en que el espíritu mestizo y criollo se despereza para vislumbrar nuevos horizontes en su destino. Es el período en que los hechos y las ideas de nuevo cuño se filtran en nuestros lares, otorgándonos un clima de renovadora dinámica para nuestro porvenir. A esta altura de nuestra historia nacional las masas oprimidas se habían puesto de pie y en alerta, para luchar abiertamente contra el dominio extranjero; había madu-

rado la conciencia colectiva de los indígenas, los mestizos y de un gran porcentaje de criollos, para producir sus efectos en las próximas gestas de la independencia.

La educación edifica positivamente la vida humana: las posibilidades evolutivas del hombre encuentran en su acción, el testimonio de su obra encausatriz y redentora. La historia de la humanidad es la constatación irrecusable de que ésta crece en el tiempo, se levanta en los planos del pensamiento, de las relaciones y de la práctica, debido a que la educación por medio de sus incentivos, empuja la existencia de los hombres y de los pueblos por senderos de una constante superación. Los pueblos educan; los hechos, las cosas, las ideas, educan, es decir, transforman y cuando esa transformación lleva un norte positivo, es que la educación funciona en situaciones normales y cuando pasa lo contrario, es que ella es sustituida por la deseducación. Educarse y deseducarse son dos procesos a los que se reduce en última instancia el imperativo del devenir de la colectividad. Hay períodos, etapas, épocas en que uno y otro rigen los destinos humanos: hay momentos en que la educación siguiendo su normal curso histórico, eleva los valores humanos hasta niveles de sorprendente altura y otros en los que ella se postra aplastada por las circunstancias que la anonadan y designifican; entonces los hombres y los pueblos padecen sus consecuencias deformantes con la escasez de sus valores elaborados. Por otra parte, no es absoluto el estado de crisis o de alturación; siempre cabe en cada una de ellas encontrar un paréntesis a lo comunmente dominante; de allí que en cualquier estado de elevación o descensión, existe la posibilidad de los movimientos retrucantes que rompen su ritmo rutinario.

Se ha establecido que la colonia significa un estadio de colapso educativo, tanto cuando se lo compara con la antigüedad indígena y también cuanto que sus consecuencias llevan mayor carga negativa en lo que al adelanto de nuestra pedagogía nacional se refiere. No obstante si ella ha de ser aquilatada en su máxima expresión (que es la que hemos tomado en esta obra), las cosas varían, como veremos a grandes pasos en lo que sigue. La sociedad colonial una vez que se afirma, denota la ingerencia poderosa de la vida española en el suelo aborígen; ingerencia que se encuentra con los rezagos así sea maltrechos de nuestra cultura precolombina. Ahora y aquí es donde recién nos toca hablar con toda propiedad de la unión de dos razas y dos culturas; porque lo hispánico y lo indígena se conciertan a través de sus mútuas influencias. En esta simbiosis de dos

torrentes culturales, se produce una síntesis en la que los elementos de mayores proporciones se sobrepone a los de menor cuantía significativa. En ese juego de fuerzas intercambiantes, España lleva la cantante y los restos de la cultura aborígen el acompañamiento y esto porque aquella tiene la fuerza y el poder, en cambio ésta los pierde como consecuencia de haberse convertido en pueblo sojuzgado. De tal manera que en esta forma se explica la prevalencia de lo castizo sobre lo nativo en nuestra época de la colonia. En efecto, los usos y las costumbres españolas, su régimen político y sus ideales religiosos, su sistema económico, su filosofía, su jurisprudencia, su técnica y su moral, son importados a nuestro mundo, dando a lo peruano un carácter marcadamente castellano, con el cual el coloniaje se presenta en la historia. Sin embargo esos usos y costumbres y esas formas de la cultura extraña, sufren la influencia transformadora del medio y de los hombres; tanto y más que merced a la mezcla racial nace el mestizo que se convierte en el tipo clave de esta unión. Así mismo, el español nato se criolliza con el tiempo, al contacto telúrico y espiritual con el nuevo mundo y se diferencia del español puro por muchos rasgos que sobrenadan en su mundo del pensar y obrar. Por otra parte, la masa indígena así desvirtuada como se encuentra, siempre representa una fuerza de influencia conmutadora de la nueva sociedad y su estado de cultura. Cuando una cultura se pone en conexión con otra y especialmente del modo como la española lo hizo en sus dominios de Indias, el fenómeno de transculturación o de seudomorfosis como se diría usando la terminología spengleriana, lleva las marcas predominantes de la cultura que más probabilidades tiene para sobresalir. El hecho que los pueblos latinoamericanos cayeron en manos españolas por la fuerza de una conquista absorbente, drástica y centripeta, que demolió reduciendo a una completa aniquilación los hálitos vivientes de las grandes culturas nativas, dió lugar a que los bienes y valores de la cultura impositiva se afirmaran y a que los de estas culturas sólo representasen un papel secundario. Pero también hay que anotar que las culturas por más de desaparecer del drama histórico dejan la estela, el surco de su tradición, cuyo vigor trascendente está de acuerdo con la energía creadora que en el tiempo y el espacio plasmaron a través de su existencia. La cultura peruana del Tawantinsuyo, junto con la mejicana Mayo-Azteca, poseen, pues, con sobradas razones que la actual filosofía de la historia y de la cultura les otorga, esa energía y por tanto, su proyección tradicional en el tiempo ha de permanecer ejerciendo su influencia, como un factor poderoso en la

formación de una nueva cultura que en este caso se inicia en la colonia. No es el propósito de este libro conocer el estado de la cultura naciente y menos adentrarse en el análisis suscito de ese proceso interactivo de dos culturas, que al amalgamarse dan origen a una nueva síntesis cultural. Lo que ahora importa es subrayar que si bien por una parte, la educación en su forma instructiva y dentro de su sentido estrictamente pedagógico ha significado un colapso en la colonia; por otra, la educación en su sentido histórico (cabe decir en el más amplio), significa que España realiza con la influencia y supremacía en nuestra época colonial, un valioso fondo de valores en los que estamos asentados actualmente y que debido a ello somos el suelo promisor de una nueva cultura, que en el porvenir seguramente ha de actuar con una capacidad de posibilidades tal, que podrá sustituir a la decadente y mortecina cultura occidental de hoy.

Nuestra cultura colonial es mestiza, porque es un producto híbrido de la interinfluencia de dos culturas y porque tiene como elemento esencial étnico, al mestizo con todas sus variantes colaterales. Este capital humano cuya tipificación definida esgrimirá perfiles más rotundos en el transcurso del tiempo y en el juego de las circunstancias favorables a su mayor cualificación cultural, será el representativo en el protagonismo de nuestra historia. Durante la colonia atrae a su seno al español criollo y al indígena nato, que de alguna suerte conserva la potencia de sus iniciativas, y es entonces cuando se convierte en el factor positivo para la obra creadora de este estadio de cultura. Es cierto que lo español de legítima cepa trata de imperar en los modos y modas del vivir colonial; hecho que revertera con mayor ímpetu en la capital del virreinato, porque fuera de ella pierde ese impulso principalmente en las apartadas y lejanas regiones andinas. Por eso la conservación y el influjo tradicional indígena, ha tenido mayor enquistamiento en todo tiempo en la sierra, sucediendo lo contrario en la costa que de cualquier manera ha estado bajo la capitania de la Ciudad de los Reyes: por ello también que nuestra capital siempre ha estado de espaldas a nuestra realidad serranlega. Para ella somos la "provincia" como actualmente se nos denomina, somos lo ultramontano, lo secundario por no decir lo despreciable. El centralismo colonial sobrevive en nuestra era republicana, absorbiendo con su sistema convergente todas nuestras energías en provecho suyo.

Decíamos que lo español trata de mantener incólumes las costumbres, los usos y la tradición peninsulares; además las artes, los esbozos de unas cuantas ciencias, la religión, las formas económicas y políticas, la educación y otras formas de la cultura hispana son trasladadas a nuestra tierra. Los estilos arquitectónicos y artísticos, los procedimientos administrativos y el funcionalismo de las instituciones de España son importados al Perú, donde sufren modificaciones debidas a la influencia que reciben en el Nuevo Mundo que de todos modos muestran el cuño de donde proceden.

El efecto de levantar el andamiaje colonial con sus ciudades, monumentos, para establecer la sociedad virreinal con todas sus necesidades y requisitos, los españoles que se encargan de dirigir esa obra encuentran en los nuevos autóctonos, primeramente la mano de obra y después hasta al elemento dirigente para dirigirlo.

Los gremios de artesanos, los jefes de talleres con sus oficiales y labor, se convierten en grandes y amaestrados artífices. El indiano mismo saliendo de las mazmorras de los obrajes se convierte en tallador, el alarife, el pintor y el orfebre, cuyos trabajos han de agalantar con primoroso ornamento y decorado las grandes obras artísticas de la colonia. Su panteísmo naturalista pleno de un profundo sentimiento estético, se ha de volcar en las ánforas insensibles del misticismo cristiano a quien le deforma con su influencia religiosa y naturalista. En las artes, que comenzando por la arquitectura hasta la pintura y la música, tienen predominio los motivos religiosos, que en la colonia sobrepujan con poder absoluto cualquier otros. El arte colonial apunta con incisiva vehemencia a la realización objetiva de los valores religiosos, apunta a la re-creación estética de sus formas expresivas. Los artistas que al principio ensayan y tantean lo que capturan de Europa a través de la imitación de las obras de los maestros españoles emigrantes, con el tiempo se incorporan en las líneas de una labor artística, que en algunos casos llegan a lo consumado en su perfeccionamiento, al extremo de lidiar mano a mano con los hombres y las creaciones más valiosas del Viejo Mundo.

La crianza de cepa y cuño hispanos se apodera íntegramente de la conciencia de las nuevas generaciones de criollos y mestizos; se organiza y dirigida con dura servilidad castellana, que por resultado la obtención de un espíritu caballeresco, cortesano y nobiliario en las altas esferas de la sociedad. De esa suerte las preocupaciones tocantes al honor, la honradez, la dignidad y a toda ele-

vacación de conducta decente, se convierten en cánones distintivos de las clases privilegiadas que se preocupan por ostentar un comportamiento distinguido que es propio de su linaje. Esa crianza factura una moral prosaica de rígidas normas incorruptibles, que tienen por principios los deberes soberanos que la religión y el Estado lo prescriben. Crianza ésta a la que le sucede y acompaña una disciplina consiguiente, respetuosa de las costumbres y la tradición, leal a las reglas sociales vigentes; disciplina donde las viejas generaciones amagan a las nuevas generaciones con una autoridad incontrolada. Por eso que en la colonia la juventud tiene una función epigónica que la lleva al colapso de todas sus iniciativas y valores. Como en la China de los tiempos antiguos, aquí sólo tiene prestancia de primer orden lo que dimana de la palabra y de la actitud de las generaciones maduras y vetustas, con la diferencia de que los mayores en aquel pueblo sustentan su autoridad a base de una sólida experiencia de la vida y que por lo mismo la orientan con sabiduría y conveniencia a tono con el pensar y sentir de las nuevas generaciones; en cambio en la colonia el pensamiento y las decisiones de los mayores sólo recalcan la primacía de lo antiguo sobre lo nuevo, sin dar a éste el significado que le corresponde dentro de la dinámica de la vida. De ahí que la colectividad colonial es conservadora, reacia a las ingerencias de lo novedoso en todo sentido y poseída de una postura señeramente afianzada en medio de los cercos pétreos de un pasadismo inquebrantable.

Ese pasadismo conservador; ese principio de las jerarquías cerradas que distinguen a los hombres de acuerdo a los planos que ocupan por su nacimiento y su riqueza; esa falta de libertad de pensamiento y acción; ese prosaísmo abstracto, idealista y caballeresco de nula operancia práctica; y ese tutelaje subordinante que la iglesia y el Estado ejercen en la existencia humana, son las principales características de la dinámica educacional en la sociedad y la cultura coloniales. Y estas características son las que seguirán influyendo en gran porción de nuestra educación republicana, convirtiéndose en una caudalosa fuente hereditaria que debía servir de rémora a nuestra evolución pedagógica en el futuro.

PARTE TERCERA

LA HERENCIA DE LA CRISIS

Toda crisis colectiva según sus dimensiones cualitativo-cuantitativas afecta negativamente a sus miembros integrantes, comprometiendo de alguna suerte el desenvolvimiento normal de su existencia. Sus efectos se patentizan en las coordenadas del espacio y el tiempo, abarcando y durando un lugar y un lapso que están de acuerdo a su magnitud. Las crisis son el patrimonio de los pueblos en su historia; porque se presentan como consecuencia de los desequilibrios que sufren en su sinuosidad vital. Unas veces provienen de causas emanadas de su misma iniciativa y otras, cuando se originan desde el exterior. La vida humana en lo individual y lo colectivo, es sometida a un conjunto de determinaciones que surgen tanto de lo interior cuanto de lo exterior, interactuando constantemente y dando como resultado las condiciones y las circunstancias en las que mueve en su devenir. Por otra parte, los hechos históricos se han eslabonados orgánicamente, comportándose los unos con respecto a los otros en su prelación temporal conforme a las leyes de tipo típico causalismo. Es cierto que la causalidad histórica es diferente de la natural, puesto que aquella no encubre la rigidez mecánica que ésta tiene; sin embargo no por eso se puede presumir la inoponencia de una causalidad en los sucesos históricos, en la que los antecedentes acondicionan a los sucedáneos. Los acontecimientos hebran los coeficientes legados por los que les preceden, en la medida de su plasticidad influenciadora que puede ser honda o superficial. Hay hechos que calan profundamente en los surcos del devenir histórico y otros que sólo en forma rasante trajinan por el dorso del tiempo sin dejar mella imborrable en su fisonomía; pero cuando ocurre lo primero su proyección es sentida de modo intenso en el futuro. En las categorías del acaecer humano hay sucesos que no dejan sus huellas con fuerza en la historia y por tanto pasan desapercibidos en el momento en que se presentan así como en el que les sigue; en cambio hay otros que por el contrario arquitecturan una plataforma de tremendo relieve significativo y por ello imponen su influencia en el futuro con una fuerte energía actuante. Eso depende de su virtud impositiva, de su impulso trascendental, para imprimir con menor o mayor firmeza su resuello de influencia a los que le siguen.

Ahora bien; la época virreinal tiene un mayestático peso de gravitación sobre nuestra era republicana, a tal punto que en muchos de sus aspectos demuestra ser una mera continuación suya. Sus tres siglos de desarrollo recaen en nuestra posterioridad con vigoroso ímpetu, dando a nuestra existencia nacional su sello imperecedero. Gran parte de nuestro pensamiento es nada menos que la prolongación del que surgió de la idiosincrasia colonial, en lo que a representarnos y conceptuar nuestra realidad se refiere. Nuestros ideales corrientes sobre administración pública, organización económica, sobre cuestiones religiosas, morales y sociales, son los trasuntos de lo ideado y esquemado por el feudalismo de la colonia con muy escasas variantes. El estadio republicano hereda un cuantioso acervo cultural español, que nació y creció al calor de la dominación que hasta ahora nos influye, pese a que ya estamos a mucho más de un siglo de distancia; pese a que el amestizamiento se va acentuando cada vez más y más; pese a que su señorío esclavista ha sido sustituido por nuestra independencia política. Somos el producto de la acción educadora de España y las semillas de esa acción no han concluido con la gesta emancipadora, sino que siguen maniobrando en nuestra conciencia colectiva y por tanto en nuestra conducta. Muchos rasgos de nuestra vida nacional exhiben las cisuras abiertas por España en nuestra realidad. Psicológica y materialmente somos su hechura: las brechas que la colonia ha dejado quedan impresas en nuestra situación actual y lo fueron mucho más contundentes, en esos períodos en los que se apuntaló nuestra independencia y comenzó a desplazarse la alborada de nuestro escenario republicano.

Por ende, si hubo colapso crítico para el Perú en el medioevalismo del coloniaje, ha continuado en la nueva era actuando desconcertantemente en el logro de nuestro porvenir. El pecado de todo idealismo altruista radica en apartar al hombre de sus duras realidades y conducirlo al difuso horizonte de las quimeras y los ensueños. Todo ideal que reniega de lo real, tomándolo con el propósito de engatuzarlo con ficticias caritaturas de grandeza y perfección, desempeña un papel nocivo de mero engaño. Por el contrario si él se recuesta sobre el lecho de las verdades salientes de la cruda realidad, su acción es constructiva y morigeradora. Por eso no debemos engañarnos de nuestro efectivo presente, con laudatorias falsas de nuestra supuesta evolución pedagógica; esa evolución se encuentra en marcha, con una velocidad si bien retardada en los albores de la república y de gradual crecimiento en las etapas posteriores, de todos

modos aún estamos muy lejos de haber avanzado lo suficiente como para envanecernos de ella y dormirnos sobre nuestros laureles.

Las generaciones próximas al ochocientos que vivieron todavía dentro de los circuitos de la férula hispánica, escondieron la llamada de una común y urgente aspiración libertaria en sus conciencias: ellas se nutrieron de las ideas revolucionarias circulantes en los albores de la Europa contemporánea y por eso fueron las auspiciadoras de la declinación del dominio colonial de España en nuestro continente y en lo que a nosotros toca en nuestra patria. El Viejo Mundo destiló sus luces renovadoras sobre el Nuevo, las mismas que reconfortaron el organismo espiritual de las nuevas generaciones, haciendo que gestasen los idearios de acción de estos jóvenes pueblos que pronto habrían de sacudirse del yugo extranjero.

El Siglo de las Luces ha tenido grandes fallas que sólo el tiempo se ha encargado de enmendarlas: los hechos y las ideas necesitan de una determinada perspectiva distanciante, para ser considerados sin las aberraciones ni los prejuicios con los que el presente los adorna. Los sucesos de tremenda significación trascendental, como los astros que vagan por los espacios, requieren de la lejanía suficiente para ser vistos en toda su integridad. El presente en que se manifiestan sirve de cortapisa y amaino para su exacta penetración comprensiva; por ello que generalmente los juicios valorativos que se pronuncian en un momento cualquiera, sufren deterioros de una nueva rehabilitación en el futuro. En el siglo mencionado el pensamiento iluminista, tuvo la dolencia de una demasiada filantropía en la concepción de las cualidades racionales del hombre en la historia. Fue idealista en la concepción racional del mundo y de la vida; ese idealismo tuvo aceptación general en aquella época; sin embargo ya desde entonces contó con fuertes impugnaciones, que como las de Herder por ejemplo, pusieron en tela de juicio el lugar supremo de la razón en el universo.

El movimiento emancipacionista estuvo saturado del ideario de la iluminación filosófica, en lo político, lo social y lo ético: los grandes hombres que lo propician y las nuevas generaciones que lo secundan en los campos de la acción y las ideas tienen fe en sus determinaciones y sus resultados. Esas ideas al comparecer ante las realidades, es decir, cuando los hechos consumados laurean la común aspiración de la libertad de estos pueblos, la efervescencia doctrinaria se enreda en una ola de confusión donde las indecisiones, las controversias y las rivalidades iban a producirse. Los monarquistas y los republicanos, los federales y centralistas, los leales a la corona

española y los refractarios a ella, se debatieron en luchas contradictorias y muchas veces fratricidas, que esquilmaron la osatura de los países independientes de Latinoamérica, que en grandes cursos de su vida republicana siguieron en este confucionismo deprimente a sus intereses.

En lo que a la educación se refiere, tenemos, que una vez que San Martín, el caballero de los ideales puros, pone sus plantas victoriosas en el Perú, una de las cuestiones que más le preocupan es la de establecer las bases de una nueva instrucción pública, ya que ésta había sido confinada a sus últimos reductos de insignificancia en el coloniaje. Hijo legítimo de la Ilustración, propugna la filosofía de la libertad de la cultura, porque a su concepto sólo el saber que da la instrucción, la conciencia de la libertad que da el conocimiento, son las garantías que afirman los destinos de los pueblos en la historia. El neo-humanismo y la ilustración ejercen su influencia en su espíritu y de esa suerte otorga a la educación un rol edificante en la estructura nacional de los pueblos. Las ideas de Rousseau influyen en su pensamiento y de acuerdo con este pensador, sostiene que la educación es el camino del desenvolvimiento de las facultades de los hombres en la naturaleza. Para el mismo Kant que es también un vecino del movimiento iluminista, la educación es el desarrollo moral de los individuos y de la colectividad para que cumplan rectamente su destino. Según los principios planteados por la Ilustración, el hombre debe emanciparse de las cadenas de la autoridad, lo cual sólo puede cumplirse mediante el papel que juega la educación en ese proceso. San Martín se hace eco de estas ideas y por eso que sus preocupaciones pedagógicas para el Perú naciente han tenido ese sesgo liberal y democrático. Su gobierno se caracteriza en este sentido, por la urgente necesidad que tiene de organizar la instrucción con una política de tendencias antitradicionales. Ni las fatigas y las incertidumbres de la guerra, ni los problemas creados por la precaria situación del ejército libertador, fueron óbices para que no haya fundado la Biblioteca Nacional y haya expedido múltiples decretos para organizar la instrucción pública en nuestra patria. La fundación de escuelas y colegios de temperamento independentista, con ideales de reforma adecuados al nuevo régimen político en el país; la implantación de la escuela Normal de Varones en Lima bajo el sistema pedagógico lancasteriano, acusan su predilección por nuestros problemas educacionales. Desgraciadamente los azares de los acontecimientos políticos impidieron la realización de este programa durante el Protectorado. Pero de todos modos son in-

dices de la elevada función que representa la educación en los comienzos de nuestra vida republicana. Colaborado por su amigo y consejero don Bernardo Monteagudo, San Martín afrontó estos problemas en lo que respecta a los diferentes grados de la instrucción que desde la elemental hasta la superior le preocuparon por igual. Se preocupó por el crecimiento del número de escuelas y colegios, por sus orientaciones metodológicas y doctrinarias, impugnando la educación virreinal por su incapacidad y estrechez conservadora y escolástica. Así mismo sus desvelos se encaminaron a la creación de un cuerpo de maestros lo suficientemente abastecido como para satisfacer las necesidades de una instrucción idónea y extensiva a todas las esferas de la ciudadanía. Quiere decir, pues, que la sana intención del Protector para con nuestra realidad pedagógica está descontada; empero su verificación práctica estaba muy lejos de plasmarse en los hechos, puesto que los acontecimientos políticos y militares habían de alejarlo del país; pero con todo, es laudable la iniciativa de San Martín en este sentido, ya que ella es la simiente de los nuevos derroteros de nuestra instrucción pública.

La aparición de Bolívar en nuestro escenario, desplaza al prócer argentino de los horizontes todavía vaporosos de nuestra política nacional: el caballero de los nobles ideales es sustituido por el genio de la acción y la realidad. No estábamos aún preparados para soportar y seguir al hombre de los grandes ensueños, a pesar que debido a sus esfuerzos y sacrificios heroicos, habíamos desgarrado los entretelones de nuestra dependencia de España y palpado la libertad de nuestra patria. Los encargados de dirigirnos espiritual y políticamente, no supieron comprender sus intenciones de forjarnos una nación expedita para iniciar su existencia autónoma. Las rencillas caudillistas, los contrapunteos doctrinarios, las suspicacias domésticas entre lo nuestro y lo extraño, y por último, la oposición habida entre los realistas y los patriotas, terminaron por decepcionar las expectativas de este prócer. Y la entrevista de Guayaquil es el punto crucial donde se definen las trayectorias de dos líneas de conducta dispares y que debía ser el punto de partida de nuestro desarrollo posterior. Como consecuencia de este planteamiento decisivo, San Martín se nos ausenta para siempre y Bolívar se queda para resolver el gran problema de nuestra azarosa emancipación. Como quiera que nuestro propósito se concreta a cuestiones que atañen al sentido de nuestro curso histórico evolutivo, dejamos para otra oportunidad el ocuparnos de la significación de la obra bolivariana en el Perú.

Bolívar, como antes San Martín, no descuida nuestros problemas educacionales; por el contrario, conciente del valor de la educación en la vida de los pueblos, los enfoca con claro criterio de su trascendencia en nuestro destino. Discípulo y amigo del gran Simón Rodríguez, es como su maestro un diligente admirador de Rousseau, de quien seguramente aprendió la necesidad de tomar en cuenta a la educación como fuente de la libertad, la dignidad y la felicidad humanas. Para Bolívar la soberanía y el poder del Estado radican en la voluntad popular y para que ella esté rectamente dirigida es menester que esa voluntad sea educada. Para el pensador francés arriba indicado, los impulsos naturales deben encarrilarse siguiendo la luz radiante de la razón, por medio del conocimiento que la educación proporciona a los hombres. Bolívar fiel a este pensamiento y a la dirección iluminista y neo-humanista reinante en Europa de donde recogió todo su ideario, se ocupa de la reedificación educacional de nuestras nuevas generaciones, por medios abiertamente distintos de los usados en la época colonial. Con este fin establece y multiplica colegios y escuelas en todo el país, muchos de ellos, como el Colegio de Ciencias del Cuzco, el de la Independencia de Arequipa, conservan hasta el presente su tradicional importancia culturizadora para la juventud peruana. Además es el fundador de las universidades de Arequipa y Trujillo, que son otros tantos puntos focales de la instrucción superior en el Perú. Mediante el sistema lancasteriano resuelve el problema (como ya lo inició San Martín) de la formación profesional de los maestros. Los cuzqueños le debemos una gratitud permanente por haber fundado en esta ciudad el primer Colegio de Mujeres en el Perú con el nombre de Educandas; centro que hasta pocos decenios fue el verdadero templo del saber y de la cultura de la juventud femenina en nuestro departamento, que con auténtica eficiencia y responsabilidad democrática y pedagógica cumplió su misión con alto sentido patriótico.

Se ve pues, que nuestros libertadores desde el momento que se gesta y produce nuestra independencia nacional, se empeñaron en dotarnos de nuevos centros educativos para que ellos sean los baluartes contra el analfabetismo, contra la ignorancia, contra los vetustos métodos y tendencias reinantes en el coloniaje, y para que de ellos salgan nuestras jóvenes generaciones con la calidad requerida como para transformar el ambiente espiritual e intelectual de nuestro pueblo. Pero por desgracia nuestra la dualidad entre la teoría y la práctica, entre los hechos y las ideas se convirtió en una antípoda de utópico acercamiento. En la historia el plano que ocupan

s esperanzas, las intenciones, los ideales y los pensamientos, es diferente al que lo hacen las realidades consumadas. Con nuestra educación la cosa se hizo flagrante, porque necesaria y forzosamente tábamos condenados a recibir la herencia de la crisis pedagógica que se nos legara desde el colonialato. Trescientos años de permanente imposición de una labor educativa retrasada, prejuiciosa y esquivista, no podían despabilarse con la magia de una violenta evolución disimilar. Nuestra juventud fue amaestrada por la escuela, el colegio y la universidad de cuño español, para prosternarse con la ciega de la religión y los ojos vendados de la ignorancia ante el peliseco de una dominación de acero. La infancia, la adolescencia, la juventud y hasta la madurez, estaban encadenadas por una misma atención formativa, que comenzando en la familia y pasando por la escuela, terminaba en la sociedad, la iglesia y el Estado. Desde los estratos oscuros del inconsciente hasta los iluminados de la conciencia, la educación del virreinato nos labró de tal manera, como para que seamos dóciles instrumentos del yugo que nos oprimía. Ya en el último período del régimen colonial y por las causas que hemos expuesto anteriormente, es que comienza el despertar de nuestras jóvenes generaciones, lo cual no es un obstáculo para que prologa el imperio de las orientaciones, finalidades e intereses de la educación colonial, que se hizo carne y hueso en la conducta, el sentimiento y la mentalidad del grueso volumen de nuestra población.

Ante las embestidas revolucionarias que teórica y prácticamente se empujaron en las finales etapas de la dominación, ese grupo se aletarga, amaganta y por más que en algunas oportunidades es fuertemente sacudido de su marasmo, como cuando el levantamiento de Tupaq Amaru, Aguilar, Zela, etc., después de los álgidos instantes de entusiasmo vuelve a su estado anterior de indiferentismo sosegado. Hemos sido y seguimos siendo "gániques" en este sentido, tomando la denominación keiserlingiana: tenemos un conformismo paquidérmico, una iniciativa adormecida y una voluntad perezosa de lentas reacciones crustáceas. Esto sigue constituyendo una epidemia moral entre nosotros que hemos heredado de nuestros ancestros de la colonia y del cual no podemos despelicharnos a pesar de tantos años transcurridos. Nuestros distintos estratos étnicos que componen el capital humano de nuestra patria, concuerdan en dotarnos de una ética colectiva en la que faltan destacados valores constituyentes de nuestra creatividad.

El hombre es el agente de la historia; es el bregador de la cultura en su calidad de protagonista de su desenvolvimiento vivo. Los pueblos tienen que contar con el elemento esencial "hombre" en primera instancia, para su possibilitación de labrar su destino en el tiempo y el espacio. La concepción materialista de la vida y del mundo se ha descuidado de esta verdad y ha hecho que el panorama y el escenario donde la humanidad se desenvuelve, dependan más que todo de factores externos a lo humano, tales como: el clima, el suelo, la economía y en fin, los influjos cósmicos en medio de los cuales el hombre es nada menos que un microcosmos determinado exteriormente, desposeído de su ínclito valor específico histórico. Ese valor consiste en su capacidad creadora, en la forma de pronunciar sus iniciativas, en la manera de concebir el mundo y comprender la vida y proceder en consecuencia. Yo no sostengo, como lo hace el individualismo dogmático de otros tiempos, que por esta razón los hombres sean independientes de las influencias telúricas o las que las pone a su servicio dentro de su libre albedrío y soberanía: el hombre depende de la tierra, está condicionado por ella en los diversos niveles de sus actividades y en los distintos estratos de su estructura; pero en medio de ello está su calidad suprema formada por su capacidad y sus iniciativas. La historia de la cultura nos demuestra que en múltiples situaciones ambientales, dentro de acondicionamientos así sean desfavorables a un fácil desarrollo de la vida, los grupos humanos marchan en el tiempo y el espacio sobre las columnas de sus posibilidades intrínsecas. Los árabes en el desierto, los egipcios a la vera de un río, los hindos en la selva, los incas en las sierras, han logrado encarnar su máxima grandeza con el aporte de sus valores humanos en pleno juego de sus iniciativas. Esto no es individualismo ni humanismo utópicos, que todo lo determinan partiendo del hombre y nada más, por el contrario, es una comprensión de la verdadera responsabilidad y la exacta apreciación del significado de la obra del hombre en el universo, ya sea en la esfera de la naturaleza o en la de la historia.

Esa capacitación de los hombres para trocarse en elementos constructivos, está en poder de los factores formativos que son los comprendidos por su educación. Decíamos que nuestros distintos estratos étnicos que componen el organismo humano de nuestro pueblo, confluyen concordantemente en dotarnos de una ética que norma nuestra conducta nacional, en la que para nuestra desgracia faltan destacados valores humanos que menoscaban nuestra efectividad creadora. La masa indígena tan mayoritaria en cantidad en rela-

con los restantes estratos raciales, se proyecta en los ámbitos a dinámica del Perú republicano con los desequilibrios, las ta- r la aniquilación de sus valores ancestrales, que una larga y ab- a servidumbre elaboró en ella, sustrayéndole toda posibilidad de rtancia en la sociedad y el Estado. Nuestro indio en su gran e es ignorante y lo ha sido aún más hasta hace poco antes, en nuestra política nacional de su instrucción y cultura se pusiera ctividad. La ignorancia del nativo es la causa raíz de su desa- tación en el nuevo ritmo de la vida nacional; es el origen de to- sus defectos, vale decir, de su falta de actividad y su amor por agancia, de sus propensiones al robo y al pillaje y a la embria- z. El abigeato es una costumbre que entre los autóctonos es casi eral: es cierto que este delito le ha sobrevenido por imitación y esidad. En los tiempos de la colonia el pago de los diezmos y las ncias se efectuaba por una especie de abigeato, por hurto a la rra de especies pecuarias que tenían los indios; en las reparti- nes igualmente sus dueños sustraían a los yanaconas un cierto ventaje de sus ganados como pago por concepto de pastiajes o endamientos que por lo general no correspondían al monto de los ndos y que por tanto eran robos disfrazados con el aparente mplimiento de una obligación legal. En otros países americanos se ía lo mismo siguiendo los usos de la tradición, cosa que hasta ora existe con muchos hacendados que depredan los bienes de sus onos con este sistema de cobros. Los gauchos, los llaneros, los cha- os, en otros tiempos también han sido abigeos; pues, se constituían bandas bien organizadas con el objeto de saquear las bestias de ros hacendados o jefes de bandas, para llevarlas a los mercados venta y repartirse el precio de su botín.

La psique indígena es muy similar en su manifestación caracte- rística a la de la llama o a la del asno, animales con quienes tiene tmo contacto en su vida rutinaria; como ellos es sobrio, austero, rrido al castigo de los mayores rigores de la existencia; paciencudo sin mayores atingencias que le exijan afrontar una vigilia esfor- da y dinámica. Ya en su oportunidad veremos si esta idiosincrasia epresenta o no una barrera para su recuperación cultural.

El cholo le sigue en nuestro concepto en la escala etnológica; s el compuesto de la mezcla entre el indio y el mestizo, mezcla que ene todas las tonalidades diversificantes en relación a los aportes ue dominan en una y otra parte de los elementos concurrentes a su formación. En las regiones serranas es donde el cholo se afirma ción por lo mismo que lo indígena abunda en ellos

más que en cualquiera otras. Los cruzamientos biológicos entre razas distintas dan origen a elementos híbridos, que llevan características orgánicas y disposiciones psicológicas dominantes o recesivas, que actúan con mayor o menor impulso según predominen uno de los componentes sobre el otro. Si lo indígena tiene mayor porcentaje de elementos genéticos sobre lo mestizo, el cholo será más indígena que amestizado y si ocurre lo contrario, será más mestizo que indio. De todos modos veo yo en el cholo la expresión más patética de una nueva síntesis etnológica, llamado a constituirse en la matriz racial predominante en el pueblo peruano. El arte cholo en la música, la pintura, la poesía, el drama, la novela; su argot, su folklore, sus usos y costumbres, sus ideales y perspectivas de aspiración, se van consolidando día a día para dar a lo cholo un perfil cuajado de vigor y significación para nuestra cultura. En algunos países de nuestro continente a los peruanos nos llaman "cholos" con una intención motejante de menosprecio, sin saber que en el fondo nos llaman por el nombre propio que nos corresponde y con el cual nos obsequian con una serie de cualidades que en el futuro nos han de distinguir por nuestras virtudes sobresalientes. El momento que el cholo se pule de sus prejuicios de avergonzarse indebidamente de su inmediata vecindad con lo indígena y tome conciencia clara de su valor en la creatividad de nuestra cultura y progreso; entonces podremos exhibirnos ante el mundo como un pueblo de recia personalidad, capaz de realizar gestas de magnífica trascendencia en el futuro de la historia.

Por el momento el cholo está en gestación dentro del fermento de todas sus debilidades, sus desatinos y las falencias de lo embrionario. La gran mayoría de sus componentes aún permanecen en la ineffectividad y la insignificancia; entre nosotros mismos (no ya para los extraños) lo cholo es vituperado y soslayado a último orden. En nuestra sociedad, los de arriba así sean cholos ciento por cien, se avergüenzan de él y los repudian por complejo de inferioridad, que quiere ser compensado en esta forma en el plano de lo consciente. Para los costefios, los serranos somos cholos en forma despectiva y genérica; para el blanco o blancón el moreno es cholo; para el castizo en el hablar el motiloso es cholo y así por el estilo. Pero el tiempo nos demostrará y junto a este, una atenta observación de nuestra realidad humana, que el cholo está haciendo y será capaz de superarse aún más en su labor de trabajar por la autenticidad y prestancia de nuestros mejores valores culturales. Para eso requiere ser educado y autoeducarse convenientemente; formar su

espíritu dentro de rutas de pensamiento propio y bien intencionado; formar su voluntad como para destrozarse su apatía e indolencia; afinar sus sentimientos en las raíces de su arte y de su realidad. Entonces el cholo que como el indio es todavía una rémora para nuestro progreso, se alzaría como un poderoso vector de fuerzas que levanten nuestra patria por encima de cualquiera postración.

El mestizo, alma mater de la Nueva América; expresión y cifra de la simbiosis hispanoamericana; coeficiente de dos sumandos históricos en donde radica la vitalidad cultural del mundo descubierto por Colón. Nuestro mestizaje es vario y múltiple en sus formas manifestativas. Producto de dos torrentes raciales contrapuestos en sus diferentes composiciones étnicas y culturales, lleva la herencia psico-somática de sus progenitores en proporciones que fluctúan en su predominio, según sea lo castellano o nativo el más ventajoso. La unión de lo extranjero ibérico con lo autóctono indígena se ha ido apelmasando a través del tiempo, para dar origen a este nuevo producto humano quien es base y raíz de la nueva sociedad americana. Una visión inquisidora en lo profundo de su modo de conducirse desde que se formó hasta nuestros días, puede observar que en su gran mayoría el mestizo se aparta de lo nativo y se aproxima a lo español. Psicológicamente este espécimen se comporta con tendencias e inclinaciones a imitar y confundirse con lo hispánico, proveyendo en lo posible destituir de su contextura racial y espiritual lo aborigen de quien inconscientemente reniega y se aparta. El mestizo no quiere ser indio ni participar con él anímicamente ni socialmente; por eso que no comparte de sus problemas ni vigila su realidad. En la época independiente sustituye al tirano español para mantener al indio bajo el tacón de su primacía. Mira al mundo a la vida con ojos extraños a la visión indígena. Esta disparidad se nota con más relieve, en aquellos sectores de nuestro territorio que se hallan fuera de las serranías. El costeño ya no se siente indígena por ningún lado, y al contrario lo menosprecia, lo desconoce y lo escarta. En la región serrana, si bien se vincula con el regnicola y hasta con el cholo es para explotarlos en lo posible, para servirse de su trabajo y obtener sus ganancias por el derecho del más fuerte; por el derecho de la posesión de la tierra que para el indio en su mayoría es un mito esa posesión como en tiempos del coloniaje. Su preferido está en las ciudades; el campo es su despensa y su gurididad económica y nada más. Su idioma es el castellano, su idioma el quechua de quien reniega conocerlo a pesar de hablar y usar en esta lengua. Hasta el momento el mestizaje atraviesa por

este estado transitorio, pero llegará un tiempo en que despierte a su verdadera realidad, descubriendo entonces los secretos, tesoros del indigenismo y de lo cholo que lo animan y vivifican psicológica y biológicamente. Ese mestizo consciente de las ocultas fuerzas que encierra de lo propio a nuestra tierra y de lo extraño a ella, será el forjador de nuestro mundo nacional y continental en el futuro. Tiene para ello el concurso de dos razas que lo constituyen y estructuran y que desde lo inconsciente lo impulsan hacia la verificación de empresas de verdadera envergadura trascendental en la historia. Cuenta con las cualidades inmejorables de sus dos progenitores, sólo falta que despierte a su conciencia real, sólo hace falta que se responsabilice de su actitud histórica frente a nuestra realidad neoindiana que es la que le pertenece y tiene que ser su hechura. Para ello necesita prepararse mediante una educación ajustada a sus necesidades y aspiraciones. Los peruanos somos mestizos en la extensión de la palabra queramos o no admitirlo que eso no importa: los procesos históricos están por encima de la voluntad y la decisión de los hombres, como ya lo hemos sostenido en nuestra "Perspectiva en la Filosofía de Spengler". Somos mestizos además de ser de cepa indígena y de nomenclatura chola, no únicamente por ser factura de la conjunción hispano-indígena, sino por serlo del ayuntamiento de lo cholo, lo indio, lo español, en una misma vertiente que espiritual y materialmente nos determina.

Volviendo a la educación tenemos, que ella tropieza con vacilaciones y tambaleos que la pobreza fiscal, el desentendimiento por instruirse que se nota en los sectores más abultados de la población; por el desbarajuste en el establecimiento de planes y programas y sobre todo por la carencia de un cuerpo magisterial bien formado en los tiempos de la independencia. El sistema lancasteriano de cooperación entre maestros y discípulos que se importó llena en parte esta falencia; pero no por eso descarta la subsistencia de este problema, en razón de que este tipo de escuelas no puede expandirse por todo el territorio sino mucho más tarde. El ausentismo escolar es lo que más se siente en los albores de nuestra vida republicana: no hay hábitos ni costumbre en los padres de familia para enviar a sus hijos a la escuela; no hay aspiración ni necesidad de instruir a sus hijos. El analfabetismo es abrumador y desconcertante en todas las capas de la población, porque es el lastre que recogimos de la colonia y si este era sustituido por los instruidos fue únicamente para que los leídos y escritos en su mayoría se dedicasen a la lectura del catecismo, la vida de los santos, las oraciones del día y a lo

sumo, para co- noticias de los pocos periódicos que estaban al alcance de pocos lectores interesados en esas noticias; este hecho, en los departamentos alejados de la capital era aún más raro. La mujer no podía porque era mal visto por la sociedad y la iglesia que ella se metiese en contacto con las ciencias y las letras que descarrilaba por los caminos de la perdición y el infierno. El aforismo "una mujer que sabe latín no tiene buen fin", era una verdad invariable toda vez que el latín era patrimonio de una instrucción elevada presuponiendo cierta altura intelectual de vastos estudios. Los abuelos todavía nos han dicho que en su época se condenaba el abjetismo, por cuanto que la lectura y la escritura eran los medios por los que se entablaban las relaciones amorosas de las mujeres con sus enamorados, en aquellos tiempos en que la iniciativa en materia conyugal estaba anulada por la voluntad dictada por los padres. Debido a esto la mujer nada ha significado en el desarrollo de nuestra cultura intelectual y al contrario ha sido un obstáculo para ella. La creación de la dirección general de estudios en el tiempo de San Martín, ya es un paso efectivo para la organización de los estudios en el Perú. A él también se debe la implantación de la obligatoriedad de la instrucción, puesto que el ejercicio de los cargos políticos estaban condicionados por ella.

Teórica obra de la reglamentación y organización de educación pública en aumento, después de la ausencia de San Martín y Bolívar en nuestra patria. Santa Cruz se preocupa por canalizar una política nacional a base de la formación de un Código Nacional de Instrucción haciendo que ésta se sujete a un reglamento legislativo que tipifiquen las escuelas, se fije su número de acuerdo a las necesidades de la población escolar de cada departamento, se establezcan los requisitos para la dirección y la docencia de las mismas. Ante, la Confederación peruano-boliviana como nuevo organismo impuesto por este estadista, tenía que sucumbir a breves días. La ambición personal de los caudillos que se disputaban el poder, la falta de un sólido ensamblamiento entre los dos países emancipados, que desde el período de las gestas emancipadoras habían estado sus propios destinos; los resquemores chilenos al ver la potencia de doble poderío, fueron los originadores de su existencia. La Confederación implica, pues, una política en lo externo e interno de la política nacional, por lo que para de sus orientaciones organizativas sólo quedaron en

Castilla es una luminaria política dentro de nuestra organización estatal: es el hombre que con manos limpias, con una inteligencia práctica y con el corazón de un profundo amor a la patria, sube al poder para encarar con amplia visión de las realidades los problemas más importantes del Perú. Aparece en nuestro horizonte político como el descubridor de nuestros mejores senderos. En política no reza tanto el talento intelectualista, la preparación erudita, la profunda caladura en los terrenos del saber, sino más bien lo que tiene significado es el tacto, la visión penetradora y la experiencia de los hechos. Castilla es el testimonio de este acerto. En su persona no hemos de hallar al consagrado intelectual y menos siquiera a un entusiasta lector de periódicos y revistas como tantos hay entre nosotros: no. En Castilla hemos de remarcar la ausencia de toda preferencia intelectualista y solamente tener al frente al hombre de acción, al honrado y sincero hombre práctico por todos sus costados, al hombre que en las cumbres del poder ha de imponerse la misión de servir a su pueblo poniendo en juego todas sus fuerzas y todas sus virtudes. Castilla es el esforzado soldado de la reconstrucción de nuestra patria, en aquellos tiempos en que las borrascas de la bellaquería política menuda estaba royendo los nervios de nuestra nación. Lo previsto por San Martín se había cumplido al pie de la letra con los gobiernos anteriores: efectivamente, no estábamos suficientemente preparados para construir los destinos de nuestro pueblo sobre las bases de una firme consistencia organizativa. Estábamos atolondrados y confundidos por las ambiciones de grupo capitaneados por un militarismo sin preparación política y sólo impulsado por sus deseos de ambiciones personalistas. Aquí también la herencia de la crisis dejada por España estaba haciendo sentir sus efectos malsanos. La espada que había sentado el derecho del más fuerte desde los tiempos tormentosos de la conquista, hasta los finales episodios de la dominación española, continuó haciendo flamear la bandera de su arrogancia en los primeros estadios de la república. Al caos político que nos sobrevino no podía sustraerse la educación, por mucho que teóricamente se hicieron esfuerzos por depurarla de su anterior temperamento y condición coloniales.

La reglamentación de las escuelas lancasterianas que todavía Por Decreto Supremo de 9 de noviembre de 1926 se aprobó; la creación del Ministerio de Instrucción Pública, que comprendía el de Beneficencia y Negocios Eclesiásticos en tiempos de la Confederación; el Reglamento General de Instrucción de 1850 otorgado en tiempo del primer gobierno de Castilla y que tuvo el gran defecto de

centralizar en Lima su dirección administrativa; son intentos de una fidez abstracta en pro del adelanto de nuestra política educacional, que por lo mismo se quedan en la letra y no se efectúan para pasar en el práctico y concreto campo de nuestra realidad. Esa poca no estaba a cargo de cabezas dirigentes de experiencia y capacidad pedagógicamente idóneas, sino por lo general en manos de personas ilusas e intonsas que sólo debido a su prestantia en los reseros de los altos sitios políticos ocupaban esos cargos. Esos nombres desconocieron los secretos y fundamentales resortes de la acción educacional del Estado, frente a la cultura de la juventud de nuestro pueblo en todas sus etapas graduales. La política se mezcla con los asuntos de la educación, entorpeciendo con los favoritismos, malversaciones económicas, con la falta de una administración reglamentación estrictamente pedagógicas, con la carencia de un criterio certero para aplicar un sistema educativo de acuerdo a las necesidades de cada una de las regiones topográficas y al estandar de vida y cultura de nuestras agrupaciones étnicas. Sin planes en la acción graduación de los estudios, en la repartición de sus materias de acuerdo a las especializaciones de la instrucción superior en las universidades, sin una suficiente disposición en la creación de las etapas del proceso educacional, sin la consiguiente elasticidad de los cursos y en la amplitud de los cursos de enseñanza; llevamos, pues, comparativamente hablando con lo que sucede en otros países un atraso de luengas dimensiones en nuestra educación.

La pobreza económica que sufre el ramo de instrucción es permanente y que ha continuado en esa forma hasta hace muy poco, que recién es atendido con la adecuada diligencia. El magisterio, hecho a la diablo, sin contar con una preparación eficiente, es el elemento donde la penuria campea en desdoro de nuestra cultura. El magisterio es ni más ni menos como el que lo pinta en su prototipo, Abelardo Gamarra el "Tunante" en su libro "Cien Años de Viperdularia"; obra que cual fuere su adorno literario, es un documento que nos muestra el panorama doloroso de nuestra realidad nacional en el siglo que va de nuestra independencia. La pluma cáustica pero certera de Gamarra no es comparable con la de Gonzales de la Cruz en su finura literaria ni en su ímpetu combativo; sin embarco con sus brochazos de un realismo contundente y sincero nos ponen en contacto inmediato con nuestros duros problemas. Extraigo en estas páginas lo que dice textualmente en el opúsculo que dedica a "Escuela" en su mencionado libro; porque estoy convencido de que es la pintura fidedigna de su estado lamentable en los tiempos

a los que nos referimos. Dice así: "El maestro de escuela en Pelagatos (para el autor uno de tantos lugares en nuestro territorio que cuenta con una escuela) es un hombre que vive poco menos de la caridad pública: un mendigo que, en vez de salir de puerta en puerta a pedir limosna, aguarda que lo socorran como buenamente puedan algunos infelices padres de familia".

"Nombrado con el haber misérrimo de 10 soles mensuales, percibe esta pensión innómine, porque la tarasca primera, segunda, tercera o cuarta da buena cuenta de la partida de instrucción; o los vales que se le otorga alguna vez logra vender a persona influyente a diez por uno, puede calcularse, gracias a este sistema de pago: el sueldo fijo del desventurado en dos o cuatro reales mensuales".

"El traje del maestro corresponde a la magnificencia de su sueldo; viste en los días de trabajo algodón de lana y chaqueta de corte, con más remiendos que la capa del estudiante, calzones idem y zapatos de cordobán, fuera de los que buscan el aire libre algunos dedos".

"La alimentación del maestro es tan frugal como la de un penitente cristiano: un poco de chaque, (harina de alberjas o sea caldo, en cuyo fondo nadan dos o tres pedacitos de carapcho); dos o tres puñados de cancha o algunas papas sancochadas. El lecho del maestro es como el traje y la alimentación: sobre barbacoa de saucos, unos cuantos pellejos, y por todo abrigo un cobijón".

"Este lecho se halla situado en un cuartucho al que penetra luz y viento por todas partes: tanto por los agujeros del tapial cuanto por las anchas abras de la puerta y el terrado sin torta".

"El maestro hemos dicho que es el mendigo más decente de la localidad".

"No hay que emplear mucha tinta para escribir el papel: los muchachos se sientan como pueden en el corredor de la vieja casucha, que no tiene más habitaciones que la que sirve de cuarto de dormir, otra salita de depósito de las pobrezas del maestro, y una cocinita sin puerta, con pared de champa y techo de cortadera, con más goteras que remiendos los pantalones del maestro".

"Media pirca aquí, resto de un paredón allá, el cerco de un corralón ajeno más allá, con entrada ancha y libre para el tráfico de los burros y cochinos por todas partes, trazan el cuadro que no puede llamarse patio ni corral, ni nada".

"En el corredorcito, como dejamos dicho, los alumnos se sientan como pueden: unos sobre piedras en montoncito; otros sobre

os de adobes; los más elegantes en tongos de maguey con su ito rapado en el asiento, y muchos en el suelo, sobre su poncho".

"Allí cada muchacho lee en lo que puede; dos o tres en viaje la, más mugrienta que mantel de cocina; otros en fragmentos rtas limosneadas a los patrones; quienes en periódicos llegados asualidad; cuales en cartilla como aparejo".

"Papel para escribir no se conoce: todos usan la penca, cortan s cercos del campo pedazos de hojas de maguey y el maestro uschcas de piedra les distribuye tinta que sabe fabricar con se- de tayo y colpa: con su cuchillito mangurero taja las plumas ves, siguiendo el método de la época de Abascal: gran tajo dia- l, gavilán derecho, gavilán izquierdo, hendidura al medio y so- punto desigual. Los rabos de las gallinas pagan el pato en la ca- e los alumnos para la provisión de plumas, contemporáneas de ifles de chispa, del calzón de chicote y del tapabalazo".

"Quince o veinte cholitos forman el total de los alumnos, mien- quinientos o cuatrocientos pasan por delante de la escuela arrean- us ganados, harapientosy con el pie en el suelo tras los pasto- andrajosos".

"Demás es decir que estos alumnos jamás rinden examen, leen a donde les es posible; escriben hasta sacar la letra del maestro, es arrogante y buena; aprenden también hasta donde sabe el astro, y son despedidos sin más certificado que un vaya, pues, cho- no te olvides, pues, de tu maestro".

"Rezan el bendito antes de salir de la escuela cotidianamente, a doctrina todos los sábados".

"Allí no se sabe donde se halla el Perú; qué es la patria; ni si bandera o roja o azul".

"En materia de banderas sólo conocen los alumnos las del tra- punzón, que señalan en las casas del pueblo donde se vende chi- a, y las del trapo blanco, que señalan donde se vende pan".

"La canción nacional, es un mito: los cholitos no saben más nción que aquella que dice:

"Por el cerro verde
"Bajan las ovejas
"Unas trasquiladas
"Y otras sin orejas".

"Es decir, la que pinta al vivo como se clasifican los habitan- de Pelagatos en trasquilados y mochos".

"Frecuentemente falta leña en la casa del maestro y ese día es de fiesta, pues los muchachos dejan sus **pencas**, sus tablillas y se esparraman por los campos a **pallaquear** chamizas; otras veces falta yerba para los cuatro o cinco cuyes que el maestro guarda para su santo, y los cholitos van a buscar **collay** en los cantos de las chacras de maíz; y así limosneando pastito, ayudan a vivir al desgraciado, al que de vez en cuando regalan dos o cuatro **chiclayos**, un **almucito** de cebada, una **chuschunita** de chochos, un poco de **ñaña** y alguna vez el **matecito** de **chicharrón** y el **frito** con **cancha** con **manteca**".

"Si el maestro se enferma lo asisten como pueden las madres de los muchachos; y si se muere, lo devuelven en su **cobijón**, lo cosen con una **guatopa**, lo velan con **mechas** colocadas en algunas **callafias**, cavan su sepultura en el **Panteón** de **Pelagatos** y lo tapan **llorando**: **uy uy uy** el **maestrito**: **ya se acabó mi maestrito**".

"Y la escuela queda desierta, porque no se encuentra otro **limosnero** que tenga la **paciencia** y **resignación** del difunto".

"El **aguasero** acaba con su **casita** y en breve pedazos de **paredones** sirven de **refugio**, entre **matorrales** de **chinaques** y **zarzós**, a los **burros** que vagan sueltos y a los **murciélagos** que hacen su **madriguera** bajo los **derruidos** alares, y cuando algún **chusec** (**lecluzza**) lanza en la **obscuridad** de la **noche** su **grito** siniestro: **¡Jesús!** exclaman las **gentes**: **el alma del maestrito** y le **resan** un **padrenuestro**".

En esta larga cita que la tomamos **harto** conscientes de lo que vale, encontramos el **signo** y la **figura** simbólicamente trazados de lo que era el **maestro** en la **pedagogía** peruana de **pasados** tiempos; de lo que era ese **héroe** en la **lucha** de nuestra **cultura**, con la **ignorancia** y el **desentendimiento** reinantes en nuestro **país**. De lo que era ese **oplitá** de las **gestas** de nuestra **desanalfabetización** en **tiempos** **idos** y que para nuestra **desgracia** ha **seguido** en esta **condición** hasta **hace** muy **poco**. De los **educadores**, el **maestro** **primario** es al **mártir** el **apóstol** de nuestra **lucha** en **favor** de la **cultura**: ese **maestro** **primario** que **deseredado** de todo **privilegio** y **garantía**, **existió** **alejado** de toda **comodidad** en los **rincones** más **abruptos** e **inhóspitos** de nuestro **territorio**, **entregado** a su **propia** **suerte** y al **margen** de todo **reconocimiento** de sus **sinapreciables** **servicios** en **pro** de nuestro **porvenir**. **Descartado** de toda **valía** en la **sociedad**, sin **significación** **merecida** ante el **Estado**, sin el **apoyo** de sus **semejantes** ante la **vida**, **ha** **laborado** sin **embargo** **silenciosa** y **ocultamente** en **medio** de sus **despojos**, para **elegar** el **nivel** de **cultura** de nuestras **inmensas** **masas** **ciudadanas**. Un **pueblo** se **distingue** de los **demás** **culturalmente**, en la **medida** que **levanta** el **prestigio** y la **importancia** de sus **educado-**

res, porque estos son los soldados que valientemente combaten en la preparación de sus nuevas generaciones, para que éstos a la postre respondan a sus aspiraciones y necesidades. El capital humano de una nación depende en sus cualidades, de la cultura reinante e él en todos sus niveles, hecho que está únicamente a cargo de la educación: un pueblo ineducado es un pueblo muerto a toda iniciativa de progreso y bienestar; es un pueblo que está de bruces a los llamados más sagrados de la humanidad y quienes faccionan la liberación de éste de las ciénagas de la ignorancia son los maestros y nada más que ellos. Requerimos de una vez por todas convalecer de estas taras del pasado, si queremos actuar en medio de un pueblo cuyas generaciones se encuentren debidamente capacitadas para enfrentarse positivamente a nuestros problemas y en consecuencia realicen una tarea digna de nuestro mejor porvenir. El maestro es uno en su cometido activo y en su deber moral: en cualquiera de los planos de su actividad no hace sino trabajar por el bienestar de la patria, cubriendo las demandas imperativas que la culturización ciudadana lo impone. El es el responsable de las categorías éticas e intelectuales que adornan o no a la juventud; a esa juventud cuya levadura esencial humana, es el baluarte de nuestra seguridad y calidad en el futuro.

En el hemisferio de las ideas y los proyectos hubieron considerables adelantos en nuestra organización pedagógica nacional; pero en el de la práctica y de los hechos muy poco avanzamos en este sentido. Pese a los programas reformistas que desde el tiempo de Castilla, hasta el gobierno de Manuel Pardo, se llevan con cierto conocimiento de causa y un mayor interés educativo, los resultados de estos esfuerzos escasamente se dejan sentir en el proceso de nuestra evolución pedagógica. El Reglamento de Instrucción de 1855, si bien significa una notable reforma en nuestra política educacional por su orientación integral, por su renovación disciplinaria que descarta toda crueldad material en su imposición en el alumnado; por su templanza en apreciar la libertad magisterial del educador; por jerarquizar los distintos grados de la instrucción; por implantar las escuelas de artes y oficios para los futuros artesanos y por último para hacer de la educación su gratuidad y obligatoriedad: todo ello no deja de ser una bella utopía que a lo sumo en mínima parte se cumple en la Capital y muy poco en los demás departamentos. Prueba de esto es que hasta entonces, junto con Bolivia y Ecuador estamos a la cabeza de los países que más analfabetos cuentan. Se nota, pues, la escasez de centros de instrucción lo suficientemente numerosos pa-

ra atender las necesidades de la población y sobre todo la falta de su conocimiento pedagógico en orden a su comodidad y los materiales eficientes de enseñanza. En tiempo de Mariano Ignacio Prado en cuyo período sufrió el Perú la crisis de la Guerra con España, muy poco se hizo por seguir la política educacional planteada por Castilla. El Ramo de Instrucción fue dado al abandono por habersele restado toda importancia; se subsana en cierto modo este descuido con la planificación de estudios que fuera de la Instrucción Primaria y Secundaria se hace extensivo a las universidades. Desde entonces se clasifican éstas, en mayores y menores, perteneciendo a la primera categoría sólo la Universidad de San Marcos y a la segunda, las demás que funcionan en Arequipa, Cuzco, Trujillo, Puno y Ayacucho, quienes no respondieron a su cometido de alta jerarquía hasta el extremo de pedirse por esta causa su supresión de parte del Ministro del ramo don Mariano Felipe Paz Soldán, que llegó a suprimir las de Puno y Ayacucho. Desde entonces data la centralización privilegiada que los estudios académicos adquieren en la Capital, así como el afán de copiar las organizaciones de la pedagogía extranjera para aplicarlas al país. Ambos actos que van en detrimento del desarrollo de nuestra educación, han servido de punto* de partida, primero, para la actitud de supremacía que San Marcos ha asumido con respecto a las otras universidades provincianas, y segundo, porque el plagio de los sistemas europeos de educación no han sido aplicados debidamente en nuestro territorio. Si bien es cierto, que Europa debía servirnos de paradigma imitativo no sólo en cuestiones educacionales sino en todo orden, por lo mismo que nuestro atraso cultural con respecto al adelanto occidental era palpable, no por ello debíamos concretarnos a imitar a tontas y ciegas lo europeo para establecerlo en el Perú, sin tener en cuenta nuestra realidad nacional en todos sus aspectos. Desde entonces, pues, nuestra educación adolece de este capital defecto de la extranjerización, que demasiado daño a hecho al desenvolvimiento normal y adecuado de nuestra pedagogía.

El gobierno de don Manuel Pardo, aparte de atesorar una saludable mejora en nuestro régimen político, puesto que había sido el productor de la reacción ciudadana, contra el caos del militarismo a cuartelazos, tiene el mérito de haberse esforzado por la mejora de nuestro tradicional sistema administrativo en lo educacional, con la creación de las Juntas Departamentales que datan todavía del primer período del gobierno de Castilla, que eran organismos directivos de instrucción que funcionaban en las capitales de los departa-

mentos, para atender las necesidades económicas y pedagógicas de cada uno de estos sectores. Para los fines de la organización nacional de la instrucción, se creó el Consejo Nacional de Instrucción Pública: claro está, que este sistema ya fue perguenado por Castilla, pero que en Pardo recién adquiere la debida preponderancia en su obra e innovación. Se contribuyó al fomento de la instrucción de las masas populares con la obligatoriedad y gratuidad de la instrucción elemental, así como con la creación de las secciones de artes y oficios en cada escuela, a fin de fomentar la profesionalización de las masas populares. Se preocupó también del incremento de los institutos superiores, como la Escuela de Ingenieros civiles y de minas, la Escuela Superior de Agricultura, la Escuela Naval, y la Escuela Militar de Especialización en Artillería y Estado Mayor. Estas creaciones sirven de paliativo a la ineffectividad de las universidades que hasta entonces tienen una acción estéril en la reconstrucción de nuestra nacionalidad.

La universidad es el centro local de la gestación y el desarrollo de la alta cultura de los pueblos: su función creadora y orientadora es terminante en este sentido. La universidad como centro superior de estudio e investigación, es la directa responsable del sendero ascendente o descendente del Estado; porque de sus entrañas salen generalmente las generaciones encumbradas que en la sociedad y política dirigen el camino de las naciones en la historia. La universidad es un producto social de elevados quilates significativos en expresión de la cultura de una comunidad nacional. Su acción es ascendente no sólo para los destinos de los pueblos donde ella desenvuelve sus actividades, sino para la humanidad toda, en la medida que la repercusión de ella abarca mayores horizontes de influencia. Estas instituciones como todo lo perteneciente a la historia, han sufrido una evolución gradual, y como ya dijimos anteriormente, es en Europa donde adquieren su consistencia definitiva. En lo que a nosotros los peruanos respecta, las universidades coloniales padecen por igual de una crisis que les afecta intelectual y moralmente. Fueron calcadas en las estrecheces del espíritu medioeval y convirtieron en cenáculos de muy abstracta, pedantesca y prosaica significación para nuestra sociedad virreinal. Las letras, algunas ciencias castradas en su amplitud vigorosa y fértil, la teología dogmática y una jurisprudencia amancornada a la defensa de los fueros de la dominación, campearon en esa época, vendando los ojos y inutilizando la voluntad de sus juventudes inexpertas por su negativa influencia educacional.

En la era republicana continúa la herencia de esa crisis, con sólo algunas modificaciones tegumentarias que las nuevas aspiraciones provenientes de la Europa post-modernista hacen posible. No obstante, en el fondo, el medioevalismo colonial subsiste en estos centros insistiendo en la conservación de sus viejos modales. Ahí tenemos como muestra de lo sostenido, la actitud de la Universidad de San Marcos ante el movimiento de la emancipación: mientras el Convictorio Carolino en Lima y la Academia Lauretana en Arequipa se constituyen en firmes trincheras de la libertad, San Marcos se muestra remisa y hasta hostil a este movimiento, provocando el justo repudio público de los que llevan en carne propia los ardores de nuestra independencia. Con sus facultades de Derecho, Letras, Ciencias, Teología y Medicina, fabricó series tras series de doctores que en el campo del conocimiento de nuestra realidad y en el de la acción consiguiente a éste, hicieron poco más que nada en provecho de la patria. Por medio del Decreto Ley de 4 de junio de 1867, Mariano Ignacio Prado uniforma la instrucción universitaria en todo el país, de conformidad con los planes existentes en San Marcos en su calidad de Universidad Mayor. De esa suerte nuestros institutos superiores de cultura enseñan en las facultades de Derecho, Ciencias y Letras, haciendo que los abogados, los letrados sabelotodo y los científicos de escasa preparación, inunden los altos puestos públicos y las posiciones privilegiadas y ventajosas en la sociedad; pero que son incapaces para columbrar los secretos de nuestros problemas y afrontarlos con conocimiento, honorabilidad y coraje. Después, con Manuel Pardo que proclama la autonomía universitaria, San Marcos amplía el número de sus facultades con la inclusión de la de Medicina que ya existía, pero que en tiempo de Pardo no se hizo extensivo su estudio en las otras universidades; luego la de Teología, la de Ciencias Políticas y Administrativas, Ciencias Físicas, Ciencias Matemáticas y Naturales y Filosofía. Las ciencias políticas, la filosofía y la teología es con lo que se incrementan sus estudios, puesto que la Facultad de Ciencias no sufrió sino una diversificación especializada con las materias indicadas.

Nuestro régimen universitario no ha sufrido notables variaciones en sus líneas generales de acción institucional; dentro de ese régimen tenemos a San Marcos que es la universidad aventajada en todo sentido, las demás son provincianas para ella, es decir, menospreciadas por todo concepto. Las rentas de estas últimas son exiguas en relación con las invertidas en la Casa capitalina. Por tanto les falta (a unas más que a otras) los elementos indispensables como

a subvenir sus necesidades de acuerdo a las exigencias de la unidad contemporánea. No siempre cada una ha respondido a las gencias del sector geo-étnico que ocupa y por eso que la instrucción que otorgaron a la juventud ha dejado mucho que desear.

La preparación del magisterio ha sido la preocupación de todos nuestros gobernantes, por lo mismo que su carencia era abuta. Fuera de los catequizadores y de los maestros improvisados, y muy raras y honrosas excepciones, en la colonia no contamos con docentes de capacidad intelectual y menos con algunas nociones siquiera de vocación pedagógica, que pudieran haber creado un cuerpo de maestros idóneos. El prototipo del maestro de gran parte del siglo pasado en el Perú, es aquel que lo ha pintado brillantemente Belardo Gamarra, o sea, un paria en lo económico, un rezagado social, un abandonado por los poderes del Estado y un ignorante por su falta de preparación técnica. Y pensar que en manos de esta horte de instructores, estuvo la aplastante mayoría de nuestra población de aquel entonces, da grima y es la explicación de nuestra asmosa estagnación educacional. La falta de maestros que se hicieran cargo de los planteles de enseñanza, fue por tanto una necesidad de inmensa magnitud y por eso que los dirigentes de nuestra política, desde el Protectorado de San Martín, hasta don Manuel Ardo no se cansaron en reclamar su urgente formación. La creación de la Escuela Normal Central en Lima en 1822, la misma que fue restablecida por Bolívar posteriormente; la declaración del profesorado como carrera pública hecha en tiempo del segundo gobierno de Castilla; la creación del Colegio Profesional por Decreto Supremo de 10 de noviembre de 1869 en tiempo de Mariano Ignacio Prado, nos demuestran la existencia del problema de la formación magisterial en los diversos grados de la instrucción. Sin embargo, esa preparación a más de reducirse a la Capital y por supuesto no bastecerse para formar el número de docentes suficiente para toda la República, no estaba a la altura de una buena formación con tendencias renovadoras. En teoría se obligó al maestro a usar de métodos en los que se descartasen los castigos corporales y la autoridad inmovible del magister; pero en la práctica se siguió con los métodos establecidos en el coloniaje, lo cual tuvo por resultado la mutilación de las iniciativas, la subestimación de la personalidad moral y pedagógica de los alumnos y la sumisión de éstos al principio de autoridad sin restricciones. El maestro no estaba en condiciones de abordar su tarea formativa dentro de los mandatos de la pedagogía contemporánea; por el contrario fue el sargento de la gra-

mática (a decir de Spengler), el tirano alguasil de las matemáticas y las ciencias; fue el regente cruel del aprendizaje de la lectura y escritura, que chicote en mano y el calabozo a la vista, aterrorizaba a sus discípulos con duros castigos, si es que salían de los marcos de conducta impuestos por su ignora y prepotente autoridad. La herencia de la crisis sigue en pleno proceso de maniobra hasta entonces y persiste en nuestro siglo con diversos camufles, especialmente en aquellos planteles que ni intelectual ni moralmente han logrado escapar de las normas coloniales.

La educación de la mujer también ha sido objeto de cierta preocupación gubernamental en lo que va de nuestra vida independiente. El Libertador Bolívar es el primero que encara el problema con toda seriedad y para ello ordena la creación de un Gineceo en Lima, para que el bello sexo recibiera instrucción graduada en dos ciclos: en el primero, se enseñaba la lectura, escritura, catecismo y aritmética elemental; en el segundo se enseñaban labores domésticas, música, geografía e historia, con el objeto de preparar a la mujer tanto en los menesteres domésticos del hogar, cuanto en los conocimientos imprescindibles para su cultura intelectual. Santa Cruz refrenda esta preocupación, creando por Decreto Supremo de 28 de agosto de 1838 el Colegio de Niñas Educandas en la Capital, a fin de que se culturicen y capaciten en sus deberes familiares. Ramón Castilla corrobora con estos intentos, estableciendo la igualdad de derechos que asisten a ambos sexos para educarse, y finalmente don Manuel Pardo llega a formar la Escuela Normal de Mujeres en Lima, para que se preparen en la enseñanza y de esa suerte alcancen a uno de los privilegios que hasta entonces sólo era de la incumbencia masculina.

La mujer es una determinante histórica de decisiva importancia en la sociedad. Ella es la columna vertebral del hogar, la primera educadora de sus hijos, la directa responsable de la consistencia de la familia, la sociedad y el Estado. Ante esta verdad meridiana sólo la arrogante miopía patriarcal ha podido opugnar lo contrario, desconociéndola bajo la careta de falacias inverosímiles. La mujer gesta y amamanta la vida que surge en sus entrañas; le otorga su contextura orgánica y su modo de ser psicológico en gran medida; le rodea del clima espiritual y material que ha de influir en su desenvolvimiento. Es la primera sustentadora de la existencia social del hombre como su compañera y aliada en sus vicisitudes y relaciones con los demás. Y de la manera cómo se cultive su formación en la retorta educativa, depende su calidad de tal. Los pueblos

siempre se han distinguido por el sitio que han dado a la mujer en el hogar y la sociedad. Las naciones de aparente régimen democrático y que han desempeñado acción destacada en la historia, se han sabido considerar en lo que vale, por lo menos en la esfera de sus actividades del hogar. La educación de ella en el extranjero ha dejado y deja mucho que desear, por lo mismo que en las palabras y los proyectos nuestra política pedagógica ha preocupado de su eficiente formación. Los colegios para las mujeres son el privilegio de Lima, en el resto de nuestro consorcio continental, eso se queda en los programas. Al menos hasta mediados del pasado siglo la instrucción de la mujer tropieza con los prejuicios raciales, sociales y religiosos, a más de que con la escasez de recursos educativos que le hayan proporcionado una dosis firme y concretos rebordes pedagógicos. Si esa instrucción se les impondría para saturarlas de errores, abusos y malentendidos, en vez de enriquecer su personalidad la malgastaba y torcía. Por eso la mujer por el hecho de pasar esa larga penuria en su formación profesional, en el Perú tiene que seguir padeciendo los estragos de la crisis que desde la colonia le afecta de modo directo y pernicioso.

La educación del indio ha sido una utopía, por más que no faltaron intenciones y programas educacionales que trataron de acercar al indio mediante la instrucción a la vida nacional activa y útil. Cruz tuvo la feliz idea de educar a los niños indígenas estudiando becas en los colegios de la Capital; pero como los fondos para su sostenimiento no existieron o si existieron fueron tan escasos, este proyecto sólo quedó en la letra y jamás en las realizaciones. Castilla hace hincapié en la gratuidad y obligatoriedad de la instrucción para todos los estratos sociales; esto quiere decir, que los indígenas estaban comprendidos en esta disposición. Don Matucana es el que siguiendo esta política de desalfabetización y alfabetización más realista y efectiva, establece la instrucción elemental para todos en la que debían instruirse la niñez de la masa indígena, así como los otros elementos del bajo pueblo. Desde entonces la educación del indio es una muetilla de todo político y politiquero, en sus afanes de escalar los peldaños de la política acomodaticia. Enarbola esta bandera como sistemático medio de propaganda para la masa más. Hasta fines del pasado siglo, el indio sufre el virus de la ignorancia más completa; la escuela es un mundo que no está a sus alcances y con el que no se halla en familiaridad ni como padre de familia ni como hijo. Desconoce por esta razón la urgente necesidad

de instruirse; el ausentismo escolar de los nativos tiene su origen en esta falta de significado y prestancia que debía tener la escuela para el indio. Nuestra población aborígen durante este período es uno de los grupos humanos más descartados de la culturización educativa. Esta herencia es otra de las taras que hemos heredado de la instrucción de la colonia. Nadie más por entonces, como el indio, sujeto amañatado en la ignorancia. Su único maestro esa vez como posteriormente es el cura de su comarca, quien es el pastor de su alma y el regente de sus intereses, sobretexto de sus deberes y obligaciones para con Dios y su Ministro. La palabra cural es la última para él; los mandatos procedentes de los púlpitos y las sacristías son las órdenes que deben cumplirse "sin dudas ni murmuraciones" y en esa forma nuestro indio ha sido formado en los confesonarios y los bautisterios, en los cargos religiosos y en los trabajos parroquiales. Fuera de esto, su educación ha sido descartada por completo por parte del Estado y la sociedad en la práctica, aunque en teoría eso no ha sido así. Ese lastre de tremendo peso deprimente tenemos que sobrellevarlo y luchar por conseguir su rehabilitación con una política educacional que se esfuerce por penetrar en su conciencia de manera profunda y vital.

Evidentemente que el gobierno de don José Pardo tiene importancia descollante en el proceso histórico de nuestra educación. Hombre de ideas nuevas e intenciones sanas, encara el problema de la enseñanza con toda la amplitud y la urgencia que su sintomatología y sus consecuencias lo requieren. No está conforme con lo que en realidad se ha conseguido en el campo pedagógico hasta entonces: con exacta concepción de los acontecimientos, prevee la necesidad de afirmar una reforma en la estructura interna y las manifestaciones exteriores de nuestra organización educacional. Lamenta, que a pesar de los esfuerzos desplegados anteriormente en orden a la marcha ascendente de la instrucción peruana, ella se encuentre en un calamitoso estado de decadencia. Con este objeto sustituye a las anémicas e inoperantes Juntas Departamentales, que en cierto modo fueron creadas con el anhelo de establecer una descentralización administrativa educacional, con la Dirección General de Enseñanza, que vuelve a centralizar esta organización en manos del gobierno. Multiplica las escuelas, porque su escaso número es uno de los mayores obstáculos para la difusión de la instrucción en todo el país y especialmente en las regiones apartadas donde hay más nutrido volumen de analfabetos entre las masas indígenas. Se preocupa porque estos planteles cuenten con materiales y condiciones convenientes para desenvolver una enseñanza positiva. Proce-

de a la construcción de locales escolares que estén en orden con las requisitorias de la pedagogía nueva. Para ello organiza la financiación del presupuesto del ramo, que esté libre de los azares de una recaudación versátil y endeble. Planifica los estudios en su graduación jerárquica y en la distribución de las materias del aprendizaje, haciendo que se dosifiquen en su extensión y contenido. Es el primer estadista que con visión práctica orienta la instrucción primaria hacia la tecnificación, para lo cual ordena el funcionamiento de la Escuela de Artes y Oficios de Lima. Comprende que el imperativo de la hora en el mundo actual es la industrialización y es por eso que propicia la formación de institutos hoy llamados politécnicos, donde gran parte de la juventud pueda expedirse en las artes y los oficios técnicos. También es el mandatario que atiende a la instrucción de adultos, haciendo que funcionen escuelas nocturnas en varios departamentos. En colaboración con su gran ministro Dr. Jorge Polar, trabaja en provecho del adelanto de la instrucción con el interés y la vehemencia que lo hizo y de allí que el Perú le debe su ascenso en este terreno. Sin equivocarnos podemos sostener que con José Pardo llegamos a los confines de la herencia de la crisis educativa y comenzamos, si bien muy lentamente, a convalecer de sus dolencias. Pardo deja la instrucción en pleno proceso de rehabilitamiento; es el hombre que pone la acción junto a la palabra y que sobre todo marca los rumbos del futuro progreso de nuestra pedagogía. Los que le siguen en el mandato de la nación como Augusto B. Leguía por ej. sólo se concretan a imitarlo, con la diferencia que no alcanzan al nivel de su intención práctica.

Así termina la crisis dejándose sentir aún en la actualidad en muchos aspectos de nuestra educación como veremos próximamente. La colonia, pues, estira sus tentáculos hasta nosotros hombres del siglo XX. En este sentido somos productos de la manufactura moral del hispanismo, llevando por igual sus virtudes y sus defectos. En lo que va del curso de nuestra historia, nos hemos comportado dentro del juego positivo y negativo del espíritu español y como en el mundo en que vivimos el mal predomina sobre el bien en la mayor parte de los casos, nos hemos conducido alentados por los vicios de la conquista antes que por sus grandes aunque escasas cualidades. Los conquistadores deseducaron a nuestros antepasados. Con la caída irremediable de su imperio político se estranguló su tradición y se convirtió en escombros la obra magnífica del pueblo dominado. Todas las manifestaciones de su milenaria cultura, sumieron horroresamente anastadas por el torbellino extranjero,

perfiló sus intenciones malsanas hacia el saqueo de una cuantiosa riqueza que no soñaron ni en Panamá. La Nueva Tierra sobrepasó a las fantasías más exageradas de los conquistadores, cuando maquinaron los proyectos de su incursión al Sur del Océano de Balboa. La abundancia del oro codiciado, la concupiscencia violatoria de la libre voluntad de la sociedad sometida; el señorío omnipotente del nuevo amo dueño de vidas y haciendas, embriagó a los conquistadores hasta hacerles perder todo buen sentido y razón, para convertirlos en el azote del pueblo oprimido, que poco a poco se fue narcotizando con las basofias de la esclavitud. En esa forma, desde los primeros momentos deseducó la conquista a nuestros ancestros; y con este fenómeno viene la paulatina desnaturalización del aspecto positivo del carácter español y junto a él del nativo y del criollo. El mundo americano hibridiza el alma del conquistador en un sentido distinto. El medio transforma al hombre y esa transformación es más acentuada cuando en el hombre hay entrega al medio con la voluntad irracional plétórica de instintos, de deseos y ambiciones que surgen del inconsciente. La actitud de los hombres ante el mundo es en principio normada por la consciencia vigilante; pero cuando ella pierde el control de la razón y se sumerge en el imperativo de los instintos, entonces los influjos telúricos actúan con mayor fuerza plástica en su conducta. Nuestros conquistadores no han procedido de las capas cultas de España, por tanto han sido individuos mucho más susceptibles al ordenamiento y disposición de los impulsos. La razonabilidad en el comportamiento del hombre está en razón directa de la culturización de su estilo de vida y la irrazonabilidad lo está en la misma relación de su incultura. Cuando la razón pierde su dominio en la conciencia, le sustituyen los imperativos de la vida afectiva y todo lo que concierne a las pasiones, las emociones, los impulsos, que de modo irracional mueven los resortes de la voluntad.

El estado de guerra es una demostración palmaria de ese dominio de la sinrazón humana en la vida de los pueblos. Las guerras, es cierto, que son provocadas con antelada meditación y cálculo: son proyectadas por un frío y profundo reflexionar que ubica las situaciones propias y extrañas en el lugar que les corresponde, de acuerdo con las fuerzas que intervienen en ellas, para preveer sus consecuencias favorables o adversas. La vida misma es una guerra constante con la naturaleza en la que ésta se encuentra; con las circunstancias y las condiciones que la determinan exteriormente en cada momento. La vida de relación en la que se hallan los hom-

sus dimensiones y sus formas, según sea la lucha del hombre con el hombre, del hombre con la sociedad y de la sociedad con el individuo; de una sociedad con otra, de una clase con otra clase que le es antagónica, de un pueblo con otro; guerra ésta que puede ser no sólo de competencia de fuerzas militares, sino guerra económica por la supremacía o por mera defensa de los intereses económicos; que puede ser ideológica y doctrinaria, que puede ser racial, religiosa, etc. La guerra por tanto tiene modalidades de fuerza bruta, de fisonomía psicológica o de caracteres económicos; de esa suerte ésta se presenta en el campo militar, en el intelectual y en el económico, con el agravante de que las contiendas psicológicas y económicas abonan y enardecen la aparición de las guerras propiamente dichas, o sea, las de hecho que son de exterminio, de sangre donde el que prepondera es el vencedor y el que no el vencido. En todo proceso bélico los hombres se comparten bajo el dominio de sus instintos y todas sus energías animales, por eso que todo estado de guerra es el fiel imperio de lo racionalmente considerado inhumano; lo que indica una vez más, hasta donde es un absurdo pensar que la humanidad se comporta en la historia con el predominio de su razón y hasta donde su pensamiento (racional) es un mito como poder determinante de los sucesos históricos. Por otra parte, lo primitivo siempre está latente en la existencia humana; lo primitivo en el sentido salvaje, de fiero desahogo de los ímpetus originales ante los que la evolución de la cultura, la influencia de la civilización refinada pueden muy poco en el terreno de los hechos para sofrenarlos. Según una concepción idealista, en el siglo XX la humanidad ha alcanzado una máxima elevación de los valores humanos, sin embargo, cuánto primitivismo troglodita denotan los hombres y los pueblos en su proceder bélico. La civilización ha puesto en manos del hombre los mejores instrumentos de dominio sobre la naturaleza; pero esos instrumentos son empleados en su mayor porcentaje al servicio de su mayor capacidad para la lucha con sus semejantes. Así que las guerras en la medida que avanzan la civilización son más atroces en su eficacia destructiva y en la inhumana intención que llevan dentro psicológicamente. Luego el estado primitivo no sólo permanece en las humanidades adelantadas, sino que se acrecienta en su furor catastrófico.

La conquista fue un estado de guerra cruenta y sin cuartel por parte de nuestros dominadores: ese estado los transformó en seminhumanos y tanto más se frondoseó este proceso cuanto que ellos no contaron con una civilidad culturizadora siquiera de proporciones considerables. Por eso que se entregaron al exterminio de

la raza sometida y a la extracción del botín recogido, con un desfogue ciego de todas sus energías telúricas, haciendo una labor deformatoria de deseducación con la masa indígena, cosa que había de repercutir en la deformación de las generaciones venideras del nuevo capital humano del Perú. Esto no es romanticismo hispanófilo ni menos autoctonofilia idealista: no. Es por el contrario el resultado de los sucesos registrados. Dentro de ello —ya hemos visto— que España en su contacto con América engendra los arranques de una nueva cultura, que a través del tiempo transcurrido va fermentando renovadas fuerzas creadoras de categoría ecuménica para el porvenir de la humanidad. En todo acontecimiento de grandes dimensiones siempre al lado de sus negativas facetas, están las positivas. La guerra misma en este sentido tiene sus consecuencias favorables, porque es el punto de partida de un nuevo programa de acción y pensamiento para las generaciones de lo porvenir. Las guerras son fenómenos naturales en el acontecer histórico: la historia es desde este punto de vista la biografía de ellas, que con su desplazamiento actual y sus consecuencias desfavorables y favorables han empujado la vida humana por nuevos senderos de realización. Los peruanos somos hijos de España, de una España transformada por los hábitos vitales existentes en nuestro territorio. Material y espiritualmente los castellanos recibieron el influjo renovador de nuestro suelo. El ciclo de la colonia amalgama una nueva humanidad que es distinta en sus confines esenciales, de lo europeo y de lo nativo y esa colonia se vierte en nuestra época republicana con todos sus especímenes constitutivos. Pasan sus preliminares escabrosos en los que la conquista reafirmó la absoluta posesión de su botín acariado; viene la organización virreinal con su política absorbentista y su sociedad de nuevo cuño. En esa forma somos el remedo de España con las contingencias diversificantes que la tierra, los hombres y la realización de la cultura lo determinan. Así surge el mundo latinoamericano entre nosotros, cuya trayectoria de gestación y corporeidad definida prosigue en el curso de nuestra independencia.

La conquista deseducó al indígena de antaño, pero comienza la educación colonial que nos forma tal como nos presentamos ante el escenario del nuevo régimen emancipatorio. En su curso manifestamos los desmanes y los méritos de esa educación; nuestras torpezas y nuestras virtudes se pusieron en abierto juego en el desenvolvimiento de nuestra existencia libre; si tomamos cien años de su actividad, encontramos que los defectos de la colonia han sobresalido sobre sus cualidades. Nuestra política ha sido fiel al centralismo estrangulador del virreinato: la lucha por el poder en nuestros dirigen-

s ha tenido ese egoísmo propio del conquistador, que viendo en di-
o poder más que todo los intereses individuales personales o de
upo, no supieron desterrar sus ambiciones para verificar una po-
ica más constructiva y de mejores proyecciones para estabilizar
funcionamiento de nuestro organismo estatal. Comenzaron las lu-
as faccionistas para apoderarse de los comandos de nuestra me-
nica administrativa. Nuestros hombres y nuestros círculos de in-
encia, se enredaron en líos fratricidas que solamente nos dieron
debilidad anémica de nuestra política exterior y el desbarajusta-
quilante de nuestro orden en lo interior. Metidos en medio de una
ítica de centralismo sátrapa, nuestros dirigentes hicieron de
estra Capital el Perú entero, dejando al resto (a ese gran resto de
otros sectores) al abandono y a lo sumo para sólo contemplarlo
ravés de las persianas de sus intereses y sus perspectivas domésti-
Desde entonces Lima ha estado de espaldas al Perú con la inca-
idad propia de toda visión y acción estrechas, de todo centralis-
indebido y parasitario. Al centralismo administrativo infecundo
un país tan disímil en lo geográfico, lo étnico, lo económico y so-
como el nuestro, se sumó el absolutismo del Poder Ejecutivo,
el caudillaje militar y los conglomerados oligárquicos facturaron
as primeras etapas de nuestra independencia.

Las castas aparecieron en nuestro horizonte político-social, con
ismo prestigio que en la colonia, tomando el gobierno de nues-
destinos en su totalidad. La militar primero y luego la oligár-
a en lo civil, rezago y retoño del hispanismo prepotente de la
ctiva colonial, fueron los asideros de nuestras capas gobernantes
mo quiera que estas capas nacen de la estructura de una socie-
también en ella mantuvieron sus prerrogativas de privilegio
acerdocio fue otra fuerza que con todos los caracteres de una
i impuso su influencia en la marcha intelectual, moral y mate-
de nuestra nación, con grandes preeminencias en los círculos de
ia. Nuestras universidades sacaron a generaciones tras genera-
as de teólogos y letrados: los primeros para defender los intere-
le nuestra religión oficial y los segundos para encargarse de
tras dependencias administrativas, y si esto no ocurría, para
ider los fueros de la justicia; es decir, a teólogos y abogados que
mayor parte de los casos sólo se preocuparon por defender sus
monios particulares. Por esto es que en el siglo pasado las héli-
e la juventud, únicamente incubaron tres géneros de aspiracio-
rofesionales: la de ser militares, clérigos y abogados, por ser
upaciones de más seria garantía para su porvenir. Las letras no

se cultivaban sino para la antesala de las magistraturas, los altos puestos públicos o las canongías y casi nunca por el valor que en sí abrigaban como un arte y una función específica en la cultura social y nacional.

Pegados a la letra de las leyes antes que a su cumplimiento, se hizo del "papeleo" una peligrosa manía en la administración de los intereses públicos y privados. Felipe II el rey papelero nos dejó su herencia para escarnio de nuestros manejos. El tinterillaje de la colonia seguía contoneándose con su legalismo formulista en las esferas de la política, de la jurisprudencia y hasta en las de las letras, toda vez que esto último sucedía en aquellos profesionales acomodaticios del periodismo y la literatura oficial, que por alcanzar una pitanza presupuestaria, narcotizaban la opinión pública con la supuesta grandeza de nuestro desarrollo nacional. El lapso del gobierno de Castilla, es una ponderada y honrosa excepción a esta corrup-tela y en cierta medida el de José Pardo, que digase lo que se quiera, fué una demostración de lo que el Poder Civil era capaz de hacer en provecho de nuestra prosperidad. Nos debatimos en volinas y corrinches de falso valor doctrinario cuando militaristas y civilistas, liberales y conservadores alzaban sus banderas para defender a capa y espada sus llamados principios ideológicos en las vísperas eleccionarias. Inconformes con todo, nuestros partidos se pelearon por "quitame estas pajas", sin comprender el auténtico derrotero de una política de más trascendentales alcances para nuestra seguridad internacional. La palabra alturada de nuestros grandes guidores se perdió en el nimbo legendario de lo heroico o en el del escarnio público inmerecido. González Prada por Ej., no pasó de esta concepción con toda su obra y más tarde José Carlos Mariátegui el más sincero ideólogo del marxismo entre nosotros, tampoco hizo brecha de profundo significado renovador con la importación del socialismo revolucionario que realizó en nuestra patria. Ya después, las generaciones que se levantan actualmente hacen carne de sus orientaciones, sin conseguir por otra parte ganancias más efectivos en el terreno de la práctica, como ha ocurrido con el Aprismo que se encamina dentro de las ideas del primero y con el Comunismo que lo hace dentro de los planteamientos del segundo. Sin embargo, ya estamos encaminados hacia la quiebra de la herencia de la crisis y entonces, el flanco positivo del legado español en conjunción con el del indigenismo latente que se despierta en nosotros, podrá conducirnos hacia el encuentro de nuestro verdadero porvenir.

PARTE CUARTA

EL FUTURO DE NUESTRA EDUCACION

En la parte precedente de este libro he abarcado más o menos cien años de nuestra historia independiente, haciendo ver el sentido, es decir, la dirección que la educación peruana ha asumido en su expresión y significado en nuestro desarrollo histórico de ese tiempo. El análisis que se ha hecho parece restallar un sentimiento de misantropía agobiante, cuando en último término se llega a la conclusión de que la crisis educativa de la colonia sobrevive con todos sus amañes durante ese largo período. Este sentimiento en caso de haberlo, es el producto de la falsa comprensión del pesimismo que felizmente en el diccionario tiene dos acepciones: una que consiste en el modo de encontrar el bien por medio de la presentación del mal; y otro, como la propensión de juzgar las cosas por su aspecto más desfavorable. El primer significado es el que siempre le doy a la palabra, puesto que el segundo es sencillamente destructivo, derrotista, que no conduce a nada sino a la negación por negación. La vida en principio no es negación, sino afirmación así dentro de los alicientes más desafortunados en los que encontrar-pudiera. Por el contrario, el sostener con honradez desparpajada que las cosas y los hechos se suceden desordenadamente, con todos sus atavíos de sus defectos y malcaminos, con sus dolencias y desajustes, porque así efectivamente se suceden, no es preconizar el pesimismo ni la decadencia, es simplemente otorgarles el valor que merecen. Y si a esto se agrega, que por medio de esa peregrina se busca a encontrarles su recto sendero, la cosa varía en forma más benévola. Yo encuentro en nuestros defectos de antaño el terreno experimental más propicio para nuestra restauración presente y futura.

El pesimismo es mal entendido, porque nuestro afán de escapar a las tenazas de la realidad por medio de las fantasías ideales o ensueños paliadores, nos es innato a nuestra estructura psicológica. El hombre trata de fugar de las verdades que le rodean y engañarse a la ilusión neantizante (negadora) de ellas, porque es reacio a enfrentarlas y tanto más esa fuga se acusa en la medida que las verdades de su realidad le son más hostiles. No hay que nombrar la soga en la casa del ahorcado, dice el refrán y lo dice precisamente con la intención arriba indicada. Por eso que el optimismo es el más eficaz talismán que alienta a toda programación venidera de la vida. Las felicitaciones que los hombres se hacen entre sí en diversas oportunidades tienen este cometido. El deseo que encierran es

siempre el destituir una realidad para sustituirla por otra que le ha de ser superior. El realismo de la idiosincrasia china tiene eso de admirable y constructivo, porque se aparta de este optimismo ilusorio que a nada conduce, sino al autoengaño y por tanto a la debilitación de las fuerzas que deben mantenerse latentes para afrontar con grandeza a las más duras experiencias de la vida. Los hombres y los pueblos, entidades igualmente condicionadas en este sentido, con dificultad y a regañadientes admiten el veredicto crudo de lo real y por el contrario quieren que sus cosas marchen por el camino que se proyectan en sus ilusiones de aparatosa idealidad. El pensamiento negativo va en contra de este proyectismo mentiroso e insincero y trata de construir la arquitectura de la vida sobre sus bases auténticas. La vida es dolor, es quiebra de valores positivos, es trastorno de lo preindicado y a través de ello se desenvuelve hacia los horizontes de su superación. Mostrarla tal cual es no tiene el propósito de frustrarla, sino más bien de conseguirle las panacéas de su convalecimiento y fortificación.

Los peruanos como entidad nacional en América no somos la excepción a una regla: los pueblos de nuestro continente y en especial los latinos, han pasado casi por las mismas experiencias que nosotros. Nuestro destino es mancomún en cuanto se refiere a la manera cómo hemos procedido en los trances de nuestra actividad evolutiva; con discrepancias de mínimo calado, el panorama de nuestro escenario histórico ha sido el mismo en su sustancia. Y no podía ser de otra manera, toda vez que somos compañeros en nuestra progenitura hispano-nativa, en nuestra suerte de países colonizados y en nuestras aspiraciones y ejecutorias de las gestas de nuestra independencia.

El siglo actual se vierte en nosotros con los problemas y las grandezas pululantes sobre el tapete histórico de Europa. La civilización imperialista del Viejo Mundo se vuelca en nuestras latitudes con todo el ímpetu arrollador de su influencia soberana, por lo mismo que hasta entonces en el pasado siglo durante su transcurso, no fuimos lo suficientemente capaces para asimilarla en debida forma. Nuestro turbulento vivir republicano, nuestras discrepancias ideológicas, doctrinarias, políticas y sociales, no nos permitieron serenarnos y proceder a una transculturación más estable. Estuvimos en contacto con Occidente, pero ese fenómeno no tuvo la consistencia requerida como para adueñarnos de los secretos de la civilización europea y llegar al estado no sólo de imitarla, como hicieron otros países como el Japón por ejemplo, sino de tomar nuestras propias decisiones en esa influencia y recrear nuestra cultura.

En nuestras universidades vg. se esparraman de modo esporádico y hasta confuso las doctrinas filosóficas más diversas: la docencia influye en la juventud con ideas extraídas de los pensadores extranjeros por orden de su llegada y según la simpatía personal que estos profesan a sus sistemas particulares. Es así que en nuestras altas casas de estudios la cultura filosófica cambia, con la preferencia que se otorga a un determinado rumbo de pensamiento. Desde el escolasticismo escolástico, hasta el Positivismo extremado; desde el Idealismo más recalcitrante, hasta el Materialismo de cepa atea; San Agustín y Santo Tomás, Comte y Spencer, Pascal y Bergson, Hegel y Marx, reciben su acogida correspondiente en nuestro país haciendo que su dinámica formadora tome un matiz diversificado en nuestras especulaciones. La filosofía dirige el pensamiento mejor que cualquiera otra disciplina del saber humano: su capacidad orientadora tiene inmejorables condiciones como para asumir este rango, por lo mismo que ella discute y discrimina, penetra y analiza los problemas de la vida con mayor prestancia que cualquier forma de pensamiento. Las filosofías occidentales al caer en el campo de nuestras universidades y cernir su influjo de manera dispersa, hacen que ellas retengan su autoridad en el tiempo y el espacio de nuestra órbita intelectual con una consistencia variable.

Las ciencias también sufren estas contingencias. La facultad de Medicina que desde el tiempo de la colonia funciona en San Fernando, es la vieja raíz de su desarrollo en nuestra patria. Después, las ciencias naturales expanden su importancia por la mayor parte en nuestros superiores centros de estudios, a los cuales les falta por general los medios materiales para realizar una cultura científica en mayores proporciones. Por la carencia de estos medios que son imprescindibles para su adecuado desenvolvimiento, la ciencia no ha alcanzado la jerarquía que se merece entre nosotros, a pesar de que no nos han faltado los hombres que por sus cualidades y disposiciones han podido campear no sólo en nuestro territorio sino en el exterior. Las ciencias comienzan su evolución pedagógica propia a dicha, ya a partir de las décadas del siglo actual, en las que en hemos abierto los ojos respecto a su trascendental importancia no únicamente en los terrenos de la ciencia pura (teórica) sino en los de su aplicación en la técnica industrial. El Reglamento de Inspección expedido por don Manuel Pardo en 1876, fijándose precisamente en los grandes defectos de la deficiencia de inaplicabilidad profesional de los alumnos egresados de la Facultad de Ciencias en San Fernando, establece su reorganización en sus planes de estudios, haciendo que ella se ponga en relación de correspondencia directa y hasta

cierto punto de dependencia con la Escuela de Construcciones Civiles y de Minas. Quiere decir, pues, que a más de la inoperancia del funcionamiento de esta Facultad, había el caso de que sus profesionales mal preparados no tenían cabida en el desempeño de sus profesiones, lo cual significó la quiebra de su misión profesional y por tanto la merma del interés por cursarla de parte del alumnado.

La política educacional de don José Pardo representa un marcado adelanto en nuestra instrucción pública y que es innegable para una visión desapasionada a la vez que panorámica de este sector de nuestras actividades. Hasta en el segundo período de su gobierno (1915-1919), se preocupó por la formación de los profesores de segunda enseñanza, encargando esta meritoria labor a las facultades de ciencias y letras de la Universidad de San Marcos, para que mientras sea creada una Escuela Normal con este objetivo, se vaya preparando en sus aulas el personal docente de esta categoría en sus sendas especialidades.

El Presidente Leguía a través de su gobierno dictatorial y en cierto sentido tiránico, ocupa gran parte de los primeros decenios de este siglo en el curso de nuestra existencia nacional. No podemos restarle sus cualidades de estadista capaz y previsor; pero tampoco podemos negar que su gobierno fue de círculo, compuesto por esos comodones, oportunistas y adulones que lo encerraron en sus tentáculos. Como nunca hasta entonces el Poder Ejecutivo se constituyó en el único poder, en torno a quién giraron todos los intereses supremos de la nación. Leguía nos ha dejado el desastroso presente de sustraernos la dignidad de nuestro Poder Legislativo, que como a entidad democrática nos correspondía enaltecerlo de acuerdo a los idearios que nutrieron nuestro proceso emancipatorio. Desde entonces es que nuestra representación parlamentaria, ha sido menoscabada en sus immaculados principios de autoridad encarnadora de la soberanía ciudadana; porque desde allí el Ejecutivo se convierte en la milagrera retorta incubadora de nuestros organismos congresales facturados a su antojo y para su servicio. La voluntad sacrosanta del pueblo pierde su auténtica honorabilidad democrática, para trocarse en un ente abstracto, sin ninguna ponderación efectiva en la actitud rectora de nuestros destinos nacionales. No he sido tirano ni ladrón, nos ha dicho Leguía en su única obrita póstuma; sin embargo la tiranía y el robo fueron los penes de todos los días que la nación peruana masticó durante su gobierno. La opinión pública de la ciudadanía fue aplastada y cercenada en aras de una libertad miserable de loar sólo los actos del poder omnímodo. Las rentas del erario fueron dilapidadas en inversiones inconducentes a nuestra mejora ma-

erial y espiritual, y es por eso que la revolución que lo derrocó, a más de contar con el beneplácito unánime de nuestra nación, fue toda una apoteosis del resurgimiento de una nueva etapa de convalecencia nacional para el país.

En la obra de Leguía no podemos negar eso sí su aspecto positivo que lo tuvo, pese a los retortijones de su desgobierno. Siguiendo la orientación pardista, hace esfuerzos para incrementar nuestro adelanto educacional, adelanto que se consigue gracias a sus sanas intenciones directrices y más aún, merced a que la educación se convierte en problema nacional de primer orden, que la conciencia de la inspiración popular le reviste de toda urgencia inaplazable. En Europa y Norteamérica, la Nueva Educación a través de todas sus corrientes renovadoras se desplaza por las fontanas del mundo contemporáneo, con todo el vigor de sus imperativos creadores. Los sistemas pedagógicos en la escala teórica y en los peldaños de la acción verificada, establecen la necesidad de romper con los moldes seniles buscar otros caminos que puedan servir de guía a la pedagogía en la misma alcuña que la filosofía: para Eduardo Spranger, Otto Illmann, Guillermo Dilthey y otros, la pedagogía es el alma de la cultura humana; para Pablo Natorp es la base de la formación de los individuos y de la sociedad; para Jonas Cohn, es la concepción misma de la vida que los hombres vuelcan en una acción creadora constante e intencionada. Quiere decir, pues, que la educación sale del siglo XX de sus claustros conventuales mermados por la abstracción, el individualismo y el apego al proselitismo dogmático de antaño, para tornarse en la fuerza poderosa del avance de los pueblos. Y esta pedagogía tarde o temprano tenía que infiltrarse en la conciencia aspirante y responsable de nuestra patria y desde allí catear la preocupación de nuestros gobernantes, para que la atiendan y vigilen con la seriedad y el pundonor que se merecía. De esa manera es como en este siglo compartimos con los otros países americanos la actitud de alentar la importancia de nuestra actividad educativa. Pero con el agravante de que en la mayor parte de los países los encargados de difundirla, no se han preocupado sino de copiar los sistemas foráneos, sin tener en cuenta las condiciones especiales de nuestro ámbito pedagógico, que por supuesto tiene diferencias y propias con las de otros pueblos de donde estaban extractados los sistemas.

Las escuelas, los colegios, las universidades y los altos centros de formación profesional, se mueven al impulso de las corrientes renovadoras para darnos el halagador testimonio de la marcha ascendente de nuestra educación. En tiempo del gobierno leguista se pro-

mulga la Ley Orgánica de Enseñanza del año 1920: según sus orientaciones fundamentales ella debía ser nacionalista, o sea, que la educación en todos sus grados y formas debe encaminarse en un sentido donde por encima de cualquier otro interés primase el de la nación. Enseguida estatuyó la independencia administrativa y técnica de la educación, con respecto a la ingerencia de los poderes políticos extraños a su movimiento y estructura; preconizando con ello su liberación de las influencias nosivas autoritarias de los organismos estatales ajenos a su naturaleza. En tercer lugar, siguiendo la política de otros gobiernos anteriores, hizo hincapié en la gratuidad y obligatoriedad de la instrucción primaria. En cuarto lugar, estableció la regionalización de la enseñanza, de acuerdo a las necesidades y condiciones de cada una de las regiones del país. En quinto lugar, recalcó en la necesidad de la profesionalización del magisterio como carrera pública. En sexto lugar, garantizó la subsistencia y el aumento de las rentas dedicadas a la instrucción, para que no estuvieran adheridas a las contingencias y al raquitismo de las que hasta entonces habían solventado su funcionamiento anormal. Y por último, se ratificó en la vigencia de la autonomía universitaria, aunque después el mismo Leguía se lamentara de esta decisión, a causa de los disturbios universitarios que se promovieron durante el oncenio. A este gobierno también se debe la intromisión de la técnica pedagógica de los EE. UU., nación de la que se solicitaron maestros, métodos y procedimientos educativos que se implantaron en nuestras instituciones de enseñanza y que rindieron escasos resultados prácticos a más de fomentar una burocracia que costó fuertes desembolsos al tesoro público. Estas iniciativas fueron más quiméricas que reales; se quedaron en la letra sin pasar a la práctica sino en muy nimia proporción. Los jardines de la infancia se oficializaron por primera vez: la educación de anormales igualmente fue establecida en secciones especiales de los institutos pedagógicos de la Capital. En fin, decreticiamente se aprobó el proyecto presentado por la comisión nombrada al efecto y de esa suerte, la Ley Orgánica del año 20 fue una magnífica intentona de reorganización pedagógica, que en el papel nos ponía en la altura de los países más adelantados del mundo en ese entonces, pero que en la práctica no pasó de ser un bello programa irrealizado e irrealizable. Se acometió la creación de escuelas rurales, granjas escuelas, escuelas ambulantes al estilo mejicano e internados para indígenas: todo esto se cumplió —como ya hemos dicho— en una proporción mínima, puesto que por otra parte su realización exigía grandes inversiones económicas excesivas para nuestras posibilidades.

La instrucción es una obligación del Estado, pero cuando éste se halla en condiciones de ampararla como es debido es la nación, la iniciativa y el esforzado apoyo material, intelectual y moral a la sociedad, de las instituciones y de los individuos los que tienen la palabra. Es cierto que con la licencia dada a instituciones particulares desde mucho antes, se subsanó en cierta forma este problema; pero no se tuvo en cuenta la reglamentación impecable que era su funcionamiento, por mucho que en principio estos colegios iban sometidos a los dictados de la organización y administración nacionales de la Ley. En nuestro país superabundan los centros de patrimonio particular que en su mayor parte se encuentran en el seno de instituciones religiosas. El libre funcionamiento de éstos es el caso en todas las naciones; pero es el caso que no es bastante suficiente para someterlos a las determinaciones reglamentarias pedagógicas pertinentes para que lo hagan, sino sobre todo es necesario marcarles ciertas condiciones que favorezcan la nacionalización de la enseñanza. Por ejemplo, debían existir disposiciones que establezcan el requisito de nacionalidad peruana para sus directores y docentes, y si es imposible pedir esto, propugnar por lo menos que el magisterio sea nacional con el fin de que en primer término, los educandos reciban una instrucción nacida del seno de sus maestros connacionales, y en segundo lugar, para evitar que mientras en los colegios particulares faltan maestros nacionales, los maestros nacionales estén deambulando en busca de cualquier trabajo debido a las exigencias de su desocupación. Una institución extranjera no ha de tener el mismo entusiasmo por cultivar en la juventud el espíritu patriótico que una institución nacional, por mucho que ello se desdiga a cada momento con las raras y las argucias. Esto es patente y algo que menoscaba el prestigio de la educación. A esto hay que agregar que muchas de estas instituciones, como hasta actualmente ocurre, jerarquizan a los alumnos de acuerdo a la condición social de su familia y como esa condición es la consecuencia de su situación económica sobresaliente, esta jerarquización tiene un sentido plutocrático que es odioso al resto de la población estudiantil que no cuenta con este privilegio. Así se desvirtúa los alcances de la democracia educativa, que en la ley y en las ideas la defendemos a brazo partido aunque en la práctica sea todo lo contrario.

Estas consideraciones tienen su excepción en aquellos colegios, si bien pertenecen a instituciones religiosas, tienen eso sí el carácter nacional docente compuesto por maestros nacionales; y en lo que respecta al caso particular del Cuzco, con la obra de la congregación Salesiana de varones, que desde hace cincuenta años va realizando

una labor de meritisima importancia educacional en este Departamento.

La escuela y el colegio forman el espíritu de la juventud y lo hacen en mayor escala en nuestra patria, por cuanto que la acción educadora de gran parte de los padres de familia y de la sociedad dejan mucho que desear entre nosotros. Estas instituciones son las encargadas de orientar la vida de las nuevas generaciones y para cumplir su misión en este sentido, deben convertirse en los laboratorios donde los prejuicios de casta y clase, de diferencias personales entre individuos deben soterrarse, para que después salgan de esos centros de cultura hombres capaces para comprender que la única base efectiva de nuestro progreso, es la hermandad irrestricta de todos los peruanos. En muchos colegios particulares la instrucción es una cuestión de primordial condición económica, donde las grandes masas de nuestro capital estudiantil no pueden penetrar por la falta de sus recursos pecuniarios. La prevalencia de la aristocracia de la sangre y del dinero (más la del dinero que la de la sangre), subsiste en gran número de nuestros centros de enseñanza, dando lugar a que éstos sean las fuentes de nuestra desmembración social y cultural que harto daño hacen a nuestra unidad nacional.

Uno de los grandes problemas con los que tropezó nuestro país en lo referente a sus cuestiones educacionales, fue con la carencia del elemento magisterial: dígase lo que se quiera acerca de la importancia o no del educador en la educación, especialmente en estos últimos tiempos en los que las pedagogías de mayor notabilidad le discuten su posición de primera categoría en la labor formatrix; el maestro es el sustentáculo de la educación de un pueblo; sin su concurso es muy difícil que la sola iniciativa libre del alumno pueda alcanzar el objetivo de su formación acabada. Precisamente la carencia de un nutrido y calificado personal docente, fue el obstáculo para que la crisis educacional nos azotara en forma despiadada. Nuestros estadistas y particularmente aquellos que como Castilla o los Pardo y otros, tuvieron un concepto cabal del significado de nuestra instrucción, encaminaron sus diligencias y desvelos hacia la creación del magisterio. Leguía como sus antecesores no descuidó el deber de su formación y para este objeto, refrendando esa preocupación, instauró con reformas de una avanzada pedagogía, los institutos pedagógicos nacionales de varones y mujeres en Lima, de donde a la postre salieron las primeras generaciones de maestros no sólo primarios como hasta antes, sino secundarios con especializaciones en todos los ramos de la instrucción y en todas sus manifestaciones. No obstante resultó siempre un problema, por cuanto que estas escuelas

nicamente funcionaban en la capital, haciendo con ello difícil que trazasen la carrera magisterial, todos aquellos aspirantes a esta noble y esforzada carrera que estaban fuera del departamento de Lima y esa forma la preparación de nuestro organismo docente estaba sujeta a los alcances de las posibilidades económicas de los postulantes, y de ahí que en la generalidad de los casos los maestros caseaban y tenían que ser sustituidos por un personal improvisado que no siempre rindió buenos resultados; tanto más que los nombramientos dependían de la calidad de los padrinazgos políticos que los apoyaban. De esa suerte nuestras juventudes estuvieron en manos expertas de profesores que en muchas ocasiones eran personas que contaban con más capacidad que la del favoritismo convencional que los conducía a las aulas magisteriales como un medio de ganarse la vida y nada más. Ya después, con la creación de las secciones de las facultades de educación de las universidades se ha subsanado esta falencia; hasta que ahora podemos ya enorgullecernos de contar con nuevas y nutridas generaciones de docentes que egresando de las están realizando una obra monumental, aunque muy modesta y austera en la apariencia, pero en el fondo de verdadera campaña por nuestra recuperación educacional en todo el territorio. En Arequipa y Trujillo también se crearon unos institutos pedagógicos en el tiempo de Leguía, pero siempre adolecientes del mal de una preparación deficiente, por falta de maestros competentes y la escasez de medios económicos para su efectivo impulso evolutivo. Por esto, pues, la crisis de la falta de maestros fue un hecho lamentable, que torpeció —como ya hemos indicado— el adelanto de nuestro normal progreso pedagógico. Con todo, ya estamos en condiciones de haber puesto las bases originales de nuestra ascendencia educacional en este sentido.

Los maestros de la generación actual tienen una doble responsabilidad ante la historia en el Perú: son el fruto de un despertar consciente de nuestras legítimas aspiraciones de culturización nacional; son los hijos de la liquidación de una crisis colectiva, que nos afectó peligrosamente durante gran lapso de nuestra vida republicana; han nacido al calor de nuestras más premiosas necesidades de luchar contra la ignorancia y el analfabetismo que nos han agobiado por largo tiempo. De manera, pues, que ellos están en el caso de responder por el incremento saneado y sin trabas de nuestra instrucción popular y seguidamente por el deber que tienen ante la generación presente de otorgarle una línea de pensamiento y acción conforme a nuestra realidad. La realidad histórica de un país, por otra parte, no está desligada de la de las demás; por el contrario ella

es interdependiente de lo que sucede con sus semejantes. Vivimos una época ecuménica, en la que todos los pueblos de la tierra participan de comunes problemas grandiosos en su expresión y contenido; de ese modo nuestro destino está ligado a la de los otros estados y especialmente a los de la América Latina, con quienes nos fraterniza la historia de manera inmediata y solidaria. Nuestros maestros aquellos verdaderos servidores de la patria en sus intereses más sagrados, son los obreros heroicos de nuestras justas epopeyas y en quienes el futuro de nuestra humanidad deposita su más entera confianza para su superación. Felizmente para nosotros, van formándose hasta ahora con unos síntomas que favorecen las más optimistas perspectivas. Claro está que esa formación no es excenta de incertidumbres ni desaciertos y no podía ser de otra manera, ya que de esta faena recién nos estamos encargando después de atravesar un largo proceso de retardación e inactividad consumadas. Pero con todo, en lo que va de unos treinta años a esta parte, los esfuerzos desplegados a este fin no han sido estériles y por el contrario van dando señales inequívocas de sus beneficios a corto plazo.

En esta actividad las universidades han aportado sus virtudes sobresalientes. La actitud universitaria para con la cultura del pueblo, no sólo consiste en el laboreo de la impartición de los conocimientos y de las profesiones liberales de tradicional abolengo, sino en dotar a esa cultura de los protagonistas suficientes en la preparación educacional de nuestra población estudiantil de todos los sectores del Estado y la sociedad. La reforma universitaria del 4 de julio de 1919 tiene el mérito de haber dado la primera clarinada de alarma, de reivindicarnos de los vetustos ordenamientos del pasado. Ese movimiento fue capitaneado por una élite de jóvenes inquietos y bien intencionados, quienes al experimentar y observar los mecanismos directores de nuestros altos centros de estudios, sacaron la conclusión de liquidar con sus procedimientos y organizaciones. Fue su carta fundamental, la democratización de la enseñanza superior; la destrucción de los anómalos medios de colocar en la docencia a los catedráticos y al cuerpo directivo; sostener con energía sin reservas la autonomía real antes que formal de las universidades; el dar la más amplia libertad en las cátedras, sin los linderamientos enanizantes de la estrechez de las ideas y las verdades.

La guerra de 1914 llegó a su fin; sus consecuencias ideológicas y prácticas pronto habían de dejarse sentir en las más lejanas latitudes del planeta. La humanidad había recogido una amarga experiencia con su desarrollo y sus resultados; la crisis espiritual del hombre

ontemporáneo llegaba a su mayor algidez y entonces una nueva confrontación de éste con la vida, aparece con todos los caracteres de una concepción del mundo y una nueva comprensión de la vida. Nuestra juventud en sus esferas más destacadas se hace cargo del nuevo viraje de los acontecimientos y de las ideas. Piensa que nosotros hemos permanecido a la zaga de la evolución de la humanidad moderna, con los resabios del colonialismo académico y que nuestra estructura universitaria era el baluarte más consolidado de nuestro atraso retrógrado. Por eso es que esgrime la bandera de un movimiento reformista que la sitúe en condiciones de renovar nuestros viejos sistemas de enseñanza y aprendizaje, desterrando las normas caducas y torcidas de la provisión de cátedras que estaban a la altura de los intereses circularios o de élite social y nunca en masa de una justa designación en orden a los méritos de eficiencia.

La reforma universitaria de 1918 en la ciudad de Córdoba (Argentina) tuvo una repercusión continental, que influyó en todos los posteriores movimientos de esta clase. Sus principios fundamentales — la defensa de la autodeterminación de los pueblos; por la lucha contra el imperialismo y la tendencia por encaminar una campaña por la unidad de los pueblos latinoamericanos, fueron después, las bases del programa del partido Aprista peruano. Ese movimiento imbuía sus ideas a los intentos innovacionistas que desde entonces multiplican en todos los países del sector continental latino, que por pequeñas diferencias tuvieron el mismo estado de cosas anteriores. En 1909 todavía, los estudiantes de la Universidad del Cuzco, en el gallardo gesto de pronunciarse contra los desmanes académicos de la docencia tradicional. Hasta allí (con algunas enmendaduras), las cátedras eran provistas por nombramientos de autoridades ajenas a la institución o si esto no ocurría, por aquellas que dentro del claustro no representaban sus netos intereses pedagógicos y solamente en vista de las plataformas oportunistas y circunstanciales investían los favorecidos. De esta manera el magisterio universitario estaba compuesto, de señores copetudos conformados en un círculo cerrado y castal, que ante los estudiantes se comportaba como un amo prepotente ante el servil pupilo de quien tenía a menos el derecho de contestar su saludo. Los grados se optaban por el mero pago de los derechos correspondientes y sin pasar por las pruebas cominatorias de la competencia en los conocimientos. La alzada de la lucha contra todo este embrollo de corruptelas y anormalismos convierte en una seria advertencia para la posterior moralización la alta dignidad universitaria. Loor a esa generación precur-

sora de jóvenes inquietos que en América se adelantan a las grandes conmociones reformistas de nuestro continente.

La crisis polifórmica que sufre la humanidad después de la Guerra de 1914, tiene como una de sus consecuencias importantes el despertar la conciencia de las masas hacia sus legítimas aspiraciones de ubicarse en las líneas de la acción y la responsabilidad dentro del conglomerado compuesto por la sociedad y el Estado. Las ideas del materialismo socialista encarnan el pensamiento de las nuevas multitudes, especialmente de aquellas del proletariado, que trata de reivindicar sus posiciones esquiladas en el campo de la economía. Esas ideas emigran a nuestro suelo transportadas por intelectuales de inquietud revolucionaria y encuentran en la juventud de nuestras universidades ansiosa de reformas su mejor madriguera. De esa suerte, en tiempo de Leguía las insurgencias universitarias se producen en los diferentes altos centros de estudios del país, posteriores al movimiento reformista del año 1919 y denotan la acentuada tendencia revolucionaria marxista que profesan. La represión oficial no procedió con paños tibios, por lo mismo que Leguía convirtió su régimen en dictadura enérgica e intransigente. De este modo esos movimientos no prosperaron en sus aspiraciones prácticas, quedándose en los ideales y los bellos recuerdos. Prueba de ello es que la política combativa izquierdista universitaria muy poco cosechó de sus arduos esfuerzos. No obstante estaba puesto el indicio y sembrado el grano: el Estatuto Universitario de 1928 a pesar de centralizar la máxima autoridad de las universidades en el Consejo Nacional de Enseñanza Universitaria, órgano de la voluntad incondicional del Ejecutivo, concede al alumnado su intervención en el Consejo Universitario, lo cual ya era una manera de establecer el cogobierno, que ha sido y es uno de los fundamentales postulados del movimiento reformista de todos los países.

La revolución de Sánchez Cerro tuvo la aureola de una apoteosis de la libertad en sus primeros episodios y fue recibida por la opinión pública de la nación con verdadero fervor patriótico. Empero, pasados los momentos de la algarabía victoriosa, vinieron las horas negras de una nueva opresión, que en algunos aspectos superaron en su crueldad a las de Leguía en los procedimientos coactivos empleados contra la libertad.

La tiranía es un modo de ser de un régimen, cuando la voluntad soberana de un pueblo es sacrificada por las decisiones autárquicas de uno o un grupo de hombres que detentan el poder para ejercerlo a su capricho. Cuando esas decisiones autoritarias dañan la dig-

idad del pueblo, cuando los deberes y las responsabilidades de la dirección ejecutiva sólo inciden en los derechos del mando por el mando, entonces es que una tiranía se engolleta triunfante en una nación para sacrificar sus derechos naturales a la libertad, la justicia y el bienestar. Sin embargo, la tiranía no es un producto exclusivo de los que la ejercen; no son los tiranos una planta exótica que se presenta cuando en cuando se presentan para magullar la vida de los pueblos y reducirlos a la ignominiosa condición de la servidumbre y la anulación de todos sus principios constructivos; por el contrario ellos son hechura de los pueblos mismos; son la expresión simbólica de sus defectos y las anormalidades de sus ajustes interiores. Los pueblos tienen los gobiernos que se merecen: este es un refrán que es indiscutible en su significación. El tirano es el todos y cada uno de los integrantes de la familia nacional de un pueblo; no es extraño su basamento y su semillero; no es un oasis en su genitura ni en su desarrollo; es por el contrario el coeficiente de sus deméritos morales. El tirano se levanta de la baharada colectiva de su patria como el loto de en medio del cieno y se nutre y agiganta en la medida que su fuente matriz le apoya y le alimenta. Nosotros desde la independencia hemos sido un pueblo propicio para amamantar las tiranías, que efectivamente se han sucedido en nuestros gobiernos, si bien tomando en varios casos una actitud disfrazada y paliativa que se ha camuflado. Nadie más que nosotros los peruanos para sacar relucir la magra figura de un tirano a quien casi siempre hemos engendrado con nuestra desorganización política, con nuestro desconcierto social de completa heterogeneidad étnica, económica y cultural; en nuestras domésticas contiendas de intereses de casta, de círculo y personales egoísmos. Hemos sido una nación de conducta difícil, como algunos niños a quienes la pediatría los califica de anormales por su falta de proceder acorde con los principios de adaptación social. De tal manera que vistas las cosas desde este ángulo de observación, no tienen la postura alarmante que poseen para las consideraciones de un exaltado romanticismo político o sociológico. Ahora en; no toda tiranía es completamente infecunda: ello depende del modo de conducirse la persona o las personas que la encabezan, se con sus intenciones y obras muchas veces actúan en beneficio del presente y el porvenir de los pueblos. Rósas en la Argentina, Az en Méjico, Guzmán Blanco en Venezuela, Rafael Núñez en Colombia, etc. son sujetos que bien o mal han estructurado el destino político y económico de sus pueblos, dotándoles de los elementos cesarios para su desenvolvimiento en el futuro.

Sánchez Cerro, pues, con el arma de la Ley de Emergencia que le regala la mayoría del Congreso capitaneado por él, se enfrenta contra el aprismo que en ese entonces era la fuerza partidista de mayores energías por enrolar en sus filas al sector más significativo y abundante de nuestra población ciudadana. Con sus principios nucleares de su programa máximo, inquietó y cautivó a la mesocracia y muy particularmente a la juventud. Su Jefe Víctor Raúl Haya de La Torre, tenía el prestigio otorgado por un ponderable y sobregaliente prontuario de acción y pensamiento: la unidad política de América Latina; la lucha contra el imperialismo yanqui; la dinámica nacional de producción tendiente a la nacionalización de tierras e industrias; y el postulado cautivante de la solidaridad de todos los pueblos y de todas las clases oprimidas del mundo. Todo esto ejerció una labor sugestiva masista, que condujo a un respetable volumen de nuestra juventud hacia los terrenos de la más exaltada pasión política. Pasión que más tarde había de dañar los paramentos más sólidos de este partido, en el momento crucial en el que prácticamente estuvo encaramado en el poder, con la libertad y las posibilidades de encaminarnos por los canales que su programa nos había trazado de antemano. Sánchez Cerro sube a la Presidencia de la República ungido con los laureles de una honesta votación pública de la mayoría y no supo mantener su alcuernia cívica por falta de una política mejor orientada hacia el apaciguamiento de los menudos enconos que surgieron como consecuencia de los embates electorarios. Las pasiones colectivas son por lo general instantáneas oriflamas que el tiempo y la cordura las reduce a la serenidad. Nosotros (no sólo los peruanos sino los latinoamericanos), somos muy susceptibles y la susceptibilidad es uno de los filones más propicios para el pasionismo; pero ese pasionismo no es duradero, es por el contrario veleidoso y por tanto quebradizo y deleznable en su consistencia, ya que pasados sus primeros momentos de rotunda algidez vuelve a tornarse en la pasividad y el conformismo. La pasión nos hace programadores, proyectistas, soñadores y paranoicos: somos amantes de prometer mucho y de cumplir muy poco. Pletóricos de ideales gigantescos para conseguir nuestra añorada grandeza futura, tenemos una raquílica envergadura moral para hacerlos encarnar en el hemisferio de las realizaciones. Y allí están para demostrarlo en uno sólo de los aspectos de nuestra preocupación estadual lo ocurrido con nuestra política educativa.

Si recorremos nuestra historia de la educación, vemos que los gobiernos nos han puesto ante los ojos, unos magníficos programas de dirección, disposición y acción, pero que en el campo operandi han pasado de su triste condición programista. Con la política de operación y de reincorporación del indio a la vida nacional ha sucedido lo mismo y a lo sumo ella ha servido tan solamente de trámite arribista, para aquellos amañados merodeadores en torno a oportunos de última hora, que sobre el sarcasmo de esa poca farzante han llegado a la coronación de sus aspiraciones venales. Los gobiernos y la política que manejan en lo interior son el doblamiento de nuestra fisonomía moral colectiva: Ellos como otros tienen las mismas debilidades, los mismos postemas que de o temprano en una u otra forma se manifiestan en la vida.

El despotismo leguista mutiló las energías latentes y manifiestas de la virilidad ciudadana de nuestro pueblo: Sánchez Cerro una luz fátua, que por un instante se encendió en nuestros horizontes políticos, alumbrando gallardamente las expectativas de nuestras libertades cívicas, para luego enfrascarnos en un turbulento régimen de truculentas opresiones; sin embargo su gobierno tiene el mérito de habernos puesto en las rutas de una nueva columbración de nuestras aspiraciones, que una vez puestas en juego es difícil extinguirlas. La libertad es el fundamento de la existencia humana: a ella no se puede sepultar con los hechos ni las palabras y tanto más si nace después de un largo colapso en el que ha desaparecido, como sucedió con nosotros durante el oncenio. Cuanto más se capuja su manifestación espontánea, tanto más se acumulan las fuerzas expansivas potenciales que la impulsan en el momento oportuno. Claro es que existe una diferencia entre la libertad y el abuso que se hace de ella con el libertinaje, que es la postración de la libertad: muchas veces los hombres y los pueblos no saben lo que es ella en su esencia y confunden con su degeneración. La libertad implica la vigencia de las normas racionales, de los principios, de las leyes, que hacen de la conducta en cualquiera de sus manifestaciones, una totalidad de actividades que en ningún sentido debe oponerse con la racionalidad de la conducta ajena, sea ésta de un individuo o de una colectividad. El hombre es un ser consciente por excelencia en la naturaleza y esa consciencia tiene que desenvolver sus iniciativas mentales o volitivas, de tal modo que las acciones no repercutan en el equilibrio de la armonía que tiene que existir entre él y los demás. Si no existe esa armonía es que la libertad humana ha zafado.

de los principios que la rigen, para ingresar en el dominio nebuloso del libertinaje. Y cuando la libertad no es materia de su reconocimiento esencial, es cuando se convierte en el imperio del libertinaje. La vida del individuo dentro del concierto estatal, es la que precisamente se urge del pleno arraigo de una libertad bien normada, a fin de que así, su conducta con todos los mandatos de su albedrío no dañe en lo más mínimo los intereses del Estado. El Estado mantiene en el derecho la soberanía del respeto a las leyes, a las normas éticas, a los intereses políticos y económicos que detenta en favor de la nación y cuando esa soberanía es mellada en provecho del desorden, el caos y del desmantelamiento de sus normas fundamentales, entonces tiene también el mismo derecho de sofrenar y evitar la producción de esas anormalidades.

La libertad requiere de una consciencia que se haga cargo de ella y lo que Hegel afirma al respecto, manifestando que la consciencia de la libertad es lo que caracteriza la evolución de los pueblos en la historia es hasta cierto punto una verdad inconcusa. La Guerra antepasada es la que avivó esa consciencia entre los individuos, las colectividades sociales y los estados. Nosotros los peruanos teníamos que apropiarnos de ella con mayor vehemencia que en otras oportunidades. De ahí que desde 1919 la capa social más sensible a todo influjo renovador que es la juventud, tuvo que desplegar el pendón de esa libertad, para ponerla a las órdenes de las primeras y más acariciadas reivindicaciones de ese entonces, cuales eran las transformaciones de los viejos sistemas educativos existentes en las universidades que muy poco habían adelantado de su pasada condición colonial. La aspiración de la juventud es hacer de los altos centros de estudios la prolongación de la cultura popular; hacer de éstos los crisoles donde se depuren las malas atmósferas que denigran el progreso colectivo. Hacer que se conviertan en los cenáculos donde la democracia de la enseñanza superior muestre sus frutos y su valor, abriendo las compuertas a todo aquel que busque las circunstancias favorables para su cultura y profesionalización. Esos movimientos están timoneados por dos grupos de ideas: las marxistas de los comunistas y las apristas de los pertenecientes al Partido del Pueblo. De tal manera que la oposición misma estaba fragmentada en dos fuerzas que al luchar entre sí aumentaban su debilidad ante el gobierno. La clausura de la Universidad de San Marcos obedeció a la crisis que la política partidista provocó en su seno, que fue uno de los últimos actos represivos y censurables de mayor calaña que realizó el régimen del General Sánchez Cerro.

La política del General Benavides tiene en su haber la reapertura de San Marcos, la Ley de amnistia, la organización del escalafón magisterial, la de la asociación mutualista magisterial, la creación de la Sección Psicopedagógica en la Capital y finalmente la promulgación del Estatuto Universitario; son las obras que indican los alcances de su política en pro de la educación nacional. Con la creación del Ministerio de Educación Pública como cartera independiente de los otros ministerios, evidentemente que da un empuje de decisiva importancia al ramo de la instrucción. El aumento de los salarios para el personal de maestros primarios y secundarios; el aumento del presupuesto de este ministerio no sólo para atender dicho aumento sino para incrementar la multiplicación de escuelas y colegios en la República, es también otro índice de lo que esta política representa para el avance de nuestra cultura. El espíritu del estatuto se halla inspirado en los principios del nacionalismo progresista, toda vez que las universidades son consideradas en su alta personalidad institucional de ser los centros donde se elabora la cultura nacional en sus más vastos alcances de investigación y difusión de la misma. Con la experiencia de los años truculentos de la gestión varchescerrista, prohíbe terminantemente el que las universidades se entrometan en la política militante, haciendo extensiva esta prohibición al suprimir el entroncamiento del alumnado en la marcha administrativa y directiva de ellas. Benavides sugiere la necesidad de oponerse en el campo de la educación, a la tendencia hacia el profesionalismo con acertado criterio de sustituirlo por la tecnificación de las grandes masas trabajadoras. Sobran los profesionales y tan los técnicos y obreros capacitados para explotar nuestras riquezas naturales, es lo que manifiesta con plausible concepto de lo que más necesitamos.

Los centros de elevados y profundos estudios han existido en todo tiempo y lugar, obedeciendo a una necesidad fundamental de los pueblos desarrollados, porque en ellos se acoge y se resguarda el grupo de los valores culturales que han adquirido a través de su evolución histórica. El estudio de los conocimientos y la investigación de los problemas suscitados por ellos frente al universo, la naturaleza y la sociedad, han estado siempre en sus manos. A más de eso, la formación de los hombres y los estamentos profesionales caracterizados para abordar estas cuestiones y constituirlos en una élite directiva de sus conglomerados sociales, han estado también en su poder. De esta manera, las instituciones de superior cultura se convierten en los núcleos defensores de las formas más depuradas

de la cultura, así como en los semilleros de donde brotan los incentivos de su mayor superación. De su seno egresan las jóvenes generaciones con posibilidades y disposiciones que las acondicionan para pensar y actuar convenientemente ante la realidad vivida y sentida.

La organización funcional de la universidad muestra en principio un doble aspecto: por un lado está su actitud docente y por otro, la del aprendizaje que es el constituido por el alumnado. El primero, propicia una —en principio— idónea enseñanza, junto con la búsqueda de los medios que más aclimaten el logro de esta finalidad, el segundo, requiere la preparación de la juventud en las esferas materiales y formales de la vida, con el objeto de cobrarla adecuadamente en el presente y el futuro donde su obra tiene grande responsabilidad orientadora y creadora a la vez. La renovación es el nervio medular de la existencia; merced a ella es que se altura constantemente, desplazando lo inservible y por tanto lo dañino y atrayendo lo necesario y fructífero. Esos aspectos sólo tienen una diferenciación exterior, porque interiormente son idénticos en su naturaleza y sus finalidades. Son interactivos y complementarios uno del otro y bajo ningún aspecto pueden ser independientes entre sí. Son dos series de cometidos, de acciones intencionadas que equipotencialmente confluyen en un objetivo común. Ese objetivo consiste nada menos que en la realización de una tarea institucional que haga factible una acción universitaria que sea provechosa para el individuo, la sociedad, el Estado y la humanidad. Ya ha pasado la época en que a las universidades se las consideraba como a entidades prosaicas que están por encima de las vicisitudes inmediatas de la vida; sino que por el contrario se halla en íntimo contacto con ellas para efectuar la multiplicación de sus fuerzas propulsoras que deben anularlas. Por eso su acción es teórica y práctica, es material e ideal; funciona en las esferas del pensamiento y también lo hace en el campo de los hechos. Su imperativo categórico es el de encauzar los ideales más convenientes a la orientación de lo actual y formar el espíritu de las nuevas generaciones para que hagan factible su cumplimiento en el futuro de la realidad palpitante de la vida. Educadores y educandos se confunden en un solo abrazo ante ese imperativo, renunciando a intereses subalternos que los debilitan separándolos o torciendo el norte de su derrotero rectilíneo, conduciéndolos por malos caminos que desorientan su auténtico porvenir.

El pensamiento y la acción de la misión universitaria conforman la estructura creadora de estas instituciones, que como toda configuración de orden vital tienen su espíritu, ese mismo con que les

tan la época, el medio y los hombres en los que se encuentran. Ahora bien; el espíritu universitario tiende a la realización de una realidad, tiende a orientarse hacia un cometido determinado por sus ideales. Esos ideales en nuestra época son pues, ecuménicos, persiguen la lucha contra la injusticia, contra la opresión de la justa libertad, contra la miseria, el dolor y la explotación del hombre por hombre. Las universidades guardan, fomentan e impulsan la cultura de los pueblos y aquí se encuentra la expresión más rotunda de sentido histórico. Simbolizan el grado de cultura alcanzado por uno de éstos, porque la reflejan de modo alturado y exquisito por eso es que el mérito o demérito de los valores culturales a los que el retardo o la aceleración de la dinámica impelente de su progreso o retraso, están dentro de su inmediata y directa responsabilidad. Entonces es cuando la Universidad representa un campo de reglas espirituales que estructuran la organización y la creación de los valores que enaltecen la personalidad social de los grupos humanos en cuyo regazo actúan. Ella es el baluarte en donde se defiende y conserva sus mejores patrimonios tradicionales e históricos y al mismo tiempo es la promesa de una ruta para el porvenir. Vive presente en la actualidad como función trascendental del pasado, que avanza impetuosamente hacia lo futuro. Vive en un presente constante y recreado, del cual depende en última instancia el destino que le corresponde como a una unidad vital y espiritual que es en la actualidad. La Universidad es la responsable de la buena o mala actuación de los ideales nacionales y sociales con relación a la realidad histórica en que se mueve; descansa sobre sus hombros la calidad de vida de las nuevas generaciones que salen de sus claustros para desempeñar vigorosamente en la marcha ascendente de la vida social. De ahí que el balance de los valores de su comportamiento está supeditado a la comprobación indestructible de los hechos. En el tiempo estos sujetos a una comparación apreciativa de sus cualidades y entonces es cuando se colocan en los altibajos que sus valores les acuerdan, porque siempre todo sigue en la vida un sendero de ascensión continua, el pasado cede el campo de primacía al presente y al futuro, no haber logrado mayores méritos contra lo inmediato o lo porvenir.

Hasta 1919 nuestras universidades hacen descansar su estructura funcional y su misión pedagógica, sobre fundamentos medioevales donde los prejuicios de rango social y posición económica predominan sobre cualquier otra consideración de orden estrictamente educativo. Fueron focos de un exclusivismo minoritario que estaban al

servicio de intereses restringidos, en los que la aptitud, la vocación y las justas aspiraciones de una juventud salida del seno de las mayorías no tenían cabida. En cambio con los postulados planteados por el movimiento en referencia, se convierten en los aposentos de la culturización profesional de la juventud toda, que buscando en sus recintos una mayor y mejor preparación para la vida, encuentran el medio de perfeccionar su máximo desarrollo educativo. Desde aquí, por mucho que ese movimiento reformista haya sido calificado de trunco y tradicional, las universidades peruanas reciben una nueva dosis de fuerza actuante e influenciadora en la sociedad y el Estado. Entonces es que también comienzan a servir los intereses comunes alentando las aspiraciones y los ideales constructivos de la nación para los fines de conquistar una configuración de vida superior.

Siendo las pautas de una verdadera democracia educacional, las universidades adelantadas de hoy se van transformando en "ciudades universitarias" que no condicionan únicamente la existencia de inmensos locales que acogen en su seno a grandes masas de alumnado junto con sus catedráticos; sino que ellas tratan de abarcar el cultivo tecnificado de todas las profesiones y ocupaciones, de todas las ciencias, letras y artes propios del conocimiento humano, desde las más elevadas y distinguidas hasta las más rudimentarias y manuales. En este concepto es que la vida universitaria se convierte en una totalidad diferenciada en sus actividades y armoniosa en su finalidad, en donde por igual, se preparan para la acción y el pensamiento desde el teólogo hasta el arquitecto, desde el jurisconsulto hasta el perito en artes domésticas, tal como sucede por ejemplo, en muchas universidades norteamericanas.

De esa suerte la actividad de estos centros superiores se halla íntimamente vinculada con el ritmo de la vida y el orto de los ideales vigentes de la colectividad social y del **consensus** de las naciones. Recoge las tendencias y las necesidades urgentes de los pueblos: es el emporio de donde surgen tramos de conducta bien dirigidos y que por lo mismo son los más adoptables por las mayorías en su afán de solucionar sus problemas y encontrar trayectorias de un desarrollo mejor. La universidad propiamente democrática que es la que preconiza la nueva educación, es del pueblo y para el pueblo, porque las nuevas generaciones que forjan el destino de su capacitación y superación salen de las entrañas de ese pueblo.

Por otra parte, en todo tiempo, dentro de estas instituciones se han creado problemas con mayor o menor intensidad, los mismos que han tenido diversos matices en sus propósitos y en su forma, de

cuerdo a su naturaleza circunstanciada por el tiempo y el espacio, or las condiciones singulares en las que se han presentado dentro e una determinada entidad social o nacional. Es así como están los roblemas de carácter político, que bien podemos subdividirlos en roblemas de política internacional y nacional. Los primeros se pre-ntan cuando las universidades encabezan la política exterior de su atria, frente a las determinaciones de los otros pueblos sobre ella. n ejemplo de éstos tenemos en las universidades alemanas de me-ados del siglo pasado, que promovieron y secundaron el movimien-de unidad nacional en aquel país, convirtiéndose en los principa-s organismos que fraguaron los ideales de constituirlo en una na-ón soberana e independiente que dejase de ser el juguete de las andes potencias europeas de ese tiempo. Respecto a los movimien-s universitarios que saltan de problemas de política interna, tene-s constancias en todo tiempo y lugar y especialmente en nues-a época. Este fenómeno aparece como consecuencia de la intromi-n del Estado en el organismo universitario y de la universidad los asuntos del Estado. El objeto de la intervención de éste en las iversidades, es el de restringir su autonomía intelectual, económi-u organizativa. Al querer escasillar el Estado el impetuoso pensar, tir y obrar de la juventud, dentro de normas disciplinarias que de el punto de vista político son convenientes al normal despla-niento de la política interna, no siempre encuentra en el elemen-estudiantil y muchas veces docente, una favorable acogida y es ndo precisamente se provocan disturbios entre las universidades os poderes del Estado. Muchas veces, por otro lado, las normas tadas por el Estado (sea por fuerza o de gana) se coordinan con sentimientos y los ideales de la juventud universitaria, como en aso de los regimenes educacionales nacistas, fascistas, falangistas olcheviques. Empero este hecho no siempre se presenta, sobre to-en las democracias donde la misma libertad de acción y de ideas e respaldada por un régimen de amplia tolerancia y es cuando movimientos universitarios penetran en un estado de franca o la lucha contra determinados regimenes políticos.

Después, las conmociones universitarias brotan como el coro-o de la desaveniencia entre el cuerpo docente y los estudiantes, isamente porque entre estos falta la existencia de un lazo de n firme de armonía en sus relaciones mútuas. En este caso la res-abilidad de estas anomalías siempre recae en los maestros antes en los alumnos; pues, sostengo: no hay malos alumnos sino malos itros, que por ser tales, no responden a las justas exigencias de

la juventud que viene a estos centros haciendo muchas veces grandes sacrificios en demanda de una idónea enseñanza, que a más de otorgar una eficiente preparación profesional, deben ser los templos de una sólida preparación para la vida en el más amplio sentido de la palabra. El maestro y sobre todo el encargado de la docencia universitaria, es algo más que un mero informador del contenido y los avances de la ciencia a sus discípulos; es algo más que un guiador escueto de su aprendizaje, porque es el alentador de una vida en proceso constante de renovación alturada; el gestor activo de firmes y enérgicas convicciones vivas y libremente adquiridas y consolidadas en las capas profundas de una conciencia plena, todas ellas orientadas hacia la superación de la existencia individual, social, nacional y humana. En su prestancia espiritual radica la garantía de que sepa discernir la diferencia existente entre lo instrumentalmente útil y lo trascendentalmente necesario.

Por esto es que la universidad tiene que estar en permanente estado de actividad revolucionaria, puesto que la vida misma es una revolución constante, en que lo inferior tiene que desvirtuarse ante el advenimiento de lo superior que la renueva para hacerla creadora. Sin embargo, esa revolución para ser fecunda, constructiva y realmente valedera, necesita del profundo conocimiento y experiencia de la realidad material, psicológica y social del círculo histórico y cultural en el que se verifica. Requiere de la más amplia constatación del origen de los problemas individuales, institucionales y sociales, para que sus amagos innovacionistas no adolezcan de desacertados, apasionados, convencionales o extemporáneos. Esa revolución necesita por otra parte, de la transformación de la juventud en sus iniciativas, sus perspectivas y su espíritu, es decir, de una total y creadora transformación continuada, para no ser meramente literaria o supérflua en sus acciones y petrificarse en los papeles y los programas tan sólo, sino que se interiorice en el alma misma de la juventud, ya que una transformación de esta clase es la única que puede exigir e impartir la vigencia de nuevas rutas de conducta, que al realizarse imponen al rodar de la vida un nuevo acompasamiento de progreso y grandeza en lo material y moral a los hombres.

El gobierno del General Benavides ha tenido actuación meritoria en el aspecto educacional, que no se le puede desconocer sino a condición de hacerle una zancadilla de juicio. Y no podía ser de otro modo, toda vez que la conciencia nacional despertó hacia una mancomún aspiración de cultura pedagógica, en vista de la positiva influencia que en este sentido ejercieron sobre nosotros otros países no

blo europeos —que ello ya es descontado— sino americanos: la Argentina, Chile, Uruguay, Méjico, son pueblos que se conducen en marcha acelerada en la superación de sus seniles sistemas educativos, reduciendo al mínimo posible el porcentaje de su analfabetismo y dando a su instrucción un carácter práctico y de verdadera democracia a su dinámica funcional. De tal manera que nuestra política no podía rezagarse en el completo atraso y total desentendimiento frente a ese proceso que cada vez se infiltraba con mayor insistencia en nuestra área nacional.

Al gobierno de Benavides le sigue el de Manuel Prado, que cual fuere el mérito o demérito de su exaltación presidencial, lo cierto es que su gestión directiva tiene valores positivos en nuestra organización republicana. Le toca el comando supremo del Estado en momentos difíciles y bastante problemáticos. La última gran guerra se halla en sus comienzos y sus finales decisiones aún no son vislumbradas con claridad cuando empieza a dirigirnos. Los ejércitos alemanes se pasean triunfantes por el centro de Europa; el frente aliado sufre irremediables y sorprendentes derrotas en ese momento en Polonia, Francia, Dinamarca y Noruega. La Batalla del Atlántico fluctúa en favor de los teutones; Inglaterra es sometida a los estragos de la *luftwaffe*; Rusia se alía con los germanos, etc. De suerte que los motivos del gobierno pradista son de una tremenda incertidumbre internacional; sin embargo el Pacto de Defensa Continental de Río de Janeiro ya había comprometido a nuestro país a colaborar con los EE. UU., lo cual nos ponía en abierta oposición contra la política hitleriana. Después las cosas del conflicto mundial se van despejando: el debilitamiento alemán se hace sentir con la ruptura con la Unión Soviética y la apertura del gran frente oriental de batalla; en seguida la guerra submarina desplegada por Hitler va disminuyendo en su acción destructiva de las comunicaciones marítimas intercontinentales entre los aliados; la invasión de Francia por las fuerzas aliadas, con otros acontecimientos que ladean la balanza de la victoria en favor del frente antigermano, terminando el trágico y grandioso drama con la derrota del Eje. En este período, pues, le tocó gobernar al presidente Prado, quien con una visión de político sagaz otorgó una tolerancia encomiable a su política, dando carta franca de libertad a los partidos de izquierda. La política es así, sobre todo aquella que se desarrolla en sectores nacionales secundarios; tiene que estar a las decisiones triunfantes de las grandes potencias en cuyo ámbito geopolítico se encuentra. La democracia americana estrecha sus vínculos de amistad con los soviets, que fueron la nación que fundamen-

talmente habían contribuido a la victoria aliada sobre su formidable enemigo, y esa democracia repercute en el clima de armonía y sociogeo que se advierte en nuestros horizontes de la política interior.

Fuera de la reapertura del Instituto Pedagógico de Varones, el Ministro de Educación D. Pedro M. Oliveira crea la Dirección de Educación Normal, organismo encargado de la administración, dirección y organización del magisterio primario y secundario. La creación de las escuelas normales rurales y normales urbanas, que si bien ya funcionaron en anteriores regímenes, no tuvieron el impulso que se les dió en el gobierno de Prado. La Campaña de Alfabetización para Adultos, la creación de la Dirección Artística y Extensión Cultural; la reforma de los planes y programas de enseñanza, etc. todo ello es obra de este gobierno. No obstante, como lo que ha sucedido siempre, la mayor parte de estas reformas contenidas en la Ley Orgánica de Educación quedaron sin efecto, constituyendo un paréntesis el considerable número de escuelas y colegios fundados, con el aumento del presupuesto del pliego de educación, que de S/. 18.602.171.00 asignados en 1939, llega en 1944 a S/. 42.599.969.91. Se crean más de 2.000 escuelas primarias; el número de maestros se eleva a más de 12,000, y el empréstito que se hizo por la cantidad de S/. 20.000.000.00 estaba destinado a la construcción de locales escolares de todos los tipos y grados con facilidades muy cómodas para cancelar su pago. Como se sabe la mencionada Ley ha sido derogada en atención a que con cada ministro o presidente en el Perú, cambia radicalmente la organización de la política educacional del país.

La truncada gestión presidencial del Dr. Bustamante y Rivero tiene la característica de haber esgrimido el principio de la "Juridicidad Transitoria" en nuestro régimen político; es decir, atendida a la vigencia de las normas legales impuestas por el derecho; pero con sentido transitorio, puesto que esta política iba a servir de nexo entre los antiguos regímenes de tonalidad absolutista y conservadora, con los venideros de avanzada liberal de acuerdo con la evolución del Estado en la hora presente dentro del nuevo concepto de la democracia. La persona del Presidente tenía en su haber intelectual y moral, en su calidad profesional de ponderado jurisperito, las dotes más idóneas para ejercer en principio, muy eficientemente este régimen. Sin pertenecer a banderías partidistas de ningún género, se propuso representar un gobierno de coalición en el que todos los grupos políticos participasen en las disposiciones y la orientación de nuestra política. Con este objeto declaró la libertad de imprenta, de reunión y de palabra a la ciudadanía, como uno de sus principales

privilegios jurídicos nacionales. Ese ambiente creado por el Ejecutivo, en vez de sanear al país apartándolo de la opresión y del mandato de los círculos afortunados y prepotentes, lo llevó más bien al caos. Muy pronto sobrevino la ambición desmesurada de un partido que en la práctica acaparó con la función directiva en la creencia de que en primer lugar, constituía la fuerza más poderosa que lo había llevado al poder al Presidente; y en segundo lugar, porque basado en ese concepto se creyó el frente único que era capacitado para dirigir el gobierno en ese entonces. Ante esta actitud insólita y absorbente, los partidos de oposición de toda talla amparados en las normas de la tolerancia y la libertad vigentes, comenzaron a entablar ardiente lucha contra él. Y así asistimos a una apasionada rencilla de partidos que obstaculizaron el correcto y fructífero desenvolvimiento de esta política. No es del caso analizar aquí los pormenores de este régimen; pero es la circunstancia de mostrar sus grandes defectos los mismos que dieron con su fracaso.

La libertad implantada en un clima impropicio para su proliferación a tenido como consecuencia el encono combativo de los diferentes partidos formados en nuestro horizonte político-social. Nuestra herencia del siglo pasado se pronunció con caracteres alarmantes al respecto: siempre acostumbrados a una política sectaria de partidos o de facciones, de grupos dominantes ambiciosos y mayorías siempre descontentas con el proceder de esos círculos; no podíamos pasar en debida forma de un ambiente de tolerancia y libertad, sin haber entuertos en nuestro régimen interno. Estábamos educados en el desorden, en la primacía de los caprichos corroborados por el derecho de la fuerza: hubo un momento en que al militarismo gubernamental lo descalificamos por improcedente y dominador y cuando las fuerzas adversas levantan a un régimen opuesto a éste (el civilismo), comenzamos a combatirlo los unos en razón de que es muy liberal y los otros en la de que es conservador y ultramontano como sucedió con el gobierno de Manuel Pardo. Lo mismo pasó con don José Balta, que después de haber purgado los ministerios pletóricos e una burocracia inútil y sobrecargada, después de haber reglamentado la contabilidad administrativa; de habernos dado una política económica de grandes proyecciones con los empréstitos empleados en una política ferrocarrilera que ya después dejó sentir su importancia, fue finalmente asesinado.

Hemos sido y seguimos siendo un pueblo de descontentadizos a última hora no sabemos lo que queremos y si lo sabemos es cuando eso que hemos querido nos lo han dado. Hemos tenido una pési-

ma cultura política que hasta ahora la ostentamos como una tara hereditaria. El régimen bustamantista, lleno de un idealismo quijotesco en la fe de la juridicidad, produce su propia quiebra al haber sido avasallado por un aprismo incontrolado carente de una dirección adecuada a sus circunstancias por cierto hartó favorables, lo cual es sensible. Sensible para con aquellos de sus partidarios sinceros y honestos, que habían abrazado esta doctrina con verdadera unión patriótica y no para muchos de ellos que sólo se apretujaron en sus filas llevados por un camaleonismo oportunista y venal.

En su tiempo se crea el Departamento de Educación Rural que es un organismo entendido en todos los aspectos de la educación indígena. La educación de la infancia; la instrucción primaria y secundaria, lo mismo que la técnica y superior, reciben un nuevo empuje saludable de adelanto por el apoyo que les presta el erario. La creación de las asociaciones estudiantiles en los colegios secundarios, para los efectos de plantear las cuestiones concernientes a la administración y marcha pedagógica de estos planteles de acuerdo a la iniciativa de los alumnos. Finalmente en su período es que se formula y se otorga el Estatuto Universitario de 1946 actualmente derogado.

En este Estatuto se establece el cogobierno del estudiantado con ciertas restricciones, pero que de todos modos significa una conquista tantas veces añorada desde los tiempos de la iniciación del movimiento reformista universitario americano en Córdoba en 1918. La experiencia antes que cualquiera opinión o concepto madurado nos muestra a las claras, lo que se hizo con el tan mentado cogobierno. Las universidades se convirtieron en los campos de agramante donde los estudiantes divididos en grupos antagónicos, se pelearon en una lucha enconada llena de pasiones muchas veces mezquinas y personalistas, para ganar los puestos directrices a fin de impartir desde ellos una política reñida con el decoro de estas instituciones. No se usó, sino que se abusó del cogobierno, porque sus objetivos fueron desvirtuados en aras de conveniencias de partido o de secta: se desentendió de las legítimas aspiraciones y de los auténticos derechos pedagógicos del estudiantado. Muchas veces se formularon tachas al personal docente de nuestras universidades, no con causales dignas de su justicia, sino con miras de satisfacer venganzas y odios que estaban fuera de las normas de la eficiencia y el cumplimiento del deber. Esta política era movida desde fuera de los claustros por personas directamente interesadas en los disturbios de estos planteles para el logro de sus personales o asociados intereses particulares. Ahí están para mostrarlo la serie de contratiempos que por este con-

pto sufrieron todas y cada una de las universidades nacionales del país en este tiempo. No es, pues, el capricho ni la incompreensión más el resentimiento, lo que nos hace manifestar lo que decimos; es la experiencia de los hechos y nada más. Yo soy partidario del gobierno: es mi convicción nacida desde cuando fui estudiante y e entonces comprendí la necesidad de la intervención del alumno en las cuestiones administrativas y pedagógicas de la universidad. Yo con toda entereza que estos centros son hechos para servir a la juventud que se educa en su seno y por tanto, toda su estructura organizacional debe estar enderezada hacia la mejor disposición de este fin. Los maestros y dirigentes son elementos creados como consecuencia de que la universidad es para sus estudiantes en el sentido de velar su mejor preparación profesional, su mejor capacitación para integrar la sociedad y el Estado; para forjar una ética personal y colectiva que la ponga a la altura de su posterior responsabilidad social y histórica; para lograr una conciencia plena del significado de la juventud en los destinos presentes y futuros de la patria y la humanidad. Por eso es que yo defiendo el cogobierno, o sea, la participación de la juventud en los procesos administrativos y pedagógicos de su funcionamiento. La universidad no puede estar desahuciada o a soslayo de los intereses estudiantiles sin desnaturalizar su significado formativo fundamental. Ella tiene que encausarse dentro del marco de las necesidades y aspiraciones de una juventud sana y vigorosa, lo moral, fuerte en lo intelectual y fecunda en la práctica de la vida colectiva. Sólo así ella cumple con su misión culturizadora en los planos de lo económico, lo psicológico y lo espiritual.

Preparar para la vida es dotar al estudiante de los medios con los cuales ha de ganarse honradamente el sustento y servir de fuente creadora de riqueza en el orden económico. Ampliar sus conocimientos con una preparación conveniente y necesaria, es acondicionarlo psicológicamente para que sea un miembro capaz de comprender y crear si es posible esto último, los valores y bienes de la cultura; y dotarle de una moral elevada, y filantrópica con un concepto de un sentimiento llenos de lo que significa el deber del individuo consigo mismo y para con los demás, es infiltrarse en el campo del espíritu del que tanto necesitan los hombres y las naciones en la época actual. El estudiante tiene derechos bien reconocidos en principio, frente a su actuación y estadía en las universidades: ellos consisten en merecer una instrucción sólida de parte de sus maestros, que de la manera cómo se haya llevado a efecto su instrucción y donde lo que ha de ser en su preparación profesional; tiene derecho

a que sus guíadores se conduzcan siguiendo una línea de moralidad vertical para que su vida y su obra sean vivos ejemplos que imitar por parte de ellos. Tiene derecho a conocer el proceso de la administración interna de su alta Casa de Estudios, porque esa administración en ningún momento puede realizarse sin estar premunida del conocimiento público.

Pero para que todo eso se verifique es necesario también que el estudiante ocupe el sitio de responsabilidad que le toca desempeñar: no sólo es cuestión de llenar los formulismos de un ingreso y una matrícula, lo que hacen de un joven un estudiante, es sobre todo la ética, las normas de conducta que tienen que ponerse en juego para que de conformidad a ellas éste sea un estudiante en el sentido pleno del término. El respeto, la consideración a los maestros y discípulos, la convicción permanente de que se halla en un ciclo preparatorio donde el tiempo es oro y donde el sacrificio y el esfuerzo son los fundamentos de toda evolución; donde el constante crecimiento de un criterio apreciativo de nuestros valores nacionales y sociales, hagan del estudiante una garantía para el conocimiento y la resolución de nuestros grandes y pequeños problemas nacionales, es cuando recién hacen de un joven un estudiante. De lo contrario sólo tendremos multiplicación de individuos llenos de pasiones subsidiarias, de apetitos subalternos, sin compromisos serios con su audaz ética e intelectual, que con la cabeza vacía, la voluntad retardada o anulada y los sentimientos asfixiados por pasiones turbias, estén llenando nuestras universidades sin hacer una faena de verdadero valor para ellos ni para la colectividad y menos para el Estado.

Ya es hora de que los hombres de hoy no debemos esperar todo de fuera, especialmente en lo que concierne a nuestra formación pedagógica, a nuestra educación espiritual; porque eso nos sustrae de la responsabilidad que como tales tenemos ante la vida. Ella no es un campo teatral donde unos son los actores y otros los espectadores. La educación no es un toro, el maestro un torero y el educando el público que sólo se concreta con saborear de buen o mal talante la calidad del espectáculo que se le brinda: por el contrario, en los horizontes infinitamente desmesurados de la existencia, sólo se encuentran dos extremos donde se hallan los binomios de una sola dinámica realizadora: por una parte la vida y por otra el hombre que está dentro de ella, con un sentido de orientación constantemente renovador, evolucionista, con el objeto de que esa renovación ascendente llegue a constituirlo cada vez en mayor y mejor situación intrínseca. La mera expectativa pasiente que implora el favor de su

enso de manos extrañas, sin dar por parte suya nada que lo impulse a realizarse, es una actitud estúpida, cobarde y atolondrada de hombres ante el mundo y ante los demás. El hombre no es una ralla de acero ante el cual el arquitecto hace sus decorados; es el contrario un dinamismo consciente de sus actos y del valor de vida, que si bien en los comienzos necesita de la mano guiadora a su formación educativa, en los períodos posteriores de su existencia en que ya tiene conciencia de su personalidad, ya no es el esbozo de esa guía, toda vez que en última instancia lo que aquí significa es la iniciativa autoformativa, sin la cual cualquiera intencionalidad estará de antemano condenada a arar en el vacío. El individuo con su proceder autoeducativo facilita y agiganta cualquier proceso de instrucción o educación. Por tanto en el caso del alumno es cuestión de pedir y recibir tan solamente, sino de darse a la educación en todas sus formas, para así subsanar las fallas que muchas veces se presentan entre los encargados de verificarla e impartirla.

El cogobierno bien entendido, es la cooperación comprensiva entre maestros y educandos dentro de un mismo propósito, cual es hacer de la universidad un elevado servicio intelectual, material y espiritual para bien de las nuevas generaciones y por tanto para el bien de la sociedad y de los pueblos. Estamos en la era de la ciencia, luego debemos imprimir a nuestra educación una tendencia práctica; estamos en la época de un exuberante intelectualismo, luego debemos hacer que la instrucción en todos sus grados y manifestaciones sea la más cabal y adecuada posible; estamos en el estado de los grandes problemas que atingen a la humanidad, luego debemos alturar nuestra educación espiritual, hasta que haga capaces para comprender esos problemas en la esencia de sus orígenes y de sus consecuencias para que así podamos proceder a su enjuiciamiento.

En el régimen actual del General Odría la educación ha alcanzado una notable transformación positiva, sobre todo en lo que respecta al apoyo económico que se le presta concierne. Ello ha permitido que se desenvuelva dentro de un plan integral de mejoramiento y que comprenda la construcción de nuevos locales, la multiplicación de planteles y sobre todo la apreciación merecida y justa del esfuerzo de la docencia primaria y secundaria, que en este concepto ha representado una apreciable suma de aumento en el pago de sus haberes. Las estadísticas nos demuestran el incremento económico que el Estado ha otorgado en constantes aumentos del presupuesto al ramo de educación en el país. En 1949 el Ministerio de Educación cuenta con

un presupuesto de S/. 175.500.000.00; en 1951 se aumentó a S/. 268.523.500.03; en 1953 la cifra anterior asciende a S/. 344.990.767.72; en 1954 bajó a S/. 323.020.517; en 1955 es de S/. 466.050.919.28; y en el presente año el presupuesto del ramo de educación cuenta con S/. 559.929.407.55. Este aumento es debido por otra parte al aumento de Presupuesto General de la República que por ejemplo en 1949 ascendía solamente a S/. 1.150.000.000.00 y en 1955 es de S/. 3.358.738.000.00 lo que arroja una diferencia de S/. 2.108.738.000.00.

La gestión gubernamental del actual Presidente de la República General Manuel A. Odria en el ramo de Educación, se manifiesta en las siguientes obras que abonan en pro de la educación nacional. El problema de la escasez y deficiencia de locales escolares en todo el país ha sido afrontado con éxito, mediante la creación del Fondo de Educación Nacional, por Decreto Ley N° 10907 de 3 de diciembre de 1948. Con estos fondos se han llevado a cabo la construcción de los siguientes locales escolares: 26 edificios para Grandes Unidades Escolares, 2 para colegios militares, 5 para escuelas normales, 6 para colegios nacionales (más 2 que se han iniciado recién este año en los departamentos de Moquegua y Ayacucho) y 3 para institutos industriales. Hasta 1948 funcionaban en todo el territorio 91 jardines de la infancia, a la fecha existen en número de 150, lo que demuestra un aumento de 69 jardines de la infancia durante este gobierno. En el mismo año de 1948 funcionaban 9.396 escuelas primarias comunes y en 1955 se hallan en servicio 10.241 escuelas, lo que denota un alza de 645. Hasta 1948 funcionaban las llamadas escuelas tecnificadas (hoy escuelas pre-vocacionales) en número de 31; actualmente trabajan 129, lo que demuestra un aumento de 98 de estos centros. En 1948 existían 473 escuelas primarias particulares en la República; en la actualidad existen 882. En resumen a este respecto, en el año de 1948 funcionaban en total 10.512 escuelas primarias en todo el país y actualmente se hallan en vigencia de servicios 12,238 escuelas entre oficiales, particulares y fiscalizadas. Lo mismo podríamos afirmar del aumento de la población escolar, que en 1948 era de 834.753 alumnos y en 1955 fueron matriculados 1.318.000. Con los fondos producidos por la Ley N° 11833, se han construido 30 locales para escuelas primarias, están por concluirse 13 y se han iniciado el año pasado 14.

En cuanto al incremento de la Educación Rural, el gobierno ha conseguido la colaboración de la Secpane (Servicio Cooperativo Peruano Norteamericano de Educación), con el objeto de llevar la educación a nuestra población indígena. En 1948 existían solamente 16 núcleos escolares campesinos y actualmente funcionan 43 de es-

as instituciones. Durante el gobierno de Odría, por primera vez se a creado con plausible actitud para el adelanto de nuestra población selvática, las llamadas escuelas bilingües de la selva, funcionando en la actualidad en número de 32, con el agregado que en este ño se han creado los centros de capacitación para maestros selvícolas.

El plan de educación nacional de Odría frente a los problemas concernientes a la educación secundaria, tiene en su haber: primero, la concesión de la gratuidad de la educación secundaria para los hijos de los maestros en servicio; segundo, la dación en 1950 del Reglamento de Educación Secundaria, para el mejor funcionamiento no sólo de la administración, sino en lo que se refiere a la técnica didáctica para el mejor resultado de la enseñanza. También los centros de educación secundaria técnica se han aumentado durante su gobierno: pues, en 1948 existían 105 planteles y en 1955 son 117. En la actualidad existen 20 escuelas especiales (centros de experimentación pedagógica), contándose entre ellas 3 institutos para invidentes. Como una culminación exitosa de la obra que se realiza en el ramo de educación, tenemos los sucesivos y progresivos aumentos de haberes de los maestros tanto primarios cuanto secundarios de acuerdo sus méritos de titulación y años de servicios. Es de hacer hincapié en el último considerable aumento que se ha hecho a los maestros primarios, quienes recién perciben unos sueldos que más o menos son acordes con el alza actual del costo de vida y la responsabilidad que les compete a su delicada función patriótica.

Aparte de esto debemos anotar que el actual gobierno propende al funcionamiento de otros centros de culturización: como el Conservatorio Nacional de Música, la Escuela Nacional de Bellas Artes que funciona en la Capital, junto con las escuelas regionales de música y bellas artes que lo hacen en diversas capitales de departamentos, lo cual implica la creciente preocupación de los poderes del Estado por el incremento de estas ramas de nuestra cultura. Merece especial mención la creación del Ballet Peruano Mac Kinon que tiene por objeto la divulgación del ballet clásico y su amoldamiento a las expresiones genuinamente nacionales. Estas y otras creaciones en el estilo, tienen la virtud de cultivar nuestras artes nativas, nuestro rico y frondoso folklore que recién con ello va recibiendo los impulsos necesarios para su futuro e importante desarrollo. También ha recibido la ayuda consiguiente y necesaria por parte del Estado la Compañía Nacional de Comedias, la Escuela Nacional de Arte Escénico y la creación del curso de Teatro Escolar para Maestros duran-

te el ciclo vacacional. Por Resolución Suprema también ha sido reconocida y reorganizada la Asociación de Artistas y Conjuntos Folklóricos del Perú, juntamente que la Escuela de Música y Danzas Folklóricas.

Estas obras van demostrando el constante incremento otorgado a los distintos aspectos de nuestra culturización educacional, que en breve plazo nos han de colocar entre los pueblos de notable adelanto en este sentido en el continente. Con el fin de llenar funciones técnicas y administrativas, con relación a nuestro patrimonio arqueológico que es tan vasto en nuestro país y considerando la necesidad de la vigilancia continua de nuestros tesoros arqueológicos para preservarlos de la acción del tiempo, se ha creado por Decreto Supremo correspondiente, la Dirección de Arqueología e Historia, que todavía deja mucho que desear, puesto que sus funciones no están respaldadas por un adecuado apoyo económico; todo ello significa que ya estamos en alerta de velar por este nuestro patrimonio con el cual nuestra patria tiene repercusión de importancia mundial en el día. El aumento del turismo es la directa consecuencia de estas gestiones y por tanto un apreciable ganancial económico que por este concepto percibimos para el tesoro nacional.

Se ve, pues, que en estos últimos años vamos marchando hacia un camino de verdadero aunque dificultoso progreso en todos los órdenes de nuestra educación, lo cual es de reconocer por más de notarse siempre algunas falencias que con el tiempo sabremos enmendar.

El sentido creador de la educación peruana tiene que plasmarse en la solución de nuestros fundamentales problemas, que por desgracia siguen en pie desde hace siglos, afectando con toda su negativa gravedad el normal desarrollo de nuestra vida nacional. Los hombres, las colectividades sociales y las naciones están todos sumidos en las aguas turbulentas de una problemática grandiosa, que en la hora presente tiene proporciones materiales e ideales de cuantioso significado negativo para la humanidad contemporánea. El progreso objetivo y palpable, el ascenso de la civilización actual de quien tanto se alardea, el creciente dominio del hombre sobre la naturaleza que llega hasta lo fantástico, no han podido descoyuntar la osamenta de esa problemática. Testimonio de ello es que por encima de las extraordinarias conquistas de los hombres en los surcos de la historia, éstos se encuentran frente a la colosal vigencia de esos problemas. Hay necesidad de conocerlos y comprenderlos en todas sus dimensiones materiales y psicológicas; hay que convencerse que ellos

la raíz y la simiente de nuestras dificultades, hasta llegar a la ciencia viva de que proceden de la manera cómo se plantean las acciones humanas.

La tarea de la educación consiste precisamente en despejar problemas, puesto que la vida en principio es un constante proceso de creación educativa. Es decir, de acción renovadora y reconstruente que hace posible su marcha de encumbramiento espiritual es la que le corresponde en el universo. De nosotros los hombres surgen las instituciones, la autoridad que rige los destinos sociales, nacionales, la sociedad, el Estado, los usos y las costumbres; surge la familia y el individuo y por tanto cualquiera de sus desajustes, falencias y anacronismos portan el sello de nuestra directa responsabilidad. El mundo constituido por nuestro alrededor humano es producto de nosotros mismos. Aquí no cabe ninguna alternativa que rasgladara pudiera nuestra incumbencia y sin embargo siempre somos amantes de hacerla recaer en los otros antes que en nosotros mismos. Es que nos conceptuamos en permanente estado de actitud pasiva del drama que se desarrolla en nuestro contorno y nosotros actores de quienes depende su estructura y funcionamiento. En sus resultados por lo general es más incorrecto que correcto. Los individuos en una organización colectiva que como grupo familiar y como nación, gesta y amamanta en su regazo el reinado de la tiranía por medio de la ignorancia, de la injusticia, de la esclavitud, de la desigualdad y el egoísmo, que son las causas del malestar de los hombres, en la vida. Luego hace falta que la educación entre nosotros, emprenda una esforzada campaña hasta el sacrificio si es necesario, por luchar contra estas plagas que desmantelan y aniquilan su bienestar.

La campaña contra la ignorancia debe ceñirse a la divulgación de la cultura por todos los medios a su alcance, para que ella sea tratada especialmente del seno de nuestras grandes masas de obreros y trabajadores manuales, entre quienes se ha arraigado una peligrosa firmeza. Un pueblo de ignorantes, un pueblo donde la cultura se ha reducido a obrar en pequeña escala de ingerencia en unos sectores que no representan los intereses de la mayoría, no es una entidad nacional que de antemano se halla desarmada para conseguir sus primordiales finalidades de progreso. Si la experiencia nos demuestra que los esfuerzos hasta ahora realizados no han dado lugar a la expectativa codiciada en este sentido, tócanos hacer una campaña una obra de más eficiente realismo, cueste lo que cueste; y en esa obra no sólo ha de estar empeñado el Estado, sino

también la nación que somos todos los peruanos. El esfuerzo estatal por muy grande y bien intencionado que sea, no podrá lograr mayores frutos patéticos si es que no ha de contar con nuestro concurso individual, institucional y colectivo como ha sucedido hasta ahora. Los mejicanos en cuyo país se han hecho las mejores intenciones por robustecer hasta el máximo la acción educativa, con inversiones económicas y demás esfuerzos de grande catadura, todavía aún se quejan de no haber llegado al adelanto esperado. No es cuestión de sólo esperar el apoyo presupuestario del Estado, ni de hacer creaciones institucionales educativas, en donde la formación de las nuevas generaciones cuente con variadas y numerosas dependencias de instrucción, sino sobre todo de que esa formación a más de avituallarse con todos los implementos materiales y técnicos, esté respaldada por una eficiente y certera labor que garantice la bondad positiva y práctica de esa formación. El magisterio y el alumnado, las instituciones y sus dirigentes tienen que avocarse una tarea mancomún de hacer de esa formación, algo que rinda sus frutos en el terreno de la praxis, de acuerdo a nuestras necesidades urgentes e inmediatas, a nuestras posibilidades económicas y técnicas y a nuestras aspiraciones que salgan de nuestra palpable realidad. Más vale un huevo hoy día que una gallina mañana dice un refrán chino, y esto debemos ponerlo en práctica en nuestra educación; porque lo que hasta ahora se hace es pensar en la gallina, es decir, en un ideal de grandezas que no se verifica porque nos falta un sentido más práctico de las cosas, Pensemos en el hoy antes que en el mañana y de la manera cómo estructuraremos a aquél dependerán sus efectos en lo porvenir.

El comunismo en nuestro país y hablo de una doctrina de cepa peruana que en todo momento debe estar conforme con los problemas de nuestra realidad socio-económica y no de ningún orden político-social importado, que sistemáticamente esclaviza la libertad humana con métodos tartáricos tradicionales; ese comunismo —digo— tiene la virtud de haber sembrado en nuestras masas populares su conciencia clasista y por tanto su responsabilidad histórica como factor primordial en el proceso de la producción económica. No obstante, le falta la misión de sustentar su responsabilidad dentro del trabajo. Nuestro obrerismo en su mayoría todavía vive en medio de una ganga ideológica que le hace consentir en el derecho a la consecución de todas sus prerrogativas, sin saber que está nace como consecuencia de grandes obligaciones que sólo los deberes cumplidos en el trabajo pueden sostenerlo en debida forma. Nuestras

trabajadoras se hallan en ciernes a este respecto y de ahí pro- su inoperancia en grandes sectores de nuestra patria.

Requerimos de la industrialización y la tecnificación de nues- país, puesto que hasta ahora sólo nos contamos como una nación economía agropecuaria en rudimentario estado de adelanto, que stá acorde con nuestras ingentes riquezas potenciales agrarias naturales, con la existencia de extensísimas regiones de cultivo y otación de recursos que dormitan en la selva, ni tampoco con ras riquezas latentes que existen en vastas regiones de nuestro sin entrar en el proceso de una industrialización calificada y na- lista. El doctor Manuel Vicente Villarán en 1900 ya llamó seria- e la atención del país acerca de la necesidad de compulsar la cción técnica, quitándole la importancia al academismo profe- l inconvenientemente superabundante en nuestro medio. Lo o más tarde en 1915 el doctor Javier Prado coincide en cierta ra con esta opinión y preconiza la urgencia de afrontar nues- uestiones pedagógicas a base de una observación directa de la lad nacional de carácter económico.

Culturizar a nuestras masas de niños, jóvenes y adultos; ha- aptas para desempeñarse en los procesos del trabajo material istrial en directa relación de las condiciones ambientales y las idades y posibilidades individuales y colectivas; levantar a la indígena de su marasmo consuetudinario y hereditario, propo- ole una educación inmediatamente adecuada a su medio de vi- a las expectativas benéficas de su rendimiento productivo y a ecífica superación cultural, es lo que nos hace falta. Emilio eim ha sostenido que el hombre no es tal mientras no vive en ad; que ella es la que por medio de la educación acondiciona ividuo en su seno depurándolo de todos sus elementos antiso-

La educación está llamada a hacer del hombre un miembro te de la colectividad a la que pertenece, sin admitir enojosos gos de raza, ideología, de partidos políticos o de creencias es- s. Sólo así la comunidad es un "todo" en que sus componen- rticipan por igual de sus necesidades, sus problemas, su reali- sus expectativas. La sociedad peruana es dispareja: tiene sedi- s que se diferencian marcadamente unos de otros y entre es- conformado por la raza aborígen es el más voluminoso. No os hablar de progreso y bienestar con propiedad, mientras el iga siendo el paria de nuestro consorcio nacional, aherrojado en de su vida primitiva, desamparado de todo estado de supera- 'ese a los repetidos afanes de la labor educativa para readap-

tarlo, sigue siendo la carne de cañón en los reclutamientos militares, el posadero más asiduo de las cárceles públicas y el liberto con más trazas de siervo que de tal de los gamonales y gamonalillos de toda calaña. Situaciones en las que más gana en favor de su desmedro que en el de su recuperación auténtica.

No se trata de que la educación indígena (sobre todo en la actualidad) carezca de métodos y procedimientos técnicos avanzados, sino de que ella sólo actúa periféricamente en su género íntimo de vida. Este se encuentra circunscrito en las redes de una férrea tradición de ignorancia y atraso: el individuo, la familia, la comunidad indígenas, sólo le proporcionan al educando autóctono los estímulos negativos de una rebajada y relajada depresión cultural y dentro de estas condiciones de gran influencia, el niño indígena sale de su hogar y penetra en la escuela, donde aprende mal o bien a leer, escribir y manejar una matemática elemental, junto con la adquisición de algunas nociones (por lo general extrañas a su idiosincrasia y por ende a sus primordiales intereses), de ciencias y artes que se hallan en la programática de la instrucción primaria respectiva que le obliga el aprendizaje de estos menesteres. En esa forma, sabe nociones —sin comprenderlas y asimilarlas vivencialmente las más de las veces— de higiene, historia, geografía, de técnica moderna agrícola y pecuaria y otras artes y oficios manuales. Luego vuelve a su hogar que está inscripto dentro de la gruesa caparazón de un núcleo social de viejas e invulnerables tradiciones y costumbres atrasadas, donde encuentra el mismo estilo de vida que es matriz y categórico para él y que le acompaña desde su nacimiento por el resto del curso de su existencia, trasmitiéndose del mismo modo de generación en generación. Entonces, las novedades de su aprendizaje se esfuman u obran muy poco renovadoramente ante la dura realidad de su experiencia vital de todos los días, que es la que tutelarmente encamina su conducta. Luego la escuela, tan sólo de manera razante actúa en la transformación radical de su vida; de lo demás lo que vale y permanece, obra y apuntala es el conjunto de estímulos provenientes de su derredor tradicional con el que está familiarizado por su experiencia directa. Por estas razones la educación ha hecho muy poco en provecho de una verdadera y más extensa labor de culturización indígena. Claro es que esta regla tiene su excepción, pero esas excepciones no destruyen sino más bien confirman lo que estamos sosteniendo y debido a ello es que hasta el presente tenemos sobre las espaldas de nuestro progreso cultural integral, a la gran masa

ampesinos que todavía son un obstáculo para nuestro rumbo evolutivo.

Lo mismo ocurre con pocas diferencias específicas, con otras inferiores que en la escuela se intruyen y educan: digamos ejemplo, con la perteneciente a nuestra clase popular. Los niños van a la escuela, pero sus enseñanzas están muy lejos de haberse impresionado en las capas profundas de su conciencia (hablo de la realidad y no de los casos esporádicos y circunstanciales), ella es sumergida dentro de los cánones tradicionales donde viven sus hábitos. De aquí resulta que al abandonar los centros de su aprendizaje esos niños olvidan por lo menos gran parte de la instrucción y formación recibidas durante el horario de trabajo pedagógico y se entregan de lleno en la órbita de sus usos y costumbres con la que están en íntimo contacto. Observar a nuestros escolares en su comportamiento en las calles, cuando salen de la escuela, es para darse cuenta de la veracidad de nuestra afirmación. No es cuestión de estilos formadores tan solamente, es cosa de realizar una labor educativa de más amplios y profundos alcances; cuestión de que haya posibilidad de cambiar el hogar y la sociedad pertenecientes a estos niños, de lo contrario la ingerencia negativa de la familia y la comunidad en ellos, superará siempre al esfuerzo de los maestros y las acciones educacionales en nuestro país. La concepción materialista de la sociedad y la historia plantea al respecto, que la conducta y situación de los hombres frente a sus semejantes dependen directamente de su condición económica. Aplicando este postulado tenemos que el estado de pobreza suma en que se halla el indio y el campesino con él una buena parte de la clase popular, es una de las causas fundamentales que origina el problema de la inoperancia efectiva de la educación en estas capas de nuestra colectividad. Por eso en la educación le incumbe afrontar el problema económico, como ya se ha hecho en varios países que es obvio mentarlos, toda vez que en el mundo las cuentas, de la resolución de este problema depende la de los que a este respecto tiene la educación.

La educación técnica con sus escuelas de artes y oficios, los institutos técnicos, las granjas agrícolas, las escuelas agropecuarias y coloniales, los institutos industriales, para ambos sexos, que felizmente van incrementándose en el país, es lo que representa una campaña positiva contra la ignorancia y la miseria en nuestra patria. La educación, el infortunio reinantes en grandes porciones de la población y los escarnios de toda sociedad y todo pueblo adelantados; deben en consecuencia, ser combatidos con todas nuestras fuerzas y

decisiones. Posibilitar al indio con los medios de lograr la satisfacción de sus propias necesidades y las de la colectividad; hacerlo miembro de una refinada producción eficiente para el Estado, dotándole de una educación fecunda con sus máximos deberes de libertarlo del ostracismo de la miseria y el abandono, amparándolo con una legislación que le asegure el ejercicio de su libre voluntad y las circunstancias favorables que deben ser creadas para la manifestación de sus iniciativas en su propio provecho, es una cuestión sine quanon para el mejor destino de nuestro pueblo.

Esto significa que la campaña contra la injusticia debe ser otro de los objetivos de la educación; campaña contra una injusticia que permite el menoscabo de la actual situación de nuestras mayorías y especialmente de la autóctona, en la que posea las leyes específicas y las instituciones legales que vigilan la cautelación de los derechos indígenas, no han llegado aún a que la justicia se desenvuelva de tal manera que esta masa de población esté a cubierto de la injusticia. Hablo de la realidad y no de las ideas y las doctrinas que siempre la desmienten. El egoísmo de las clases superiores a éstas del bajo pueblo, tanto individual cuanto colectivamente, impide la obra fecundizante de la justicia. Ellas siempre piensan de acuerdo a sus intereses y descuidan los ajenos. Pero también es cierto que a nuestras mayorías les falta mucho para constituirse en capas productivas y por tanto en ser miembros que coadyuben en la campaña contra la miseria y la injusticia. La riqueza nacional depende del concurso sin limitaciones de todos los que obran en su incremento; no se trata de echar la culpa a uno o a otro de los sectores de nuestra población: se trata de que la obra educativa nos conduzca a todos hacia una tarea cada vez más laboriosa y cada vez más eficiente en la producción de nuestras riquezas.

En nuestras actuales condiciones difícil es que hablemos de una justicia social en la que los factores de la producción y los agentes del consumo puedan establecerla en toda su plenitud. La propiedad privada, la propiedad pública, sean puestas en juego para producir lo suficiente y cubrir nuestras necesidades individuales, sociales y estatales y que ese beneficio recién sea referido tanto a los dueños cuanto a los participantes de esa riqueza adquirida. Romper los puentes establecidos por nuestro egoísmo que nos aparta a los unos de los otros por prejuicios étnicos, sociales, económicos e intelectuales mal entendidos, es lo que tiene que hacer la educación si quiere consumir su verdadero sentido pedagógico. Los hombres somos iguales en esencia aunque diferentes en lo accidental: lo accidental que radi-

te en nuestro cometido, en nuestras ocupaciones, en nuestra responsabilidad, en nuestras disposiciones; ya que merced a ellas la sociedad y la nación pueden satisfacer todas sus necesidades. Y lo esencial que esté en nuestra unidad, unidad real, fehaciente y activa en sus propósitos y sus realizaciones. Que nuestra democracia no sea meramente verbal y demagógica sino práctica y rotunda, para conseguir eso que soñamos, añoramos y deseamos todos los peruanos de todo pensamiento. Aquellos que no tenemos miedo a la verdad y al contrario tratamos de implantarla así sea contra nuestros intereses, tenemos que mantener esta afirmación.

Ahora bien; para cumplir esos propósitos nuestra instrucción primaria tiene que verse obligada a desenvolverse de manera que proporcione a la abrumadora mayoría de nuestra población estudiantil, de los medios que ella requiere para lograr su cultura intelectual imprescindible y siempre teniendo en cuenta las condiciones sociales que le rodean exteriormente y haciendo que la educación prometa sus convicciones íntimas, abriéndose campo en el camino de sus intereses que han de estar de acuerdo con sus necesidades y posibilidades. Hemos visto que desde hace mucho tiempo la política educacional de varios gobernantes se ha propuesto regionalizar la educación: como programa y proyecto de acción ese propósito es de capital importancia para nuestra pedagogía; pero por desgracia no se ha quedado en los papeles y las ideas y nunca en los hechos. Merece decir que estamos lo suficientemente informados de la necesidad de regionalizar, descentralizar a nuestra educación; sin embargo lo que nos falta es su cumplimiento, su realización, obra que tiene que ser el producto de nuestro esfuerzo conjunto y decidido. Es necesario que la educación no esté en manos de un régimen concéntrico que la haga girar en torno a un centralismo perjudicial que en todo contribuye a obstaculizar esa regionalización. Los centros de enseñanza y los maestros siguen dependiendo del absorbentismo totalitario del Ministerio de Educación, al que tienen que recurrir de todas partes de la República para sus gestiones más insignificantes, contentados a quedar bien hasta con la voluntad de sus porteros. Grima contemplar a esas nutridas aglomeraciones de maestros que pulen en torno a las dependencias de este Ministerio, porque sólo en forma una parte de ellos consiguen aquello que piden en largos tiempos de gestiones inútiles ante el personal del mismo.

La secundaria debe volver por sus fueros, dejando de plagiar métodos y normas pedagógicos extranjeros, que sobre todo en estos últimos años causan más daños que beneficios en la instrucción. Las

pruebas objetivas por ejemplo, que se fundan en la exactitud y objetividad de las respuestas para la comprobación del aprendizaje, no son aplicables a todas las disciplinas así estén agrupadas en diferenciaciones de evocación, reconocimiento y de elaboración; porque si bien pueden usarse como los tests de donde se han desprendido, para comprobar la calidad de las respuestas, en algunas ramas de las materias científicas, no tienen la misma capacidad comprobatoria en otras materias que como en las de letras vg. en las que las respuestas no pueden tener ese carácter de precisión y laconismo escuetos como en las ciencias. Pues, las letras necesitan de una conceptualización y argumentación más amplias, una elaboración mental en la que entran en juego todas las disposiciones intelectuales del individuo. Por otra parte, la secundaria no debe olvidarse de su condición orientadora profesional que debe poseer en todo momento, para así lograr que los alumnos egresados de ella, puedan servirse de sus enseñanzas y experiencias para su posterior desenvolvimiento ocupacional dentro de sus diversas actividades. Contra la multitud de asignaturas que se enseñan en este ciclo y por consiguiente contra su falta de profundización especializada, se han levantado severas críticas desde mucho antes, en razón de que el egresado secundario es un océano de conocimientos con una pulgada de profundidad, que a la hora de aplicarlos para los menesteres de la lucha por la vida no sirven para nada.

La secundaria por otro lado es también una antesala para la instrucción superior de las universidades, los liceos y demás institutos profesionales; de tal manera que no debe descuidarse de ser una continuación enlazada con dichos estudios y en tal virtud no debe proponer lagunas, distancias entre un sistema de enseñanza inferior con otros de más vastos alcances. Lo que sucede actualmente es que la secundaria con sus programas vigentes es una madriguera de la empleocracia burocrática, porque lo que otorga a los educandos es en la mayor parte de los casos, un conjunto múltiple, variado y muchas veces innecesarios conocimientos sobre muchas esferas del saber, que como decimos, no tienen útil aplicación práctica y entonces el egresado tiene que verse obligado por las circunstancias a buscar su porvenir en el taburete de un empleo cualquiera, así no sea de su vocación y sus predisposiciones. Somos una nación burocrática de alto nivel profusivo: el empleismo en los puestos del Estado o en los de particulares, cuenta con un ejército siempre acrecentado de aspirantes, a causa de que la instrucción secundaria es memorística, verbalista, teorizante y erudita. De su seno salen cada año miles y

de jóvenes de todos los colegios de la nación, sin los aliños de competente preparación práctica, pero sí con el prosaísmo iluso de seguir profesiones liberales de moda o en su defecto, de buscar los de cómodo trabajo. El presupuesto del erario tiene que soportar la carga cada vez más aumentada de los burócratas de favor, los de influencia; por eso cualesquiera dependencias creadas o por se, se convierten en agencias de comisiones, donde un nutrido número de empleados son los primeros beneficiarios de la hacienda pública, antes que la función a que están llamados a desempeñar de provecho en provecho del Estado. La concentración mayúscula de la burocracia se encuentra en la capital, debido al sistema de concentración privilegiada y absorbente de nuestros regímenes, que succiona la colonia hasta nuestros días continuando succionando las energías del gran resto del país en perjuicio de nuestro integral progreso comunitario. Al rededor de cien mil empleados viven en Lima a costa del presupuesto de la nación, ocupando plazas que muchas veces responden a una necesidad improrrogable de utilidad en su función: burocracia ésta de manos muertas que nada significa en el campo de la producción y las funciones renditivas, pero que sí representa un peso nulo y por tanto perjudicial al esfuerzo de nuestras actividades operantes. La mayoría de nuestra mesocracia está formando un cuerpo gigantesco de empleados o empleomaníacos que viven ni para ellos mismos y menos para labrar la ventura de la ciudad y el Estado.

Todo ello es el producto de la mala orientación de nuestra instrucción secundaria, que por más de que en teoría es nacionalista, democrática, con inmediata aplicación práctica de acuerdo a nuestras condiciones regionales, étnicas y económicas, que es democrática en su forma y contenido social, en realidad no cumple con estos fines idealmente se propone. Las constantes reformas de la legislación educativa del país, siempre han tenido como pautas la realimentación, intensificación y la preponderancia de estos fundamentos; sin embargo no podemos preciarnos de haber llegado siquiera a una satisfactoria verificación de estos principios, por razones tanto pertinentes a la acción del Estado en este sentido, cuanto a la falta de valoración que éste debe recibir de parte de la nación para cumplir tal objetivo. Ahora mismo podemos constatar en otro aspecto, si por un lado hemos de contar con un majestuoso y costoso edificio en la capital para el local del Ministerio de Educación, por parte tenemos que ser testigos presenciales de lamentable esta-

do de muchas de nuestras escuelas y colegios en los que la enseñanza se verifica en recintos anticuados y hasta en los zaguanes desmantelados de una puerta de calle, como tuvimos la oportunidad de constatar no hace mucho en la ciudad de Calca (capital de una importante provincia del Departamento del Cuzco) o también ver a los escolares sentados sobre adobes en equilibrio constante, tal como comprobamos en la parcialidad de Sangarará (comprensión de la Provincia de Acomayo). Y como estos casos hay muchos que demuestran una vez más, que harto nos falta para colocar a nuestra educación en los altos planos de importancia que le corresponden en la dinámica creadora del Estado.

La instrucción secundaria tiene que afrontar el grave problema del profesionalismo que día a día nos amenaza seriamente. Ese profesionalismo teniendo como base para su orientación a la paidotecnica, la psicotecnica y otras disciplinas afines, tiene que penetrar en el conocimiento de las inquietudes, las predisposiciones y la vocación profesional de los alumnos. Desde la primaria la educación pre-vocacional tiene que acometer el trabajo de esta exploración, para que al educando se le encamine poco a poco hacia el género de actividad para el cual está más capacitado. Ahora bien; nuestro profesionalismo nacional sufre la crisis de una plétora de aspirantes y logrados en contadas actividades de determinados estamentos, lo cual constituye un problema consistente en la superabundancia profesional que tiene consecuencias desastrosas tanto para los profesionales cuanto para las profesiones. Desde el tiempo de los españoles los grupos significativos de nuestra población estudiantil, se dedican al cultivo de ciertas profesiones que tienen rango privilegiado entre nosotros; de esa suerte tenemos desde antaño a muchos letrados, abogados, médicos, odontólogos y ahora último a ingenieros, economistas, asistentes sociales, que en la medida que lo permiten sus condiciones económicas, abrazan estas carreras multiplicando en forma alarmante su número que momento a momento crece, encontrándose con el grave escollo de su superabundancia y por consiguiente de su desocupación. Otros países también tienen este problema y por eso que por ejemplo en la Argentina se ha procedido a que estas distintas profesiones sean doctorales a *fortiori*, para precisamente limitar el número de sus candidatos; en Chile se han puesto en vigencia estrictos controles de capacitación con el fin de que los profesionales salgan eficientes a toda prueba durante el curso de su instrucción.

La mediocridad profesional cuyos síntomas y defectos los hemos palpado siempre en el curso de nuestra vida republicana, es otra

ón que va emergiendo como secuela de que la orientación profesional no opera en los ciclos de la educación secundaria y superiores colegios y las universidades no están en contacto directo con la realidad desnuda de nuestra vida social y nacional, que cambia y varía con las condiciones y circunstancias del tiempo y espacio. Estos centros se encierran en los muros infranqueables de su actividad intrainstitucional tan solamente, sin advertir los latidos de las urgencias y mandatos provenientes de su exterior. En estos colegios, las universidades, los institutos educacionales de orden, deben cumplir una misión social y nacional de precisos fines de progreso, pero en la práctica no se denota este funcionamiento. La psicotecnia, la psicometría, la psicopedagogía, la psicología, deben intervenir en la calificación de las predisposiciones y aptitudes de los educandos para el desempeño de su actividad profesional. Esta actividad debe llenar las necesidades apremiantes del medio donde se desenvuelven, para que así la función laboradora de los individuos esté de acuerdo con los imperativos individuales y sociales del ambiente donde actúan. Así mismo la primaria y la secundaria deben constituirse en centros donde el profesionalismo que están realizando debe estar acorde con nuestras posibilidades económicas. Las escuelas agropecuarias que primordialmente se instalan en la sierra, necesitan de esta necesidad: las artes manuales, las ocupaciones artesanales requieren de especialización y acondicionamiento profesional. Entonces desde la escuela y el colegio partirían las iniciativas para una mejor distribución, escogitación y variación de profesiones. Los politécnicos, las escuelas experimentales, los institutos industriales, los institutos de comercio, etc. que felizmente nosotros se están multiplicando año tras año, son los centros que debemos aprovechar para efectuar esta tarea ardua, pero eficaz, de la que depende fundamentalmente el destino de nuestra patria en el futuro. La tecnificación, culturización y preparación profesional de la mujer, que en la actualidad se está realizando con buenos resultados, indudablemente que significa un paso de positivo adelanto en su educación. La educación humana en la medida que adelanta necesita de muchas actividades en las distintas ramas de la dinámica productiva humana, por lo que tiene que encaminarse la actitud práctica de nuestra educación para que individual y colectivamente nos situemos en una situación de seguridad y bienestar dentro de los marcos que otorga el desarrollo contemporáneo de los pueblos.

La universidad y los institutos superiores especializados, que durante nuestra van recibiendo un apoyo considerable de los po-

deres del Estado en estos últimos años, tienen que abandonar el memorismo y los sistemas pedantescos de una educación prosaica y señorial en la que han vivido en el pasado. Tienen que nutrirse de una conciencia de su responsabilidad práctica y moral, para alimentar a nuestra juventud estudiosa con los conocimientos y las experiencias necesarias a los mandatos e imperativos de la hora presente. Tienen que luchar contra un academismo soñador y superestimado, para labrar el futuro de unas nuevas generaciones que estén a la altura de los acontecimientos nacionales e internacionales de la época actual. Ya hemos manifestado en otra oportunidad, que entre nosotros más vale un buen herrero que veinte malos letrados.

Hablamos de patriotismo y nacionalismo en nuestra educación; luego nos conviene y es deber nuestro implantar una educación cívica que esté premunida contra el patrioterismo parlanchino e insincero. La patria, si es que este término ha de permanecer ocupando nuestra comprensión nacional, es una condición suprema de todos los bienes y valores que atesora desde el pasado hasta el presente y el futuro, la nación a la que nos honramos en pertenecer. Por tanto ella no ha de ser un puro fantasma gaseoso de quien a cada momento nos olvidamos por atender nuestros intereses egoistas, sino que ha de configurar una concreta realidad espiritual, intelectual y material para normar nuestros actos individuales y sociales y de cuya grandeza o menoscabo sólo nosotros somos los responsables. Educar a los niños, adolescentes y jóvenes en la conciencia moral de su gran significado, es hacer de todos los peruanos los arquitectos de su porvenir que es consecuencia de su presente.

La religión a la que tanta prestancia le otorgan nuestras legislaciones, debe ser cultivada por la crianza, la disciplina y la instrucción en su sentido netamente espiritual. Ella, antes que aparatosidad suntuaria, ritualismo teatral, es realización de valores absolutos con pleno convencimiento de su función creadora. La religión entonces es poderoso fuste hacia una acción depurada y vivida, antes que un mero interactuar de intereses y conveniencias. La verdadera religión no implora favores de orden humano o superhumano, sólo conduce al camino del perfeccionamiento íntimamente experimentado y en este sentido es la estructuradora de una existencia consciente de su paulatina superación.

La sociedad de que tanto se precia el mundo contemporáneo requiere de la educación, para formar al hombre de conformidad a sus imperativos. La sociedad no ha de ser un caballito de batalla de cualesquiera ideologías en boga, ante la cual el individuo tiene que

nir una actitud sumisa porque sí; sino que ella ha de representar un conjunto supremo de bienes y valores humanos, entre quienes encuentra el hombre como directo partícipe de su estructura, su peso evolutivo y de sus magnas finalidades. La sociedad peruana, como otras muchas de su género se halla en ciernes en lo que respecta a conformarse con todos los requisitos de su integral constitución. La sociedad es un todo, una totalidad cabal, en la que las disidencias y las lagunas que desgarran su unidad deben ser destruídas por una educación comprensiva de su significado humano.

El sentido creador de nuestra educación está en marcha aun cuando no en su plenitud consumada. El destino de nuestra educación debe ser que atesore un sentido constructivo a base de todas nuestras experiencias del pasado. El pueblo peruano ha tenido una vida azarosa y contingente, que lo ha hecho fluctuar en altibajos de crisis y vicisitudes en el curso de su historia. Pero es el momento que la conciencia de nuestro pueblo, dando el valor que merece a la educación, otorgue un papel guiador en ese sentido. Para ello tenemos que luchar contra el pasadismo y lanzarnos hacia un proceso de constante revolución transformadora.

SALUDO AL CUZCO

EL "Saludo al Cuzco" del Sr. Rector Dr. Luis Felipe Paredes que publicamos en esta página, al igual que el poema en quechua del Dr. Andrés Alencastre Gil, son pronunciados durante el homenaje que la Universidad rindió a la Capital del Perú con motivo de su Sesenta Jubileo.

SALUDAR al Cuzco, es saludar sus glorias inmarcesibles, su fama que se alarga como la sombra a la hora del poniente, a lo largo de los siglos. Saludar al Cuzco, es recoger en el corazón estremecido, el aliento cálido de su historia próspera; es traer al presente, hecho lampo de luz ardiente, el legado precioso de sus viejas tradiciones y áureas leyendas; es evocar el recuerdo de su vida hecha combate en el ardor de las fieras batallas, o romance, en el idilio que florece en el alma ingenua de la raza, o himno de trabajo, en la paz eglogal de las plácidas horas virgilianas.

Eres tú, oh Cuzco, símbolo y emblema, poder y fuerza, realeza y magnificencia, epopeya y canción, nobleza y señorío; tú, Cuzco, de los hermanos Ayar lejanos, del Coricancha suntuoso, del Sacsayhuamán hierático, de tu atuendo de moles

graníticas de contornos mórbidos; tú, Cuzco, de la leyenda de la barreta de oro hundida en las entrañas voraces de Huana-cauri, del pródigo Dios Inti, fecundo en dones, adorado por tus Incas remotos; tú, Cuzco, recinto sagrado, mansión hidalga de rudos guerreros castellanos, de odores, obispos y frailes, de santuarios y palacios, de espadañas y ajimeces, de balcones moriscos, de templos con su atavío barroco y monasterios que aturden el azul espacio, a la hora del orto, con el tañer de sus finas campanas monjiles.

Eres cosa nuestra y solamente nuestra, familiar con nosotros, en tus calles desoladas, en tus amplias plazas, en tus historias íntimas que rondan tu ciudad vigilante y en el cariño enraizado y silencioso que suscitan el resplandor de tus raros encantos y el embrujo nostálgico de tus glorias pretéritas, en tus piedras imperiales y ancianas que guardan celosamente el secreto rumoroso de empolvadas historias y amables consejas no apagadas aún ni por la acción profanadora y sacrilega del tiempo.

Cuzco, tu eres monumento inmortal clavado en el seno de la eternidad, por obra de los siglos y la historia, forjado no sólo para la admiración y el deslumbramiento, para la evocación reverente y el recuerdo amoroso, porque también eres atalaya y vigía permanente de nuestra peruanidad, que señalas y marcas con tu garra de diamante, que hinca hondo en la conciencia colectiva, el rumbo de las renovaciones para esta patria enferma de tristeza y de penas transida, que es el Perú.

En tí, oh Cuzco, se conjugan los tres tiempos del verbo hecho historia, posibilidad y realización fecunda.

Prosternado ante tu nombre mágico y glorioso y besando contrito, al par que orgulloso, tu suelo bendito, te saludo como el más amoroso de tus hijos, con unción y fé, con convencido amor y mi corazón al desnudo, en tu Día que es recuerdo y es esperanza, diciéndote: ¡Gloria a tí, Cuzco inmortal, gloria eterna, por los siglos de los siglos!

Luis Felipe Paredes.
Rector de la Universidad

Cuzco, Junio de 1956

QUSQU NAPAYKUY

QUSQU, kay sinci sumaq sutiykiqa paqarirqan
Manquqhapaqpa siminpi simibunt'a rimarisqan
Mama-uqlluq sunqunmanta t'ika hina llusimuspan.

Qusqu, pacaq kushkanninpi curasqa Inkaq pukaran
rit'i urqukunaq cawpinpi puka acanqaray t'ika
phuyuykin llapa llaqta runa p'istuykuq qulqi llika.

Qusqu, uqi c'ila rumimanta ruwasqa llaqta
wiñay waranqa watapi mana thunikuq
Intitaytaq Mamakillaq p'uncay tuta muc'apayanan.

Qanpi tiyaspan runaqa yacarqan
yawar hunp'inwan llank'ayta
qaqatapas rumitapas munayllanwan kamacyta.

Qanpitaqmi yacarqantaq qharihina maqanakuyta
sapa awqakuna hamuspanku
ciryacyta munasuqtiyki.

Qanpin kunanpas runaqa aswan allinta runayan
yawarninta qhapaqyacispa hamawt'anta wiñacispa
llapa runamasinman rakinanpaq.

Qusqu llaqta qhapaqmama quyllur c'askawan t'ikacasqa
wiñaypa wiñayninpaq sunquyki kacun
llapa runapaq q'uñi qisa, llapapaqtaq kawsaypukyu.

Andrés Alencastre Gutiérrez.

SALUDO AL CUSCO

CUSCO, este tu sublime nombre apareció en el mundo en la palabra de Mankoqhapaq pronunciado a boca llena y brotado cual una flor del corazón de Mama Oqlllo.

Cusco, fortaleza del Inka colocada en medio de la Tierra, roja flor de Begonia puesta al centro de niveas cumbres; son tus nubes red de plata que cariñosas cubren a los hombres de todos los pueblos venidos a tu regazo.

Cusco, pueblo labrado en perenne granito grisáceo, indestructible en milenios, ciudad besada de día y de noche por el padre Sol y la madre Luna.

En ti aprendió el ser humano a trabajar virtiendo su sangre y sudor, hasta ordenar a su voluntad la dureza de la piedra.

En ti aprendió también a luchar con reciedumbre cada vez que los enemigos se presentaron con la intención de destruirte.

Y en ti es ahora ¡Oh Cusco! donde el hombre consigue la plenitud de su vida enriqueciendo su sangre y agigantando su saber, para enseguida darlo a sus semejantes.

Ciudad del Cusco, madre poderosa engalanada de luceros y estrellas; que eternamente sea tu corazón cálido nido y manantial de vida para toda la humanidad.

Andrés Alencastre Gutiérrez

(Traducción al castellano por su autor)

DERROTERO PARA UNA UBICACION
DE LA POESIA CUZQUEÑA
CONTEMPORANEA

INTRODUCCION

IGNORO por qué razones especiales ninguno de los críticos y estudiosos de la literatura que hay en el Cuzco, haya dedicado su esfuerzo y su capacidad para presentarnos un estudio sobre el proceso de la poesía cuzqueña contemporánea. El único trabajo que existe al respecto, escrito hace algunos años, es el de Alfredo Yépez Miranda que, desgraciadamente, es demasiado esquemático y no se circunscribe sólo a la poesía sino a la literatura en general y cuyo enfoque no está dirigido específicamente al Cuzco sino a todo el Perú .

Por la índole misma de su trabajo, Yépez Miranda no podía darnos un panorama más o menos completo de la poesía cuzqueña contemporánea. Tampoco su propósito era ése. El otro trabajo que al presente existe, pertenece a Rubén A. Sueldo y no pasa de ser sino un breve ensayo periodístico. De ahí que el intento de trazar un panorama de la poesía cuzqueña actual sea una labor árdua y difícil. Pero, por la parva producción escrita de nuestros líricos. Y, sobre todo, por la pobreza de referencias que existen al respecto.

Son escasísimos los poetas cuzqueños que hayan reunido en el presente sino la totalidad, parte al menos de su trabajo de creación. De los poetas de la generación que yo denomino de "la insurgencia", no hay uno solo que nos haya brindado el volumen de sus versos. Toda obra lírica de aquellos años se halla desperdigada en revistas efímeras que casi no existen en las Bibliotecas públicas. Es relativa la nueva generación, a partir de 1940, que se preocupa por edificar un conjunto homogéneo, las manifestaciones de su estro poético. Esto ha sido, por consiguiente, una de las dificultades más serias que he tenido que afrontar para procurarme una documentación que me sirva tanto como referencia como de base para intentar una interpretación de la poesía cuzqueña de los últimos 35 años.

Para entender mejor la labor cumplida por los intelectuales cuzqueños en la etapa que comienza en los albores de este siglo, la significación profunda de sus actividades, el sentido de sus planteamientos ideológicos, el afán mismo de su prédica y de su mensaje, así como para entrar en la comprensión de las manifestaciones de la poesía cuzqueña contemporánea, de su desarrollo y auge, tanto como ubicarla dentro del proceso cultural del Perú y de América, y rastrear la raíz y los orígenes de sus influencias, he creído oportuno ofrecer en los seis primeros capítulos de este trabajo, un panorama del ambiente literario nacional, precisamente de la época en que comencé a estudiar las manifestaciones poéticas producidas en esta época. Ese estudio comprende los inicios del nuevo rumbo poético en el Perú; la presencia y el sentido del mensaje de "Colónida"; la labor que le cupo realizar en el Cuzco al grupo de intelectuales jóvenes que suscitaron las primeras inquietudes; el significado que tuvo en los movimientos estudiantiles y en la definición ideológica de los intelectuales, la lucha por la Reforma Universitaria, a través de las proyecciones mismas del movimiento reformista de Córdoba (Argentina); el propósito de las revistas literarias que surgieron en la primera década de este siglo y lo que en ellas había de anhelo y de búsqueda; para terminar, finalmente, en el ciclo crucial del año 27, cuando la juventud y los intelectuales comienzan a precisar el rumbo de

sus inquietudes y a centrarse ideológicamente en la lucha social y política que se desencadena entonces.

En la segunda parte se traza una semblanza del Modernismo como escuela poética y su atisbo y presencia en el Perú y en el Cuzco. Luego se analiza, antes de entrar de lleno en el estudio de la poesía cuzqueña del presente y de los poetas mismos, el ámbito social, político e ideológico en que se desenvuelve esta poesía. Se trata de esclarecer su contenido, de precisar su misión, de desentrañar su mensaje, de intuir sus propósitos y su rumbo. Era necesario hacer esta interpretación para, incluso, poder situar a los poetas contemporáneos del Cuzco en el escenario y en el medio en que les fue dado actuar.

De acuerdo a ese planteamiento y a ese enfoque, para estudiar a los poetas y su obra lírica, he creído oportuno presentar tres períodos en la poética cuzqueña, períodos que no son antojadizos sino que surgen como resultado de los acontecimientos que se precipitaron en la vida social y cultural de esta tierra.

El primer período que tiene sus propias tribunas y sus revistas, comprende a los líricos de 1920 a 1927, año éste en que aparece "Kuntur". El segundo período (1927-1940), comprende a los poetas que se ubicaron en las revistas "Kuntur" y "Alma Quechua", esencialmente. Y el tercer período (1940-1955), a los de la presente generación.

La tercera parte de este ensayo está dedicado a los planteamientos que, a mi parecer, provoca la poesía de este tiempo. Pero no sólo la poesía, como algo abstracto, irreal, fantasmagórico, desligada de su creador, sino en dependencia de él, como un todo irrenunciable, lo cual apareja no sólo los deberes de la poesía contemporánea, sino, sobre todo, las obligaciones del intelectual de este tiempo.

L. N.

CAPITULO I

PANORAMA LITERARIO

ESTUARDO NUÑEZ fija una fecha que señala como punto de partida para su estudio de la poesía peruana. El autor de *"La poesía de Eguren"*, con buen criterio, precisa el año 1918 y al grupo que surgió con Abraham Valdelomar, bajo la bandera *"Colónida"*, como la partida de nacimiento del "nuevo rumbo poético del Perú". La fecha es significativa, pues, entre otros aspectos sugerentes, ese año, 1918, César Vallejo se hace presente en el panorama lírico de la patria con un volumen de versos —*"Los Heraldos Negros"*—, que significaría un paso desconcertante y audaz para la poética de aquellos años. Un año antes, el arequipeño Alberto Hidalgo, había puesto bajo las candilejas de la publicidad, su tarjeta de presentación con su libro *"Panoplia Lírica"*, que en su arquitectura formal, en lo ad-

jetivo, traducía la actitud mosqueteril, el desplante insolente, la egolatría exacerbada del poeta del Misti.

Aquellos son años de insurgencia levantisca, de luces de bengala multicolores, de arrestos insumisos e indoblegables. No es todavía la revolución literaria que vendrá cuatro años más tarde. No es el programa. No es el ideario. No puede ser aun la definición. Es todavía el gesto inconoclasta, en veces absurdo y atrabiliario, casi siempre injusto y destemplado. Es el grito vocinglero que un poco espanta y altera la placidez provinciana de las gentes importantes de la aldea grande y prosopopéyica. Y, precisamente, ése es su mérito.

Valdelomar capitanea en Lima una falange de insumisos que irrumpe desafiante y altanera en la escena literaria del Perú. Y es preciso hacer este recuento para comprender un poco el espíritu, la mentalidad y el eco que esos arrestos tuvieron en otras comarcas del país, sobre todo, para este trabajo, en el Cuzco.

Desde las tertulias del "Palais Concert" que se convierte en a tribuna de la mesnada de adelantados líricos, el autor de "El Caballero Carmelo" lanza los dardos de su aljaba coruscante y provoca un revuelo que le conquista adhesiones juveniles y le malquista con quienes tenían en sus manos los destinos de la cultura del país. No hay que olvidar que Clemente Palma, el crítico literario oficial de aquellos años, tuvo palabras desdeñosas para el libro primigenio de Vallejo.

Mientras Valdelomar despliega sus pendones líricos y provoca un escándalo con sus desenfadados destinados a "épater le bourgeois", dos o tres años antes, en el Norte de la República, un espíritu avizor y generoso, reunía en torno suyo a un puñado de pregoneros extraordinarios. Antenor Orrego, tal el nombre del suscitador, pone de pie a las juventudes de Trujillo que más tarde irán a reunirse bajo las banderas del Grupo "Norte".

Por esos años, Juan Luis Velásquez se iba burilando un nombre, y José E. Lora y Lora se ubicaba significativamente, para, luego de una estancia breve en el país, marcharse a París donde muere trágicamente. Ya para entonces, Alcides Spelucín había escrito un libro señero, pero que es entregado —ocho años después— tardíamente a las prensas. "El libro de la nave dorada" sólo aparece en 1926, en la Editorial "El Norte" de Trujillo. Igual percance le ocurre también a César A. Rodríguez, poeta arequipeño, con su "La Torre de las Paradojas" que sale en Buenos Aires, bajo el signo de la Editorial "Nuestra América", en 1926, el mismo año que Spelucín publica el suyo, y a los ocho o diez años de haber sido organizado en volumen.

Otros dos poetas peruanos, Enrique Bustamante y Ballivián y Juan Parra del Riego, concitan admiraciones y simpatías. Bustamante publica en La Paz, Bolivia, el año de 1920, "Autóctonas" y Parra es el triunfador de unos Juegos Florales organizados en Barranco. Parra, nacido en un recodo de la sierra del Centro del Perú, Huancaayo, vive en Lima con sus anhelos izados al tope en el mástil de sus años mozos. La tres veces coronada Villa no es escenario propicio para sus arrestos. Y decide partir. Marcha a Chile con su equipaje de canciones. De Chile pasa a la Argentina y ancla definitivamente en la banda oriental del Río de La Plata. En la Atenas de América, conquista laureles y simpatías fraternas, y desposa a una poetisa de la tierra de Juan Zorrilla de San Martín, a Blanca Luz Brum, que el año 1926 llegará a Lima con un hijo del poeta muerto y un puñado de canciones: las de su marido, el lírico creador de "Himnos del cielo y de los ferrocarriles" y los suyos propios, reunidos en "Levante", un pequeño volumen editado en la Imprenta "Minerva" (Lima, 1926).

Son años de deslumbramiento y de trance, en todo el Perú hay avidez por la semilla volandera que, lanzada desde Lima, es acogida fraternal y emocionadamente por los espíritus inquietos de la época.

Ya dijimos que en Arequipa, Alberto Hidalgo, contemporáneo de "Colónida" pero que no fue corifeo del grupo, había hecho trizas la modorra melosa que envolvía a la Ciudad Blanca. Su egolatría ruidosa, sus desplantes agresivos, los voladores de luces de sus versos, la prosa corrosiva, procaz, violenta y lapidaria de sus libros, tenían que crear un clima de guerrilla y de cierra-puertas en la conservadora y beata ciudad del Deán Valdivia. Para muestra, basta este "Autorretrato" que Hidalgo publica en el N° 2 de su Revista "Anunciación":

*Los cabellos cubiertos por enorme sombrero,
encrespados, descansan hacia atrás, en tropel.
Las pupilas son negras como un crimen. Severo
el gesto, suelo altivo, recitar un rondel.*

*La corbata de raso flota como un plumero
sobre el cálido pecho que es a la vez broquel.
Flux negro. Zapatillas de baile o de torero,
del saco en los ojales encintila un laurel.*

*Cuando el Sol, en las tardes, tras los montes se inmola,
yo, preso de las volutas de una capa española,
transito por las calles de esta astroza ciudad.*

*A mirarme, las gentes, detiéndose asombradas,
esbozando cretinas y huecas carcajadas
mientras que yo me alejo lleno de majestad... (1).*

Por su parte, César A. Rodríguez, define su prosapia con este soneto intitulado "Blasón", escrito en la misma época que el "Autorretrato" de Hidalgo:

*Yo soy de la progenie de los bárbaros, de esos
que yantaron al ábrego de los días sin voz;
que astillaron los troncos en los bosques espesos
con las hachas de piedra y el colmillo feroz.*

*La Biblia los consigna: Caín, Abel, impresos
en tablillas sus nombres han llegado hasta nos;
yo he pasado en la criba de todos los progresos,
mientras aquellos fueron los tanteos de Dios.*

*Sin embargo en Castalia no fecundan las rosas,
la realidad solemne que hace vulgares cosas
apresura la ruina del arte paladín.*

*El intercambio pone la mesocracia a flote,
el progreso es la muerte que mata a Don Quijote
y de Sajonia viene como un cuervo el esplín. (2)*

Hasta entonces no se había escrito con tanto desenfado y con tanta agresividad. La Revista "Anunciación" (1915) que piloteaba Hidalgo y en la que se registran colaboraciones especiales de Abraham Valdelomar, Enrique Bustamante y Ballivián, Percy Gibson, César A. Rodríguez, Renato Morales de Rivera, Alberto Guillén y otros, era

(1).—Alberto Hidalgo. De la Revista "Anunciación". Director Literario: Alberto Hidalgo. Director Artístico: Lautaro Gutiérrez Ballón. Año I, N° 2. Arequipa, Agosto 15 de 1915.

(2).—César A. Rodríguez: "Monasterios de carne", Blasón. Revista cit.

el índice de esa tónica de francotiradores desmelenados e insolentes, como después lo fue "El Aquelarre", revista editada por el grupo que capitaneaba Percy Gibson.

El instante para toda clase de alardes era propicio. La "Ponte-zuela" era una tribuna del pueblo. Allí se levantaba quien quería decir sus verdades y sus requisitorias encendidas. Aquel lugar, histórico por mil motivos, es para Arequipa lo que el atrio de la Catedral para el Cuzco, sólo que allá, las proclamas revolucionarias de los confalonieros, no tenían, como fondo, la épica voz de siglos de la "María Angola", capitana temible de las huestes populares.

Era la etapa agresiva y de pelea que vivía "La Semana", el semanario vapuleador de Miguel Angel Urquieta. Permanecían entonces vigentes las enseñanzas y se evocaban los arrestos de Mariano Lino Urquieta, un moqueguano ilustre que hizo de Arequipa su nueva tierra y su barricada. El verbo flamígero de González Prada convulsionaba a la juventud. Don Mariano Lino era un apóstol del radicalismo combatiente. Penates de esa hora, continuadores de la obra de Urquieta, queridos por el pueblo por la gallardía y la limpia trayectoria de sus vidas, por su beligerancia indesmayable, por haber recogido el mensaje del Maestro, fueron los tres Franciscos de la prédica demoledora: Francisco Mostajo, Francisco Gómez de la Torre, Francisco Choquehuanca Ayulo.

En ese ambiente tempestuoso, de batalla campal, Percy Gibson —él sí de "Colónida"— lanzaba sus sonetos traviesos, plenos de colorido sensual, rebosantes de pinceladas terruñeras:

OH DULCE AMANECER:

*Oh dulce amanecer tras la lluvia con arco
iris y con polluelos chillando entumecidos,
erizadas las pobres plumas entre nidos,
en ramaes que dora la lumbre de un sol parco!*

*Oh dulce amanecer con hondo cielo zarco,
leve aire, babear de los bueyes uncidos,
asno humilde que trota por senderos floridos,
voz de agua, bordes húmedos y espejeante charco!*

*Oh dulce amanecer con sonos de campana
y aleluyas de armonía en celeste capilla
donde está el niño Dios con su madre aldeana!*

*Dios no está en todas partes, sino en la ingenua villa,
durmiendo en el establo sobre la paja sana,
y en el corazón puro de la gente sencilla...!*

Mientras que Percy Gibson construye con versos un mundo con sabor a lava volcánica, a tierra removida por el arado campesino, Renato Morales de Rivera, Belisario Calle, César A. Rodríguez, en plena eclosión del modernismo, presentes las imágenes del creador de "La torre de los panoramas", incursionan por el mundo mágico de las metáforas. Por esa época y en esa compañía, hace su aparición estridente otro ególatra altanero, Alberto Guillén, cuyo primer libro, "Prometeo", nacerá bajo el ala acogedora de Alberto Hidalgo y de Miguel Ángel Urquieta, en 1918, y en las prensas de Armando Quiroz y Urea.

CAPITULO II

UBICACION Y MENSAJE DE "COLONIDA"

LA GENERACION novecentista de Lima, contra la que irrumpió avasalladoramente el grupo "Colónida" tenía sus penates activos en José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaunde, los García Calderón, Francisco y Ventura; Oscar Miró Quesada, José Gálvez, Raimundo Morales de La Torre, Alberto Ureta.

Como todo movimiento que gesta una transformación y en cuya composición participan las tendencias más heterogéneas y los individuos de aspiraciones, anhelos e inquietudes más dispares, el resquebrajamiento del mismo debe producirse tarde o temprano, con más o menos bullicio y arrogancia o soslayando todo escándalo, sin pasar definitivamente a la otra orilla, con la silenciosa manera del que disiente pero que no se marcha agresivo y tronante a la oposición bullangera.

Los "arielistas" y universitarios de Lima que se anuncian liberales en sus inicios, devienen en seguida tradicionalistas y académicos. Tal sucede con Riva-Agüero y los que lo siguen. Con inclinaciones políticas en un comienzo —(Riva-Agüero funda el Partido Nacional Democrático)—, pronto dan marcha atrás y se afie-

rran en un "modus" contrario a los afanes del primer instante. Tal la insurgencia "futurista" del grupo que capitanea Riva-Agüero que no pasa de ser una actitud y un desplante fugaz como una llamarada en la cumbre. Contra ellos surgió la arremetida del grupo "Colónida". Si bien "Colónida" no consiguió atraer a todos, obtuvo en cambio provocar espectación y simpatías. Los "futuristas" aprietan filas como defendiéndose, pero las campanadas de "Colónida" atraen adeptos. Los "arielistas", gente toda ella nacida en las postrimerías del siglo XIX, pudieron vivir bajo una misma tienda pero no consiguieron compartir permanentemente, las mismas inquietudes ni conglomerar con los mismos afanes de renovación. En ese "rompan filas" obligatorio que tenía que producirse tarde o temprano, el primero en dar el paso al frente fue, indudablemente, Enrique Bustamante y Ballivián. Lo acompaña Julio Alfonso Hernández y se suma Pedro S. Zulem. Pero no fue un rompan filas definitivo. Un reconocible cordón umbilical los liga a los líridas del grupo genitor. Ahí quedaban José Gálvez, Leonidas Yerovi, Luis Fernán Cisneros, Adán Espinoza Saldaña, Ventura García Calderón, José María Eguren. Yerovi murió prematuramente y es muy posible que se hubiera ido por sus propios senderos. Bohemio impenitente no hubiera permanecido jamás conformé bajo una bandera que no cuadraba con su manera ni con su vida. Eguren, desadaptado en todas las compañías, tenía que aislarse obligadamente, sin calor de comprensión en sus contemporáneos, desdeñado, al margen de tirtios y troyanos, hasta que, un poco tardíamente, le llegó el reconocimiento, la admiración, el aplauso, la unanimidad. Mariátegui le rindió pleitesía especial dedicándole un número de su Revista.

"Los Independientes" que formaron tienda aparte y que tuvieron en "Contemporáneos" un vocero de sus inquietudes, exhibieron la vida efímera y transitoria que era de esperarse.

Igual disloque ocurrió más tarde con "Colónida". Ya lo ha explicado Mariátegui en un estudio certero, sin eufemismos ni exageraciones al afirmar que:

"Colónida" representó una insurrección —decir revolución sería exagerar su importancia— contra el academicismo y sus oligarquías, su gesto conservador, su galantería dieciochesca y su melancolía mediocre y ojerosa. Los colónidas virtualmente reclamaron sinceridad y naturalismo. Su movimiento demasiado heteróclito y anárquico, no pudo concretarse en una fórmula. Agotó su energía en el grito inconoclasta y en su orgasmo esnobista". (3)

(3).—José Carlos Mariátegui: "Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana". El Proceso de la Literatura: "Colónida y Valdeolomar", Lima, 1928.

Así y todo fue necesario que se produjera la experiencia Coa. Era urgente que despuntara el dardo de un alegato independiente, aunque todo quedara después en la alharaca o en el gesto tonante. No importa. Lo fundamental era cortar amarras con la tradición de colonialistas y encomenderos. El Perú vivía entonces desde siempre, atado sentimental, económica y espiritualmente a un mundo de similor que trasplantaron a tierras de Indias, virreyes y doctores. El empuje vibrante y dramático, la fiereza carcelaria y la dureza de los conquistadores se había ido atenuando en la suave y melancólica música que brotaba de los salones dorados de unos relojes de opereta con su infaltable corte de bufones y lacayos.

Más de dos siglos de sometimiento y de grillos colonialistas han creado un clima en que no pudo darse plena y rotundamente el alma de nuestra expresión mestiza. Garcilaso se cuaja en España. Su obra es más nostalgia que lucha reivindicatoria. Los criollos de la colonia, siguen la ruta trazada por sus mayores. No podían ser independientes. Igual ocurrió con los mestizos de los primeros años de la República. Se sentían más hispanistas que americanos. Muchos de ellos vivieron en el Perú pero sin sentir la nueva Patria, sin respirar sus aires, sin afianzarse a la tierra, sin nutrirse de ella. Para ellos la patria seguía siendo colonia, dependencia, factoría de España. Los ataques irreverentes de la sátira sangrienta que estalló aquellos años contra los fundadores de la República, es reacción explicable de hombres desadaptados que se sentían transeuntes en el lugar donde habían nacido equivocadamente.

Recién con Manuel Ascencio Segura amanece una manera peruana, deslavada quizás, pero con fibra, con emoción, con permanencia. El tiene otro tono, otra devoción, otro espíritu. Quizás por eso mismo sobrevive hasta hoy. En él no existía el ansia de independencia. No se sentía un trasplantado ni un extraño. Formaba parte del mundo en ebullición. Aunque no lucha, no trata de quemar las naves y bucear en sí mismo hasta dar con una expresión peruana que lo defina y lo sitúe inconfundiblemente como el fruto del mundo nuevo y constructor.

Melgar recién es el anhelo de una expresión mestiza. Tiene el calor, la fibra, la pasión al tope para dar fisonomía a una literatura nacional. Vive y muere como romántico, pero su romanticismo no es de sollozos y de coplas líricas. No se queda en las ojeras ambulantes y en los versos que se queman en los hornos de las guitarras, sino que es activo, varonil, relampagueante. Con la misma pasión con que canta a Silvia, marcha, la frente nimbada de estrellas, con las huestes patriotas de Pumacchua. En Umachiri, co-

mo Auditor de Guerra, tuvo oportunidad de salvar la vida. Pero cuando se vive con honor y con grandeza, cuando los sentimientos no se mezquinan ni se pesan en la balanza de las conveniencias, se vive una sola vez y para siempre. Hasta la muerte, en esas circunstancias, rinde sus pendones trágicos, vencida y acorralada, ante la fiereza de un gesto, de un ademán, de una sola palabra. No importa que Melgar haya muerto cuando recién maduraba para una obra que el futuro la habría hecho señera e invalorable. Nos bastan su lección, su ejemplo de romántico en el cabal significado de la palabra, su amor a la libertad, acaso —quizás sin acaso— más entrañable y más fuerte y valedero que su amor a Silvia; y sus yaravíes que revientan como penachos líricos en las saudadosas guitarras populares.

"Colónida", por las emociones dispares, por el grupo heterogéneo que lo conformaba, por la razón de ser de su nacimiento, no dió ni podía dar una cifra programática o un confalón de ideario a la dispersa y virreynalicia literaria de aquellos años. Su vida fue efímera y dispar. Pasó como una brisa joven —"fugaz meteoro literario", lo llama el autor de "Siete Ensayos" — refrescando el ambiente denso y caliginoso en que se debatía la literatura nacional. Enjuiciándolos, Mariátegui es preciso, sin caer en la exageración negativa:

"Los colónidos no coincidían sino en la revuelta contra todo academicismo. Insurgían contra los valores, las reputaciones y los temperamentos académicos. Su nexa era una protesta; no una afirmación. Conservaron, sin embargo, mientras convivieron en el mismo movimiento, algunos rasgos espirituales comunes. Tendieron a un gusto decadente, elitista, aristocrático, algo mórbido". (4)

Y más adelante agrega:

"La bizarria, la agresividad, la injusticia y hasta la extravagancia de los "colónidos" fueron útiles. Cumplieron una función renovadora. Sacudieron la literatura nacional. La denunciaron como una vulgar rapsodia de la más mediocre literatura española. Le pusieron nuevos y mejores modelos, nuevas y mejores rutas". (5)

Y advirtiendo que los "colónidos" no fueron demolidores iconoclastas sino que supieron también, en ese su propósito laudable de revisar los valores de la literatura patria, señalar un lugar de honor para los precursores y los adalides, dice:

(4).—José Carlos Mariátegui, Ob. cit.

(5).—José Carlos Mariátegui, Ob. cit.

"... los "Colónidos" no se comportaron siempre con injusticia. Simpatizaron con todas las figuras heréticas, heterodoxas, solitarias de nuestra literatura. Loaron y rodearon a González Prada...

"Colónida", además, valorizo a Eguren, desdeñado y deestimado por el gusto mediocre de la crítica y del público de entonces". (6)

Y tratando de ubicar a "Colónida" y a sus mentores, enfrencon los problemas de su tiempo, con los deberes propios de los actuales de aquellos días, con la misión que debe cumplir en el ario donde le toca desenvolverse, Mariátegui afirma:

"El "colonidismo", como actitud espiritual, no es de nuestro tiempo. La apetencia de renovación que generó el movimiento "colónida" no podía satisfacerse con un poco de decadentismo y otro poco de exotismo. "Colónida" no se disolvió explícita ni sensiblemente porque jamás fué una facción, sino una postura interina, un ademán provisorio.

"El "colonidismo" negó e ignoró la política. Su elitismo, su individualismo, lo alejaban de las muchedumbres, lo aislaban de sus emociones. Los "colónidos" no tenían orientación ni sensibilidad políticas. La política les parecía una función burguesa, burocrática, prosaica. La revista "Colónida" era escrita para el "Palais Concert" y el jirón de La Unión. Federico More tenía afición orgánica a la conspiración y al panfleto; pero sus concepciones políticas eran antidemocráticas, antisociales, reaccionarias. More soñaba con una aristarquía, casi con una artecrasia. Desconocía y despreciaba la realidad social. Detestaba el vulgo y el tumulto". (7) ↓

Más consecuentes con el tiempo que se vivía, con afanes superiores y anhelos estremecidos de justicia, atraídos por los problemas que comenzaban a inquietar a la generación de entonces, el grupo de literatos jóvenes editaba "Nuestra Epoca", también efímera, pero de más resonancia social. En "Nuestra Epoca" dirigida a las muchedumbres y no al Palais Concert— escribiéron: Mariátegui, Valdelomar, César Falcón, Félix del Valle, César Balle, Percy Gibson, César A. Rodríguez.

Por todo esto es respetable el gesto de "Colónida" intentado con los arrestos de insumisión y de rebeldía. La subversión que pro los "colónidos" tenía que dar sus frutos. No los que hubieran deseado pero sirvió para que otros, los que vinieron después, tomaran, machete en mano, su propio camino entre la enmarañada que era, entonces, el mundo literario e intelectual del Perú de los años.

CAPITULO III

LOS PRECURSORES: RUMBO A LA DEFINICION

EN EL Cuzco, los términos no podían ser diferentes. Verdad que la eclosión insurgente de "Colónida" no tuvo la misma efervescencia que en Lima, ni la misma depurada manera que en Trujillo, ni la pugnacidad relampagueante que en Arequipa. Los ecos de las campanas del Palais Concert llegaron retrasados a la Imperial Ciudad de los Incas. Pero el Cuzco no permaneció al margen. Quienes actuaron en aquella hora supieron acoger los aires renovadores de aquellos instantes y capitanear un movimiento que no fue, que no podía ser, típico y específicamente esteticista, como el brotado en Lima, sino que, por fuerza misma de las circunstancias, por mandato del medio, por definición de los actores, por imperativo de la raza, debía tener cadencia historicista, propósitos de investigación social, airada alcurnia de panfleto, reciedumbre de protesta, fragor levantisco de montonera. Fueron los estremecimientos de deslumbramiento que preceden al alba, el anheloso afán de la intuición, la actitud expectante y la mirada zahorí que presienten lo que vendrá después tras un paréntesis de inquietante espera.

Es justo reconocer la labor que realiza en el Cuzco la generación de 1909 que se hace admonición y credo serrano —quizás un poco gaseoso y denostador en algunos de sus penates— en José Angel Escalante, Angel Vega Enríquez, Antonio Lorena, Fortunato L. Herrera, Eusebio Corasao, Uriel García, Félix y José G. Cosío, Francisco Tamayo, Benjamín Mendizábal, Luis Felipe y Rafael Aguilar, José Mendizábal, L. Rafael Casanova, Miguel Corasao.

Ellos son los que abren la trocha y los que crean en el Cuzco un clima propicio para la insurgencia. Son años en los que se gesta una nueva conciencia, en los que se plasman, aunque indecisos e inoperantes, los ideales que, pasados bajo inventario, serán los que presidan la insurrección de la generación del año 20.

Es con la generación novecentista que las élites universitarias, comienzan a interesarse por los problemas sociales, por las condiciones infrahumanas en que viven los artesanos y por tratar de interpretar el problema del indio y buscarle, a su manera todavía, una salida que esté en consonancia con los ideales de la época.

esa generación agrupada en la "Asociación Universitaria", tu-
 rocero que fue, en esos años y en relación con otras ciudades,
 los más significativos: "La Sierra", nacida en 1909 y que se
 hasta 1910, renaciendo después de 11 años, el 28 de julio de
 ño del Centenario de la Independencia.

Vale la pena insistir en este aspecto que es muy importante si-
 dad queremos enjuiciar la obra y la trayectoria de las genera-
 intelectuales que insurgieron en el Cuzco.

"La Sierra", vehículo de los ideales universitarios de la gene-
 del 900, cumplía una misión. Y la muchachada de entonces
 dió vida, que le insufló su combatividad y sus arrebatos, rea-
 la suya. Como las luchas universitarias posteriores, la del 900
 también que librar la suya "por el ideal inmediato de reformas".
 fanes como los posteriores, tuvieron que estrellarse contra las
 uras entronizadas que no toleraban el ideal renovador de la
 tud. La famosa huelga universitaria de 1909, la clausura de la
 rsidad de San Antonio Abad, el éxodo de los estudiantes a la
 n Agustín de Arequipa, los más, por la cercanía, o a la de San
 s de Lima, los menos, señala una etapa de luchas generosas
 eterno ideal universitario.

Quizás por eso, los supervivientes de esa generación novecentista
 njugaba ideales con la "arrieta", académica e historicista del
 o de Estudios" de Lima, expresen con orgullo, que "fue "La
 " de 1909-1910 la que preparó el remozamiento universitario"
 ue, después, "encarnó la potencialidad intelectual del Cuzco".

Esa generación novecentista capitaneada en Lima por Riva-
 ro, exhibía en Arequipa, nombres como los de Jorge y Juan
 el Polar, Sixto Morales, Edilberto Zegarra Ballón, Augusto
 re Morales, Francisco Mostajo, los Chirinos Pacheco, Carlos y
 imín, y otros.

Si en la Capital de la República los novecentistas tuvieron su
 ro Universitario de Lima", y los de Arequipa su "Centro de
 cción", en el Cuzco había surgido la pléyade de adalides que
 s mencionado y que realizó obra de siembra y de preparación
 la "Asociación Universitaria".

Se debe advertir sin embargo que la humanidad ya había vi-
 los años dantescos y definidores de la Primera Guerra Mun-
 Ya en el mundo se había operado una transformación violenta,
 arable a la que había ocurrido en 1789 con la explosión de los
 chos del Hombre y del Ciudadano. Eran, por consiguiente, en
 partes de la tierra, años de alumbramiento, de búsqueda afa-
 En nuestro país, en general, y en el Cuzco en particular, detrás

de los altos picachos que encerraban nuestras ciudades, no se advertía ese destello de aurora que otros hombres, otros pueblos, ya los tenían en mitad de la frente. Todavía por aquellos años las Universidades preferían el enclaustramiento a la vida. Es, prácticamente, en 1921 que la juventud universitaria reclama para sí el deber de "saturar el ambiente social de los nuevos conceptos de la vida de las preocupaciones del momento actual". Y en un gesto audaz que define dos actitudes, que separa dos momentos de la historia cultural y política del Cuzco, algo así como la raya trazada por Pizarro en la Isla del Gallo, y que dividirá dos maneras, dos enfoques del medio en que se actúa, dos sensibilidades para comprender los problemas de la patria y del mundo, veremos que la generación del novecientos se queda en su sitio y no sigue más allá, salvo unas pocas y aplicables excepciones, y da paso, en cambio, a los nuevos líderes que en el Editorial del N° 6, Segunda Epoca de "La Sierra", estampan:

"La generación de hoy, —expresan en ese mensaje—, debe difundir sus sueños, sembrar sus convicciones y lanzar como huracán purificador, sus nobles ideales redentores que levanten a los oprimidos por el peso de los dañosos intereses convencionales de clase y raza".

Es la primera vez que en el lenguaje universitario aparece inequívoca aunque teñida de romanticismo decadente, una expresión que traduce las inquietudes que estremecían al mundo. Es la primera vez que en una revista de la índole de "La Sierra", se habla de buscar "La finalidad de su obra —de la juventud— en la reforma saludable y lógica de la sociedad".

Para los espíritus inquietos que ocuparon el primer plano en 1909 y en los años posteriores, la juventud que comenzaba a tomar posiciones el año 21, sin embargo, no estaba a la altura de sus deberes ni de sus ideales. Una requisitoria admonitiva y fulminante del confalonero novecentista, José Angel Escalante, aclara esa situación. Dice Escalante:

"En ningún aspecto de la vida se deja sentir la juventud universitaria. Los inquietantes problemas que sacuden el sentimiento nacional, en orden a la defensa de nuestro territorio, o a la conveniencia de prepararnos a la revancha —punto de vista único que no deben perder los pueblos que otrora fueran vencidos, no le merecen un gesto de altivez, ni la despiertan un fervor patriótico. No es —claro está— que no sientan las cálidas palpitaciones del patriotismo, sino que no tienen radiación comunicativa, entusiasmo creador, estallante ardimiento juvenil.

"Los escándalos de la política que va arrasando todos los valores democráticos de la nacionalidad, jamás, ni para condenar ni para aplaudir, despertaron su adormecida conciencia.

"Y ni aún lo que atañe a su vida misma, como colectividad que se prepara, en la comunión y unidad de todas las universidades peruanas, cuando las brutales manos del poder agravian y ofenden la respetabilidad y la autonomía universitaria, logra galvanizarla y sacudirla de su letal marasmo que es imagen de la muerte.

"Los problemas cuzqueños tampoco tuvieron nunca la virtud de entusiasmarla. La clase obrera del Cuzco, ignorante, viciosa, dispersa, sin solidaridad ni organización siquiera gremial, anarquizada y entorpecida por las sugerencias de la política, no ha recibido de esta generación universitaria el socorro espiritual que estaba obligada a prestarle.

"El indio, cuya sangre corre en mayor porcentaje que cualquier otra, por las venas de todos los cuzqueños nativos, cualquiera que sea su rango social, tampoco ha merecido un gesto de piedad de nuestros herméticos estudiantes.

"Lo primero es la incomprensión de lo que significa ser universitario.

"Seguramente nuestras viejas comadres, educadas en las porterías de los ociosos beaterios, que, como garras del pasado, superviven en lejanos barrios de la ciudad, jurarían que un joven estudiante, si quiere alcanzar provechosa carrera, debe oír misa todas las mañanas, saludar humildemente a las autoridades, desde el inspector de policía de la esquina hasta el Prefecto del departamento, besar las manos casi siempre puercas, de cuanto fraile o clérigo tripudo pase a su vera, machacar sus cursos hasta repetir sin un punto la lección, adular a maestros y examinadores para ir saliendo, con la nota de joven virtuoso y aplicado, y luego, en posesión de todos los títulos doctorales, merecer, en calidad de lacayo, la protección de los poderosos y ganarse alguna pitanza irrisoria que le permita usar chaquet de diario, comer carne y echar vientre repleto de fermentos de jora destilada". (8)

Esta "Admonición y conjuro", como llama el autor a esta fustigación, define exactamente el pensamiento de la generación vecentista, pensamiento que influye, en parte, en la muchaque debe insurgir el año 23. Todavía se piensa — y es lógico hablar — de la revancha, de la politiquería criolla, de la auto-universitaria barrida por Leguía que, precisamente el año del río, se sentía más poderoso que nunca; de la clase obrera a la que se alude con epítetos denigrantes y del indio con una humanidad pero no como profundo problema social que se ignore, y que, por consiguiente, se equivocaba su solución.

vé Angel Escalante: "Admonición y conjuro". "La Sierra" 6, II Época. Cuzco, 28 de julio de 1921.

En la nota marginal que F. C. (posiblemente Félix Cosío), escribe presentando el artículo de José Angel Escalante, también se incide en las relaciones obrero-estudiantiles, pero desde un punto de vista de élite, ya que se afirma "que éste —el pueblo— no ha querido acercarse a la juventud" pero que se insistirá en el llamado.

El verbo candente de José Angel Escalante, puede no interpretar con exactitud el clima de anunciación que se vivía en aquellos años. Era más, una explosión personal un tanto espectacular, destinada a la "barra". Pero revelaba una conducta. Tenía el mérito indudable de ser una definición. Y estaba escrito por un paladín que había sido actor y no mero espectador. Habíase metido en el infierno mismo de la lucha y afrontado todas sus consecuencias. No fue neutral. Equivocado o no, tuvo el coraje de enfrentarse a la prepotencia y de encararse al tirano y sus secuaces. Vale la pena reproducir los conceptos escritos por Escalante, hace 34 años. Su llamado a la juventud es vibrante. Su condena enérgica y lapidaria a los universitarios serviles y oportunistas, tiene, casi medio siglo después, una vigencia que anonada. Da la impresión que los males de ayer, —el lodo, la inmundicia, las traiciones que abrumaron las almas de los jóvenes mercaderes de antaño—, subsistieran siniestramente a través del tiempo con toda su lacra de corrupciones increíbles.

"Los universitarios, compenetrados con las necesidades nacionales, sumándose a los elementos que constituyen la nacionalidad misma, sintiendo las pulsaciones del amor patrio, están obligados a intervenir desde el plano superior de los principios y de las doctrinas, en todas las cuestiones que afectan a la vida y al porvenir del país. Las universidades no son fábricas de doctores que carezcan de energías y de preparación para intervenir en la vida nacional, sino estadiums donde, en sanas y sabias gimnasias del carácter y de la inteligencia, se preparan los futuros luchadores de la vida real y efectiva de la nación. No queremos mamarrachos de levita, sin masculinidad, sin bríos, sin guapeza ni gallardía que se agobian despestañados sobre las aguas muertas de una actividad puramente libresca, sino hombres enteros, caracteres disciplinados, pujanzas viriles, sujetos de acción que vayan audaces y resueltos, a las labores constructivas de la vida, a obrar, bien o mal, pero a obrar, no a masturbarse el cerebro con las sutilezas de una crítica infecunda.

"Juventud que se coloca al margen de la lucha y que, desde la playa gris de sus disquisiciones puramente especulativas, contempla el recio oleaje humano, sin requerir los músculos del entendimiento y las facultades creadoras del brazo para sumarse a las fuerzas vivas de la colectividad que edifican afanosamente el mañana, es indigna de tal nombre, y apenas si debería enrolarse entre los castrados monaguillos del culto pontificio. Juventud es fuerza, es potencia, es energía, es exceso y rebalse de savia vital; debe ser también vo-

luntad, disciplina, acción creadora, fecundidad espiritual, noble arres- to y gallardía para defender sin convencionalismos cobardes y aco- modaticios, los postulados del derecho y la intangibilidad de los prin- cipios.

"Son cretinos, domesticados por el pan burocrático, los que pre- dican el apartamiento de la juventud de las luchas políticas. Preci- samente, porque nuestra política tropical y mezquina nos lleva al abismo, es que la juventud debe intervenir en ella para tocarla de idealidad, para situarla en el plano de las altas conveniencias nacio- nales, para depurarla de las escorias que la maculan, para hacer jus- ticia y construir patria, a base de nobles orientaciones doctrinarias. Debe llevar a las arenas caldeadas de la política el sano germen pro- lifico de sus estudios y de su preparación científica. Porque la polí- tica está contaminada de las sucias pasiones de los viejos corrompi- dos y amorales que intervienen en ella, es que los jóvenes deben, como Cristo en el templo, flagelar las duras conciencias de los fari- seos, oxigenar el ambiente y encauzar la vida nacional por canales de justicia y honradez.

"Es ésta una ALTA POLITICA que la juventud, mejor que nin- gún otro factor, puede llevar a la práctica. Es la política que no tie- ne nombres propios, que no calcula con habilidad de judío presta- mista, que sólo quiere el bien de los pueblos, que busca y anhela la colaboración de todos los hombres capaces, honrados y buenos, que no sabe de fronteras ni de clasificaciones fulanistas, que no quema incienso en las alturas del poder, ni adula, ni miente, ni tolera co- rrupciones, ni atentados contra el derecho ni contra los principios tu- telares de la sociedad. Esa alta política, puede y debe ensayar la juventud olvidando que los gobiernos suelen obsequiar puestos ren- tados con centavos fiscales a los universitarios dóciles, pervertidos y aduiones". (9)

Los novécenistas habían realizado, gran parte de ellos, obra investigación significativa y valiosa. Por entonces, (1911), Luis E. Rcel había ya publicado su valioso ensayo "*Kon, Viracocha y cámac*"; Humberto Luna su "*Paidología del niño cuzqueño*"; García un trabajo revelador de futuras investigaciones: "*El ar- aico*"; Félix Cosío: "*El curso de las civilizaciones primitivas del* . José G. Cosío en ensayos y artículos publicados en la prensa cuzco y de Lima, y en las revistas universitarias, enfocaba el o de las generaciones de intelectuales cuzqueños y se adentra- i investigaciones literarias del pasado colonial. La contribución cultura general del Cuzco con la obra de nombres tan ilustres

como los de Miguel Corasao, Fortunato L. Herrera, Antonio Lorena, hace por consiguiente, innegable reconocer lo que de pioneros y sembradores de inquietudes, de acuerdo a la época que se vivía, abona a favor de los caudillos novecentistas.

De ellos, pocos incidieron en la acción. Pero, incluso la acción que pregonaban algunos de los capitanes estudiantiles, era más algarada que rumbo ideológico. Tenía más de gesto teatral, de arrebatado moceril y jactancioso, útil para el desplante y la plaza pública, que de afirmación de ideales, elaboración de programa, desvelo de ruta descubierta o tenacidad para seguir abriendo trocha que perder. Por otra parte, tampoco se les podía exigir otra cosa. Estaban en su papel. Fogosa agresividad en el ademán irrespetuoso y levantisco, en el discurso y el panfleto irascibles, pero sin médula de doctrina, sin sustancia reveladora de búsqueda y de ahincamiento en lo propio.

Por esa época comenzaba a hablarse del indio y su tragedia, pero sin ahondar en el meollo del problema. El indio era un pretexto para fustigar al cacique político, para denostar a los encomendados feudales, para arremeter, indistintamente, contra la "trinidad nefasta" agitada como bandera por el verbo lapidario de González Prada: el cura, el tinterillo, el gamonal. Y era explicable que fuese así. Pero surge repentinamente la carnicería del 14 y todas estas contradicciones hacen crisis y obligan a los portaestandartes de ayer a definir posiciones. Es entonces que los términos de la polémica ideológica se aclaran y se exige a quienes se sienten conductores que busquen un camino u otro. Los años previos de tanteo, de indefinición, de no saber a dónde se va ni por cuál camino, se agudizan violentamente.

La generación que irrumpe inopinadamente el 23 tiene, entonces, ante sí, una grave responsabilidad. El mundo, sacudido por la hecatombe de la Revolución Rusa que procuran aplastarla en todos los frentes sin conseguirlo, tiene que enfrentarse a una dura y dramática realidad: el nacimiento brusco e impetuoso, en plan de desafío, de una clase social compacta, resuelta a conquistar su propia emancipación y a implantar sus propias condiciones: el proletariado.

Al Perú, más específicamente, al Cuzco, los ecos de la batalla histórica que se libra en las fábricas, en los talleres, en las barricadas callejeras, en las asambleas de los sindicatos llegaban amortiguados por la distancia.

La clase obrera del Cuzco, era calificada por uno de los conductores novecentistas, de *"ignorante, viciosa, dispersa, sin solidaridad ni organización siquiera gremial, anarquizada y entorpecida por*

gestiones de la política". (10) Se explica, entonces, que algunos miembros del grupo de la "Asociación Universitaria", en su órgano de prensa "La Sierra", crean en el destino rector de las universidades peruana es la única que "prepara a las generaciones que han de tomar a cargo la dirección de la cosa pública" (11). Y que se arremetió a la "tiranía irresponsable del número", tal como lo quería Rodó, consistiendo, por consiguiente, el manejo de la cosa pública por las

Cuando en esos años de transición se luchaba, por una parte, contra el gobierno de los selectos y el sometimiento de las masas a los caprichos por la naturaleza y por otra, se clamaba por la educación para el pueblo, se respondía consecuentemente al planteamiento ideológico hecho en Lima por la generación académica, universitaria, aristocrática que patrocinaba la superioridad de las minorías privilegiadas. Ese mismo concepto exclusivista, esa actitud desdeñosa por los humildes, ese afán superior de repartir cultura como si fuera una limosna y un favor; ese deseo de excluir a los más para seleccionar a los mejores, iba a recibir un poderoso impacto de gentes pertenecientes a la misma facción que, viviendo bajo la misma tienda de campaña, comprendieron más cautamente, con más sensibilidad, la verdadera actitud que debía adoptarse frente a una clase que no podía ser considerada como indigna de sentarse a la mesa de los reclamos humanos, sino a la que debía dársele la mano fraternal y comunitariamente. El problema, por consiguiente, era de ambiente espiritual, de herencia sociológica, de prejuicios sociales amontonados durante años. Frente a esa actitud equívoca y contraproducente, las nuevas generaciones iban a situarse en una posición rotundamente revolucionaria y beligerante.

Para los que amanecen el año 23, la compañía de los trabajadores era una consecuencia casi lógica y necesaria. Los estudiantes vanidosos, en un ambiente caldeado de levantiscas protestas, un clima propicio para la anhelada reforma universitaria.

—José Angel Escalante. *Rev. cit.*

—Roberto F. Germendia: "Los problemas especiales de la Universidad del Cuzco", "La Sierra", N° 6, 28 de julio de 1921, pág. 58.

CAPITULO IV

LA REFORMA UNIVERSITARIA

BUCEAR en la agitación promovida alrededor de la Reforma Universitaria será útil porque ella creó un clima social especialísimo que sirvió para gestar los primeros movimientos de masas que se produjeron en el Cuzco por aquellos años.

Antes de estudiar el proceso que le tocó vivir a la generación post-arielista, conviene penetrar en las convulsiones universitarias que estallaron en el país —particularmente en el Cuzco— de 1919 a 1924.

La revolución universitaria de Córdoba, Argentina, de 1918, es el chispazo que electriza a los estudiantes del Continente y que sacude la modorra de los viejos claustros de las Universidades peruanas. La clarinada argentina repercute en el país en un momento de crisis por la que atraviesa la oligarquía nacional.

Para quienes forman filas en las legiones universitarias del 23, la llamada que se lanzó desde la Casa de Trejo cordobesa sirvió para caldear un ambiente propicio a la insurrección y la barricada. Para la muchachada delirante y romántica, la Universidad era el símbolo de la regresión y el anquilosamiento estultos. Significaba la Bastilla del oscurantismo que defendía los intereses y los privilegios de las viejas castas feudales y oligárquicas. Había entonces, el deber histórico de abatir esa Bastilla.

Ningún movimiento más a propósito, entonces que el que brota alrededor de Leguía, quien, triunfante en los comicios generales convocados por Pardo, se afirma con el golpe militar del 4 de julio de 1919. Leguía que llegó en brazos del pueblo y de la juventud a la silla de la Casa de Pizarro, había ganado una batalla decisiva. Se cifraron en él las esperanzas de las clases medias y del pueblo. Leguía había conquistado el poder pero no había ganado las Universidades. La solariega y medieval casona de San Marcos, seguía siendo un reducto del "civilismo" batido en las urnas, arrojado de las calles.

Para Leguía, igual que para don Hipólito Irigoyen en la Argentina, la Universidad era el último baluarte que mantenían imbatible los retoños de los encomenderos de la Colonia. Había, entonces, que aplastar al adversario en todos los frentes. Había que no darle tregua.

El "civilismo" había perdido el poder político pero estaba re-
 to a mantenerse firme en la rectoría de la cultura nacional. Bien
 sabía que la tribuna de Bartolomé Herrera podía convertirse en
 foco de agitación permanente y peligrosa. Y ya era clásico —los
 hos lo habían confirmado— que del salón académico de San Mar-
 apenas había un paso de distancia al que fuera ocupado por el
 qués de los Atavillos. Se necesitaba, por consiguiente, impedir
 una casta unida por vínculos de sangre y económicos, que per-
 a en las ánforas sus esperanzas de continuar en el gobierno y
 fuera arrinconada por las culatas de los soldados insurrectos en
 nadrugada del 4 de julio, se recobraría intempestivamente para
 ver a la carga con renovados bríos. Para liquidarla en lo que a
 función de monopolizadora del pensamiento nacional se refiere,
 imprescindible darle el golpe de gracia en uno de sus más espec-
 larés y caros reductos señoriales: en el de la "inteligencia" refu-
 la en los monásticos claustros universitarios.

Para ese propósito, Leguía victorioso, —que incluso había agi-
 o como plataforma electoral la bandera de una reforma universi-
 a—, constituía un adalid y un capitán para las delirantes y enar-
 idas mesnadas estudiantiles.

Bien sabía Leguía que nada comprometía su situación en el
 ierno al acceder a las demandas de la muchachada estudiosa.
 s demandas, como en algunos aspectos de las planteadas en Cór-
 a, no llegaban al fondo del problema. Las exigencias estudianti-
 se contentaban con que sean realidad la supresión de listas, la ex-
 sión de profesores estólidos, anquilosados en la enseñanza, la cá-
 ra libre y la participación estudiantil en el gobierno de las uni-
 sidades.

José de la Riva-Agüero, refiriéndose a este mismo problema,
 resaba 45 años atrás, lo siguiente:

"Es indudable que la Universidad de Lima se encuentra atrosa-
 dísima en comparación con las del extranjero, aún cuando, por des-
 gracia, puede parecer una maravilla de adelanto si se la compara con
 nuestras deplorables universidades menores. Los métodos de ense-
 fianza y prueba son inapropiados, antipedagógicos y vetustos. Hay cá-
 tedras en que los programas y materias profesadas se inmovilizan y
 petrifican. En otras, al contrario, agobian la incorrección y el fárrago.
 Y lo peor de todo es la esterilidad, el marasmo que reina, la falta de
 espontaneidad y originalidad en las ideas, el silencio de la inercia, el
 plomizo ambiente, la desolación glacial en que no nace un libro, ni un
 folleto, ni un ensayo, ni siquiera una palabra vibrante". (12)

(12).—José de la Riva Agüero: "La Reforma Universitaria". "La
 Sierra", órgano de la Asociación Universitaria del Cuzco, Nos.
 3 y 4, julio y agosto de 1910.

La maniobra política de Leguía que le sirviera para que más tarde fuera proclamado por los oportunistas que surgen en todos los movimientos generosos de la muchachada receido, como "Maestro de la Juventud", tuvo el privilegio de apaciguar los ánimos con su célebre decreto de 20 de setiembre de 1919 en el cual se aceptan las demandas estudiantiles de cátedra libre rentada, supresión de listas, participación en los Consejos Universitarios y expulsión de profesores incompetentes.

Estas primeras conquistas estudiantiles tuvieron la virtud de unificar a los espíritus mozos y darles alas para nuexas exigencias y otros planteamientos. En el Congreso estudiantil del año 20 celebrado en el Cuzco, por ejemplo, se plantea la creación de las Universidades Populares que no es sino calco de lo que se había hecho en la Argentina.

A pesar de cualquier ribete demagógico que pudo tener esta sugerencia aceptada por el Congreso del Cuzco, marca, sin embargo, una etapa decisiva en la transformación de la mentalidad estudiantil respecto a los trabajadores.

Ya mencionamos en capítulo anterior, de cuál era el pensamiento y la actitud que adoptaban los universitarios frente a la clase obrera en particular, y frente al pueblo en general. Con el Congreso estudiantil del año 20, la mentalidad universitaria no ha virado en 180 grados pero, obligada por las circunstancias y por el desarrollo de los acontecimientos, adopta una posición que no es la misma que tuvieron los penates de la generación del novecientos.

Entre los célebres catorce puntos aprobados en el Congreso del Cuzco relacionados con la creación de las Universidades Populares, está, por ejemplo, el número 4 que dice:

"La Universidad popular tendrá la intervención oficial en todos los conflictos obreros, inspirándose en los postulados de la justicia social".

y el número 6, que expresa:

"La enseñanza estará exenta de todo espíritu dogmático y partidarista".

Es evidente la desorientación que predomina en la conciencia estudiantil de aquellos años. El movimiento de reforma es un romántico gesto que no tiene respaldo sustancial ni ideológico. Pero el del Perú no es el único caso. Los adalides de la reforma argentina adolecen de lo mismo.

El maestro y profundo ensayista argentino, Aníbal Ponce, en su trabajo en el que analiza la Reforma Universitaria de Córdoba, expresa estos conceptos que pueden inscribirse en el frontis de los movimientos reformistas de aquella época.

"Las masas estudiantiles que tomaron por asalto la vieja Universidad no carecían, sin duda, de banderas; pero las enseñanzas de "novecentismo" no eran nada más que vaguedades que lo mismo podían servir —como quedó demostrado— a un liberalismo discreto que a una derecha complaciente. El estudiante argentino que acometió la Reforma sabía arrastrado por el presentimiento de las grandes obras, más no acertó a definir la calidad de la fuerza que lo impulsaba. Gustábase fraternizar con el obrero, participar en el mitin de la huelga, colaborar desde las hojas de vanguardia. No se sentía, sin embargo, proletario; restos de la vieja educación teníanlo apresado todavía, y aunque a veces se le escuchaba el lenguaje de la izquierda, reconocíase muy bien que era aprendido. El obrero, por eso, lo miró con simpatía, pero sin fé; la burguesía con desconfianza, pero sin temor. Con una aguda noción de sus intereses la clase conservadora de la Universidad lo sedujo con su política, lo conquistó con sus prebendas, lo corrompió con sus vicios. Clamorosos paladines de la revolución fueron así llamados a silencio; pasáronse otros a las filas enemigas con increíble impudicia; la sana minoría de estudiantes que había puesto en la reforma toda la ilusión de los veinte años, la vió de esa manera convertida en un fácil trampolín de oportunistas y adulones". (13)

Por otra parte, desde diferente ángulo de apreciación pero dando plenamente con el pensamiento medular del maestro Ponce, el autor de "*La Escena Contemporánea*", estampa en sus *Ensayos* estos conceptos:

"La actitud de los estudiantes ante el conflicto entre la Universidad y el Gobierno, demostró que reina todavía en la juventud universitaria una desorientación profunda. Más aún: el entusiasmo con que una parte de ella se constituía en claqué de Catedráticos reaccionarios, cautivada por una retórica oportunista y democrática —bajo la cual se trataba de hacer pasar el contrabando ideológico de las supersticiones y nostalgias del espíritu colonial— acusaba una recalcitrante reverencia de la mayoría a sus viejos dómnes". (14).

Los planteamientos de la Reforma Universitaria han servido verdadera para todos los movimientos que se gestaron en el país

Aníbal Ponce: "*Un examen de conciencia*". Buenos Aires, 1928.

José Carlos Mariátegui: "*Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*".

aqueños años y que, en el fondo, no implicaban un indeario ni se amparaban en una doctrina que fortaleciese una reivindicación genuina y específicamente estudiantil.

La agitación universitaria del 23 de mayo de 1923, por ejemplo, tipifica la indole de los pronunciamientos estudiantiles. Ricardo Martínez de la Torre, en su interesante y documentadísimo estudio *"De la Reforma Universitaria al Partido Socialista"*, explica el sentido de la protesta del 23 de mayo con estas palabras:

"Leguía trató de recuperar su prestigio apoyándose en el elemento clerical. Lisón, el Maquiavélico y financista Arzobispo de Lima, propuso una atrevida jugada que representase, de un lado, la satisfacción de las ambiciones personales del Presidente, y de otro, el robustecimiento del poder político de la Iglesia. Insinuó el proyecto de consagrar el Perú al Corazón de Jesús. Con esto, el astuto Arzobispo creía granjearse para Leguía no sólo el apoyo decidido del clero, sino también el de las masas católicas. Leguía, hombre de negocios, audaz, que llevaba a la política una psicología de jugador de carreras, como decía Mariátegui, no titubeó en apostar a este caballo.

"La jugada era arriesgada. Los riesgos en caso de vencer, bien compensados quedaban con el resultado. Leguía se lanzó a la aventura, acaso un poco precipitadamente.

"El proyecto tenía que afrontar muchas resistencias. La principal fué la unificación de la oposición para hacerle frente. Liberales, civilistas, ciertos grupos leguistas, anticlericales, masones, protestantes, anarquistas, anarco-sindicalistas, universitarios y la Y. M. C. A. se juntaron para dar la batalla común". (15)

El sentido de la asonada estudiantil del 23 de mayo, puede estar explicado en esta moción que fue aprobada por unanimidad en la Asamblea que se realizó en Lima, la víspera del 23 de mayo y que por su carácter histórico la reproducimos:

"1º.— Protestar públicamente de la consagración de la República al culto del Corazón de Jesús.

"2º.— Pedir la separación absoluta de la Iglesia y el Estado.

"3º.— Gestionar la reforma del Art. 5º de la Constitución en el sentido de reconocer expresamente la libertad de cultos y declarar que el Estado no profesa ni protege religión alguna.

"4º.— Buscar la reforma de la actual enseñanza dogmática por medio de leyes que supriman las prácticas y cursos religiosos de carácter obligatorio, reemplazándolas por principios morales que eduquen el alma para la razón, para la tolerancia y para el ideal.

(15).—Martínez de la Torre: *"De la Reforma Universitaria en el Perú"*, Ediciones "Frente". Lima, 1943.

"59.— Pedir la inclusión en el nuevo Código Civil, de la obligación del matrimonio de carácter civil, con prescindencia de todo acto religioso, de la institución del divorcio, ya aprobada por el Congreso y la supresión de los tribunales eclesiásticos que constituyen un atentado a la soberanía nacional.

"69.— Conseguir: la dación de leyes especiales sobre el clero que limiten sus facultades y exijan requisitos en el ejercicio de sus funciones, de manera que se forme un sacerdocio capaz de comprender y vivir su religión al margen de la vida civil y política del país.

"79.— Solicitar la supresión absoluta de los titulados "derechos parroquiales", que son la explotación más innoble de los dolores y necesidades humanas; y el cumplimiento severísimo de las leyes que exigen en los párrocos la nacionalidad peruana.

"89.— Gestionar la supresión de la sección 1ª del libro tercero de nuestro arcaico Código Penal, sobre los llamados delitos contra la religión católica; y

"Finalmente acuerda: la propagación de ideas científicas y de moralidad que tiendan a disipar las infantiles supersticiones y absurdos dogmáticos que impiden el libre desenvolvimiento del espíritu humano; y hacer un fervoroso llamado a todos los estudiantes de la República, a todos los hombres de elevación mental y moral y a las instituciones que se interesan por estas reformas, para que colaboren decididamente en el triunfo de ellas que prepararán el terreno para reformas posteriores de carácter económico y social".

El estallido estudiantil del 23 de mayo, tuvo la virtud de galizar los ánimos de la juventud de todas las universidades del s. La protesta contra la entronización del Corazón de Jesús, pudo, el fondo, ser un pretexto. Había un clima antileguísta que ganó adhesión decidida de los estudiantes. En los cuatro años de su gobierno, Leguía había empezado a sacar las garras. Los métodos preanos de su gobierno provocaron la indignación encendida de la muchachada levantisca. Pero se ganó una conquista: la unidad emocional de los estudiantes con los obreros que Martínez de la Torre enta con estas palabras:

"Esta alianza dió a toda la jornada iniciada el 23 de mayo, su fondo heroico. Los estudiantes fueron y se mantuvieron en la lucha con el coraje que le imprimían sus aliados. La fuerza, la decisión, el valor del 23 de mayo arranca de la masa proletaria que lo animó. Los estudiantes tomaron de ella su virtud, su aliento. Sin los obreros el 23 de mayo hubiera sido una algazara como tantas otras, con muertes o sin ellos. El proletariado marcó la nota sostenida de energía y valor. Permitió a los estudiantes portarse con este mismo valor y esta energía misma.

"Fueron obreros los que arrancaron los cadáveres de manos de la policía. Fueron obreros quienes los condujeron, penosamente, soportando cargas de caballería, desde la Morgue a la Universidad.

Fueron ellos los que hicieron de la Universidad en su poder, compartiéndola con los estudiantes, un baluarte de resistencia. Fueron ellos los que con el paro general, les llevaron al cementerio. Fueron ellos, por fin, quienes conquistaron la victoria, obligando a Leguía y su Arzobispo a dar paso atrás, anulando la proyectada consagración". (16)

En el Cuzco, como en otras ciudades del país, se sintió en carne propia la represión brutal de la dictadura. Y fueron los estudiantes quienes tuvieron que soportar, los primeros, la iracundia de los esbirros de Leguía.

Pero aquí vale destacar una circunstancia: antes que las jornadas obrero-estudiantiles del 23 de mayo en Lima encendieran la chispa de la insurrección juvenil, en el Cuzco se había dado la clarinada de alerta con una encendida catilinaria, que en abril todavía del mismo año, había pronunciado el escritor Luis Velazco Aragón. "*La verdad sobre el fango*". fue uno de los más flamígeros, violentos y valientes panfletos que se escribiera entonces contra la dictadura. Aparte del mérito significativo, de ser el primer documento valiente que se lanzó en pleno rostro de la tiranía, de la calidad sustancial del mismo por los conceptos que contenía, tenía otro innegable, profundamente trascendental: "*La verdad sobre el fango*" fue leído por su autor en plena plaza pública, en el atrio de la Catedral del Cuzco, ante el pueblo y los estudiantes congregados, en una actitud de franca beligerancia y de abierto desafío a las fuerzas de represión del leguismo, "*La verdad sobre el fango*", desde este aspecto, significa el "*Rompan Fuego!*" de la oposición contra Leguía y sus adláteres. Después vino el 23 de mayo, cuando ya el Cuzco estaba de pie enfrentándose corajudamente, dando ejemplo de civismo altanero e indoblegable, luchando en las calles contra el poder y sus sayones.

La revuelta de la juventud había estallado en el Cuzco y la represión no se hizo esperar. Luego de la conferencia de Velazco Aragón vinieron las persecuciones y los apresamientos. La prisión del Rector de la Universidad, Eufrazio Alvarez, desató los cauces de la ira estudiantil y se produjeron las dramáticas jornadas del 3 de junio de 1923. Los líderes de la "*Asociación Universitaria*" fueron los primeros en sufrir medidas drásticas y punitivas. "*La Sierra*", órgano de la "*Asociación Universitaria*", se convirtió en la tribuna de los rebeldes. Pregonando su credo federalista y señalando al centralismo limeño como al responsable de todos los males que sufría la nación, expresaba:

(16).—Martínez de la Torre, Ob. cit.

"Añadamos a todas las heridas señaladas, a las heridas abiertas por el absorcionismo centralista, el estado de cosas actual; enmordazada la prensa si no con la dádiva, por la fuerza bruta; acallados los gritos de sana rebeldía en los espíritus que no quieren transigir con el crimen erigido en poder dictatorial y mediocre; abiertas de par en par las puertas del destierro y las cárceles para quienes reclaman un derecho o anatematizan el abuso; afilados los sables y fundidas las balas para asesinar a la clase obrera y estudiantil en nombre del orden público violado por los mandones que acusados por su propia conciencia, quisieron consagrar el país al Sagrado Corazón de Jesús probablemente en la inteligencia de que se hallaba moribundo y en el cielo podría gozar de la tranquilidad que en la tierra le roban los fariseos del poder, consagración que ha marcado de negro la historia con el paso de la sotana ensangrentada en las viriles jornadas de la policía y la gendarmería de Lima, Trujillo y Cuzco, y obligar a la juventud estudiantil la labor de luchar decididamente por la conquista de aquello que aún no conoce el Perú: LA DEMOCRACIA". (17)

La juventud mantuvo al tope sus pendones generosos. Acaso por la primera vez, la Universidad se volcaba a la calle con el propósito de confundir sus ideales románticos con las viejas esperanzas que anidaban en el espíritu del pueblo. En diciembre del año 23, la revista "La Sierra" publicaba un Manifiesto de la "Asociación Universitaria" firmado por Manuel D. Velasco Núñez, Presidente de la asociación, desterrado por el gobierno de Leguía, en el que se convocaba a la juventud estudiosa a una lucha desembozada contra la Aruvian Corporation que quería imponer en el Cuzco elevadas tarifas, a la vez que se propiciaba:

"...un paro general que tenga por objeto poner de manifiesto ante el gobierno, que no permitirá de ninguna manera la vigencia de las ya tantas veces mencionadas tarifas y que no cesará en sus propósitos mientras no las derogue el mismo gobierno que las aprobó sorpresivamente con detrimento de la vida económica de una región de riquezas incalculables, a la que se le sentencia de muerte.

"La Juventud Universitaria está decidida, y lo manifiesta de manera oficial, a librar esta campaña conjuntamente con el pueblo, porque cree que llena uno de los fines que le marca su sitial intelectual". (18).

En esa misma oportunidad, la juventud aprovechó para enfrentarse al "Estando de Alcoholes", la tremenda alza de los derechos

7).—"La Sierra", Nota Editorial, N° 9, Año XIV, Cuzco, diciembre de 1923.

8).—Manifiesto de la "Asociación Universitaria", "La Sierra", N° 9, Cuzco, diciembre, 1923.

aduaneros y la tarifa postal y telegráfica, con tanta mayor razón cuanto que ni se construyen obras públicas ni se paga a los empleados". (19).

Naturalmente que la rebeldía estudiantil tuvo que soportar en recompensa, la feroz represión de la dictadura. Manuel D. Velasco fue apresado y luego extrañado del país. Tan drástica medida, una de las primeras de la serie de atropellos que iba a cometer el gobierno contra los jóvenes líderes universitarios, mereció un encendido y fraterno mensaje de la Federación de Estudiantes del Perú, suscrito por su entonces Presidente, Manuel A. Seoane y Oscar Herrera, Secretario, y que iba dirigido a los estudiantes de América y cuyos párrafos finales, porque es un documento para la historia, vale la pena reproducir:

"Camaradas: Manuel Velasco Núñez marcha hoy al destierro por capricho del Déspota; se le enrostra el seudo delito de ser uno de los adalides del gran movimiento restaurador; sus palabras de fustigación y esperanza les dirán a ustedes, mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros, cuál es el temple de su voluntad enhiesta. Genuino representante de la juventud cuzqueña que lo eligiera Presidente de su Institución representativa, él les revelará a Ustedes, el esfuerzo y el valor de los que bregan allá, en el solar de nuestra raza.

"Camaradas: por el ideal hispano-americano de hoy y de mañana, salud y agitación. Lima, noviembre 14 de 1923". (20)

El Cuzco, entonces, por la gallardía de su juventud, por las batallas callejeras libradas contra los polizontes, por el heroísmo de su pueblo, concitó el respeto y la admiración de los estudiantes de las otras Universidades del país. En ese clima de combate e insurrección de los espíritus, surgen, como dirigentes de la juventud, como pregoneros de sus ideales, nombres como los de Casiano Rado, Oscar Velarde, Alberto Delgado, Luis Yábar Palacio, Rodendo Callo Ortiz, Atilio Sivirichi, Celestino Gil, Alfredo González Willis, Sixto Coello Jara, Luis Villa, Leonidas Aguilar, Rafael Flores, Julio C. Luna, Julio Corasao, Juan J. Teves, Nicanor Dueñas, Nemesio Quintanilla.

Comenzaba a ser realidad la unidad de los estudiantes con los trabajadores. Antes, dos años antes, los universitarios, desilusionados, se lamentaban de que el pueblo no fuera hasta ellos. Pero no era el pueblo el que tenía que ir donde estaban los estudiantes que,

(19) — "La Sierra", Manifiesto cit.

(20) — "La Sierra", N^o cit.

Después de todo, no siempre habían sabido interpretar los anhelos y las reivindicaciones de las grandes masas populares. Y es que hacía falta que la muchachada levantisca saliera a la calle, tomara contacto con la vida que bulle en los barrios de los artesanos, con el dolor que quema en los humildes cubiles de los desheredados.

El argentino Julio V. González, lo expresa certeramente en su libro "*La Reforma Universitaria*", cuando dice:

"La renovación universitaria fué bien pronto renovación social; el repudio revolucionario de los hombres de autoridad, reclamado dentro de la casa de estudios, lo fué igualmente y en el mismo tono frente a los que sojuzgan en la sociedad; la condenación del oscurantismo religioso que ahogaba la libertad de conciencia desde la cátedra, se repitió ampliando su eco contra el mismo que asfixia desde el púlpito y desde el seno de la clase aristocrática; el desprecio hacia los maestros del aula, se trocó en el escenario nacional, en un hondo e irreconciliable divorcio entre la nueva y la vieja generación; el nuevo sentido de la democracia, creado sobre nuevos conceptos de disciplina, jerarquía y voluntad popular, enunciados como base de la llamada democracia universitaria, fué lema de combate del ambiente social, evidenciados en forma de una interpretación propia de las fuerzas vivas de la comunidad". (21)

Es desde esos instantes que los conflictos que sacuden el alma colectiva del pueblo, tienen eco fervoroso en los claustros de las viejas Universidades que vivían anquilosadas y ajenas a los grandes problemas sociales que sacuden a la nación. Martínez de la Torre, al analizar el movimiento argentino, expresa que "... el juego de las fuerzas sociales dentro del país, se prolonga en las Universidades", pensamiento que no hace sino corroborar el de Julio V. González que afirma que "los estudiantes regresaban a la casa de estudios llevando el espíritu de la obra realizada en la calle, impregnados de la sensibilidad popular, con el sello de la realidad ambiente, en las palpitaciones del alma colectiva".

No importa que este clima de insurgencia no llegue a cristalizarse en la obra madura o en la renovación profunda que ansían las generaciones que se dieron a la lucha con emoción, con desinterés, con nobleza. No importa, incluso, que el movimiento de aquellos años haya tenido sus desertores, sus tráfugas o sus Judas. Es casi lógico que así suceda. Más aún. Es posible que muchos hayan sido los que se aprovecharon en beneficio propio del sacrificio genero-

(21).—Julio V. González: "*La Reforma Universitaria*", Buenos Aires, 1927.

so de la juventud. Lo importante es que se dió un paso al frente, cuando lo más cómodo hubiera sido mantenerse al margen de los hechos, encastillados en una risible, mezquina y egoísta "torre de cristal", esa especie de balcón de los espectadores que escogen los tímidos, los híbridos o los neutros.

Cuando se tuvo que hablar, la juventud del Cuzco dijo su palabra candente y se jugó íntegra por ella. Cuando fue preciso saltar al infierno de las grandes manifestaciones populares, los jóvenes estuvieron allí con el ejemplo, símbolos de dignidad y de coraje. No se podrá decir, entonces, que callaron culpablemente. Ahí están los nombres de los abanderados de aquellos años que fueron los de la siembra, la chispa que prendió la movilización general de los espíritus.

CAPITULO V

LOS AÑOS DEL PLANTEAMIENTO Y DE LA SIEMBRA

ASI como el período 1921-1923 sirvió para promover a la acción a la juventud de entonces, que tuvo el privilegio de encender la hoguera de los idealismos, de poner de pie a los escépticos y a los pusilánimes, de iniciar la marcha por la ruda senda de las demandas sociales, el período 1924-1928 sirvió de tónica, de pauta para que los exaltados ánimos románticos buscaran una definición precisa a sus anhelos, trataran de encontrar un derrotero que fuera la explicación de sus dudas o la solución de sus propios destinos.

Desde 1921 hasta comienzos de 1924, el centro motor, el impulso creador, la raíz de todas las conmociones había sido la "Asociación Universitaria". Los líderes de aquellos años, Julio Corasao, Genaro Fernández Baca, Domingo Velasco, Atilio Sívirichi, Alfredo González Willis, Manuel D. Velasco Núñez, Casiano Rado, Sixto Coello Jara, Luis Yábar Palacio, Juan Manuel Delgado, Luis Llanos, Abel Willis y otros ya mencionados, habían provocado la santa insurgencia y desgarrado los velos del templo. Pero es recién

En 1924, con la aparición de la Revista "Kosko" que pilotean Luis Felipe Paredes y Roberto Latorre —Luis Yábar Palacio sólo figura como Director-Literario de los primeros números— cuando la explosión intelectual llega a su clímax en el Cuzco y los poetas, los escritores, los estudiantes empiezan a procurar una ubicación frente a los acontecimientos que se suceden en el país y en el mundo.

En su momento, las Revistas que aparecieron en la escena literaria cuzqueña, cumplieron su cometido con gallardía y dignidad. Basta señalarlas para medir la importancia de ese suceso: "La Sierra", en su segunda etapa de vida, bajo la dirección, al parecer, de Félix Posio (Tomo III, Nº 6, Segunda Epoca, 28 de julio de 1921, Cuzco), la que en ninguna de las páginas de la Revista aparece el Director de la misma, y de Luis Yábar Palacio en los números posteriores; "Más Allá..." (1922-23), que tenía una Dirección rotativa en la que figuraron G. Alfredo González Willis, Elsa Esther María Castro, Luis Yábar Palacio; "Letras" (1923), bajo el comando de Rosendo Callo Ortiz, que era órgano de la "Asociación Letras" cuyo Presidente era Emilio Sivirichi y que fue la institución que organizara los primeros Juegos Florales del Cuzco que consagraron a Alberto Delgado y que patrocinó un Concurso Literario en prosa, que lo ganaron dos arequipeños: Alejandro Ar'spe ("Loredán"), Primer Premio, y el poeta Alberto Guillén ("El Divino Prometeo"), Segundo Premio.

Estas revistas no sólo fueron exponentes honrosos, valientes y vivos de las inquietudes literarias de aquellos años, sino que, a la vez, —y esto constituye un legado significativo que no es posible olvidar y que las generaciones actuales desconocen en absoluto— sirvieron de tribuna y de bandera a los anhelos federalistas de los cuzqueños, a las ansias reivindicadoras de su juventud, o los postulados defensores de su pueblo. No fueron revistas exclusivamente literarias. El problema social candente de esos años fue recogido por ellas con altivez y coraje. Quedan para la posteridad páginas gallardas y maneras que honran a los intelectuales de aquellos tiempos dramáticos, pese a la dictadura que descargaba brutalmente la represión contra los vigías del pensamiento. Esos reductos de la inteligencia cumplieron con dignidad la misión que se habían propuesto.

Por la primera vez, en la historia del Cuzco, en una de esas revistas, se estigmatiza al enemigo común de las patrias que nacieron bajo el impulso creador de los Libertadores. En el Editorial de una de ellas, se dice, vaticinando el porvenir:

"...La tendencia de las naciones hispanoamericanas debe ser el agruparse conforme al ideal de Bolívar, San Martín y otros grandes

hombres, para hacer frente al peligro común: el imperialismo yanqui, de cuya absorbente política tenemos sobradas pruebas". (22)

Los escritores fustigaban implacablemente. Tenían presentes los anatemas gonzálezpradianos. En sus páginas se intercalaban los pensamientos del autor de "Horas de lucha":

"¿Quiénes formaron la flor y nata de nuestros políticos? El médico sin clientela, el banquero en liquidación, el periodista sin suscriptores, el hacendado en ruina, el comerciante en quiebra, el ingeniero sin contratos, el militar sin hoja de servicios, y, señaladamente, el abogado sin pleitos. Son el verdadero enemigo. Con ellos se necesita no sólo el ataque general y en globo sino la expurgación individual para cogerlos uno por uno y practicar una vivisección moral". (Manuel González Prada).

Sixto Coello Jara, entonces estudiante, apuntaba con valentía, desnuda la palabra, en sus "Pensamientos":

"Donde quiera que domine la religión católica y la clerigalla parasitaria, la libertad muere en el patíbulo que se llama confesionario y es befiada por verdugos que se llaman clérigos y frailes". (23)

Pero, e, repetimos, con "Kosko" que el verbo candente y fustigador de los intelectuales cobra contornos implacables. "Kosko", como revista semanal, se anuncia en su primer número:

"...con una orientación fija, una senda clara y una convicción firme". (24)

Es interesante reflejar en estas páginas, el pensamiento que animaba a los conductores de esa publicación porque alrededor de ella, desde sus inicios con Luis Yábar Palacio y luego bajo la jefatura de Luis Felipe Paredes, para rematar en la dirección de Roberto Latorre, se agruparon bajo las banderas de "Kosko", los penates más significativos de la intelectualidad cuzqueña. "Kosko" tuvo el privilegio de agrupar, de abrir brecha, de sentar cátedra de honestidad y de rectitud, de dar ejemplo. Quienes escribieron en "Kosko" constituían los adalides del pensamiento joven y renovador de esta parte de los Andes peruanos. En esa trinchera formaron los más gallardos

(22).— "Más Allá...", Editorial, Director de turno: C. A. González Willis, Año I, N° 2, Cuzco, Julio de 1922.

(23).— Sixto Coello Jara: "Pensamientos", Revista "Más allá...", N° 6, Año II, Cuzco, julio de 1923.

(24).— "Kosko". Editorial, N° 1, Año I, Cuzco, 19 de mayo de 1924.

dores hombres de avanzada de aquellos tiempos. Su presencia trujo una lección de dignidad ciudadana y fue saludada con respeto por las generaciones de vanguardia del Perú y América.

En su primer número, "Kosko", estampaba esta filiación altiva:

"KOSKO" no tercia ni terciará nunca en política de banderas des-
teñidas en el sudor de los pueblos ni en esas colonias de parásitos
sociales que han convenido en llamarse partidos políticos que, como
los gusanos, sólo se desarrollan cuando la putrefacción de un orga-
nismo les promete abundante cena.

"En una democracia sana y organizada sólo caben dos partidos:
el conservador de cabeza encanecida que aún vive chupando los po-
zones ideológicos de la Edad Media, y el radical que despliega la
bandera roja de la regeneración; su lucha marca la pulsación de la
vitalidad de un pueblo. Y cuando la juventud no es retardataria o
indiferente, es radical porque es juventud". (25)

como definiendo la actitud de las nuevas generaciones, su
fuerza, su doctrina máscula, su paso de carga y su lucha sin
por sus más caros ideales, están estas palabras tremantes,
claras y terribles del más belicoso y demoledor panfletario de
su época:

"...mi serranismo es distinto al de esos que gritan Federación
y se inclinan al primer limeño que tropiezan. No soy de los que me
satisfago con loar lo incaico y con ello enervarme abúllico, como mas-
cando coca y soñando con un tiempo que fué. No odio a Lima; la
desprecio como a un paridero ulceroso que va matando la naciona-
lidad, pero no dejo por eso de combatir también la pasividad serrana
sin rebeldías y la piojera gamonalesca que enflaquece al indio.
Nuestro serranismo para ser tal, lo primero que tiene que hacer es
ser justo en la sierra. Sólo a ese precio de justo aquí se puede comba-
tir la oligarquía centralista de Lima que se ríe de nuestros arrestos
regionales, toda vez que ya cien años contempla la domesticación
del serrano por el costeño. Es decir la domesticación del
más fuerte por el más adaptado. Nuestro serranismo como tal debe
inspirarse en el símbolo trascendental de Túpac Amaru que deman-
dando justicia, muere rebelde en la demanda, antes que ser servil
artesano o palaciego". (26)

"Kosko", N° cit.

de Velazco Aragón: "Sobre Túpac Amaru", "Kosko", N° 18
co, 22 de octubre de 1924.

Por entonces, el Cuzco, ya en plan de insurgencia, asiste a la fundación de la primera Universidad Popular del Sur, antes que en Arequipa, muchos años antes, siete para ser precisos. (10 de mayo de 1924). En el acto inaugural, Luis E. Valcárcel, "representativo del pensamiento libre", manifiesta:

"Es la juventud eternamente generosa y abnegada, quien va a realizar la obra de elevación humana de hacer coparticipe al obrero de las verdades de la ciencia, de las bellezas del arte y de los postulados de la justicia". (27)

Por esos años, la mujer universitaria salta a la palestra con los mismos bríos que el hombre. Los ecos del feminismo británico, quizás algo tardíos y amortiguados por la distancia, son recibidos con entusiasmo por el grupo de muchachas que frecuentan las aulas de San Antonio Abad. Bajo el comando de Martha Alicia Yépez, se organiza el "Comité Feminista del Cuzco", que despliega gran actividad cultural y de capacitación entre sus integrantes. Con el propósito de propender a la liberación de la mujer, auspiciando el ambiente que le fuera propicio, el Comité Feminista organiza charlas culturales en las que participan destacados intelectuales cuzqueños y las propias socias. La mejor expresión de esas inquietudes, están traducidas no sólo en las colaboraciones que recoge el diario "El Comercio" del Cuzco, sino, sobre todo, en las columnas de "Albores", un periódico editado por las mujeres universitarias que revelaba las ansias de superación, los anhelos y el credo feminista de las dirigentes de esos años. En este propósito de ubicación y recuento, es bueno consignar, junto al nombre de Martha Alicia Yépez que fué la abanderada de entonces, los del grupo de mujeres que con su filiación y su batalla infatigable, señalaron un rumbo y enarbolaron una esperanza. Ahí están, acaso hoy injustamente olvidados, los nombres de Raquel y Camila Bocángel Montesinos, Rosa A. Rivero, Angélica Álvarez, Lucrecia Núñez de la Torre, Edelmira Guevara, Rebeca y Teresa Villa, Fortunata Jara, Justina Aranibar y otras.

Por su parte, las instituciones obreras resurgen animosas y encendidas. Se organiza el Sindicato de Choferes con Julio C. Pastor como Secretario General; el Club Deportivo Obrero bajo la presidencia de Antonio Carrasco; la Sociedad Fraternal de Carpinteros con Ignacio Peralta; el gremio de Zapateros con José L. Castro; los panaderos con Martín Pareja; los constructores con Juan

(27).—Luis E. Valcárcel: Discurso en el acto inaugural de la Universidad Popular. "Kosko", N.º 24.

os; y, por la primera vez, aparece una nueva organización, la creación de Tipógrafos, "a la manera soviética", según reza su declaración de Principios", teniendo como organizador, fundador y secretario General a Roberto Latorre. Y se lanza a todos los vientos la rebeldía el nuevo lema de la juventud: "Libertad y Federación. Sufragio efectivo. No reelección".

Soplan vientos de renovación. El pueblo se yergue sacudido por los anhelos de justicia. Los reclamos humanos de las muchedumbres tienen eco en los espíritus de la juventud libre que pregona su programa con valentía y audacia.

Cuando "Kosko" inicia su nueva etapa porque ha recibido el estímulo popular que le comunica vida, que le inyecta bizarria, que le da la permanencia y vigencia históricas, Luis Felipe Paredes, su Director, proclama que la revista:

"...aspira a ser la voz soberana de esta maravillosa región andina, de cuyo seno habrán de surgir y brotar alguna vez las renovaciones redentoras y los nuevos credos, porque todavía aquí no se han esterilizado las energías creadoras de la raza ni se ha perdido el influjo de nuestras montañas mayestáticas y la diáfana claridad de nuestro cielo perennemente azul.

"KOSKO" aprisionará entonces, en sutiles mallas, el máximo pensamiento serrano, potente, tormentoso, insuflado de oxígeno ancestral y fuertemente masculinizado". (28)

En "Kosko", aparte de sus animadores que ya hemos mencionado, colaboran y le prestan su cálida adhesión, Angel Vega Enrique, Luis E. Valcárcel, J. Uriel García, Miguel A. Nieto, Rafael Arce, Alfredo González Willis, José Frisancho, Luis Velazco Araujo, Lizandro Caller, Francisco Olazo, Agustín Rivero, Encino del Julio Luna, Juan Medina, José Castro. Son constantes las colaboraciones que envían Gamaliel Churata, Federico More, Haya Torre, Carlos Sabat Ercasty, Juan Parra del Riego, Raquel Cárdenas, Renato Morales de Rivera, César A. Rodríguez, y la de los señores José Sabogal, Camilo Blas, Domingo Pantigoso.

En sus páginas se registran los versos de Alberto Delgado, Lizandro Caller, Juan Manuel Delgado, Luis Adolfo Delgado, Rafael Arce, Roberto Latorre, Arturo Peralta, Dante Nava, Encino del Julio, Emilio Armaza y tantos otros.

"Kosko" cumplió con altura y dignidad una etapa preñada de inquietudes y de amenazas. Fué una antena perspicaz que vinculó a los intelectuales del Cuzco con los de América. Fue un hogar y una trinchera. "Kosko" agavilló inquietudes y disparó esperanzas. Quienes llegaron después, supieron recoger la siembra generosa y ubicarse bizarramente en un mundo pleno de deslumbramientos y conmociones sociales.

CAPITULO VI

UBICACION Y LUCHA

LA generación que tuvo su bautizo de fuego en las jornadas del año 23, encuentra su ubicación precisa y cumple su sino histórico cuatro años más tarde, al agruparse en una revista que debía convertirse en bandera de reclamos sociales, pugnaz, combativa, lapidaria: "Kuntur".

El primer número de "Kuntur" sale a la calle en octubre de 1927 —trece meses después de la aparición de "Amauta" en Lima— como una "Revista Mensual de Ideas, Arte, Polémico" y afirmada como "Tribuna de la nueva generación andina".

"Kuntur" es la definición y la batalla. Batalla ardorosa y sin cuartel, quizás un poco iconoclasta, acaso demasiado agresiva, puede ser que injusta en sus apreciaciones y en sus juicios sobre algunos hombres que habían contribuido con su pensamiento y con su actitud a crear, años atrás, ese clima de guerrilla y de trinchera que respiraban los líderes de la nueva hornada.

Es posible que quienes se agruparon alrededor de "Kuntur" hayan tenido en la lucha, en la protesta, en la algarada levantisca, antecedentes que imitar. Pero es en otro aspecto en el que no es posible discutirles primacía. Con esta generación, por la primera vez, de manera irreductible, consciente, fervorosa, nace una emoción social, una definición ideológica, un contenido programático, una tónica combatiente, un ideario de altivez en la conducta y en la vida.

Es una generación que se abre su propio camino, que levanta sus propios dioses. Ahí figuran Román Saavedra S., César F. González Willis, Sergio L. Caller, Julio Moreno A., Oscar E. Rozas, Julio Enrique Torres, Rosa A. Rivero, Concepción G. Rivero, Carlos L. Valer, Roberto Latorre, Corina Latorre, Estela Bocángel, Julio G.

atiérrez, Aquiles Chacón. Sin pertenecer al Grupo, pero colaborando con artículos o ilustraciones para la Revista, están Luis E. Alcárcel, Luis Velazco Aragón, Uriel García, Julio Luna P., Rober-Ojeda, Alfonso González Gamarra, Agustín Rivero.

Es cierto que casi todos los escritores de "Kuntur" exajeran los conceptos, alambican el dictionario para hacerlo más agresivo, abusan los vocablos fuertes, se deleitan en ellos como si fueran voladores de luces de esta feria de los sentimientos belicosos y de los reproches. Actúan demoledores y atrabiliarios. Sus cintarazos a diestra y siniestra, hieren implacable y rudamente a quienes en verdad están dirigidos, pero, de paso, arremeten contra quienes no tienen culpa alguna. Son años de estallidos vocingleros en los que el escritor, ensayista, el poeta, viven enamorados del adjetivo flamígero y de fanfarria de las palabras incendiarias. Hay mucho de exageración de procacidad en todo esto, mucho de nihilismo intelectual, en vez de exhibicionista y otras despiadadamente injusto. Sin embargo, todo es explicable si se tiene en cuenta que es una época de ebullición de grandes fermentos sociales, en que una tempestuosa avalancha renovadora sacudía los espíritus en muchos recodos de la patria.

Para mejor comprender la posición adoptada por los animadores de "Kuntur", vale la pena reproducir aquí la breve nota editorial de presentación de la revista:

"La nueva generación de los Hombres del Ande no viene a retorizar ni trae en sus manos la lírica zampona, viene a gritar su verdad desnuda y ruda como la crestería de los Andes, trae el ansia bélica de los que preparan la futura revolución social.

"KUNTUR" responde a ese espíritu de lucha, a esa marejada tormentosa de nervios tensos.

"IDEAS: La ideología serrana pujante y fervorosa tiene en esta revista su tribuna libre; abre su espíritu por todos los horizontes; condena rotunda y varonilmente, la hecatombe de la raza india llevada sistemáticamente a cabo por los sátrapas de estas tierras.

"ARTE: La magnífica y vigorosa floración espiritual andina es acogida cordialmente en estas páginas.

"POLEMICA: Voz condenatoria y viril se afronta a la chismografía de los figurones y lanza como flecha su palabra vibrante de sinceridad juvenil.

"KUNTUR" tiene prosapia nativa; es el heraldo de una nueva fé, de una conciencia nacida de la conjunción racial y telúrica. En pueblos donde se acostumbra hablar a la sordina, es necesario que se grite fuerte. Esa es la labor de la juventud. La palabra es sólo un medio, ya vendrá la acción decisiva. Si ahora nos acallan, mañana, tal vez pronto, triunfaremos. Las ideas germinan a pesar de las opresiones". (29)

El lenguaje, las ideas, la bizarria del gesto son desusados. La actitud romántica, a veces alharaquenta y gaseosa y otras indefinida, de los que precedieron a esta generación, se mella frente a esta posición rotunda que avanza a paso de carga. Ahora recién los años de indecisión y de tanteo, las escaramuzas de desconcierto en que se debatían los intelectuales del año 20 y los de la generación noventaísta, adquieren una conciencia vital nueva, rotundidad afirmativa, claridad y precisión en las ideas, agudeza en el planteamiento de los problemas sociales, seguridad en la marcha, conocimiento de la ruta por la que se va a seguir. Y vale esta insurgencia de "la nueva generación de los hombres del Ande", no sólo porque se perfilan los contornos de una definición ideológica nutrida de vigilias y de estudios, transida de protesta y de acción, sino también porque denuncia una rebeldía militante que se enfrenta contra el pretorianismo del poder. "Las ideas germinan a pesar de las opresiones", es la afirmación categórica de optimismo que timbra esos espíritus.

Con "Kuntur" amanece para el Cuzco un ideario operativo y trascendente. Verdad que todavía, como un rezago de serranismo racial, Lima sigue siendo el blanco de los impactos rebeldes y vocingleros. "Ser peruano es sinónimo de ser antilimeño; ser limeño es antítesis de ser americano", expresa Federico More en las páginas de la revista. Para los nuevos ideales renovadores, ése no puede ser el planteamiento del problema. Oscar E. Rozas, sin embargo, con mayor visión y ubicándose plenamente en la dura realidad indígena, expresa:

"Y es que precisamente la cuestión indígena es, ante todo, cuestión económica; el indígena y la tierra son indisolubles, no es divisible, y una gran parte de los defensores del indio tienen tierras o de algún modo viven de él.

"Para nosotros el único camino está en la Revolución. Todo el que desee reivindicación, su mejoramiento material, moral e inte-

(29).—"Kuntur", N° 1, Año I, Cuzco, octubre de 1927.

lectual, no tiene más que ayudarlo en esta senda. Hay que hermanarse con él, convivir y sacrificarse por su causa que también es la nuestra, y para esto reclama hombres de acción, sinceros y desinteresados". (30)

Por todo esto es que se explica, y muy justificadamente de de luego, el fuego federalista de los que militaban en "La Sierra", en "Letras" y en "Más allá..." dado que el centralismo de la Capital se tornaba cada vez más implacable y absorbente.

Por eso Luis Velazco Aragón, en "Ideario Andino", estampa estos conceptos fulminantes: "El oro del gamonal no es sino el oro que dora el Palacio de Pizarro en forma de abyección y patente del crimen". Y Román Saavedra S., en "Beligerancia serrana", precisa los términos del problema:

"Dejemos a Lima y a la comparsa de sus rufianes protocolarios el "Problema del Pacífico"; a nosotros nos toca afrontar nuestros problemas raciales. Nos queda hacernos fuertes, bravos y amar esta tierra morena, arracimada de frutos y de sol. Debemos vivir y luchar de espaldas a Lima.

"El día que se formen en el rifón de los Andes pueblos prósperos, hombres fuertes y resueltos, los problemas esenciales (agrario e indígena), Lima a lo más será una población de hombres atrabiliarios y mujeres.

"...Cuando el centro político sea Puno o Cuzco, entonces surgirá la conciencia del Perú nuevo, del único verdadero..." (31)

Lima se emperifolla mientras las provincias vegetan en el abandono y la miseria. La riqueza nacional desemboca como un mazonas opulento en las arcas fiscales de los mercaderes del poder que la dilapidan ostentadamente, mientras el resto de la nación sufre en la inanición y el hambre. El país crece desproporcionadamente. Mientras la Capital exhibe sus galas de ciudad que empieza a crecer metrópoli, los pueblos serranos no pueden ocultar sus penas. Se explica, por eso mismo, la belicosidad antilimeña que prevalece en los espíritus, belicosidad que le achaca a Lima, por ser Lima, culpa de este desbarajuste social en que se debate el país.

La prédica demoledora de González Prada que valerosamente pone el dedo en la inmensa gangrena nacional, levanta llamaradas de indignación. El autor de "Bajo el oprobio" tiene conceptos lapidarios contra los explotadores de la raza:

)—Oscar E. Rozas: "El problema indígena", "Kuntur", N° 2, Kosko, enero de 1923.

)—Román Saavedra S.: "Beligerancia serrana", "Kuntur", N° 2, Año I, Kosko, enero de 1923.

"Si no existen corregimientos ni encomiendas, quedan los trabajos forzados y el reclutamiento. Lo que hacemos sufrir basta para descargar sobre nosotros la execración de las personas humanas. Le conservamos en la ignorancia y la servidumbre, le envilecemos en el cuartel, le embrutecemos con el alcohol, le lanzamos a destrozarse en las guerras civiles y de tiempo en tiempo, organizamos carcerias y matanzas como las de Amantani, Ilave y Huanta". (32)

Y haciendo la presentación del Maestro, uno de los adalides del grupo, pone como pórtico de las palabras de González Prada, estos conceptos que equivalen a una definición y a una profesión de fe:

"Los hombres nuevos de la sierra forjados en la fragua de sus ideas, después de esta clarinada belisona, deben ir al hecho: el libro en una mano y el rifle en la otra, porque la lucha tiene que ser integral y heroica. Hay un presagio auroral en estos breñales andinos, se encrespa la sangre de las venas y borbota la palabra blasfematoria o el himno luminoso de nueva vida. Las masacres de indios continúan. Las protestas líricas no valen un guijarro. Los gamonales engordan en la pocilga de las miserias humanas. Esa es la situación social de Perulandia. Por momentos creeríamos que es un pueblo sepultado, casi en descomposición, sino viéramos la efloración de los espíritus viriles que afilan sus garras de puma. Después de la hoguera social vendrá la tarea taumatúrgica de convertir a los indios de bestias de la gleba, en hombres conscientes del derecho de vida que tienen sobre esta tierra que siempre les fué hostil; sólo así se ha de crear un nacionalismo vital que contribuya con sus fuerzas a la armonía cósmica". (33)

Este lenguaje de carga y de lanzada a pleno pecho puede parecer desmesurado e hiperbólico. Pero tenía que ser así. En las cumbres de los Andes prenden las fogatas de una insurgencia avasalladora que no se queda en el grito sino que impele a la acción. Debíó provocar reacciones iracundas, indudablemente. Pero traduce la pujanza de una juventud que despertaba resuelta a plantar sus banderas y a batirse por ellas. El tono es amenazante, el concepto muestra sus aristas agresivas, pero explican una actitud de combate necesaria en esos instantes.

La juventud de entonces se exalta hasta el paroxismo cuando se da cuenta que no todos se ponen de pie. Es urgente, por eso, convulsionar los espíritus porque se advierte que:

(32).—Manuel González Prada: "Nuestros indios", Revista cit.

(33).—R. Saavedra S.: Nota de presentación al artículo "Nuestros indios", de Manuel González Prada. Rev. Cit.

"...hay una tibieza estúpida, nirvánica, lo que no se explica en lugares donde el sol araña hasta las médulas, en los repliegues del Ande. No matan los gamonales sino de vez en cuando. No se lapida a nadie, se teme la bofetada, eso es seguro. Es el ambiente menos propicio para la verba condenatoria, para el empuje y la revolución. La juventud anda cuidadosa y creyente de la infalibilidad de sus ídolos y mojándose la bragueta cada vez que oye la palabra rotunda y preñada de verdad del hombre". (34)

De ahí que la síntesis de este indomeñable espíritu rebelde, se exprese en esta orden de movilización:

1. Crear espíritu revolucionario.
2. Luchar contra el gamonal viejo y hacer el cruce a fuerza.
3. Desmigajar los latifundios.
4. Crear como forma política el soviétismo agrario". (35)

El mismo año que apareció "Kuntur" se había desencadenado la agitación en la Universidad. El 24 de mayo de 1927, se decreta por unanimidad la huelga de los estudiantes, actitud que, explicablemente, es recibida como un reto por las autoridades universitarias quienes clausuran la vieja casa de estudios. Los estudiantes se proponían esta vez, operar una profunda transformación en los centenarios claustros de San Antonio Abad. Los anatemas que se lanzaron entonces tenían 40º de fiebre.

Un dirigente del movimiento huelguístico, explica con estas palabras el sentido de la gesta:

"La huelga universitaria no ha sido ocasional, ha venido germinando desde hace tiempo, quienes tenían la suficiente capacidad receptora de las corrientes espirituales de descontento y malestar, lo comprendían desde el primer momento, de tal modo que ese movimiento ha podido producirse mucho antes por los mismos motivos y por las mismas circunstancias, pero lo que imposibilitó tal cosa era el factor rebeldía, cristalizado en plena acción, que hasta hoy en el alumno universitario era totalmente nulo.

"La Universidad del Cuzco, pese a sus habituales panegiristas, no ha desempeñado aún ningún rol apreciable en el acervo social de la región; no ha sido capaz de crear una conciencia y volición social de arraigo popular, —de lo contrario los profesionales de las consabidas laudatorias que nos señalen esa influencia. Y a pesar de todo se viene a sostener a grito abierto la inmensa fama de la Universidad y se loa en todo tono su poderosa labor cultural. No hay tal.

(34).—Román Saavedra S.: "Perú en ojotas". Rv. Cit.

(35).—Román Saavedra S., art. cit.

La Universidad nunca ha tenido derecho a consagración alguna, porque no ha latido aún en su seno una verdadera vida espiritual que mueva a decir que está creada, tenemos la triste realidad de que está por crearse, y eso es todo". (36)

Al movimiento universitario siguió una etapa drástica de represiones y encarcelamientos. Se recurría al peor sistema para procurar la solución de problemas que exigían métodos distintos. No debe olvidarse que la juventud vivía momentos decisivos. Perduraba aun el recuerdo de las jornadas heroicas del 23 de mayo del 23. La muchachada había inscrito en sus pendones los mandatos que la convulsionaban y que la hacían capaz de todos los arrestos. El de González Prada que era fulminante: "¡Viejos a la tumba, jóvenes a la obra!"; el de Emerson que conmovía sus fibras encrespadas: "¡Bendito sea el que agita a las masas, disuelve el entorpecimiento y hace nacer el descontento!"; el de Juan Montalvo que era un himno, una imprecación y un mandato a la vez: "Desgraciado el pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo". O este otro del autor de "Páginas libres" que estallaba en las conciencias juveniles como un latigazo y que era acicate para lanzarlas a la pelea: "Si la juventud peruana fuera menos calmada y menos cuerda, no habría ciudadanos inocentes en las cárceles, imprentas destrozadas por genizaros, periódicos confiscados por las autoridades, ni escritores continuamente amenazados y perseguidos".

Todo esto explica el ambiente pugnaz que se vivía entonces. Los escritores y la juventud respondían al mandato de su época. Ellos, los auscultadores, los vigías, los que supieron presentir la aurora del mundo nuevo, cumplieron con su deber. Ese es el mérito que abona a favor de una generación que mantuvo en alto sus banderas redentoras. Que después se produjeron deserciones, que muchos quedaron en el camino rezagados o temerosos, que en algunos casos capitularon ante los halagos de los poderosos y las dádivas del tirano, no quiere decir nada. En todo martirologio no faltan los Judas ni los desertores. Lo que importa es que unos cuantos, los que sean, —acaso uno solo— se hayan mantenido enhiestos e incorruptibles para salvar a toda una generación del estigma infamante y del oprobio.

Hasta aquí este recuento panorámico que ha procurado presentar los acontecimientos sociales, universitarios, políticos e inte-

(36).—Julio Luna P.: "Al margen de la huelga universitaria", "Kuntur", N° 1, Año, I, octubre de 1927.

lectuales más importantes ocurridos desde el despuntar del movimiento "Colónida" en Lima y la resonancia que tuvo en las provincias, señaladamente, para nuestro estudio, en el Cuzco, hasta la víspera del derrumbamiento de Leguía el año 30. Será preciso hacer, en un ensayo aparte, lo ocurrido desde la caída del Dictador del Onceño hasta la victoria de Bustamante y Rivero, bajo las banderas del Frente Democrático Nacional. Y señalamos esas fechas, porque con el año 30, tramonto de una dictadura e inicio balbuceante de un movimiento estético, político y literario inconfundibles, surge una generación enamorada del riesgo y de la acción. Es la generación que el 30 se solivianta con sus 20 años empenachados de lirismo, en que la literatura adquiere otro tono, otro acento, otra beligerancia. Madura en las masas un nuevo credo y su estandarte de reclamos sociales adquiere una acometividad que acaso no la tuvo antes por el fondo ideológico que la anima. Es una etapa vibrante que merece estudio aparte y otro enfoque.

Luego vendrá la presencia de la generación reciente, de ésta que ahora está entre los 20 y 25 años y que despunta, justamente, con el advenimiento del aprismo al poder. Son, por consiguiente, dos etapas marcadas que es preciso señalarlas indistintamente para fijar su orientación y su rumbo.

Y junto al verbo encendido de los escritores que claman estentóreos desde los picachos, cara al futuro, se une el pregón altivo de los aedas que no se asordina sino que estalla fulminante como las tempestades que estremecen la sierra solitaria. Y es entonces que los pueblos reaccionan a su manera y sus intelectuales se hacen eco de ese fermento de protestas que anida en la desesperación de los humildes.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO VII

EL MODERNISMO Y SU PRESENCIA EN EL PERU

LA partida de nacimiento del Modernismo en el Perú se extiende con algunos años de retraso en relación con la presencia de este movimiento literario en otros países de nuestro Continente. Y ese retraso se mide casi por los años de diferencia que existe entre el nacimiento de Félix Rubén García Sarmiento y el de José Santos Chocano. Cuando el modernismo llega a su hora cenital en 1896, con la aparición de "*Prosas profanas*" del ilustre chorotega, Chocano recién se hace presente con la publicación, a los 20 años, de "*En la Aldea*" e "*Iras Santas*".

El modernismo en América tiene sus precursores. Algunos de ellos viven una etapa romántica de frenesí sentimental que se desahoga en la acción y adquiere un ritmo de batalla que casi ocupa toda su existencia, como en el caso del cubano José Martí (1853-1895) o el de los mejicanos Salvador Díaz Mirón (1853-1928) y Manuel José Othón (1858-1906), a quienes puede considerárseles como supérstites del romanticismo.

Sin embargo, los verdaderos precursores, pese a las galas románticas y parnasianas con que cubren sus versos, dan un paso firme hacia la dimensión modernista que habría eclosión más tarde. Y ellos son: Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), Julián del Casal (1863-1893); los colombianos José Asunción Silva (1865-1896), el suicida, e Ismael Enrique Arciniegas (1865-1939) y el chileno Pedro Antonio González (1863-1905). Todos ellos de la misma generación, incluyendo al argentino Leopoldo Díaz, nacido en 1862, y unidos por el sino trágico de la muerte, sobre todo los tres primeros, que se quiebran en pleno vuelo lírico, apenas cumplidos los 30 años de edad y luego de haber cantado.

La aparición de Rubén Darío (1867-1916), señala una etapa precisa y definitiva en el surgimiento, auge y tramonto del moder-

no en tierras de Indias. "Abrojos" y "Azul" son el signo auroral o que vendría a representar para la lírica americana "Prosas prosais" (1896), "Cantos de Vida y Esperanza" (1905), "El canto errante" (1907) y "Poemas de otoño y otros poemas" (1910).

Si en los precursores se advierte lo que después vendría a ser definición modernista, o sea la preocupación por los problemas acaudales, el verbo deslumbrante y sonoro, el éxtasis de la egolatría, imperio del verso frondoso, trabajado con amor de artifice como los parnasianos, en los penates de la nueva escuela esos mismos elementos llegarían a su clímax de excelcitud.

Si Blanco Fombona señala como índice de lo que es el modernismo, "el pesimismo, el refinamiento verbal, la exaltación de la sensibilidad, la rebeldía, el culto a la belleza", Federico de Onís, al referir su historia y su confrontación, afirma que "es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la evolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la política y gradualmente, en los demás aspectos de la vida entera, con los caracteres, por lo tanto, de un proceso histórico". Por su parte, Luis Alberto Sánchez, indaga los orígenes de su definición, sigue las huellas de su derrotero, precisa los contornos añadidos en su momento esplendoroso, que sintetiza con estas palabras:

"El modernismo reacciona cerradamente contra el realismo, devuelve a la palabra su valor artístico repitiendo lo que el gongorismo en la España del seiscientos; revela una sensibilidad aguda, por encima del sentimentalismo y del frío intelectualismo; es eminentemente esteta, individual y hasta egolátrico; aborda lo nativo pero decorativamente; más que rebeldía patentiza insatisfacción ante lo existente, y en fin, producto de intensa exacerbación lírica, cultiva el ensayo y el poema, en vez de la novela y la historia que fueron los géneros predilectos de los realistas". (37)

Trasladándonos a nuestro país, dijimos que Chocano evitó que el modernismo llegara demasiado tarde al Perú. No olvidemos que si Chocano no declaró su adhesión abierta al mensaje del nicaragüense, tal como lo advierte Sánchez, comentó fraternalmente "raros", el libro precursor de Rubén Darío. La aparición de Darío provocó una revolución en el temperamento, en la manera y en la inspiración de los poetas de su tiempo. Darío no sólo

renovó el verso castellano sino que lo dotó de una atmósfera peculiar; le brindó un ropaje de palabras hasta entonces jamás utilizadas; trasladó el cetro y la capital de la poesía de aquellos tiempos, de Madrid donde había reinado, a París donde él instalaría su torre de cristal. Dió el golpe de gracia al verso sonoro para asordinarlo y ensayar una canción melodiosa, lejos de la trompetería estruendosa tan en boga. Cambian la decoración y el paisaje, y la temática y el mundo interior del poeta se transforman bajo la influencia de la orquesta verbal que impone e importa el nicaragüense.

A todo lo largo y ancho del continente hispanoamericano, incluyendo el Brasil, en todas las latitudes donde se habla la lengua de Cervantes, los vocablos traídos por Rubén Darío hacen una eclosión avasalladora. Suscita simpatías unánimes. Gana corifeos fidelísimos. Los poetas hablan en sus versos desde ese instante, de marquesas, cisnes de oro, ninfas, abates, faunos, medallones de Francia, corte de Versalles. La cetrería del verso castellano pasaba en esa forma, de la *Ciudad del Oso y el Madroño* a la exótica y cautivante *Ciudad Luz*, meca de los poetas y los artistas de todos los tiempos.

Es entonces que América asiste al nacimiento de los grandes sedas que acompañarán a Rubén en su marcha triunfal. Bajo el signo de "*Prosas profanas*" que aparece en 1896, Guillermo Valencia (1873-1943), en Colombia, lanza "*Ritos*" (1899); y el boliviano Ricardo Jaymes Freyre (1842-1923), nacido en Tacna, hijo de la peruana Carolina Freyre, se hace presente con su "*Castalia Bárbara*" (1899); y el argentino Leopoldo Lugones (1874-1938), otro suicida como José Asunción Silva y como Alfonsina Storni, lanza "*Las montañas de oro*" en 1897, para luego seguir, dentro de la misma inspiración e influencia con "*Los crepúsculos del jardín*" (1905) y "*Lunario sentimental*" en 1909. Luego vendrá el asceta y místico Amado Nervo (1870-1919) con sus "*Perlas negras*" en 1898, para continuar con "*El éxodo y las flores del camino*" (1901-2), "*En voz baja*" (1912), "*Serenidad*" (1914) y rematar con "*Plenitud*" (1918), "*El estanque de los lotos*" (1919) y "*La amada inmóvil*".

Pregonando su independencia, surgirá en México Enrique González Martínez (1871-1953) con "*Preludios*" (1903), "*Los senderos ocultos*" (1911), para luego insurgir contra el abuso de los cisnes de oro y las marquesas de medallón, con "*La muerte del cisne*" (1915). A los poetas-cisnes habrá opuesto, como contraluz, acaso también como protesta, los poetas-buños.

Y habrá otro más, modernista total, de limpia estirpe que surgirá en la banda oriental del Río de La Plata, dueño de una audacia metafórica extraordinaria, capaz de los descubrimientos más au-

faces y quien le insufló al modernismo una vitalidad, una frescura y un deslumbramiento admirables. Ese fue el uruguayo Julio Herrera y Reissig (1875-1910) que provocó asombro con *"Las pascuas del tiempo"* (1900), para luego afirmar sus prestigios con *"Los parques abandonados"* (1908), sus *"Sonetos vascos"* (1901) y llegar al cenit le su gloria con *"Los éxtasis de la montaña"* (1904-1910) y finalizar con *"Poemas violetas"*, *"Los pianos crepusculares"* (1910) y *"Los peregrinos de piedra"*.

Verdad es que con la muerte de Darío, el modernismo literario llega a su tramonto, pero su influencia no se apaga definitivamente. No podía morir de golpe un movimiento que había conmovido a una de las más señeras y significativas generaciones de poetas modernistas de América, incluyendo a Chocano, aunque Chocano afiara su lira, retrotrayéndola de París donde toda la pléyade de modernistas habían hecho su nido, al medio americano, frondoso, risido, salvaje, pleno de misterio, de ímpetus primitivos.

Si Darío utilizó para su creación toda la fantasmagoría de los reinos de Francia y su corte versallesca, Chocano procuró ser, de acuerdo a su credo estético, un poeta *"autóctono y salvaje"*, metiéndose con frenesí y pasión, a relatar, a su manera modernista, caracol al viento, todo ese bravío e inédito paisaje americano, con la presencia deslumbrante de sus ríos, sus montañas, su jungla enmarañada, sus cóndores, sus vicuñas, sus picachos, sus bosques y sus páramos.

Eran, la de Darío y la del autor de *"Alma América"*, dos actitudes disímiles, dos rumbos contrarios, dos maneras distintas, dos temperamentos opuestos. Hasta en sus vidas, sus definiciones eran rotundamente dispares. La de Chocano plena, desorbitada, aventurera, capaz de todos los excesos y todas las locuras. La de Darío compleja, transida de amargura y de asombro, íntima, lancinante, ansiosa de los preludios solitarios y de las confidencias conmovedoras, capaz del sollozo y de la lágrima. Lo que en Chocano fué denuesto y reto relampagueante, en Darío fue conmiseración y angustia. El uno rubricó los cielos de su mundo lírico con los rayos flamígeros de su verbo llameante y tempestuoso. El otro procuró que su canción azul no despertara de su sueño vaporoso al hada madrina, al diosne tutelar, a las meninas y a las ninfas de cabellos de oro que ensayaban una ronda de ángeles a la orilla del mar.

Gracias, pues, a Chocano el modernismo adquiere carta de ciudadanía en el Perú. Los poetas de su generación a quienes traza la ruta cabrilleante y estentórea de sus versos, han dejado muy poco escrito. Parece como que Chocano los absorviera totalmente. Su in-

fluencia fue decisiva y arrolladora. Pocos escapan a su influjo. Casi todos "chocanizaron" en su momento.

No diremos al amparo de Chocano, pero sí bajo su ala potente que amotinaba vientos y provocaba tempestades, surgió en el Perú una generación de poetas modernistas que luego, algunos, buscaron su propia ruta. Esos poetas encuentran en el modernismo su liberación y su ruta de cielo diáfano. Y es, precisamente, en un quincenario de literatura, "La Neblina" (1896), que capitanea el autor de "Alma América", que se dan a conocer José Fiansón, Enrique A. Carrillo, Clemente Palma, Enrique López Albújar, Alberto Salomón Osorio, Florentino Alcorta, Francisco Mostajo.

Como secuencia del auge modernista en nuestro país, se produce, explicablemente, la presencia de un grupo brillante de poetas que están en la encrucijada de dos mundos: por un lado el modernismo que inicia su tramonto y por otro, la sugestión de un mundo en ebullición que se insinúa convulsionado ante la inminencia de la que tendría que ser la primera conflagración mundial. Estos poetas a quienes se ha tratado de darles una ubicación, son los neo-modernistas o los modernistas idealistas, muchos de ellos con profundas raíces post-románticas como José Gálvez, Domingo Martínez Luján, José María Eguren que constituye el único caso simbolista de la lírica nacional, José Lora y Lora, Leonidas Yerovi, Abraham Valdelomar, Enrique Bustamante y Ballivián, Adán Espinoza Saldaña, Luis Fernán Cisneros, Ventura García Calderón, Felipe Sassone, Alberto Ureta, y los arequipeños Percy Gibson, César A. Rodríguez y Renato Morales de Rivera. Alberto Hidalgo y Alberto Guillén marchan por otros rumbos estéticos.

Francisco Mostajo, entre los modernistas de la época de Chocano, menciona a los tacneños Modesto Molina, los hermanos José María y Federico Barreto, Víctor G. Mantilla, Julio Moevius Chocano y Ricardo Jaymes Freyre, nacido en Tacna, hijo del ciudadano boliviano don Julio Lucas Jaymes y de la escritora y poetisa peruana, tacneña para ser más exactos, doña Carolina Freyre, que en versos escritos en Petrópolis (Brasil), como "El poeta celebra a su amada" (1897), en Buenos Aires, como "Aeternum valz" en 1896, se proclamaba poeta tacneño. Pero Mostajo se olvida de modernistas tan valiosos como Carlos Neuhaus Ledgard, el desconcertante y batallador Mario Centore que abraza en Chile las ideas socialistas, R. Cúneo Vidal ("Juan Pagador"), Carlos Velarde y Fuentes, integrantes todos de la famosa y excepcional "Bohemia de Tacna".

La referencia de modernistas arequipeños es más exacta y tenía que serlo, ya que pocos, como Francisco Mostajo, para ofrecer

El dato preciso y minucioso. Menciona como a penate del modernismo mistiano a don Jorge Polar y como a integrantes de esa generación, a Edilberto Zegarra Ballón, Sixto Morales, Juan Manuel Polar, Renato Morales, Alejandro B. Méndez, Angel Gustavo Cornejo y Francisco E. Málaga. Todos los de este grupo colaboraron en *El Cosmos*, una revista fundada por Víctor M. Siles y Alberto Rey le Castro, otro modernista, a la que llegaron después, integrando la plana de redacción, Jorge Polar y Edilberto Zegarra Ballón.

CAPITULO VIII

LA POESIA CUZQUEÑA

AL clima social de pronunciamiento, de insurgencia, de guerrilla panfletaria, de postura romántica y levantisca, de asonada revolucionaria, de definición ideológica, de avanzada del pensamiento, le correspondió en el Cuzco, como podía suponerse, una poesía que estuviera a tono con ese ambiente de esperanza, de descontento y de elea. Los escritores, en cambio, vivieron su tiempo y se expresaron de acuerdo a esta nueva realidad que reclamaba un verbo candente y explosivo. Fueron, en realidad, una expresión rotunda y palpitante de los sentimientos colectivos que pugnaban por hacerse médula de los arrebatos sociales de las multitudes. Recogieron el mensaje albucesante de un pueblo que clamaba por reivindicaciones económicas, que urgía a sus adalides intelectuales una actitud consecuente con su prédica y con los nuevos planteamientos que imponían la hora y el instante que se vivían, en ese trance de deslumbramiento de afirmación de ideales renovadores que constituían la bandera de los reclamos planteados por esa *"juventud renovadora andina"*, que hizo su presentación en esos momentos decisivos para la vida cultural y política de los pueblos serranos.

Ahí está para atestiguarlo, esa tribuna del pensamiento libre y libremente construida con el cariño, el esfuerzo, el sacrificio de Roberto Latorre y que se llamó *"Kosko"* cuyo primer número, bajo la dirección literaria de Luis Yábar Palacio, apareció el 19 de mayo de 1924, y los siguientes, bajo el comando, literario también, de Luis Felipe Pareles, para en su segundo año de gallarda existencia, asomar a la elea, plenamente, cara al sol, bajo la dirección de su fundador y animador Roberto Latorre (Cuzco, 22 de mayo de 1925, Año II, Nos. 42 y 43).

Los escritores tuvieron su ubicación, escogieron su propia barricada. Levantaron bandera de rebeldía, pugnaz, batalladora, sin cuartel. Respondieron con altivez al mandato de una época y de un pueblo que vivían en plan de lucha.

Sin embargo, pese a ese afán de definición y de pugnacidad decisivas que conmovían al Cuzco y a los cuzqueños, en esa primera etapa lírica en que aparece "Kuntur" y que abarca los años de 1920 a 1927, los poetas se quedaron rezagados, pendientes de una aurora que ya vivían los intelectuales de América y muchos de la patria. La poesía estaba retrasada en cuanto no sólo a sus conquistas verbales sino también en lo referente a su expresión más íntima.

Tenía mucha razón Luis Velazco Aragón, cuando en su "Ideario Andino" proclamaba acaso sin exageración, que:

"No hay vanguardia posible si se anda en cuatro pies en pos de la caverna. No se puede deshumanizar el arte. El arte está en la vida: es dolor, es sufrimiento, es rebelión, es fuego. Dejémosle al señor Ortega y Gasset con sus liturgias eruditas. Ni hagamos poesía de vanguardia con fichas de dominó ni erijamos la catedral del batación. El batación ha aprisionado a nuestra juventud podrida. No existe el canto sino la baraja de taberna. Nuestra vanguardia es una retaguardia versallesca, que en vez de peluca empolvada y zapatilla de raso, ha instalado un circo de ventrílocuos, de payasos, de acróbatas. La significación del arte revolucionario es distinta. Hay que incendiar el alma de las muchedumbres, bajando hasta ellas con la palabra encendida como una tea y no poner esos acertijos de chino frente a ellas. Es ensuciándose en el lodo de la vida que se hacen las transformaciones revolucionarias". (38)

Los poetas cuzqueños vivían uncidos, y era explicable en muchos aspectos, a la herencia de Chocano, de Julio Herrera Reissig, de Rubén Darío. El lenguaje de sus versos correspondía al de un mundo en tramonto y a una conducta de indecisión y de indefiniciones. El poeta no pudo o no supo expresar los sentimientos colectivos de su pueblo. En ese sentido, el poeta no fué el vaticinador ni el abanderado de una conciencia popular que despuntaba con el propósito de tener para sí "no una parte del mundo sino el mundo todo", según la patética expresión de Jules Romains.

Cuando el ideario de esa insurgencia llegó a su climax el año 23, tampoco los poetas tuvieron un mensaje que expresar, aparte del de sus propios sentimientos íntimos. Es posible que participaran en

(38).—Luis Velazco Aragón: "Ideario Andino", "Kuntur", N° 2, enero de 1928.

as grandes conmociones estudiantiles; es explicable que estuvieran mezcladas en las asambleas convulsionadas de los trabajadores que conmovieron al Cuzco de aquellos años, pero en sus versos no supieron recoger el clamor de los de abajo. Y no hay que olvidar que el año 23, como en Lima, tuvo también el Cuzco su dramático 23 de Mayo.

Y no se diga que los de esa generación no tuvieron una tribuna donde estampar sus creaciones. Ahí estaba, precisamente "Kosko", revista libre, en cuya plana de redacción figuraban José Frisancho Lacedo, Angel Vega Enríquez, Luis E. Valcárcel, J. Uriel García, Miguel A. Nieto, Rafael Aguilar, Alfredo González Willis, Roberto Latorre, Juan G. Medina y José Castro.

Esa etapa de asombro, de sorpresa, de abandono laxo, no llega, es superada con la aparición de la revista "Kuntur" en 1927, en que se inicia el segundo ciclo de la poesía cuzqueña, y en que, por primera vez, se hacen patentes los reclamos sociales en la poesía de los vates de esta tierra. Y eso no se debe a un azar ni a un capricho del destino. Es la resultante imperiosa y lógica del devenir de los acontecimientos que se precipitan caldeados y volcánicos.

En el comando de redacción de "Kuntur" figuran: Román Cavedra S., César F. González Willis, Sergio L. Caller, Julio Moreo A., Aquiles Chacón A., Oscar E. Rozas, Julio Enrique Torres, Roberto A. Rivero, Concepción G. Rivero, Carlos L. Valer, Corina Latorre Estela Bocángel. Como ilustradores estaban Julio G. Gutiérrez, Alfonso Gonzáles Gamarra, Agustín Rivero y Alcides Frisancho.

Recién con la presencia del grupo que edita "Kuntur", la lírica cuzqueña recibe un impulso renovador y pujante. El lenguaje de los poetas de ese grupo rompe todo molde y toda tradición. Irrumpe violentamente y aunque, en el fondo, casi todos ellos arrastran como un lastre la herencia del romanticismo de Palma, Manuel Nicolás Gorpancho, Carlos Augusto Salaverry o Luis Benjamín Cisneros y vivían suspensos ante el vocablo y la metáfora relampagueante de hocano, a pesar de eso, el advenimiento de esos poetas significa una vuelta, una insurrección. Y ésta no sólo es formal, no sólo comprende al ropaje literario, —y hé ahí su mérito indiscutible, su primicia para el futuro— sino que llega a los estratos más profundos, a la médula misma de las ideas que se vuelcan en versos de diversos matices pero de una inusitada beligerancia autóctona y de un emocionado y alentador destino humano.

Los versos de estos poetas nada tienen que ver con los que escribieron la generación de poetas dieciochescos. Rubén Darío, aunque ronda la vigilia de estos líridas que despuntan fogosos y agresivos

vos, ya no influye en sus maneras ni en sus creaciones. No todos ellos tienen el gesto desafiante pero se advierte un profundo deseo de derribar ídolos, de enterrar viejas formas. Verdad que en muchos aspectos esa revolución lírica sólo se queda en el paramento. Detrás de ese ropaje aparentemente revolucionario, se esconde un sentimiento romántico que no puede ser camouflado. El contrabando de las antiguas influencias literarias no puede disimularse. Se hace evidente a través de casi todas las composiciones de ese momento.

La renovación se acentúa y se hace completa, recién cuando estos líridas de 20 años, llegan a la frontera de los 30 y el país vive momentos decisivos y angustiantes. Es la nueva generación que se hace presente el año 34 con la revista "Alma Quechua", de reconocible inspiración gonzálezpradiana. Todavía permanece vigente para ese altivo puñado de intelectuales, el acento, el alegato, la voz de orden, la imprecación del vigía que se mantiene como un digno e inmaculado agitador de conciencias. Su prédica parece que continúa y su expresión se torna actual ya que ninguno de los vicios que fueron rudamente combatidos por el autor de "Páginas libres" pueden ser atribuidos a una generación que recién surge y se sitúa, apenas nacida, en el fragor mismo de la batalla, de pie en sus trincheras ideológicas.

Esta segunda etapa de la poesía cuzqueña contemporánea (1927-1934), es decisiva y puede ser saludada auspiciosamente, no tanto por la obra que ella entrega para el futuro que, a excepción de uno o dos poetas que escribieron versos no recogidos en volumen, no arroja un saldo significativo para que pueda ser consignada con beneficio en un balance literario general, pero es muy importante porque, precisamente, ahí comienza la definición del hombre y del artista. Es el orto de una poesía de prédica social que puede no tener valores individuales brillantes, pero que deciden una frontera entre los poetas de ayer y los que vendrán a partir de 1940.

De ahí que haya marcada diferencia en el tono y el mensaje que pregonan Alberto Delgado, poeta cimero de su generación, Juan Manuel Delgado, Roberto Latorre, el iniciador de una poesía vanguardista en el Cuzco, Martha Alicia Yépez, y el que proclaman Sergio Caller, Rosa Augusta Rivero y Baltazar Jara.

En los primeros la influencia modernista es decisiva. Rubén Darío, Herrera y Reissig, Chocano, Lugones, Guillermo Valencia, el mexicano Enrique González Martínez presiden las veladas de estos líridas de cabellera al viento. En la vida de muchos de ellos y en sus estrofas, se pueden advertir las huellas del suicida colombiano autor de los "Nocturnos". Una bohemia desenfrenada que se ahoga en al-

hol y que se aturde con las drogas heroicas, agosta el fruto inmaduro y promisor. Muchos de ellos pueden muy bien inscribir en sus rostros líricos el lema sombrío y renunciador de Alfredo de Musset: *Os más desesperados son los versos más bellos*. En cambio, en los poemas líricos, se advierte una tónica que recuerda al iracundo y evangélico León Felipe o el verbo admonitivo y convulsionador de Walt Whitman, el *"hermoso viejo"*, dueño de un canto viril que aman las altitudes.

Sin embargo, es recién en su tercer ciclo (1940-1955), cuando la poesía cuzqueña adquiere un vigor y un vuelo inusitados como no había obtenido en ninguna de sus etapas anteriores. 1940 señala una fecha histórica, plena de posibilidades y de conquistas para la poesía cuzqueña. Es recién el alba, el nacimiento de un lenguaje, de una técnica, de un pensamiento nuevos. Ropaje y fondo, estructura formal e ideas sustentadoras que, en realidad, revolucionan la poesía lírica de esta tierra.

Es en 1940 que, recién para el Cuzco, gracias a sus poetas, se define un propósito terruñero profundo que consubstancia al creador con la belleza con el predio en que actúa. Raíz y entraña de un arte para el futuro. Afirmando lo nacional, como lo quería André Gide, llega después a lo universal. Ya lo había dicho magistralmente Antonio Machado, cuando haciendo hablar a su Juan de Mairena, expresa que *"nada más profundamente español que Cervantes y, a la vez, nada tan universal como "Don Quijote"*.

A este respecto, conviene recordar estas palabras escritas precisamente en el pórtico de ese año crucial y decisivo que fue 1940, para el afán definidor de una nueva manera, de un nuevo concepto que precisa la ruta a seguirse:

"No nos interesa, no nos importa propender a estructurar un arte universal así porque sí. Nos preocupa más sentar las bases de un másculo, rotundo y personalísimo arte nacional. Queremos darle forma y lineamiento precisos a nuestra expresión mestiza, a nuestra profunda manera de ser peruana. Eso es lo importante y trascendente. Afianzando nuestro peruanismo literario, dotándolo de una raíz telúrica y emocional, conformándole una fisonomía inconfundible, habremos dado un paso substancial y valedero para participar con espíritu y forma en un concierto de literatura americana.

"Afianzando lo auténtico peruano, definiéndolo, inyectándole sustancia nuestra —levadura mestiza, barro autóctono, latido indio—; dándole color y desgarradura nativos, vale decir peruano, habremos conseguido contribuir, sin mezclarnos, sin perder nuestras características propias, sin diluirnos en el gran amasijo de materias extra-

fias, en la conformación de un arte en el que el acento y el espíritu peruanos sean identificables por su manera, por su raíz profunda, por su tono de peruanidad rotunda y por su mensaje de humanidad inequívoca lanzado a todos los vientos de la fraternidad universal". (39)

Recién con la generación de poetas que asoma en 1940, el hombre creador de belleza no es un simple espectador del drama humano, es un actor que interviene en el mismo con toda su pasión y todo su denuedo. Y la actitud de esta mozada lírica no tiene antecedentes nacionales. Los que insurgieron entre 1927 y 1934, tuvieron la clara ruta definidora que les prestó Mariátegui con esa gran revista que abrió surcos que fue "Amauta", no igualada aún en nuestro país y cuyo primer número apareció en setiembre de 1926.

Los de 1940 llegan en un momento de desconcierto y de incertidumbre. Tienen que trazarse su propio camino, abrir su propia ruta luego de diez años de ruda lucha política, después de haber conocido el infierno dantesco de la selva, de haberse consumido en las mazmorras, de haber desafiado a pecho descubierto las balas homicidas de los sicarios de la dictadura o de haber vivido largos años en el destierro. Era una generación combatiente, arrogante y libre. Los desencantados, los que no pudieron ni supieron mantener altos sus pendones, quedaron en el camino mudos y esquivos. Una derrota prematura nubló sus frentes, enmudeció la lira y buscaron el sendero fácil del acomodo que les imponía la lucha por la vida. No había transcurrido una década cuando los poetas inmediatamente anteriores, de emocionante gesto olímpico en su hora, urgidos por las exigencias de Sancho, terminaban detrás de un mostrador o de bachilleres en las sórdidas antecámaras de los juzgados.

Los Juegos Florales organizados en el Cuzco en 1940 para honrar a Garcilaso Inca de la Vega, fue la campanada de rebato que congregó a los nuevos portaliras urgiéndolos a una movilización inmediata de los espíritus. La juventud universitaria de entonces se contagió de esa tónica renovadora y respondió con creces al llamamiento. Esa muchachada que entonces pisaba los 20 o los 25 años, disparó su canto anunciador. El Perú vivía uno de sus momentos más auspiciosos y promisorios. La segunda Guerra Mundial que tuvo el privilegio de poner de pie a los intelectuales de todo el mundo, operó también entre nosotros un milagro revelador. Se asistía a la adolescencia de un mundo nuevo que crecía entre el relámpago de los

(39).—Luis Nieto: "Camino y definición de un arte nuestro", 1940.

cañones y el estallido de los obuses. En tales trances, quien no estaba con el futuro estaba contra el futuro de la humanidad. Había que escoger la trocha. No se podía ser un indeciso ni un saltimbanqui. *"Los intelectuales han aprendido servir al pueblo como ciudadanos, pero todavía no aprendieron a servirlo como intelectuales"*. Esta frase tajante y profundamente significativa de Roger Garaudy puede muy bien ser aplicada en este caso. Nuestros poetas estaban en la obligación de utilizar sus armas líricas con la misma eficiencia que el soldado utiliza su fusil en el campo de batalla. *"Cada cuadro de un pintor, cada escena de un film, cada página de un novelista o de un poeta debe ser un afinado disparo contra el enemigo"*, dice Garaudy.

Esos años asistió el Cuzco al nacimiento de un arte nuevo, algo explosivo quizás y, si se alambica demasiado la frase, algo declamatorio. Muchos espíritus pacatos se ofuscaron y corrieron despavoridos. No estaban acostumbrados a los timbales, a los pututos, al redoble marcial de los tambores, al disparo seco de los fusiles. Asistir de golpe a un cambio brusco de decorado les provocaba espanto. Pasar de la fantasmagoría de Nervo o de Darío, al escenario crepitante y deslumbrador y horrísono de Maiakovsky, de Ehreburg o de Pasternak, los dejaba atónitos. No podían comprender una revolución tan radical y tan inopinada. Los nuevos acentos, el paso de carga de estas aedas que no usaban melena, eran algo intraducible para una sensibilidad senil que no había progresado, que avanzaba al protocillo de la llama punera cuando se vivía en plena eclosión de los acorazados del aire y cuando en los laboratorios imperialistas se ensayaba la bomba atómica.

Los poetas de ahora eran poetas con un credo, con una filiación y una esperanza. Entonces aparecen los primeros mensajes anunciadores. Se publica la primera edición de *"Mariátegui"* (40) un poemario en el que, al decir del crítico y poeta limeño César Miñó, *"vibra en cada palabra esa verdad y esa emoción que el Gran Amauta del Perú supo sembrar tan hondo en nuestras generaciones"*. *"Mariátegui"* constituye la raíz, la bandera, el clamor, el primer disparo de la nueva poética cuzqueña que hasta entonces había vivido acezando, debatiéndose en un galimatías absurdo, inocuo e infecundo. Pocos meses después aparece la proclama encendida y batalla-

40).—Luis Nieto: *"Mariátegui"*, Imprenta "Amauta", Cuzco, abril de 1942.

dora de Arturo Castro, con su "Camarada Vallejo" (41). Y en 1944 Gustavo Pérez Ocampo se hace presente con "Diez poemas para mañana" (42) que es la canción de un insurrecto que rompe a marchar con todas sus banderas al viento. Luego vendrán Federico Larrea con un puñado de versos estremecidos y lacerantes, "Mies del hombre" (43); y Carlos Ferdinand Cuadros con su "Saludo a la Madre en el tono de la esperanza" (44) que es todo un himno viril, relampagueante, ardido de ternura, pleno de humanidad.

Toda esta es una poesía nueva en el más amplio y rotundo sentido del vocablo. Poesía batalladora, anhelante, escrita con todos los pulsos del hombre, con su dolor purificado en la vigilia de la esperanza, con su fe despierta y sin fronteras, con una gallardía y un coraje como hasta entonces no se había conocido en el Cuzco. Una poesía escrita en el fragor de las asambleas obreras, en el tumulto de los mítines populares, a la orilla de la tragedia horrenda del obrero humillado que salta como un torrente de protestas encrespadas desde las guaridas inhumanas de los viejos barrios hasta la Plaza Mayor, toda ella encrespada de puños alzados, de pendones al viento, de alaridos indomables. Una poesía como diana de fusiles al sol, como un coro primitivo de pututos en rebelión, como un horizonte de warakas sublevadas.

En la que fuera antigua capital del Tahuantinsuyo, construida con un material de siglos, alumbrada de epopeyas, transfigurada por la grandeza del hombre, desafiante y altanera por la eternidad de la piedra, no se podía escribir de otra manera. Los poetas nacidos al pie de los farallones andinos, mecidos por la canción tajante y fiera de los vientos ululantes que descenden de los picachos ciclópeos, tenían que usar un lenguaje que estuviera a tono con la grandiosidad del paisaje en el cual se producían. Una poesía bucólica, sentimental y llorona es posible, puede ser posible, en instantes de placidez hogareña. Puede el poeta pulsar la lira para decir dulces palabras melodiosas a la maravillosa mujer que tiembla como un incendio de cantos al borde de los sollozos. Puede incluso colocarse al margen de la pelea y hacer como que la contienda no es para

(41).—Arturo Castro: "Camarada Vallejo" Talleres Gráficos "Cuzco", octubre de 1942.

(42).—Gustavo Pérez Ocampo: "Diez poemas para mañana", Talleres Gráficos "La Nacional", Cuzco, 1944.

(43).—Federico Larrea Blancas: "Mies del Hombre", Empresa Editorial "El Sol", Cuzco, 1952.

(44).—Carlos Ferdinand Cuadros: "Saludo a la Madre en el tono de la esperanza", Talleres Gráficos "La Económica", Cuzco, 1962.

él, absorto como está en su mundo interior, amurallado como vive en su torre de egoísmo y de egolatria absurdos. Pero en aquellos días de definición y de pelea, hasta la canción de amor era iracunda y frenética, y significaba una traición no acudir presuroso al llamado convulsionador de la María Angola, la gran capitana civil de las huestes populares, cuyo corazón combatiente era alcanzado por el incendio de rugidos y blasfemias del cholero que inundaba calles y plazas, con el río crecido de sus pechos y sus cantos madrugadores.

El artista y el hombre, en aquellos trances próceres, se habían consubstanciado en una sola definición beligerante. El intelectual —hablamos del intelectual asomado a la lucha y que no la rehúía ni por temor ni por arribismo— tenía un camino y una doctrina. No faltaban los adocenados ni los tránsfugas. Proliferaron también —y eso explica la validez de los másculos— los poetas tartamudos, los turiferarios de levita, los galardonados por la plebe del gran mundo social que cree que la misión del intelectual es vivir al margen de los grandes acontecimientos de su época. Abundaron los cuatreros de la literatura y los mercaderes del talento. No faltaron los *"artepuristas"* y los evadidos ni los seguidores criollos de la náusea sartreana traducida a un lenguaje procaz de picantería.

A pesar de los esquivos y los malabaristas del verso, disminuidos en su misión suscitadora y altanera, se puede afirmar que fue precisamente en ese tiempo explosivo que el intelectual trató de rastrear los profundos caminos que conducían a la liberación del hombre. Fueron los adelantados de un mundo en dura y trágica gestación. Sus vaticinadores elocuentes. El arte para ellos no podía ser contemplación ni ensimismamiento. Debía ser, tenía que ser mandato. El intelectual, por lo tanto, tenía que estar en condiciones de *"responder a las preguntas más ardientes de su época"*. De ahí que la obra de arte no podía quedarse en la simple delectación ni en el mero artificio de los vocablos. Tenía un deber más honesto y más digno. Su preocupación, como lo querían Gutermann y Lefevre, era el Hombre, pero no una parte de él sino el hombre en su esencia completa, con sus sueños, sus anhelos superiores, sus caídas terrenales, su polvo pregonero, su barro y su miseria. Ese era el concepto y la definición de ese arte que surgía de la gleba milagrosa del pueblo. Y era el pueblo el que le comunicaba su perennidad y su grandeza. Un arte que no tomaba contacto con el pueblo caía pronto en lo superficial y artificioso. Es por la base, por el pueblo, que un arte se perenniza y se renueva. Así lo quería Machado y lo pregonó una vez el autor de *"Los monederos falsos"*. Así lo trabajaron los gran-

des creadores del pasado, llámense Cervantes o Shakespeare, Tolstoy o Quevedo.

Un presentimiento de los deberes específicos de la Inteligencia, lo tuvieron los intelectuales del Cuzco de aquellos años. El nuevo realismo que se arquitecturaba en sus obras, lo explica plenamente. El famoso crítico polaco Woffman, define ese nuevo realismo con estas palabras:

"Es la afirmación de la nueva vida que nace en la revolución, es la elaboración consecuente —con ayuda de nuevas formas artísticas— de una actividad nueva, de la actitud socialista del hombre ante el hombre. El proceso de nacimiento de la nueva literatura no significa, ni mucho menos, la lucha de uno u otro gusto, sino la lucha política de las clases que también se desarrolla en el terreno de los gustos e intereses estéticos".

El primer deber era entonces saber ubicarse en la vida, en la mitad de los grandes acontecimientos históricos que se sucedían violentamente, y saber escoger la ruta precisa y verdadera. El mundo había dado un vuelco profundo y desconcertante, y frente a esa transformación, el creador de belleza debía saber auscultar el destino de ese nuevo rumbo, tal como lo quería Aníbal Ponce al plantear *"que sólo puede darnos una visión dinámica y plena de la realidad el artista que haya aceptado de corazón este brusco viraje de la historia y que sea, por lo mismo, un cumplido revolucionario. Saber expresar la verdad artística es saber expresar la tendencia del desarrollo, de donde se deduce que no es posible crear — crear con pulso tenso, crear con sople duradero— si no se sabe distinguir primero, las fuerzas que conducen al futuro"*.

Ese acierto, esa ubicación, esa ruta es preciso reconocerle a la generación de liridas que irrumpió el año 40 y que, fecunda, generosa, constructora de su propio mañana, supo ofrecer, en obras que ya tienen un sitio de honor en la literatura nacional, una cosecha que se puede considerar como la mejor que hayan brindado los campos líricos del Tahuantinsuyo.

CAPITULO IX

LOS POETAS

Primer Período (1920-1927)

INICIAMOS este recuento de líridas cuzqueños contemporáneos con los poetas que comienzan su obra poética el año 1920. Hemos escogido esta fecha no por mera casualidad ni por capricho. Creemos que en 1920 se inicia en el Cuzco una renovación tal; no profunda ni esencial, pero sí de cierta importancia porque en esta etapa se advierte la presencia del modernismo en los predios líricos cuzqueños, presencia retrasada no sólo en relación al reino y auge de esta escuela en América, sino, incluso, a su aparición en el Perú.

Estuardo Núñez hace partir de 1918 el nacimiento del "nuevo libro poético del Perú". Y su explicación es valedera ya que toma como punto de referencia la aparición de dos libros esenciales que marcarán un hito revelador en el mundo lírico nacional: "Panoplia ca" del arequipeño Alberto Hidalgo, publicado en 1917, y "Los Hellos Negros" del trujillano César A. Vallejo, que es lanzado en 1918. Esta etapa ya no es propiamente la de "Colónida" y del grupo titaneado por Abraham Valdelomar, pero hasta ella llegan todavía, renovadores, urgentes, los ecos del movimiento que inauguró el "lonidismo".

RAFAEL AGUILAR (1895).— En rigurosidad de enfoque no deberíamos iniciar este estudio de los poetas contemporáneos del Cuzco con un poeta como Rafael Aguilar que, cronológica e históricamente, pertenece a una generación inmediatamente anterior a la de 1920. Rafael Aguilar, cuando Alberto Delgado hace su aparición en la arena lírica, ya había realizado una vasta labor poética en esta tierra. Por su temática, por su ornamentación, por el destino que se vierte en sus versos, pertenece al ciclo de neo-románticos cuzqueños. Es posible precisar en la arquitectura formal de su producción lírica, rezagos muy visibles de los parnasianos franceses recogidos por la lectura directa de ellos o de sus herederos americanos. Y es posible advertirle, asimismo, destellos modernistas utilizados con mera a través del cedazo de su propio énfasis personal.

Haciendo un breve recuento de los versos de su primera época, sentimentales, transidos de nostalgia o de desesperación, tenemos en su "Biografía sentimental" que puede ser como una definición de vida y acaso también de su arte:

*Yo a todo cuanto quise, involuntariamente
denigré con mi afecto, ofendí con mi amor:
si un rayo de esperanzas iluminó mi frente
se me tornó en el acto siniestro resplandor.*

*Amé con ansia loca, frenética, vehemente
y todo amor se me hizo recóndito dolor:
entre sonrisas frías pasé entre la gente
pero ni una sonrisa obtuve de mi amor.*

*Me tocó llorar solo la amargura inmensa
del que ama, del que sufre, del que comprende y piensa
la íntima tragedia que late en cada ser.*

*Con una sed tremenda atravesé el desierto,
sed de ternura mansa antes de caerme muerto
¡y no encontré una fuente de amor en qué beber! (45)*

Toda la eclosión de sus ansias irreprimidas de ternura, toda su fiebre de pasión, sus desengaños, sus alegrías, su fe en el amor, la falsía de la mujer amada, son los temas que presiden su poesía y que, a la vez, parecen como si atormentaran todo su ser. Así tenemos en "Una mujer y el mar":

*Frente a nosotros el mar rezonga y trema
con el sollozo ronco de su incansable voz;
te miro yo a los ojos con emoción suprema
y creo como nunca en la bondad de Dios.*

*Como la mar inmensa esta pasión me quema
y sufro una agonía indecible y atroz;
preveo para mi alma el trágico dilema:
¡o vivir de tu esclavo o de decirte ¡adiós!*

*Nada sé de tu vida; no te averiguo nada:
sólo sé que en tus labios he bebido colmada
la copa de la dicha que me acerqué a beber.*

(45).—Rafael Aguilar: "Lírica de ayer y de anteayer", Antología del Canto, preparada por Luis Nieto, con una breve nota de Alfredo Yépez Miranda, Revista del Instituto Americano de Arte, No. 2, Cuzco, 1943.

*Cuando las anclas leve la nave de mi vida,
tu imborrable recuerdo, cual lámpara encendida,
mi corazón por siempre lo guardará mujer! (46)*

"Espinás" que entresacamos de esa breve "Antología del canto" editada por la Revista del Instituto Americano de Arte del Cuzco en la que aparece su "Lírica de ayer y de anteayer", nos ayudará a comprender la dimensión del mensaje poético de Rafael Aguilar. Puedo decir que no es la mejor muestra de su estro, pero es una muy significativa que marca hitos a lo largo de toda la trayectoria de su obra. El poeta dice en "Espinás":

*Yo te llevé a mis espaldas
a pie desnudo, una vez...
porque guijarros o espinas
no maltratasen tus pies.*

*A la mitad del sendero
una espina se me hincó.
Y cuando me preguntaste,
sonriendo te dije: No!*

*Ya al final del sendero
cuando tu carga dejé,
sentado sobre una piedra
esa espina me saqué.*

.....

*También entonces la espina
de esta insensata pasión,
se me clavó dulcemente
en mitad del corazón.*

*Y camino de la vida,
si en aquella vez menti,
nadie sabe que hoy te llevo
en el corazón, aquí.*

*Y en vano busco la piedra
donde poder descansar,
¡para arrancarme esta espina
que no me puedo sacar! (47)*

1.—Rafael Aguilar: Op. cit.

2.—Rafael Aguilar: Op. cit.

Sin embargo, bueno es reconocerle un mérito sustancial: el de su adhesión consecuente y leal a los menesteres líricos que conforman gran parte de su existencia. Es de los poetas que no se retiran cuando todos los de su generación y los de las inmediatamente posteriores lo han hecho, a sus cuarteles de invierno. El procura sobrevivir, aunque estos tiempos renovadores, audaces, estridentistas y definidores ya no sean propiamente los suyos. Cuando muchos poetas de los que han dado en llamarse "vanguardistas" o simplemente "jóvenes" ya no escriben, Aguilar se encuentra en plena y gozosa producción. Es un poeta que ha derrotado a los años. En los afanes literarios no pidió ni dió cuartel. Se le vió siempre anhelante y en vigilia permanente. Cuando son tantos los que enmudecieron total y definitivamente, Aguilar, como en sus mejores épocas, pulsa la lira con el temblor, el arrebató y la juvenil alegría del que cumple un sino, un deber íntimo e irrenunciable, una misión. Siempre se le puede ver en ese trance. Y más aún. Ha tenido el privilegio especialísimo de remozarse a tono con las exigencias de este tiempo urgido de reclamos, anhelante de prédica.

De ahí que haya una gran distancia, sobre todo ideológica antes que formal, entre ese puñado de poemas que conformaron su "Lírica de ayer y de anteayer" y los brotados recién de su pluma, como aquellos sonetos beligeros dedicados al Mariscal Libertador. Para muestra, bastan estos dos sonetos que los transcribimos del poemario dedicado a Castilla.

OTRO PERU HAY, CASTILLA

*Otro Perú hay, Castilla: ni de sudor forjado
ni lágrimas ni sangre; sin tí, sin libertad
y el tiempo en que tú faltas, a la deriva dado
sin ser esto alusivo tan sólo de esta edad.*

*Piérola acaso algo, sin admirarte, ha dado
toques de acierto y gloria, de cívica verdad,
de hacienda organizada y de valor sellado
con tono de una auténtica, viril heroicidad.*

*Lo que el verso expresa no es cosa del presente
tan sólo, porque lleva nuestro Perú en la frente
estigmas de locura de mucho tiempo atrás.*

*Un mimetismo abyecto de fórmulas extrañas
y entre un "boscaje denso de juncos y espadañas"
el ocio y la orgía bajo un cartel de paz. (48)*

Y MUCHO PEOR QUE ESO...

*Y mucho peor que eso: guerras... revoluciones,
contiendas fratricidas ambas y sin cuartel,
atribuyendo a otros nuestras propias traiciones
o alternando alegres la iglesia y el burdel.*

*La incompetencia ignara alzando sus pendones
llamando poderío nuestra impotencia cruel
y en orgías locas y en danzas de millones
brotando nuevos ricos, cual hongos, a granel.*

*De América los pueblos en derredor, airados
juzgándonos de falsos hermanos simulados
a nosotros que fuimos emblema fraternal.*

*Y ante los adventicios poderes solamente
humildes y sumisos con el orgullo ingente
de esclavos que veneran su yugo y su dogal. (49)*

Se le advierte, asimismo, a Rafael Aguilar una nueva tónica, una actitud viril de marcha en los romances dedicados al recluta o en los cantos recientes al Cuzco y Machupicchu, por ejemplo, que en aquellos otros que inspiraron su canto al aviador Enrique Rolandi, "Perjurio", "Lied", "Mi corazón, viejo tronco...", tan difundidos en su momento.

Desgraciadamente con Aguilar sucede lo que con todos los poetas de comienzos de este siglo: ninguno o casi ninguno ha recogido en volumen su múltiple y desigual producción que se halla dispersa en diarios y revistas de vida trashumante. De ahí que para enjuiciarlos se haya tenido que recurrir a lo poco que bibliotecas privadas o amigos fraternos han podido proporcionarnos.

(48).—Rafael Aguilar: "30 sonetos a Castilla", Imprenta H. C. Rozas, Lima, 1934.

(49).—Rafael Aguilar: Ob. cit.

ALBERTO DELGADO DIAZ (1900). Al analizar la raíz, la trayectoria y el destino de la poesía cuzqueña contemporánea, dijimos que Alberto Delgado era el poeta cimero de su generación, generación del año 20 que vivió convulsionada, en pie de guerra y de montonera.

Delgado, como hombre atento al reclamo social, supo participar con decisión y vehemencia en las asonadas que conmovieron a los hombres de su tiempo, y gracias a ese empeño y a esa voluntad de pueblo que campeaba en su vida, fue que conquistó honrosamente los galardones del destierro. Sin embargo, esos trances decisivos y dramáticos no tuvieron eco en sus versos. El, parece que deliberadamente, no quiso mezclar los embates adversos de su existencia, el frenesí de la lucha, con ese mundo irreal e inexistente que forjaba su fantasía lírica. De ahí que su poesía, plena de exquisitez, de alada ternura, de renunciamiento trágico a veces, transcurra en un ámbito etéreo hacia el que no pudieron llegar el clamor de los desheredados ni el llanto de los oprimidos ni el dolor negro de los humillados.

De ahí que su poesía sea una poesía sin resonancias terrenales amplias. El mundo del poeta se abre y se cierra en las fronteras de su propio corazón. Absorto como está en la contemplación de sus hondas heridas sangrantes, entretenido como vive con el eco de sus más íntimas lamentaciones, no tiene tiempo para dirigir el corazón hacia el mapa sangriento de la miseria abatida ni le preocupa el clamor que llega de la calle. Y este contraste se hace tanto más visible y no se puede pasar de largo sin mencionarlo en este juicio, precisamente porque sabemos que el tiempo que le tocó vivir al poeta fue tormentoso y volcánico. Y este pecado no es sólo de Delgado sino de todos los vates que actuaron con él en esa etapa crucial que va del año 1920 al 27.

Con Delgado, el modernismo hace su aparición en el Cuzco, pero no a través de su pontífice máximo, el creador de "Azul" y "Prosas profanas", la obra cenital, sino por intermedio de uno de sus más preclaros corifeos: el uruguayo Julio Herrera y Reissig.

La huella del autor de "*Las Pascuas del Tiempo*" (1900), sobre todo de "*Los éxtasis de la montaña*" (1904-1910), es demasiado visible en el Delgado de los primeros años. La influencia de los modernistas, por ejemplo en "*Virreinal*", poema escrito en julio de 1920, se advierte no sólo en el corte de los versos y su ritmo interior, sino, incluso, hasta en el vocabulario que utiliza. En esa composición, Delgado canta a una princesa de ensueño rodeada de un mundo de

apa y espada y flores de lis, y no faltan, naturalmente, ni el marqués poeta, ni el jardín de Versalles y menos Wateau.

Ese ambiente dieciochesco es rápidamente superado por una poesía más íntima, casi siempre quejumbrosa y nostálgica, como en *Yo siento un viejo anhelo*, escrito al año siguiente (1921), y en que el lirismo supera la fantasmagoría forzada de sus primeras composiciones.

Luego viene la etapa superior, de realizaciones plenas, y es cuando, con el seudónimo de "Alberto Durero", publica en la revista *Más allá...* (Nº 3, Año I, agosto de 1922, Dirección de Elsa Esther Laría Castro), su famosa "Misa Blanca" (Sonata al claro oscuro), título genérico que quizás fue la simiente de un libro aparte de los que después él anunciara con posterioridad, y bajo el que se agrupan las siguientes composiciones: "Introito", "Confiteor", "Epístola", "Evangelio", "Credo", "Consagración", "Oración" y "Evangelio".

Esta es, creemos, la mejor estancia lírica de Delgado. Aquí el verso llega a una plenitud desbordante y a una riqueza verbal no común en los poetas de aquellos años. El tono es cálido, vehemente, esgarrador muchas veces, increpador siempre. La obsesión de la carne lacerada lo abrumba. Sus sueños, sus anhelos infinitos se van rápidamente trancos por la noche tenaz que lo rodea. Su ansia de estrellas se ve abatida por el más negro y enfermo de los renunciamientos. Pero canta a pesar de todo, acaso porque su desesperación se troca en himno, y en esperanza su "azul pesimismo".

El vuelo lírico del poeta lo sitúa en un pedestal al que muy pocos de sus contemporáneos pueden llegar. Tomemos, por ejemplo, el "Confiteor" que es como el blasón que el poeta coloca a la entrada de su reino interior y que, en realidad, define su manera y su conducta:

*SOY la llaga viva de una mordedura.
De siete pecados soy la sepultura.*

*Soy rojo tridente de un Luzbel maligno,
y es en tu sendero mi trágico signo.*

*Me visto de sombras, camino con ellas.
Soy aquel que apaga todas las estrellas.*

*De mis pies llagado el férreo coturno,
se empolva en la greda de un parque nocturno.*

*Vengo de la noche, estoy condenado
a sembrar ensueños, cosechar pecado;*

*hasta que el milagro de tus ojos sea
sobre mi sendero encendida tea.*

*Soy el surco rojo de una arcilla cruda,
donde hacen guarida Satanás y Buda.*

*En vano es que Cristo eche la semilla;
es la noche eterna de Buda en mi arcilla.*

*En vano la huella del Purificado
sangra en los senderos del parque enlutado.*

*El fatal manzano florece en mi huerto;
Satán lo cultiva desde el polvo muerto.*

*Soy un dios enfermo de azul pesimismo,
si no abres los ojos seré siempre el mismo.*

*Las llagas abiertas en mi mordedura
sangran en tus manos, en tí buscan cura.*

*Si en mi carne herida no abres tú los ojos,
si no son tus manos en los surcos rojos,
si no tengo el claro riego de tu luz.*

*Si en mi noche eterna que Buda predijo
no se abren los brazos de tu crucifijo,
dame un leño negro para hacer mi cruz.*

Es fácil advertir en esta composición la enorme diferencia que existe con "Virreinal" y "La inquietud de la espera". La alegoría, el aliento, la insatisfacción, el pesimismo, tienen su antecedente preciso en el poeta uruguayo de "Los parques abandonados" (1908) y "Los peregrinos de piedra", influencia que se hace patética en "Ofrenda" cuando Delgado habla de "la noche estéril de tus pupilas muertas" con imágenes que recuerdan inmediatamente al sonetista genial de "Los éxtasis de la montaña".

Todos los poetas, quien más, quien menos, han recibido la influencia de alguno de los portalaras en boga. Ya lo confirmaron en

el caso de García Lorca respecto a Juan Ramón Jiménez. Pero lo importante no es insistir en esa confluencia literaria de gustos, de corte y de ritmo, sino en lo que hay de personal, de cosecha propia en la obra de los que siguen la huella de los portaestandartes. Y el caso de Alberto Delgado, como el de muchos poetas del Perú y de América, no iba a ser el único.

Delgado fue, sin duda alguna, el poeta de más amplias posibilidades, de registro más completo, de lirismo más depurado, que tuvo el Cuzco de las primeras décadas. Sus versos revelan al orfebre de la forma y del ritmo. Crea con delectación, con destreza, sin prisa casi, consciente de su misión y de su destino. Sin embargo, pese a la gran promesa de futuro que había en él, no se prodigó. Su creación es escasa. No recogió en volumen —mal de muchos lirimas en el Perú— esa producción que bien merecía desafiar el tiempo estamada en las páginas del libro que sobrevive a todos los riesgos.

Anunció dos volúmenes: "Jardín lunático" y "Jardín opalescente", cifrados en el mismo año de 1924, y es posible que se haya ratado de uno solo por la casi identidad de los títulos. Fueron sus proyectos de mocedad que no lograron plasmarse en la obra que el Cuzco esperaba de él. Ahora, en el otoño de su vida, cuando el poeta ha dado paso al profesor universitario y al político, no creemos que tenga los arrestos suficientes para volcar en versos las viscisitudes de una vida plena de madurez y de experiencias.

Si "Confiteor" es casi la definición, el aliento lírico que anima la obra del poeta, "Credo" es su bandera y la expresión más alta de su vocación de artista. Es una página de antología que bien vale la pena reproducirla en este breve análisis:

*YO creo en el misterio de las encarnaciones,
de tu luz en mi sombra, de tu carne en los lirios,
de tus blancos ensueños en blancas floraciones,
de tus manos votivas en los pálidos cirios.*

*Creo en tí, rosa mística, que surgiste en la nieve
blanca de mis rosales, al connubio imprevisto
de unos rayos de luna hechos caricia leve
sobre el azul dormido de los ojos de Cristo.*

*Creo en tí y en el reino de tus cielos benditos,
donde en lugar de incienso en los sagrados ritos,
se consumen estrellas para tu adoración.*

*Y creo que al ensalmo de tus manos votivas
encarnarán de nuevo mis cenizas cautivas
en el tercero día de mi crucifixión.*

Luego viene la etapa de la exaltación y de los laureles. En los Juegos Florales organizados en 1923 por la "Asociación Letras" que presidía Atilio Sivirichi, Alberto Delgado se consagra con la máxima recompensa con su poema "La Piedra". En dicho concurso obtiene el segundo puesto el poeta tacneño Roberto Mac-Lean Estenós ("Juvenal"), con una alegoría dedicada a la raza y sintetizada en "Descubrimiento", "Conquista", "Colonización" y "Emancipación". El tercer lugar le correspondería a Arturo Bravo Pinto ("Ibis"), con sus "Rosas de Otoño".

Enseguida vendrá la etapa del poeta en su destierro de Guayaquil (1924), en que se acentuarán los motivos sentimentales provocados por la ausencia del terruño. Y así dirá, en un poema enviado a la revista "Kosko" de Roberto Latorre, transido y lacerante, próximo a todas las renunciaciones:

*"Alguien vendrá a buscarme? Quién sabe:
mas Dios se pondrá grave
y cerrará la puerta con una doble llave.
En tanto floreciente de rosas el Olvido
besará el polvo turbio de mis huesos dispersos
y Dios pondrá un paréntesis de glorias al futuro
con un cirio, una lágrima y algunos cuantos versos".*

Este reclamo patético nos recuerda aquel

*"Yo nací cuando Dios
estaba enfermo, grave".*

de nuestro sin par César Vallejo.

Uno de los últimos poemas de Alberto Delgado, el publicado en la revista "La Sierra" de Lima (1927), "La X del retorno" y que el poeta ha dedicado al chileno Pablo Neruda, nos brinda la medida del proceso de transformación que se operaba en su mundo lírico. Sin que signifique un divorcio completo con su secuela modernista, se adivinaba ya una revolución en la forma y en los conceptos. Asomaba la audacia de una metáfora más actual y dinámica. Ya no vibra ese ritmo interior que fué su preocupación primera y que él sa-

aborar con maestría de verdadero poeta. Ahora es el verso lino un alarde de tímido vanguardismo, que no comulga ni con la manera suya de sus mejores producciones ni con su peculiar aramento equilibrado:

*"En ansias de mirar asciende el viento
al alto mirador de los recuerdos".*

O estos otros versos con que cierra el poema:

*"Me doy a tu regazo casto de almohada
y me rompes el cráneo a martillazos".*

Así termina una aventura lírica que pudo, de haberlo querido eta, brindarnos una obra perdurable y señera, digna de su es- y de su vuelo.

ROBERTO LATORRE (1897 — 1949).— De los poetas que tuvo zco, acaso el que menos hizo gala de tal fué este fraterno y cor- suscitador de inquietudes. Lector infatigable; antena vivaz y erta, receptora de todas las nuevas manifestaciones de la cultura legaban del otro lado de los Andes, Latorre fué un espíritu pri- iado y selecto que las dentelladas de la vida y las bellaquerías medio en que le cupo actuar, malograron en agraz.

Animador infatigable de "Kosko" — *Revista libre*, como decía ma—; suscitador de aventuras quijotescas; hombre íntegro y ga- o en las varias oportunidades en que tuvo que poner de manifies- reciedumbre viril frente a la prepotencia de los sicarios de las duras; artista con un deber humano que supo cumplir con alti- y dignidad; militante de un credo que trató de mantener al to- asta en los momentos más difíciles de su vida, no pudo realizar enamente en los menesteres poéticos, un poco porque sus exigen- diarias eran otras y, además, porque creía que el deber del in- tual, en el momento que le tocó actuar, debía desembocar en la in antes que en la simple aparatosidad del verbo.

Como periodista cumplió labor múltiple, desde los menesteres uales del cajista, repartidor y vendedor de las publicaciones en estaba metido, hasta el de Jefe de Redacción o Director de otras i que llegó después.

En prosa ha dejado páginas estremecidas de amor terruñero.

clamos y mensajes humanos. Toda su obra anda desperdigada en revistas, diarios y publicaciones esporádicas, esperando que corazones fraternos la recojan en el volumen que honre la vida del batallador sin tregua que fué la de Latorre.

Sus versos, sólo una parte de ellos, guardan sus familiares en unas cuantas cuartillas pasadas a máquina por él mismo y que intituló "Sensaciones". Fueron escritos en 1926, y ciñéndonos a la dedicatoria — estampada por el autor, fueron trabajados en la premura de breves horas. Esa dedicatoria dice así:

*"ESTE libro se hizo —para espanto de papanatas—
entre los cuatro muros de una habitación alumbrada a
ta vela en 5.40 minutos de dos noches.*

"Lo dedico a

*Camilo Blas
Manuel D. Pantigoso
Julio Luna y
José Luis Rodríguez*

cuatro HP motorizantes de la hélice de mi corazón".

Roberto Latorre.

Con estos versos de "Sensaciones", asoma, por la primera vez en el Cuzco, el malabarismo poético, fruto de un vanguardismo muy en bago entonces y que se define por el giro audaz, la metáfora fulgente y atrevida, el disloque del vocablo, las piruetas tipográficas. Se trata de producir imágenes hasta con la arquitectura descoyuntada de las palabras mismas.

Y Roberto Latorre es el introductor de este módulo poético entre nosotros. Indudablemente que la originalidad no es de él. Sus irradiaciones venían desde Buenos Aires, de París o de Madrid. En la época que él escribe sus "Sensaciones", ya Alberto Hidalgo, su más cercano antecedente, había publicado en Buenos Aires "Tu libro" y "Química del espíritu" (50) donde el estridentismo dadaísta que hace furor en Europa es cogido al vuelo por el poeta arequipeño y le da una oportunidad para amestizarlo a su manera y sentar las bases para su futuro "Simplismo".

Ese vanguardismo desarticulado e inconexo muchas veces, sin las exageraciones y las audacias que se advierte en los seguidores de Lima, campea en los breves poemas de Latorre. Es posible, asimismo, que le haya influenciado la aparición de "Trilce" (51) que César Vallejo había lanzado en 1922 y que seguramente Latorre debió conocer, tan vinculado como estaba con los poetas y escritores de su tiempo, tanto del país como del extranjero. En cambio, nos atrevemos a suponer, que nada tuvieron que hacer con sus "Sensaciones", otros libros que, casi con toda certeza, llegaron a manos de Latorre y que se publicaron casi simultáneamente que cuando él escribió el suyo, como "Ande" (52) de Alejandro Peralta y "Falo" (53) de Emilio Armaza; al igual que "Ccoca" (54) de Mario Chabes. Pudo hablarse también de la influencia de Oquendo de Amat con su famoso "5 metros de poemas" (55) pero no se debe olvidar que Oquendo publica su libro recién el año siguiente, 1927, en la Imprenta "Minerva" de Lima.

A pesar de lo que puede tener de circo y de pirueta una poesía que busca el golpe efectista en la palabra misma, Latorre no olvida que es un artista plenamente ubicado en la vida, en medio de su infierno, en el tumulto de la protesta. Y por serlo, consecuente con sus sentimientos más íntimos, estos versos de "Sensaciones" arrastran en el trasfondo de su orfebrería, un ríspido ademán de lucha, un desenvuelto y confeso propósito de protesta. Y para expresarlos, le basta la síntesis apretada de un puñado de líneas acomodadas según la traviesa concepción del poeta. Así tenemos, por ejemplo, en "Lunes Santo" que inaugura este puñado de poemas:

C
e-R-l
I
S
T
O

en
anda
de plata
pesa sobre las espaldas del pueblo

(51).—César Vallejo: "Trilce", Talleres Gráficos de la Penitencia, Lima, 1922.

(52).—Alejandro Peralta: "Ande", Editorial Titicaca, Puno, 1926.

(53).—Emilio Armaza: "Falo", Editorial Titicaca, Puno, 1926.

(54).—Mario Chabes: "Ccoca", Tip. El Inca, Buenos Aires, 1926.

(55).—Carlos Oquendo de Amat: "5 metros de poemas", Imp. Minerva, Lima, 1927.

*fetidez de fanatismo
emana de la marea*

*huracán de alaridos
azota en los tímpanos*

*las lenguas ciriales lamen las retinas
se angustian los broncees de las campanas*

*sobre TODO está la luna
el templo se traga al icono
y la anchurosa plaza
revienta de muchedumbre*

Otras veces, el poeta que no es un ser etéreo sino un hombre pegado con su arcilla terrena al costado sangrante de la ternura misma, no puede disimular su congoja, su aliento dolido y tembloroso, y expresa en "Los hijos" quién sabe cuántos anhelos contenidos:

Mil grillos en los pífanos

bisturís para las muñecas

campanas de plata

alegría del corazón

algazara de los hijos

conciencia de la vida

siempre arriba

más arriba

más arriba

el alma sube

*el CORAZON siento
como un pan*

b l a n d o

como un caramelo

d u l c e

Lo mismo sucede cuando la mujer compañera o, simplemente, la mujer, roza su existencia y se aprovecha de un instante de entrega para poblar definitivamente los años transidos y perplejos del poeta. Y ese estado emocional se revela convulso en "El amor":

*Iba así por el camino
pensando en los dolores
mirando la nada*

*se llegaban a mí
los trinos de los pájaros
el azul del cielo
los perfumes del valle*

*pero a nada estaban atentos
m i s s e n t i d o s*

*al volver un recodo
mi alma abrió los ojos tanto
que una mujer se entró en mi vida*

YA NUNCA SALDRA DE ALLI

*en los relentes de la luna
en la caricia del sol
en la luz y las sombras
en el placer y el dolor*

E S T A R A

Su actitud es distinta cuando plasma en dos simples brochazos su sensación del camino largo, serpenteante, que como la vida misma, se desenvuelve:

*lacerándose contra peñas
revolcándose en el polvo
bajo la furiosa lluvia
o las brasas del sol
expuesto a perderse en las aguas
equilibrista sobre dos rieles
ha pasado el río tumultuoso*

*Ahora
cansado
laxo*

*se ha tendido en cruz
ante una montaña hópita*

Su expresionismo serrano, conocedor profundo de la picantería cuzqueña, encuentra en "El sapo", el conocido juego tan común en todos los chiribitiles donde se expende la bebida clásica del pueblo, un motivo apropiado para manifestarse plenamente:

*C R A J ! ! ! !
el sapo
con deglución aparatosa
se ha tragado un MIL*

*c o r a z o n e s
palpitan a todo motor*

*el guitarrista
en un aire musical nativo
y el biplano potente
de una mirada espectacular
hace virajes
sobre el campeón
y el sapo
y el 10,050 que ostenta el pizarrín*

la sensación se ha ido a paso lento

*Los vasos de chicha cloquean
en el ansia de las bocas*

Igual ocurre cuando Latorre quiere aprisionar en unas cuantas líneas apretadas y sintéticas, la emoción recogida en los tapetes verdes, y que él vuelca en "El jugador" de esta manera:

*la esperanza
la angustia
la emoción
e n t r e s e s*

*Chocoteó en su corazón cubilete
los dados falsos*

INTUICION y CALCULO

*volvió sobre el tapete
los cubos de la ventura*

*en los ojos agrandados
se le incrustan como leznas
los ocho puntos de dos*

C U A D R A S

*y se queda sumido en la miseria
del sueño*

Luego existen tres poemas más de Latorre, acaso los únicos y los últimos de su breve aventura por los estadios poéticos y que corresponden, el primero, al año 1933, que no tiene título pero que él describe con esta breve nota: "Primera noche de la nueva vida"; y los otros dos: "yo" y "La esperanza trunca" que llevan simplemente esa fecha: 1938. Reproducimos el primero de los nombrados porque revela un cambio radical frente a los 19 poemas agrupados en "Sensaciones":

*Afuera la lluvia
afuera el viento frío
afuera la noche tormentosa y negra*

*tristeza en el mundo
tristeza en la vida
en TODO qué tristeza*

*asidos de la mano
estamos los dos
lascitud en la emoción
esperos
dulces y suaves esperos
para tí
para mí
aquí*

*bésame con mis besos
dame tu boca
dame tu esencia
ámame*

*afuera la lluvia
afuera el viento frío
afuera la noche tormentosa y negra
lejos la lejanía soledosa*

*en tanto
amada mía
juntitos los dos
lejos del paisaje
lejos de la vida
tú para mí
yo para tí*

1933

Primera noche de la nueva vida.

CESAR CACERES SANTILLANA.— Fué el poeta representativo de su generación canchina. Una generación inquieta, levantisca, anunciadora, acaso una de las más brillantes y eufóricas que ha tenido Canchis. A ella pertenecieron, brindándole una contribución personal valiosa, José Carlos Teves, zahorí y artista; Rosendo Callo Ortiz, prematuramente malogrado, que llegara a ocupar una espectable situación universitaria en el Cuzco figurando como Director de la revista "Letras", órgano de la "Asociación Letras"; Julio Oscar Valer, una promesa de grandes posibilidades que quedó en la mitad del camino; Eusebio Delgado y José Gabriel Callo que en el Magisterio cumplieron una honrosa y destacada labor; Manuel Callo Zevallos, indudablemente la mentalidad médica más destacada del Departamento, tocado de emoción social y preocupado por los destinos democráticos de la patria; todos ellos, a excepción de Callo Zevallos, desaparecidos, al igual que Cáceres Santillana, cuando aún pudieron habernos brindado la obra de la madurez cenital.

Los otros componentes canchinos de esta generación del año 20, son: Manuel Teves, Juan J. Teves, Luis Callo, Alberto Aranibar, Lizandro Guerra Arguedas, Leonor Guerra, Luis y José Macedo Mendoza, César Guerra, malogrado Coronel de aviación, Edilberto Medina, Manuel Jesús Chávez Lazo, Santiago Vidal P., Juan Medina,

aría Judith Arias. A estos nombres se tendrían que agregar, no que hubieran pertenecido a la misma generación, sino porque esvieron emocional y profundamente vinculados a ellos, los de César Acurio, cuzqueño, canchino de corazón, forjador de volun-les y maestro de pasión y de martirio; Emilio Mercado y Manuel Je-s Fernández, maestros también. Iguales razones existen para in-uir asimismo los nombres de Adrián Durant González, batallador az, cuyo periódico "La Verdad" —fundado por el Obispo Dr. del María Cosío— ha sido la tribuna generosa para todos los arres-; y los anhelos de la juventud canchina; y los de Mario Fernández Córdova y Jorge Pool Bustíos, de Lima y Tacna, respectivamente, e en el periodismo canchino han dejado huella perdurable.

César Cáceres Santillana ha sido el cantor nostálgico, senti-mental y romántico de esta generación de vanguardia. Fue el único e hizo versos. Vivió la hora crepuscular de los líridas decadentes, blado de melancolía doliente. No fue el poeta de tono y arrebatos icos que pudiera suponerse, sino el de voz asordinada, perpleja, ima, apesadumbrada. Sufrió estoico los rudos golpes del destino las implacables acosadas de la vida. Soportó soberbio y digno la carga incomprensión de propios y extraños. Su desahogo fueron : versos y las empresas mosqueteriles que pusieron en evidencia espíritu perspicaz y fino. Fue la época en que, como lo hiciera el onde de Lemos", utilizó con elegancia y desparpajo un seudónimo rario que le caía bien: "Marqués de Santillana", en tanto que in Medina, rubricaba con su "Conde de Canchis" un además rum-so y señorial. Eran tiempos propicios para ese reinado inofensivo los blasones y de los pergaminos, tan caros al "divino Rubén" y nuestro compatriota autor de "El caballero Carmelo", y con que los mozos de entonces les era grato asombrar a las pudibundas ntes provincianas con inventados títulos de oropel, amplia capa pañola, cabellera romántica y negro chambergo de alas de cuervo o Emilio Carrere.

En esos años, Cáceres Santillana dirigió una revista editada leramente, con gusto de artista, en la Tipografía e Imprenta de a Verdad", "Vórtice", que llegó a salir hasta tres veces, recogien-el pensamiento inquieto de sus animadores. "Vórtice" (1923), Re-ta mensual de Arte y Literatura, abrió el escenario canchino, a a repentina vinculación con el mundo literario del país y del con-ente. Ese ambiente de inquietudes, fue también auspiciado por "Ideal", un periódico que dirigía Jorge Pool Bustíos y que regis-aba colaboraciones importantes como las de Abraham Valdelomar

más de una vez; y sobre todo por "La Verdad" cuyos Suplementos Literarios honran al Cuzco.

Luego de esta primera aventura editorial, Cáceres, decepcionado por el medio que lo ahogaba, decide viajar a España con el propósito de coronar en la Madre Patria la carrera de abogado. En España, el provinciano desconocido, a fuerza de desvelo y de talento, logra que su nombre se destaque entre los centenares de estudiantes hispanoamericanos que frecuentaban las Universidades españolas. Junto con dos canchinos más, Manuel Jesús Chávez Lazo y José Macedo Mendoza, consigue figurar en la Directiva de la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos.

Aquellos quizás fueron los mejores años de su existencia. En Madrid editó sus primeros libros, dos mínimos tomitos de versos, prosas líricas y pensamientos. El primero de ellos, "Alba gris", (56) lleva prólogo de R. Cansinos-Assens; el segundo, "Cuarto Creciente" (57), ostenta un pórtico de Rufino Blanco Fombona y aparece bajo el alero de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (CIAP).

Recibido de Licenciado en Derecho regresó al Perú. Desde entonces, allá por los años de la dictadura de Sánchez Cerro, comenzó su vía crucis espantosa. Volvía a un medio que si no le fue hostil, no era el que precisaba su espíritu soñador, bohemio y nada práctico. Los que fueron de su generación ya no estaban. Unos habían muerto, otros habían tenido que emigrar para continuar estudios superiores o para hacer frente a la vida en campo más propicio. Y sucedió lo peor. Lo poco que hizo Cáceres Santillana no pudo ser superado durante su estada en la tierra de su nacimiento. Enmudeció su lira y sus arrestos moceriles iban menguando ostensiblemente hasta quedar completamente solo y en derrota. El suyo fue el drama tremendo del intelectual que no pudo acomodar su espíritu a las menudas y prosaicas exigencias de una vida de cartagineses sórdidos. Prefirió el aislamiento a la rendición total de sus altivas inquietudes de juventud. Y murió casi desconocido y olvidado, en Yauri, un día del que ni siquiera tienen ya el recuerdo, diríamos con los versos vaticinadores de Vallejo.

Como "un hacecillo de rosas cogidas en una alborada precoz", califica Cansinos-Assens a ese primer opúsculo de Cáceres Santillana que hemos mencionado. Y, en realidad, "Alba gris" es eso. Es un

(56).—César Cáceres Santillana: "Alba gris", Imprenta de la Viuda de A. G. Izquierdo, Madrid, 1924.

(57).—César Cáceres Santillana: "Cuarto Creciente", C. I. A. P., Talleres Tipográficos de Galo Sáenz, Madrid, 1930.

poemario "hecho con el corazón y para ser entendido por los corazones", según insiste el prologuista y lo ratifica el propio autor cuando en el prólogo nos advierte que "Alba gris" es "un libro humilde y querido por ser el primero, y en cuyas páginas he volcado, sin rubor, mi corazón desnudo".

Todo en este breviario de amor, de anhelos trancos, de sueños imposibles, de confesiones dolidas y lacerantes, próximas a la desesperación y al suicidio, retrata el alma atormentada del poeta. Su mejor definición está en el poemita con que se abre este cofre de lamentos y sollozos desgarrados:

ALBA GRIS

*El alba
de mi vida
fué gris...*

*Muy temprano,
el destino escanció
su amargo beleño
en el frágil vaso
de mi corazón...*

*Yo no supe —en mi nido—
de plenas alegrías claras,
en las mañanas soleadas...*

*El dolor se hizo
nervio en mis nervios,
sangre en mi sangre...*

*Pero,
¡oh, maravilla!
de mis labios brotaron
versos sencillos y tristes,
como los cantos de los pajarillos
en la desolada estepa inmensa...*

Así es este manojito de prosas aladas y dolorosas. Es la obra privilegiada de Cáceres y eso exculpa el que se le pueda exigir una madurez y una destreza que no es dable alcanzar a los 20 años.

La misma fisonomía acusa su segundo poemario, **"Cuarto Creciente"**, publicado seis años más tarde. Y decepciona, porque se ve a las claras que el poeta que había en Cáceres se estancó increíblemente. Su visita a España no le sirvió al parecer de nada. No supo acoger los vientos convulsionados y renovadores de la Península ni vibrar con ese nuevo mundo que descubrió en la dura y bravía meseta castellana, estirada al sol como el cuero de un toro.

El prólogo que escribe Blanco-Fombona —esos prólogos de compromiso que a veces es imposible esquivar y que inflan de soberbia y vanidad a tantos jóvenes— no dice nada. Apenas si es el ademán cortés y cordial del amigo mayor, que remata con un cumplido en las palabras finales: *"Admiro su arte, discuto su soberbia filosófica; pero le repito, como el Hada: "Tú serás Rey"*.

En este poemario no hay nada nuevo ni nada que valga los honores de la perduración. Parece que Cáceres, como lo refieren algunos amigos comprensivos, atravesó en España por aquellos años, la peor crisis de su larga estada en tierras castellanas. Figuran, incluso, en **"Cuarto Creciente"**, un poema en prosa, **"Golondrina"**, y unos pensamientos que bajo el título sugerente de **"Pedrería"**, había él insertado en el N° 2 de **"Vórtice"** (Sicuaní, mayo de 1923), o sea 7 años atrás.

De lo que publicó a su retorno al terruño, ya sea en **"La Verdad"** o en **"Alma Quechua"**, tampoco hay algo que valga la pena mencionarse. Y esto descorazona, porque Cáceres Santillana pudo haber sido uno de los poetas cimeros del Cuzco. Tenía todo lo que se precisa para ser un aeda de resonancias propias y superiores. Desgraciadamente, su poesía siguió el mismo ritmo monocorde, lacrimoso, de sus primeras producciones. Por ejemplo, en **"Ansia azul"**, fechado en Sicuaní, en 1935 y publicado en **"Alma Quechua"** del Cuzco (N° 9, abril de 1935), la temática es la misma, el proceso de elaboración semejante e idéntica la nube de tristeza que le agobia y aniquila. No nos imaginamos por qué este espíritu sensitivo, no vibró y transfiguró su verso con la hecatombe de Asturias en Oviedo o con la tempestad que desencadenó la segunda República española. La verdad es que, pudiendo remontar el vuelo con la magestuosidad de las águilas, no lo hizo. Se contentó con cantar como los pájaros a la hora del alba y apagarse lento, como una vela, cuando prematuros inviernos helaron su corazón.

JOSE Z. PORTUGAL.— Es la primera vez que en un estudio sobre poesía cuzqueña contemporánea, se le dedican unas palabras al autor de "*Los poemas humildes*". A ciencia cierta no se sabe exactamente el lugar preciso del nacimiento de Portugal. Este escritor rápido, altanero, vehemente; poeta de ternura sutil y melodiosa, se proclamó ser siempre cuzqueño. Alguna vez le oímos decir haber nacido en un campamento cerca a San Sebastián cuando se construía la línea férrea de Sicuani al Cuzco. Otros afirman que su cuna estaría en Sicuani, al pie del "*Jururo*" tutelar, a la orilla del sagrado padre río Wilkamayo. Donde sea. La verdad es que su espíritu, su devoción, su intransferible definición serrana son cuzqueños. De ahí, precisamente, que lo recojamos e nestas páginas.

Portugal recorrió muchos caminos de la patria, conoció tierras nuestras con ese afán mosqueteril de insatisfecho y soñador que eran la tónica y la definición de su espíritu. Vivió años en Juliaca, donde residía su madre; en Arequipa, en Sicuani, en Trujillo, en Lima y, últimamente, en el Cuzco.

En Sicuani tuvo una imprenta minúscula de la que por milagro, salieron pequeños libros bellamente impresos, entre ellos, el suyo propio, "*Los poemas humildes*" (58), trabajado con delectación, ostentando hermosos dibujos a pluma del artista puneño Lucas Guerra Solís; y el de Guillermo Mercado, "*Un Chullo de poemas*" (59). La borla la tejió José Z. Portugal. Desde la capital de Canchis, lanzaba periódicamente su Boletín "*Kuntur*", a la manera del Boletín "*Titicaca*" que desde la ciudad lacustre ofrecían los hermanos Alejandro y Arturo Peralta (*Gamaliel Churata*, el último).

En "*Los poemas humildes*", único libro lírico publicado por Portugal, se revela el poeta tierno, profundamente humano, ejemplarmente fraterno que fué siempre José Z. Portugal. La vida —drama y comedia—, cruel e implacable a veces, no le permitió —así, amargamente, no le permitió— coronar una obra maciza de inmensas posibilidades. Anunció un libro másculo, interpretación muy personal y gallarda del Cacique de Chinchero, Don Mateo García Pumacchua. Conocimos algunos poemas sueltos, llameantes, broncos, retadores. Cifró muchas esperanzas en ese su "*Pumakawa*" que no llegó a publicarse nunca y que debió aparecer entre 1929 y el 30. Durante su errancia por la capital de la República, entregó a las prensas un

(58).—José Z. Portugal: "*Los poemas humildes*". Editorial Kuntur, Sicuani, 1927.

(59).—Guillermo Mercado: "*Un chullo de poemas*", Editorial Kuntur, Sicuani, 1928.

opúsculo polémico y querendón: "Lo que Lima debe a las Provincias y lo que las provincias le deben" (60); con portada de Pancho Olazo.

Así la brega, la insatisfacción, el ansia de este escritor cuyo seudónimo literario plasmaba muy bien su anhelo de grandeza y de alturas inholladas: "Orko Ckapec" y cuyo reencuentro se puede descubrir en ese puñado de prosas líricas, amorosamente trabajadas, con maestría y humanidad, con dolor y afirmación viril. En Portugal, la tristeza no es fuga ni derrota. Es afirmación, es lucha, desafiante actitud de salir al encuentro de la mala fortuna con todo el desnudo de un hombre que pisa firme en la tierra y que decanta su espíritu con los lanzasos que le propina Longinos.

Una muestra del arte recóndito de este prosador exquisito, está en esos dos bellos cantos desgarrados dedicados a la Madre, tomados de su libro "Los poemas humildes":

BESOS PARA TODA LA VIDA

MADRE, te suplicaba en los días fronterizos a mi adolescencia, dame besos para toda la vida. Hasta tener repleto y desbordante mi morral de alegría, porque he de irme por sendas y atajos de la Vida...

MIRA COMO CAE LA NIEVE

HACE mucho tiempo, madre! Quizá no recuerdes!, me decías, cuando sentados en la ventana veíamos nevar: mira cómo cae la nieve; parece que está cayéndome en la cabeza y encanezco como las cumbres de los cerros.

Hoy también ha nevado. Madre, si tú estuvieras aquí!

Acurrucado en la ventana he recordado la última vez que veíamos nevar; y, la nieve lenta, dolorosamente, va cayendo en mi pobre corazón, que fuera de ti, nadie quiere!

Mira cómo cae la nieve, —me he dicho—, cómo encanecen las cumbres de los cerros, cómo pone Amor en las tumbas pobres y olvidadas, cómo va cayendo la nieve, lenta y atrocemente fría en nuestras vidas, madre!

(60).—José Z. Portugal: "Lo que Lima debe a las Provincias y lo que las Provincias le deben" — Contribución a un ensayo espectral del pensamiento peruano. Imprenta Carlos Vásquez L., Lima diciembre, 1935.

OTROS POETAS.— Dentro del concierto de poetas menores de esta generación del año 20, que tiene vigencia hasta el año de 1927 y que aparece "Kuntur", hay uno que se destaca nítidamente y que habría alcanzado alturas insospechadas si la muerte no lo sorprendió en plena juventud. Ese bardo de 20 años es JUAN MANUEL DELGADO.

Vivió los años tormentosos del 24, cuando el Cuzco era algo así como un vivac enardecido de montoneras.

Embarcado en la revolución que organizó Francisco Tamayo, Juan Manuel Delgado, llevado por su vehemencia y por sus anhelos juveniles, murió en las escaramuzas que sostuvieron los sublevados y La Convención. Juan Manuel Delgado cayó defendiendo sus principios y luego de haber cantado. Lo poco que de él se conserva es suficiente para calibrar el vuelo lírico de este joven poeta en agraz, rematuramente trunco.

Algunas de las composiciones de Juan Manuel Delgado se publicaron en "Letras" (año I, N^o 1, Cuzco, agosto de 1923), órgano de la "Asociación Letras", tales como "Lirios" y "En este camino"; y "Rosal", en el N^o 2 de la misma revista (Octubre de 1923). De estos primeros versos, "En este camino...", parece ser una anticipación al drama repentino de su vida:

*Yo quisiera ver
el fin del camino,
soy el peregrino
que teme caer.*

*Yo quisiera ver
en este camino
el charco divino
que da de beber.*

*Yo nunca termino,
el camino es largo
y el andar mezquino.*

*Nunca beberé
y en este amargo
camino caeré.*

Y fue así, tal como el poeta lo había vaticinado. El 30 de octubre de 1924, "Kosko" (Nº 19), anunciaba la muerte del joven poeta que "víctima de sus rebeldías, ha muerto en la primera etapa de su vida", y prometía un homenaje. Un mes antes (7 de setiembre de 1924, Nº 13), "Kosko" había insertado en sus columnas este soneto arrogante que puede tener insignificantes defectos métricos pero que da la medida de lo que pudo ser el joven vate:

Y O

*Yo soy aquel que viene de todas las alturas,
soy aquel que ha nacido como un brote de amor,
me dió la aurora todas sus calladas dulzuras
y el crepúsculo rojo su sangre y su dolor.*

*Vengo desde la altura, vengo de la mañana,
donde la ida se hace azul de eternidad;
es esa blanca luna, mi pensativa hermana,
cuando elevó mi ensueño hacia su soledad.*

*Mientras le doy al viento mi oración en la altura,
y la noche me arrulla con callada ternura,
en mi orgullo florecen tristezas y dolor.*

*Y sigo así de paso, echando la semilla,
que florezca mañana la nueva maravilla,
la trinidad de vida, de ensueños y amor.*

Cuzco, setiembre de 1924.

En el número inicial de "La Sierra", órgano de la juventud renovadora andina (Año I, Nº 1, Lima, enero de 1927) que editaba en Lima J. Guillermo Guevara, se publica otro soneto mínimo que nos ayuda a comprender el aliento poético de Juan Manuel Delgado:

SIEMPRE

*Echen la semilla
Sueñen que mañana
Será la lejana
Dorada gavilla.*

*Echen bondadosa
Piedad en la herida
Que está dolorida
La herida amorosa.*

*Y echen a manojos
En los surcos rojos
Toda la ilusión.*

*Y echa tu mirada
En el surco, amada,
De mi corazón.*

No es la poesía mayor, la expresión de una progenie y de un pírиту levantiscos. No pretende ser ni mensaje ni bandera. Es apenas el rumor sentimental del caramillo mágico que el poeta llevaulto en el corazón. Y ese verso, simple, sencillo, despojado de toda jactancia, discurre limpio, rumoroso, matinal, como los claros retos que descienden de los picachos eternos. En Juan Manuel Delgado, indudablemente, se abatió una esperanza.

Otro poeta muerto inmaduramente, en pleno fervor de creación y que pudo haber sido, acaso, el primer poeta de arrestos comitativos, fué VÍCTOR M. CARRILLO. Estudiando lo poco que ha quedado de él, se puede constatar que tenía una destreza especial y un vigor que no es común en los poetas de su generación. Puede que sus versos, por el tono y la inspiración, recuerden a "Almafuerte" a Salvador Díaz Mirón, pero en el pespunte de los mismos es grato descubrir lo que de propio e intransferible hay en ellos. Para muestra, basta que reproduzcamos algunas estrofas de "Despierta" (61) que es una encendida arenga a la juventud:

*Tengo en mis manos para tí guirnalda
que ceñirán tu frente esplendorosa;
no duermas pues se enerva el que reposa
de la inacción en voluptuosas faldas.*

(1).—Victor M. Carrillo: "Despierta", "El Comercio", Edición extraordinaria en homenaje al centenario de Ayacucho, Cuzco, 1924.

*Eres toda una fuerza soberana,
si voraz entusiasmo en tu pecho arde,
luce, con el fulgor de la mañana,
no con dudosa lumbre de la tarde.*

.....

*Si tu mente un ideal bello acaricia
aproximate, marcha hacia él, anda:
es grande, proclamando la justicia
morir, aunque vencido en la demanda.*

.....

*No fáciles si triunfo momentáneo
alcanzar puede lo grosero y falso,
no es fácil apagar la luz de un cráneo,
aun no hay para el ideal ningún cadalso.*

*Pon al oscurantismo fuertes diques,
en pos avanza del progreso humano,
empuñe tu bandera firme mano,
consecuente en la justa no claudiques.*

.....

*No basta que prediques una idea
cuando en el corazón no tiene asiento;
ámala, pues, para que fuerza sea
la idea debe hacerse sentimiento.*

En esos años aparecen también los primeros versos de MARTHA ALICIA YEPEZ ("Letras", N^o 2, Cuzco, octubre de 1923) que tuviera destacada actuación en el grupo femenino que se formó en la Universidad, junto con Angélica Alvarez, Rosa A. Rivero, Fortunata Jara, Lucrecia Núñez de la Torre, espigando todas por los predios líricos con diferente fortuna. "Albores", la empresa literaria y feminista que emprendieron, murió en la segunda entrega. Martha Alicia Yépez, de haber insistido en la poesía, seguramente que habría conseguido depurar una expresión personal y valedera. Su producción lírica de aquellos años y de los posteriores anda dispersa. Alguna vez pensó agruparlas en un libro, pero el propósito quedó en proyecto generoso hasta hoy.

Rosa A. Rivero se inició también por aquella fecha. No la mencionamos en esta etapa en estudio porque su eclosión poética se desenvuelve recién con la aparición de "Kuntur". Igual sucede con Sergio L. Caller y César A. Vilchez que también se expresan plenamente ya en las columnas de la misma revista.

Luego se presentan una serie de poetas, transeuntes del verso, quienes no se puede valorar debidamente porque su producción fué marquisima y, en muchos casos, mediocre. De ese núcleo de poetas habría que mencionar a Francisco Sánchez Gamarra ("*La noche de San Juan*" y "*Champaña erótico*", en "*La Sierra*", N° 6, Cuzco, 28 de julio de 1921); "*Arurima*" con "*Dónde estará... ?*" ("*Más allá...*", N° 1, Cuzco, julio de 1922); Anibal Estrada que murió suicida y que fué un inquieto divulgador de las teorías de la relatividad de Einstein y nos dejó "*Ingratitud*" ("*Más allá...*", N° 2, julio de 1922); "*Henry Desmoulins*" en "*Más allá...*", Nos. 3 y 4; Lancho Oviedo (cuzqueño?); Luis Ochoa G. con un poema en quechua, "*Ayhua Ccoocco!!!*" ("*Más allá...*", N° 6, julio de 1922); Arturo Bravo Pinto que obtuvo el Tercer Premio con sus "*Rosas de otoño*" ("*Letras*", N° 2, octubre de 1923), y los Juegos Florales organizados por la "Asociación Letras" en que Roberto Delgado ganó el laurel consagrador; Luis Adolfo Delgado "*Desengaño*", en "*Kosko*", N° 13, 7 de setiembre de 1924); Julio V. Saliza L. que nos deja "*Mis anhelos*", un soneto de promesa ("*Kosko*", N° 23, 30 de noviembre de 1924); y algunos más como Audaz del Castillo, autor de un poemario y propulsor junto con Pedro Ladrón de Saevara de "*Wicuña*" (1924), una revista de esfuerzo y en la que colaboraron, entre otros, Luis E. Valcárcel, Fortunato L. Herrera, José Risancho, Julio Dávila Peña, Luis F. Paredes, Roberto Barrionuevo, Fraín Trelles, Rosa A. Rivero.

El balance que se puede hacer de esta generación de liridas no es desalentador en todos sus términos. Basta el nombre de Alberto Delgado para salvarla del olvido irremediable, y las promesas trunfas que fueron Roberto Latorre, José Z. Portugal, César Cáceres Sallana y Juan Manuel Delgado. No es una generación brillante ni extraordinaria para un enjuiciamiento riguroso de la lírica cuzqueña de aquellos años, pero hay que reconocer que hizo algo y señaló una ruta que los que vinieron después la superaron ampliamente.

CAPITULO X

SEGUNDO PERIODO

(1927-1940)

AL enjuiciar la trayectoria del movimiento poético cuzqueño contemporáneo, dijimos que la aparición de la revista "Kuntur" en 1927, marca una etapa decisiva no sólo en el aliento y el contenido de la poesía sino en la ubicación ideológica de una generación que había vivido las escaramuzas del arte y la política.

Fueron años de agitación y de lucha. El 27, Luis E. Valcárcel había entregado su "Tempestad en los Andes" (62); y un año antes, Alejandro Peralta, sorprendía con "Ande" (63) en tanto que Guillermo Mercado, durante su estada en la capital donde se ajustició a Pumacchagua, bordaba y ofrecía un mensaje telúrico: "Un Chullo de poemas" (64) y Uriel García entregaría tres años después, "El nuevo indio" (65).

Se vivía, pues, un plan de alarde combativo, en fiebre de renovación y revolución. Y lo que es más importante, se urgía a los hombres de esa generación, una definición precisa frente a todos los problemas urgentes que planteaban el Perú y el mundo.

No debe olvidarse — y esto es muy importante— que, justamente, en las vísperas aurorales de ese año de eclosiones volcánicas, le nace al Perú una revista, la primera, de definición y orientación doctrinarias: "Amauta", que aparece en Lima, en setiembre de 1926, bajo la dirección maestra de José Carlos Mariátegui. Por todos conceptos, esa revista tenía que convertirse en un acontecimiento histórico fundamental. Ya lo expresaba, rotunda e inconfundiblemente, su animador, en el primer mensaje de su presentación: "Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa más bien, un movimiento, un espíritu". Y "Amauta" nació, precisamente en el momento en que los rumbos ideológicos de esa generación levantisca y anunciadora, se descarriaban entre la demagogia indigenista, el oropel de fanfarria de los caudillos improvisados y un afán

(62).—Luis E. Valcárcel: "Tempestad en los Andes", Biblioteca "Amauta", Edit. Minerva, Lima, 1928.

(63).—Alejandro Peralta: "Ande", Editorial Titicaca, Puno, 1926.

(64).—Guillermo Mercado: "Un Chullo de poemas", Editorial Kuntur, Sicuani, 1929.

(65).—J. Uriel García: "El nuevo indio", Editorial H. G. Rozas, Cuzco, 1930.

renovador gaseoso, insuflado de grandes vocablos declamatorios, sin contenido filosófico, sin médula doctrinaria, sin rumbo científico preciso.

Con "Amauta", las juventudes de vanguardia —vanguardia en la lucha, en las ideas, en el planteamiento, en el acervo doctrinario, en la criba filosófica, en el impulso vital de un arte nuevo— tuvieron su bandera y su esperanza. Ya podían trazar su propia ruta, escrutando en lo hondo de las conciencias, buceando en la raíz misma de los problemas seculares, afincando en la entraña transida de la nacionalidad, agitando como un trazo sagrado de rebeldías, los ilimitados anhelos populares. Por eso que "Amauta", al querer de Mariátegui, tenía que convertirse "en la voz de un movimiento y de una generación".

Precisamente por eso, porque quería buscar un sitio y una ubicación que no de margen a las posibilidades de la duda ni a la suma de los tanteos indecisos, es que el autor de "Defensa del Marxismo", estampa en el pórtico de su predio espiritual, estas palabras definidoras que son admonición y credo:

"No hace falta declarar expresamente que "Amauta" no es una tribuna libre abierta a todos los vientos del espíritu. Los que fundamos esta revista no concebimos una cultura y un arte agnósticos. Nos sentimos una fuerza beligerante y polémica. No le hacemos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de las ideas. Para nosotros hay ideas buenas e ideas malas. En el prólogo de mi libro "La Escena contemporánea" escribí que soy un hombre con una filiación y una fé. Lo mismo puedo decir de esta revista que rechaza todo lo que es contrario a su ideología así como todo lo que no traduzca ideología alguna". (66)

Jamás, en revista alguna de las que aparecieron en la historia intelectual del país, se estamparon estos conceptos agónicos y batalladores. Por la primera vez, una tribuna del pensamiento nuevo de la patria, proclamaba con énfasis, con claridad inequívoca, una afirmación de conciencia, un credo de combate, una lúcida y perentoria movilización de los espíritus, como lo hizo "Amauta".

Y para comprender mejor el sentido y el propósito de lo que "Amauta" perseguía, transcribiremos los tres párrafos finales de aquella declaración de principios que nos servirán para explicarnos mejor los alcances de aquellos planteamientos:

6) — José Carlos Mariátegui: "Presentación de "Amauta", Rev. "Amauta", N° 1, Lima, setiembre de 1926.

"Para presentar "Amauta" están demás las palabras solemnes. Quiero proscribir de esta revista la retórica. Me parecen absolutamente inútiles los programas. El Perú es un país de rótulos y de etiquetas. Hagamos al fin alguna cosa con contenido, vale decir con espíritu. "Amauta" por otra parte no tiene necesidad de un programa, tiene necesidad tan sólo de un destino, de un objeto.

"El título preocupará probablemente a algunos. Esto se deberá a la importancia excesiva, fundamental, que tiene entre nosotros el rótulo. No se mire en este caso a la acepción estricta de la palabra. El título no traduce sino nuestra adhesión a la Raza, no refleja sino nuestro homenaje al Incaísmo. Pero específicamente la palabra "Amauta" adquiere con esta revista una nueva acepción. Lá vamos a crear una vez.

"El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación —políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos—. Todo lo humano es nuestro. Esta revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de los otros pueblos de América, enseguida con los de los otros pueblos del mundo.

"Nada más agregaré. Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta de que al Perú le nace en este momento una revista histórica". (67)

Es en éstas circunstancias que asoma a la arena de la lucha, la generación del 27 con el nacimiento de "Kuntur". "Kuntur" recogió en el Cuzco el mensaje de "Amauta" y apretó filas a su alrededor.

Los poetas

Dijimos ya y es bueno repetirlo, que con el grupo de poetas nuevos, cobijados bajo las banderas tempestuosas de "Kuntur", nacen los primeros atisbos de poesía social en el Cuzco. No cuaja todavía la gran arenga de reclamos humanos que necesita un pueblo movilizad y combatiente. No es aun la epopeya lírica que despliega sus estandartes desgarrados por sobre el bosque de puños amenazantes y fieros. Todavía el verso no lleva en su médula el mensaje revolucionario que palpita en las calles, en los tugurios, en la asamblea de los sindicatos, en la esperanza de los talleres y las fábricas. Pero es ya la semilla, el ademán resuelto y bronco, el grito anunciador y levantisco.

(67).—José Carlos Mariátegui: Rev. cit.

SERGIO L. CALLER.— Indudablemente que el poeta de esta generación que marcha a pendones desplegados, es Sergio Caller. Verdad es que su poesía, sobre todo la de su primera etapa ("Romería"—Las dos ofrendas—), (68) no logra desprenderse de su lastre romántico con pujos modernistas. Pero tiene el mérito de haber pegado un salto fundamental y decisivo. El, desde "Kuntur" (69) inicia la vuelta estética e ideológica que lo llevará a arquitecturar un verso rampante, libre de las ataduras novecentistas, pleno de un aliento terrígeno, cuajado de metáforas relampagueantes.

Insistimos en que, pese al paramento modernista de sus composiciones, ya se respira ese viento de fronda que encrespará el penacho lírico de los nuevos aedas. En "La tragedia de! viento", (70) por ejemplo, percibe una modalidad distinta, influencia indudable de los poetas vanguardistas de aquella hora:

*"El viento ha descargado de sus espaldas
junto a la fuente
su enorme fardo de nostalgia".*

.....

*"Apenas caminaba
con una derrota de pasiones".*

.....

*"...con un cabezaso
desalojó de una sogá una veintena de pañales
que retozaban al sol..."*

.....

*"...recostó su cansancio
en la colcha de sus pestañas luengas..."*

Y en "Kuntur", descorrerá este telón de imágenes expresionistas:

68).—*"Letras"*, Año I, N° 1, Cuzco, agosto, 1923.

69).—*"Kuntur"*, N° 1, Cuzco, octubre, 1927.

70).—Rev. cit., N° 1.

*"Sé que es una guarida de rayos tu pico
y tu mirada
un arco de relámpagos..."*
.....

"...te mancharé de mi anhelo indio..."
.....

*"...y he de rezar también en la tragedia
la última plegaria triunfal
en tus alas abiertas". (71)*

En otros poemas escritos para "Kuntur" (72), Caller habla del "Manicomio azul — de tu mirada infinita" ("Canciones azules") o de cómo el sol se aleja "recogiendo en sus cántaros de oro — los minutos rubios de la tarde", o que "En la lóbreguez de tus ojos — extravió — Beethoven — su X Sinfonía" ("Canciones conexas").

Pero su temática, ya en plena actitud de posibilidades, adquiere mayor vigor y trata de modelar la personalidad propia del poeta, tal como se advierte en "Cumbres": "...los pumas sintieron quemarse en su espinazo — una rabia de colores". O se hace imprecación y anhelo, en un verso sombrío, transido de futuro, como en "César Vallejo" (73).

I

*"Apenas nacías rompiendo cauce
de horizontes jubilosos
Dios te embarcó en los cielos
para animar su paraíso de himnos y marchas triunfales
pero
turbia de lágrimas
llegó tu voz en diluvio sin fin
sobre la laceria de cordilleras desnudas
y gigantes ciegos cimbrados de intemperie*

(71).—Rev. cit., N° 1.

(72).—Rev. cit., N° 2, Cuzco, enero, 1928.

(73).—"Jornada", N° 11, Cuzco, 18 de abril de 1942. Director: Luis Nieto.

y tú
 simiente de luz en barro hermano
 desplomado del cenit como José Carlos
 erguías tu angustia
 enraizada de carne dolida
 en pupilas indias cuatro siglos ateridas
 de inquisiciones

y
 polvo
 pisoteados por bárbaros atilas

cabalgando en los heraldos negros
 de la oscura muerte sumisa a tus plantas
 diste pan de tu yantar amargo
 y lumbre fuerte de esperanzas
 tus arterias al vilo sobre las punas

tos mitayos de este subsuelo
 alentaron pendones en los esclavos del mundo
 al meridiano de anhelos encadenados

II

dícese que el viejo Wagner
 filtrado en tu nostalgia indígena
 a la deriva de su barca de sinfonías
 te llevó al fondo de manicomios del océano

que sorprendiste a Túpac Amaru
 remozando sus hachones y los vértices
 con savia de tus poemas

que García Lorca
 el romancero gitano de las pupilas desorbitadas
 gritando desde su plaza de Granada
 recibió en tu carne
 el último plomo

III

"España, aparta de mí este cáliz"
 y terriblemente herida
 para siempre se apagó tu voz

*VALLEJO gran señor de osadía y muerte
poeta cholo como el Inti roturador de coágulos y el alba*

*este vacío sin fondo rebasó el firmamento
y se cuaja de pupilas escarchando estalactitas de los
(indios de piedra*

*crucificados de silencios y tu ausencia
un rumor de sombras sobre tus últimas huellas
¿para qué será tanto afán siniestro?*

*y sobre la angustia cósmica de esta hora aciaga
sorda de ventisqueros
tu siembra de palabras lascas
frescas de dolor y de sangre humilde
fuertes de latidos en marcha
partieron la noche*

Cuzco-1942.

Este poema lo publicó Caller con su seudónimo de *Lorenzo Nina*, así como había publicado otros en su primera etapa con el de *"Sergio Pukara"*.

ROSA A. RIVERO.— Se inició en las actividades literarias y sociales con el grupo feminista de la Universidad. Junto con Martha Alicia Yépez y Angélica Álvarez Valer, muerta prematuramente en Lima, sacó *"Albores"* que tuvo la belleza del primer paso desenvuelto dado por la mujer pero que murió en el segundo número. Propiamente, su bautizo lírico lo recibió de *"Kuntur"* revista a la que llegaron junto con ella, tres espíritus inquietos y retadores: Concepción G. Rivero, Corina Latorre y Estela Bocángel. La poetisa de este puñado de corazones románticos y batalladores era Rosa Rivero.

Ha publicado relativamente poco. Ensayó un verso de síntesis, anhelante, sin la audacia metafórica de Caller pero con un tono donde la ternura de la mujer se encrespa en protesta ruda. Esa actitud se puede advertir en sus tres poemas breves insertados en *"Kuntur"* (74), en los que a veces se descubren ráfagas de la Agustini. Otras

veces tiene un vago acento bucólico como en "Yunta" (75) o es un anhelo incontenible como en "Mi sueño" o una estampa descriptiva como en "Estrellas". Pero su rebeldía contenida estalla en "Illapa" (76).

Los versos de esa etapa que abarca de "Kuntur" a "Kosko" y "Alma Quechua", están agrupados en "Unkjuña" (1924-1939), un poemario inédito.

OTROS POETAS.— Pertenecientes a esta misma generación, están poetas de obra desigual y transitoria, algunos de ellos sin el aliento que es dable exigir a creadores de belleza. Figuran en esa hornada Julio Enrique Torres, César Vilchez, Audaz del Castillo, Lucrecia Núñez de la Torre.

Luego viene para la poesía cuzqueña un visible estancamiento en que no es posible recoger nada valioso. Un remozamiento transitorio se produce después con la aparición de la revista "Alma Quechua" que dirige Humberto Pacheco y que logra despertar inquietudes que estaban dormidas. Casi simultáneamente ocurre la reaparición de "Kosko", esta vez bajo la dirección de Cristóbal Latorre.

El poeta señero del grupo que comanda "Alma Quechua" es BALTAZAR JARA Y EGUILETA que sorprende con una poesía bronca, recorrida de anatemas y furores, impresionante por la audacia de las metáforas y el gesto desafiante y altanero.

*"Traigo en las venas el grito de mil auroras,
en los nervios cordones de Horca
donde la siembra del siglo tendrá
ESPANTOSAS COSECHAS*

dirá en "Mensaje", dedicado a Mateo Jaika, escritor puneño (77). Y en su "Tríptico proletario" su urgencia de lucha es patética. Verdad que el verso no adquiere la grandeza de su misión. Los poemas que conforma más parecen llamados a la refriega, escuetos, rispídos, spoéticos. Pero encierran un clamor que rebalsa de los puños. Son cintarazos sin retórica porque así lo exige el tiempo que se vive. Es un verso sin concesiones fáciles, que no cuida del ropaje exterior. Prefiere desatarse en alarido a ser romanza, increpación furibunda a endecha sentimental. Por eso en "El alba", estampa:

(75).—Rev. cit., N° 2.

(76).—"Wikujña", N° 2, Cuzco, noviembre, 1924.

(77).—"Alma Quechua", N° 4, Cuzco, enero, 1933

.....

Campesino:
levanta la Hoz y el Martillo,
sacude los harapos,
despereza los nervios.

Escucha:
**LA CLARINADA DE LENIN ESTA ROMPIEN-
 DO LA NOCHE!...**

Y en "El día", poema con que cierra "Tríptico" (78), y que, cautamente, suscribe con el seudónimo de "Bejota!", despliega este cartel:

Campesino
El Sol que hoy nace no es un SOL,
es un Sol Rojo, Rojísimo
que bañará de lacre el Universo
y el mundo será una Estrella Roja.

Las aldeas, los surcos, los árboles,
los hombres, los andes, las noches,
serán mil Banderas Rojas
MENOS LOS MUERTOS!

.....

En "Domingo" se precipitan los furros del poeta que clama por una revuelta sangrienta. Aquí la poesía está ausente. No es posible sino percibir una fanfarria de vocablos y de evocaciones sentimentales, a la par que dos pinceladas folklóricas. Hay más exaltación, mayor hondura en su increpación al "Cristo Dormido", escrito a mediados de 1940, a raíz de los bombardeos de París y Dunquerque.

Baltazar Jara no ha recogido aun en volumen las muestras de su producción poética.

En esa misma época proliferan poetas de segundo orden, algunos, y otros que no tienen nada que hacer con la poesía. La mayor parte de los poetas de esa época deja una obra dispersa en diarios

y revistas, como Cristóbal Latorre y Segundo Jara Equileta que llega a publicar dos volúmenes (79).

Hay uno que no puede pasar desapercibido y que escribe en "Kosko" con el seudónimo de "Amaru Paukar" y que revela a un poeta de grandes posibilidades, tal como puede advertirse en los versos de "Junio" (80) y "Canto del indio prisionero" (81).

Se cierra así un ciclo de definición que, si en verdad, no nos brinda al gran poeta de la revuelta y de la anunciación, prepara el camino de los que vendrán después, portadores de un nuevo mensaje estético y poético.

CAPITULO XI

TERCER PERIODO

(1940-1955)

— N 1940 —ya lo dijimos— se inicia para el Cuzco la más brillante etapa poética de todos sus tiempos. En estos tres últimos lustros se opera una verdadera y profunda revelación lírica que conlleva una trascendental renovación en los más amplios estadios del verso. Los poetas que se presentan en la amanecida de 1940 nada tienen que hacer con las generaciones que les antecedieron. Ese año se produce la liquidación romántica y modernista de las etapas primeras y se da comienzo a una era de arrestos líricos audaces y renovadores. El verso adquiere un contenido vital, las dimensiones de un manismo realista como jamás se había visto en los mejores líricos de 1920, 1927 y 1934, por ejemplo. La revolución estética no sólo comprende el aspecto formal de la poesía sino que llega también a su esencia misma. Los poetas de ahora rompen abiertamente con el pasado y marchan desafiantes, altivos, combatientes, hacia el porvenir. En muchos de ellos la poesía deja de ser un ingenioso juego de palabras para transformarse en un credo, en un mensaje, en una palabra. La poesía adquiere una condición humana que cubre los cielos azules con su pregón de rebeldías, con su entrañable afirmación de combate.

—Segundo Jara Equileta: "Senda", Edit. H. G. Rozas, Cuzco, julio de 1949 y "Tiempo", Edit. H. G. Rozas S. A., Cuzco, julio de 1953.

—"Kosko", Año III, N° 66, Cuzco, 31 de julio de 1934.

—Rev. cit.: Año III, N° 63, Cuzco, 22 de agosto de 1934.

Los poetas y los escritores de este tiempo no sólo son escritores y poetas simplemente. Son también hombres atenaceados por urgentes y patéticos deberes sociales que es preciso afrontarlos con entereza y decisión. Lo que fue chispazo y tanteo en la generación del año 20, e inicio de definición en el 27, aquí, bajo la influencia de los resplandores de la Segunda Guerra Mundial, se convierte en deber y conducta. El intelectual que es el más alerta receptáculo de las inquietudes de su época, la antena más vibrante de las emociones colectivas de su momento, procura encontrar en el planteamiento de las grandes interrogaciones de su siglo, la solución de sus propios problemas. Son años preñados de convulsiones dramáticas. El mundo vive su ciclo más trascendental. No es posible, en tan tremendas circunstancias, ser un evadido ni un displicente espectador. Hay quienes buscan el equilibrio o vivir al margen de los acontecimientos. Pero son los menos. Cuando llega el instante de dar el paso adelante, como en el legendario pasaje de la Isla del Gallo, la mayor parte de los intelectuales, los mejores de ellos, no trepidan. Cumplen con honor el destino agónico de la inteligencia y buscan un sitio en el infierno mismo de la pelea. De ellos se puede decir con honor lo que Mariátegui apunta en *"La Escena Contemporánea"* cuando traza un esbozo justiciero de Anatole France: *"No era un escritor sin opiniones políticas, religiosas y sociales. En el conflicto que desgarró a la civilización contemporánea no se había inhibido de tomar parte. Anatole France estaba por la revolución y con la revolución"*. (82)

Y es justo que reconozcamos en todo lo que tiene de dignidad y decoro intelectuales, la posición gallarda adoptada por los escritores y poetas cuzqueños que insurgieron aquel año 40. Su adhesión a los reclamos del pueblo, su vivir en vigilia permanente, en trance de marcha, dispuestos a sumar su voluntad de refriega para defender los más caros postulados de justicia social, los ubican entre los auténticos milicianos de la cultura.

Sin embargo no todo es balance positivo en este período, en lo que respecta a la ubicación social y política del intelectual. Surgió, como tenía que ser y se explica por la pluralidad de opiniones, por el distinto ángulo de vista para juzgar los acontecimientos, por un concepto que se tiene frente a la vida y el devenir trascendente de sus hechos íntimos, una tercera posición. En ese sector se ubicó el

(82).—José Carlos Mariátegui: *"La Escena contemporánea"*; *"La revolución y la inteligencia: Anatole France"*, Editorial Minerva, Lima, 1925.

grupo de poetas e intelectuales jóvenes del tercer frente, para quienes el arte nada tenía que hacer —al decir del poeta norteamericano Archibald Mc Leish— con el reclamo de los desheredados ni con el dolor de los ofendidos. Para ellos, el arte era un castillo construido sobre la dura y contradictoria realidad terrena. Propiciaron un arte de capilla para solaz de los iniciados y los selectos. Ese afán de búsqueda, de definición, de protesta, hizo crisis en un instante crucial de las actividades culturales del Cuzco y desembocó en una casi polémica entre quienes defendían la ubicación social del hombre de pensamiento y aquellos que pretendían retrotraer el arte a sus más puras esencias a fin de no contaminarlo con el barro donde moraba el hombre común con sus desdichas, sus pesadumbres, sus esperanzas. Surgieron entonces los poetas oníricos, los arte-puristas y la versión criolla y procaz del existencialismo sartreano. En esta feria del arribismo aldeano, de la quiebra de todo principio doctrinario y de dignidad humana, del renunciamiento grotesco a los mejores ideales generosos alimentados en el pasado, campeó alharaquiento, pregonando una sabiduría y una suficiencia enfermizas, el pequeño grupo de jóvenes intelectuales desclasados y "demoder" que rindieron sus banderas, que hipotecaron sus arrestos "revolucionarios" a los más feudales y ultramontanos representantes de la derecha reaccionaria.

Entre tanto, la ola sangrienta de la dictadura se abatía implacable sobre los intelectuales democráticos y progresistas. Vinieron la cárcel y las persecuciones. Y aquello que pudo parecer el redoble fúnebre del vigoroso arte social que había campeado en esta tierra, se convirtió en un propósito de superación, en una afirmación de lucha clandestina y denodada. La libertad, en el arte o en la vida, no puede morir encadenada. Sobrevive a todos los ultrajes y a todos los martirios. Los poetas, a quienes los "artepuristas" y los "aristócratas" de la poesía de filigrana, intrascendente, llamaban, motejándolos, poetas de "propaganda" o de "cartel" o de "partido", mantuvieron altos sus pendones, con bizarría, con honor. En tales circunstancias resultaba preferible y era casi un deber, una poesía de barricada a esa pirotecnia de vocablos vacíos tan cara a los evadidos. La primera entrañaba un peligro y un reto. Significaba tener tras sí a los delatores de oficio y a los sicarios de la tiranía. La segunda, en cambio, representaba la sumisión, la entrega total sin condiciones, con lo cual, sin arriesgar nada, se conquistaba el aplauso estridente de los regojados por el duelo de la inteligencia acorralada.

LOS POETAS

ARTURO CASTRO LOAIZA (1924).— Surge de las aulas del Colegio Nacional "Mateo Pumacahua" de Sicuani, ciudad de nacimiento del poeta con un poema premiado dedicado a la Reina de la Primavera (83). Su presencia es una revelación sorprendente. Cuando él llega, el Cuzco vivía los fastos de los Juegos Florales de 1940, celebrados en honor de Garcilaso Inca de la Vega por el Centro que llevaba el nombre del genial mestizo. Al año siguiente de estos Juegos Florales que tuvieron la virtud de suscitar inquietudes, el organismo director de la juventud universitaria, la ASU (Asociación Sindical Universitaria), provocó un Concurso poético estudiantil con motivo de la Primavera (1941). En dicho concurso, Arturo Castro que era un alumno del Colegio Nacional de "Ciencias", obtuvo el primero y segundo premios con "*Primavera*" y "*Ya llegó Primavera...*", respectivamente, en tanto que Antenor Samaniego, poeta huancaino que estudiaba en la Universidad del Cuzco, obtenía la tercera recompensa.

Un año después, en octubre de 1942, Castro lanza su primer poemario impreso: "*Comarada Vallejo*" (84), con un pórtico del Grupo Renovador Alkamari que auspicia el poemario y un encendido Colofón de Eustakio K'allata. Luego vino, en 1946, "*Sustancia del sollozo y la Esperanza*" (85). En 1947, con motivo del 250 aniversario de la fundación de la Universidad de San Antonio Abad del Cuzco —fecha equivocada que documentadamente ha rectificado el Dr. José Gabriel Cosío—, se convoca a un Concurso Literario en el cual, Arturo Castro, como en la primera vez, vuelve a obtener el primero y el segundo premios con "*Canto a la Universidad y sus luchas libertarias*" y "*Canto a la Universidad Nacional del Cuzco*", respectivamente.

En 1949, Castro entrega a la publicidad su último libro, "*Alba*" (86), que lleva unas breves palabras liminares de D. Pedro Orós, seudónimo literario del novelista cuzqueño Roberto Barrionuevo.

Tiene inédito un volumen de versos que bajo el título de "*Hontanar*", agrupa su producción lírica de 1948 al 50.

(83).— "*La Verdad*", Semanario, Sicuani, setiembre, 1940.

(84).— Arturo Castro: "*Comarada Vallejo*", Tip. "Los Intimos", Talleres Gráficos Cuzco, 1942.

(85).— Arturo Castro: "*Sustancia del Sollozo y la Esperanza*", Talleres Gráficos "La Verdad", Sicuani, setiembre, 1946.

(86).— Arturo Castro: "*Alba*", Talleres Gráficos "Chaski", Cuzco, setiembre, 1948.

Castro es el poeta de más alto vuelo lírico de su generación. Hubo un momento, antes que aparecieran Gustavo Pérez Ocampo y Carlos Ferdinand Cuadros, que fué la única voz juvenil, esencialmente poética, que se dejaba escuchar en el Cuzco.

Su poesía, como es lógico suponer, ha evolucionado desde la encilla y brillante eclosión de las metáforas —todo un castillo multicolor de luces de bengala— de sus primeros versos, hasta llegar a entregarnos ese poema transido de interrogaciones, vigoroso de planteamientos terrenos, ardido de anhelos, pleno de humanidad de estos últimos años.

Fácil es seguir su itinerario lírico desde su momento estudiantil en el Colegio Nacional de Sicuani hasta el que nos brinda ahora, cuando el verso se ha decantado y ha dejado su pedrería, sus galas transparentes, para vestir el ropaje severo del poema que habla con el lenguaje del corazón palpitando estremecido sobre la tierra ajena.

La alegoría musical de las metáforas pasa feérica en sus poesías premiadas en el Concurso universitario de Primavera:

*"Es una orquesta de trinos.
Pasan soñando las brisas
bajo el cristal de la aurora.*

*Tiembla la sangre en los lirios
y la sonrisa en las rosas".*

.....

Esa poesía juvenil, enardecida, trémula, fulgurante de símbolos, adquiere un acento de dolor y desconsuelo que no se rinden sino que se afirman y se estremecen en un ademán de lucha y de esperanza, como en "Camarada Vallejo", en que el poeta conquista una presión que se sustenta de sus ansias y de una viril afirmación en vida.

Así, por ejemplo, en el Canto I de "Camarada Vallejo", Castro clama:

*"He visto en esta tarde llorar a los caminos
la ausencia de tus pasos,
y el polvo,
este polvo bendito que se quedó en tu risa,
en una ronda de penas viene a tocar nuestras puertas.*

*Tú estabas en el fondo de toda la amargura, hermano;
tenías las pupilas llenas de amor eterno
por la querencia dulce,
por los largos sollozos,
y ese sabor a llanto de tanto hogar hambriento,
estaba en el recodo de tu canción querida”.*

Esa laceria, esa desventura que convoca a todos los latidos, que expresa un sentimiento de disconformidad que está a punto de encontrar una ruta para el desahogo de sus desconsuelos, alcanza un clima humano en el Canto II:

*“Trajiste el callejón abierto de tu mirada
y el brazo de la noche estrujando tu llanto;
Camarada Vallejo,
tu voz era el rumor de los talleres tristes,
de los niños gritando su desventura entre las calles,
o las cadenas del hombre gravitando en tus ojos,
o la brisa destrozando su andar sobre tu pecho.*

*Camarada Vallejo,
la luz de los caminos se recoge a tu sombra,
el manantial de tu mirar y la mano del tiempo
la bandera de un cuerpo manando harapo frío.*

*Viniste hermano de las bocas en hambre,
a tremolar tu carcajada de angustia en las ciudades.
a levantar el polvo de los pobres y mostrarnos su pena,
a defender con la candela de tu verso
el corazón agonizante de los obreros pobres.*

*Tu andar de gota amarga,
tu andar por nuestras calles de perdidos recuerdos,
tu andar de rayo ardiente quemando los crepúsculos,
ha llegado en su tiempo a la garganta nuestra,
al corazón que lanza el Estandarte de tu Nombre,
con un fusil de fuego para todos los hombres.*

*Nos habla tu mirada puesta en los versos tuyos,
nos habla tu garganta de timbre combatiente;*

Camarada Vallejo,
estás en nuestro sueño,
estás golpeando en nuestro propio sueño;
la hoguera de tu sangre florece
en un millar de gritos,
Camarada Vallejo”.

Todo “Camarada Vallejo” es un canto de afirmación y lucha. Y ése es su mérito, entre otros, esencial. Ahora los poetas ya no cantan desconsolados y renunciadores. Toman toda la miseria, todo el dolor, todo el equipaje de penas con que sabe obsequiar la vida y no se ponen a llorar su derrota. Todo lo contrario. Lo esgrimen como una bandera para afirmar un credo nuevo, un himno que ayude a los demás y a ellos mismos, a descubrir esa mañana que avanza sobre el lamento de los explotados:

“De pie, tejiendo de fibras rojas la bandera de tu
(nombre,
comiendo el pan de tus palabras,
nallando en cada verso tuyo
el corazón de nuestra desventura,
marcharemos mañana, camarada,
con las cenizas de tu cuerpo en nuestras filas...”

.....

“la onda de tu voz en nuestros pechos ruge,
tu presencia de fuego nos calienta la vida,
tu sombra sigue siendo amparo en nuestras casas,
tu palabra alimenta el rumor de la sangre,
y se quema el invierno nacido de los harapos,
en las manos que piden limosna por las calles,
en los niños llorando de frío en los hogares,
en la puna de nuestros campesinos tristes”.

(“Camarada Vallejo”)

Consideramos esta etapa de Arturo Castro como una de las más fundamentales de su ciclo poético. Cuando nos entrega su segundo libro, “Sustancia del Sollozo y la Esperanza”, Castro no olvida su profunda raíz humana. Su acento es más hondo, el lenguaje

más depurado, menos declamatorio. En ese mundo lírico que ha creado con sus afanes, está presente su corazón traspasado junto al de la Madre que él la siente en sus latidos más profundos. Vuelven las imágenes a coronar de sugerencias este territorio del canto desolado:

*'Mi palabra en los ríos arrodillada y triste
como un velero en diálogos de ausencia.*

Desde mi frente te nombran los crepúsculos

.....

*Todo está como el canto que amaneció llorando,
como el viento nochero dormido entre las hojas.*

La mirada se nutre de recuerdos.

.....

*En esta torpe noche de sollozos
Dios amasa los astros en mis venas".*

("Introducción al ritmo de la sangre")

La presencia de la Madre le da un fondo de ternura que él expresa reverente y emocionado:

*"Por tí se baña el cielo de canciones
y suavemente crecen las violetas,
por tí empiezan su llanto las guitarras,
por tí camina en pétalos el agua,
por tí la voz del hombre, por tí su creación".*

Y luego un poemita sencillo, claro, transparente, que da la medida de los alcances orquestales y melódicos del poeta:

IV

*Pájaro de sombra negra,
flor de mi llanto;
paloma de vuelo triste,
flor de mi ensueño.*

*Lágrima de noche muerta,
lucero mío;
en mi voz tiembla tu frente
de amante herido.*

*Pétalo de nieve amarga
te ví caído en el río,
luna de la madrugada
contigo lloraba el río.*

"Alba" (1949), el tercer libro de Castro, no es la expresión exacta del registro lírico del poeta. Parece ser ésta una etapa fugaz en la que el creador ansiara trocar las voces de su corazón que lo impelen a altos destinos, con unas canciones en que ya no es posible desentrañar la huella del que escribiera "Camarada Vallejo". "Alba" desenrolla como mensaje poético.

Después de que se ha luchado tanto y se ha encontrado para el propio, para la vida misma, una filiación y una ruta, poemitas y canciones de música para entretener los ratos de ocio, para encantar a los convidados y no malquistarse con sus palafreneros, abonan muy a favor de los artistas que saben cuál es su deber y cuál su verdad que el poeta no desaparece pero ya no se advierte esa fuerza, madurada en el dolor y en el reclamo de su tiempo. Y el tiempo y ese dolor exigían perentoriamente una poesía más concreta, mucho más humana, más digna del creador y de su estirpe.

Estos poemitas nos recuerdan, a veces, las "Canciones" del poeta Lorca primerizo, o las del Alberti de "Cal y canto", acaso algunas estancias de Juan Ramón Jiménez o de Antonio Machado, incluidas al vocabulario y a la emoción propias del autor. Así como en "Canto", todo sencillez:

*Fuiste rosa,
Eres paloma,
serranita de los montes.*

*Alas de vidrio,
pecho de bronce,
serranita de los montes.*

*Pico de lirio,
pluma de rosa,
serranita de los montes.*

O en "Cantar":

*Sueña,
agua desnuda,
bajo el sol,
bajo la luna.*

*Llagada voz de amapola,
con el viento,
con la lluvia.*

*En mitad del corazón,
relumbra pájaro de oro
—lucero de la penumbra—.*

*Con las penas del olvido
agua canta en manzanares,
agua triste que sueña,
agua sola que llora.*

O esta "Angustia", por donde evidentemente discurre el poeta granadino:

*Noche,
a la otra banda del río
van mis sueños.*

*Viento arriero de la puna,
a la otra banda del río
van mis sueños.*

*Muy lejos del cauce alerto,
a la otra banda del río,
ay,
mis sueños.*

El renacimiento de Castro promete surgir avasallador en la etapa presente. Y es que ahora, el poeta, volviendo a retomar su destino histórico de expresador de ansias colectivas, de creador de mensajes líricos, se sitúa plenamente en el territorio de sus experiencias terrestres que es su mundo verdadero y del que no debió salir jamás.

"*Actitud presente*", poema que pertenece a su libro inédito *Infanzón*, es una prueba irrefutable de esa conducta viril en la que no hay equívocos ni artificios ni pedrería transitoria. Aquí el poeta, vuelve a ser el poeta verdadero, volcando en su canto su anhelo agónico:

*Dejad la flor en paz para la luna,
el trino del jilguero para el agua,
los caminos a mí,
los pordioseros caminos horadados
por mis sueños,
la música del tiempo y sus letales
connubios con mi vida.*

*Dejad el hongo azul para la náusea,
los oropeles ciegos para el beso,
a mí los vagabundos
magros y silenciosos de la tierra,
los bebedores tristes y los muertos
que andan en las aceras,
los niños sin chaqueta ni palomas,
las góticas montañas;
dejadme los cristales de la tarde
hundida entre mis manos,
el fuego azúl monumental en grito
de lámparas suicidas.*

*Dejad el jeroglífico del verso
para los tontos dados a la fuga,
a mí tan sólo esa verdad crispada
del hombre por el hombre sobre el mundo;
a mí los ojos vivos hacia el alba
y la tierra sin fin con sus caminos
su ancho cielo desnudo,
sus árboles dolientes.*

GUSTAVO PEREZ OCAMPO (1926).— Este poeta nacido en el Perú, se hace presente en el quehacer poético con un puñado de poemas, "*Diez poemas para mañana*" (87), que el autor decide ignorar ya que en una nota-Prólogo de su libro inédito "*Plural desvelo*"

Jo omite de la lista de sus libros publicados. Dicho poemario lo dedicó Pérez Ocampo, "con gratitud y reconocimiento", al Colegio Nacional de "Ciencias" donde ha estudiado y lleva un prólogo de "Túpak-Amaro", seudónimo literario del escritor y poeta caneño Juan de la Cruz Salas. Siete años después, Pérez Ocampo entrega su primer libro fundamental, "Cuaderno de la soledad inmortal" (88), al que califica como "librito sin unidad ideológica literaria, pero con agudas pretensiones", y que exhibe a manera de prólogo, una "Carta al autor", del poeta chileno B. M. Lizcano y una "rolapa" del poeta Mario Escobar Moscoso. Está ilustrado por el pintor Juan Bravo. Este poemario agrupa la producción del poeta que va de 1948 a 1951. El tercer libro de Pérez Ocampo es "Calendario para el alba" (89), el más logrado de aquel ciclo poético y que el autor afirma que es "de aplaudida unidad formal y poética, pero sin pizca de pretensión". Tiene inéditos "Notas para un Cuaderno secreto" prosa (1952-55); "Plural desvelo", poesía (1954); "Escuela de labriegos y ángeles", poesía (1955) y "Raíz y morfología del arte poético", tesis universitaria.

Pérez Ocampo es un caso especial, significativo y valioso de la poesía cuzqueña contemporánea. Cuando él se hace presente —poeta que iba en camino de los 20 años— vivía el Cuzco sus mejores años de eclosión política y doctrinaria. Las banderas del pueblo cantan en las calles y el volcánico clamor de los trabajadores estalla en la Plaza Mayor, convocado por la arenga de siglos de la "María Angola" el caudillo inmortal y colectivo del Cuzco de los "hueratacas" y de los revolucionarios. Aquellos fueron días de anunciación y de epepeya. Se combatía en todas partes y se desafiaba en gallarda actitud agresiva, las balas homicidas del adversario. Se vivía en perentorio mandato de combate, en plan de arenga, en abierta definición de lucha y de rebeldía. El Cuzco era un fortín de puños alzados y levantiscos. Los poetas y los escritores —sobre todo los poetas y los escritores jóvenes— generosos y románticos, se ubicaron junto al fogón caldeado de las multitudes delirantes que se habían puesto de pie como jamás en la historia de las luchas políticas e ideológicas del Cuzco. La ciudad era un vivac de montoneras, una barricada de pechos desafiantes.

(88).—Gustavo Pérez Ocampo: "Cuaderno de la soledad inmortal", Talleres de la Empresa Editorial Cuzco S. A., Cuzco, julio, 1951.

(89).—Gustavo Pérez Ocampo: "Calendario para el alba", Talleres Gráficos "Garcilaso", Cuzco, octubre, 1953.

En tales trances, sólo los tímidos y los indecisos se colocaron al margen. Se explica, entonces, que poetas juveniles como Pérez Ocampo tuvieran el ademán y el gesto altaneros y enterrando todo lo que de Sancho hay en los hombres, saltara a la vida con su puñado de cantos madrugadores.

"Diez poemas para mañana", en ese sentido, es una revelación lírica, estremecida de atributos humanos. Los rescatamos del ostracismo voluntario en que quiere enterrarlos el poeta porque, juzgamos, que una vida lírica no puede comprender solamente aquello que agrada al poeta, sino también lo que, al parecer, le disgusta y tenga que ser después considerado como un desliz de algarada juvenil.

Enjuiciando la obra posterior de Pérez Ocampo, es fácil explicarse el por qué de ese renunciamiento, pero ese punto será tratado en un capítulo posterior dedicado a desentrañar la raíz y el destino de esta generación que advino en 1940 y la validez de su pronunciamiento frente a la tempestad que sacudía al mundo, o las razones de su media vuelta, arriadas las banderas, para vivir un ficticio o fú nambulesco circo de palabrería inocente e inoperante.

"Diez poemas para mañana" tiene la romántica y altiva validez del gesto desafiante. Pero no sólo es el ademán. Se descubre ya en muchos de estos poemas, la destreza que Pérez Ocampo alcanzaría después en el difícil y agobiante ejercicio de la poesía.

A César Vallejo, evocándolo presente y constante, le dice:

*"Tu nombre sigue goteando
de cada aurora, de cada estrella..."*

.....

*"El martillo que choca en el aire
exclama tu nombre,
porque siempre te acurrucas
al lado del sufrido yunque
y siempre al costado izquierdo
de la curva seca de la hoz..."*

Este tono, quizás declamatorio pero no ficticio, acaso un poco gárrulo pero no insincero, recorre todas las páginas de este poemario. Y eso lo salva y lo hará fraternalmente perdurable, a pesar del desaliento y del propósito de guillotina que anima a su autor.

En "Cuaderno de la soledad inmortal" salta ya, desde las primeras páginas, lo que habría de ser una de las características esenciales de la vida y la obra de Pérez Ocampo: su egolatría vanidosa y espectacular, su propósito de asustar a los inocentes, su inequívoco placer de armar escándalo y meter miedo en la digestión soñolienta de las buenas gentes provincianas. Esto que es una arma, puede ser también una defensa, cierto complejo de soledad, de tristeza infinita, de melancolía irrenunciable. Así en "Fantasía ciega", nos dice:

*"Soy triste como las aguas nocturnas,
desesperadamente triste
como los besos que mueren antes de convertirse
en locura;*

soy un hombre triste;"

Su altanería, su arrogancia, su desafío no hacen mal a nadie. Se compara con Dios. Se siente un Dios desolado y solo. Qué menos puede concebirse de quien supone tener en las manos el mundo de su fantasía y los atributos del creador —sumo Dios, todopoderoso— de belleza:

*"Como la soledad, puro, infinito;
como la soledad
tengo un confidente leal, amoroso: Dios.*

Yo y él somos UNO.

("Soledad")

Cualquiera que sea el propósito estético perseguido por el autor de este libro, la verdad es que todo él está recorrido por una brisa juvenil de imágenes que tienen la frescura de los vientos que descienden de los picachos, la juventud del mundo. La riqueza metafórica es indudable. Deslumbra por el fácil y suelto manejo del verso. Aquí se descubre un poeta con una gama riquísima de posibilidades. La soledad, la tristeza, la muerte, la mujer inalcanzada y la presente, pueblan este mundo poético y dan oportunidad para que Pérez Ocampo de rienda suelta a su éxtasis creador.

Su tercer libro, "Calendario para el alba", que él califica de "eplaudida unidad formal y poética", constituye una superación verbal y de esencia frente a sus obras primigenias. El poeta ejerce su

ministerio con pasión, convicto y confeso de lo que hace. Es una poesía quintaesenciada, que procura ser químicamente pura lo que la torna insustancial. De puro feérica, de puro luminosa que es, desencanta. Cansa ese torbellino mágico de imágenes que da vueltas sobre sí mismo. En este libro el poeta ha conseguido su ambición de arquitecturar una poesía que sólo sea poesía. Y lo ha logrado aunque no en todas sus partes. La unidad mágica del libro se resiente por la presencia de pequeños trozos de líneas singulares que muy bien pueden agruparse en un tomito de pensamientos ingeniosos antes que en un volumen con aspiraciones de perduración.

En este libro, el mismo poeta nos brinda en "Definición de mi poesía", una posibilidad de entrever su ruta lírica:

"Mi poesía

es una historia de los acontecimientos del futuro.

Es un vuelo de aves no en el cielo; sí en el corazón de la tierra.

Es un libro impreso con letras de sueño.

Reloj evadido del tiempo.

Mi poesía es una costumbre de ir por senderos que conducen a
(mi mismo,

de pintar los paisajes naturales,

de llorar con el llanto habitual de los mares,

de beber las aguas llovidas de los ojos de nadie,

de hablar con palabras de viento,

de creer en dios como se creen en la muerte.

Sin embargo, mi poesía comparte también

de la alegría de los tristes y la paz de los condenados a vida
(eterna.

Mi poesía es redonda porque compite con el aliento del
(Universo.

Es de colores, ya que el arcoiris ha declinado en su favor.

Es de perfume elemental, porque las flores son su ambiente
(necesario.

Es de música frecuente porque mi voz está en ella.

Mi poesía es el anhelo del Hombre".

Aquí queda explicado su credo estético, la razón de ser, el ámbito, la dimensión y el destino de la poesía de Pérez Ocampo. Una lectura serena de este libro, nos revela a las claras las influencias que conforman esta expresión lírica. Alberto Hidalgo lo preside en todos sus extremos. Creemos que es el penate de ese mundo poético.

El autor de "Carta al Perú" está palpitante no sólo en el aspecto formal sino hasta en la elaboración de las imágenes que no viven aisladas sino que buscan su afirmación, su confirmación, mejor, en la correspondencia de otra o en la explicación de la misma por sus consecuencias verbales:

*"Tú voz sale del corazón de las rosas
como salen los gritos de mi boca".*

*"...por eso tú me recuerdas la música
que dilata su nacimiento en los pianos..."*

("Panegírico de tu voz")

*"Acabada luz, el no-tiempo te envuelve sin remedio,
y yo desde mí mismo, abro los brazos en pos de tí, amiga..."*

("Proyecto para lo inaplazable")

"Te rodea la ternura como la forma de los objetos".

*"Caído el ruego de tus labios, comprendo que entre la música
y tu voz debes estar tú misma".*

*"En tí todo habla de ausencias
tal que fueras la misma palabra adiós".*

("Primera forma de la ausencia")

Esa misma correspondencia es dable encontrar en todo el libro. Influencia de Hidalgo, más visible por más cercano y conocido, pero también de André Bretón y de Huidobro, el autor de "Altazor". Influencias que en una u otra forma reciben los poetas de todos los tiempos y que el autor de "Diez poemas para mañana"; sabe amoldar a su peculiar manera personal y darle una fisonomía que con el tiempo procurará adquirir moldes propios, alientos intransferibles que sólo sean de Pérez Ocampo y de nadie más.

En "Plural desvelo", libro inédito de Pérez Ocampo, se advierte un poco tímidamente, envuelto en una nube de circunloquios, dentro de una batahola de imágenes, el retorno del poeta a sus predios humanos. Es dable ya respirar un aliento vertical, cargado de an-

ta, que lo sitúa, desde el punto de vista de la poesía en función sus deberes terrenales, muy por encima de la feria de imágenes : son sus obras anteriores. Es aquí entonces, que el poeta trata de el hombre anhelante que pisa firme en este mundo en el que no en las concesiones a un arte baladí por muy ingenioso que sea. Su or es dolor de hombre. Su pesadumbre, sus esperanzas, sus anhe- desplegados deben ser los de un espíritu que no se evade, que se te con toda su sangre despierta en la mañana de sus sentimientos nsidos y provoca una respuesta patética a todas sus interrogacio-

"Oda en que se habla con cariño de la Libertad", por ejemplo, todo un mensaje de afirmación que conmueve por todo lo que tie- de rictus sereno y de drama social, aunque estas dos palabras imas no suenan bien en los oídos del autor:

"La libertad está en el camino que termina en el pan y en el beso"
exclama erguido sobre la tierra.

*"Con esta verdad descubriremos la paz
y seguiremos construyendo el himno que pasea su orgullo
en nuestro pueblo..."*

.....
*"Oh, libertad, escueta libertad, a tu canto apresuramos
nuestro barro;
a tu descubrimiento sangramos nuestros brazos guerrilleros".*

Esta es la voz que queríamos escuchar a Pérez Ocampo, que siéramos escuchar a todos los poetas que habitan este mundo de plejidades y de grandeza, malgrado las amargas y las penas y lágrimas y las derrotas.

CARLOS FERDINAND CUADROS (1919).— Su presencia en poesía cuzqueña es relativamente reciente. Se le supo aguijonado patéticos deberes sociales, pero no se imaginaba que sus inquietudes ideológicas irían a desembocar en el canto. Nacido en el Cuzco, primeras actividades las absorbió su profesión de abogado. De época (1949), data su primer ensayo metódico y orgánico, "El arriendo y la reforma agraria en la provincia de La Convención" (90).

— Carlos Ferdinand Cuadros: "El arriendo y la reforma agraria en la provincia de La Convención", Tesis de Bachillerato de la Facultad de Derecho, Edit. H. G. Rozas, Cuzco, 1949.

Luego viene su primera entrega lírica "*Saludo a la Madre en el tono de la Esperanza*" (91), poemas. Dos años después lanzó "*Pétalos de la sangre*" (92). El mismo año publica unos ensayos jurídicos, "*Responsabilidad del Abogado*" (93). Aparte de su labor de creación poética, es ya muy importante y valiosa la que realiza en el terreno del cuento. En este aspecto, en 1953, obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Cuentos de Navidad organizado por "*Pregón*". —Cuadernos del Aire sobre Arte y Literatura— que dirige Bertha Degregori de Nieto, con su trabajo "*El caballito de madera*".

Entre los libros enumerados por su autor, no figura uno — y que, como en el caso de Pérez Ocampo, parece que también prefiere ignorarlo— que permanece inédito y que data de 1949. Se intitula "*Campanario de la pena*" y está dedicado a sus padres Víctor Manuel Cuadros y Victoria Villena de Cuadros; a la memoria de César Vallejo, "*el más genial poeta peruano y el más grande Caballero de la Pena*"; y a su pueblo. En este poemario se agrupan composiciones escritas entre 1943 y 1949, que valen porque entrañan una definición y una actitud resueltas. En el breve prólogo que el mismo autor escribe, se estampa lo que viene a ser una explicación del concepto que de la poesía tenía Cuadros en aquellos momentos. Sólo el primer párrafo nos bastará para ubicar el sentido de aquella poesía primigenia:

"El contenido de mis versos es la expresión de la angustia. El lector no encontrará en ellos nada más que pena. Pena profunda y remota por la caída del alma al borde de la amada desconocida o del cariño perdido, pena anónima y conjunta por la presencia de las sombras, que por ser sombras no poseen aún la luz de su causa, y por último, penas de tono mayor por el coágulo acumulado de la hora de sobretiempo no pagada, penas de todos los pobres, penas en función del pueblo".

Esa pena lacerante, universal, invivita, desnuda de remilgos y de aspavientos, transcurrirá a todo lo largo de este libro olvidado. Sólo unos versos, los dedicados a César Vallejo, bastarán para atestiguar el mapa sombrío de este territorio lírico del poeta:

- (91).—Carlos Ferdinand Cuadros: "*Saludo a la Madre en el tono de la Esperanza*", Talleres Gráficos "La Económica", Cuzco, 1952.
- (92).—Carlos Ferdinand Cuadros: "*Pétalos de la sangre*", Edit. Garcilaso, Cuzco, 1954. Cubierta y Ex-libris de Mariano Fuentes Lira y grabado de Miguel Valencia.
- (93).—Carlos Ferdinand Cuadros: "*Responsabilidad del Abogado*", Edit. Garcilaso, Cuzco, 1954.

*"Te conocí, Vallejo, por mis ansias,
 en la envejecida pena de cada día,
 en las caídas del alma,
 al borde de una noche lavando con tu lágrima
 el pan no comido
 y reclamando de nosotros tu ración de cariño".*

Sin embargo, a pesar de lo que el poeta juzga, las penas que en su mundo, no son penas que se lamentan simplemente, sino saben erguirse y transformarse en protesta, en admonición, en así en "Presencia de las sombras", Canto I, dice:

*"... porque a esta hora
 suelen los obreros de mi tierra
 dejar los huesos al filo de las fábricas;
 porque a esta hora,
 todos los días como siempre
 tengo sobre los labios
 el cadáver de un pedazo de alma que me falta".*

O sino, cuando en "No sé quién seas, pordiosero", extiende su o fraternal:

*"Quiero tu figura, tu andrajo,
 tu porfía,
 el valeroso dolor de tus ojos
 pordioseros,
 que pusieron como siempre
 otra tumba en mi alma,
 y se acurrucaron profundos
 en el ángulo cálido
 de mis penas anónimas".*

En el poemario que Cuadros dedica a su madre, vibran todas ansias del hombre para provocar "el alzamiento universal de los tzones", a fin de que "todas, absolutamente todos, — se pongan de pie — y ahora asistan a la fiesta general — de la energía..."

En este himno jubiloso y esperanzado, el poeta rinde su homenaje a la Madre-símbolo, hechura de su cariño, edificada en medio de sangre, amparada por su ternura viril y vigilante.

El pórtico que el poeta pone a "*Pétalos de sangre*", el tercero de sus libros de versos, incluyendo el inédito primerizo, define la esencia y el motivo de este poemario dedicado a la mujer:

“¿Has visto la alzada procesión de las luces que conducen las espumas? ¿El canto de ternura de las flores a las puertas de la tarde? ¿La danza lenta de los venablos sensitivos de la luna?”

“Sí, los has visto. Viniste con ellos a enarbolar los pétalos de la sangre, ahí donde antes la agonía transitaba a la vera de tu aliento.

“Con ellos inscribo mis nuevos aires en tu nombre”.

No creemos que sea éste el libro fundamental de Carlos Ferdinand Cuadros. Su orientación ideológica, su credo como intelectual, su actitud frente a la vida y al hombre como poeta, nos inducen a pensar que "*Retablo de la Eternidad*", inédito, que agrupa sus composiciones recientes, nos dará la verdadera medida de una poesía amasada con todas las posibilidades del creador y del hombre.

"*Pétalos de la sangre*" traduce el deslumbramiento del hombre frente a la mujer amada. Es una poesía, siempre con su dejo de angustia —una de las características inevitables de Cuadros— que a veces se rehuye sólo porque el éxtasis de la mujer o del deseo, le ilumina la sangre:

*“Y mis dedos se agitaron
por los aires agnósticos
de la queja,
y anidaron amorosos
el huerto luminoso de tu cuerpo
que sustenta
el tibio rosado de la mañana”.*

(“Itinerario del alba”)

Una procesión de imágenes nuevas, convergentes en la ternura, mantienen absorto el corazón del poeta en trance de alumbramiento, cuando evoca a la mujer de sus anhelos. En "*Espirales de la noche*", por ejemplo, el tono se hace casi confidente, en la indecisa pero presentida presencia de la mujer:

*Tal vez porque la noche
se fundió de silencios,
y tú siempre ocupaste
los espacios musicales.*

*O quizás porque los astros
extienden el mensaje de su luz
sobre la tierra,
es que esta noche, amada,
siento la levedad de tus pasos
sobre la arena mía.*

*Te percibo en el rumor contrito
con que el aire se aquieta
entre las frondas.*

*En el paso pensativo de la lágrima
que distiende los círculos del agua.*

*En la tibia caricia del silencio
que nos dió su frágil manto
para cubrirnos con él
las ansias cautivas.*

*He aprendido a vendimiar
los blancos viñedos de tu risa,
a colmar mis vacíos de fuego
con tu presencia de brisa
hasta no sentir
los piélagos dolientes de tu lejanía
a vivir riendo entre el beso y el puñal,
hasta que sus filos
se hagan tiernos de tanto amar.*

*Ah!, quién pudiera tejer de amapolas
las densas redes del destino!*

Y así toda esta poesía que no es la poesía sustentadora que cisa este tiempo calcinado y dramático. La influencia de Vallejo palpable en toda ella. Sus ayes, sus caídas, sus no sé, sus hasta, la vertebran y la recorren toda, sobre todo en sus libros inéditos y en el dedicado a la madre, y no así en "Pétalos de la Sangre": principia con los arrebatos de la ternura elevada a los campos del asosiego, y termina en los confines donde la mujer lo acapara hasta hacer monótono el canto y la súplica y el elogio mismo.

OTROS POETAS.— La falta de bibliografía, ya que mucho de la producción de los poetas que vamos a enumerar anda dispersa en diarios y revistas de vida efímera, nos impide enjuiciarlos con la atención que algunos se merecen.

MARIO ESCOBAR MOSCOSO (1924).— Nació en el Cuzco. En el Torneo Sur-Peruano de Letras, organizado por el Grupo Renovador Alkamari en 1944, obtuvo un tercer premio con su libro de versos "*Yo salí a la tierra*" (Poesías adolescentes), 1941, con el cual inicia su rumbo poético. En 1949 concluye un breve poemario, "*Hacia la flor*"; para culminar con "*Pláticas andinas*", versos (1950-55). Todos estos libros permanecen inéditos.

FEDERICO LARREA BLANES (1923).— Nació en La Convención. Ha publicado "*Bajel de Amor*" (97), con prólogo de José Gabriel Cosío y solapa de Rubén A. Sueldo; y "*Mies del Hombre*" (98), con ilustraciones de Emilio Mendizábal L. Anuncia como inéditos "*Somatén*", poemas, 1950; "*Lámpara para tu tránsito*", poemas, 1950; "*Morada estelar*", poemas, 1951; "*Sexto Libro*", poemas, 1951; "*Cantos civiles*", poemas, 1951; y "*Poemas*" 1954.

RUBEN A. SUELDO GUEVARA (1924).— Su obra poética anda dispersa. En la lista de sus libros inéditos, anotamos los siguientes: "*Madrugada de sangre en los puños*", poemas, 1941-42; "*Cuentos y relatos*" 1943-44; "*Tonal de piedra*", poesía vanguardista, 1944; "*Sombra y estrella*", poesía lírica, 1945.46; "*Prisma*", antología del cuento cuzqueño contemporáneo; "*Sierra alumada*", cuentos, 1948. Todos estos libros se han quedado en anuncio. Lo único que reunió en un pequeño folleto fué su parcial e incompleto "*Panorama actual en la literatura cuzqueña*" (103).

ANTONIO DURANT TEVES (1921).— Como muchos poetas de la nueva generación, sus versos andan en publicaciones esporádicas y en diarios. Nació en Sicuani y tiene inéditos los siguientes libros: "*Vendimia del amor sencillo*", poemas, 1936-39; "*Almas*", poemas, 1941; "*Paisajes*", poemas, 1954.

(97).—Federico Larrea: "*Bajel de Amor*", Empresa Editora Cuzco S. A. "El Comercio", 1950.

(98).—Federico Larrea: "*Mies del Hombre*", Emp. Editora "El Sol", Cuzco, 1952.

(103).—Rubén A. Sueldo: "*Panorama actual de la literatura cuzqueña*", Empresa Periodística "El Comercio", Cuzco, 1949.

Luis T. Calderón Ugarte.— Publicó "*Fuente amarga*" (Tipografía Alkamari, Cuzco, 1942), versos primerizos. Dice tener inéditos "*Prisma de Sierra*", versos, y "*Brújula de angustia*", versos.

Armando Salas Gamarra.— Ha publicado "*Silencio y coraón*", poemas (Empresa Editorial Cuzco S. A. "El Comercio", 1952); "*Espérenme Celajes*", cuentos y prosa (Talleres Gráficos Garcilaso, Cuzco, 1953); "*Ternurario*", poemas (Imprenta Garcilaso, Cuzco, 1954), con proemio de Raúl Brósovich.

Además hay un grupo de poetas que han publicado algunos poemarios de muy relativo interés, como Miguel Sumar Pachá ("*Aristes de cristal*", poemas; "*Leyendas del Wilcamayo*" cuentos; "*Leyendas andinas*", cuentos; "*Aribalo*", poemas, Imprenta Garcilaso, Cuzco, 1953); Miguel Paz Vizcarra ("*Setiembre, los ríos y los surcos*", versos, Tip. Liga Sagrada, Cuzco, 1953; pórtico de Miguel Angel Nieto); Faustino Valencia ("*Del parnaso cuzqueño*", versos, Tip. "La Verdad", Siuani, sin fecha); Germán Bausch ("*Latidos de la tierra*", poemas, Imp. Garcilaso, Cuzco, 1955); Hernán Velarde ("*Luna y arroyo*", versos, Imp. Garcilaso, 1955); Federico García H. ("*Lágrima blanca*" y otros poemas, Imp. Garcilaso, Cuzco, 1955); Julio Valdez ("*Acento de piel herida*", 1953-54, inédito).

Entre los poetas provincianos habría que mencionar a "*Audaz el Castillo*" (Canas, 1898), seudónimo de José Cirilo del Castillo y Gutiérrez. Dirigió "*Wikuña*", revista literaria (Cuzco, 1934) y entregó a las prensas su libro de versos "*Besos de sangre y de dolor*". Juan de la Cruz Salas ("*Túpak Amaro*"), nacido en Surimana, Canas, en 1915, publicó "*Mi kuraka Túpak Amaru*", que obtuvo una recompensa en un Concurso literario convocado por el Centro Inca Garcilaso el Cuzco, 1942; "*Hortensia*", poemas, (Tip. Vilcanota. Husro, Quilicanchi 1944), con palabras liminares de Arturo Castro; y "*Canas y sus relámpagos*", antología poética en la que figuran los poetas cañeos (Tip. La Nacional, Cuzco, 1947).

Mención aparte merece Andrés Alencastre Gutiérrez, seguramente el más grande poeta quechua que tiene el Cuzco. Alencastre se ha popularizado su seudónimo de "*Kilku Waraka*", nació en Paruro, Canas, el 18 de abril de 1909. Ha publicado "*Lecciones de Quechua*", una vulgarización muy vallosa de sus lecciones dictadas en la Cátedra de Quechua de la Universidad Nacional del Cuzco; "*Takiwira*" (Talleres Gráficos Garcilaso, Cuzco, 1955, con ilustraciones de Mariano Fuentes Lira); "*Dramas y comedias del Ande*" (Editorial Garcilaso, Cuzco, 1955), con un Pórtico del autor y una solapa por Luis Nieto. Anuncia "*Estudio lingüístico del Runa Simi*".

"*Taki Parwa*", poemas escritos en quechua, constituye una obra lírica de un valor en realidad extraordinario. Jamás antes, nadie quien escribiera versos en quechua, había llegado a un tal alto grado de belleza. Toda la fuerza expresiva del idioma de nuestros antepasados, la mágica seducción de las imágenes intraducibles al castellano, la ductilidad armoniosa de los vocablos utilizados en toda su riqueza onomatopéyica, han sido aprovechados por Alencastre con una destreza y una maestría únicas. Este libro de Alencastre, maravillosa sinfonía de metáforas, constituye una de las más preciadas contribuciones a la poética cuzqueña contemporánea.

TERCERA PARTE

CAPITULO XII

EL DEBER DE LOS INTELLECTUALES

HACE ya unos veinte años que un grupo de intelectuales jóvenes organizamos en Santiago de Chile el "*Frente de Trabajadores de Cultura*". Era el tiempo sombrío y amenazante cuando el fascismo, con el cuchillo entre los dientes, se lanzaba al saqueo por los caminos de Europa. En ese entonces, en el Manifiesto inicial, estampábase esta advertencia que tiene vigencia actual:

"El mundo asiste a la hecatombe del odio desencadenado por la peste parda. Son una advertencia los cuadros pavorosos que ofrecen Italia y Alemania aniquiladas bajo el imperio despótico de la fuerza. Allí donde la horca y el hacha del verdugo se han erigido en la ley de los tiranos y en el instrumento de los esbirros, son corrientes las hogueras de libros en las plazas públicas, las torturas y vejámenes a los más altos vigías del pensamiento, la persecución y el terror desencadenados. Pensar es un delito que se purga duramente en los campos de concentración, en las cárceles o en el destierro. No queda nada de nada. Los más elementales derechos del hombre y del ciudadano, la prensa libre, la libertad de reunión son arrasados. Todo el horizonte terrible de la desocupación, el hambre y la guerra, son las únicas perspectivas que se ofrecen a la juventud y a los trabajadores. Los bandoleros de la cultura acechan al mundo por todos los flancos. Rabiosamente, como fieras, se han dado a la innoble tarea de destruirlo todo. Frente a este panorama siniestro cuya evidencia se constata día a día en la vieja y torturada Europa y que comienzan a adquirir carta de ciudadanía en nuestros pueblos de América, las generaciones jóvenes se sienten abocadas a un grave dilema: o perece la cultura devastada por los bárbaros de puñal al cinto, o se salva". (110)

(110).—Manifiesto del "*Frente de Trabajadores de la Cultura*" (F. T. C.), Luis Nieto, Santiago de Chile, marzo de 1934.

Después, las llamaradas trágicas de la Segunda Guerra Mundial pusieron su pincelada dramática en los cielos del mundo. En ese trance, el intelectual no podía ser un espectador indiferente. Colocarse al margen de los acontecimientos era traicionar a una época anhelante, a unos principios ecuménicos, al deber militante de la inteligencia creadora. Se vivía entonces en desvelo permanente, vigilante, ardiente el corazón, resuelto el paso, en actitud de carga y de batalla. Por esos años, Pablo Neruda escribió en el pórtico de un puñado de páginas relampagueantes del escritor Ilya Ehreburg, estas palabras patéticas y acusadoras:

"Yo me muero de cólera viendo al jovencito azteca, viendo al jovencito cubano o argentino, endilgarnos su retahíla sobre Kafka, sobre Rilke y sobre Lawrence, mientras en la tierra malherida la cabeza plateada de Ehreburg se agacha, iluminada por la inteligencia azotada por el odio, para legarnos estas montañas de padecimientos humanos y estos caminos presentes y futuros. Jóvenes de posición arcaica, envejecidos súbitamente por una obscena preocupación de "poesía pura", olvidan en este momento sus más elementales deberes humanos. La fuerza, la maldad, la servidumbre, el horror pasean sus banderas terribles sobre nuestras cabezas. Vemos caer y borrar los pasos del héroe. Quien en esta hora no es un combatiente es un cobarde. No nos corresponde en este tiempo explosivo buscar la mejor espiga del pasado ni explotar los rincones del sueño. La vida y la lucha de los hombres ha asumido tales proporciones de grandeza que sólo en nuestra época y en nuestra lucha viven las fuentes de todo lo expresable". (111)

Entre tanto, Raúl González Tuñón, el gran poeta civil de América, plantando su esperanza junto al corazón de los trabajadores y arengándoles con palabras anunciadoras y marchando junto con ellos; compartiendo su pan, su vino, sus desvelos, sus sueños infinitos, lanzaba su "Primer canto argentino" a la sombra de este mandato inmortal del viejo Walt Whitman:

"Desarrollo de las palabras en los tiempos! La mía es una palabra moderna: la palabra MULTITUD!"

Y le responde Ehreburg con este mensaje estremecido y relampagueante:

"No hay nada más terrible que la pseudo-sabiduría, que el silencio en consideración al futuro, que la calma en aras de la historia. El futuro estará lleno de desprecio para aquellos que guardaron silencio. La historia volverá la espalda a los que permanecieron inac-

(111).—Pablo Neruda, prólogo de "Muerte al invasor" de Ilya Ehreburg.

tivos. ¡Seamos combatientes! Vivamos entre el polvo y la sangre, ya que éstas son las vestiduras de los pueblos en marcha. ¡Más alta la bandera! Corneta: ¡haz sonar el clarín!"

Desde entonces, los intelectuales —flor del alba de la humanidad progresista— viven en actitud de marcha y de combate. Y es que mundo de hoy vuelve a ser el mundo encadenado de los tiempos del hitlerismo y de la barbarie fascista. Han cambiado algunos nombres y algunas palabras, pero ha vuelto a resucitar implacable y dura la amenaza al hombre y a su destino.

¿Pero, es que es difícil este paso de carga, este puño cerrado se estalla en balas o en canciones? Naturalmente que no todos los intelectuales desean una vida de reclamo y deber militante. Para muchos, la evasión es la ruta más cómoda, la menos peligrosa y exigente. Y se sienten lastimados cuando alguien llega a ellos con un nuevo mensaje y a plantearles perentoriamente su ubicación en la vida, a mitad de la refriega. Muchos de ellos se proclaman a sí mismos ser la conciencia del pueblo. Pero es una conciencia entenebrecida, avorosamente triste y mezquina. Ellos aman del pueblo sus formas exteriores, la flor de su anécdota, lo dudosamente folklórico, lo que viene de grato a los turistas y a los mercaderes. Y se ponen iracundos cuando detrás de su sonrisa antigua, advierten su miseria, su dolor, su andrajo que quisiera ser bandera.

Jules Romains, hablando en uno de los aniversarios de la muerte de Emil Zola, declaraba que:

"Existen esos intelectuales salidos del pueblo, que se ponen lividos por el temor de desagradar a las personas de mundo y que toman aire de disgusto, de molesta indulgencia o de desdeñosa piedad cuando oyen que a lo lejos el pueblo pide pan, paz y libertad".

José Carlos Mariátegui refiriéndose al conflicto suscitado entre el intelectual y sus deberes, expresaba lo siguiente en páginas fugaces:

"Los intelectuales son, generalmente, rehacios a la disciplina, al programa y al sistema. Su psicología es individualista y su pensamiento es heterodoxo. En ellos, sobre todo, el sentimiento de la individualidad es excesivo y desbordante. La intelectualidad del intelectual se siente casi siempre superior a las reglas comunes. Es frecuente, en fin, en los intelectuales el desdén por la política. La política les parece una actividad de burócratas y de rúbulas. Olvidan que así es tal vez en los períodos quietos de la historia, pero no en los períodos revolucionarios, agitados, grávidos, en que se gesta un nue-

vo estado social y una nueva forma política. En estos periodos, la política deja de ser oficio de una rutinaria casta profesional. En estos periodos la política rebasa los niveles vulgares e invade y domina todos los ámbitos de la vida de la humanidad. Una revolución representa un grande y vasto interés humano. Al triunfo de ese interés superior no se oponen nunca sino los prejuicios y los privilegios amenazados de una minoría egoísta. Ningún espíritu libre, ninguna mentalidad sensible, puede ser indiferente a tal conflicto. Actualmente, por ejemplo, no es concebible un hombre de pensamiento para el cual no exista la cuestión social. Abundan la insensibilidad y la sordera de los intelectuales a los problemas de su tiempo; pero esta insensibilidad y esta sordera no son normales. Tienen que ser calificadas como excepciones patológicas.

"Tras de una aparente repugnancia estética de la política de disimula y se esconde, a veces, un vulgar sentimiento conservador. Al escritor y al artista no les gusta confesarse abierta y explícitamente reaccionarios. Existe siempre cierto pudor intelectual para solidarizarse con lo viejo y lo caduco. Pero, realmente, los intelectuales no son menos dóciles y accesibles a los prejuicios y a los intereses conservadores que los hombres comunes. No sucede, únicamente, que el poder dispone de academias, honores y riquezas suficientes para asegurarse una numerosa clientela de escritores y de artistas. Pasa, sobre todo, que a la revolución no se llega por una vía fríamente conceptual. La revolución más que una idea, es un sentimiento. Más que un concepto, es una pasión. Para comprenderla se necesita una espontánea actitud espiritual, una especial capacidad psicológica. El intelectual, como cualquier idiota, está sujeto a la influencia de su ambiente, de su educación y de su interés. Su inteligencia no funciona libremente. Tiene una natural inclinación a adaptarse a las ideas más cómodas; no a las ideas más justas. El reaccionarismo de un intelectual, en una palabra, nace de los mismos móviles y raíces que el reaccionarismo de un tendero. El lenguaje es diferente; pero el mecanismo de la actitud es idéntico". (112)

Se plantea, entonces, un mandato para el hombre de letras: o la neutralidad cómoda y cobarde, o la adhesión plena y gallarda. El deber es uno solo: derribar de una vez por todas los castillos del egoísmo, echar por tierra todas las torres de cristal. Ahora que el mundo vuelve a crujir desde sus cimientos; ahora que comienza la insurrección de los cabildos y es un mapa de sangre el rostro de la libertad acribillada; ahora que los cañones de la intervención extranjera despedazan a las poblaciones indefensas en Marruecos e Indochina;

(112).—José Carlos Mariátegui: "La Escena Contemporánea", La Revolución y la Inteligencia: El Grupo "Clarté", Edit. Minerva, Lima, 1934.

n Birmania y el Senegal; ahora que amenazan con la bomba atómica para aplastar a quienes se atreven a defender su pan y la independencia de sus patrias abatidas; ahora en este minuto convulsionado, no es posible volver los ojos cargados de sangre para mirarse simplemente el ombligo y digerir cómodos aplacando los gritos enfurecidos el corazón.

Romain Rolland, enfermo y sitiado por los cancerberos del hitlerismo, mientras las botas de los conquistadores alemanes pisoteaban el viejo corazón comunero de su amado Paris, lanzaba al rostro de los escritores este llamado candente:

"Llamo a todos mis compañeros, los trabajadores intelectuales. Nuestro sitio está al lado de los trabajadores proletarios. Somos el mismo cuerpo. Su independencia, su poder, hacen los nuestros".

Y al final, moribundo ya, cuando hacía un recuento de conciencia este hombre universal, esta montaña solitaria bañada por los splandores de la gloria, expresaba:

"He tenido que combatir constantemente por hacerme oír. Y no es culpa de los grandes eunucos del pensamiento si ellos no han logrado ahogarme. No me quejo. He aprendido la viril verdad de Fausto agónico: "Sólo merece la libertad como la vida aquel que cada día debe conquistarlas". No hay libertad mas libertad que aquella que se arranca a viva fuerza de los opresores del pensamiento. La marcha ha sido larga y penosa. Pero mucho más lo fué para aquellos que subieron antes que nosotros de las bajas tierras de la pre-historia y que construyeron al precio de sus penas y de sus esperanzas esta humanidad que constituimos. Cuando caigamos en nuestra marcha será con ellos, con el rostro hacia adelante. Somos los soldados de un gran ejército del que la vanguardia está hoy al Este de Europa, del lado donde sale el sol".— Romain Rolland.

Se debe, pues, meditar en el hombre en desvelo creador, en el individuo de pensamiento. Es necesario analizar su conducta. Es preciso decirle a la posteridad quiénes sirvieron al pueblo y a sus esperanzas y quiénes estuvieron contra él. Es urgente proclamar que la función de la inteligencia es estar al servicio de algo y de alguien. A veces, por desgracia, ese algo y ese alguien, son los elementos cativos de la cultura. Tal el caso de Millán Astray, el general español, comandante de tercios extranjeros, que le grita a Unamuno moribundo: "¡Muera la Intelectual!". Otras veces, para orgullo de la humanidad, serán la esperanza y la grandexa de nuestros pueblos. Uno de esos grandes símbolos puede ser nuestro inmenso César Vallejo —ahora su voz creciendo en el tiempo—, que apuró España,

cáliz de su amargura, hasta la última gota y que se murió con su queja y su esperanza. Y puede ser también Gabriel Perí, el intelectual francés, que en París, ante el pelotón de fusileros nazis, exclamaba: "¡Con mi muerte empujo la mañana que viene!" O también aquella pisoteada campesina polaca que ante la presencia del Ejército Libertador, en su aldea arrasada momentos antes por los bandidos hitlerianos, murmuraba agónica junto a las humeantes ruinas de su choza: "Puedo morir tranquila. Llegó el sol por Oriente y ahora sé que brillará sobre mi tumba".

Cuando se pasan por estas experiencias que afirman la dignidad humana, cuando hay seres que rinden su vida dejando un bello ejemplo de grandeza, no se debe pensar en el sentido subalterno que para los traficantes tiene el vocablo política. Coincidiendo con el pensamiento del autor de "Siete ensayos". Henry Barbusse proclamaba:

"Hacer política —escribe el autor de "Le Couteau entre les Dents"— es pasar del sueño a las cosas, de lo abstracto a lo concreto. La política es el trabajo efectivo del pensamiento social; la política es la vida. Admitir una solución de continuidad entre la teoría y la práctica, abandonar a sus propios esfuerzos a los realizadores, que aún sea concediéndoles una amable neutralidad, es desertar de la causa humana". (113)

Ahora el mundo, como ayer, es una inmensa y desolada cárcel. Pero tras sus muros nace y crece una canción que hace temblar a los déspotas. No acallarán las voces de los que sufren. No apagarán los cantos anunciadores. Los látigos de los esbirros no podrán impedir que se cierren los puños y que, tras los barrotes de las prisiones, los ojos presientan las banderas que cantan en las calles.

La posición de los poetas de este tiempo debe ser inequívoca: escribir poesías dignas de esta época. Hace cincuenta años se hablaba entre los intelectuales de ir al pueblo. Esta es una fórmula absurda e injuriosa, tanto para el pueblo como para los intelectuales. No. Los intelectuales no van al pueblo. Los verdaderos intelectuales están con el pueblo. No hay que acercarse a él. Hay que marchar con él. Después de haber hecho examen de conciencia, después de haber comprendido lo que pasa, lo que es el pueblo y lo que es la historia y la cultura, la inteligencia creadora se encuentra situada en su lugar natural e histórico: en las filas del pueblo, entre los constructores del porvenir.

(113).—Henry Barbusse: El mensaje de "Clarté".

Pero no hay que hablar del pueblo como los aristócratas nalan de sus caballos "pur.sang". No hay que creer que se le hace un beneficio dándole la limosna de una compañía. Nada de actitudes ludosas ni de condescendencia maliciosa. Hay que comprender que el intelectual, el poeta, específicamente, es parte de él, que es el pueblo mismo y que las miserias y los anhelos de su pueblo, son sus propios anhelos y sus propias miserias. Es muy fácil el tono insolente y a risita burlona. Hay que meditar en que, cuando al inmenso y templar Antonio Machado le pedían que escriba para el pueblo, él contestaba con estas frases que se deben gravar en el metal de todas las conciencias:

"Escribir para el pueblo, qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es, por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoy en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cuanto a mí, mero aprendiz de gay saber, no creo haber pasado de folklorista aprendiz, a mi modo, de saber popular". (114)

Nada de dos caminos entonces. Nada de "núseas" ni de evasiones oníricas. Como lo quería Aníbal Ponce, el gran argentino, hay que vigilarse sin piedad, hacha en mano, como quien cruza una selva. *Una ida desfallecimiento es un triunfo de los otros; cada inconsecuencia, una traición*".

Al concepto despectivo y ultrajante de Goebbels: "*La palabra impresa me da asco*", y a la brutal amenaza de Horts Wesel, caudillo lirante del nazismo: "*Cuando oigo la palabra cultura, saco mi revólver y disparo*", hay que oponer este mensaje permanente del Gran mauta del Perú:

"La función de la inteligencia es creadora. No debe, por ende, conformarse con la subsistencia de una forma social que su crítica ha atacado y corroído tan enérgicamente. El ejército innumerable de los humildes, de los pobres, de los miserables, se ha puesto resueltamente en marcha hacia la Utopía que la Inteligencia, en sus horas generosas, fecundas y videntes, ha concebido. Abandonar a los humil-

(114).—Antonio Machado: "Miscelánea apócrifa" (Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena), Revista "Hora de España", Valencia, 1927.

des, a los pobres; en su batalla contra la iniquidad es una deserción cobarde. El pretexto de la repugnancia a la política es un pretexto femenino y pueril. La política es hoy la única grande actividad creadora. Es la realización de un inmenso ideal humano. La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria. Y la verdad de nuestra época es la Revolución. La revolución que será para los pobres no sólo la conquista del pan, sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu.

"Barbusse no se dirige, naturalmente, a los intelectuales degradados por una larga y mansa servidumbre. No se dirige a los juglares, a los bufones, a los cortesanos del poder y del dinero. No se dirige a la turba inepta y emasculada de los que se contentan, ramploamente, con su oficio de artesanos de la palabra. Se dirige a los intelectuales y artistas libres, a los intelectuales y artistas jóvenes. Se dirige a la Inteligencia y al Espíritu". (115)

CAPITULO XIII

LA POESIA DE ESTE TIEMPO

EN esta conflagración monstruosa que vive la Humanidad, en esta pugna brutal de intereses y egoísmos que estremece a las naciones, en este minuto delirante que llena de soberbia a los déspotas, cuando las cárceles se llenan de hombres libres, cuando el camino del destierro se abre para las conciencias altivas que no quieren doblegarse ni ante la amenaza de los sayones ni ante la seducción de los halagos; ahora que la libertad gime engrilletada en las celdas sombrías y con su nombre se llenan los labios los tráfugas, los tiranos y sus secuaces; ahora, en estos momentos dramáticos de anunciación de una conciencia nueva, y de crepúsculo de un mundo abyecto, corroído de vergüenza y podredumbre, es preciso que los intelectuales cumplan con los deberes que la inteligencia les señala. En este momento promisor y definitivo, la conciencia del mundo —sus poetas— no pueden ser neutrales. Neruda decía:

"En medio del estruendo de la guerra, del estrépito de los tanques, del tronar de los cañones, del clamor de las sirenas, se percibe claramente la débil voz humana del amigo, la voz de la conciencia, la voz de la poesía".

(115).—José Carlos Mariátegui: "La Escena Contemporánea", La Revolución y la Inteligencia: Henry Barbusse, Edit. Minerva, Lima, 1925.

Pero esa voz de la poesía está ahora impregnada de llanto y de sangre. Está recorrida de furores y anatemas. Y el poeta ya no canta de rodillas, canta de pie. O como decía en un mensaje encendido y anunciador, Rafael Alberti, poeta de España peregrina:

*“¡Pueblos del mundo, pueblos! El poeta
hoy ya no canta, grita enjurecido”*

Ahora que el mundo vuelve a crujiir y a estremecerse desesperado, ahora que el hombre vuelve a ser el lobo del hombre y ya no hay pan ni paz, ni arco de rissas ni palomas blancas en el hogar del pobre; ahora que el mundo se ha dividido en dos bandos: los que están de pie en las trincheras de la libertad y los que viven de rodillas al servicio de intereses extraños y sus agentes, los poetas no pueden permanecer ajenos a la pavorosa tragedia de este tiempo.

Por eso Pablo Neruda cumple con su deber de hombre y de artista. Deber de poeta y combatiente. Y exclama para que lo escuchen todos los hombres del mundo:

*“Hermanos de las tierras desoladas:
aquí tenéis como un montón de espadas
mi corazón dispuesto a la batalla”.*

Y este mensaje de alba gana los cielos. La voz del poeta es su definición. Ya el hombre que canta no se queda ensimismado pensando en las estrellas ni vive en su torre de cristal ignorando el rumor del mundo, las miserias del hombre, su dolor de siglos. El poeta no puede traicionar su destino ni su misión de artista sobre la tierra. Debe volver al pueblo de donde nació. Debe devolverle en cantos de esperanza, de admonición y de fortaleza lo que bebió en el cuenco de las manos oscuras, lo que aprendió junto a los hombres humillados y ofendidos:

*No escribo para que otros libros me aprisionen
ni para encarnizados aprendices de lirio,
sino para sencillos que piden
agua y luna, elementos del orden inmutable,
escuelas, pan y vino, guitarras y herramientas.*

*Escribo para el pueblo aunque no pueda
leer mi poesía con sus ojos rurales.
Vendrá un instante en que una línea, el aire
que removi6 mi vida, llegará a sus orejas,*

*y entonces el labriego levantará los ojos,
 el minero sonreirá rompiendo piedras,
 el palanquero se limpiará la frente,
 el pescador verá mejor el brillo
 de un pez que palpitando le quemará las manos,
 el mecánico, limpio, recién lavado, lleno
 de aroma de jabón mirará mis poemas,
 y ellos dirán tal vez: "Fué un camarada".*

Eso es bastante, ésa es la corona que quiero.

*Quiero que a la salida de fábricas y minas
 esté mi poesía adherida a la tierra,
 al aire, a la victoria del hombre maltratado.
 Quiero que un joven halle en la dureza
 que construí con lentitud y con metales,
 como una caja, abriéndola, cara a cara, la vida,
 y hundiendo el alma todas las ráfagas que hicieron
 mi alegría, en la altura tempestuosa. (116)*

"El escritor es grande —decía Martín Andersen Nexó— sólo cuando va con su pueblo" Y habría que añadir: Y cuando lucha con él por conquistar su pan de cada día.

Amar la libertad por encima de todo, ordenaba Beethoven. Por amarla, por defenderla contra todas las felonías; por vigilarla y verla crecer robusta y altiva; por ampararla de la emboscada de balas que le preparan los déspotas y los sayones de todo cuño, es que los verdaderos poetas han escogido su camino.

En este siglo convulsionado y dramático tan propicio, sin embargo, para la náusea y la evasión, no es extraño que muchos poetas vivan ausentes de la realidad, ajenos a la tremenda congoja del hombre. Pasan como sonámbulos por la vida. Nada les importa el dolor ni la miseria de los humildes. Su egolatría desdeñosa, su narcisismo decadente, les hace sólo soñar con los jeroglíficos del pensamiento, los malabares de la palabra o las seducciones oníricas. De ahí que aparezcan ante nuestros ojos como unos fantasmas. Nada les sugiere la vida y sus problemas. Ni el hombre y sus catástrofes. Y producto de ese estado de ánimo, de esa conducta fácil hecha de espectación y somnolencia, es la poesía que les nace. Una poesía emasculada, sin

(116).—Pablo Neruda: "Canto General", La gran alegría, Ediciones México, 1952.

servio, sin vivencia colectiva, sin caídas terrenales, sin las pesadumbres humanas, sin aquella desgarradura tremenda que hace que el verso alumbre con las lámparas de sus heridas palpitantes. Para ellos fueron escritos estos versos del venerable Antonio Machado:

*"...Y pedantones que creen
que saben porque no beben
el vino de las tabernas.
Mala gente que camina
y va apestando la tierra".*

O estos otros de Heinrich Heine, el poeta judío-alemán, cuya tumba en el cementerio de Père Lachaise está junto a la de Chopin que, cuando cayó París, la pisotearon los soldados nazis:

*"Aquí abajo hay pan
para todos los hombres.
El cielo se lo dejamos
a los ángeles y a los gorriones".*

Q-estos otros recorridos de furores y anatemas, del autor de "Residencia en la tierra" y que reflejan una conducta y una actitud riles frente a la deserción cobarde del que quiere mantenerse en línea justa por temor a comprometer su tranquilidad y su digestión:

*Qué hicisteis vosotros guidistas,
intelectualistas, rilkistas,
misterizantes, falsos brujos
existenciales, amapolas
amapolas surrealistas encendidas
en una tumba, europeizados
cadáveres de la moda,
pálidas lombrices del queso
capitalista, qué hicisteis
ante el reinado de la angustia,
frente a este oscuro ser humano,
a esta pateada compostura,
a esta cabeza sumergida
en el estiércol, a esta esencia
de ásperas vidas pisoteadas?*

*No hicisteis nada sino la fuga:
vendisteis hacinado detritus,
buscasteis cabellos celestes,
plantas cobardes, uñas rotas,
"Belleza pura", "sortilegio",
obra de pobres asustados
para evadir los ojos, para
enmarañar las delicadas
pupilas, para subsistir
con el plato de restos sucios
que os arrojaron los señores,
sin ver la piedra en agonía,
sin defender, sin conquistar,
más ciegos que las coronas
del cementerio, cuando cae
la lluvia sobre las inmóviles
flores podridas de las tumbas. (117)*

Ahora la poesía camina por las calles, se cuelga del brazo de los oprimidos. Se hace bandera en los harapos de los esclavos. Y no es romanza que se dice al oído de las muchachas en flor. Y eso no quiere decir que se renuncie al amor. El amor es la alegría de la vida. Pero en estos días de alaridos guerreros, hasta el amor tiene otro tono, otro lenguaje.

El reclamo del poeta cambia. Su vocablo ha olvidado la ternura melancólica y afiebradamente romántica de otros días. Alfredo de Musset dijo una vez que los más desesperados son los versos más bellos. Eso es renunciación. Eso es pretender defender con lágrimas lo que debe enfrentarse con bombas y con fusiles. Los tiempos han cambiado y los términos de la poesía híbrida viste otros ropajes:

*Cantas en la garganta de las hoces
y en la luz del clavel enamorado;
brota tu nombre en un rumor de voces
del hondo corazón de los arados.*

*Recogen tu mirada los labriegos
para dorar sus rubias sementeras*

*y un camino lustral hecho de ruegos
te lleva hacia las quejas prisioneras.*

*Escucha ese clamor que te reclama.
Marcha hacia el pueblo. Sé la ardiente llama
que ilumine sus múltiples senderos.*

*Sé que algún día, rota ya la valla,
avanzarás vestida de batalla
con tu escolta de bravos guerrilleros. (118)*

La poesía, pues, se ha puesto su traje miliciano de lucha. Vis-
ta el uniforme de los guerreros que marchan cantando a la pelea.
de este tiempo es una poesía de combate. Ha descendido desde
más remotas estrellas donde vagaba sin rumbo para saltar a las
cheras y respirar el humo de los cañones.

Rubén Darío, el Divino Rubén, impetraba a los poetas con es-
palabras: "¡Que escriban versos que parezcan lancas!". Ricardo
García, el glorioso autor de las "Tradiciones", pregona esta verdad
sola y valedera: "Byron en Grecia, combatiendo por el Derecho y
por la Libertad, me cautiva más que Byron cantor de sus pa-
siones íntimas, individuales". Vladimir Maiakovsky estampaba este
lema patético:

*"Yo quisiera que la pluma se equipare a la bayoneta,
que del hierro y de la producción del acero,
y del trabajo de hacer versos,
haga informes en el Comité Ejecutivo
el camarada Stalin".*

Archibald Mac Leish, gran poeta americano, se define en este
modo rotundo que vale no sólo por lo que este escritor significa sino
también porque viene de un hombre a quien no se le puede decir,
simplemente, que sea un poeta de partido:

"Ha llegado la hora de desafiar a voz en grito, irrespetuosamen-
te, a carcajadas, a quienes nos dicen que la poesía es pura. A quien-
es nos dicen que la poesía es poesía. A quienes nos dicen que la poe-
sía es un juego de salón que nada tiene que ver con la vida de los
hombres que viven, ni con la miseria de los hambrientos, ni con la
política de los ambiciosos, ni con la indignación de los creyentes. A
quienes nos dicen que la poesía eterna es la escrita con el sentimien-
to de estar espantosamente solo". (119)

—Luis Nieto: "Velero del corazón", Cantos elementales, Lima,
1943.

—Archibald Mac Leish: "Los irresponsables". Editorial Losada,
Buenos Aires, 1942.

No faltarán —dice, pues, el autor de *“Los Irresponsables”*— quienes digan que la poesía debe ser sólo *poesía*. Pero, no hay que dejarse engañar. Ese es un sentimiento mezquino que disimula un contrabando de cobardía. Los estetas puros, los que pregonan que la poesía debe ser algo así como un sueño de ángeles, traicionan a la humanidad y a este tiempo agitado que vivimos. Se les puede repetir lo que decía Ehreburg: *“No soy de los que niegan el lirismo puro, el canto y las flores. Creo, por el contrario, que debemos servirnos de él como de un arma excelente. La vida del hombre lleva consigo alegría tanto como tristeza”*. (120)

No hay que desanimarse entonces cuando los poetas híbridos o desesperados, abatidos de melancolía renunciadora, dicen que la poesía con un mensaje es una poesía de cuartel o de mera propaganda. Mejor así. Es preferible que esos versos avancen a paso de carga, calada la bayoneta y vibrando en el aire sus pregones matinales, a que tengan el andar equívoco y ondulado de los jovencitos que frecuentan las sacristías o que llevan en la frente el signo nebuloso de la decrepitud más abyecta o en la entraña la *“náusea”* del sartrismo de todos los matices.

González Tuñón decía:

“Aquellos que hablan despectivamente de la llamada o mal llamada poesía política, que por lo menos demuestren que han sabido hacerla alguna vez. Aunque sea sin fórmulas. Para darlas, en todo caso, hay que haber pasado por todas las fórmulas, hay que haber pasado por el fuego sin quemarse; hay que haber cantado alguna vez —si es que se supo cantar bien— sin temor al ridículo poético, sin temor a lo transitorio, que no lo es cuando es lo auténtico poético”. (121)

Por eso cuando alguien, en tono de reproche, afirma que el verdadero poeta no puede descender jamás desde el lucero donde mora hasta el barro donde gime el pueblo o que quien cantó los claros de luna no puede ni debe esgrimir la pluma para hablar sobre la angustia de los que sufren o las terribles pesadumbres de los que luchan, habría que responder que el verdadero poeta que se siente con valor para cantar el suicidio de una estrella o la agonía del corazón de una lágrima, también se siente con coraje para hacer un himno del paso de las multitudes con sus harapos al viento como acusadoras banderas de redención:

(120).—Ilya Ehreburg: *“La cultura y el hombre de hoy”*.

(121).—Raúl González Tuñón: *“Homenaje a Antonio Machado”*, Conferencia en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, 1939.

*¡Venid a ver a los héroes!
 ¡Venid a verlos, hermanos!
 Están aquí con sus pechos
 de sangre condecorados.*

*Que formen guardia de guerra
 brigadas de milicianos
 y que sus tumbas vigilen
 con los puños apretados.*

*¡No han muerto! Contra los nuestros
 nada pueden los disparos.
 En el corazón del pueblo
 ellos vivirán mil años.*

*¡Y ahora nada de lágrimas!
 ¡Puños y pechos blindados!
 Y a pelear como leones
 porque ellos no han muerto en vano. (122)*

La poesía de hoy no se viste de frac ni visita los salones dorados ni los pasillos de los ministerios. Y los poetas de este tiempo como lo dijo el autor de "La Caída de París"— están creando "una nueva amistad, un nuevo amor, un nuevo heroísmo, un nuevo sufrimiento".

La poesía de este siglo del pueblo preside las insurrecciones populares. Se la ve desmelenada y trágica en el tumulto de los mítines populares o cubierta de sangre y epopeya en el infierno de las batallas callejeras. La poesía camina entre fusiles y estandartes. Es amanecer de estrellas en la punta de las bayonetas libertadoras y ramillete de balas en las manos de los legendarios montoneros populares. Es una proclama de redención humana que avanza en las bayonetas de las carabinas proletarias. Es una canción de acero que avanza victoriosa en la frente metálica de los martillos.

Los versos de este tiempo de frenesí son como granadas o cohetes. Versos como una brigada de antitanquistas de los ejércitos populares. Así son los versos que construyen los poetas del pueblo con el acero blindado de su sangre generosa. Versos nacidos de un profundo dolor, brotados de la entraña desgarrada de su más gran-

de martirio. Es una poesía que llama al combate. Que se pone al lado del pueblo para defender sus sueños, para alentar sus esperanzas, para hacer más firme sus rebeldías.

Y no otra debe ser la poesía cuzqueña. Una poesía de jóvenes guerrilleros para hoy, para mañana, para los futuros días de refriega que ya vienen. Una poesía digna del circo de montañas eternas que rodean esta tierra y de la grandeza del hombre que la habita. Y que está a la altura de las glorias pretéritas, de sus leyendas, de sus hechos bizarros, de sus grandes hazañas inmortales, de sus piedras sagradas. De sus dolores inenarrables y de sus anhelos infinitos. Una poesía que traduzca el martirio de una raza agobiada por siglos de iniquidad y de miseria; que sea la expresión palpitante y desnuda de sus rebeliones indómitas, de sus ansias desesperadas. Una poesía que sea recogida con emoción y con cariño por el pueblo sufrido y esperanzado. Una poesía viril, jamás emasculada, que sea la síntesis ardorosa del mensaje permanente de Túpac Amaru, el formidable rebelde de Tungasuca.

Versos que estallen bajo el encapotado cielo de la patria como una rebelión de pututos indígenas. Una poesía que viva derribando tiranos y libertando esclavos. Poemas como fusiles o como latigazos de warakas sublevadas en manos de campesinos puestos de pie.

Poemas que tengan la extensión de la mañana y que desplieguen sus banderas despedazadas en la lucha a la orilla anunciadora de nuestros grandes héroes civiles. Versos que tengan la estatura mundial de nuestro cholo César Vallejo cuya poesía se levanta como una fogata en la mirada del cholero humillado de la República.

Poesía peruana, claro. Poesía con profundo y emocionado latido de patria en la entraña milagrosa. Pero no por eso mezquina. Jamás aldeana. Un sentimiento rabiosamente exclusivista que se detiene en las fronteras, es egoísta y subalterno. El cariño al Perú, la adhesión libre, sincera, permanente a nuestro pueblo y a nuestro país, no deben hacernos olvidar nunca que también somos ciudadanos de América y del mundo. El dolor como la esperanza no tiene límites nacionales.

CONCLUSIONES

La índole misma de este trabajo, me obliga a dos clases de conclusiones, unas generales, que comprenden a la primera parte de este estudio, y otras específicas, relacionadas con la poesía cuzqueña y con el poeta cuzqueño en particular, abarcados en la segunda y tercera parte de este trabajo.

CONCLUSIONES GENERALES

1. "Colónida" que pudo no ser un movimiento pero que es una insurrección y una protesta, provoca un estado de rebelión en los círculos intelectuales del país. El decadentismo de quienes formaron filas en "Colónida", les inhibió de tomar una ubicación precisa en los problemas sociales de su tiempo, aparte de Valdelomar que dió a su vida un aire de *populismo* liberal pero que no llegó a su arte.
2. Los "colónidas" propiciaron para la literatura un rumbo y una programación de "élites". Esa actitud en consonancia con su posición frente a la vida, los alejaba de las masas, los divorciaba del pueblo y las multitudes. Creían en el destino superior de los escogidos.
3. Esta misma actitud de "Colónida" y sus confaloneros, hizo eco en el Cuzco donde grupos de intelectuales propiciaban una literatura para selectos; un arte de "capilla" y de cenáculo, incontaminado, puro, lejos de las mayorías, a las que si no despreciaban, desdeñaban con aires de suficiencia y de superioridad.
4. La generación novecentista del Cuzco, pese a su aislamiento y al concepto que tiene de los deberes de la inteligencia, da un paso adelante y comienza a interesarse, un poco idealistamente, en los problemas sociales, sobre todo en las condiciones infrahumanas en que viven los artesanos y el indio.
5. La generación universitaria que surgió el año 20, recogiendo la prédica de González Prada, anatematiza el pasado. Pero su actitud es más algarada que rumbo ideológico. Se queda en el grito, en el ademán denostador, pero no desemboca en el verdadero planteamiento de los problemas que conmueven esa época. Florecen el desplante mosqueteril, el panfleto incendiario, la agresividad irrespetuosa. Faltan la investigación científica de los problemas y las soluciones que corresponden a ese estudio. Se sigue pensando en las minorías privilegiadas.

6. La Reforma Universitaria de Córdoba y los intentos que se plantean en el Perú, electrizan a los estudiantes. Se crea un clima de insurgencia, propicio para generar renovaciones profundas en las universidades, pero no se llega a la médula del problema. Predomina la desorientación, el lenguaje gárrulo y los planteamientos gaseosos.
7. El estallido del 23 de mayo de 1923 tuvo un saldo positivo: la unidad obrero-estudiantil. En el Cuzco, esa fraternidad entre universitarios y pueblo se hizo patente y activa. Fue un paso decisivo y que culminó en los mítines tumultuosos contra la Peruvian y contra el estanco de alcoholes.
8. La rebeldía de aquellos años estalla y se hace bandera en un propósito federalista como reacción contra el absorbente centralismo de la Capital. La aparición de algunas revistas, entre ellas de "Kosko", canalizan esos desahogos que cristalizan en viril ademán de lucha contra el gobierno central.
9. La generación del año 23 levanta bandera de insurrección y con su actitud marca una ruta de rebeldías. Es una generación batalladora, algo indecisa ideológicamente, un poco iconoclasta, pero viril y denodada.
10. El indigenismo exaltado y el anti-limeñismo ciego, hacen su eclosión con la aparición de "Kuntur". Esta actitud tiene sus méritos y sus defectos. Pero no es eso lo fundamental. Lo que vale en esa generación que opera y batalla el 27, es lo que en ella hay de búsqueda y de definición. Con ella, el intelectual comienza a orientarse y a definirse ideológicamente. Contribuye a ese propósito la aparición de "Amauta" en Lima, que tiene un derrotero preciso y que sabe dónde va.

CONCLUSIONES ESPECIFICAS

1. La presencia del modernismo en el Perú se produce con algunos años de retraso en relación con otros países de América. Es Chocano quien, si bien sin manifestarse corifeo de la nueva escuela, el que lo introduce, pero comunicándole un sabor, una manera y un escenario propios que no son, precisamente, los que alardean en el pontífice máximo del modernismo en América.
2. En el Cuzco se puede proclamar a Alberto Delgado como al primer poeta modernista de la generación del año 20.

3. La poesía de los poetas cuzqueños del primer período (1920-1927) no correspondió al clima de insurgencia que se vivió aquellos años. Más a tono con su época y con los reclamos sociales de su tiempo, estuvieron los escritores que acomodaron su prédica a las exigencias levantiscas de aquellos momentos.
4. Recién con la presencia del grupo que comanda "Kuntur", la poesía adquiere un ritmo y un contenido de batalla propios de ese trance. Es entonces cuando la poesía se impregna de una beligerancia autóctona y adquiere un destino y un propósito de redención humanos.
5. Es en el segundo período (1927-1940) que le nace al Cuzco, por la primera vez, una poesía de prédica social. Y es también en esa época que el poeta, el intelectual en general, da los primeros pasos hacia una definición ideológica precisa y radical.
6. La identificación del intelectual con los reclamos y los deberes que le imponen su pueblo y los acontecimientos que sacuden al mundo, se produce recién en el tercer período (1940-1955). El poeta en esta etapa, deja de ser un espectador del drama del Perú y del mundo, para convertirse en un actor con toda la secuela de responsabilidades. El intelectual no le da las espaldas a la vida. Se presenta de cara al porvenir.
7. Los Juegos Florales de 1940 en el Cuzco inician una renovación profunda y trascendental en el contenido, la temática y el destino de la poesía cuzqueña. El 40 comienza para los predios líricos una renovación absoluta que abarca todos los aspectos de la poesía. Nace un arte nuevo, algo explosivo quizás, pero afirmador y esperanzado. Los poetas son poetas con un credo, con una filiación, con un camino.
8. La obra de arte no se divorcia de su creador. El artista y su obra, vale decir, el poeta y sus versos, viven consubstanciados, metidos en plena refriega, vinculados profundamente con su pueblo, o sea con aquello que representa la raíz misma por donde un arte se perenniza y se renueva.
9. Como sucede con toda manifestación viril del arte, para justificarla incluso, en esta época —como en ninguna otra también— prolifera una literatura de adocenados y de evadidos. Una poesía de abalorio, de luces de bengala, de jeroglíficos oníricos, de náusea existencialista, de vocablos ensimismados. Una poesía que nada tiene que hacer con la vida ni con el clamor de los explotados.

10. Un arte para ser vital, para sobrevivir, para ser digno del hombre, debe estar vinculado profundamente a los destinos humanos. Y una poesía que no interprete los mandatos de su tiempo, que no sea la cifra luminosa de los anhelos, de las pesadumbres, de las miserias de su época, deja de ser una poesía con misión sobre la tierra.
11. Igual deber, idéntica responsabilidad hay que exigir al hombre en función de pensamiento, en desvelo de inteligencia. No se puede ser un espectador frío y desaprensivo del drama social que conmueve a los hombres. No se puede vivir en el cielo. Hay que pisar sobre la tierra. El intelectual de hoy está cargado de responsabilidades. Ser un evadido significa ser un tráfuga. La vida misma impele al creador de belleza a ser un miliciano de las grandes causas que conmueven a la humanidad.

*(Tesis presentada para optar al
Grado de Bachiller en la Facultad
de Letras de la Universidad Na-
cional del Cuzco)*

FIN

BIBLIOGRAFIA

- LBERTI, Rafael: "Poesía" (1934-1939). (Editorial Losada, Buenos Aires, 1940).
 — "Entre el clavel y la espada", Poesía (1939-940). (Editorial Losada, Buenos Aires, 1941).
- GUILAR, Rafael: "Lírica de ayer y de anteaayer", Antología. (Revista del Instituto Americano de Arte, Cuzco, N° 2, 1943).
 — "30 sonetos a Castilla". (Imprenta H. C. Rozas, Lima 1954).
- LENCASTRE, Andrés: "Taki Parwa", poemas en quechua. (Editorial Garcilaso, Cuzco, 1955).
 — "Dramas y Comedias del Ande". (Edit. Garcilaso, Cuzco, 1955).
- RIAS LARRETA, Abraham: "Radiografía de la literatura peruana". (Editorial "Sayari", Trujillo, 1947).
- ARBUSSE, Henry: "El cuchillo entre los dientes" y "Clarté".
- AUSCH, Germán: "Latidos de la tierra". (Editorial Garcilaso, Cuzco, 1955).
- ACERES SANTILLANA, César: "Alba Gris", Prólogo de R. Cansinos-Assens. (Imprenta de la Viuda de A. G. Izquierdo, Madrid, 1924).
 — "Cuarto Creciente", Pórtico de Rufino Blanco Fombona. (C. I. A. P., Madrid, 1930).
- ASTRO L., Arturo: "Camarada Vallejo", Colofón de Eustakio K'allata. (Talleres gráficos Cuzco, 1942).
 — "Sustancia del sollozo y la esperanza", poesía. (Talleres gráficos "La Verdad", Sicuaní, 1946).
 — "Alba", poesía. (Talleres gráficos Chaski, Cuzco, 1949).
- ADROS y V., Carlos Ferdinand: "Saludo a la Madre en el tono de la esperanza". (Talleres gráficos "La Económica", Cuzco, 1952).
 — "Pétalos de la sangre", poesía. (Editorial Garcilaso, Cuzco, 1954).
 — "Campanario de la pena", poesía, inédito.
 — "Retablo de la eternidad", poesía, inédito.
- OCE, Benedetto: "La Poesía". Introducción a la crítica e historia de la poesía y de la literatura. (Emecé Editores, Buenos Aires, 1954).
- UZ SALAS, Juan de la: "Hortensia", poesía. (Tipografía Vilcanota, Huaró, Quispicanchí, 1944).
 — "Canas y sus relámpagos", Antología. (Tip. "La Nacional", Cuzco, 1947).
- LGADO D., Alberto: "Jardín opalescente", Antología. Pórtico de Eustakio K'allata. (Revista del Instituto Americano de Arte, N° 7, Cuzco, 1954).
- REMBURG, Ilya: "Muerte al invasor", crónicas de guerra. (Editorial Frente de la Juventud, México).
 — "El por qué de la victoria", Ediciones Latitud, Buenos Aires, 1945.
- OBAR, Mario: "Yo salí a la tierra". Poesías adolescentes. (Cuzco, 1944. Inédito).
 — "Hacia la flor", poesías. (Cuzco, 1949. Inédito).
 — "Pláticas andina", poesías. (Cuzco, 1950-55. Inédito).
- RCIA CALDERON, Ventura: "Parnaso peruano", Antología. (Editorial Maucci, Barcelona, España, s/fecha).
- RCIA HURTADO, Federico: "Lágrima blanca", poesía. (Editorial Garcilaso, Cuzco, 1955).
- NZALEZ LANUZA, Eduardo: "Variaciones sobre la poesía. (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1943).
- NZALEZ TUÑON, Raúl: "Canciones del Tercer Frente". (Editorial Problemas, Buenos Aires, 1941).

- HERRERA y REISSIG, Julio:** "Los éxtasis de la montaña" y "Los parques abandonados", poesía. (Editorial Calomino, La Plata, 1943).
- JIMENEZ BORJA, José:** "Cien años de literatura". (Club del libro peruano. Taller gráfico de P. Barrantes C., Lima, 1940).
- LARREA BLANES, Federico:** "Bajel de Amor", poesía. (Empresa Editorial Cuzco, 1950).
- "Mies del Hombre", poesía. (Empresa Editora "El Sol", Cuzco, 1952).
- I. ATORRE, Roberto:** "Sensaciones", poesía, inédito. Cuzco, 1926.
- JARA EGUILITA, Segundo:** "Senda". (Imp. H. G. Rozas, Cuzco, 1949). Poesía.
- "Tinya", poesía. (Imp. H. G. Rozas, Cuzco 1953).
- MACHADO, Antonio:** "Confesiones de Juan de Mairena", Valencia, España.
- MAC LEISH, Archibald:** "Los Irresponsables". Editorial Losada Buenos Aires, Argentina).
- MARIATEGUI, José Carlos:** "La Escena contemporánea". (Editorial Minerva, Lima, 1925). Ensayos.
- "7 ensayos de interpretación de la realidad peruana". (Biblioteca "Amauta". Editorial Minerva, Lima, 1925).
- MARTINEZ DE LA TORRE, Ricardo:** "De la Reforma Universitaria al Partido Socialista", Apuntes para una interpretación marxista de Historia Social del Perú. (Ediciones Frente. Empresa Editora Peruana S. A., Lima, 1943).
- MOSTAJO, Francisco:** "Los modernistas peruanos", ensayo. (Revista de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos).
- NERUDA, Pablo:** "Residencia en la tierra", poesía, 1925-1935. (Editorial Losada, Buenos Aires, 1944).
- "Tercera Residencia", poesía, 1935-1945. (Editorial Losada, Buenos Aires, 1947).
- "Canto General", poesía. (Ediciones Océano, 2ª Edición. Talleres gráficos "La Nación", México 1952).
- NIETO, Luis:** "Mariátegui", 12 cantos. (Tercera edición. Editorial Garcilaso, Cuzco, 1952).
- "Velero del corazón", poesía. (Editorial Gutenberg, Lima, 1948).
- "Nueva Canción Aimara", poesía. (Editorial Gutenberg, Lima, 1948).
- "Romancero del pueblo en armas", poesía, inédito. (Arequipa, 1950).
- NUÑEZ, Estuardo:** "Panorama actual de la poesía peruana". (Editorial Antena, Lima, 1938).
- PAZ VIZCARRA, Miguel:** "Setiembre, los ríos y los surcos", poesía. (Tip. Liga Sagrada, Cuzco, 1953).
- PEREZ OCAMPO, Gustavo:** "Diez poemas para mañana". (Imprenta La Nacional, Cuzco, 1944).
- "Cuaderno de la soledad inmortal", poesía. (Editorial Cuzco, 1951).
- "Calendario para el alba", poesía. (Editorial Garcilaso, Cuzco, 1953).
- "Plural desvelo", poesía, inédito. (Cuzco, 1954).
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl:** "El sentido tradicional de la literatura peruana", ensayo.
- PORTUGAL, José Z.:** "Los poemas humildes". (Editorial Kuntur, Sicuzani, 1927).
- REINAGA, Julia A. de:** "Cristal", poesía. (Editorial Garcilaso, Cuzco, 1953).
- SANCHEZ, Luis Alberto:** "La literatura peruana", 6 tomos. (Editorial Guaranía, Asunción, Paraguay, 1950).
- "Nueva Historia de la Literatura Americana". (Editorial Américalee, Buenos Aires, 1944).

- "Panorama de la literatura actual". (Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1935).
- QUELDO, Rubén A.: "Panorama actual de la literatura cuzqueña". (Tip. "El Comercio", Cuzco, 1949).
- UMAR PACHA, Miguel: "Aribalo", poesía. (Editorial Garcilaso, Cuzco, 1953).
- ALAS GAMARRA, Armando: "Silencio y corazón", poesía. (Editorial Cuzco, 1952).
- "Ternurario", poesía. (Edit. Garcilaso, Cuzco, 1954).
- AURO, Alberto: "Elementos de literatura peruana". (Ediciones Palabra. Imp. Cóndor, Lima, 1946).
- ORRE, Guillermo de: "Problemática de la literatura". (Editorial Losada, Buenos Aires, 1951).
- ALENCIA, Faustino: "Del parnaso cuzqueño", poesía. (Imp. La verdad, Sicuani, s/fecha).
- ILLANUEVA, Elsa T.: "Medio siglo de poesía peruana", ensayo.
- EPEZ MIRANDA, Alfredo: "Pasado y presente de la literatura peruana". ("Revista Universitaria", Nos. 81 y 82, Cuzco, 1941-1942).
- "Antología poética", Juegos Florales de 1940. (Edit. H. G. Rozas, Cuzco, 1940).

REVISTAS Y PERIODICOS

- MAUTA" — Colección. Lima. Director: José Carlos Mariátegui.
- QUELARRE, El", N° 2, Arequipa, 1917. Director: Alberto Hidalgo.
- LMA QUECHUA". Colección, Cuzco. Director: Humberto Pacheco.
- ARTEL". Nos. 1 al 10, Santiago de Chile, 1934. Director: Luis Nieto.
- OMERCIO, El". Colección. Cuzco.
- ARCILASO". Colección. Cuzco.
- ESTA BARBARA", Nos. 1 al 5. Cochabamba, Bolivia. Director: Jorge Claros Lafuente.
- ORA DE FRANCIA", "La Resistencia de los Intelectuales". (Est. gráficos Esmeralda, Buenos Aires, 1945).
- REAL, El". Suplemento Literario, Sicuani. Director: Jorge Pool Bustíos.
- ORNADA". Colección, 1940, 41, Cuzco. Director: Luis Nieto.
- UNTUR", Nos. 1 y 2, 1927, Cuzco.
- OSKO", Colección. Cuzco.
- TRAS", 1923, Cuzco.
- AS ALLA...". Colección 1922-23, Cuzco. Dirección rotativa.
- TUBRE", Revista, Nos. 1 al 5, 1938, Iquique (Chile). Director: Luis Nieto.
- VISTA UNIVERSITARIA", Colección, Cuzco.
- VISTA DE LA SEMANA DEL CUZCO", Colección. Director: Humberto Vidal.
- VISTA DEL INSTITUTO AMERICANO DE ARTE", Colección, Cuzco.
- ERRA, La", Primera época, Nos. 3 y 4, 1909; Segunda Época, Nos. 6 y 9, 1921-23. Cuzco.
- ERRA, La", Colección, Lima. Director: J. Guillermo Guevara.
- L, El", Colección, Cuzco.
- RTICE", Nos. 1, 2 y 3, Sicuani, 1923. Director: César Cáceres Santillana.
- RDAD, La". Suplementos Literarios, Sicuani. Director: Adrián Durant González.
- CUSA", N° 2, 1929, Cuzco. Director: Audaz del Castillo.
- MAN PUMA", Colección, Cuzco. Director: Víctor Navarro del Aguila.

LA JURA DE LA CONSTITUCION DE 1812 EN CAJAMARCA

Al conmemorarse en Cajamarca —en febrero de 1955— el primer centenario de la creación del Departamento de este nombre, tuvimos la satisfacción de revelar por vez primera los detalles referentes al suceso histórico que motiva el presente artículo. Desde entonces hemos tenido el deseo de concretarlos en un escrito que, llegado a las manos de nuestros lectores, quede siempre a su alcance para que puedan referirse a tan singular acontecimiento y puedan citarlo cuando sea necesario. Tal anhelo se hace hoy realidad en las líneas que van a continuación.

LA empeñosa búsqueda de papeles de interés histórico que realizamos hace poco en el Archivo Notarial del Dr. Pedro Silva Callirgos de Cajamarca, nos puso en posesión de numerosas noticias desconocidas y de valiosos datos referentes a sucesos relacionados con el pasado de la histórica ciudad del Cumbe. Uno de esos acontecimientos, no de escaso interés, es el de la Jura de la Constitución de 1812 y las consiguientes elecciones parroquiales realizadas a fin de constituir la asamblea de electores de Partido que, en justicia, fue el primer congreso regional cajamarquino. Merced, pues, a esa tarea, sabemos hoy que tan singular suceso histórico acaeció en la forma siguiente:

El 29 de noviembre de 1812 el Intendente de Trujillo don Vicente Gil de Taboada, remite al Subdelegado de Cajamarca don Mariano Castro un ejemplar de la Constitución para que sea jurada y publicada en todos los pueblos del Partido. Castro da por recibido el documento el 19 de diciembre del mismo año y remite el asunto al Ilustre Cabildo de la ciudad para que este organismo ordene las

ceremonias correspondientes. El Cabildo decreta entonces la celebración del suceso en histórico documento que reza así:

“Sala Capitular del Ilre. Ayuntamiento de Cajamarca y Dic.re 22 de 1812.

Visto el oficio que antecede del Exmo. Sr. Virrey de Reyno: mandaron se guarde y cumpla, y q' la constitución Política de la Monarquía Española q' le acompaña se publique el día Domingo de la inmediata semana veinte y siete del corr.te con el decoro correspondiente dándose principio ala lectura en la Galeria de Ayuntamiento en la Plazuela de San Pedro, y en seguida en la del Monasterio de Monjas donde se formarán tablادillos, y se hará en forma de aseo á caballo con formal concurrencia de todo el besindario y, ges militares en cuyo acto se hará un repique gral. de campanas: se arán las salvas p.r la compañía de Granaderos y se iluminará dos las antes en sus noches toda la ciudad, dejandose expuesto en la isma Galeria del Cav.do bajo de las mejores colgaduras q' se puean, el Real Retrato de Ntro. Augusto Monarca el Sr. D. Fernando y q' al sig.te día se celebrará una Misa solemne en acción de gras en las Parroquias de Santa Catalina, San Antonio, y San Pedro, p.a el efecto se les pasarán los correspond.tes oficios a los venerables curas, y q' antes del ofertorio se lea la Constitución: se haga r el Parroco una breve exortación al Pueblo p.a intelig.a de ella: concluida la Misa se preste el juram.to por todos los vecinos, y el ero, bajo la formula que está decretada al final de la dha. constitución, y p.r conclusion se cantará el Te Deum: q' para el efecto se distribuirán ala primera el Sor. Subdelegado: á la segunda el Sor. calde de primer voto: y á la tercera el de segundo q' está p.a resar de Trugillo: q' para la formacion de las tropas, se pasen los cios de estilo á los Gefes Militares: q' se publique Bando anunciand esta determinación: q' para los repiques de este día, como en las ches de iluminación, y concurrencia del clero y Religiosos se les el aviso oportuno al Sr. Vicario de Prov.a para q' en uso de sus ultades se sirva disponer lo q' combenga: q' hecha la publicacion la Constitución, se hará una visita gral. de carcel, por los dichos Subdelegado y Alcaldes, y serán puestos en libertad todos los osos que lo estén por delitos que no merezcan pena corporal: q' los os q' apareciendo de su causa q' no se les pueda imponer la pe de esta clase, presten fianza, con arreglo al Art. 296 de la misma stitución. Que de todos estos actos, se ponga certificacion relaciona p.r el unico Escno. q' hay en esta ciudad, p.r triplicado y con se dará cuenta al S.r Gov.or Intendente de Provincia p.a los efectos prebenidos. Lo probeyeron así los SS. del margen de que doy — (6 rúbricas).—Ante mí SANTISTEBAN”.

Por su parte el Subdelegado del Partido hace fijar, en los lugares más públicos de la ciudad, el siguiente bando:

“DON MARIANO CASTRO Y TABOADA, TENIENTE CORONEL DEL REGIMIENTO DE MILICIAS de Dragones de Chota, y Subdelegado Juez r.l por S. M. de esta Ciudad de Caxamarca y su Partido, y en el Teniente de Capitan Gral. por el Exmo. Señor Virrey del Reyno.

Habitantes de esta Ciudad de Caxamarca, y demas del Partido á cuya cabeza tengo el honor de hallarme: llegó el feliz dia en que tendremos el placer de oír leer la Constitución política de la Monarquía Española que imbiolablemente debemos guardar, y con ella penetrarnos de los sentimientos que inspira un Código ó conjunto de sabias leyes, dictadas, formadas y establecidas por nuestros representantes en el augusto congreso de las Cortes generales y extraordinarias de la Nación, q' han manifestado la voz de cada uno y de todos los de uno y otro emisferio. En su consecuencia y cumpliendo con los deberes de mi cargo lo anuncio gustosamente al Público para que se prepare y contribuya al lucimiento de tan recomendable acto y Dia, q' de comun acuerdo con el Ilustre Cavildo y Ayuntamiento he acordado sea el Domingo 27 del presente mes, precediendo hoy y mañana sábado de iluminacion general por la Noche, en la que cada vecino procurará demostrar su gusto y patriotismo; y el subsecuente día Lunes 28 se prestará por el Pueblo en sus respectivas Parroquias el juramento prevenido p.r formulario en la misma Constitución. Por tanto, y siendo presiso que el concurso y aceo de las calles, y particularmente de la Plaza Mayor y las de las Iglesias de S. Pedro y Monjas, en que se han de citar los tablados p.a la publicación, contribuyan al objeto de solemnidad, mando y comboco al vecindario, a efecto de que limpien y hagan barrer las pertenencias de sus casas concurriendo á caballo por cuerpos en el citado Domingo á las ocho de la mañana en que deberá darse principio á esta apreciable función q' nos pone en los primeros pasos de nuestra felicidad. Me prometo que cada qual patentizará los deberes y obligaciones de buen ciudadano, y que el exito correspondera a mis ideas conducidas á presentar á los Pueblos los dr.os en q' se les ponen p.r la misma constitucion, q' habiendo sido tan bien recibida, debe ser extendida, transmitida y imprimida en los mas tiernos corazones, con el jubilo, lucimiento y esplendor que permite cada uno de los mismos Pueblos. Publíquese por Bando, y fijese en el citio acostumbrado p.a q' llegue a noticia de todos, y teniendolo así entendido cumplan con lo prebenido. Que es fecho en esta dicha Ciudad de Caxamarca a los veinte y cinco dias del mes de Dic.re de mil ochocientos doce".—

Mariano Castro
(Rúbrica)

P.r m.do del Sr. Sub.do Juez R.I
Man.l de Silva S.tiatevan (rúbrica)

Como se desprende del contenido de ambos documentos trascritos, la suntuosidad de los actos programados para la jura y publicación de la Constitución fueron excepcionales y en ellos participó el pueblo cajamarquino con fervor realmente sincero, como que creyó que era llegado el día que había de marcar época en la vida de los hombres salidos ya, por obra de sus propios representantes en las Cortes, del ominoso estado de opresión y vasallaje en que habían permanecido durante siglos.

La jura, en medio del gran júbilo popular, tuvo lugar en Caxamarca el día 28 de diciembre de 1812. Del juramento en el Ayuntamiento fue sentada la siguiente constancia: "Hoy 28 de Dic.re de

12 estando los SS. Sub.do Juez Real, Alc.s ordinarios de 1º y 2º to, y Regidores, en este Ayuntamiento y casas consistoriales, se pres-el juram.to á la Constitución Política de la Monarquía Española, n arreglo á lo prescripto en el formulario q' está al final de ella, en seguida lo hicieron en manos del dho. Sr. Sub.do el Admor. y ntador de la Aduana como Gejes de la oficina, de que doy fee.— **Santisteban**" (rúbrica).

Del juramento en las Parroquias, igualmente, quedó testimonio en la forma siguiente: "En dho. día se dividieron, el Sr. Sub.do on tres Regidores q' lo fueron el Alg.l mar Dn. Juan García Puga, n. Miguel Sarachaga y D. Miguel Lopez Valera, p.a la Parroquia e Sta. Catalina: D. José Man.l Urrunaga p.a la de San Antonio, y D. Vicente Barrantes, p.a la de Sn. Pedro, como Alc.s ordin.s del 1º y 2º voto al afecto de hacer la jura del Pueblo, y clero en cada una de ellas; y concluida en la primera, luego q' salió el dho. Sr. Sub.do de la Ig.a, se hizo en la Plaza p.r los Gejes y cuerpos Militares igual ceremonia, q' termino con triple salva de fusileria; y en la 2ª y 3ª. se avisaron á presencia mia los referidos SS. Alcaldes satisfechos de haberse efectuado todo lo mandado, de q' doy fee.— **Santisteban**" (Rúbrica).

En los demás pueblos del Partido fue realizándose acto idéntico en fechas posteriores. En Celendín tuvo lugar el 3 de enero del año siguiente de 1813; San Pablo y San Marcos juraron la Constitución entre los días 1º y 3 del mismo mes; Ichocán la juró el 6; Asunción el 9; Jesús el 17, y en días posteriores los pueblos restantes del distrito.

Pero, lo más interesante del caso fue que, de acuerdo a las disposiciones de la nueva Constitución, el año de 1813 debían reunirse en Cádiz las primeras Cortes ordinarias de la nación para lo que fueron convocadas elecciones en decreto publicado en esta misma ciudad el 23 de mayo de 1812. Los pueblos de América se preparan entonces a realizar el primer ensayo democrático de su existencia, verificándose antes un censo a fin de determinar el número de electores. El acto de sufragio consistió en la reunión de los ciudadanos electores de cada parroquia en un lugar público, para votar por un determinado número de personas llamadas compromisarios. Estos, a su vez, acto seguido nombraban dos o más electores que debían concurrir a la ciudad cabeza de Partido para que, en gran asamblea llamada Junta Electoral, procedieran a la elección de los verdaderos electores que tenían que concurrir a la ciudad cabeza de Intendencia para nombrar **diputados a Cortes.**

Así, pues, en la ciudad de Cajamarca tuvieron que reunirse todos los individuos electores de Parroquia, inclusive los del Partido de Chota, para constituir la primera asamblea cajamarquina elegida por el voto popular en este primer ensayo democrático que ha de rea-

"DON MARIANO CASTRO Y TABOADA, TENIENTE CORONEL DEL REGIMIENTO DE DRAGONES DE MILICIAS DE CHOTA, Subdelega.o Juez R.l por S. M. de esta ciudad de Caxamarca y su Partido, y en el Ten.te de Cap.n Gral. por el Exmo. S.r Virrey del Reyno.— POR el presente: hago saber á todas las Personas q' combenga: Que habiendo mandado por auto del Dia de hoy 20 del corriente, se proceda el Domingo 28 á las Juntas Electorales de Parroquias en esta ciudad, y las de los Pueblos del Partido de su compreencion, al efecto de que el 7 del subsecuente mes de Marzo se realice la de Partido, y q' en seguida pasen a la capital de Truxillo los dos Electores asignados á este dho. Partido y el de chota, que se han de presentar el 15 para la Eleccion de Diputados de Cortes; es consiguiente que todos los ciudadanos se reúnan el citado Domingo; es decir: los Parroquianos de Santa Catalina en los claustros del Combeno de la Recoleta, precedidos por mi: los de S. Antonio en los de la Merced, por el S. Alcalde de primer voto; y los de S. Pedro en los de Belen, por el de segundo. Lo que asi verificado se pondrá en execucion lo dispuesto y ordenado por el art. 55 hasta el 58 de la Constitución Política de la Monarquia Española, teniéndose a la vista los censos o Padrones que estan mandados hacer de las dichas tres Parroquias, p.a el esclarecimiento de los que realm.te sean ciudadanos, y con arreglo al numero de vecinos de cada una, designar los Electores que les pertenescan, y compromisarios que correspondan á estos. Y para que se haga público y notorio mando se publique por Bando mañana 21, y se fijen exemplares en cada una de las Puertas de las tres referidas Parroquias, a efecto de que siendo festivo y de presisa concurrencia se instruyan de su tenor. Que es fecho en esta dha. ciudad de Caxamarca a los veinte dias del mes de Feb.o de mil ochocientos trece.

Nota.

La Misa solemne de Espiritu Santo se celebrará en el citado Dia 28 a las ocho de la mañana en cada Parroquia, y se anunciará media hora antes p.r un repique, a efecto de q' respectibam.te se reúnan los Feligreses de cada una de ellas".—

Mariano Castro (rúbrica)

p.r m.do del S.r Sub.do Juez R.l

Man.l de Silva S. tistevan (rúbrica)

Constituyen verdaderas curiosidades históricas las actas levantadas con motivo de estas elecciones parroquiales. Por abundar vamos a trascribir la que corresponde a las verificadas en una de las parroquias de la ciudad; dice así:

"Parroquia de Sta. Catalina de Caxam.ca.— En la Ciudad de Caxamarca a los veinte y ocho dias del mes de Feb.o de mil
 ----- siendo como las tres de la tarde, haviendose

namento de la Recoleccion de los Padres de S. Francisco la mar
 de los ciudadanos Españoles que componen la Feligrecia de la
 roquia de Santa Catalina, de que es cura Rector el Presb. D. Jo-
 Antonio de Polo y Caso, y por su ausencia asistió su Teniente el
 sb. D. José Rodríguez Marin y estando precididos por el S. D.
 iano Castro y Taboada, teniente coronel de Dragones de Milicias
 uez Politico de este Partido, á efecto de proceder á la votación
 electores de la propia Parroquia, con arreglo a su censo y al nu-
 o de vecinos: y enterados los concurrentes de los artículos á que
 ontrae el cap. 39 de la Constitución Política de la Monarquía Es-
 la. Certifico Yo el infrascrito secretario: que por principio de
 acto se hizo la Junta de ciudadanos: se celebró solemnemente la
 de Espiritu Santo: se hizo igualmente en la Iglesia el Discurso
 spondente a las circunstancias presentes: reunidos en los espres-
 s claustrros se nombraron dos Escrutadores que lo fueron el sar-
 o mar de Milicias retirado D. José Mariano Castaño y el Cap.
 llas D. Nicolas José de Zavala; y a mi el Sargento mar de Dra-
 s de Milicias D. Manuel de Silva Santistevan por Secretario, de
 los ciudadanos: se procedio a la aberiguación ó exerutinio pre-
 lo por el art. 49: en seguida se hizo el nombramiento de treinta
 compromisarios, cuyos nombres fueron escritos en una lista: se
 la publicación de los elejidos, quienes inmediatamente se retira-
 un lugar separado, y luego que conferenciaron sobre el nom-
 to de Electores de esta Parroquia, bolbieron é hicieron la vo-
 en las cinco personas siguientes: D. José Mariano Castaño — D.
 Man.l de Urrunaga — El Presbytero D. José Man.l Peres — El
 D. José Joaquín de Galarreta y Longa — y D. Nicolas José
 vala — Con lo qual se concluyó esta Eleccion, que se publico en
 nta el nombramiento de los cinco citados Electores; y el S. Presi-
 dispuso se extienda por Acta por mi, y que concluido el acto
 se por todos a la Parroquia al de la ceremonia de que se cante
 leum; y la firmó con los compromisarios, bajo la calidad de dar-
 ia de ella á cada uno de los Electores p.a que haga constar su
 ramiento quando combenga, de que tambien certifico — Ma-
 Castro — Manuel Saravia — Ramon Joaqn del Campo — Mar-
 enturion y Doria — Dionisio Basques Gordon — Josef Manuel
 — Francisco Pinto — Pablo Valcayo — Francisco Solano Ca-
 — Joaquín Perez. — Juan de Galarreta — José Bonifacio
 us — Tomás Velesmore — José Manuel de Urrunaga — Joaquin
 us — Juan Lopes del Campo — José Rodríguez — Juan de Ur-
 Cavallero — Pasqual de la Rocha — José Escalante — Manuel
 uirre y Pita — Andres Chavarri — Tomas de Alegria — Juan
 o de Arana — Felipe Duran — Lorenzo Barrantes — José Dio-
 Alvarado — Franco Villanueva y Romero — José Gregorio
 juos — José Franco Larreta — Julián Alvarado — José Agus-
 ze Oliva — Manuel de Silva Santistevan-Secretario de la Jun-

La asamblea de electores del Partido estuvo constituida en la siguiente forma:

Delegados por la Parroquia de todos los Santos de Chota: D. Gregorio de la Torre, D. Manuel Bernal, D. José Arana, D. Eustaquio Guerrero, D. Pedro Arnao, D. José Pérez de Bustamante, D. Teodoro TantaJulca, D. Inocencio Sancho, D. Gregorio Bernal, D. Joaquín de Hoyos, D. Jorge Medina, D. Andrés Oblitas, D. Bartolomé Zevallos, D. Miguel Díaz, D. Tadeo de la Piedra, D. Rosalío Tongo Guayaca, D. Manuel Cardoso, D. Mariano Becerra, D. Alejandro Avendaño, D. Manuel Osoreo y D. Francisco Bustamante.

Delegados por la Parroquia de Cutervo: D. Manuel Guerrero, D. Joaquín Burga, D. Juan Antonio Altamirano, D. Mario Contreras y D. Norberto Espejo.

Delegados por la Parroquia de Huambos: D. Tadeo Villalobos, D. Miguel Ortis, D. Juan Antonio de la Torre y D. Santiago Julca.

Delegado por la Parroquia de Cachén: D. Tomás Chacón.

Delegados por la Parroquia de Llama: D. Tiburcio Morantes y D. Mariano Dávila.

Delegados por la Parroquia de Santa Cruz: D. Juan Maradiegue, D. Candelario de la Piedra y D. José Bazán.

Delegados por la Parroquia de Santa Catalina de Cajamarca: D. José Manuel Urrunaga, D. José Mariano Castaño, el Presbítero D. José Joaquín de Galarreta y Longa y D. Nicolás José de Zavala.

Delegados por la Parroquia de San Antonio de Cajamarca: D. Dionicio Tucto Huarán, D. Juan Ortis y D. Alejo Loyola.

Delegados por la Parroquia de San Pedro de Cajamarca: D. Joaquín Espejo, D. Juan Moro y D. José Manuel Carguaguatay.

Delegados por la Parroquia de San Marcos: D. Juan Tirado, D. Pedro Gastañaduy, D. Antonio Alvares y D. Santiago Vilches.

Delegados por la Parroquia de San Pablo: D. Marcelo de Castañeda, D. Mariano de Arribasplata y D. Gregorio Medina.

Delegados por la Parroquia de Ichocán: D. Agustín Armas, D. José Manuel Cadenilla y D. Ramón Yaco.

Delegados por la Parroquia de Asunción: D. Juan Montoya, D. Tomás Miranda y D. José Miranda.

Delegados de la Parroquia de Celendín: D. Mariano Burga, D. Manuel Martos, D. Gerardo Sánchez, D. Bernardino Díaz y D. Juan Burga.

Delegados de la Parroquia de Jesús: D. Manuel Ventura Salazar y D. Ventura Rodríguez.

Delegados de la Parroquia de Contumazá: D. Juan de la Cruz, D. Manuel Deza, D. Gabriel Díaz, D. Tomás de Córdoba y D. Eduardo Benites.

Delegados de la Parroquia de Guzmango: D. Gregorio Culquichicón y D. Baltazar de Aguilar.

Delegados de la Parroquia de San Miguel: D. Juan Barrantes, D. José Alvarado y D. Juan Capistrano Lingón.

Este concurso de representantes cajamarquinos, que podíamos llamar el primer congreso regional o departamental de Cajamarca, realizó varias asambleas entre los días 7 y 14 de marzo de 1813 en el

local de la sala capitular del Cabildo, y eligió como electores de Partido al Sargento Mayor de Milicias y Alcalde Ordinario de Primer voto de Cajamarca don Manuel Cavada y al teniente coronel don Joaquín Pérez, regidor más antiguo del ilustre ayuntamiento de la ciudad. Ambos, pasaron luego a Trujillo para formar parte de la asamblea electoral de la Intendencia que debía elegir diputados a Cortes.

Tal el primer ensayo democrático cajamarquino. Fue esta la oportunidad en que, por efecto de las libertades otorgadas en Cádiz, despertaron los anhelos del ejercicio de derechos que enrumbaron luego a nuestros hombres por el camino de la libertad permanente. La Constitución de 1812, no cabe duda, fue semilla generosa.

Elección semejante tuvo lugar también en marzo de 1814, aunque entonces España y sus dominios hallábanse próximos a contemplar el retorno de Fernando VII al trono. Después, la reacción absolutista sobrevino inevitable. En mayo el necio monarca español abolió la Constitución de Cádiz y en todas partes fueron declarados sin lugar sus efectos, hasta que una revolución, la de Rafael del Riego, producida el 1º de enero de 1820, le obligó a jurarla y a ponerla de nuevo en vigencia.

Por corto período la célebre carta doceañista volvió a regir en todos los dominios españoles que hasta 1820 no habían alcanzado independencia. En el Perú, el nuevo juramento de la Constitución fue ordenado por el Virrey Pezuela en setiembre de 1820, por lo que en Cajamarca el subdelegado de Partido don Felipe del Risco, cumpliendo órdenes expresas del Intendente de Trujillo Marqués de Torre Tagle, dispuso que las respectivas ceremonias tuvieran lugar, con la solemnidad de estilo, los días 4 y 8 de octubre de 1820. En esta oportunidad, habiéndose verificado la respectiva Junta de Cabildo, se acordó lo que aparece en el acta siguiente:

“En la Ciudad de Caxamarca ál primero dia del mes de Octubre de mil ochocientos veinte: Estando juntos, y congregados en la Sala Capitular, los SS. Presidente Sub.do Juez R.l D. Felipe del Risco, Alcalde ord.o de 1er. Voto Cor.l D. Pablo Espinach, y el de 2º capitan D. Mariano Joaquín de Egusquiza, Reg.or Capit.n D. Agustín de Escalante, y Ten.te Cor.l Reg.or D. Miguel Lopez Valera, á que no asistieron los Regidores Alg.l mayor D. Juan García Puga, Fiel executor D. José Manuel Urrunaga, y de canon D. Miguel Sarchaga, con asistencia del Sindico Procurador Gral. de la Ciudad D. Manuel Marquez Puga, tratandose de lo mandado áserca de dar cumplimiento á las determinaciones del Rey, á efecto de que se publique el juramento, y reposición del Código de la Constitución Política de la Monarquía Española sancionada p.r las Cortes en el año de dose; acordaron unanimes, con arreglo al R.l Decreto de diez y ocho de Marzo de dho año, su Publicacion en la forma q' lo preiene su primer artº el dia quatro, y su juramento, segun el 2º artº el dia ocho: Con lo q. se concluyó esta Acta, y lo firmaron con migo,

y testigos, á falta de Escriv.no.— Felipe del Risco — Pablo Espinach
Mariano Joaquín de Egusquiza — Agustín Escalante — Miguel Lo-
pez Valera — Manuel Marquez Puga — Testigo: Juan de Leon En
calada”

En efecto, así fue y con gran beneplácito del numeroso vecin-
dario español de la ciudad. No obstante la medida no surtió ya los
efectos imaginados por las autoridades peninsulares, pues, a poco Ca-
jamarca abrazó con gran ardor la causa de la independencia y, aun-
que con ingentes sacrificios, sólo había de terminar su patriótico em-
peño concurriendo, con hombres y toda clase de elementos, a las
grandes batallas de Junín y Ayacucho que, como sabemos, consuma-
ron la libertad del Perú y de América.

NOTA:

Fueron consultados los siguientes documentos:

- 1.—PARTIDO DE CAXAMARCA / Año de 1813 / Expediente relativo al /
nombramiento de los dos Electo— / res asignados al Partido, para / que
procedan en consorcio / de todos los de la Provincia é / Intendencia,
á la Elección de / los cuatro Diputados en Cortes. / Precediendo el
censo de todas las / Parroquias de su comprehencion. / Juez Político /
El S. D. Mariano Castro y Taboada. // (257 fs.)
- 2.—PROVINCIA DE TRUXILLO. / Partido de Cajamarca / Libro en que
se hacientan todas las / Actas y demas actos á que se contrae la / Con-
stitucion Política de la Monarquía Es- / pañola, el que dió principio
hoy 19 Feb^o / de 1813, siendo Juez Político y Militar / de dicho Partido,
el Teniente Coronel Don / Mariano Castro y Taboada. // (13 fs.)
- 3.—AÑO de 1820. / Expediente formado, so- / bre la Publicación, y Jura /
mento de la Constitucion / Política de la Monarquía / Española, y sus
Insidencias. // (22 fs.)

HOMENAJE AL DOCTOR FRANCISCO SIVIRICHI

CON motivo de haberse cumplido el día 4 de junio del presente año, el Primer Centenario del nacimiento del Dr. Francisco Sivirichi Ramos, eminente y muy querido educador cuzqueño, la Universidad rindió homenaje a su memoria en un solemne acto académico que alcanzó los relieves dignos del motivo a que estaba dedicado.

Insertamos a continuación los discursos pronunciados en aquella oportunidad: el de Orden que correspondió al Dr. Luis Olazo y el de agradecimiento, pronunciado a nombre de los familiares por el Dr. Atilio Sivirichi.

DISCURSO DEL DOCTOR LUIS OLAZO

Señor Rector, Señores catedráticos, Distinguidos miembros de familia Sivirichi, Señoras, Señores, Alumnos Universitarios:

Cumpliendo con un honroso encargo me es grato ocupar esta na para rendir tributo y reconocimiento al esclarecido maestro ntífico doctor Francisco Sivirichi Ramos. Es propio del hombre dar, pero cuando se evoca la figura de un maestro digno, de un tro probo, de un apóstol de la enseñanza, no se puede menos xperimentar la mas grata emoción. La Facultad de Educación Universidad, con este acto sencillo pero significativo, ha queri-lebrar sus méritos y publicar sus virtudes para rendirle un tri-de justicia al cumplirse hoy día un centenario de su nacimiento.

Si sus discípulos tuvieron la suerte de beneficiarse directamen-a su proficua obra educativa, los que actualmente profesamos de carrera del magisterio apreciamos en todo su valor los kila-: la luz de sus ideas porque iluminan nuestros cerebros y en-a nuestra acción educadora.

El doctor Francisco Sivirichi, nació en el Cuzco un día como hoy, cuatro de junio del año 1856, fueron sus padres don Mariano Sivirichi y doña Manuela Ramos, es el hogar nobilísimo que iba a modelar su carácter irradiando hábitos morales, normas de urbanidad, exquisita cultura y diligencia en los diversos quehaceres. Con ese bagaje de educación hogareña don Francisco ingresó al colegio de Ciencias y Artes para después continuar sus estudios en el colegio Seminario de San Antonio Abad, centros educativos donde no tardó en captarse la simpatía y admiración particulares de sus maestros por su contracción al estudio y su singular dedicación y aprovechamiento, especialmente en el aprendizaje del Latín y de las ciencias exactas y naturales. Terminado que hubo sus estudios de secundaria, ingresó a la Universidad del Cuzco para iniciar sus estudios superiores; aquí abrazó con su habitual constancia y dedicación los conocimientos científicos mostrando ya su preferencia por las ciencias de la naturaleza y las ciencias exactas. Todavía de estudiante universitario y muy joven aun —pues frizaba en los veinte años— se inició en la noble carrera del magisterio primario y secundario ya que encontró abiertas para él las puertas del colegio de "La Unión" que dirigía el esclarecido maestro doctor Rafael Paredes. Su vocación no se dejó esperar, acudió al llamado de su talento, había hallado la oportunidad de revelar sus aptitudes y condiciones de verdadero maestro y no tardó en ser solicitado para servir también en el colegio del "Sagrado Corazón" dirigido por el canónigo doctor Eugenio Oré donde impartió enseñanzas de Trigonometría, Geometría del Espacio y Francés.

Corría el año 1879 cuando sonó el clarín, clamaba la patria para que se la defendiera de la agresión chilena, no vaciló el maestro en alistarse como soldado en la "Columna Universitaria" que dirigía el Rector doctor Manuel M. González y que comandaba un alto jefe militar. Ascendido a la clase de capitán tuvo la oportunidad de mostrar su ardiente amor a la patria cumpliendo con sus deberes cívicos, y así, con el valor del que pone su vida al sacrificio, defendió las costas de Mollendo del bloqueo del enemigo, luchó en Arequipa y en el centro del Perú.

Posteriormente en reconocimiento de su abnegación al cumplimiento de sus deberes cívicos y sus heroicas hazañas en el campo de batalla se le confió los honrosos cargos de Capitán Adjunto de la Sección de Ingenieros del Estado Mayor del Ejército y de Capitán de la Primera Compañía del Batallón "Guardia Nacional" del Cuzco.

Peró sus facultades le siguen incitando silenciosamente al ejercicio del magisterio y al cultivo de las ciencias de su especialidad, es así como en 1883 luego de graduarse de Bachiller, ingresa a la docencia Universitaria al ser llamado a regentar una cátedra en la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales. El primer centro de educación secundaria, colegio Nacional de Ciencias del Cuzco, por nombramiento especial lo designa su profesor en 1886, después fué profesor de la Escuela Dominical del Cuzco, profesor de matemáticas en el Liceo de San Luis Gonzaga dirigido por el canónigo Fernando Pacheco. En

fue nombrado Director del colegio "Grau" de Abancay, en la capital de la República fue profesor del "Liceo Lima" y del "Colegio Jenner". En 1896 se hace cargo de la dirección del Colegio Nacional "Libertad" de Moquegua, regenta la Escuela N° 1 de Varones de Umba, etc.

Cabe destacar el hecho que ya en la segunda mitad del siglo XIX el Ministro de Educación doctor Manuel Odriazola, del régimen Manuel Pardo, dictó medidas eficaces para el desarrollo de la educación en el Perú, gracias a estas disposiciones, se fundan en el Cuzco sucesivamente los colegios de Jerónimo Zabala, Guillermo Alva-Pablo Latorre, Rafael Paredes, Isaac Tejeira, etc. y el año 1904 el doctor Sívirichi funda su recordado "Colegio Americano" el que ha de funcionar durante muchos años bajo el significativo lema "Dios, Patria y Libertad". Su vasta experiencia, su entusiasmo en la enseñanza y sus excepcionales dotes personales, imprimen a su colegio una nueva fisonomía, combatiendo y aboliendo la enseñanza autoritaria y libresca para dar paso a la actividad. La libre iniciación del educando era para él motivo de respeto, la imposición instructorial de la enseñanza dogmática.

En 1910 por nombramiento especial ingresó nuevamente a la enseñanza universitaria y un año después ocupaba la cátedra de Anatomía, Fisiología, Geología, Paleontología, Zoología, Botánica y Minería a que dejara el doctor Alberto Gadea. En 1919 estuvo encargado del Rectorado de la Universidad, fue Director del Colegio de Ciencias Exactas, fue elegido Decano de la Facultad de Ciencias en dos oportunidades los años 1921 y 1925, este año de 1925 fue nombrado para dirigir el Colegio "San Ramon" de Ayacucho y al término del ejercicio de este cargo, después de prestar cuarenta años de servicios al Estado recibió su merecida jubilación.

Habiéndose ausentado a Lima con el propósito de reparar su salud el Consejo Universitario del Cuzco lo nombró Delegado ante el Consejo Superior de Enseñanza Universitaria, en este cargo se desenvolvió con el entusiasmo y la diligencia de sus años mozos laborando por la creación del Instituto Internacional de Arqueología fundado en 1924 como dependiente de la Universidad del Cuzco, trabajó intensamente pidiendo la creación de una Escuela de Agronomía en el Cuzco así como la de una sección de estudios de Sociología Nacional en nuestra Universidad, laboró porque las Facultades de Ciencias y Letras sirvieran de base para las de Jurisprudencia y Medicina. Así también, en esta oportunidad, hizo un serio reclamo por la recuperación de los tesoros extraídos de Machupicchu por el explorador Bingham que fueran concedidos en calidad de préstamo a su estudio.

Sívirichi, hombre muy competente, de gran preparación cultural y vasta ilustración general, tenía que ocupar además importantes cargos, estuvo presente en todos los que hubiera puesto a prueba su capacidad función social con la eficiencia y la facilidad que le brindaba su experiencia en la sacrificada misión educadora. Así fue Amasador de la Biblioteca y Museo del Cuzco y más tarde su director,

fue socio de la "Sociedad Colaboradores de la Instrucción", vicepresidente de la Sociedad "Ensayos Dramáticos", miembro de la comisión de Vigilancia de las Escuelas Municipales del Cuzco y Examinador de los colegios y escuelas públicas, fue nombrado miembro y mas tarde Secretario de la comisión para suministrar datos geográficos y estadísticos del Cuzco, miembro de la Sociedad Filantrópica Literaria del Cuzco, fundador del "Instituto Callao" o "Instituto Sabogal", fue Jefe del Gabinete de Historia Natural de la Sociedad "Amantes de la Ciencia" de Lima, miembro del Centro Geográfico del Cuzco filial de la Sociedad Geográfica de Lima, miembro de la Junta Departamental del Patronato de la Raza Indígena, miembro de la Junta de Vigilancia de Construcciones de Centros Escolares. Fue el fundador de la Sociedad Científica del Cuzco con la participación de hombres de la talla de Ramón Chaparro, Jaúregui, Calderón, Alvarez, Aguilar, Coello, Tejeira, Cavero, Montes, Pilares, Olivares, Gil Zárate, De la Torre, Pacheco, Luna González, etc... Fue Juez de 3ª nominación, Suprefecto de la Provincia de Canas, miembro de la Beneficencia Pública de Moquegua, Concejal de la Municipalidad del Cuzco, Alcalde del Cuzco, Director de la Sociedad de Beneficencia, fue Prefecto del Departamento del Cuzco, etc.

Tal el aporte honesto, tal la obra constructiva de este gran cuzqueño en favor de su amada tierra. Donde quiera que tuviera que intervenir dejó la huella de su recia personalidad, de su honestidad. Si de estudiante, fue el alumno aprovechado que siempre oyera palabras de encomio en el curso de sus estudios primarios y secundarios. Si de maestro, su verdadera profesión a la que consagrara toda su vida, vertía sus sabias enseñanzas, no caprichosas y arbitrarias, sino las que se derivaban de las conquistas pedagógicas de su época, de acuerdo a un buen método; así el maestro al ingresar al aula estaba poseído no sólo de normas didácticas sino de su singular acción creadora, su personalidad; allí estaba el artífice preparado e inteligente, era todo amor para sus discípulos, era el "modelo", el "apoyo". Una de las manifestaciones intelectuales del doctor Sivirichi constituyó seguramente la publicación de sus textos, valiosos auxiliares de enseñanza. Publicó tratados didácticos sobre Aritmética Práctica de 1º y 2º grados, nociones de Geometría Elemental, un tratado sobre el Sistema Decimal concebido con el criterio de salvar uno de los primeros obstáculos para su aprendizaje, Lecciones de Cosas, Educación Moral, Cívica y Religiosa, Geografía General, Ciencias Naturales e Higiene, Castellano, Teoría de la Música, etc.

Como catedrático de la Universidad del Cuzco, fue el precursor de la enseñanza práctica y experimental de las Ciencias de la Naturaleza para perseguir los fines de una verdadera enseñanza universitaria, abogó por ello desde su cátedra, como Decano de la Facultad y cuando ejerció el Rectorado.

En su tesis de doctorado sustentada el 29 de Noviembre de 1911 cuando la antigua sección de Ciencias había sido elevada a la categoría de Facultad, sostuvo la encomiable idea de expandir la enseñanza de sus estudios de modo que dieran origen a derivaciones de pro-

eso intelectual e industrial para el departamento y la región especial, sugería la manera de poder agenciarse rentas aplicables a provisión de material de enseñanza para proveer un buen Gabinete de Física, un Laboratorio de Química, otro de técnica Microscópica, Museos de Historia Natural y Cuadros o Maquetas de Anatomía, además de muestras completas de Minerales y otras. En su discurso de orden pronunciado en la apertura del año Académico de Universidad el año 1916, vuelve a insistir sobre estas iniciativas ocuparse del tema "El progreso científico como adelanto material derivado de los conocimientos suministrados por las ciencias de la naturaleza", sugiere concretar los programas tan extensos de la Facultad relacionándolos con los estudios respectivos para boticarios, dentistas, oculistas, agrimensores, obstétrices y en general insinúa la manera como contribuir directa y eficazmente, no sólo al desarrollo intelectual de la juventud, sino al progreso industrial y económico del Cuzco.

Si de científico, seguramente que demostró especial dedicación a la geología y mineralogía, así es como escribió cursos universitarios sobre estas disciplinas con variados ejemplos e ilustraciones que mostraban las características geológicas y petrológicas de nuestro territorio y de manera especial del departamento del Cuzco. Emitió teorías acerca de la formación de los ramales de la Cordillera de los Andes luego de rebatir las opiniones a este respecto emitidas por Raimondi y otros naturalistas que por entonces estaban muy en voga. En efecto, Raimondi sostenía que la cordillera occidental era de reciente formación, en tanto que otros naturalistas afirmaban que la cordillera oriental era relativamente la más nueva. El doctor Virrichi no acepta ninguna de las dos teorías y opina que la relieveción de los Andes, como el brote de adentro, resquebrajó, no longitudinalmente siquiera una línea uniforme sino que por las erosiones de las aguas en descenso, a uno y otro lado, se abrieron las quebradas transversales entre los dos o más ramales que por la acción mecánica de dos fuerzas, se levantaron al mismo tiempo; subraya el hecho de que el efecto erosivo de las aguas, en los descensos de los cerros y montañas andinos, tanto del lado de la costa como las que están entre las sierras y al descender a la región de los planos de la zona montañosa, presenta la costa y la montaña pegadas a los estribos de la cordillera occidental y oriental respectivamente como formaciones continuas, con relación a la cordillera central.

De otro lado sostiene que el cerro Senkca fué un cono de deposición de una base inmensa cubierta de nieve que acaso bajó de cerros más elevados como los que todavía le dominan a la distancia actual y que por la ruptura de la hoya del Vilcanota parece hoy un cerro parado de otro eje troncal. Señala como descensos posibles de los cerros, los glaciaros, las quebradas de Choquechaca, Saphy, Ayahuaikco, Killque, Quín y Huancaro; glaciaros que con su acarreo de canchales y detritus hicieron por algún tiempo considerable su labor de erosión avanzando el paso de salida hacia el SE por el corte ya paulatino o brusco de la Angostura.

El aporte mas valioso del doctor Sivirichi al estudio de la geología del Cuzco es sin lugar a dudas la recolección y sistematización de todos los trabajos realizados hasta entonces por destacados hombres de ciencia entre los que se cuentan a Castelnau, Haienk, Falb, Orton, Raimondi, Dueñas, Lisson, Gorhing y Luis Robledo. Todos estos trabajos se encontraban aislados y si bien constituían fuentes valiosas de información, no ofrecían para los estudiosos sino someras referencias. Además, como es de suponer, al término de su trabajo de recopilación el doctor Sivirichi encuentra serias lagunas que llenar, regiones del departamento cuya gea todavía no había sido estudiada, de aquí que él hiciera sentir la necesidad de gestionar el gasto indispensable que requieren estudios y trabajos prácticos de las rocas de las provincias de Canchis, Acomayo y Paruro, aduciendo que en donde señala la ciencia tal o cual clase de rocas, allí se encontrarán los riquísimos minerales tan codiciados por el hombre y cuya explotación daría los mayores rendimientos a la metalurgia. Se debe contribuir, dice, no sólo al progreso intelectual sino al adelanto económico del Cuzco.

Me he permitido esbozar escueta y pobremente muy pocos aspectos de la labor científica de este sabio por no cansar vuestra atención. Las teorías del doctor Sivirichi tienen que conservar su validez aunque la ciencia evoluciona con vertiginosa rapidez, por ahora concretémonos a reconocer con justicia el valor innegable de estos estudios de su época.

El 12 de abril del año 1937 el doctor Sivirichi fallece en Lima recomfortado con los auxilios de la Iglesia, así termina una vida ejemplar consagrada al sacrificio de la enseñanza, al progreso de su tierra el Cuzco, y de nuestra amada patria.

Los maestros y estudiosos cuzqueños quedamos comprometidos con la labor múltiple que nos legara, sus obras nos señalan nuevos rumbos para el presente y el porvenir. El recuerdo grato de su persona será la mejor prueba de nuestro eterno reconocimiento.

He dicho.

DISCURSO DEL DR. ATILIO SIVIRICHI

Señor Rector de la Universidad
Señor Decano de la Facultad de Pedagogía
Señores Catedráticos
Señoras, Señores.

Mi primera palabra sea de profundo agradecimiento al Señor Decano de la Facultad de Pedagogía y a los señores Catedráticos de la Universidad que han organizado este solemne acto académico destinado a conmemorar el Primer Centenario del nacimiento del Dr. Francisco Sivirichi, uno de los preclaros maestros cuzqueños que dedicó toda su vida al servicio de la educación nacional.

Esta solemne actuación viene a ser el homenaje central y el más significativo, entre los actos conmemorativos con que diversos planteles de educación e instituciones del País, conmemoran hoy, dicho centenario, y por tratarse de nuestra gloriosa Universidad, los hijos de Francisco Sivirichi, hemos creído de nuestro deber, venir en peregrinaje a nuestra bendita tierra, más amada mientras más distante, para expresaros personalmente nuestra sincera gratitud.

Permitidme, señores, que os ofrezca en esta oportunidad, una breve semblanza que traduzca pálidamente la vida y obra de mi inolvidable progenitor.

El Dr. Francisco Sivirichi Ramos, nació en el Cuzco el 4 de Junio de 1956, en un modesto hogar situado en la calle del Triunfo, junto a la casa parroquial, con sus muros incaicos, sus escalinatas, sus corredores, sus techos de tejas y sus ventanas moriscas.

Fue hijo de Mariano Sivirichi Zamalloa, un modesto Administrador del Hospital del Espíritu Santo, cuyo escudo de armas era su honradez acrisolada y de Manuela Ramos una humilde huérfana, natural de Limatambo. Fue hermano de Gabino Sivirichi, Canónigo de la Catedral del Cuzco, orador, teólogo y el primer cuzqueño que ostentó el título de Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española; de Luis Sivirichi, uno de los más afamados profesores de Historia Universal del Colegio de Ciencias y Catedrático de la Universidad del Cuzco; de la profesora Adriana Sivirichi, discípula de aquella maestra por antonomasia que se llamó Antonina Pérez, y compañera inseparable de la gran novelista Clorinda Matto de Turner, y de Trinidad Henríquez, la primera socialista del Perú, y, de Sor Natividad y Sor Isabel Sivirichi, ambas hijas de la Congregación de Santa Ana.

El genio rectilíneo y severo de mi abuelo, de luengas barbas, de hablar lacónico y de carácter reservado, había conseguido óptimos frutos de su siembra fecunda.

En este hogar humilde y cristiano, mi abuelo modeló el espíritu de sus hijos como el alarife da forma al granito, luchando por el pan nuestro de cada día y superando las continuas dentelladas de la pobreza sobrellevada con decencia, para conservar un nombre que no tenía la dorada aureola de los títulos nobiliarios, pero que pronto se convirtió en el símbolo de la rectitud, de la honradez y de la lealtad.

Mi padre inició sus estudios en el Seminario de San Antonio Abad, vistió la opa y la beca y siguió el sendero luminoso que trazara su hermano mayor Gabino. Posteriormente, prosiguió sus estudios en el Colegio de Ciencias y Artes, donde se destacó como uno de los primeros alumnos en las asignaturas de Ciencias y Letras dominando a la perfección el Latín y el Francés que le permitieron poseer una ilustración humanista de acuerdo con el liberalismo imperante en el Perú.

Terminada su instrucción secundaria, y después de rendir rigurosas pruebas de admisión, ingresó a la Universidad del Cuzco y al mismo tiempo, desempeñó el cargo de Profesor en el Colegio de

“La Unión” donde fue incorporado en 1876 a los 20 años de edad; colegio donde se educó una verdadera pléyade de jóvenes cuzqueños bajo la dirección del egregio maestro Dr. Rafael Paredes, una de las figuras preclaras del Magisterio Peruano.

Así fue la niñez y la adolescencia de Francisco Sivirichi.

En 1879 estalló la Guerra con Chile. La juventud universitaria del Cuzco fue la primera en pedir su alistamiento. Muy pocos fueron los que se internaron en las montañas o se ocultaron en sus haciendas. En el Cuzco hubo un verdadero frenesí por defender la integridad territorial. Empezaron a salir los contingentes de sangre. Batallones de indígenas y artesanos fueron alistados con premura. Los universitarios convertidos en clases, en forma sorpresiva, fueron los encargados del alistamiento. Ordenes superiores dispusieron que la juventud universitaria fuera la que saliera a los campos de batalla, después de cumplir su tarea de movilización. Ya cuando el Cuzco había dado a la guerra más de diez batallones de mil hombres cada uno, en 1880, se alistó la “Columna Universitaria” al mando del Rector Dr. Manuel Mariano González, convertido en Jefe Militar. En esta columna de hombres de 20 a 25 años marchó toda la esperanza del Cuzco. La despedida de la “Columna Universitaria”, todavía recuerda el notable discurso del Rector que fue una lección de patriotismo; y, de la partida a pie, por el camino a Sicuani, sólo queda el recuerdo del chachacomo centenario, regado con las lágrimas de tantas madres que despidieron orgullosas a sus hijos que iban a cumplir con el sacrosanto deber de defender la dignidad nacional. Mi padre estaba ahí, de contextura endeble, bajo la severa mirada de mi abuelo, teniendo en el cuello los trémulos brazos de su madre.

Los universitarios fueron considerados como Sub-Tenientes y llevaban consigo la responsabilidad y el comando de secciones y compañías mal equipadas y con vestimentas escasas que formaron el Batallón “Libres del Cuzco” N^o 11, que marchó a Marangani, lugar donde se embarcó en dirección a Arequipa. Debía formar en el tercer escalonamiento para marchar sobre Tacna, pero Chile, después de San Francisco y Tarapacá, procedió al bloqueo de Mollendo y había el iminente peligro de una invasión a Arequipa, Puno y Cuzco. Fue así como el “Batallón Libres del Cuzco” N^o 11, junto con otros cuerpos, fue destinado a no permitir el avance del Ejército Chileno y a defender el bloqueo de Mollendo. El Valle de Tambo fue el sitio designado, para establecer la guarnición vigilante. Aquí transcurrieron días, semanas y meses, los abastecimientos se agotaron, las enfermedades diezmaron a los soldados, pero ahí estaba el destacamento heroico sin permitir que el enemigo penetrara al corazón del Sur del Perú.

Mientras tanto, se habían realizado las acciones adversas de la campaña del Sur con el epílogo sangriento y glorioso del Alto de la Alianza y de Arica. El destacamento del Valle de Tambo inmovilizado no pudo socorrer al heroico Bolognesi, porque no se formó el tercer escalonamiento defensivo que pudo salvar a los espartanos defensores de Arica. Moquegua, Tacna, Arica y Tarapacá cayeron en po-

der del enemigo que no creyó atacar Arequipa sino que inició la campaña del centro, desembarcando al sur de Lima.

Fue así como el "Batallón Libres del Cuzco", en el que tuvo mi padre el honor de obtener el grado de Teniente, junto con otros soldados contribuyó a la defensa de la integridad de los departamentos del Sur, sin permitir que la planta del invasor llegara a hollar nuestra sagrada tierra del Cuzco.

Después, esas legiones de cuzqueños fueron obligados a realizar la terrible marcha desde el Valle de Tambo, pasando por Arequipa y Cuzco hasta Ayacucho, para formar la División Secada que reconocía la autoridad de Piérola, y donde mi padre ascendió a la clase de Capitán. Posteriormente, la lucha de Cáceres y Piérola tuvo como epílogo una sangrante acción fratricida en Acuchimay, donde los efectivos de Piérola fueron diezmados. Cáceres quiso llevar consigo a mi padre a la campaña de Huamachuco, pero había corrido inútilmente sangre de peruanos en una lucha infecunda y una terrible decepción se había apoderado del espíritu de los pocos universitarios sobrevivientes que se alistaron con la ilusión de luchar contra el enemigo, para defender el honor nacional y la sagrada integridad de nuestro territorio.

Mi padre con esta terrible decepción del destino, regresó al Cuzco con sus ideales truncados, pero del examen de su propia conciencia, de ese soliloquio profundo consigo mismo surgió la revelación de su propio destino: surgió la vocación de maestro con la disciplina del militar veterano.

En 1883 fue nombrado, Catedrático de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas por fallecimiento del ilustre Catedrático Dr. Nicanor Cano, y al mismo tiempo, ejerció la docencia de Colegios Particulares como el del "Corazón de Jesús" dirigido por el gran educacionista cuzqueño Canónigo Dn. Eugenio Oré y en el "Liceo de San Luis Gonzaga" dirigido por ese esclarecido varón que se llamó Dn. Fernando Pacheco. Pero no sólo fue la docencia su preocupación cotidiana, fue también su afán por la cultura humanística y en este sentido fue miembro y colaborador de numerosas instituciones educacionales, literarias y científicas, entre las que es conveniente mencionar la fundación que hiciera en 1882 de la "Sociedad de Ensayos Científicos" en la que participaron cuzqueños ilustres como: Guillermo Alvarez, Ramón Chaparro, Romualdo Aguilar, Manuel D. Luna, Guillermo Tapia, Apolinar Canal, Augusto Luna, Pablo de La Torre, Manuel Domingo Pagaza, Gaspar Coello, Isaac Tejeira, Manuel Jaugui, Isaac Pilares, los Zárate, etc... Toda esta actividad contribuyó a la elevación del nivel cultural del Cuzco hasta el año de 1883 en que se trasladó a Lima a proseguir sus estudios en la Universidad Mayor de San Marcos.

En Lima, sus actividades estuvieron dedicadas al estudio y a la enseñanza; como tal, participó en instituciones como la "Sociedad Amantes de la Ciencia", fue fundador del "Instituto del Callao", hoy Instituto Sabogal y profesor de diversos planteles de educación.

Su fe demócrata lo hizo alistarse en las filas de la Coalición Nacional bajo las banderas del gran caudillo Dn. Nicolás de Piérola y contribuyó con su esfuerzo a las grandes jornadas de la toma de Lima y de la implantación de un régimen civil en el Perú.

Nombrado Director del Colegio Nacional de "La Libertad" de Moquegua, desde que inició su gestión en 1896 hasta 1901, convirtió ese centro de educación en un verdadero crisol formativo de una generación que ha desempeñado los más altos cargos públicos. Su carácter altivo y su sentido patriótico, lo obligaron a dejar esa dirección aceptando el cargo de Inspector de Instrucción en Locumba para mantener en esa tierra heroica el sentimiento patriótico frente a la política de chilenización que, con crueldad, inició Chile desde 1884, para no cumplir las estipulaciones del Tratado de Ancón.

Con mucha razón en la Memoria que leyó en la solemne repartición de premios y clausura escolar de la Escuela Oficial N^o 1 de Varones de Locumba en 1903, afirmaba lo siguiente: "Aunque la aceptación de este cargo me hicieron retroceder aparentemente en mi carrera de la enseñanza desempeñada como Catedrático y profesor durante largos años y en diversos puntos de la República, me decidí a hacerlo alentado, entre otros motivos, por el deseo grande que tengo de contribuir en algo a fomentar la propaganda de la instrucción de primera enseñanza, robustecido por el concepto de la integridad territorial, lo cual con más intensidad que los demás pueblos del Perú está obligado a mantener la juventud estudiosa de este pedazo de suelo tacneño escapado de las llamas con que el invasor profanara su templo, en castigo de la defensa viril que sus pocos e inofensivos pobladores hicieron de su sagrado terruño. La juventud tacneña necesita ser fortalecida en su patriotismo desde que hay propaganda en sentido contrario que puede traspasar los límites de la línea trazada por el Tratado de Ancón".

Moquegua, la señorial ciudad de las viñas centenarias fue el lugar del romance amoroso de mi padre y ahí contrajo matrimonio. Su mayor deseo fue que sus hijos nacieran en el Cuzco y renunciando su puesto de vigía patriótico en el Sur, retornó a su tierra natal para establecerse definitivamente.

La enseñanza oficial le había dado el convencimiento de que no era posible modificar métodos y sistemas, mientras la intervención estatal, con sus planes y programas, entrábase la acción renovadora. Esta fue la razón para que surgiera en su mente el establecimiento de un Colegio de experimentación pedagógica. Y así fundó el "Colegio Americano" que funcionó desde 1904 hasta 1911 y en cuyas aulas se educó una pléyade de cuzqueños que han ocupado espectante situación y han llevado en su vida el recuerdo redivivo de su maestro, que no fue un simple trasmisor de conocimientos, sino un modelador de su carácter y de su personalidad. Por algo, mi padre exclamaba orgulloso: "los padres de familia me entregaron a sus hijos como una materia plástica y yo modelé su espíritu y su voluntad, haciendo hombres en la más elevada acepción del vocablo".

El Colegio Americano fue un ensayo pedagógico interesante y para ello basta recordar las finalidades que según su prospecto se perseguía y que eran los siguientes:

Cultivo de la Educación Física en forma de exámenes, ejercicios de flexibilidad, ejercicios militares y principalmente deportes. Por eso fue el primer Colegio cuzqueño que contó con un poderoso equipo de foot-ball.

Cultivo de la educación moral cívica y patriótica con explicaciones cotidianas, narraciones y escenificación de hechos heroicos y charlas acerca de los derechos y deberes del ciudadano.

Cultivo de la educación religiosa con el estudio de la Doctrina Cristiana, de la Historia Sagrada y de la Biblia y la práctica de las actividades del Culto.

Cultivo de la Urbanidad e Higiene, con la imposición de hábitos y de buenas costumbres.

Fué un colegio en que se cobraban pensiones convencionales según la capacidad económica de las familias para estimular casi la gratuidad de la enseñanza para los estudiantes pobres.

Se patrocinó el estudio mental y la auto-disciplina de los alumnos; se innovaron los sistemas de certificados periódicos de aprovechamiento, comportamiento y asistencia; revista de aseo, horario de clases y sistemas de recreo; nuevo sistema de promedios; no exigencia de textos sino como medios auxiliares de aprendizaje, nuevo sistema de exámenes y régimen vacacional vigilado.

Por eso se consideraron como fines primordiales del Colegio los siguientes:

La **instrucción sólida** como preparación para la vida sin descuidar la instrucción intensiva para formar el carácter del niño.

La **subordinación** sin confundirla con la denigrante humillación.

La actividad sin fatiga y la perseverancia con **esfuerzo voluntario** en el trabajo metódico.

La puntualidad espontánea y el orden como hábito. El amaneramiento sin afectación y el aseo constante. Y como medidas represivas, castigos severos a la desobediencia, la mentira, el hurto, la ociosidad, la deshonestidad, los insultos, las provocaciones y la murmuración. La represión del egoísmo, de la envidia y de quienes se dedican a poner apodosos o dañar el local, los enseres y los útiles escolares.

Basta mencionar que en ese colegio particular surgieron notables personalidades tales como: Uriel García, César Antonio Ugarte, Federico y Francisco Ponce de León, Francisco González Gamarra, los Olazo, los Lomellini, Roberto Garmendia, Alejandro Velasco Astete, Juan Parra del Riego, Leandro Pareja, Bernardino y Humberto Vallenas, Luis Velasco Aragón, José Ignacio Ferro, Sócrates Miranda, Roberto Frisancho, Ricardo Campana, Alfredo Yépez Miranda y otros muchos.

La dedicación casi monástica a su colegio no lo hizo apartarse de sus deberes cívicos y cuantas veces fue precisa su acción y su esfuerzo en defensa de los sagrados intereses del Cuzco, ahí estuvo mi padre, en la tribuna, en el meeting, en la acción masculina, en la pro-

testa justa, en la rebeldía constructiva. Eran los tiempos en que la María Angola, vibraba a somatén con sonoridad masculina.

En 1908 mi padre fue elegido Alcalde del Cuzco, no por la decisión del Gobierno, sino por la acción popular en el ejercicio de la libre determinación de la autonomía local y como a tal, le cupo el insigne honor de recibir a nombre del pueblo del Cuzco, el ferrocarril de Arequipa a nuestra tierra. En su discurso de inauguración, frente a una enorme multitud que vitoreaba la llegada crepitante del primer tren, mi padre hizo ver la trascendencia que representaba ese acto simbólico para nuestra tierra. Una vía férrea amplia y poderosa unía el destino de la Capital de los Incas con el resto del mundo, destruyendo por siempre el enclaustramiento en que vivió el Cuzco durante varios siglos.

A raíz del conflicto universitario de 1910, cuyas proyecciones fueron de trascendencia americana, y en el que olvidando los extravíos extremistas de la juventud, hay que reconocer que fue un movimiento reformador de métodos y sistemas arcaicos, mi padre formó parte del cuerpo de catedráticos de esa época integrado por nuevos valores que inyectaron nueva vida a los claustros antonianos. Bajo la dirección del Dr. Guiesecke enviado especialmente para solucionar el problema universitario del Cuzco, se agruparon figuras de la talla de Antonio Lorena, Fortunato Herrera, Francisco Sivirichi, Eusebio Corasao, José Gabriel Cosío y otros que imprimieron un nuevo sentido de vida a nuestra centenaria Universidad; ese sentido de vida con afán progresista que ha seguido hasta nuestros días y de cuya elevación espiritual es una prueba, la generosidad de este homenaje. En esta Universidad, Francisco Sivirichi se esforzó por dar contenido científico a sus diversas asignaturas de Geología, por dar contenido científico a sus diversas asignaturas de Geología, Paleontología, Mineralogía, etc. Ocupó varias veces el Decanato de la Facultad de Ciencias Naturales y en diversas oportunidades, tuvo el privilegio de desempeñar en forma interina el Rectorado de nuestra gloriosa Universidad.

En 1912 fue miembro fundador del Centro Geográfico del Cuzco, institución filial de la Sociedad Geográfica de Lima.

Paralelamente a la Cátedra Universitaria, desempeñó las asignaturas de Matemáticas en el Colegio Nacional de Ciencias; Colegio al que prestara sus servicios primero, desde 1882 a 1887 y después de 1916 hasta 1925 en que fue promovido al cargo de Director. Posteriormente, desempeñó, la Dirección del Colegio de San Ramón de Ayacucho y jubilado ya, con más de 45 años dedicados a la Enseñanza, desempeñó el cargo de Delegado de la Universidad del Cuzco ante el Consejo Nacional de Enseñanza Universitaria, sin perjuicio de convertir su propio hogar en escuela de primeras letras para niños pobres.

Una de las tantas facetas de su vida docente fue la publicación periódica de textos escolares, para instrucción primaria. Textos brevísimos de los más indispensables conocimientos elementales de Geografía, Historia, Lecciones de Cosas, Geometría y Educación Moral y Cívica, aparte de un Silabario. En el orden universitario ha publicado trabajos de investigación, conferencias y artículos que de-

restran su vasta ilustración y sus amplios conocimientos humanísticos.

La docencia no entrabó su actitud cívica, fue miembro prominente del Partido Demócrata, compañero inseparable de ese caudillo que se llamó Juan Pablo Tresierra y cuya muerte cambió los despos del Cuzco; formó parte de la redacción de "El País" donde publicó numerosos artículos y posteriormente llegó a ocupar hasta la presidencia de esa agrupación política en el Cuzco. Desempeñó cargos públicos de toda clase y en la Municipalidad, Sociedad de Beneficencia, Juntas Departamentales, Patronato de la Raza Indígena, Prefectura del Departamento y otras actividades, dejó siempre la huella imperecedera de su honestidad, de su honradez y de su rectitud, se han hecho verdadera escuela de civismo y el mejor patrimonio que nos ha legado a sus hijos.

He aquí en síntesis la obra y vida de Francisco Sivirichi que, por justicia, ocupa un lugar preferente entre la pléyade magnífica de los maestros cuzqueños; de aquellos que convirtieron la enseñanza en un apostolado verdadero y que dejaron la huella luminosa de su paso como un ejemplo permanente para las nuevas generaciones.

No me toca enjuiciar su obra magnífica, pero puedo sintetizar su vida exaltando algunas de sus virtudes que la gratitud de sus discípulos y el tiempo han reconocido y consagrado.

Fue una voluntad puesta al servicio de la Patria.

Fue un padre de familia ejemplar.

Fue un carácter que consiguió formar una escuela de carácter.

Su rectitud y disciplina forjaron generaciones que han dado honor al Perú.

Poseyó en grado eminente la virtud de la generosidad.

Hizo de la altivez, de la rebeldía constructiva y de la hombría bien estandartes directrices de la juventud.

Fue un espíritu con profundo sentido de la vida, y de la amistad.

Sólo apasionó su vida, su hogar, la política con ideales definidos, la Democracia, la docencia y el bien público.

Fue en el orden espiritual, un místico y un católico verdadero.

Siempre normaron sus actos la armonía y el equilibrio que definen ser las principales virtudes del verdadero Maestro.

Fue símbolo de honradez y sobrellevó con heroísmo la pobreza. Su más grande pasión fue el Perú y su más grande preocupación y anhelo, el Cuzco.

DOS NOTAS:

BIBLIOGRAFICA

I NECROLOGICA

UN LIBRO DE ENRIQUE BARBOZA

Enrique Barboza, escritor peruano de gran talento y espíritu ávido de sensaciones, ha dado a la publicidad, últimamente, un substancioso é interesante libro de cerca de doscientas páginas, sobre sus impresiones de viaje por tierras de Italia que él visitó cuando estuvo al servicio del cargo de Agregado Cultural de la Embajada del Perú en aquel hermoso y fascinante país del Arte y la Literatura.

El libro es bello y encantador y a través de sus páginas nerviosas, sorprende ver un verdadero desfile de visiones luminosas, de evocaciones suntuosas, de impresiones personalísimas, de sugerencias llenas de plácido deleite ante la contemplación absorta de la Naturaleza ó el Arte.

En este libro sugerente, Barboza pone de manifiesto, una vez más, sus cualidades de gran escritor y de narrador ameno, cuya prosa que es vigorosa, está saturada no obstante, de armonías verbales de grata resonancia lírica y al mismo tiempo, de cierta plástica belleza, que enaltecen mayormente el pensamiento y la sensibilidad del escritor.

Hay trazos magistrales, sobre todo en las páginas dedicadas a describir con efusión amorosa, las emociones é impresiones del artista, ante la contemplación de la dulce Pietá de Miguel Angel, de la Madonna del Divino Amore, de la vieja Génova, Puerta de Dos Mundos, del fascinante misterio de Nápoles etc.

Véase ó si no, como muestra lo siguiente, escrito sobre Génova:

"La mañana es húmeda y neblinosa. La curiosidad nos despierta más temprano que de costumbre. Nuestro bravo piróscapo "Brasile", se acerca velozmente a la costa, con la ansiedad redoblada de un caballo de carrera al aproximarse a la meta..."

Al describir Piazza Navona, dice bellamente lo que sigue:

"Desde el Año Nuevo hasta la Epifanía, Piazza Navona es un cofre de alegría bulliciosa, un corazón de plata que resuena, un poema que la brisa y la lluvia saben de memoria. Cuando se desata la

torrasca, y los rayos y los relámpagos rasgan el terciopelo negro que cubre este pedazo de cielo oblongo, se abren violentamente los senderos siderales y los ángeles toman fotos de las fontanas y de la cúpula".

Une Barboza a su limpidez de concepción estética, henchida de bellas imágenes, en permanente germinación, admirables cualidades de observador conciso y sagaz que pinta con delectación, sus impresiones personales, su modo peculiar de ver las cosas y de sentir las como suele hacerlo el hombre que tiene una acentuada visualidad artística.

Libro de madurez mental y de depurado gusto literario, es este libro de Enrique Barboza, que además de escritor, es también filósofo y aventajado exponente de la Cultura Peruana.

Buen provecho saca el autor de su viaje a Europa y de su visita de peregrinaje de Arte a la bella Italia, que la vé y la estudia como Taine, con amorosa é inquieta delectación y fina perspicacia. De su cargo en la Diplomacia, saca fruto óptimo y abundante. Ojalá los Gobiernos tuviesen siempre el raro acierto de acreditar como Agregados Culturales en sus Embajadas, no a hombres disminuidos por su paupérrima mentalidad y cultura, sino a hombres de la elevada talla intelectual, del temperamento inquieto y de la inteligencia brillante de un Enrique Barboza, por ejemplo.

Mis parabienes, junto con un fortísimo apretón de manos, al escritor y amigo.

JULIO A. CHIRIBOGA

Lo conocí en Lima, cuando estalló hace años, uno de los más peligrosos conflictos estudiantiles ocurridos en el País. Actué con él allí es donde admiré de cerca el talento erguido, la firmeza de carácter y la sindéresis, buen juicio y mejor razonamiento de Julio A. Chiriboga, en quien reconocí a un verdadero, cabal y auténtico Maestro de calidad superior y de jerarquía calificada.

Hombre de temple y de decisiones definidas é irrevocables, no fué jamás partidario de las medias tintas, ni de los paños tibios. Su palabra era franca y rotunda y leal consigo mismo, no fue el hombre de las retractaciones que atenúan, ni de las rectificaciones bizantinas.

Su existencia, hasta agotarse lentamente, estuvo dedicada y consagrada como pocas, al apostolado de la enseñanza, que no conoció treguas, ni largos descansos, y su vida fue un edificante ejemplo de caballerosidad y de hombría de bien puesta al servicio de la Cultura y de la Patria. Chiriboga ha sido en el Perú y aún en la América, un paradigma de honestidad y de sacrificio por la defensa de un noble y bello Ideal.

Sea una paz suave y dulce sobre la tumba del esclarecido Maestro é ilustre Rector de la Universidad Nacional de Trujillo.

Luis Felipe Paredes.

EXPOSICION DEL LIBRO DEL CATEDRATICO CUZQUEÑO

Homenaje al CXXXV Aniversario de la Independencia Nacional.

Relación Alfabética por Autores de las Producciones de los Señores Catedráticos de la Universidad Nacional del Cuzco.

Aguilar, Rafael:

- Historia de América.— Libros primero y segundo.— 1927.
- El Libertador Simón Bolívar.— 1955.

Alencastre G., Andrés:

- Fonética, Semántica y Sintaxis del Quechua.— 1954.
- Lecciones de Quechua. 1950.
- Takiparwa.— 1955.
- Dramas y comedias del Ande.— 1955.

Arce Quiroz, Edmundo:

- Apuntes Sico pedagógicos.— 1951
- Takiparwa.— 1955.

Astete Abrill, M. Antonio:

- Krishnamurti. y Orientalismo Contemporáneo. 1939.
- Una Perspectiva en la Filosofía de Spengler.— 1955.
- Significado de la Educación en la Vida del Pueblo Peruano.— 1956.

Baca Mendoza, Oswaldo:

- Leyes Genéticas de los Elementos Químicos. —Nuevo sistema Periódico.— 1953.

Callo Cáceres, Antonio:

- Fundamentos de Contabilidad General. Primera Edición 1951.— Segunda Edición.— 1955.
- La Política Social.— 1956.

Callo Ortiz, José Gabriel:

- Manual de Metodologías Especiales.— 1942.
- Legislación Educacional del Perú.— 1948.

Cano, Julia Carrillo de:

- Educación Agropecuaria y sus Posibilidades para la Mujer.— 1952.

Castillo M., Daniel E.:

- La Enseñanza Secundaria y la Universidad.— 1935.
- Ciencia, Filosofía y Educación. 1944.

- La Educación y el Sexo.— 1943.
 —Sobre el Sentido de lo Universitario.— 1951.
 —Un Estudio Sobre la Conciencia y lo Extraconciente.— 1954.
- Cornejo Bouroncle, Jorge:**
 —La Confederación Perú-boliviana.— 1935.
 —Las Comunidades Indígenas.— 1935.
 —Por el Perú Incaico y Colonial. 1946.
 —Huakaipata.— 1946.
 —Micaela Bastidas.— 1948.
 —Doña Francisca Zubiaga de Gamarra, La Mariscal.— 1948.
 —Sangre Andina.— Diez Mujeres Cuzqueñas.— 1949.
 —Túpac Amaru.— 1949.
 —Introducción a la Geografía Económica General, de América y del Perú.— 1950.
 —Situación Económica de la Región del Cuzco.— 1952.
 —Bolívar en la Capital de los Incas.— 1954.
 —Titto Ccosñipa.— 1955.
 —Aguilar y Ubalde.— 1955.
 —Pumacacahua.— 1956.
- Cosío, José Gabriel:**
 —El Cuzco Prehistórico y Colonial.— 1918.
 —Cuzco: The Historical and Monumental City of Perú.
 —Fonetismo de la Lengua Quechua o Runasimi.
 —Apuntes para la Historia del Cuzco.
 —Cervantes y El Quijotismo Castellano para el Primer Año de Instrucción Media.
 —Castellano para el Segundo Año de Instrucción Media.
 —Castellano para el Tercer Año de Instrucción Media.
 —Castellano para el Cuarto Año de Instrucción Media.
- Castellano para el Quinto Año de Instrucción Media.
- Covarrubias C., J. Humberto:**
 —Higiene Escolar.— Curso Universitario.— 1954.
- Chávez Ballón, Manuel:**
 —Curso de Arqueología Peruana. 1949.
 —Intirraymi.— 1955.
- Chávez Chaparro, Jorge:**
 —Ensayo Zoogeográfico del Departamento del Cuzco.— Descripción de sus Principales Mamíferos. 1947.
 —Apuntes para una Ornitología Cuzqueña.
- Escobar Moscoso, Mario:**
 —Una Historia Cultural de la Educación en el Perú.— 1952.
- Flórez Ugarte, Hugo H.:**
 —Historia de la Cultura Peruana.
 —Lógica y Metodología.— 1950.
 —El Pensamiento.— 1950.
 —Metodología Pedagógica Especial de la Filosofía y Ciencias Sociales.— 1952.
 —La Filosofía en Oriente.— 1954.
- Frisancho, Julio C.:**
 —Introducción a las Ciencias Políticas y Jurídicas.— 1954.
- García, Uriel:**
 —El Arte Incaico en el Cuzco. 1911
 —La Ciudad de los Incas.— 1922.
 —El Nuevo Indio.
 —Paisajes Del Sudperú.
- Guerra, Lucas:**
 —"Concolorcorbo".— 1944.
- Guillén M., Víctor M.:**
 —La Reintegración de la Propiedad Comunal Indígena.— 1921.
- Heredia y Soto, Florencio Daniel:**
 —Informe Arqueológico de Kollke, Wairachina, Paucar-Cancha y Añas-Kcaca.— 1948.
- Herrera, Fortunato L.:**
 —Contribución a la Flora del Departamento del Cuzco.— 1921.

- Chloris Cuzcoensis.— 1924.
 —Estudios sobre la Flora del Departamento del Cuzco.— 1930. Tomo I.
 —Estudios sobre la Flora del Departamento del Cuzco.— 1933. Tomo II.
 —Machupicchu.— 1939.
 —Sinopsis de la Flora del Cuzco. Tomo I.— 1941.
- Holgado Valer, Enrique:**
 —Índice concordado de Ejecutorias Supremas 1912 — 1948 — 1949.
- Jara S., A. Antonio:**
 —Quispicanchis.— 1941.
- Kalafatovich, Carlos:**
 —Geología del Paleozoico Superior del Perú.— 1949.
- Kuon Cabello, Jorge:**
 —Deficiente alimentación en las pensiones de Estudiantes.— 1941.
 —Antibióticos.— 1955.
- Manrique E., Fernando:**
 —Trayectoria Filosófica del Tiempo.— 1950.
- Marín, Felipe:**
 —Observaciones Fenológicas sobre la vegetación de los alrededores del Cuzco.— 1953.
 —Botánica.— 1952.
 —Algunas sugerencias para la delimitación de los territorios fitogeográficos del Perú.— 1956.
- Marmanillo, Eduardo:**
 —Curso resumido de Topografía. 1954.
- Miranda Bernal, Julio:**
 —Ensayo de un Sistema para el Aprendizaje del Castellano en Educación Secundaria.— 1950.
- Morote Best, Efraín:**
 —El Drama tradicional en los cuadros de contenido de folklore.
 —Algunas de nuestras rimas infantiles.— 1949.
 —Elementos de Folklore.— 1950.
 —La Vivienda campesina de Sallag.— 1951.
 —El Degollador.— 1951.
- La Mula.— 1952.
 —Qarqacha.— 1953.
 —Dios, la Virgen y los Santos.— 1953.
 Escritura de las Lenguas Quechua y Aymara.— 1954.
 —El Dr. Ralph Steele Boggs y su Clasificación del folklore.— 1954.
 —Una rima infantil del Perú.— 1954.
 —El Corte de primeros cabellos. 1954.
 —Los estudios folklóricos peruanos en el último decenio.— 1954.
 —Introducción al estudio de la Gallina en el folklore de Venezuela.— 1954.
- Moscoso, Maximiliano:**
 —La Escuela Primaria en la Sierra.— 1940.
- Navarro del Aguila, Víctor:**
 —Las tribus del Anku Wollok.— 1930.
 —Educación Cívica.— 1942.
 —Folklore Nacional.— 1948.
- Núñez Anavitarte, Carlos:**
 —La Angustia de los Siglos.— 1938.
 —El Capitalismo.— 1945.
 —La explotación imperialista del petróleo en el Perú.— 1946.
 —Manual de procedimientos de exportación de lana oveja sucia.— 1944.
 —Síntesis de la Historia.— Tomo I. 1949.
 —Diccionario Analítico del Valor. 1952.
 —El problema de la realización del producto en la Economía Capitalista.— 1952.
 —Principios sistemáticos de Economía Industrial.— 1954.
 —Proposiciones básicas para el desarrollo económico del Perú.— 1955.
 —Teoría del desarrollo incásico.— 1955.
 —El Cacicazgo como supervivencia "Esclavista Patriarcal" en el seno de la Sociedad Colonial.— 1955.

- Guía para la recolección de material folklórico 1952.
- Áñez del Prado Tió, Gustavo:**
—Rendimiento en Matemática y italiano.— 1950.
—Estadística aplicada a la Educación.— 1952.
—Elaboración y Análisis Estadístico de la natalidad legítima e ilegítima en el Distrito del Cuzco.— 55.
—Tablas de mortalidad para la edad del Cuzco y de conmutación en algunos ejemplos de su aplicación.— 1956.
- Áñez del Prado, Oscar:**
—Exploración Arqueológica en que' (Urubamba).
—Chincheró.— 1949.
—El Khipu Moderno.—
—Aspecto Económico de Virú.— 51.
—La Vida y la Muerte en Chincheró.— 1952.
—Problemas Antropológicos del rea Andina.— 1953.
—Aspects of Andean Native Life.— 1955.
- Azabal, Leoncio:**
—Derecho Civil.— 1953.
- Bacheco, Cosme:**
—Las Industrias Peruanas en sus períodos de existencia han seguido a movimiento proporcional a la evolución de la vida social.— 1910.
- Balcio P., Gustavo H.:**
—Obligaciones.— Curso Universitario.— 1955.
- Bardó, Luis A.:**
—El Cuzco de la Era Megalítica. 29.
—La Metrópoli de los Incas.—1937
—Hacia una nueva clasificación de la Cerámica cuzqueña del Antio Perú.— 1938.
—Clasificación de la Cerámica cuzqueña, Epoca Incaica.— 1939.
- Parades, Luis Felipe:**
—Pequeños Ensayos.— 1953.
—Sensaciones de Viaje.— 1955.
- Pezo, Juvenal:**
—Notas para la Antropología del Cuzco.— 1945.
- Ponce de León, Francisco:**
—Al Servicio de los aborígenes peruanos.— 1946.
- Ponce de León, Federico:**
—Perú.— Exploración e incidentes de viaje en la tierra de los Incas, por E. George Squier.— (Traducción del Inglés).
—Cuzco, la ciudad del Sol.— 1935. (Traducción del Libro "El Perú" de G. Squier).
- Poso Flórez, Arturo del:**
—Lecciones de Botánica.— 1944.
—Un ensayo de Pedagogía Experimental.— 1951.
- Quevedo A., Sergio A.:**
—Los Antiguos pobladores del Cuzco.— 1942.
—La Tele-Radiografía en el Estudio de las Deformaciones Craneanas.— 1946.
—Crecimiento y Alimentación de los Aborígenes de Anta.— 1949.
- Rivero, Roberto:**
—Derecho del Trabajo y Legislación Social.— 1946.
—Programa Razonado de Economía Agraria.— 1954.
- Rojas Díaz, Benjamín:**
—Incorporación del Indio a la Vida Civilizada.— 1939.
- Rowe, John H.:**
—Movimiento Nacional Inca del Siglo XVIII.— 1955.
- Salas Rodríguez, Juvenal:**
—Química Inorgánica.— Curso Universitario.— 1954.
—El Astragalus Garbancillo, Cav. 1941.
- Salas Rodríguez, Wilbert:**
—Los Principios Filosóficos de la Nueva Educación.— 1947.

- Principios Fundamentales de la Metodología Pedagógica.— 1951.
- Dos Maestros Cuzqueños.— 1954
- El Segundo Congreso Interiberoamericano de Educación.— 1954.
- El Plan de Maestros Asociados.
- Medio Siglo de Nueva Educación.—
- Santisteban Ochoa, Julián:**
- Túpac Amaru II.— 1942.
- Los Cronistas del Perú.— 1946.
- Tamayo P., Agustín:**
- Economía Política.— Curso Universitario.— 1953.
- Tapia Olarte, Eulogio:**
- Cinco Grandes escritores cuzqueños en la Literatura Peruana.— 1946.
- Valcárcel, Luis E.:**
- De la Vida Incaica.— 1925.
- Mirador Indio.— 1941.
- Historia de la Cultura Antigua del Perú.— Tomo I. 1943; Vol. II.— 1949.
- El conocimiento científico de los pueblos del Perú, 1953.
- Vargas, César:**
- Las Especies de Viola del Departamento del Cuzco.
- La Herencia en Biología.— 1936.
- El Solanum Tuberosum.— 1936.
- The Ornamental Flora of the Rocky Cliffs of Sajsaihuamán, Cuzco, Perú.— 1942.
- Nuevas Especies de Papas Silvestres del Perú.— 1943.
- La Flora de la región descubierta por la expedición de "The Viking Fund".— 1943.
- Revisión analítica de algunos géneros de la Flora del Cuzco. 1944.
- La Flora Xerofita del Apurímac Medio.— 1949.
- Las Papas Sudperuanas.— Parte I.— 1946.
- Diez Años al servicio de la Botánica en la Universidad del Cuzco.— 1946.
- Las Papas Sudperuanas, Segunda Parte.— 1954.
- Especies Nuevas o Críticas de la Flora del Perú.— 1954.
- Velasco Astete, Domingo:**
- El Arte y sus manifestaciones en el Perú, Pre-Colombino.— 1938.
- Programa Razonado de Historia General del Arte.— 1947.
- Velazco Aragón, Luis:**
- "La Verdad sobre el Fango".— 1923.
- Vidal Unda, Humberto:**
- Guía del Cuzco para Turistas.— 1934.
- Hacia un Nuevo Arte Peruano. 1938.
- Hacia una Filosofía Americana. 1952.
- Lógica y Ética.— 1944.
- Moral y Metafísica.
- Villanueva Urteaga, Horacio:**
- Cajamarca Prehispánica y Colonial.— 1944.
- Villasante Ortiz, Segundo:**
- Historia de la Enseñanza de las Ciencias Biológicas.— 1953.
- Vizcarra Rozas, Abraham:**
- Bosquejo del proceso de la Música en el Perú.— 1940.
- Vizcarra, Julio A.:**
- La Ley Penal y el Indio.
- Yépez Miranda, Alfredo:**
- La Novela Indigenista.— 1935
- Signos del Cuzco.— 1946.
- Camino del Mestizo.— 1947.
- Zamalloa, Rodolfo:**
- El Costo de Vida y la Legislación Peruana.— 1950.
- Hacia la Reforma de la Legislación del Registro Fiscal de Ventas a Plazos.— 1956.
- Yépez La Rosa, Rafael:**
- Catálogo General de la Biblioteca Moderna de la Universidad.— 1940.

—Índice cronológico y alfabético de autores de la Revista Universitaria.— 1943.

Revistas de la Universidad:

- Revista Universitaria (Colección).
- Revista de Letras.
- Revista de Derecho.
- Revista de Pedagogía.

—Revista del Museo e Instituto Arqueológico.

—Revista de la Sección Arqueológica de la Universidad.

—Revista del Archivo Histórico.

—Boletín de la Sociedad Científica del Cuzco.

—Boletín del Centro Científico del Cuzco.

—Archivos Peruano del Folklore.

Cuzco, julio 27 de 1956.

**BALANCE GENERAL DE LAS CUENTAS DE LA TESORERIA DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CUZCO, CORRESPONDIENTE
AL AÑO ECONOMICO DE 1953.**

Cuzco, 9 de diciembre de 1954.

Señor Rector de la Universidad.

Of. N° 129.—

Elevo a su Despacho el BALANCE GENERAL DE LAS CUENTAS DE LA TESORERIA, correspondiente al ejercicio de 1953.

Se servirá Ud. darle el trámite correspondiente para la aprobación de las cuentas en 1ra. Instancia, a fin de remitir al Tribunal Mayor de Cuentas para su juzgamiento. Todos los comprobantes se encuentran a disposición de la Comisión encargada de revisarla.

Con esta oportunidad le expreso a Ud. las consideraciones de mi mayor estima personal.

Dios guarde a Ud.

Tesorería de la Universidad
Nacional del Cuzco
César A. Enríquez Cabrera
Tesorero.

I N G R E S O S:

Part.	1.— Caja.— Saldo del año anterior S/.	513,828.94
"	1.—Caja. Extor. del haber por error "	513,828.94
"	2.—Subvenciones Fiscales "	888,000.00
"	3.—Ley 7873 "	1,271,416.72
"	4.—Ley 10576 "	1,246,305.82
"	5.—Derechos Universitarios "	163,334.00
"	6.—Títulos "	17,315.00
"	7.—Arrendamientos "	7,256.90
"	8.—Museo "	4,792.00
"	9.—Intereses "	7,164.40
"	10.—Descuento de Montepío "	161,872.74
"	11.— Descuento del Seguro Social del Empleado . "	5,988.86
"	12.— Donaciones "	85,001.67
"	12a.—Donación Rokefeller "	5,992.76
"	13.—Transportes "	26,120.00
"	13a.—Excursiones "	5,000.00
"	14.—Ingresos imprevistos "	12,180.92
"	15.—Construc. del IV. Pab. de la Ciudad Univ. . "	735,747.58
"	16.—Dep. Esp. de Cesantía Jub. y Montepío . . "	444,056.03
	Van "	6'115.203.31

Vienna	"	6'115,203.31
Part. 17.—Sueldos.— (Reingreso)	"	5,484.95
" 15.—Bonificación del 25%. (Reingreso)	"	400.00
" 49.—Gastos extraordinarios.— (Reingreso)	"	1,526.65
" 51.—Dep. Esp. de Ces. Jub. y Montepío	"	137,410.03

TRANSFERENCIAS:

1.—Mobiliario.— Part. 36-7 S/.	3,910.00	
2.—Movilidad. Part. 37	11,000.00	
3.—Gastos Extraord. Part. 49	9,000.00	
4.—Sueldos. Part. 17	14,000.00	37,910.00

EGRESOS:

rt. 5.—Derechos Universitarios (Reparo)	S/.	10.00
17.—Sueldos	"	2'431,116.13
18.—Bonificación del 25%	"	160,035.54
19.—Bonificación por Tiempo de Servicios	"	167,789.25
20.—Bonificación por Familia Numerosa	"	11,576.66
21.—Pensión de Ces. Jub. y Montepío	"	112,436.91
22.—Dep. de Ces. Jub. y Montepío	"	49,435.63
23.—Dep. del Seguro Social del Empleado	"	17,966.90
24.—Útiles de escritorio	"	7,014.90
25.—Timbres	"	5,419.15
26.—Impresiones	"	8,957.50
27.—Comunicaciones	"	5,458.25
28.—Comedor Universitario	"	20,000.00
29.—Conservación de Locales	"	23,731.62
30.—Publicaciones	"	26,962.50
31.—Material de Enseñanza	"	69,744.25
32.—Excursiones	"	23,410.00
33.—Alumbrado	"	10,404.33
34.—Beca	"	3,000.00
35.—Biblioteca	"	20,530.47
36.—Mobiliario	"	14,941.35
37.—Movilidad	"	36,645.90
38.—Gastos de Representación	"	23,000.00
39.—Recepciones	"	3,040.25
40.—Bolsa de viaje	"	6,500.00
40a.—Construcción de un Invernadero	"	56.00
41.—Museo Arqueológico	"	1,566.00
42.—Tópico	"	853.00
43.—Subvención a la "FUC"	"	1,250.00
44.—Museo de Historia Natural	"	100.00
45.—Fomento deportivo	"	4,000.00

Van S/. 6'297,934.99 S/. 3'283,317.31

	Vienen	S/. 6'297,934.99	S/. 3'283,327.4
Part. 46.—Donativos a la Universidad			" 77,183.7
" 47.—Colegio de Aplicación			" 30,000.4
" 48.—Fomento de Investigación			" 5,823.6
" 49.—Gastos extraordinarios			" 89,621.8
" 50.—Construcción del IV Pabellón			" 147,884.8
" 51.—Dep. Esp. de Ces. Jub. y Montepío			" 513,828.9
" 1.—Caja Por error de asiento consignado en el Libro de Caja			"
		S/. 6'297,934.99	S/. 4'147,670.23
Saldo al 31 XII. 1953			" 2'150,264.76
		S/. 6'297,934.99	S/. 6'297,934.99

DESCOMPOSICION DE LOS SALDOS:

CUENTAS GENERALES:

1.—Fondos ordinarios	S/. 967,181.19	
2.—Donaciones	" 7,817.97	
3.—Donación Rokefeller	" 5,936.76	S/. 980,935.92

CUENTAS ESPECIALES:

4.—Construcción del IV Pabellón Ciud. Univ.	" 735,747.58	
5.—Dep. Esp. de Ces. Jub. y Montepío	" 433,581.26	" 1'169,328.84
		S/. 2'150,264.76

ILUSTRACION DEL SALDO DE LA CUENTA ESPECIAL, PART. Nº 16.— DEP. ESP. DE CES JUBILACION Y MONTEPIO:

Saldo del año anterior	S/. 378,875.00	
Ingresos de la Part. Nº 10	" 161,872.74	
Reingresos de la Part. Nº 51	" 153,155.31	
Egreso de la Part. Nº 21		S/. 112,436.91
Egresos de la Part. Nº 51		" 147,884.69
Saldo al 31 de Dic. de 1953		" 433,581.26
	S/. 693,903.05	S/. 693,903.05

Cuzco, 31 de Diciembre de 1953. Tesorería de la Universidad
 Vº Bº Nacional del Cuzco.
 Luis Felipe Paredes O. César A. Enríquez Cabrera
 Rector. Tesorero.

DEL BALANCE DE CAJA DE LA CUENTA GENERAL DE LA
 BERRIA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CUZCO,
 CORRESPONDIENTE AL AÑO 1953.

MAYORES INGRESOS:

-Ley 7873	S/.	571,416.72
-Ley 10376	"	296,305.82
-Títulos	"	6,315.00
-Museo	"	792.00
-Intereses	"	5,164.40
-Descuento de Montepío	"	11,399.54
-Ingresos Imprevistos	"	9,180.92
-Dep. Esp. de Ces. Jubil. y Montepío	"	433,581.26

CONOMIAS:

-Sueldos	"	45,849.58
-Bonificación del 25%	"	15,364.46
-Bonificación por Tiempo de Servicios	"	7,210.80
-Bonificación por Familia Numerosa	"	23.34
-Dep. Esp. de Ces. Jubil. y Montepío	"	31,037.37
-Dep. del Seguro Social del Empleado	"	1,337.27
-Útiles de Escritorio	"	1,985.10
-Impresiones	"	1,042.50
-Comunicaciones	"	541.75
-Publicaciones	"	3,037.20
-Material de Enseñanza	"	3,455.65
-Excursiones	"	1,500.00
-Alumbrado	"	2,595.62
-Biblioteca	"	9.53
-Mobiliario	"	1,858.15
-Movilidad	"	4,354.10
-Recepciones	"	1,999.74
-Bolsa de viaje	"	33,500.00
-Construcción Invernadero	"	5,936.76
-Museo Arqueológico	"	434.00
-Tópico	"	1,141.20
-Subvención a la "FUC"	"	5,342.00
-Museo de Historia Natural	"	2,400.00
-Donativos a la Universidad	"	7,817.97
-Fomento de Investigación	"	4,176.40
-Gastos Extraordinarios	"	480.85
-Construcción del IV. Pabellón Ciu. Univ.	"	735,747.58

INGRESOS:

-Derechos Universitarios	S/.	3,476.00	
-Arrendamientos	"	27,140.30	
-Descuento del Seguro Social del Empleado	"	445.03	
-Transportes	"	2,630.00	
Van	S/.	2'254,394.56	
		S/.	33,742.13

Vienen S/. 2'254.394.58 S/. 33,742.13

MAYORES GASTOS:

21.—Pensión de Ces. Jubil. y Montepío	"	42,436.91
25.—Timbres	"	33.16
29.—Conservación Locales	"	1,231.62
32.—Mayores Ingresos (Part. Adicional)	"	26,686.00

BALANCE:

Saldo al 31. 12. 53:		
Cuentas Generales S/.	980,935.32	" 2'150,264.73
Cuentas Especiales "	1'169,328.84	
TOTALES	S/.	2'254,394.58 S/.

RESUMEN DEL ANEXO:

Mayores ingresos S/.	920,238.92	
Economías "	1,334,155.66	S/.
		2'254,394.58
Menores ingresos S/.	33,742.13	S/.
Mayores gastos "	70,387.68	164,129.82

BALANCE:

Saldo al 31. 12. 53	"	2'150,264.76
SUMAS TOTALES	S/.	2'254,394.58 S/.

Cuzco, 31 de diciembre de 1953.

Tesorería de la Universidad
Nacional del Cuzco.
César A. Enríquez Cabrera

BALANCE GENERAL DE LA TESORERIA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CUZCO, CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1954.

Cuzco, 28 de Diciembre de 1955.

Rector de la Universidad.

113-A.—

Elevo a su Despacho el **BALANCE GENERAL DE LAS CUENTAS DE TESORERIA**, correspondiente al ejercicio de 1954.

Se servirá Ud. darle el trámite correspondiente para la aprobación de las cuentas en 1ra. Instancia, a fin de remitir al Tribunal Mayor de Cuentas para su juzgamiento. Todos los comprobantes se encuentran a disposición de la Comisión encargada de revisarla.

Con esta oportunidad le expreso a Ud. las consideraciones de mi máxima estima personal.

Dios guarde a Ud.

Tesorería de la Universidad
Nacional del Cuzco

César A. Enríquez Cabrera
Tesorero.

I N G R E S O S:

—Caja, Saldo al 31 de diciembre 1953	S/.	967.181.19
—Caja, Externo del Haber por error cometido	"	967.181.19
—Subvenciones Fiscales	"	888.000.00
—Ley 7873	"	951.212.54
—Ley 10 576	"	1.299.093.98
—Derechos Universitarios	"	167.760.00
—Títulos	"	16.640.00
—Arrendamientos	"	8.840.50
—Museo	"	4.288.00
—Descuento de Montepío	"	188.728.23
—Descuento del Seguro Social del Empleado	"	6.268.03
—Donaciones	"	9.881.57
—Donación Rockefeller	"	5.936.76
—Transportes	"	53.262.00
—Ingresos Imprevistos	"	22.437.94
—Construcción del IV Pabellón de la Ciu. Uni.	"	775.013.27
—Depósito Esp. de Cesantía, Jub. y Montepío	"	491.704.38
—Venta Faja Terrenos Universidad	"	89.099.40

Van S/. 6.912.528.98

Vienen S/. 6.912.528.98

REINGRESO:

Part. 53.—Depósito Esp. de Cesant., Jubil. y Mont. " 189.330.00

TRANSFERENCIAS:

Part. 20.—Bonificación por Familia Numerosa " 1.310.24
 " 23.—Útiles de Escritorio " 2.203.75
 " 21.—Timbres " 1.113.00
 " 28.—Conservación de Locales " 6.000.00
 " 29.—Publicaciones " 11.740.50
 " 30.—Materiales de Enseñanza " 13.973.00
 " 35.—Mobiliario " 22.500.00
 " 44.—Fomento Deportivo " 796.25
 " 46.—Bolsa de Viaje " 5.000.00

EGRESOS:

Part. 1.—Caja, por error de asiento en el libro de Caja S/. 967.181.19
 " 16.—Depósito Esp. de Cesantía, Jubilación y Mont " 19.778.05
 " 17.—Sueldos " 3.024.441.69
 " 14.—Bonificación del 25% " 156.204.59
 " 19.—Bonificación por Tiempo de Servicios " 228.650.87
 " 20.—Bonificación por Familia Numerosa " 12.789.64
 " 21.—Pensión de Cesantía, Jubilación y Montepío " 168.950.18
 " 22.—Depósito del Seguro Social del Empleado " 18.803.80
 " 23.—Útiles de Escritorio " 10.410.10
 " 24.—Timbres " 7.412.25
 " 25.—Impresiones " 9.859.31
 " 26.—Comunicaciones " 5.589.22
 " 27.—Comedor Universitario " 20.000.00
 " 28.—Conservación de Locales " 27.315.53
 " 29.—Publicaciones " 44.904.43
 " 30.—Materiales de Enseñanza " 50.120.60
 " 31.—Excursiones " 24.600.00
 " 32.—Alumbrado " 10.504.35
 " 33.—Beca " 3.000.00
 " 34.—Biblioteca " 25.225.99
 " 35.—Mobiliario " 38.343.69
 " 26.—Movilidad " 22.200.10
 " 37.—Gratificaciones " 51.416.40
 " 38.—Recepciones " 4.608.75
 " 39.—Construcción de un Invernadero " 3.957.41
 " 40.—Museo Arqueológico " 1.500.20
 " 41.—Tópico " 9.939.37

S/. 7.166.504.73 S/. 4.967.803.74

REVISTA UNIVERSITARIA

Vienen S/. 7.166.504.72 S/. 4.967.822.24

42.—Subvención a la F. U. G.	"	7.200.00
43.—Museo de Historia Natural	"	2.300.00
44.—Fomento deportivo	"	4.532.20
45.—Donativos a la Universidad	"	9.881.50
46.—Colegio de Aplicación	"	30.000.00
47.—Fomento de Investigación	"	5.312.87
48.—Bolsa de viaje	"	25.000.00
49.—Archivo Histórico	"	150.00
50.—Departamento de Extensión Cultural	"	9.605.10
51.—Gastos Extraordinarios	"	55.952.71
52.—Construcción del IV Pabellón de la Ciu Univ.	"	282.325.40
53.—Depósito Esp. de Cesantía, Jubil. y Montepío	"	189.330.00
54.—Venta Faja Terrenos Universidad	"	87.036.43

S/. 7.166.504.72 S/. 5.677.510.85

Saldo al 31 de diciembre de 1954 " 1.488.993.26

TOTALES S/. 7.166.504.72 S/. 7.166.504.72

DESCOMPOSICION DEL SALDO:

CUENTAS GENERALES:

1.—Fondos Ordinarios	S/.	500.559.39
2.—Construcción de un Invernadero "	"	1.979.35
3.—Venta Faja Terrenos Univer.	"	2.062.97S/.
		504.601.70

CUENTAS ESPECIALES:

1.—Construc. del IV Pabellón C. U. "	"	492.687.78
2.—Dep. Esp.: Cesan., Jub. y Mont. "	"	491.704.53
		984.392.16
		1.488.993.26

Cuzco, 31 de diciembre de 1954.

Tesorería de la Universidad
Nacional del Cuzco.

César A. Enríquez Cabrera
Tesorero.

ANEXO DEL BALANCE DE CAJA DE LAS CUENTAS DE LA TESORERIA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CUZCO, CORRESPONDIENTE AL AÑO 1954.

MAYORES INGRESOS:

Part. 3.—Ley 7873	S/.	31.212.54
" 4.—Ley 10576	"	299.093.98
" 5.—Derechos Universitarios	"	960.00
" 6.—Títulos	"	5.640.00
" 8.—Museo	"	288.00
" 13.—Transportes	"	14.262.00
" 14.—Ingresos Imprevistos	"	17.437.94

ECONOMIAS:

Part. 17.—Sueldos	"	55.407.60
" 19.—Bonificación por Tiempo de Servicios	"	4.613.13
" 20.—Bonificación por Familia Numerosa	"	120.60
" 21.—Pensión de Cesantía, Jubilación y Montepío	"	20.511.65
" 22.—Depósito del Seguro Social del Empleado	"	2.719.19
" 23.—Útiles de Escritorio	"	793.65
" 25.—Impresiones	"	2.140.69
" 26.—Comunicaciones	"	411.78
" 29.—Publicaciones	"	6.845.07
" 30.—Materiales de Enseñanza	"	32.652.40
" 31.—Excursiones	"	400.00
" 32.—Alumnado	"	2.405.15
" 35.—Mobiliario	"	1.656.40
" 36.—Movilidad	"	17.719.90
" 37.—Gratificaciones	"	1.800.00
" 38.—Recepciones	"	393.25
" 39.—Construcción de un Invernadero	"	1.979.35
" 40.—Museo Arqueológico	"	490.80
" 41.—Tópico	"	61.63
" 43.—Museo de Historia Natural	"	3.700.00
" 44.—Fomento Deportivo	"	264.00
" 45.—Donativos a la Universidad	"	22.40
" 47.—Fomento de Investigación	"	4.686.13
" 49.—Archivo Histórico	"	1.850.00
" 50.—Departamento de Extensión Cultural	"	394.20
" 51.—Gastos Extraordinarios	"	943.15
" 52.—Construcción del IV Pabellón Ciu. Univ.	"	492.687.78
" 53.—Depósito Esp. de Cesantía, Jub. y Montepío	"	548.740.31
" 54.—Venta Faja Terrenos Universidad	"	2.062.97

Van S/. 1.577.367.64

Vienen S/. 1.577.367.64

MENORES INGRESOS:

Part. 7.—Arrendamientos	S/.	7.372.50
" 9.—Descuento de Montepío	"	733.00
" 10.—Descuento del Seguro Social del Empleado	"	906.23
" 11.—Donaciones	"	22.40
" 16.—Depósito Esp. de Cesantía, Jub. y Montepío	"	76.813.58

MAYORES GASTOS:

Part. 18.—Bonificación del 25%	"	684.30
" 24.—Timbres	"	209.25
" 28.—Conservación de Locales	"	1.315.33
" 34.—Biblioteca	"	225.60

BALANCE:

Saldo al 31 de diciembre de 1954:

Cuentas Generales	S/.	504.601.70	
Cuentas Especiales	"	984.392.16	" 1.488.993.86

TOTALES: S/. 1.577.367.64 S/. 1.577.367.64

RESUMEN DEL ANEXO:

Mayores ingresos	S/.	368.894.40	
Economías	"	1.208.473.18	S/. 1.577.367.64 S/.
<hr/>			
Menores ingresos	S/.	85.848.41	
Mayores gastos	"	2.524.97	" 80.373.73

BALANCE:

Saldo al 31 de diciembre 1954. " 1.488.993.86

TOTALES: S/. 1.577.367.64 S/. 1.577.367.64

Tesorería de la Universidad
Nacional del Cuzco.

Cuzco, 31 de diciembre de 1954.

César A. Enríquez Cabrera
Tesorero.

NARCISO ARESTEGUI

EL PADRE HORAN

ESCENAS DE LA VIDA DEL CUZCO

TOMO III

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CUZCO

DEPARTAMENTO DE EXTENSION CULTURAL

CUZCO - PERU

1956

PARTE SEXTA

ASONADA

CAPITULO I

ANJELICA EN SU CHACRA

JELICA, vamos á montar en un burrito muy manso que está en el alfalfar... —decía Miguelito á su hermana, tirándola del brazo.

Vestida Anjélica con su traje azul, y con su pañuelito café prendido en el pecho, llevaba además un sombrero de la China, un poco inclinado sobre la oreja derecha. Sin cuidarse de las exigentes invitaciones de su hermano, parada con los codos sobre una mesa y apoyando en las palmas de sus manos su linda barba, prestaba toda su atención á la conversación de sus padres.

—A quien más compadezco es á la señora Brijida— decía Paulina á su esposo con semblante apesadumbrado— ¡Dios quiera que no le suceda ninguna desgracia! ¿Crees tú, Juan Bautista, que esta noche sonará la campanada grande?...

—Si suena, la oiremos. Nos hallamos á media legua de la Catedral y por la parte del Sur... La voz de esa campana se percibe hasta á cinco leguas de distancia.

—¡Dios mío!... Yo no quiero oírlo...

—Eso es fácil: te pondré sobre la cabeza un saco de maíz, y juro por San Crispulo...

—¡Todo se reduce á broma para tí!... —exclamó enojada Paulina; y mirando á sus hijos añadió— Luego que oscurezca el día, rezaremos una Corona... ¡Miguelito, me has oído? ... Los niños cuando rezan se parecen á los ángeles.

—Vamos, Jélica... Vamos pronto.

—¡Muchacho!... ¿no me has oído?

—Sí, mamá... Jélica, vamos...

—¿Dónde quieres llevar á tu hermana?— preguntó Juan Bautista á su hijo...

—Quiero que vayamos á montar en un burro— dijo Anjélica, sonriéndose al notar la impaciencia de Miguel.

—No señor... no quiero —exclamó Paulina— De repente hay un temblor... ¡Dios mío!...

—¡Eh!— replicó su esposo —déjalos que vayan á gozar un rato del impo. Todo el día de ayer los has tenido de plantones...

—¡Bueno!— dijo Paulina con suacostumbrado tono enfático— si le sucede alguna desgracia, tú me las entregarás!...

—No tengas cuidado... —repuso Juan Bautista con aire zumbon.

—¡Sí!... ¡sí!... —contestaron Anjélica y Miguel, que asidos de las anas corrían por una senda tapizada de césped, como dos cabritos rezones.

Bien pronto llegaron a un cercado irregular y de poca extensión; el terreno estaba cubierto de un brote de alfalfa, que brillaba como una esmeralda con el reflejo del sol, que entonces tocaba en su cenit.

—¡Si huyó!... ¡y tú tienes la culpa! —exclamó Miguel con amargura, no viendo ya al borrico, que momentos antes había introducido en el cercado...

—Era de nuestro padre

—No... pero voy á buscarlo —dijo Miguel desapareciendo como un rengo.

Anjélica se sentó sobre el cerco de piedras. La feraz naturaleza se prestaba en toda su magnificencia ante sus contemplativas miradas.

Extendíanse hasta las puertas del Cuzco cuadros de variadas dimensiones, que ostentaban las mieses en brote; los terrenos que acababan de rberchar; los que iban recibiendo las semillas de las manos del agricultor y los árboles que circundaban estos cuadros cambiaban sus secas hojas con las verdes y frescas; los cerros se vestían de menuda yerba y levantábanse sobre sus plés hermosas casas blancas con sus tejados rojo, ombreadas por auces, mos y manzanos, y cuyos soberbios corredores de piedra estaban adornados de exquisitas flores.

Estos diferentes objetos reverberaban con los rayos perpendiculares del espléndido sol. Ni los arbustos, ni los árboles que matizaban la campiña agitaban sus ramas; quietas estaban hasta sus hojas, prestando grata sombra a los soñolientos pajarillos.

Distinguía también Anjélica las torres del centro de la ciudad, gigantescas, aisladas, cuyas cúspides parecían perderse en el azul del cielo; y las iglesias parroquiales, situadas en las faldas de los cerros inmediato y rodeadas de un bosque de casas, que se presentaban como otras tantas mansiones blancas, verdes y cenicientas. La de San Cristóbal, colocada en mayor altura que las otras, se asemejaba a una manda de corderos que descendían por el pendiente de un escarpado cerro.

En medio de ese hacinamiento de templos, casas, jardines y huertos, destacaba como un rubí la media naranja de la Compañía de los jesuitas.

A un tiro de fusil, y a la derecha de Anjélica, se veía la alhaja de los Reyes Franciscos, su recoleta; y algo más lejos, a su izquierda, la aislada y rica de pólvora pintada de blanco, y situada en el centro de una verdaderamente hermosa llanura.

Extasiábase Anjélica, admirando aquel grandioso escenario, amurallado por colosales cordilleras, hasta que los ardores del sol la obligaron a re-

clinarse junto a un arroyo, cuyas cristalinas aguas se extendían sobre una alfombra de musgo.

Poco después sopló una fresca brisa. Algunas blancas nubes ocultaron el sol; y los cabellos de la joven se agitaban como las hojas de los árboles cercanos. Las plantas empezaron á embalsamar la atmósfera con sus suaves aromas.

En fin se presentó Miguelito caballero en un asno, gritando a su hermana para que subiera a la grupa.

Anjélica sujetó su sombrero con el barboquejo de cinta color paja que lo adornaba, formando con ella un vistoso lazo sobre su mejilla izquierda.

—Párate sobre el cerco— le dijo Miguel, encaminándose en su burro al paraje que indicaba.

—¿Y si me caigo?... —repuso Anjélica ejecutando el mandato de su hermano.

—No... te agarrarás de mi cintura... No tengas miedo, hermanita.

Anjélica se sentó en las ancas del borrico y circundó con su brazo derecho la cintura de Miguel.

—¿Ya está?...

—Sí... ¡no apures mucho al burro, hermanito!...

Yo no alcanzo de aquí... dale un talonazo en los ijares...

Anjélica obedeció: el burro dió un brinco, que hizo bambolear á ambos jinetes, y empezó a caminar con lentitud.

—Miguel... ¡si brinca otra vez!...

—No seas cobarde... ¡Me vieras á mi montar en los toritos!... ¡eso sí que es bueno!... ¡cuando salen haciendo zetas!... ¡ay vial!...

Y por ser tan valiente recibiste un golpe ahora días...

—Desde entonces... creo que tengo un poco de miedo... Y ¡no sabes hermanita!...

—Sí... pero no apures mucho.

—Después de comer te llevaré a los nidos de las cuculles y de los jilgueritos...

—Bueno...

—Pillaremos una, para compañera de la que te di...

—¡Ay!... ya se llevaron mi tortolita, Miguel.

—Yo te daré otra... pero tú me mandarás pelotas: las que me compraste ya no sirven.

—Sí... no apures mucho... ¿Y dónde vamos?

—Sí... no apures mucho... ¿Y dónde vamos?

—A casa.

—Creo que no venimos por aquí.

—Vamos á dar una vuelta; no te llevaré lejos... Hermanita, quisiera que no te fueras de la chacra... ¡Qué lindas palomitas cazariamos en mis trampas!...

—¿Y qué trampas son esas?

—¿No sabes?

—No...

—Se abre un agujero en el suelo: se pone un poco de maíz ó trigo: se pone un palito: se para un ladrillo pesado, sosteniendo con otro palito, que se apoya en el que está cruzado: pisa la cuculí en el palito para comer el trigo, y ¡tract! se tapa la cuculí con el ladrillo...

—¿Y después?

—Después se saca la cucullí y se la come uno.

—Bueno está eso... ¿Y qué más hiciéramos, hermanito?...

—Ahora que es tiempo de hielos...

—Si...

—Pusiéramos en el techo de casa, unos platos con leche y azúcar... y a mañana... ¡qué cosa tan rica! —exclamó Miguel saboreándose y dandose talonazos al burro.

—No apures, hermanito...

—Eso se llama Cutuchi.

—Así pasáramos la vida, yo sin coser y tú sin estudiar... ¿Estuvieras contento, hermanito?...

—¿Y tú?...

—Yo no...

—Yo tampoco.

—¿Y entonces?...

—Tendríamos nuestras horas de paseo y nuestras horas de estudio, Anita...

Conversando con tan pueril candor, pero con gran entusiasmo, Anjélica Miguel se presentaron en la puerta de la casa.

Componíase esta del cuarto que ya conocemos, y de otro más pequeño, una habitación de Miguelito y de un indio que hacía veces de mayordomo de labrador y de ayo del niño.

El costado derecho de la casa era un pajar, en el que se veían todavía los restos de chala (hojas secas del maíz); en el izquierdo una pequeña plaza, servía de corral para el poco ganado vacuno de Juan Bautista.

Un sauce joven y un álamo secular á los extremos del frente de la casa cubrían toda su alameda; todo su jardín: pero ni alamedas ni jardines necesitaban un edificio a cuyo pié se extendía una campiña siempre verde, y que parecía de una casi perpétua primavera.

—¡Ya están aquí los viajeros de Egipto!— exclamó Paulina contemplando con alborozo á sus dos hijos —María en su burrito con su niño Jesús...

—Yo seré San José— añadió Juan Bautista dando la mano á Anjélica —que se apeara —¿Cómo te ha ido en tu paseo, hija mía?...

—Perfectamente papá.

—Este pícaro se había ido... pero, yo le pillé... —dijo Miguelito palmeando en la anca al jumento.

—¿Qué te parece esta campiña tan hermosa?... —preguntó Juan Bautista á su hija— ¡Oh!... esas Quintas son deliciosas... amenos sus jardines; elevados montes, cubiertos unos de perenne nieve, con sus escarpadas laderas plateadas; otros vestidos de un verde ropaje, con sus arbustos y sus sauces, con sus manantiales y sus canales, abiertos, ora por las avenidas, ora por las manos del agricultor... ¡oh! son encantadores, y más cuando se ven pastar las faldas de vacas y corderos.

Anjélica contemplaba otra vez con religioso asombro los cerros, que ella le señalaba con el brazo extendido, desde el umbral de la puerta en donde permanecía parado.

—¡La Sierra!— continuó Juan Bautista con entusiasmo —¡Oh! la sierra es bella, cuando el día empieza á derramar su hermosa lumbre, cuando los ramales y las sementeras están todavía húmedas de rocío, cuando en las

fuentes y los arroyos brilla la blanca escarcha; es majestuosa cuando el sol llega á la mitad de su carrera y se ven á lo lejos, como ahora, las torres de la ciudad, y resplandece la campiña con verdor de mil clases: es sublime, al ocultarse el sol, cuando las montañas se presenta á la vista con cimas de oro... Un momento después, parece que los cerros hubiesen crecido: las quebradas son á nuestros ojos más profundas, los campos sembrados varían de color, y el viento sopla con mayor libertad y con más ruido, haciéndonos sentir la fragancia de las flores y de los arbustos.

—¡Muchacho!... ¡Miguelito! —gritó Paulina á su hijo, que hacía saltar al burro el cerco del corral!— ¡Ese muchacho se va á hacer un daño!... llámalo Juan Bautista...

—¡Eh!... ¡déjalo!... Tú, Anjélica, ¿no quisieras vivir aquí?... ¿no te agrada el campo?

—Mucho, padre mío.

—Aquí se trabaja pero se goza de la vida...

—A mí no me agrada —dijo Paulina— ¡tan lejos para ir á oír una misa!

—La Recoleta está muy cerca...

—Mientras que una vá, se queda sin misa. Yo no estoy para andar leguas...

—El ejercicio trae consigo salud... Mi robustez, ¿á qué la debo? A mis caminatas de una legua todos los días, por espacio de ocho años que trabajo en esta chacra.

—¿Y en estos cuartitos?... viviríamos como conejos... no hay dónde dar una vuelta...

—Para dar vueltas, tienes todo el campo.

—No son esas las vueltas que yo quiero.

—Como la chacra que tenemos, no es sino una parte de la hacienda inmediata, no merece una casería mejor... ¡oh!... es poco también lo que produce. Sin embargo, yo hubiera fabricado un bonito corredor y algunas viviendas más, con su patio y su puerta de calle; pero como el dueño no abona mejoras...

—¿Qué cuitado será é!— exclamó Paulina.

—Así consta de la escritura... ¡paciencia! Ellos mismos, cuando se cae alguna pared de sus haciendas, en todo piensan menos en levantarla.

—Si yo tuvies una hacienda... la pondría como un diamante.

—Todo el que no tiene con qué, piensa como tú, querida Paulina.

—¡Ya viene taita Pablo!— gritó Miguelito.

—¡Ay!... ¡cómo estará el Cuzco! —murmuró Paulina— ¡Si sonará esta noche la campanada?... ¡Y á mi hija que le tocaba ir á confesarse hoy!... ¡Cuánto siento el que no haya podido hacerlo!... ¡que habrá dicho el Padre!...

Al anuncio de Miguel, Anjélica corrió, en alcance de la mudita; pues Pablo, á instancias de Anjélica, había ido al Cuzco, con solo el objeto de traerla.

Pablo era un indio grave de 50 ó más años. Seguíanlo Anjélica y Pascualita, que se sonreían de gozo al verse, después de un día de ausencia.

CAPITULO II

EL ENCIERRO

La tarde misma en que Anjélica aspiraba el embalsamado ambiente del po, ya conversando inocentemente con su hermanito, ya escuchando las isiasmadas palabras de su padre, ya en fin, oprimiendo con júbilo la male Pascualita: privado hasta de respirar el aire de la población, pasaba las rgas horas un hombre á quien habian encerrado en un oscuro cuarto del ento de San Francisco.

Este hombre era don Tadeo.

En uno de los ángulos de la lóbrega estancia, estaba el prestamista sen- sobre una estrecha cama, tendida en el húmedo suelo: las paredes y el o, sucios y poblados de telarañas, le recordaban con horror su dormito- el aire craso, las altas ventanas y la puerta, perfectamente cerradas, y sta de algunos adobes tirados aquí y allí aumentaban su angustia.

Uno de aquellos adobes servia de silla á Simeón.

Ambos amigos guardaban un profundo silencio; y se contemplaban uno o.

—Pintábanse en sus pálidos rostros— la venganza y la forzada resigna- el remordimiento y el despecho; el deseo de castigar y el vehemente an- de libertarse.

Magros ambos, con las barbas canas, las cejas arrugadas, los ojos hun- ; al parecer imposibles, pero ajitados de encontrados deseos, Simeón y estamista no cesaban de observarse.

El uno veía morir lentamente á su víctima; el otro, aparentemente crme con su repentina prisión, pretendía aplaca rese cruel rencor con as é infructuosos ruegos.

Simeón, que tantas veces había deseado ir á reunirse con sus objetos dos: que voluntariamente se había entregado á una vida de pura expia- para lograr así el perdón de un momento de frenético despecho; hoy do en olvido la memoria de 34 años de padecimientos, ansiaba vivir o- nto, para gozarse, para recrearse en los tormentos de don Tadeo.

Su fatal pasión le había sujerido la atroz idea, de ir menguando por s el alimento que diariamente suministraba á su antiguo amigo.

Las continuas visitas que le hacía con sólo el objeto de repetirle sus s, habían reducido á don Tadeo al miserable estado de soportar la pre- de su verdugo con estúpida tranquilidad. Sus frecuentes actos de bár- hostilidad, apenas le habían permitido desplegar los labios para gustrar ego, en vez de contestar á las preguntas de Simeón, que oprimían su y desgarraban sus entrañas.

No había escuchado las consoladoras palabras: serás libre dentro de tiempo. Un porvenir sombrío y manchado de sangre era todo lo que abraba; y en medio de su desesperación sólo le quedaba el muy triste ; de que, agotadas sus fuerzas, pronto la muerte sería su descanso.

Sin embargo, como todos los que se hallan privados de la libertad, al- vez un horizonte azul hería sus ojos, acostumbrados ya á las tinieblas, lestrozado corazón se abría de nuevo á la esperanza.

No era este sino un consuelo pasajero, dudoso; pero endulzaba sus horas de infierno lentas, interminables horas que se sucedían unas á otras con monotonía insoportable, en las que únicamente le era permitido escuchar la voz de su juez, de su verdugo, que no cesaba de repetirle su infamia, y la pena que por ella merecía.

En las horas en que dejaba de oír esa voz hueca y amenazadora, otra, quizá más terrible, empezaba á resonar en su alma: la voz de su conciencia.

En vano procuraba librarse de sus gritos punzantes, entregándose al sueño. Sus miembros estenuados lograban aletargarse un instante; pero de repente despertaba sobresaltado, y en los negros muros de su cuarto, veía escritos con caracteres de sangre los más inicuos actos de su vida, y el nombre de Simeón, y el de Carlota, y el de Mercedes su sobrina.

También echaba de menos su oro; y no era menos fuerte su sentimiento, al considerarse privado, quizá para siempre, de contemplarlo, de tocarlo,

—Hablando en plata— dijo Simeón, parandose lentamente— yo participo también de tu voluntario encierro; porque no me negarás que tú has consentido al fin, por vía de satisfacción de todo lo que he sufrido por tu causa...

Don Tadeo miró á su amigo con moribundo aspecto y exhalando un suspiro murmuró,

—¿Te vas?

—Para volver trayéndote tu sopa...

—¡Oh! ¡un poco de pan negro, mojado en agua tibial!... —balbució el avaro bajando los ojos.

—Con lo mismo me alimento yo 32 años há... A todo se acostumbra el hombre, y mucho más cuando lleva una vida de pura expiación... ¿No tienes presente todo lo que me has hecho?...

¡Los mismos cargos!... ¡siempre! ¡á cada instante!...

—¿Quieres que renovemos el aire de tu habitación?... Es preciso que creas que pienso en la conservación de tu salud...

—¡Sí!... —exclamó don Tadeo levantándose violentamente y dirigiendo una mirada ávida hacia una de las altas ventanas— ¡Sí!... déjame contemplar un instante la luz... ¡la luz que el sol derrama!... y que no veo ha tantos días... ¡Simeón!... Renueva el aire de mi calabozo...

—¿De tu calabozo?... No, no estás en una cárcel... que es la que merecías por tu infamia!...

—No hay diferencia... —murmuró don Tadeo con horror— este cuarto, como tu lo llamas, es igual á la prisión más espantosa: la misma oscuridad... la misma fetidez... el mismo aire corrompido se respira aquí...

—¡Ah! ¿ya has visitado alguna vez esas casas?... No sería por bueno... —dijo el portero con ironía.

—En nuestras diferentes revueltas políticas, he hecho la guardia del Castillo, con veinticinco cívicos; y esto me ha dado ocasión de visitar los calabozos, precedido por el alcalde... ¡Oh! Los mayores criminales, los que deben 10 y 15 muertes no se ven encerrados como yo durante el día... ni aún durante la noche... Les es permitido caminar por los corredores y patios: pueden asomarse hasta la reja y conversar con sus deudos y amigos... y no duermen solos!... Hablando con los suyos pueden olvidar su cautiverio...

—¿Quieres oír mi parecer sobre lo que has dicho?

—Sí...

—¿Ya te has acostumbrado á contestarme?... —le dijo el portero deteniéndose y mirando de hito en hito. —Antes guardabas silencio...

—¿Cuál es tu parecer?

—El siguiente... Si yo fuera alguna cosa en la república, no permitiría á tamaños bribones, (que sin embargo son santos comparados contigo), pasearse libremente, ni conversar con sus compañeros... Los tendría enjaulados, como á tí... En señaladas horas les enviaría su alimento, y en otras á un amigo como yo... ¿Entiendes?... Sí; uno que constantemente les recordara su crimen, para que pensasen en él, en sus momentos de soledad...

—¿Y quién se prestaría?...

¡Oh! Felizmente tenemos en el Cuzco muchos relijiosos de diferentes órdenes... Se turnaría un corto número de ellos...

—Enseñar, consolar, hé aquí la misión de los sacerdotes... Esto miáramos con los criminales... Para demostrarles la enormidad de sus delitos, les sería indispensable repetírselos, afrontárselos... De este modo los educarían mejor y se reformarían, escuchando con frecuencia palabras de mansedumbre, consejos de virtud; y los ministros del Señor habrían cumplido su benéfica misión ejercitándose en actos que su deber les prescribe... ¡Yo no querría que solamente al tiempo de salir á sentarse en el banco, escuchasen los criminales las palabras de Dios. ¿Por qué no precisaría que las oigan en tiempo habil y con esperanza de reforma? No me negas, Tadeo, que esto produciría saludables efectos en el corazón de esos seres embrutecidos por los crímenes, tan malvados como dignos de compasión!

Don Tadeo dió un profundo suspiro.

—¿Hacerles recobrar la dignidad de sí mismos, cambiar el hombre bruto en un ser dotado de razón!... Los más de esos criminales amaestrados en el robo y el asesinato, que veinte veces han entrado en la cárcel y otras tantas han sido absueltos ó han fugado, ¿qué otra cosa son sino unas bestias? Los más solo se diferencian de ellas en la palabra... Tigres, fieras como las de las montañas, sepultan el puñal en el corazón de sus semejantes, como aquellos sus garras!... Por inspirar terror ó para escarmentar alguna vez á uno de esos monstruos... ¿qué se adelanta?... Quitar de la sociedad un malo, que mediante mi proyecto podía ser un hombre útil al cabo de algún tiempo... Esto equivale también á un asesinato...

Los ojos de don Tadeo brillaron.

—¡No me matará! —dijo dentro de sí.

Asesinato... no sé de qué otro modo calificarlo —prosiguió el portero dando á largos pasos el oscuro cuarto —Tadeo, ¿cómo llamarás tú la suerte que se dá á un hombre ignorante, que tal vez arrastrado por su fe natural, y sin el menor conocimiento de la enormidad del delito que ha cometido, por su absoluta carencia de educación, formó su carrera pasando de un crimen á otro crimen, hasta llegar al punto en que, sin considerar nada, le meten cuatro balas en el cuerpo?...

—No sé... cómo... —balbuceó el avaro estremeciéndose convulsivamente.

—¡Buena!... Este es un nuevo crimen que los Lejisladores deben considerar al lado de los de incendio, homicidio alevoso etc. dándole el nombre que

le corresponde... Debo ser muy imbécil, puesto que no se me ocurre ninguno: tal vez le convendría el de asesinato jurídico como ya ha dicho alguno...

—Simeón... renueva el aire... déjame ver la luz por un instante...

—Ahora qu dices aire... También les permitiría hasta calentarse al sol algunos ratos, y en otros los tendría ocupados manualmente en algunos trabajos útiles... No los mandaría sacar, á pretexto de obras públicas, por las calles y plazas, en las que, la publicidad de su infamia los hace perder todo sentimiento de pudor, y formando una algazara repugnante al ruido de sus cadenas, insultan aún de palabra á las personas que pasan por tales sitios... Tampoco los echaría á mendigar por los puestos del mercado, como se estila en nuestro país.

—¡Simeón! —exclamó don Tadeo por interesario en su favor— á falta de un encierro como el mío, ellos arrastran, ó una gruesa barra de fierro, que se llama **platina**, ó unos pesados grillos... Pero no están privados de la luz...

—¿Qué importan esos grillos ni esa platina, cuando por la noche encerrados con luz, y todos juntos, se los quitan unos á otros para dormir desahogados, conversando sobre sus antiguas **azañas**, y trazando planes para el porvenir?...

—¡Oh! No me has comprendido Simeón... Renuévame el aire...

—De ese modo jamás pueden pensar en sus crímenes para espantarse de ellos... Al contrario, el deseo de fugar, para repetir sus obras de abominación, es lo que únicamente los ocupa... y por esto se nota, que difícilmente un criminal sufre el tiempo de su condena en una cárcel ó presidio.

—Simeón... ¡No me atiendes!...

—Otra falta grave y de funestas consecuencias se advierte en nuestra llamada cárcel —dijo Simeón desentendiéndose maliciosamente de las súplicas de don Tadeo— Los más famosos criminales y los detenidos por culpas leves se hallan juntos en un mismo lugar; y lo más escandaloso es, que también los sujetos notables sean allí encerrados, bien por asuntos políticos, ó bien porque no oblaban al instante la multa que se les exigió... ¡Oh!... ¿Y qué diremos de las frecuentes **francachelas y borracheras que hay en la cárcel**, entre los criminales que ocupan el primer piso y las mujeres de igual calaña que ocupan el segundo?... Con sogas suben y bajan todo lo que sirve á sus comunes orjías... las mujeres cantan, tocan y bailan... Se embriagan miserablemente, rifien entre ellos, ó se duermen rendidos del licor... El Alcalde grita, haciendo sonar su manajo de llaves... ¡oh!... Corramos un velo sobre estas repugnantes escenas...

Y ocultándose la cara con ambas manos, se sentó Simeón sobre su adobe, murmurando:

—En "Casas Matas"... ¡ah! dicen que es todavía más horrible.

—¿Te olvidas de mis ruegos, Simeón?... —balbuceó don Tadeo, dirigiendo á las ventanas una mirada ansiosa.

—¡Ah!— exclamó el portero alzándose de su asiento y acercándose con violencia al avaro que estaba en pié junto á su cama —¡Ah!... Tú estás mejor aquí. Si en fuerza de mis quejas y por una favorable casualidad hubiese logrado acreditar mis agravios y tus crímenes ante los juzgados, consiguiendo que te hubiesen puesto en la cárcel...

—¡No! ¡no! —interrumpió don Tadeo.

—¿Luego aquí estás contento?

Si...

—¿Y por qué te causa más horror la cárcel pública?... No me has dicho los más famosos criminales ven la luz y disfrutan del calor del sol. Creo que envidiabas la libertad de aquellos...

—¡Oh! El ser puesto en la cárcel pública, como criminal...

—Como ladrón...

—¿Me horroriza!...

—No desconsolará esta noticia á Fray Lucas dijo el portero para sí; y alta añadió: —¿Temes tú el ser considerado en la sociedad como un criminal?

Si...

—¿Y antes de sacrificarme á tu codicia, porque no pensaste como

el avaro se estremeció. La mayor amargura se pintó en su semblante; todo los labios contraídos guardó silencio.

—¿No me has oído?— le preguntó Simeón.

—Si, te he oído...

—¿Y no me contestas?... ¿Será preciso repetírtelo en términos más

claros. En aquella época estaba muy lejos de pensar como hoy... Te hecho confesiones, que debes recordar...

Tengo una memoria muy frágil...

La sed de poseer... me dominaba.

—¿De poseer, qué?...

—¡Oro! ¡mucho oro!... contestó el avaro, reanimándose con solo el nombre de su dios.

Bien veo que esa confesión, lejos de avergonzarte te complace....

—¡Tadeo!... ¡Tadeo!... ¡Tú no volverás á ver tu oro!...

—Si ¡pero no me tendrás encerrado por mucho tiempo?... ¡Simeón!...

—¿Te enoja la presencia de tu amigo?

Lo creo...

—¿Te renovarás el aire?...

Un poco más tarde... cuando el viento sople con más fuerza.

—¡Oh!... más tarde... ya será de noche!...

—Volveré con la caña larga— dijo Simeón mirando á las ventanas desde adentro hacia la puerta.

—¡Simeón! ¡Simeón! —exclamó don Tadeo con ademán suplicante— ¿No puedes volver pronto... no me dejes solo...

—¿Ya te has acostumbrado á mi compañía? —repuso este con una sonrisa— En un principio te era más soportable la soledad...

Prefiero escuchar tus repetidos cargos, oír tu voz que destroza mi oído, que permanecer encerrado aquí... ¡solo!... ¡solo!... ¡No!... ¡no!... dijo don Tadeo con los brazos extendidos y derramando una mirada de desesperación por el oscuro y húmedo cuarto.

—Te comprendo— murmuró Simeón— Por estar acompañado, has dado lugar de fomentar mi conversación, contestándome, aun con monotonía. Mis visitas serán más cortas... —y añadió en voz más alta: —Tampoco pienso pensar hasta que ya vuelva, en que ya no volverás á poseer

—¡Simeón! ¡Simeón!... ¡Oh!... ¡se fué!...

El anciano cerró la puerta con llave y se dirigió á la celda de Fray Lucas.

CAPITULO III

PERTINACIA DE SIMEON

—¿Cómo encuentras á ese desgraciado? —preguntó Fray Lucas á Simeón. ¿Has notado en él alguna disposición favorable á nuestro intento?...

—Únicamente un poco de temor.

—¿Qué clase de temor?...

—El de ser reputado criminal...

—No es mal principio.

—Así lo he creído.

—Explotaremos esa mina... Haremos fecundar esa semilla oculta...

—¡Si será en balde!

—¿Dudas?...

—No dejo de dudar...

—¿Y por qué?...

—¡Su oro!...

—¡Oh! Si no es más que eso...

—Es increíble el influjo que ejerce sobre su avaricia el recuerdo de su oro: al pronunciar estas dos palabras lo olvida todo, y parece revivir á la esperanza, á la felicidad. ¿Y un hombre tan entregado á su oro, será capaz de una acción buena, cuando por algún lado vislumbre el codiciado metal?...

—Aun es tiempo, Simeón... Yo creo que muy pronto conseguiremos volver desinteresado ese corazón tan ávido de riquezas.

Mientras exista en el hombre el más leve sentimiento de honor, no debemos desesperar de él. D. Tadeo debe ser considerado criminal: este es un resto de noble pundonor, que avivaremos hasta el extremo de hacer que llegue á avergonzarse de sí mismo.

—Me parece una vana pretensión...

—No, Simeón. Le hemos señalado treinta días de encierro... él lo ignora. Van ocho, en que no cesa de escuchar tus cargos... Muéstrate inflexible, Simeón, en los siete que restan, aunqu te sea muy sensible verlo padecer... En los otros quince, yo ocuparé tu lugar...

—¿Y qué hará Ud, señor?...

—Emplearé los 15 días, no en hablarle en un tono duro é inflexible, como el que ahora debes usar con él, sino con el acento de la fraternidad y el consuelo... Haré que me abra su corazón, que deposite en mi pecho todas sus angustias, todos sus pensamientos...

—¿Lo escuchará U. en penitencia?...

—Hablaré con él como con un hermano... Me entristeceré con él: gritaré de desesperación, y lloraré de ternura, si él llora, si él se desespera... Así, acostumbándose á escuchar á un amigo, á un hermano, insensiblemente... ¡Oh! lo espero insensiblemente verá cambiar todo su ser moral. verá cambiar todo su ser moral.

Simeón hizo un movimiento de incredulidad. Fray Lucas prosiguió:
 —No dudo de la existencia de un sentimiento noble en el corazón más
 me... Ese sentimiento, por oculto, por adormecido que se halle debe,
 cer, debe fortalecerse con el idioma de la razón. Una vez robustecido,
 echar profundas raíces y dar sazonados frutos, como la semilla que
 n un terreno estéril, crece mediante el abono y el riego. . .

—Hay corazones incapaces de reforma, como los terrenos absolutamen-
 ructíferos —dijo Simeón.

—No lances ese sarcasmo contra la humanidad y la naturaleza— re-
 tristemente Fray Lucas—. El hombre es capaz de todo lo bueno, cuando
 sabe conducir y atraer al buen sendero, por medio de los nobles estí-
 y de un lenguaje persuasivo al principio, graduado, si así puede decir-
 sta que no le repugne escuchar la verdad en toda su rigidez: así como
 terreno puede producir, abonándolo frecuentemente y enterrando en su
 la semilla que le conviene.

—Precisamente lo contrario de lo que ha dicho U. vamos practicando
 adeo.

—No, Simeón— dijo con dulzura Fray Lucas— Tadeo oye por ahora
 tero acento de una voz que solo afronta su delito... El recuerdo de ha-
 usado de tu confianza, lo confunde: tus acusaciones vibran en sus oí-
 nstantemente... ¡Oh! cuánto no deseará escuchar otro lenguaje, ha-
 on otra persona!... Preparando así su corazón, fácilmente recibirá las
 aciones que deben prodigársele. Se rejuvenecerá su pensamiento, con
 de la virtud, y reformado, como yo lo espero, dejará sin repugnancia
 itación que hoy le infunde horror.

—No lo consentiré yo... —dijo Simeón dentro de sí.

—Para que nuestro proyecto no sea una quimera es preciso que apar-
 tu pensamiento toda idea de venganza... ¿Qué ventajas, qué satisfac-
 te pueden producir los pasos que das, si solo por un espíritu de ven-
 los practicas?... "Satisfácete con haber podido vengarte", ha dicho un
 lor.

—Ese pensador no se vería cual yo...

Fué tan notable la irónica inflexión de la voz del portero en la pala-
 e hemos subrayado, que Fray Lucas no pudo contener un movimiento
 justo, que expresó en sus miradas.

Sin embargo, al fijarse en el enjuto semblante de Simeón los pardos
 Fray Lucas, revelaron la ternura que el anciano le inspiraba.

—Buen Simeón —le contestó con dulzura el religioso— cuando halla-
 un libro, un pensamiento que manifiesta meditación y profundo co-
 ento de las inclinaciones de los hombres, no podemos menos que ad-
 ... ¿Es acaso explicable el efecto que causa en nosotros, además de
 timiento de admiración?... ¿por qué se nos graba en la memoria?...
 arás conmigo, que ese pensamiento, tomando sobre nuestro corazón un
 ascendiente, es considerado muy pronto, no sólo como un consejo, sino
 un precepto. Entonces, ¿qué debemos hacer?... Someter nuestra bru-
 linación, arreglar nuestras perniciosas tendencias á la saludable máxi-
 ese pensador, que antes de estamparla en el papel la había examina-
 todas sus facetas, pensando una por una todas sus consecuencias.

—“¡Sírivate de venganza el haberte podido vengar!” —repitió Simeón.

—Tal pensamiento es la voz santa de los hombres buenos, que nos precaven de un peligro. Y no solo debemos recordarlo constantemente, para aprovecharnos de él, sino difundirlo, popularizarlo... Así habremos cumplido con la voluntad de esos hombres, tan amantes de la humanidad, como dignos de nuestra veneración.

—Obrando con arreglo á sus palabras les habremos manifestado nuestro respeto...

—Así es verdad, Simeón... y pudiendo reflexionar con tal cordura ¿cómo has tenido valor para desconsolarme?...

—El recuerdo de una acción negra, extraordinariamente horrible por sus consecuencias, cierra el entendimiento á toda reflexión buena y el corazón á todo humano sentimiento.

—Pero cuando con cerrar el entendimiento y el corazón no se consigue la tranquilidad del espíritu, esa santa calma que nos llena de dulces satisfacciones, debemos emplear todas nuestras fuerzas para salir de tan desdichada situación. Sin duda que quedaremos más satisfechos al decir: “¡He podido vengarme!”... que exclamando: “me he vengado”. En el primer caso habremos procedido conforme al espíritu del Evangelio y al sentimiento de la humanidad; en el segundo, únicamente con la irascibilidad del bruto, que devuelve una cox por un halago.

No mostraba Simeón gran conformidad al escuchar las sencillas reflexiones de Fray Lucas. Este por el contrario manifestaba su íntima convicción, en la expresión de su semblante y hasta en el tono de su voz. Deseoso de desarraigar enteramente del corazón del anciano donado la rencorosa hiel, que aún no acababa de abandonarlo, preguntó:

—Creo que no habría hombre de buenos sentimientos, capaz de llevar á cabo su venganza, si considerase racionalmente los horribles recuerdos que por ella lo acompañarán toda la vida. Sacrificándose si tal puede decirse un insano deseo á la paz de su alma, preferirá siempre lo bueno á lo malo. Es preciso ser muy insensato para renunciar una existencia de plácidas satisfacciones por una serie de días emponzoñados por el remordimiento. ¡Es poner el corazón á una eterna congoja por un instante de brutal complacencia!...

Simeón se sentó en una silla y respondió á Fray Lucas con inesperada frialdad.

—Lo que puedo asegurar á U. es, que me hallo más dispuesto á desatender los ruegos de Tadeo, que á desprenderme de él, antes de haber satisfecho la necesidad de mi corazón...

—¿Y cuál es esa necesidad, Simeón?

—El placer que experimente después de ver que ha sufrido tanto como yo.

—Quieres un imposible, Simeón.

—Preveo que nó...

—Hoy piensas de ese modo... y cuantos más días transcurran la necesidad de tu corazón será más exigente, más implacable... A fuerza de habituarte á oprimir, acabarás por volverte un monstruo, enteramente desnudo de todo sentimiento humano... Nunca llegará para tí ese ansiado momento de satisfacción que prevees, porque aun con el convencimiento de que ese desventurado sufre tanto como tu, creerás todavía que no te has vengado lo bastante...

Y podré quedar satisfecho exclamó enérgicamente el portero— con
as de encierro, que quiere U. que sufra un hombre que me ha pri-
as prendas más caras para mi corazón?

No: no!... ¡Ha sido cruel conmigo!... y yo debo serlo... En lugar
id, odio encerró en su pecho, sin el menor motivo por mi parte...
a infame proceder solo fué resultado de su odio. ¡Oh!... no tiene
para exigir que yo sea indulgente...

pronunciar estas palabras con una voz tremenda, Simeón tenía los
ndidos y algo abultadas sus sejas y pálidas mejillas.

Lucas al contrario. Tanto en sus expresiones, como en los rasgos
nblante, se reflejaba la dulzura de su carácter. Su alma se llenó de
i con las palabras de Simeón; y sin embargo aún no desesperaba

n su acostumbrada sencillez, y sin manifestar su interior desconsuelo,
ojos, inundados de celestial confianza, en el crucifijo que estaba so-
esa y llamando la atención del portero.

contempla por un instante la imagen del humilde por esencia —le dijo—
la expresión de su divino rostro... y dí, si á pesar de lo destrozados
n sus miembros, manifiesta otro sentimiento que el de compasión á
tos que tanto lo ofendieron, el del perdón de sus crueles verdugos.

Simeón apartó la vista del crucifijo y murmuró:

Era un Dios... .

Que experimentó las necesidades y angustias de los hombres: que
árbaros ultrajes, sintió agudos dolores... que fué el blanco de las in-
y de los odios de todo un pueblo: que recibió la más afrentosa
en premio de sus beneficios... ¡Oh!... y no obstante, su apacible
te solo se irritó cuando profanaron la casa de su padre.

—Era un Dios... —repitió Simeón.

—Si... pero que se igualó á los hombres par aque los hombres procu-
nitarío en su humildad, en todas las virtudes de que nos dió ejem-
on las que debemos adornar nuestra alma. ¡Nos enseñó el modo de
s como verdaderos hermanos, para que fuésemos buenos y felices!...
salieron de sus divinos labios sino palabras llenas de amor, palabras
ad, y de vida y de eterna bienaventuranza.

—Algunas veces el recuerdo de los males que se nos han inferido, quí-
alma la fuerza que se requiere para perdonar... Hay, segun com-
una necesidad de indemnizarse, aunque sea moralmente, de los da-
se nos han causado... al menos para tranquilizarnos... .

—¡Simeón!— exclamó tristemente Fray Lucas— hablas de los efectos
descuidada educación moral, en vez de recordar los virtuosos princí-
e debemos adoptar, si queremos vernos exentos de toda aflixión...
na las injurias", nos ha dicho el Padre de la cristianidad, después de
ar cuantas á EL se le hicieron!... Esa necesidad horrible, que encuen-
ti para tranquilizarte, desaparecerá luego que fijes tus pensamientos
placeres que nacen de la práctica de las buenas acciones... Los que
n de otras causas, ¡ay!... ó son momentáneos, ó mezclados de remor-
tos... Podemos procurarnos una felicidad duradera, moderando nues-
erniciosas inclinaciones y trabajando constantemente hasta sofocarlas,
uirías... Para conseguir tan gran bien, es preciso que no desperdicie-
s ocasiones que se nos presenten... Ejercitémonos, pues, en la prác-

tica de las virtudes, hasta que se nos hagan familiares... jamás podrán hartarnos...

Simeón oía estas palabras con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Parece que esa alma de hierro empezaba á conmovirse con las humildes reflexiones de Fray Lucas...

CAPITULO IV

LAS CAMPANADAS

Un cuarto de hora después de su conferencia con Fray Lucas, se dirigió Simeón al cuarto de don Tadeo, llevando una larga caña en su mano derecha.

El día iba ya á terminar. De la plaza de San Francisco se levantaba una espesa polvareda, que como una inmensa nube pasaba por encima del convento, cerniéndose sobre él.

Detúvose Simeón en el patio de la portería para recitar la oración de la tarde: la gran campana de la Catedral le indicaba el instante de cumplir este deber, con los tres golpes de costumbre.

Sacudiendo su manteo azul se le apareció Horán murmurando:

—¡Qué viento tan rocio!... ¡es un presajio!...

El portero inclinó la cabeza con el objeto de saludarlo: más Horán sin darle tiempo para que hablase le preguntó:

—¿No me diréis, hermano, en qué vino á parar vuestra disputa con ese don Tadeo?...

—Aun no se ha decidido, R. P....

—¡Qué! —exclamó Horán con fingida sorpresa— ¿no ha recibido ya Fray Lucas el dinero que os pertenecía?...

—Fray Lucas no es mi apoderado, R. P.

—Sí... pero por oficiosidad... —repuso Horán con manifiesta ironía.

—Fray Lucas no es oficioso en asuntos que versan sobre dinero; —contestó Simeón indignado— únicamente lo es cuando se trata de las dolencias que otro padece en alma ó cuerpo. ¡Oh! Solo entonces manifiesta una oficiosidad verdaderamente evangélica...

Horán lanzó sobre Simeón una mirada iracunda: el elojio hecho á Fray Lucas irritó su amor propio.

Confundido por otra parte, con el sentido de tales palabras, no quería retirarse de improvisó.

Recordó también la escena que tuvo lugar en su celda, y concibió la idea de vindicarse á los ojos de Simeón.

Creía que ya estuviesen olvidadas las pocas palabras que entonces había proferido en su defensa. Su conciencia lo acusaba.

De esta causa nace probablemente, el deseo comun en los culpables, de encontrar favorables ocasiones para repetir unas mismas palabras de justificación, por hechos que tal vez no se tienen ya presentes.

Así confirman las sospechas que contra ellos se concibieron; puesto que los buenos procedimientos, recomendándose suficientemente por sí mis-

no necesitan de reiteradas explicaciones.

Ajitado Horán por el desco de que hemos hablado interrogó nuevamente á Simeón.

—Supongo que don Tadeo habrá cesado de inculparme, después de las cosas que expuse en vuestra presencia... ¿Y Fray Lucas, qué concepto formado de mí?...

—Fray Lucas no se ocupa de los procedimientos de determinadas personas... Compadece en jeneral á los que se apartan del buen sendero, y al ser posible, después de deplorar los extravíos de la humana fragilidad, como tal ministro del Señor, y con la dulzura de su evangélico carácter les muestra el camino que deben seguir; y se retira para continuar en silencio su obra de bendición.

Mientras que el portero se explicaba de este modo, Horán se mordía los labios.

Sofocando su impaciencia y conteniendo su enojo, aguardó que Simeón fuera para hacerle una última pregunta, de mucho interés para él.

En cuanto al portero, creía pagar, ó más bien manifestar el reconocimiento con que miraba á Fray Lucas, emitiendo así su opinión, y explicando sus sentimientos en presencia de cualquiera persona.

Si por su parte cumplía con un deber de sincera gratitud, involuntariamente perjudicaba también á Fray Lucas: porque Horán no podía soportar el recuerdo de haber sido humillado por este, y mucho menos el que fuese ello en su presencia.

Aunque había escuchado al anciano con una aparente serenidad, no pudo contener su interior desazón al hacerle la siguiente pregunta:

—¿Visitáis con frecuencia á Fr. Lucas?...

—Cuando me hallo acometido por la tristeza le voy á decir que me consuele... y salgo de su celda con el pensamiento ocupado de Dios, con el alma sosegada, y el corazón lleno de esperanza!

—Mucha decisión es la vuestra por Fray Lucas —dijo Horán sonriendo con ironía— ¿Y por qué á mí no me podís también los consuelos que os menester?

—Considero siempre muy ocupado á V. P. R...

—¡Poca confianza!... no debéis olvidar que os aprecio.

Simeón bajó la cabeza.

—¿Y don Tadeo no viene por acá?... Desco verme con él, para entregaros los apuntes que he hecho sobre la distribución del poco dinero que me quedan en mis manos...

—No sé... R. P. —murmuró Simeón.

—Lo he buscado en su casa repetidas veces... pero su muchacho ni siquiera ha querido contestarme... dijo Horán, y se encaminó á su celda muy satisfecho de haber pronunciado esas últimas palabras con aire de sinceridad.

.....

Acababa de sentarse en el sillón de su gabinete, exhalando un profundo suspiro.

Julián, después de encender una bujía, suspiró también, y fué á pararse en el ángulo que ocultaba la entrada.

Nada más triste que las fisonomías de maestro y discípulo. Parecía que

ambos se hallaban acometidos por una misma idea desconsoladora.

El silencio que guardaban solo era interrumpido por el sordo rumor que ocasionaba el viento batiendo contra las paredes de la celda.

Horán descargó el puño sobre el escritorio, é hizo saltar el candelero de plata.

Al ruido de este mueble, Julián se estremeció violentamente, dándose de un modo maquinal una fuerte palmada en los labios. Sus dientes chocaron unos con otros y le hicieron sentir un agudo dolor.

Había permanecido silencioso y con la boca entreabierta, como el discípulo que espera la palabra del maestro.

—¡Si supiera quien distrae su corazón!... —exclamó Horán, con los ojos airados y las mejillas rojas ¡ah!... no desperdiciaría la favorable oportunidad que ahora se me presenta.

Escuchando esta terrible amenaza, Julián huyó del cuarto temblando de miedo, porque no se le ocultaba que la cólera de su maestro terminaba muchas veces por aplacarse con una descarga de cordonazos, sobre las espaldas de su discípulo.

Después de su incomprensible exclamación, Horán derramó una feroz mirada por toda la extensión de su gabinete.

Dejando su sillón y arrojando el manteo sobre él lo contempló un momento con el despecho pintado en su semblante.

—¡Horrible traje!... ¡cuánto perjuicio me haces!... ¡infamia, si te dejas!... ¡infamia, si envuelto en tus aborrecibles pliegues busco mi felicidad!... —y apartando la vista de aquel objeto, con los brazos extendidos y con ferviente acento, continuó— Si... ¡yo no puedo ser feliz sin poseerla!... me basta para serlo... ¡saber que me ama!... ¡que soy la única persona á quien ha amado!... ¡que yo le he inspirado ese amor!... ¡ah!... ¡si yo fuera capaz de inspirar amor!... —añadió con amargura y ocultando la cara entre las manos.

A tal abatimiento lo redujo la idea, que exaltaba frecuentemente su celoso carácter. Su loca pretensión, debía por otra parte envenenar sus días, puesto realmente no era capaz de inspirar amor.

Convencido de que su estado lo alejaba de su felicidad. Horán estaba dispuesto á hacer uso de toda especie de medios para conseguirla.

—No debo callar por más tiempo... continuó Horán, contemplándose con ironía —No hablas lo que sientes... no te declararás... porque temes, no una repulsa, sino... y estremeciéndose añadió con acento ronco y contenido —sino estas tres palabras: "amo á otro".

No desesperado gritó como en otra vez. Se aproximó lentamente á su sillón, y sentándose, se adormeció en él por largo rato.

La crisis de su enfermedad, apenas le permitía respirar. Su semblante estaba pálido, anublada su frente, fijos sus ojos, y sus labios lívidos, contraídos, horriblemente amenazadores, como sus estáticas miradas.

De sus exclamaciones se colige, que la causa de haber impedido á Anjélica el que principiara á confesarse, era el temor de escuchar esas tres palabras, cuya sola ida oprimía cruelmente su corazón.

Celoso hasta el frenesí, ¡cuántos instantes de desesperación no iba á tener, oyendo la voz de Anjélica, que naturalmente debía confesarle u ino cente inclinación á Wenceslao!

Temblando todavía, se levantó en fin Horán y se acercó a la cabecera de su cama.

Julián se le presentó entonces. En su semblante llevaba impreso el dolor.

—¿A quién viste esta mañana?...

—Solo á la muda.

—¿Y cuando volviste al medio día?...

—Todos los cuartos estaban cerrados —contestó Julián con tristeza.

—¿Y no preguntaste á alguna persona?...

—Sí Señor... Me dijeron que se habían ido á la chacra.

—¡Y encargué á Brijida que no dijera una palabra!— murmuró Horán hinchándose los labios de rabia. ¡No hay mujer que guarde un secreto! ¡Qué bella oportunidad se pierde!...

El estudiante participaba en grado más alto del sentimiento de Horán, temblando á consolarse con ver á Anjélica por los resquicios de la puerta no consiguiéndolo en las dos veces que había ido últimamente á la capilla profunda pena se había apoderado de su alma.

Naturalmente crecía su pasión con la frecuencia de contemplar al objeto que encantaba sus días. Al menos era un motivo de complacencia para el estudiante, que solo apetecía verla.

Destruído su único consuelo, el estudiante se consideraba sin la suficiente fortaleza para soportar esta desgracia.

Hé aquí el motivo de su tristeza. Experimentaba todas las angustias que un alma sinceramente ama, pensando siempre y á todo instante en Anjélica suya y sin saber cuándo la volvería á ver.

Muy notable era la melancolía de Julián. Reparándola su maestro creyó que se aflijía por adhesión á su persona, puesto que no podía dejar de experimentar el sentimiento que él le manifestaba en sus preguntas.

—Si no hay impedimento— le dijo con aire pensativo —mañana mañana, Julián, y...

—¿No puedo ir ahora mismo?... —lo interrumpió con mucho interés el estudiante.

—Ahora te necesito...

Julián inclinó la cabeza ahogando un suspiro.

Horán continuó:

—Mantente con el oído aplicado á la ventana... No vayas á dormirte... ¡El primer golpe de la campana grande de la Catedral... tira el cordón... ¿verdad?...

—Sí, señor... —contestó Julián sorprendido del encargo.

—Después te diré lo que debes hacer... ¿Me has comprendido?

—Sí, señor.

—¡Cuenta con dormirse!...

—No, señor...

—En fin... ya te encuentro algo más racional...

—Sí, señor...

—Solo que tu aire atolondrado de antes, se ha convertido en una especie de melancolía, que hace que te duermas á cada instante... ¿Por qué estás así?...

—No estoy triste, señor.

—¿Tienes hambre?...

—No, señor.

—¿Pena de no ver á tus padres?...

Julián enmudeció.

—Aplicate al estudio— añadió Horán creyendo haber radivinado el motivo de la tristeza de su discípulo —y pronto volverás al lado de ellos.

—Si señor —balbució Julián.

—¿Y no tendrás pena de dejarme?...

—Como no, señor.

—¡Bien!... ¡á la ventana!... ¡Cuidado!.....

—Cree que tengo pena —murmuraba Julián —[no se equivoca!... Pero, ¡ay! mi pena no proviene del hambre!... Aunque me alimento con la impasable comida del refectorio... con esas sobras aumentadas con agua fría... ¡ay! ahora no me aflijo de eso... Si el recuerdo de mis padres me desespera alguna vez... otro recuerdo nuevo, inexplicable, me alegra y me aflige á un mismo tiempo... no tengo pena... no, no sé lo que tengo... estoy triste, pero es porque siento aquí... —dijo Julián llevándose ambas manos al corazón —aquí... una opresión extraña...

Entonces empezaron á rodar en su imaginación los recuerdos de aquellos venturosos instantes, en que había podido admirar á hurtadillas la hermosura de Anjélica.

Olvidando los reiterados encargos de Horán, pero sin alejarse de la ventana, el estudiante abrumado por sus dudas, por su melancolía inocente y por sus pueriles fantasías se mantuvo largos instantes sin movimiento, guardando un silencio absoluto.

—Un cuarto de hora de tan profunda meditación debía producir algún resultado, alguna determinación de Julián. Un hondo suspiro precedió á la declaración de sus pensamientos:

—Si no la veo mañana... —dijo —¡ah!... voy á morir de pena...

Ocupado siempre de la ausencia de Anjélica, otra vez volvía ya á abismarse en sus dolorosas ideas, cuando la sonora voz de una campana le hizo dar un salto y acudir al cordón que pendía junto á la cabecera de su cama.

Inmediatamente salió Horán de su gabinete, envuelto en una capa de paisano, y con un sombrero de paja metido hasta las cejas.

—¡Ten cuidado con la puerta!... no te duermas... probablemente volveré un poco tarde...

Dijo á Julián, y desapareció.

—¡Temblor!... ¡quemazón!... ¿qué es lo que hay?... —exclamó Julián, derramando a su alrededor una mirada de angustia; y aproximándose á la ventana, añadió: ¡todo está oscuro!... ¡y las campanadas apuran!... ¡Dios mío!...

CAPITULO V

EL GRAN SOFLAMA.

La noche estaba lóbrega. Bramaba el viento, levantando densa polvareda en las tres plazas principales del Cuzco.

Negras nubes se balanceaban en el cielo, y apenas se distinguía una farola por el lado del Sur y otra roja hacia el Norte. Las nevadas crestas de las cuales había descendido el sol, clareaban aún con una luz opaca.

El reloj de la Compañía, acababa de dar la siete y media.

Como había dicho Julián, "las campanadas apuraban". Era la señal de alarma de que había hablado el mariscal Tomás, y con cuya noticia tanto se confundió la madre de Anjélica.

Como por encanto salían presurosos de los talleres, tabernas y chicherías de ambos sexos, y de todos tamaños y edades, dirigiéndose en una confusión á la plaza mayor.

En un pelotón de plebe, agrupado en las inmediaciones de la pileta de la plaza, escuchaba la voz de un hombre, que se calaba con ansiosidad su sombrero de paja, introduciéndoselo hasta las cejas, para que todo no se lo arrebatase. Decía este:

—¡Cristianos!— Hombres sacrílegos osan poner sus manos en una de las más preciosas efijies... Quizá en este instante la arrancan de su nicho.

—Cristianos: vosotros, admiradores de sus portentosos milagros...

—¡Sí, sí!... —interrumpieron algunas voces.

—...De sus portentosos milagros, no permitiréis —prosiguió el delirante —que se lo lleven á extrañas tierras...

—¡A Bolivia! —gritó una voz.

—...Sustituyéndolo con un crucifijo fabricado por la impiedad. Cristianos, recordad que en los aciagos días de muerte, desolación y espanto (*) en tres días de luto, en que los más sólidos edificios se desplomaron, en que se abrió para tragarse á los habitantes del angustiado Cuzco...

—¡Esto sí que es patético! —balbució un sastre aficionado á la literatura.

—...Todo cesó cuando en hombros de nuestros antepasados salió á la luz á esta plaza —repitió el orador dando una enérgica pisada— nuestra efijie...

Por todas partes circulaba la cita: "á la plaza mayor"; y como si una extraña arrastrase á los que la escuchaban acudían todos presurosos al lugar indicado.

—¡Cristianos! oíd el clamoreo de esa campana... ¡corramos á impedir de la abominación!... No nos detengamos ni á vista de la muerte... ¡salvemos nuestra santa reliquia, aunque sea á costa de toda nuestra san-

—¡Sí! ¡sí! —gritaron mil voces.

—Apoderémonos de los cuarteles, tomemos preso al presidente!..

¡Abajo la Confederación!... ¡y entronicemos un gobierno que no sea impío

—dijo una voz, que por el acento parecía pertenecer á la clase culta.

De todas las bocacalles llegaba jente en confuso tropel. Los grupos se aumentaban considerablemente. Las campanadas de la Catedral eran más repetidas, y á su imitación resonaban también de una manera alarmante todos los campanarios inmediatos.

Algunos curiosos salían de sus casas con el objeto de imponerse de lo que motivaba aquella ajitación casi jeneral: otros apagaban los faroles de sus balcones, para observarlo todo con las puertas cerradas.

—¡Ya es tiempo!... ¡A la Catedral!... —gritó una voz.

—¡Y después á los cuarteles! —añadió el que pretendía echar abajo al gobierno confederal.

Una enorme masa compacta, á pesar de estar compuesta de personas de diferentes condiciones, edades y sexo, como una marejada, fué á estrellarse contra la Catedral.

Los recios golpes dados con piedras y palos en cada una de sus puertas, resonaron en el templo como una salva.

Un solo grito prolongado, ronco, incomprensible, retumbaba en el cementerio. Los repetidos y estrepitosos golpes, el cadencioso sonido de la gran campana, y ese grito uniforme y confuso hacían estremecerse las bóvedas del templo.

De repente se abrió el postigo de una de las puertas:

—¡Adelante! —dijo uno.

Todos guardaron un profundo silencio al introducirse tumultuosamente en la iglesia.

Las naves estaban oscurísimas: las dos lámparas colocadas á los costados del altar mayor apenas iluminaban débilmente la del centro.

Jigantescas aparecían las gruesas columnas de granito, ostentando su solidez y su negruzco material.

Las pisadas de la multitud alarmada hacían retemblar el edificio.

Solemne y misterioso era el aspecto del sagrado recinto: ninguno de los que se hallaban bajo sus bóvedas pronunciaban una sola palabra.

Al contrario: todos contenían hasta la respiración, cuidado de hacer el menor ruido con los pies. Estaban poseídos de un respeto religioso.

Agrupáronse en la puerta de la capilla del Señor de los Temblores. Muchas ceras ardían en ella.

—¡Veamos si es el Señor!— dijo una beata de atlética estatura.

—¡Veamos! —contestaron á una todos los que se apifaban dentro de la capilla.

Y ese grito uniforme, lanzado con entusiasmo y con respeto, sacudió el templo desde sus cimientos, y se repitió de un modo lúgubre en el cementerio y en la plaza por los diferentes grupos que se formaban en aquellos lugares.

—¡El sacristán!... ¡que descubra al Señor! —dijo la misma voz.

—¡Sí! —contestaron todos arrodillándose como podían.

Corrióse el cortinaje de tisú con franjas y rapacejos de oro, y apareció el Crucificado, en su solio de estuco dorado, que figuraba un arco.

En otros dos arcos del mismo material, pero más queños, veíanse á los

¡Crucifijo á la Dolorosa y á San Juan.

Descubierta la imagen del Salvador reinó por un instante un silencio. Todos los que estaban arrodillados dentro de la capilla inclinaron las cabezas, permaneciendo así por largo rato.

Los que no habían podido introducirse en ella, se mantenían en pie fuera de la puerta: algunos se pararon sobre los escaños, y sobre las gradas.

Los que adentro se echaban unos á otros, procurando llegar á uno de los brazos del altar, desde el cual les fuese permitido distinguir siquiera uno de los brazos del Crucifijo.

Todo era imposible para los últimos que entraron, que no desistían sino por un momento, de su propósito formándose muy pronto una masa unida como las olas del mar, sin más movimiento notable que el de las innumerables cabezas.

De repente se alzó una voz en la parte exterior, sin duda con el designio de producir un alboroto y lograr por este medio introducirse en la capilla.

— ¡Creo que no es Él! dijo la mencionada voz.

Un murmullo sordo, seguido de una agitación general, fué la contestación.

— ¡Sí!...! ... ¡no es Él! —exclamó el primero.

Entonces resonó un tremendo grito de dolor que fué percibido en la capilla como el ruido de un terremoto ó el desplome de un cerro.

— ¡Veamos bien! —clamó otra voz.

— ¡Toquémoslo con nuestras manos!

— ¡Subamos al altar!

— ¡Dios mío!... ¡No eres tú!...

— ¡Ya lo cambiaron!

— ¡Vamos á detener á los sacrilegos!

No: cerciorémonos primero.

Entonces fueron los desentonados gritos, que de distintas direcciones salieron para exaltar los ánimos de la fanática multitud.

Con un resaca de coraje todos los ojos se fijaron en la imagen del Salvador... Los individuos, envueltos en ponchos y capas de bayetón negro, se colocaron en fila para ir al altar.

Uno de ellos, después de un detenido exámen, y mientras que la multitud aguardaba un profundo silencio, dijo:

— ¡El es!... —y besó respetuosamente los enclavados pies del Cristo.

— ¡No es Él! —exclamó el otro, con airado ademán, volviendo la cabeza hacia el público.

Este aserto produjo una sensación dolorosa en la multitud, entre la cual se alzó una voz:

— ¡Ese hombre nos engaña!

— ¡No! —replicó él, poniendo la yema de uno de sus dedos sobre las manos del Crucifijo— La pintura está fresca!— y mostró el dedo al público.

— ¡Eso es efecto del sudor! —replicó el otro.

— ¡Suda el Señor! —barbotó con pavor el populacho.

Que suban otros.

—¡Que bajen los inútiles!

—¡Que no saben conocer al Señor!

—¡Cuando sale en procesión todos los años!...

—¡El Lunes Santo!

Dijeron diferentes voces.

Aunque los tres individuos que practicaban el reconocimiento pedido por el pueblo, pertenecían al número de los amotinados, descendieron del altar con más presteza que una piedra arrojada de lo alto.

Incontinentemente subieron otros tres. El público esperaba con ansiedad su decisión.

Uno de ellos, como de 35 años, vestido de frak azul de paño, con el talle á media espalda y el cuello sobre la coronilla, fué el primero que tomó la palabra.

Tenía este individuo grandes pretensiones de médico, astrónomo, físico, &c. Si había de creérsele todas las noches se evaporaba hasta el séptimo cielo, y allí consultaba con el Padre Eterno sobre las miserias que aquejan á la humanidad.

Ha más de 25 años que se halla redactando estas conferencias, así como los importantes descubrimientos que hace en todo ramo. Dice haber escrito ya 25 tomos de á folio, y que sin embargo está muy al principio de la "gran cuestión, con que va á asombrar al mundo científico".

Sus compatriotas, en vista de sus acreditados conocimientos, han tenido á bien hacerlo miembro de todas las sociedades médicas del mundo, siendo su dictado principal "El Gran Soflama".

—Ilustrado público —dijo nuestro personaje— estáis impuesto de mi suficiencia en los asuntos célicos ... Para que mi s palabras os convenzan me bastará deciros, que un estudio asiduo á más de mi ciencia infusa, me hacen alcanzar misterios asombrosos, portentos físicos, que á vuestros vulgares ojos no pueden presentarse. El Señor que veis, no suda, como aseveró el imbécil que acaba de descender de este encumbrado puesto, al que vuestros clamores me han hecho subir... Vuestros mefíticos alientos... sí, mefíticos —repitió nuestro héroe con ademán dominante, y añadió— Sería preciso que os leyese uno de los tomos que llevo escritos, para que comprendieseis la importancia de esta palabra...

—¡Abajo el charlatán!

—¡Abajo el loco!

—¡Ganso-fiema! ¡Eh, abajo!— exclamarón algunos impacientes

Mas el gran Soflama, doblando las largas botamangas de su frak azul, bastante raído por la frecuente acción de la escobilla:

—¡Pueblo Soberano! —balbució extendiendo los brazos, á fin de conmovier á sus oyentes con su elocuencia corporis— En vosotros reconozco la supremacía humana... Sois árbitros para hacerme descender del alto puesto á que me habéis elevado con vuestro unisonos y estrepitosos clamores!

—¡Basta de charla! ¡Eh!

—¡Abajo! ¡abajo!

—¡Arrempujen á ese fanfarrón!

—¡Eso no!— exclamó el gran Soflama tratando de abrazarse de la Cruz— El pueblo soberano no permitirá que abandone mi puesto sin la debida dignidad... Dos palabras más y quedaréis satisfechos, convencidos de los recónditos arcanos que os voy á revelar... de los portentos físicos con

voy á asombrar, de los misterios sorprendentemente estupendos con voy á espantar... Escuchadme... Os pido...

—¡Eh... ¿Qué hacen allí esos dos?

—¡Empujen á ese hablador!

—¡Tirenlo de los pies!

—¡Que caiga de cabeza!

—¡Si! ¡Si! gritaba el populacho.

—¡No! ¡no! —contestó el gran Soflama abrazándose fuertemente de

— No bajo... sino me dejan explicar mi último descubrimiento fi-

—¡Sacrilégio!... ¡Se está abrazando del Señor! —exclamó una mujer.

—¡Cuando apenas nos atrevemos á besarle los pies!— añadió otra.

Hubo un instante de silencio. El grotesco héroe se aprovechó de él.

—Vuestros mefíticos alientos, como os dije —prosiguió con didáctico

forman una atmósfera naturalmente húmeda... El recinto es corto:

las bocas que exhalan ese vapor, que se aumenta con el frecuente

o... hé aquí el motivo, razón precisa, el principio físico, porque el

arece que sudara.

—¡Este es un embustero! —dijo uno de los que acompañaban al ora-

ndo tímidamente con los dedos el pié del Crucificado; y añadió:—

— ¡vea la pintura... esto no es del aliento... es aceite... sí... aceite!

—¡Lo cambiaron! fué el grito de sentimiento jeneral, seguido por otros

—¡A destruir á los impíos!

—¡Que nos lo devuelvan.

A la Compañía.

—¡Apoderémonos del Presidente!

Y del Prefecto!

Tomemos los cuarteles!

Vamos! ¡vamos!

los amotinados se levantaron como las arenas, que impelidas por el

en las inmediaciones de la mar, van á formar una serie de médanos.

repente se percibió en el púlpito una voz grave y varonil. Era la del

de la asonada se detuvieron un instante.

onces, con palabras de paz, trató el Prelado de calmar la ajitación

os ánimos sedientos de sangre, asegurando que el Señor de los Tem-

hallaba en su capilla. No pudo hablar mucho tiempo, porque no se

eron los descompasados gritos de la muchedumbre.

esar de sus apostólicas instancias, el populacho, gritando con fre-

festaba su incredulidad.

oy no debemos escucharle —decían como unos energúmenos.

—¡Está vendido á los bolivianos!

—¡Nos engaña!

—¡bajo los impíos!

—¡que mueran!

—¡que nos devuelvan nuestra reliquia!

—¡gritos desaforados, seguidos de algunos garrotazos descargados so-

— años para criar valor, hicieron conocer al Obispo que la pruden-

— se le aconsejaba retirarse.

Entonces la mayor parte del populacho se dirigió precipitadamente al Colejio de Artes.

Confundiáanse entre la muchedumbre nuestros antiguos conocidos Horán, Brijida y el mariscal Tomás.

También el gran Soflama corría cabizbajo, admirándose cada vez más de su último descubrimiento físico.

De la puerta del Colejio de Artes, se destacaron tres grupos hacia las casas del Presidente, del Prefecto y del Intendente de Policía.

Los primeros, es decir, los que fueron á casa del Presidente, encontraron una fuerte resistencia; y se batieron con los de la guardia sin más pérdida por su parte que la muerte de un borbador, á quien dejó en el sitio un tiro de fusil.

Los segundos se contentaron con arrojar piedras á los balcones y ventanas de la casa del Prefecto; no pudiendo penetrar en ella porque la puerta estaba perfectamente cerrada por dentro.

El tercer pelotón se esforzaba para derribar la puerta de una tienda de mercaderías de la propiedad del Intendente.

Un cuadro de tropa se apoderó del portal en que estaba situada la tienda, y ahuyentó á los amotinados.

Muchos militares sorprendidos fuera de sus cuarteles, cambiaban presurosos sus casacas por vestidos de paisanos. La asonada era ya tremenda.

La noche encapotada continuaba su insensible curso. El aire seguía bramando. Todos los faroles se habían apagado. Todas las puertas permanecían cerradas.

Las campanas no cesaban de clamorear. Y la amotinada multitud, dividida en grupos se replegaba á toda prisa á la gran masa que se introducía en el Colejio.

Irritado parte del populacho por la inutilidad de sus tentativas, destrozaba los cuadros, las estatuas, las bancas y las puertas de todas las aulas.

Nada perdonaba su destructora saña. El ejemplo de uno animaba á los demás.

Bien pronto no se percibió más que un grito de júbilo:

—¡Victoria! ¡aquí está!

Sobre una larga mesa se hallaba tendida, y concluida ya, una copia de bulto del Señor de los Temblores, trabajada por el estatuario Arbe.

La multitud se lanzó sobre la copia como un tigre sobre su presa.

Cada uno de los miembros del crucifijo, que por su perfección podían servir de modelos, fue arrancado sin piedad de su tronco.

Unos se disputaban los brazos; aquellos las piernas; otros la cabeza, estos el cuerpo; y gritando con loca alegría:

—Vamos á depositarlo en el convento de Santo Domingo! —abandonaron el Colejio de Artes, dejando por testimonio de su triunfo, fragmentos de moldes y de bancas, esparcidos por las aulas y corredores.

Mohino por demás seguía involuntariamente á la frenética muchedumbre, el gran Soflama gruñendo entre dientes.

—¡Imbéciles!... Lejos de premiar los conocimientos artísticos, lejos de admirar esa obra que inmortalizaría á su autor en otro país, donde convertido en estatua de bronce sería colocado sobre la cúspide de marmórea columna, de dos mil pies de elevación...

dió una recia palmada en la frente, exclamando como un inspi-

mi descubrimiento!... Ah! ¡recibido con indiferencia!... Bien! sería para escribir otro volumen de á folio. Siento mucho haberlo te una turba de imbéciles! ¡Oh! Es preciso: si, es preciso... me pa... quiero ser admirado allí, como un hombre de ciencia, en ensión de la palabra... —y deteniéndose al principio de una ca- en derredor suyo una desdeñosa mirada— No conoce —añadió— ste pueblo insensato lo que en mi va á perder ¡oh! no he bajado cielo para brillar aquí!... La sofiama de m isaber iluminará ese peo.

poseyéndote no tendrán ya necesidad del sol —añadió uno que aba.

bas de cometer una gigantesca metáfora —exclamó el gran So- ando con la vista al que le dirigía la palabra— Bien: yo escribi- de á folio en elojio tuyo: porque te manifiestas más civilizado ba de imbéciles.

és de depositar en el convento de Santo Domingo, la obra del se, el populacho se encaminó otra vez con igual entusiasmo á la

ncluyamos la obra! —dijo el perorador del sombrero de paja.

la se hace á medias —añadió la beata.

elante! —gritó el mariscal Tomás.

¡formidable vocería de aprobación hizo retemblar las casas de e de San Agustín.

CAPITULO VI

TEMPESTAD Y CALMA.

nero de los amotinados se aumentaba insensiblemente. tajeración, todos los individuos que componían el bajo pueblo e hallaban en la plaza mayor, y en el cementerio y en el tem- tedral.

l desenfreno natural en tales ocasiones, el populacho parecía no ás ley que su voluntad. Entonces, al menos, se consideraban ab- libres... libres como el viento que ruje en torno suyo.

os de hacer lo que les diese la gana, sin miramiento, sin consi- temor; porque ninguna clase de oposición habría sido suficiente rios, se introdujeron por segunda vez, en el templo indicado.

el huracán que arranca y derriba los más corpulentos árboles, os hacían retemblar el templo con sus pisadas.

ino, se consideraba un Hércules, despidiendo centellas por los ndo sobre sus cabezas un formidable palo, como la clava con in á aquel semidios del paganismo.

ente se oyó una voz vibrante, que llamó la atención de la fre- ud:

cubre á pretexto de componer estas gradas.

—¡Examinemos el altar mayor! ... Dicen que pretenden llevarse la
—¡Muerte al sacrilego! —exclamaron algunos.

Y como las encrespadas ondas de un mar que se arroja cerca de una
playa, la airada muchedumbre subió al presbiterio por las recién compuestas
gradas.

Miraron, palparon, escudriñaron los más ocultos rincones del altar. Sa-
tisfechos con este escrupuloso examen, exclamaron.

—¡No hay novedad!

—¡Podemos retirarnos! —Hemos cumplido nuestro deber.

—¡Aun no! —gritó el del sombrero de paja encaramándose en el púl-
pito.

Todos los ojos se dirigieron al tribuno.

—¡Aun no ha hecho el pueblo su deber! —Hemos sido bastante afor-
tunados en nuestra cristiana empresa... pues el altar de plata está en su ser,
y no ha sido cambiado el Señor: pero aun nos resta asegurar, en otra parte,
la reliquia de que han querido privarnos...

—¡Sí! —respondieron algunos— ¡Los canónigos no nos inspiran con-
fianza!

—Estan ganados por los bolivianos.

—El pueblo cristiano —prosiguió el orador —árbitro y solo responsa-
ble antes sí mismo o de sus acciones, en circunstancias como las presentes,
debe, por el derecho de soberbia que reside en él, disponer como mejor le
parezca de las imágenes que se veneran en sus templos.

Este hacinamiento de principios, vertidos para halagar los oídos de
una turba enfurecida, arrancó un grito de general aprobación.

—Determinad, pues, pueblo cristiano —continuó el orador— señalad el
templo en que podamos depositar al Señor.

—¡En Santa Teresa!

—¡En un monasterio de mujeres!... ¡qué oposición podrán hacer, si
mañana van los canónigos á reclamar la santa imagen?

—¡A San Francisco!

—¡A San Francisco!

—¡Sí! ¡sí! ¡A la obra!

Gritaron á una todos.

E inmediatamente bajaron al Crucificado de su altar, y con loco entu-
siasmo se dirigieron con él á San Francisco.

Las campanas de la Catedral tocaban plegarias. La noche un poco
más serena, mostraba en el firmamento algunas estrellas, que brillaban con
una luz incierta.

Las plazas y calles por donde pasaba el gran complot, quedaban un
instante después, silenciosas, melancólicas, y su atmósfera ajitada de un mo-
do incomprensible.

Depositada la efigie en el templo elegido, el populacho formó su conci-
liábulo en el cementerio.

—Esta es la ocasión de proclamar un nuevo gobierno —dijo un mili-
tar disfrazado de paisano— ¡Abajo la Confederación!... Vamos á tomar los
cuarteles; y aclamemos con entusiasmo el nombre de nuestro paisano el je-
neral Gamarra...

—El pueblo no se ha reunido para eso —contestó uno.

—Pero está cansado de ser rejido por el gobierno de Bolivia— replicó terior.

—¡Dicen bien! —gritó otro...

—El pueblo ha sentido ya la severidad de las leyes de Bolivia— prosiguió el anterior, alentado por aquella muestra de aprobación. —Esas leyes, hechas para vasallos y no para hombres libres, ha meses que nos están riendo, con lástima y escándalo del mundo...

—¡Los códigos! —exclamó uno.

—Oid, oid esta injusticia. —continuó el militar disfrazado— y confesadme, que es necesario arrojar de nuestro territorio ese gobierno intruso...

—¡Hablad! ¡hablad!

—Según los códigos, un necesitado, un artesano por ejemplo, que tope prestada una cantidad de dinero para fomentar su trabajo, y no puede venderla, porque sus obras no se venden, puesto que se permite á los extranjeros internar de todo, debe ser encerrado en la cárcel, hasta que pague. ¡Maldad bien: hasta pagar, no solo la cantidad que pidió, sino además un tanto por la carcería.

—¡Qué abominación!

—¡Después que no se nos protege en nuestra industria!

—Y que nos arrancan patentes dobles, cuando no pagamos pronto!

—¡Y nos hacen trabajar como á unos machos, en la maestranza!— (Espera Tomás).

—¡Si!... nos encierran semanas enteras, prometiendo pagarnos.

—¡Eh!... ¡qué bellas promesas!

—Los artesanos estamos oprimidos.

—No progresamos en nuestro trabajo por falta de garantías...

—¡Eh!... dicen los de **pescuezo colorado**, que las leyes nos protegen... ¡pero se han hecho para nuestra felicidad.

—¡Si!... fabrican sus leyes solo para oprimir á los indefensos...

—Y cuando ellos las quebrantan no les aplican la pena que merecen.

—¡Y dicen que "todos somos iguales ante la ley"

—¡Esa es una mentira!

—Con esas palabritas nos han alucinado siempre!

—Y si alguna vez nos quejamos... ¡Hum!... ¡nunca sacamos nada!

—Como ellos hacen las leyes... las tuercen á su antojo...

Y por contentarnos nos dicen: "¡bueno, bueno!... ya lo veremos".

—Ellos tienen ojos, para ver lo que les conviene... no para hacerse cargo de nuestras necesidades.

—¡Esa es una verdad!

—¿Pensarán que no estamos al cabo de todo?...

—"El populacho es ignorante"... dicen ellos... que se echan á dormir...

—Es porque pocas veces desplegamos los labios, para hacer presente mucho que se nos oprime...

—Guardamos silencio, porque estamos convencidos de que nuestras quejas nunca pasan los umbrales de Palacio.

—Y si llegan alguna vez allí... ¡las sofocan!... ¡las desprecian!...

—Solo Dios escucha las quejas del pobre...

—Y los de **pescuezo colorado** se hallan exentos de pagar contribuciones... ¡pero todos somos iguales ante la ley!

—No: ellos se jactan de pagar las contribuciones que llaman indirectas.

—Y nosotros pagamos las personales.

—¿No somos iguales ante la ley?

—Y para pagar esas contribuciones indirectas... ¿de qué cuero sacan las correas?...

—¡Del nuestro! ¡del nuestro!

—¡La ocasión es favorable!... vamos á despertar á esos que duermen tranquilos; y exijámosles una satisfacción, por lo mal que nos tratan.

—¡Ya se nos ha dicho!... "el pueblo es soberano!... ¡responsable solo ante sí mismo!"

—¡Sí!... ¡sí!... ¡quien se atrevería á juzgar á todo un pueblo!..

¡Vamos!... ¡vamos!...

¡Que despierten los de pescuezo colorado á costa de nuestro sudor.

—Así nos reintegraremos de lo que con mil pretextos nos arrancan frecuentemente...

—Sí... ¡disminuyendo el pan de nuestros hijos!... ¡Nadie se cura de nuestra miseria!

—¡Vamos! ¡vamos!

—¡Oh!... ¡eh! —gritaron todos los descontentos, batiendo las manos contra los labios.

El militar disfrazado temblaba de alegría murmurando:

—Al fin me puse las amables (charreteras) de palas rojas... Llegó el momento... voy á dar parte á mis compañeros... —y tomó el trote.

A continuación de esa desenfadada vocería, cuyo eco se repetía en las demás plazas, el exaltado populacho empezó á agitarse como las aguas de un lago alborotado.

Mutuamente estimulados con sus reiteradas quejas se encontraban enteramente dispuestos á entregarse sin freno al pillaje, por vía de indemnización como decían ellos.

No había uno que se opusiese á tan bárbaro designio.

De repente se alzó una alarida semejante á un trueno... Podía considerarse á los de la asonada, como una aglomeración de nubes, de cuyo seno iba á desprenderse la tempestad.

Ese grito que rasgaba el aire, resonaba en todo el ámbito de la plaza, y con una prolongada vibración, penetraba hasta el interior de las casas lejanas.

Los amotinados no cesaban de gritar. Consultaban unos con otros sobre la dirección que debían tomar, la primera casa que debían acometer. Bien pronto se pusieron por desgracia de acuerdo, ajitando el aire con otro grito de aprobación.

Entonces se dejó percibir una voz clara y sonora. Hubo un instante de silencio.

—¡Suplico al pueblo que me preste atención! —dijo una voz.

Era la de Fray Lucas.

—¿Qué haceis? señor... ¿qué haceis?... —I edecía Simeón tomando las manos del Religioso —¡el pueblo... reunido así... es terrible!

—¡Hermanos míos! —exclamó Fray Lucas, sin hacer caso de Simeón, y colocándose en el umbral del templo, desde donde dominaba á la multitud. —Me creo autorizado para dirijiros la palabra... porque solo me anima vuestro bien, y por que sé que vuestros corazones siempre han acogido la ver-

EL PADRE HORAN

— 33 —

id y la justicia... Si habeis cedido á ocultas maquinaciones, convencidos de ellas... ¿no os lastimais de haber obrado con harta lijereza?...

—¿Quién es el que habla así?...

—¿Es de los nuestros? —se preguntaron los del pueblo.

—¿Es un sacerdote!

—¿Un religioso jóven! —contestaron los más próximos á Fray Lucas.

—Ciertos de que se os ha engañado —prosiguló Fray Lucas si por un sentimiento cristiano, habeis llevado vuestro entusiasmo hasta sacar de su santuario la venerada efígie del Salvador para depositarla en este templo, creo que ahora sólo permanecéis reunidos para darle todos juntos muestras fervorosas de vuestro arrepentimiento.

Un murmullo sordo se dejó escuchar entre la multitud

—Si todo hombre es capaz de errar, un pueblo, capitaneado por caudillos, que solo pueden haber pretendido su ruina, es tanto más disculpable, cuanto que se presta ciegamente á servir de instrumento á los siniestros planes de los malos. Debeis sin embargo perdonarlos. Habienda cesado el motivo de vuestra reunión... reunión que tanto ha alarmado á vuestros hermanos, haciendo peligrar la tranquilidad jeneral, debéis retiraros, ya á vuestros hogares, dando gracias á Dios de que no se hayan inundado en sangre las calles de vuestra ciudad. No añadais á vuestra imprudencia acciones criminales, que os harían aparecer como bárbaros y feroces ante vuestros compatriotas no, no los sois: claro es vuestra razon: sabeis estimar vuestro buen nombre, y apeteceis la ventura, el sosiego, y el trabajo para vivir de él, porque vosotros sois industriosos, buenos padres de familia, buenos ciudadanos, y buenos cristianos sobre todo.

—¡Si, si!

—¡Deplorad vuestra ceguedad! —prosiguló conmovido Fray Lucas— llorad vuestro extravío... y reconociendo la indiscreción de vuestro pasos, continuad trabajando en paz y en silencio, que es la mejor ofrenda que podeis hacer al padre universal!... El no nos sostiene en la tierra para que le consagremos un culto irracional, en medio de asonadas que entristecen á los cielos, que causan horror á la tierra, que espantan hasta á los feroces animales!... ¡No!... El culto que debemos tributarle ha de ser puro y apacible y profundo: culto del corazón, que se manifiesta por obras buenas, por acciones virtuosas... Adoremos al Señor nuestro Dios, trabajando, alimentandonos con el sudor de nuestra frente... Y entonces nos bendecirá y hará tranquila y dichosa nuestra vida.

Mientras que así hablaba Fray Lucas, procurando hacerse entender de todos su oyentes, estos guardaban silencio, inclinadas profundamente las cabezas.

El populacho del Cuzco, apacible por esencia, es como un estanque de agua, que no se altera sino cuando se arroja á su fondo un cuerpo extraño.

Notando Fray Lucas tan respetuoso silencio, continuó hablándoles con el lenguaje de la más afectuosa persuasión.

A poco rato principió un murmullo jeneral... Muchas personas se retiraban apresuradamente... Entonces se percibió el acento de una voz indignada.

—¡Pueblo insensato! —dijo; y la abundancia de la respiración le impidió reconocer sus derechos... De-

seabas combatir la forma de un gobierno intruso y déspota...

—¡Ese es el hombre malo que nos engañaba!

—¡Que quería arresarnos como á una manada de carneros! —exclamaron algunas voces.

—El pueblo está cansado de revoluciones —dijo Fray Lucas con voz firme— el pueblo no apetece sino la paz, para medrar en sus trabajos!...

—¡Si! ¡si!

—En las revoluciones quien pierde es el pueblo... No queremos sino la paz...

—Los que ganan son pocos...

—¡Que se elevan á costa de nuestra sangre!... y después son nuestros opresores.

—¡Todo el que turba la paz, no quiere nuestra felicidad!

—¡No queremos más revoluciones!...

—¡Ya se ha dicho!... ¡quién pierde es el pueblo!

—¡Si!...

—En cada revuelta nos aflijen con reclutajes y contribuciones.

—Y nos encierran en la maestranza para que compongamos los fusiles, y hacer después que nos matemos los unos á los otros!

—¡Con este gobierno estamos bien!

—Los artesanos que sobresalen en su oficio ganan un premio de 300 pesos.

—Retirémonos á nuestros hogares —dijo Fray Lucas— Evitemos en lo posible la repetición de actos tan desgraciados... Y en el rincón de nuestras casas, avergoncémonos de las repugnantes escenas de esta noche... Vamos, vamos con Dios...

El amotinado populacho empezó á dispersarse en silencio.

Veíase un grupo, compuesto de cinco individuos de sospechosas fisonomías, envueltos en ponchos y capas de bayetón, en uno de los ángulos del cementerio ya desierto.

—Aprovechemos

—Esta noche tiene miedo la patrulla.

El tiro (robo) es bueno... segurísimo... ¿grasa para los perros?

—Estoy prevenido...

—Si encontramos resistencia...

—¡Eh!... Lo mandaremos á Calca (al otro mundo).

—Adelante...

—¡Si escapó! —exclamaba con profundo sentimiento Simeón, entrando precipitadamente en la celda de Fray Lucas —¡Se escapó!...

—No te apesadumbres, buen Simeón contestó Fray Lucas alargándole una mano...

CAPITULO VII

DELIRIO.

Algunos minutos después de la dispersión del populacho, el reloj del destrozado Colejio de Artes dió las diez.

Los vientos habían impelido las negras nubes hacia el N.; y el oscuro azul del cielo brillaba con sus estrellas infinitas.

Desiertas estaban las calles y plazas: no había un farol encendido: parecía que el Cuzco dormía sosegadamente después de una fuerte pesadilla: solo los serenos cantaban de vez en cuando el "Ave María" de estilo, haciendo oír enseguida el rápido sonido de siringa del Dios de los pastores.

Sin embargo; quizá en el interior de las casas, velaban asustados los propietarios, aguardando por instantes una repentina invasión. Frecuentemente las aonadas populares inspiran tales temores, y no sin fundamento.

¡Ah! los que tienen su pensamienot fijo en sus arcas, debían sentir con mayor fuerza el temor de un asalto. Podemos comprender tales angustias penetrando en casa de don Tadeo.

Aprovechando de la ajitación que se notaba en el convento y sus alrededores, don Tadeo se había escapado de su prisión.

Acababa de salir de su dormitorio con el gozo pintado en el semblante. Su magra fisonomía se animaba más y más, y al paso que con la luz, que sostenía su muchacho, iba registrando todos los ángulos de su vivienda.

Absorto lo observaba todo el idiota, envuelto en su lanudo poncho, que le ocultaba hasta la nariz.

—¡Más flaco está que Como —usted!— musitaba Antolín, clavando sus amarillas pupilas en el enjuto rostro de su patrón— ¿De qué parte vendrá?... ¿Quién le habrá dado de comer en tantos días?... ¡Eh!

—¡Antolín! ¡Antolín!... —exclamó don Tadeo arrojándose en su disforme sillón— ¡Tú eres un buen muchacho!...

—¡Ah!— gruñó el idiota poniendo el candelero sobre la mesa.

—Suelta á los perros y vuelve pronto...

—¡Bueno! —dijo Antolín y dió media vuelta.

—¡Oye! ¡oye!... ¡No me dejes solo! —le gritó el avaro parándose involuntariamente.

El recuerdo de su prisión le causaba pavor.

—¿Y los perros? —contestó el idiota deteniéndose.

—Iremos juntos... para que juntos regresemos... No te separes de mí... ni por un instante... ¿Entiendes, Antolín? —dijo don Tadeo; y dando algunos pasos, añadió— ¡Oh!... Mucho me he acordado de tí, buen Antolín.

—¡Jé! —exclamó el idiota sonriéndose, y murmuró —Qué cariñoso ha vuelto!... Ya no me dará de trompadas, (puñadas) ¡Lo que es la ausencia!...

—Vamos juntos. Antolín —dijo con resolución el avaro, cuya cabeza parecía haberse desorganizado más de resultas de su encierro.

—¡Y si los perros muerden!...

—¡No, entonces no! —gritó don Tadeo tirando del brazo al idiota— de

Resistiendo débilmente y con atropellados pasos, se volvió el idiota junto al sillón de su amo.

—No quiero que los perros se equivoquen conmigo... no: no.— Dijo don Tadeo moviendo la cabeza y con suplicante ademán. —No te alejes de mi lado... querido Antolín... La noche está oscura... Los rayos de esa vela lastima mis pupilas— añadió entregándose los ojos. —¡Ah!... ¡Y no puedo soportar la oscuridad!... Solo su idea me horroriza— y se estremeció.

Cuanto oía y veía Antolín era incomprendible para él. Cuando le tocaba contestar, apenas fruncía los labios para producir un ¡eh! y algunas palabras que siempre se referían á los perros.

—¡Al fin estoy en mi casa! —exclamó con júbilo el prestamista —¡Y en posesión de mi oro!... ¡de mi oro!...

Y sus pupilas se dilataron, brillantes como dos carbunclos. Pero acostumbrados sus ojos á la oscuridad y heridos de improviso por la viva luz de la bujía, bajaron violentamente sus párpados, haciéndole experimentar una sensación dolorosa.

—¡Qué fatalidad!... —exclamó con voz doliente don Tadeo— ¡Yo voy á perder la vista!... ¡Antolín! ¡Antolín!... Oculta ésa vela... ponle siquiera una pantalla de papel... ¡Ah!... ¡sin vista!

—¡Ah! —gruñó el idiota. —Parece que quisiera estornudar como mis perros cuando les acercó la luz.

Y tomando la vela se agazapó debajo de la mesa.

—¡Se quemará, Antolín! Eres muy torpe... Con papel y paja se hace una pantalla...

—¡Ah!... "Ocúltala, ocúltala": y luego: "ponle una pantalla"— replicó el idiota ejecutando de mala gana la última indicación —ni mis perros podrían entenderlo...

—Está bien, Antolín. Ahora no me dejes solo... Irás á soltar á tus perros...

—Bueno... —lo interrumpió el idiota dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Atiende! ¡atiende!... Te digo que irás á soltar tus perros cuando yo me haya dormido profundamente... ¿Entiendes?

—¡Bueno!

—Solo así... no podré... porque ...estar solo y despierto... ¡oh! es mucha fatalidad!...

Sí Antolín mucha fatalidad.

—Cierto— dijo el idiota encojiéndose de hombros. —Durante la ausencia de U. he vivido yo con mis perros como con uno hermanos... ¡Eh!... ¡Qué cariños los de Como— usted! Solo ese pícaro Rodil ladra hasta á las moscas... ¿Y el taimado Tomalo?...

—¿Y durante mi ausencia, no me ha buscado alguno?...

—Muchas veces ha tocado la puerta el Padre... hasta hacerlos ladrar.

—¿Pero no abríras?... —le interrumpió don Tadeo poniéndose en pie maquinalmente y dirigiendo una congojosa mirada hacia su dormitorio.

—Yo nunca abro la puerta.

—¡Antolín! —exclamó el avaro desplomándose sobre su sillón. —Antolín, tú eres un buen muchacho.

—¡Ah!... ya lo ha dicho varias veces: ¡y mis perros están encerrados!

—Hasta la puerta como siempre, á recibir el recado de Juanita...

—Antolín... eres un buen muchacho...

—¡Jé!... Juanita dice que hay calles muy hermosas... llenas de jente...

¡Dios mío! —prorrumpió don Tadeo recordando vivamente el tumulto que favoreció su fuga. —¡Tanta jente!... ¡con qué objeto?... ¡Oh! con el de robar...

Y lanzando miradas espantosas, que hacían sonreír al idiota, veinte veces se aproximó á la puerta de su dormitorio, indeciso, confundido, asustado, sin resolverse á tomar ningún partido de precaución.

¡Su oro podía pasar á poder ajeno!... los retumbantes gritos del populacho zumbaban en sus oídos. Y se figuraba rodeado de ladrones, y sin esperanza de poseer su oro un día más.

Trastornado con tales ideas, el avaro se torcía los dedos, olvidaba el daño que la luz podía hacerle, su horror á la oscuridad, y el temor de estar solo.

—¡Corre! ¡cierra la puerta de la calle!... ¡Suelta los perros!... y vuelve pronto— dijo con afán á su muchacho.

Muy contento le obedeció Antolín.

Don Tadeo cerró entonces con llave la puerta de su dormitorio: arrimó á ella la mesa y su sillón: y puso fin á esta manobra ocultando la llave debajo de la estera.

Cuatro minutos después don Tadeo estaba sentado en su poltrona, y con la vista clavada en la puerta principal, que permanecía entornada. Aguardaba que se abriese y que entrase Antolín, á quien jamás había esperado con mayor ansiedad.

Los perros pasaron retozando y dando golpes con los rabos en los balaustres del corredor. Por lo demás, era sepulcral el silencio. De repente empezaron á ladrar los perros con furor, bajando la escalera.

Don Tadeo se estremeció en su asiento é involuntariamente se llevó ambas manos al corazón. Dirigió una tristísima mirada á la puerta de su dormitorio. Hablando metafóricamente, pudiéramos decir que esa mirada atravesó las tablas y fué á descansar en el fondo de la arca de fierro.

Los perros siguieron ladrando.

—¡Pícaros! —gritaba Antolín— ¡voy allá!... ¡Basta de bulla!

—¡Antolín! ¡Antolín! —balbuceó don Tadeo.

Los perros cesaron de ladrar.

De repente el avaro dió un salto en su silla al oír un grito de Antolín grito indudablemente arrancado por el susto.

Antes de volver en sí don Tadeo, vió entrar en su cuarto tres hombres de terribles miradas.

Atónito los contempló el avaro.

Una densa nube se extendía sobre su vista. La sangre no circulaba por sus venas, el hielo de la muerte corría ya por ellas.

Cada uno de los tres individuos llevaban un sombrero alon, y la parte inferior de la cara oculta con un mugriento pañuelo.

—¡La plata!... —dijo uno de ellos descubriendo un enorme cuchillo, cuya aguda punta apoyó en el pecho de don Tadeo.

—¡Ni un baúl! —exclamó el otro rejistrando todos los rincones.

—¡En este cuarto! añadió el tercero dando una tremenda puñada en la puerta del dormitorio.

—¡Antolín! ¡socorro! —gritó el avaro con voz ronca y empujando con brío al hombre que tenía por delante.

Entonces se orijizó una refida y vigorosa contienda entre don Tadeo y el ladrón. Los esfuerzos del primero eran sobrehumanos: había logrado aferrarse de los brazos de su contendor.

Se afanaba por apoderarse del cuchillo de su adversario, para defender con él su oro.

Los otros entre tanto habían retirado ya la mesa, y con mucha calma, daban vueltas a una ganzua dentro de la chapa.

—¡Te voy á enfrir! (matar) —rujió el ladrón apechugando á don Tadeo.

—¡Que pruebe!... —dijo otro— parece que nada aburrido el compinche.

—¡Usurero! —añadió el último.

—Ladrón que roba á ladrón... —exclamó uno dando una formidable patada en la puerta del dormitorio.

—¡Gana cien años de perdón! —concluyó el compañero.

Y su voz se apagó con el golpe de la puerta, que se abrió de par en par.

—¡Ladrones! gritó don Tadeo con espanto; y reuniendo todas sus fuerzas, arrastró á su adversario hasta el umbral de la puerta.

—¡Vamos éstate quieto! —clamó el ladrón con irritado acento...

Don Tadeo lanzó un grito de dolor.

Estaba herido; y sin embargo empleaba todo su aliento para sujetar al ladrón.

Sintió con espanto que sus brazos se debilitaban. En vano batallaba, oprimido bajo el cuerpo de su enemigo.

El miedo de perder su oro, lejos de abatirlo, reanimaba su corazón, y daba vigor á sus nervios.

Acezaba, lanzando miradas sangrientas, cuando hirieron sus oídos las siguientes palabras:

—¡Concluido!... ¡andando!...

Enseguida sonaron dos palmadas.

Inmediatamente entraron dos ladrones, conduciendo á Antolín, pálido y palpitante.

Con increíble lijereza vendaron los ojos y ataron las manos de patrón y criado: los colocaron boca abajo y á distancia uno de otro; y apagando la luz se retiraron lentamente.

Un instante después, entraron los perros husmeando. Gruñeron junto á don Tadeo, y volvieron á salir apestado á grasa, y relamiéndose los hocicos.

A costa de mil fatigas, logró D. Tadeo desprenderse de sus ligaduras; gritó dando vueltas dentro del cuarto, hasta que tropezó con Antolín.

El idiota no hacía esfuerzo alguno para recobrar el libre movimiento de sus manos; poseído de un mie do supremo se hallaba extendido como un tronco.

Ni siquiera daba indicios de animación, de sensibilidad, á pesar de los repetidos y fuertes pisotones de su patron que á grito herido lo llamaba.

¿Contestar Antolín? imposible. Bien podía desgañitarse el desesperado don Tadeo; el idiota era una tapia en esas circunstancias. Se creía muerto...

A poco rato don Tadeo puso una vela encendida sobre la mesa. Páitidas estaban sus facciones, azorada su frente, erizados sus cabellos, su mirar espantoso, y sus entreabiertos labios prorrumpieron en su exclamación favorita: —¡Qué fatalidad!...

Distinguiendo al idiota se lanzó sobre él con hueca furia; y descargándole dos fuertes puntapiés, añadió:

—¡Levántate monstruo!... ¡no cerraste la puerta!...

Pujando aguantó Antolín los puntapiés de su amo. Enseguida se enroscó como una culebra.

El avaro vertía abundante sangre de la herida que había recibido bajo la última costilla izquierda: de tres tirones dió libertad á Antolín; arrojando lejos de sí los mugrientos pañuelos que lo ataban.

—¿Por qué no cerraste la puerta? —le gritó con formidable voz: y como un relámpago se introdujo en su cuarto de dormir.

Entre tanto, Antolín despertaba como de un profundo sueño. Todo su cuerpo temblaba horriblemente.

Pasóse la mano por su scabellos... y chispas eléctricas se desprendieron en la oscuridad de su cabeza. Al fin se paró con lentitud.

Tocábase el cuerpo en diferentes partes, dudando sencillamente de su existencia.

Antes de haberse dado cuenta de que aun se hallaba con vida, retrocedió espantado...

Acababa de salir don Tadeo.

Ensangrentadas estaban sus manos.

Sin pronunciar una palabra se dejó caer en el sillón y exhaló un profundo suspiro.

Los perros peleaban entre sí, disputándose los restos de la grasa.

Este bullicio llamó la atención del idiota más que la inmovilidad de su patrón.

Como en una bóveda se reproducían dentro del cuarto los ladridos de los perros.

Don Tadeo se descubrió el rostro y dirigió al idiota una mirada terrible.

Apesar de su extrema debilidad se alzó de su sillón.

Acometido de un ímpetu de cólera, brincó sobre Antolín; y suspendiéndolo en el aire vigorosamente, lo arrojó...

El inocente idiota fué á dar de espaldas contra el quicio de la puerta, sin pronunciar ni un grito de dolor.

—¡Monstruo!... ¡no tuviste cuidado con la puerta! —exclamó el avaro arrastrando de los piés á Antolín hacia el centro de la vivienda.

El idiota movió negativamente la cabeza.

—¡Contesta! ¿Por qué no hablas? —gritó el avaro acompañando sus palabras con repetidos puntapiés.

Antolín barbotó:

—¡Yo no hablo!... Esos hombres me han dicho que no hable nunca...

Y derramó en torno suyo una medrosa mirada.

Entonces el avaro suspendió á la altura de su cabeza el disforme sillón, para dejarlo caer con rabia sobre Antolín...

El idiota huyó; y el sillón se estrelló contra el suelo.

Don Tadeo salió bramando en persecución de su sirviente, hasta el principio de las escaleras...

Los perros ladraron á sus piés.

Esperando retrocedió á su habitación: allí se estremeció convulsivamente.

Contemplándose bañado en sangre, se agarró con ambas manos la cabeza.

La crisis de su antigua enfermedad se aproximaba.

—¡Qué fatalidad! ¡qué fatalidad!— exclamó volviendo á entrar en su dormitorio.

Deteniéndose junto á su caja abierta y vacía, sintió que se le destruía el corazón...

Estáticas eran sus miradas.

Un sacudimiento nervioso vino á sacarlo de su abstracción.

—¡Vacía!... ¡vacía!... —prorrumpió haciendo terribles contorsiones y mesándose los cabellos —¡Mi oro!... ¡mi oro!... ¡Qué fatalidad! ¡Yo me he dejado arrebatar mi oro!...

Y la hemorragia se aumentaba con sus movimientos de desesperación.

El rostro ensangrentado de don Tadeo estaba horrible. Sus cabellos, también llenos de sangre, caían sobre su frente, crizándose por instantes como cuerdas enceradas.

Vivo fuego despedía de sus ojos; y sus labios temblaban tanto como sus párpados.

Puso ambas manos sobre su herida; y retirándolas calientes.

—¡Sangre!... ¡roja!... —exclamó acometido del delirio— ¡sí!... ¡sí!... ¡qué horror!... —y su cuerpo se sacudía horriblemente. ¡Es mi sangre!... ¡es mi sangre!... ¡la muerte!... ¡yo voy á morir!... —y se estregó los ojos— Oh!... ¡qué veo!... sí!... ¡Es ella!... ¡su sangre!... sí... ¡roja!... ¡mi mano está manchada con su sangre!... No: no!... ¡Yo la veo... Mercedes!... Simeón!... mi mano está manchada... con sangre!... ¡Qué fatalidad!... Yo he dado muerte... sí!... no me persigais... no! no!... Antolín!... Antolín! no me dejes... solo... ¡solo!... ¡qué horror!... Espectros... se acercan!... Es Mercedes!... E Simeón... —y apartaba la vista tendiendo las manos en actitud de rechazar algún objeto —¡socorro!... No os aproximéis! —y su acento era más débil. Se acercan... se acercan siempre... ¡Estoy manchado con sangre!... Yo los siento... aproximarse... Ah! yo no los veo... la oscuridad... no... no... distingo muchas luces que se ajitan á mi alrededor... Es mi oro!... mi oro!...

Y cayó junto á la vacía caja.

Se abrazó de ella; y espiró...

Media hora después dos perros ahullaban lúgubrementemente en la puerta del cuarto.

PARTE SETIMA

LA FAMILIA DE SIMEON

CAPITULO I

CALIXTO

Tristes vagaban las miradas de Anjélica, recorriendo las melancólicas facciones de seis personas, miembros todas ellas de una sola familia.

Esta familia era la de Calixto.

El tejedor, sentado junto á un tosco telar, daba impulso á una lanzadera por entre los hilos de la urdimbre, cruzándolos unos con otros, mediante la acción de sus piés sobre dos correas, que, á manera de estribos, suspendían y bajaban alternativamente los peines. Hallábase fabricando una frazada de lana de varios colores.

Era Calixto un hombre de franca fisonomía, bastante robusto, y como de cuarenta y seis años de edad. Las mangas de su camisa de tocuyo estaban recojidas á la altura del codo, manifiesto sus nervudos brazos. Llevaba puesto un gorro de lana de vicuña.

A corta distancia del telar se hallaba su esposa.

Reclinada en su lecho, sostenía Teresa una madeja de hilo carmesí, y una de sus hijas, arrodillada á sus piés, hacía de ese hilo pequeños ovillos, para acomodarlos en la lanzadera de su padre.

Otra niña, muy parecida en todo á la anterior, practicaba esta última operación.

Dos criaturas, menores que las enunciadas, jugaban con platitos de barro á los piés de Anjélica, que se hallaba sentada sobre un montón de frazadas, —trabajo de Calixto.

Teresa y sus cuatro hijas estaban vestidas de bayeta del país.

La vivienda era espaciosa; sus paredes y techo se hallaban ennegrecidos por el humo del fagon: el piso no tenía ladrillos ni argamasa.

La puerta de esta habitación, daba á un patio que servía de corral.

Además del telar en que trabajaba Calixto, se veían otros dos, más pequeños, empolvados y arrinconados. Algunas madejas de hilo de diferentes colores, colgadas en las paredes, atraían las miradas de Anjélica.

La serenidad que se notaba en las facciones de Calixto y de su esposa, y la alegría infantil que brillaba en los semblantes de las niñas, manifestaban si no el contento, á lo menos la conformidad en la pobreza y el trabajo.

Anjélica estaba en traje de iglesia. Había salido de su casa, antes de la hora determinada para confesarse, con el objeto de cumplir el encargo de Casimira, que se reducía á recibir de Calixto el importe de su hilado. Esto era dos días después de la asonada.

—Desde que ese buen señor nos ha abrumado con sus servicios, y con sus diarias visitas, hasta ver restablecida á mi Teresa y enteramente sana á mi pequeña Balbina —decía Calixto á Anjélica... —me encuentro hombre.. estoy más alentado...

—¡Oh! —exclamó Teresa con muestras de profunda admiración —ese buen señor... nos ha traído la bendición de Dios! Mi hija sana y buena, y jugando ya... ¡Ayer vendimos cuatro frazadas por junto!...

—Y fuera de la venta de las frazadas: ¿no te acuerdas de las palabras de consuelo, de los saludables consejos, del buen señor Carmona?...

—¡Oh! ¡como no! ¡Por eso digo, que con ese señor nos ha venido la bendición de Dios!

—Todo lo debemos á la señorita —repuso Calixto volviéndose hacia la joven.

—Si... —balbució Teresa. —Lo único que siento es ser muy inútil para servirla...

—No tienen ustedes que agradecerme... —contestó Anjélica bajando con modestia sus hermosos ojos; y deseando evitar nuevas manifestaciones de reconocimiento, añadió —¿con qué les vá á ustedes medianamente en el trabajo?

—Muy bien nos iba al principio de nuestro matrimonio —contestó Calixto. —Es verdad, que entonces no era mi oficio tejer frazadas...

—¿Sino?...

—Tejía tocuyos.

—Ahí estan los telares, que solo sirven ya para que sobre ellos duerman las gallinas— agregó Teresa dirigiendo una triste ojeada hacia uno de los rincones del cuarto.

—¿Se descompusieron?...

—¡Si no fuese más que eso!— exclamó el tejedor— Los tocuyos son los que se han descompuesto enteramente.

—¿Cómo así, Calixto?

—Cuando yo tejía en aquellos telarcillos, la vara de tocuyo valía, cuando más barato, dos reales y medio... Ahora hay abundancia de tocuyo inglés á real y cuartillo...

—¿Es decir?...

—Que apenas podía sacar el costo de los materiales, y eso con gran demora... mis días eran perdidos. Abandoné la industria que me enseñó mi padre, y me contraje á fabricar frazadas y ponchos, que aunque no dejan mayor utilidad... —y se interrumpió encojiéndose de hombros.

—¡Pobres de nosotros si no hubiésemos buscado cómo subsistir de otro modo!— dijo Teresa lentamente —Y sin embargo ya han empezado á envier-

nos, esos extranjeros, que Dios confunda, frazadas de diferentes clases... No se dejan de vender las que teje mi Calixto.

—Eso de que envíen los extranjeros, no importa nada —añadió el tejedor.

—Importa mucho— replicó su esposa, y agregó: —acuérdate de los tocuyos...

—Es diferente... Las frazadas que internan de Europa son de algodón, y bien caras y bien mal hechas: no pueden abrigar tanto como una de lana.

—¡Oh!— exclamó Teresa con entusiasmo—. Una frazada tejida por Calixto, con su guarda de colores y las armas de la República en el centro... es cosa de regalarse á un príncipe!... ¡Qué comparación puede haber con una de esas frazaditas chalosas que traen de fuera?

—Cierto— dijo Anjélica con sencillez, mirando el montón sobre el que se hallaba sentada.

—A pesar de eso— prosiguió Teresa con sentimiento —los que tienen con qué comprar una frazada, prefieren la extranjera, tan solo por la novedad... Bien pronto internarán frazadas de lana... y entonces...

—Nunca te verás en ese espejo —la interrumpió Calixto.

—¿Y por qué?... —preguntó Anjélica.

—Sería absurdo suponer que los extranjeros se lleven nuestras lanas para enviarnos frazadas de un material, que les sirve para otra clase de tejidos que les dejan más cuenta... Con la cantidad de lana que entra en una de estas frazadas, fabrican lo menos 20 varas de paño, que con su mezcla de algodón, importa sus buenos 100 pesos: esto es poniendo solo á razón de 5 pesos vara... Hay paños que valen 9 y 10 pesos... Vean UU. si los extranjeros harían tan mal uso de la lana que compran en nuestra tierra á 10 y 12 reales...

—¡No sé qué cuentas hace este Calixto!... —murmuró Teresa— ¡Ya lo veremos!... ¡Dios quiera que no nos suceda lo que con el tocuyo!... Entonces, ¡pobres de nosotros!...

—Creo que Calixto calcula bien —repuso Anjélica consintiendo en la racional, aunque algo exagerada, reflexión del tejedor.

—¡Oh! —exclamó este— mas á menos, cada uno en su oficio sabe tirar sus bártulos. De otro modo sería trabajar como las bestias, con utilidad solo para otros.

—¿Y desde cuando no fabrica U. ya tocuyos? —le preguntó Angélica. Teresa dió un suspiro.

—¡Ay! —suspiró también Calixto —desde que me quitaron á mi hijo mayor.

—¡Dios confunda al que dió muerte á mi Antonino! —agregó Teresa.

—¿Y quien lo mató? —interrumpió Anjélica.

—Murió en la guerra —dijo una de las chiquillas.

—¿Lo reclutaron? —exclamó Anjélica con sentimiento.

—Mi Antonino tenía ya doce años —prosiguió Calixto con profunda tristeza. —Era un gusto ver cómo trabajaba ya en el más pequeñito de esos telares...

—Yo hilaba el algodón —balbució Teresa.

—Al cabo del día, botábamos entrambos doce varas de tocuyo... Como trabajábamos pronto, vendíamos lijero; porque nuestro tocuyo en la pla-

za, á más de ser tan bueno como cualquier otro, se expendía á un cuartillo menos...

—Y eso menos se ganaba —interrumpió Teresa.

—¡No tal! —replicó Calixto. —Vender pronto, mucho y barato, es ganar poco pronto, y mucho con el tiempo...

—Ese tiempo no ha llegado murmuró su esposa.

—No es culpa nuestra... Vea U. señorita: en lo mejor y más fuerte de nuestro trabajo reclutaron á mi hijo, para que fuera á morir en una batalla. En esa fecha mi Antonio estaba muy guapo con sus 18 años...

—Meses antes nacieron Basilisa y Anastasia— dijo Teresa, mirando con ternura á las dos niñas que trabajaban junto á ella.

—¿Con que son gemelas?— preguntó Anjélica mirando á las dos chiquillas.

—Sí— repuso Calixto, dejando por un instante su labor. —No sé si será bendición ó maldición del cielo el que los pobres tengamos tantos hijos... Y lo más sensible es que olo me hayan quedado las mujercitas...

—¡Ah! —exclamó con amargura la convalesciente Teresa —¡Después de nuestros días les hubiera quedado á mis pobres hijas un buen padre en su hermano Antonino!... ¡Dios confunda á los que le quitaron la vida!...

—¡Siempre las mismas quejas!... —dijo para sí Anjélica.

—Este modo de reclutar sin distinción, ¡oh! causa muchos males á la clase más pobre y más sufrida —exclamó Calixto; y agregó: —recorra cualquiera las casas de los infelices artesanos... ¡una viuda llora la muerte de sus hijos... un padre como yo, en la falta de uno de los suyos, echa menos su brazo izquierdo... y quizá muy pronto su brazo derecho!... Insensiblemente voy envejeciendo... dentro de poco ¡Dios no lo permita! tal vez ya no podré trabajar: entonces ¿qué será de mi esposa y de mis cuatro hijas?... Semejante pensamiento me despedaza el alma.

—Así se lamenta la pobre Casimira —dijo Anjélica.

—Si la ha oído U. á ella, nada me queda que decir —repuso melancólicamente el tejedor.

—Desalentados con la muerte de Antonino, ¿abandonaron UU. el trabajo de tocuyos? —interrogó la hija de Juan Bautista.

—A esa desgracia, se añadió otra... —murmuró Teresa.

—¿Y cuál?...

—Mi mujer habla de la abundante internación de tocuyos extranjeros —repuso Calixto. —Aunque menos durable que el que aun se fabrica en el país, alucinó con su finura, y con su baratura mucho más...

—Para finura, vease el tocuyo de mis camisas —replicó Teresa; y añadió dirigiéndose á Anjélica —note U. el de las camisitas de mis hijas.

—Es verdad... —dijo Anjélica examinando las mangas de las chiquillas— es bien fino... y muy blanco...

—¡Durable y tupido! agregó Teresa— cuanto más se lava, mejor queda... La familia no usa camisas sino de los tocuyos fabricados por Calixto. Todavía conservo un rollo como de 50 varas.

—Sí... eran regulares mis tocuyos— dijo lentamente el tejedor, por moderar el entusiasmo de su esposa.

—¡Muy buenos, Calixto! —repuso Anjélica.

—Después de todo —prosiguió este —mi antigua industria no estaría tan abatida, si los que pueden, tendieran una mano protectora, siquiera para no dejarla morir de consunción...

Al escuchar Anjélica la reflexión de Calixto, recordó vivamente las que su padre hacía también, sobre el estado de atraso en que se halla la agricultura.

—¡Protección! ¡protección!... —dijo para sí con aire pensativo; y en voz alta agregó:— ¿no se podría alentar la industria de tocuyos del Cuzco prohibiendo la entrada?...

—¿De esos tocuyos amarillentos de los extranjeros? —concluyó Teresa. —Eso es lo que debían hacer los que pueden, y no quitarnos á nuestros hijos para matarlos en las guerras que tienen unos con otros por la presidencia... Los que pueden, se llaman Presidentes, Protectores... ¡y mal haya si protejen á los industriales!... Para afijirnos con las patentes, eo sí: están prontos...

—Tiene razón mi esposa, en cuanto á sus últimas palabras.

—¿Y en cuanto á las primeras? —interrogó Anjélica.

—Sin prohibir la entrada de los tocuyos extranjeros, con sola una medida, fácilmente se desempolvaban nuestros telares.

—¡Ya principia con sus cuentas alegres mi pobre marido! —murmuró Teresa.

—¿Y cuál es esa medida?...

—Si no me equivoco, es la siguiente: Mandar que el ejército use camisas de tocuyo tejido en la República: pero mandarlo con verdad, con la resolución de hacer cumplir el mandato; y no por el prurito de dar decretos que solo están escritos, y para vergüenza del país no se realizan nunca. Entonces vería U. dedicarse á esta manufactura, muerta ya, y presentar á competencia tocuyos más finos que los que antes se fabricaban. Mucho ganaríamos los tejedores, aun vendiendo nuestro tocuyo al mismo precio que el tocuyo inglés; y mucho ahorraría el Estado; porque, si en un año, un soldado, recibe hoy cuatro camisas, siendo de tocuyo del país recibiría tres en lo sucesivo, pues no puede ponerse en duda su mayor duración. Estimulados los fabricantes, estoy seguro de que muy pronto afinarían sus telas, se daría ocupación á mil mujeres pobres que tomarían gustosos la rueca, hasta que algunos señores empresarios, estableciesen máquinas para tejer á hilar con facilidad y prontitud. Finalmente, todos los que como yo usan camisas de tocuyo, por amor y por conveniencia, comprarían el fabricado en el país.

—¡Sueños!... ¡sueños!... —murmuró Teresa.

—Otro tanto se debía hacer con el bayetón —prosiguió Calixto— ¿A qué ese lujo tonto de vestir á los soldados con paño fino?... Que se vistan de un buen bayetón, y que se pague bien á los manufactureros de esta otra industria, que va muriendo... Muy necios serían ellos, si no se empeñasen en perfeccionar sus tejidos, y sus tintes, á vista de un consumo tan provechoso. Si para el verano hay ahora necesidad de brin, en lo sucesivo no se vestirían los soldados sino de tocuyo trenzado; y para mayor economía ese tocuyo podía teñirse... Hé aquí un modo fácil, pronto y sencillo, de dar ocupación, con buena utilidad, á los industriales de fomentar las manufacturas: de estimular al trabajo á los ociosos, y prohibir sin desplegar los labios, la introducción de los tocuyos y paños ordinarios con que nos atosigan los extranjeros.

—Eso es... —dijo Anjélica. —El gobierno debía pensar en el restablecimiento de las decaídas manufacturas, puesto que es tan fácil: y sobre

todo, sin duda así será cómo se habrán establecido en esas tierras de donde todo lo traen.

—No crea, U. en los sueños de mi pobre, Calixto —repuso Teresa sonriéndose.

—Todo le parece imposible á mi mujer —murmuró el tejedor.

—¿Y por qué Teresa?— le preguntó Anjélica.

—Por la sencilla razón de que los mandatarios ocupados en asuntos de gran importancia... no tienen tiempo para pensar unos momentos en los medios de animar la industria de cada uno de los pueblos que mandan.

—¿Pero faltarán personas que indiquen esos medios? —repuso Anjélica.

—¿Y los diputados?— respondió Calixto.

—Dios me perdone —murmuró Teresa; y en voz clara añadió. —Dicen que algunos de esos señores se hacen elegir con mil empeños, para guardar después en las cámaras un profundo silencio... ¿y acaso regresan á sus pueblos con las manos vacías?...

—Hace tiempo que no hay Congreso —dijo Calixto con aire pensativo.

—El Estado economiza esos gastos; y los pueblos nada pierden con que no los haya.

—¿Mi mujer habla unas cosas! —dijo Calixto sonriéndose.

—Es verdad que los señores de alta categoría, oyéndonos hablar de este modo —contestó Teresa— se nos reirían en nuestras barbas; pero no dejarían de conocer también, que pensamos con algún juicio sobre lo que nos toca...

—Contentémonos con eso, y continuemos ganando honradamente, aunque con trabajo, nuestro pan, sin alimentarnos de vanas esperanzas...

—¿No es cierto mi buen "anjel de guarda —preguntó Teresa á Anjélica.

Antes de que esta contestara, las dos chiquillas que ejugaban á sus piés salieron gritando:

—¡Ahí viene mi tía!...

—¡Mi tía Carlota!...

CAPITULO II

CARLOTA

Al grito de entusiasmo de las hijas menores de Calixto, Anjélica se levantó involuntariamente para recibir á Carlota, que entró teniendo de las manos á las dos chiquillas.

—Carlota— le dijo— U. me vió nacer... ¡U. asistió á mi madre!...

¿Y dónde está su hermana de U.?

—¿Yo la vi á U. nacer?... —le preguntó Carlota encojiéndose de hombros— Me pregunta U. por mi hermana. ¿Y quién es U.?...

—¿No te acuerdas, prima?— exclamó Calixto levantándose de su telar.

—Es nuestra benefactora —añadió Teresa.

—¿Yo no he recibido en mi vida beneficios de nadie!... —repuso Carlota, dirigiendo á la conmovida Anjélica una desdeñosa mirada?

—Tampoco yo he podido hacer nunca un beneficio —balbució Anjélica bajando los ojos.

—Dispénsela U. señorita —murmuró Calixto —Pronto comprenderá mi prima lo que á U. le debe.

—¿Yo?... —preguntó Carlota con sorpresa.

Y exhalando un hondo suspiro, se dejó caer sobre el montón de frazadas.

Las chiquillas se apartaron con miedo de su lado.

—¿Qué tienes, querida prima?... —dijo Calixto aproximándose á Carlota.

Carlota no le contestó.

—¡Desgraciada!— exclamó Teresa —¡Al fin se volverá loca... sin que podamos remediarlo!...

—¿Y por qué?— dijo Anjélica.

—Mucho quería á su sobrina...

—¡Ha muerto... conforme ha vivido! —exclamó Carlota.

—¿Quién querida prima?...

—¡El viejo avaro!... —contestó Carlota haciendo extraños visajes —¡Oh!... le clavaron un puñal... y él... y él vomitó su negra alma... que estará ardiendo en los profundos!...

Se paró violentamente, se aproximó á Calixto y le dijo con amarga afabilidad:

—¿No crees que estará ardiendo en los infiernos, querido primo?...

—¿Carlota!... serénate: mira esta es la señorita que nos proporcionó...

—¿Qué!... ¿no me comprendes?...

—Yo te comprendería si me hablastes con sosiego... sin exaltarte...

—Sí, querida prima —agregó Teresa —mucho nos entristeces...

Anjélica miraba sorprendida á la prima de Calixto, cuyas facciones deshechas por el pesar, si no interesaban, á lo menos infundían temor y compasión.

Estaba pálida, con los ojos húmedos y rojos; sus cabellos se derramaban en desórden sobre sus hombros, cubierto con una mantilla de bayeta negra; un traje carmesí, lleno de lodo por el ruedo, estaba también todo raído.

—¡Oh!... ¡estoy vengada! —exclamó de repente.

Y su fisonomía tomó una expresión de infernal regocijo.

—¿No me harás el favor de explicarte, querida prima?— le dijo Calixto.

—Sí... ¡estoy vengada!...

—¡Ay!... ¡cómo me apesadumbras, mi buena prima! —exclamó Teresa.

—¿Nunca se ha manifestado con ese caracter?... —le preguntó Anjélica.

—A pesar de sus desgracias... ha sido siempre muy amable.

Carlota se sentó sobre el telar y preguntó á Calixto, mirando al soslayo y con desconfianza á Anjélica:

—¿Quién es esa niña?

—¿No te acuerdas del día en que fuiste acometida por un fuerte desmayo?...

Transformada por uno de esos cambios que se operan á veces en los caracteres delicados, agobiados ya por fuertes acontecimientos domésticos, Carlota contestó:

—Cierto: no podía yo haber causado á U. el más pequeño mal: de parte de U...

—¡Carlota!

—¡Querida prima! —exclamaron con orpresa ambos esposos.

Anjélica tembló.

—Si no hubiese sido por U.— prosiguió Carlota mirando de hito en hito á Anjélica— no arrastraría hoy una vida de miserias... de desesperación... una vida insoportable para mí... ¡Oh!... ese fuerte desmayo, era seguramente mi tránsito á otra vida mejor!... Ya estaría en compañía de mis padres, de mi hermana y de mi querida sobrina... de mi Mercedes!... Vea U. todo el mal que me ha hecho, y de cuánto bien me ha privado!— y con una fría sonrisa y moviendo lentamente la cabeza añadió— ¡Tan joven! ¡tan bella! ¡Ya sabe U. dañar hasta á las personas de su sexo!

—¿Esá loca?... —murmuró Teresa dirijiendo una mirada á su esposo.

—¡Carlota!... querida prima —le dijo Calixto tomándole las manos— no alimentes esas ideas... tranquilízate... mira que me partes el corazón...

—Tú, que eres tan bueno— ¿no tienes pesar de verme viva?... Con tan buena razón ¿no alcanzas hasta dónde llegará mi desventura, sino salgo pronto de este mundo de maldición?... Ahora conozco que no me quieres... Mientes cuando me dices, querida prima... mejor me llamaras aborrecida... entonces ¡oh!... convencida de que sobre la tierra no dejaba un corazón que me llorase... apuraría mi marcha, á otra mejor morada!... Sin embargo... espero que será pronto.

—Desecha ese pensamiento... querida Carlota. No acabas de enlutar mi pobre alma... Aunque somos tan desgraciados, podemos tener algunos momentos de satisfacción viviendo juntos... Existe un placer desconocido para los dichosos, y es el que resulta de la íntima confianza que reina entre los desdichados, cuando mutuamente se prodigan los consuelos que de otras personas no pueden recibir... ¡Ay!... Los lazos de la desventura son más estrechos que los de la felicidad... Querida prima, ¿no es verdad, que ya no te separarás de nosotros?...

Se notaba tan afectuosa ternura en la pregunta de Calixto, que por toda contestación, Carlota lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

Anjélica se enterneció también. Su alma sensible, encerraba ya en su corazón mucho interés por la prima de Calixto.

Sintiendo el mismo afecto que su esposo, Teresa se acercó con trabajo á Carlota y le dijo:

—Amada prima, enjuga tu llanto por Dios. A falta de Mercedes, tienes aquí á Basilisa, á Anastasia, á Petronilla y á Balbina, que te quieren como ella...

—Yo también las quiero —contestó Carlota abrazando á cada una de las hijas de Teresa. —No obstante, según las palabras de mi primo "los lazos de la desventura son muy estrechos"... ¡Ay!... Esos lazos se rompieron de repente, como para aumentar mi desdicha.

—Evita esos recuerdos prima —le dijo Calixto. —Se padece mucho evocándolos.

—Si... si... —dijo Carlota con profunda melancolía. —Sabrá U. cómo los malvados con su oro abren las puertas de las pobres moradas, para derramar en ellas la detestable semilla de la corrupción... para dejar al retirarse la mancha de la infamia regando tal vez con la sangre de la creduía é inocente víctima la antigua mansión de la virtud. Ah! yo no sabía que en el mundo, dañaban el candor y la inocencia.

Vas á ponerte á una prueba terrible —balbució cabizbajo Calixto— Me temo que no puedas concluir tu relación...

—A fuerza de hablar de mis desgracias— contestó Carlota— quizá llegaré á sentirlas menos...

Siguióse un corto rato de silencio, durante el cual Anjélica, Carlota y Calixto se sentaron en los largueros del empolvado telar.

Teresa se recostó en su lecho, y sus cuatro hijas la rodearon.

—Mi hermana Patricia, un año mayor que yo dijo Carlota —me contó cuando ya nos hallábamos en edad de reflexionar, los pormenores misteriosos que se decía haber precedido á nuestra horfandad. Esos pormenores no eran sino parte de una imaginación amedrentada y muy distantes la realidad de un hecho fatal para nosotras, que algun tiempo después, supimos de boca de una excelente señora que nos servía de madre.

—Continuamente la encomiendo á Dios murmuró Teresa— ¡Qué corazón tan noble, tan jeneroso!... ¡No hay dos como la señora María!

—Omite mi prima los cuentos de fantasmas y apariciones con que la asustaban en su niñez, á consecuencia... —y Calixto se interrumpió, exhalando su suspiro.

—Confundida con tales tábulas dije á mi hermana, que era necesario saber la verdad, de la boca de la señora María... Mi Patricia consintió en mala hora... porque ¡ay!... la señora María no quiso ocultarnos por más tiempo, nuestra desgraciada situación.

Después de una breve pausa prosiguió Carlota:

—Hé aquí lo que la buena señora nos dijo, en pocas palabras, y abrazándonos tiernamente.

—Yo he sido testigo del entrañable amor que os profesaban vuestros padres, del empeño y de la constancia con que trabajaban para aseguraros una subsistencia cómoda... Vuestro padre era un joven de impetuoso carácter, vuestra madre apacible y excesivamente amorosa... puedo asegurar sin temor de que se me desmienta, que jamás vi en mi casa matrimonio más envidiable... El horroroso hecho que os voy á descubrir, pasó al principiar una noche las circunstancias que lo motivaron son un misterio hasta hoy... ¡Pobres criaturas! vuestros gritos de dolor me obligaron á salir de mis habitaciones para pasar al cuarto de vuestros padre... Encontrándolo oscuro, pedí una luz... ¡qué horror!... La virtuosa Agustina, oprimiendo contra su seno á sus dos hijas, daba el postrer suspiro, pronunciando el nombre de su esposo... aun pude escuchar su último acento, al pisar el umbral de la puerta... Llamé espantada á mis criados... busqué á vuestro padre... ¡Infeliz!... horrorizado del crimen que acababa de perpetrar, saldría á buscar la muerte... porque hasta ahora no se ha tenido noticia de él... Con mil trabajos os arranqué de los brazos de vuestra madre... que acababa de expirar envenenada...

Carlota prosiguió con voz trémula:

—“¡Pobres criaturas!”— continuó la señora— “Yo os conduje a mi habitación... vosotras no me hicisteis la menor resistencia... estabais poseídas de un gran miedo... y os quejabais frecuentemente de ardor y sequedad en los labios... ¡Infelices!... ¡también se os había intentado envenenar!”...

¡Dios mío! —exclamó Anjélica.

Calixto y su esposa miraron con ternura á sus hijas.

—A pesar de esa terrible revelación —dijo Carlota cada vez más conmovida— mi hermana y yo... desechando el miedo que nos habían infundido, corrimos al cuarto que ocuparon nuestros padres, y que aún permanecía cerrado... Allí lloramos por la primera vez nuestra horfandad... La buena señora María, nos arrancó, por decirlo así, de ese recinto, en que habíamos visto la primera luz... ¡ah! allí queríamos morir, ya que éramos desventuradas.

—Pero, ¿no era protectora de ustedes la señora María? —interrogó Anjélica.

—¡Ay! no solamente fuimos protegidas por ella en nuestra infancia... al expirar nos legó, durante nuestra vida, una casita situada en San Cristóbal...

—Cuando esa buena señora hacía enterrar á tu madre —dijo Calixto— acababa yo de perder á mi pobre padre...

—Como buenos hermanos... se irían juntos al cielo... —murmuró Teresa.

—Luego que murió nuestra benefactora, á quien acompañamos hasta su sepulcro derramando lágrimas de pesar y reconocimiento... prosiguió Carlota— mi Patricia y yo fuimos á instalarnos en nuestra nueva morada...

—¿Y qué edad tendrían ustedes entonces?— le preguntó Anjélica.

—Mi Patricia estaba muy hermosa y en sus diez y siete años... yo era muy poco menor que ella, según nos había dicho la señora María.

—Continúe U., continúe U. —dijo Anjélica con vivo interés.

—No la apure U. tanto —susurró Calixto. —Bien sé yo... cuánto sentimiento doloroso tiene que sofocar, con recuerdos tan tristes.

—Absolutamente independientes, arreglamos nuestro domicilio en San Cristóbal— continuó Carlota con acento de mucha aflicción. —Lo poco que ganábamos, cosiendo ó hilando, nos bastaba para vivir miserablemente... Dos meses después, mi Patricia, cuya figura interesante llamaba la atención de los que por paseo subía hasta San Cristóbal, fué solicitada en matrimonio por un capitán de ejército...

—“¿Haré bien en casarme?” —me preguntó ella —“Te parece que seremos felices, uniendo yo mi pobre suerte con la del capitán?... ¡Oh!... El está en una brillante carrera... muy pronto quizá saldriamos de esta oscuridad... para ir á habitar en un palacio lujosamente amueblado... quizá nos envidiarían hasta las señoras que se precian de tener en sus venas sangre azul”.

—Conocí que mi hermana estaba un poco alucinada... y la dije:

—“Patricia, todo eso estaría bueno... si de buena fé”...

—“¿Y lo dudas?” — me interrumpió ella” — ¿No ves qué porte tan ga-

Así es la fisonomía de Wenceslao —dijo para sí Anjélica, sofocando ro.

No se engañaba mi prima Patricia —dijo Calixto.

¡Oh!... ¡El capitán era muy caballero? —exclamó Teresa.

¡Es decir que se casó con la hermana de U?... —interrogó Anjélica a.

—Escúcheme U. señorita. El capitán era muy caballero, como acaba de mi prima; y convencida yo de la sinceridad con que amaba á mi t, dí mi consentimiento... Sea dicho de paso, se venció la dificultad rada á nuestro sexo...

—¿Y qué dificultad? —preguntó Anjélica.

—Un oficial de ejército no puede casarse, si no manifiesta que la no e dote —dijo Calixto.

—Como los hombres hacen las leyes —dijo Teresa— siempre están á es decir, siempre protejen á su sexo; y añadió irónicamente— ¡Una in dote, aunque sea riquísima en virtudes, no debe atreverse á to mano de un señor militar!...

—¿Y aun no han borrado esa ley vergonzosa?...

—Sea lo que fuere —dijo Carlota— vencida esa dificultad, mi herma su mano al capitán... Pero, ¡ay!... tres meses después de este ma o... las tropa se pusieron en movimiento... El capitán Roca debía

—Para no volver más— murmuró con profundo pesar la esposa de Ca

—Arrojándose con sus lágrimas de hombre, se despidió de nosotras...

¡Fué un momento terrible!... ¡Hé aquí sus últimas palabras!

—“Solo la patria puede exigir de mi tamaño sacrificio... Es inmenso el ue siento al dejaros... pero... voy á cumplir mi deber y en busca loria... No es bien que desprecie tan bella ocasión de adquirir nom como valiente, y como peruano nacido para ser libre!... Entre tanto, nidas como siempre: os dejo una corta asignación... ¡Oh!... volve a de capitán, y entonces será muy distinta, vuestra suerte... ¡adios!”...

—¡Ah! ¡no volvió! —exclamó Anjélica viendo verter lágrima á Car

—Si... ¡no volvió!... —dijo ella abandonándose á su doloroso recuer to volvió!...

—Como todo valiente, no supo hurtar su pecho — balbució Calixto.

—¿Murió en alguna batalla? —preguntó Anjélica con interés.

—En la de Junín...

—¡Oh!... ¡en esa batalla se encontró mi padre! —exclamó Anjélica tusiasmo. ¡Muy valiente sería el capitán Roca cuando se halló en Ju

—Nosotras ignorábamos la muerte del capitán —dijo Carlota. —Acos das á recibir la asignación que nos dejó, diez ó más días después de los mes=s corridos desde su ausencia, faltos al Tesoro... ¡Infelices tras!... ¡Allí recibíamos, en lugar de dinero, el más terrible golpe, con lva noticia de la muerte del capitán y de la suspensión de la cantidad nos daba!...

—¿Es posible! —exclamó Anjélica.

—¡Y el finado tenía ya una hija de tres meses! —añadió Calixto.

—¡Desgraciada suerte la de las viudas de los buenos servidores de la patria! —exclamó Teresa.

—En esos momentos mi hermana y yo apenas tuvimos fuerzas para retirarnos á lamentar nuestra desgracia... Poco días después, mi amada Patricia, fué acometida por una violenta fiebre... Deseando proporcionarle un médico, ocurri á la Tesorería... jestioné como un abogado... Y por toda contestación me dijo el tesorero estas palabras:

—“La compadezco á U... pero no puedo hacer nada en su favor... Eleve U. una representación al Supremo Gobierno”...

—¡Oh!... —exclamó Carlota con profundo pesar —¡y mi hermana se moría!...

—¡Qué crueldad! —murmuró Anjélica!...

—¡La pobre Patricia dejó de existir por falta de curación! —murmuró Calixto. Su prima tomó aliento para continuar refiriendo á Anjélica lo que aún restaba de su triste historia.

CAPITULO III

UN ASESINATO.

Anjélica había tenido ocasión de observar mucho sufrimiento, mucho amor, gran caudal de razón y de desventura, en la mayor parte de las pocas personas que había tratado hasta entonces.

Su corazón se destrozaba con todo lo que veía; y se indignaba al reconocer la indolencia los que podían mejorar la situación de aquellas infelices jentes, pobres y humilde hasta en su modo de quejarse.

Y estas ideas hacían que empezase á derramar en torno suyo miradas de temor y de desconfianza: la sociedad se le presentaba bajo el aspecto de un indolente egoísmo, ó de una estúpida indiferencia.

Carlota continuó:

—Aunque Patricia era de natural muy apacible, se le conocían algunos momentos como de locura; participaba del carácter de mis padres, segun la pintura que de él nos hizo la señora María... A trueque de no verla padecer, acabé por consolarme de su pérdida... Además, me dejaba un vivo retrato suyo... ¡oh!... me dejaba á Mercedes...

—Querida prima —le dijo Calixto— no prosigas... no tengo fuerzas para verte padecer tanto.

—Déjela U. que se desahogue... que lllore... —repuso muy conmovida Anjélica.

Carlota prosiguió, prorrumpiendo en copioso llanto:

—Tres meses y medio tenía mi Mercedes, cuando le faltaron los pechos de su madre... La consagré todo mi amor, todos mis cuidados... Con ella en mis faldas trabajé día y noche... ¡Dios me protejió!... ¡No carecíamos de pan!... En fin, logré verla dar los primeros pasos... La enseñé á pronunciar los nombres de us padres y de los míos... Ultimamente, fué mi fiel compañera, mi único consuelo... Pocos años después ya trabajaba conmigo:

eramos felices, en nuestra pobre condición... ¡Ay!... su hermosura sorprendía, me inquietaba cada momento más y más... ¡Hermosura fatal!... ¡Oh! ¡Son muy desgraciadas las hermosas!—...

— Carlota y sus primos se volvieron naturalmente hacia la joven.

—Prosiga U. —murmuró Anjélica estremeciéndose.

—Mi sobrina se aproximaba á la edad en que su madre dió la mano al capitán, cuando empezó á solicitarla con ardor un hombre ya entrado en años...

—¡Malvado! —susurró Calixto.

—Aunque veía la desigualdad de condición, entre mi Mercedes y el sujeto que la pretendía, dije para mí: Nada importa, si mi sobrina se decide: al fin es un señor de proporciones: no es militar: puede hacerla feliz: yo no debo impedir el que salga a brillar este diamante oculto... Es tiempo de que asegure su bienestar... ¿Qué hago yo con amaria tanto, si no puedo hacerla menos desgraciada de lo que es?

—Pensaba como una madre —murmuró Teresa— pero se equivocaba de buena fé, mi pobre prima...

—Mercedes me dijo también al escuchar mis reflexiones.

—“Amada tía, si quieres, me casaré, pero tú no te separas de mi lado...

Felices ó desgraciadas, es preciso que vivamos siempre juntas”... Mucho hablamos sobre este asunto, y al fin permitimo al solicitante, el que nos visitase con frecuencia... ¡Picaro! —exclamó Carlota con profundo odio— procuró lisonjearnos con frívolos obsequios, pero nunca llegaba el esperado día.

—“Aguardo la realización de un negocio, para conducir al templo á Merceditas”, me decía á cada rato.

—¡Mentira!

—¡Abrigaba siniestras intenciones! —exclamaron los dos esposos.

—¡Cómo! —balbució Anjélica.

—¡Pobre de mí! —exclamó Carlota— ¡Yo creía en las palabras del infame!... No podía suponer que un hombre de su edad, tratase de engañarnos tan vilmente, y que hubiese entrado en mi casa, ocultando un depravado plan bajo el santo nombre del matrimonio!

—¿Y qué plan era ese?... —interrogó la hija de Juan Bautista cada vez más sorprendida.

—Va U. á saberlo.

Y los ojos de Carlota enrojados de indignación, expresaron toda la rabia que bullía en su pecho, en fuerza de un recuerdo horroroso.

Después de un momento de silencio, añadió:

—Mi inocente Mercedes, temblando de miedo, me dijo un día:

—“Querida mamá... no tengo valor para decir al caballero que no vuelva más á casa”...

—“Pero... ¿qué motivo te ha dado para ello?... —le pregunté yo sin comprender su turbación, sin maliciar que el infame, no pensaba como hombre de bien.

—“Se ha atrevido á decirme”— me contestó Mercedes— “cosas que...”

—“Sabes que yo no debo ignorar nada”— le repuso un tanto sorprendida—. A esta exijencia, mi pobre Mercedes, ocultando su linda cara bañada en llanto... ¡ah!... ocultándola en mi seno, que ardía de amor por ella, me

—“Mi amada mamá: ese señor es un infame... quiere nuestra vergüenza... No viene aquí con sanos pensamientos... ¡no!... quiero que yo me le abandone, y sea suya ligándome á él por medio de un **compromiso**... A este fin me ha hablado cosas inauditas sobre el matrimonio... Me ha dicho, que viviendo nosotros sin ser encadenados con esos lazos odiosos, inventados por los enemigos de la libertad, seremos más felices, nos amaremos más; porque, recordando que podemos separarnos cuando nos plazca, encontraremos siempre en nuestro amor medios para no disolver nuestra unión: que de este modo pensaremos siempre en agradarnos... lo que no sucede en el matrimonio, por la especie de posesión forzada en que siempre vive el uno respecto del otro... En fin, me ha dicho: que una sabia mujer de la antigüedad, luego que enviudó, no quiso casarse otra vez **por no entristecer al amor con los lazos del matrimonio** (**). Finalmente, que continuaríamos viviendo aquí, y que nos pasaría una mesada suficiente para alimentarnos si...”

¡Qué tropa de impiedades!— exclamó Teresa.

—¡De insolencias! —añadió Calixto.

Alelada estaba la hija de Juan Bautista.

Carlota prosiguió:

—Indignada con todo lo que me refirió mi Mercedes, con el corazón hirviendo en furia aguardé al infame viejo... ¡Fué aquel un momento terrible!... En fin, le dije que no volviese á poner los piés en mi casa.

—Pero no disistió —murmuró Teresa.

—El infame supo engañarnos por segunda vez con sus palabras de humilde hipocrecia... Sus protestas, su arrepentimiento, su grande empeño en llevar a cabo su primera idea, después de la **realización de su asunto**, nos decidieron a permitirle que continuara viéndonos; aunque por nuestra parte, lo recibíamos ya con desconfianza. De este modo, halló ocasión de perpetrar el crimen mas atroz que se puede dar...

—¡Lo que falta es horrible!... hace que se me erizen los cabellos... —balbuceó Teresa.

—Un día se enfermó mi Mercedes, de resultas de haber lavado mucho... Hice que se acostara temprano; y como a las siete de la noche, me acordé que debía ministrarle siquiera algun jarabe, para que exitando en ella la traspiración se le cortara la fiebre... En mala hora, por buscar el remedio, salí del “asilo de los pesares”, como acostumbraba llamar mi sobrina, a nuestra pobre morada... ¡Infeliz de mí! ¡quién me hubiera dicho, que el beso que la di asegurándole volver pronto había de ser el último!

—¡Murió de repente?— dijo Anjélica.

—El infame viejo... encontrándola sin apoyo... pretendió violentarla... y hallando resistencia... la asesinó...

—Hai mucha distancia de San Cristóbal a las boticas, situadas en el centro de la ciudad. Mi pobre prima tardó necesariamente para regresar a su casita media hora cuando menos... —dijo Teresa enjugándose los ojos con el revés de sus manos.

Anjélica asombrada con todo lo que había oído, estaba pendiente de los labios de Carlota: esta deshaciéndose en lágrimas exclamó:

—¡Dios mío!... Mi inocente Mercedes se hallaba revolcándose en su sangre... fuera de su cama... junto a la puerta del cuarto... En medio de tal dolor no sé cómo tuve fuerzas para levantarla en mis brazos... ¡Dios mío!... no pude contener la sangre que con violencia brotaba de una profunda herida que tenía en el cuello... Mis gritos se ahogaban en mi pecho... tal confusión me impedía tomar ningún partido... No sabía qué hacer... ¿qué hubiera hecho en esa soledad?... Nadie podía venir en nuestro auxilio... ¡infeliz de mí!... Un momento después abrió los ojos mi querida Mercedes... me miró... y los elevó al cielo, como si me dijese: "me voy a esperarte en el seno de Dios,... al lado de mi madre"... y espiró.

Triste era el cuadro que se presentaba en el cuarto del tejedor: todos los ojos vertían llanto, y todos los semblantes expresaban un solo sentimiento de pesar.

El corazón de Anjélica sufría el dolor más intenso con la relación de Carlota; y sus lágrimas de simpatía hacia esta desgraciada, apenas podían mitigar su aflicción.

Calixto, como más fuerte, balbució algunas palabras de consuelo: pero no le nacían del alma; y solo sirvieron para arrancar nuevas lágrimas, no pudiendo él mismo dueño de contener las suyas.

Antes de que cesara el general gemido, Carlota alzó la voz y dijo:

—¡Pero ya estoy vengada! El viejo criminal ha muerto también asesinado!...

—¡Como!

—Aprovechando del silencio que siguió a la asonada de ahora noches, unos ladrones lograron penetrar en su misteriosa casa: se llevaron su oro... y lo dejaron muerto...

—¿Y cómo lo has sabido tú, querida prima? Es verdad que aquella noche fué terrible...

—Hasta dentro de este cuarto resonaron los gritos que daban en la plaza los amotinados... ¡Oh! ¡Qué miedo tuve! —dijo Teresa.

—Mis padres y yo nos hallábamos en la chacra —añadió Anjélica.

Carlota contestó con una sonrisa amarga:

—"Quien a cuchillo mata, a cuchillo muere"... Esta sentencia se cumplió con el avaro.

—Pero ¿quién te lo ha dicho?...

—Al venir aquí quise pasar por la puerta de la casa de ese demonio, para arañarlo siquiera, caso de encontrarme con él. Me sorprendí viendo solos en la puerta. Unas dos buenas mujeres, que en días pasados me favorecieron, y que viven en esa misma calle, me contaron todo el suceso... Actualmente están inventariando los muebles del viejo... Esas mujeres dicen que el muchacho que lo servía se les apareció tarde de la noche, y que luego que se impusieron del robo y asesinato de su patrón se negaron a recibirlo por temor de verse después ante los jueces.

—¡Parece increíble! —esclamó Calixto.

—Hasta enterrado está el tal D. Tadeo —repuso Carlota.

—¿D. Tadeo? —dijo Anjélica muy sorprendida.

—¡Qué!... ¿Lo conocía usted?...

—¿No era un señor que prestaba?...

—Sí, un usurero.

—No puede ser él... He oído decir a mi padre que lo tenían encerrado en un cuarto oscuro...

—¿En qué parte?

—En San Francisco... allí lo tenía encerrado un anciano lego, llamado Simeón.

—¿Simeón!

—¿Es el nombre de mi padre!

—¿De mi tío! —esclamaron casi a un tiempo Calixto, Carlota y Teresa.

—Dígame usted ¿cuánto tiempo ha que murió su madre d eusted?— preguntó Anjélica con ansiedad a Carlota.

Después de un momento de reflexión contestó esta:

—Mi hermana murió de 17 años y medio... mi sobrina de 16 y meses...

—Son como 34 años —dijo Calixto.

—No hay la menor duda— repuso Anjélica. —Es el mismo número de años que oyó citar muchas veces a Simeón...

—¿Su padre de U?...

—Sí... dos nombres de Patricia i Carlota se han pronunciado también en un cuarto oscuro...

¡Será posible! ¡Dios mío! —exclamó Carlota arrodillándose i juntando las manos...

Sus primos la miraron sorprendidos.

—Es imposible... es imposible... No puede ser... —murmuró Calixto moviendo la cabeza.

—Voy, en este instante— dijo fuera de sí Carlota alzándose de repente del suelo. —Dios mío!... Hazme conocer a mi padre... vuélvemelo, ya que me has quitado a mi hermana y a mi sobrina... ¡Oh!... —añadió abrazando a sus primos y á Anjélica —Yo voy á ser feliz... voy a encontrar á mi padre... porque la buena señora María no sabía si había muerto... ¡Oh! ¡sí! ustedes van á tenerme envidia... porque me voy á enloquecer de gozo... ¡Mi padre!... ¡mi padre vivo!... ¡y yo he existido hasta hoy sin conocerle!... ¡No! Voy en este instante... ¡Oh! ¡cómo me palpita el corazón!... no me engaño, no puedo engañarme: ¡vivo!... ¡vivo está mi padre!

—Serénate, querida prima... —le dijo Calixto; y dirigiéndose á Anjélica añadió— ¡Qué mal le ha hecho U. con un anuncio tan destituido de fundamento!...

—Anda tú, Calixto —repuso Teresa. —Nada se pierde... Yo cuidaré á mi prima... Lo que ha dicho la señorita no carece de...

—Yo quiero ir... ahora mismo... Si... yo lo quiero— dijo Carlota haciendo extrañas contorsiones.

—Querida prima, sosiégate... Yo iré, me impondré bien... y volveré pronto á avisarte.

—¡No! ¡no!... ¡yo quiero ir! —exclamó Carlota con frenético acento.

—Amada prima, no me mortifiques así —la dijo Calixto con tierno interés. —Tu has escuchado siempre mis palabras... Tengo tanto deseo como tú de informarme de la verdad de lo que dice esta señorita... No debes salir de aquí se morirían de tí las jentes creyéndote loca.

—¿Y qué me importa?

—A tu primo le importa mucho... Yo iré á San Francisco... sí, voy en este momento.

—¿En vos, señor?... —balbució Anjélica un poco sorprendida.

—Sí... en vuestro amigo... en vuestro confesor....

Anjélica enmudeció.

—¿Es decir... que no habéis pensado en mí?... —murmuró Horán estremeciéndose— ¿y qué objeto ha embargado vuestros pensamientos?

—Las preciosas campiñas que se presentaban á mis ojos: los halagos de mis padres... y las conversaciones que tenía frecuentemente con mi hermanito, cuando me llevaba por entre las chacras hasta lo nidos de los pájaros...

—¿Alma cándida! —dijo Horán para sí; y preguntó á la joven en voz alta: —¿y en medio de esas ocupaciones no os recordaba vuestra memoria —á alguna persona?...

—Me entristecía muchas veces el desamparo en que había quedado con mi ausencia una pobre mujer que vive en el patio de casa. ¡Oh!... deseaba volver pronto á la ciudad... por auxiliarla en sus enfermedades.

—¿Y solo por eso deseabais volver, hermana?

—Sí señor...

—¿O con ese motivo, apetecíais ver también... á alguna otra persona? de más simpatías para vos...

Y Horán aplicó el oído á la rejilla como para percibir mejor la contestación de Anjélica.

Esta, después de un momento de suspensión, murmuró con timidez:

—No comprendo á V. P.

Ardía el hipócrita por convencerse lo más pronto de que el corazón de Anjélica estaba aun libre de amor; y prosiguió:

—Ox he dicho, hermana, que ni en este lugar, ni en otro alguno, se debe hablar con mentira... Aquí no; porque os hallais en el tribunal de la penitencia, donde la verdad, el arrepentimiento, el dolor, la perfecta contrición, el propósito de la enmienda, son indispensables para que la confesión surta sus saludables efectos en vuestra alma, enferma actualmente con la práctica de nocivas acciones y de perniciosos pensamientos... No en otra parte, porque la mentira está prohibida por Dios, y puede producir consecuencias funestas... No por esto repruebo el falsiloquio que nos ha enseñado N. P. S. Francisco, cuando valiéndose de una piadosa estratajema, respondió á la pregunta que se le hizo por los que andaban en busca de unos ladrones... Pero debo advertiros, hermana, que en este lugar ni el falsiloquio es permitido. Todo lo que sea disfrasar un hecho, callar una circunstancia por indiferente que parezca, es un gravísimo pecado, por cometerse en el tribunal de la verdad.

—Lo creo así, señor.

—Esto supuesto, hermana mía principiad vuestra confesión —y añadió para sí— Tengamos paciencia.

Anjélica reflexionó un instante sobre el modo con que se acusaría sus culpas; y para hacerlo con método, abrió inocentemente su cotidiano, por la página que empieza: "Examen de conciencia".

—¿Qué hacéis?— la interrogó Horán.

—Me he examinado por este cotidiano... y para acusarme según el orden que prescribe...

—Dejad ese libro, hermana —la interrumpió Horán— Yo os aborrearé el trabajo de que os guieis por ese método, haciéndoos preguntas claras...

para que, según vuestra conciencia, me déis contestaciones claras también... es decir, que expresen vuestra culpa en toda su extensión, bajo todas sus circunstancias... ¿Entedéis?...

—Si señor.

Y con el objeto de ir adquiriendo más familiaridad con la joven, Horán se resolvió á tutear á Anjélica desde aquel instante, persuadido de que la autoridad de confesor le permitía esta libertad.

—Hermana mía— y azechó por entre las rejas la impresión que causaba en Anjélica su nuevo lenguaje —Emperaremos hoy por la parte más notable de tu vida... á fin de que puedas recordar más fácilmente las circunstancias que antecedieron á ella... Bien: en la actualidad ¿amas como debes á tus padres?... ¿no están disgustados de tu conducta, de tu jenio, de algún secreto que les has ocultado?...

—Los amo y los venero, y á cada instante recibo las más tiernas pruebas de su afecto —contestó Anjélica— Si les he ocultado alguno de mis procedimientos, lo he hecho con la convicción de que ni á Dios ni á ellos ofendía con él.

—Pero á mí nada debes ocultarme. ¿De qué procedimiento tuyo quieres hablar?

—Varias veces he visitado sin permiso de mis padres, á una pobre mujer, que ocupa en casa un cuarto bajo.

—¿Crees que te lo negarían, caso de que se lo pidieses?

—Si señor: á lo menos mi madre...

—¿Y esa mujer de que te habla? ...¿Cuál es su conducta?...

—Irreprochable.

—Jurgo que tu madre no querrá que visites ni á esa pobre mujer, ni á tra alguna, por temor de que corrompan tu corazón...

—¿Y cómo puede corromperse mi corazón escuchando solo las miserias y una vida destituida de auxilios para continuar subsistiendo?...

—Evitemos reflexiones que no son del caso. ¿No has recibido cartas y personas de otro sexo por mano de esa mujer?...

—He recibido señor... pero...

—¡Cartas!... —exclamó Horán sin poder disimular la fuerte impresión que esas pocas palabras le causaban— ¿cartas! ¿esa mujer te daba cartas de hombres?

—No, padre mío. yo he recibido algunas pero no por su mano.

—¿Quién te las enviaba?

—Lo ignoro...

—¿Y qué objeto tenían?... —preguntó el hipócrita conociendo que se trataba de las que él le dirigía por medio de Julián.

—Aconsejarme, exhortarme al arrepentimiento, manifestando mucho interés por mi bienestar... y...

—¿Sin duda que no lo ignorarán tus padres?... ¿Estarán impuestos cuanto se te escribe?... ¿Y cuál es su juicio acerca de ello?

—Al ver dentro de una de las cartas un documento de cien peos, que mis padres habían otorgado á favor de un caballero que les proporcionó esa cantidad, no pude ya callar les mostré todas las que había recibido y les revelé el modo misterioso que habían adoptado para dirigírmelas: yo no sé cómo iban ponerlas en mi canasta de costuras sin ser vistos de nadie. Después

de su primera impresión, que fué la de una gran sorpresa, resolvieron mis padres que yo cumpliera fielmente los consejos de mi desconocido protector...

—¿Y tú, hermana mía?...

—También me decidí...

—Y con mucha razón repuso Horán con íntima complacencia. —Era preciso carecer de todo sentimiento de gratitud para no proceder según los consejos de una persona, que ocultando su nombre, ocultaba también el beneficio que hacía á los ojos de los extraños... tanto más digna de estima cuanto que sus fines eran santos.

—¿Es decir, que ha sido buena mi conducta? —balbució Anjélica.

—Sí, hija mía, has obrado como debías.

—Me habían dicho que desconfiara...

—La persona que tal te dijo, no quería tu bien...

Anjélica calló un instante.

—Horán notó que sus últimas palabras no habían sido bien recibidas.

—¡No!... ¡es imposible! —exclamó la jóven.

—¿Qué quieres decir, hija mía?...

—Las personas que me aconsejan desconfiar... ¡oh!... ¡han sufrido mucho!

—Y sin embargo de esos consejos perniciosos, ¿no experimentas algún sentimiento de gratitud hacia tu benefactor?...

—Sí, sí señor...

—¿Y si llegases á conocerlo personalmente?

—Le haría ver que soy agradecida.

—Estás obligada á ello —dijo Horán.

Y dentro de sí añadió con orgullo:

—Mis medidas han correspondido á mis esperanzas. Puedo decir que por esta parte me hallo compensado de mis fatigas... Mañana me descubriré...

La hija de Juan Bautista esperaba en silencio nuevas preguntas, para responder á ellas con su acostumbrada sinceridad.

Su corazón estaba tranquilo. A pesar de que en el templo, no existían más personas que ella y Horán, no temía nada.

—Y prescindiendo de ese incógnito —dijo Horán lentamente, con voz clara, pero con cierta agitación interior... —¿no sientes tal vez otros recuerdos gratos... al traer á la memoria alguna otra persona de diferente sexo al tuyo... Contéstame... contéstame...

Y fijaba los ojos en Anjélica, como para adivinar hasta los secretos movimientos de su corazón.

Con ese brusco y repetido mandato Anjélica se estremeció involuntariamente; pero contestó con voz firme

—Conozco á un jóven... y siento hacia él una inclinación desconocida

—¿Lo amas!... ¿no es verdad? —le preguntó Horán temblando y retorciéndose los dedos.

—Señor... sí... pero... balbució Anjélica.

—¡Infeliz! —exclamó Horán con voz de trueno, levantándose violentamente.

—Su eco se reprodujo de un modo lúgubre por todos los ángulos del templo.

—Pero mi amor hacia ese joven es tan puro como el que profeso á mis padres —añadió Anjélica con naturalidad, y sin asustarse por la estentórea reclamación de Horán.

—¡Infeliz! —repitió el hipócrita, desplomándose sobre el asiento del confesonario y llevándose ambas manos al corazón.

—¿Seré culpable por una inclinación tan inocente?... —replicó Anjélica.

—¡Calla!... ¡calla!... —barbotó Horán.

—¡Dios mío!... —murmuró Anjélica volviéndose hacia el tabernáculo. —Yo no he creído ofenderos, alimentando en silencio el afecto que ese joven me inspira... Si ese afecto es una pasión que condenáis, si no debe sentirse... ¡Dios mío!... perdonadme... y perdonad también á Doloritas...

—Hija... —dijo Horán levantándose con trabajo del confesonario— en mañana... más temprano que hoy...

Y encontrándose sin la suficiente serenidad para continuar interrogándola se caló la capucha y salió de la iglesia

Pálido de despecho estaba Horán al tocar la puerta de su celda.

Julián la abrió al instante.

La horrible fiera, hambrienta de venganza, se lanzó sobre el tímido estudiante, y sacudiéndolo de los brazos, lo arrojó lejos de sí, clamando con acudo tono:

—¡Imbécil!... ¡Aguardaste que tocara la puerta para abrir!...

—Así me encargó U... —murmuró Julián temblando de pies á cabeza.

—¡Y aún me replica el atolondrado!— exclamó su maestro rechinando los dientes— ¡Veamos la lección! Fuerza es que hayas estado muy contraído, puesto que no me has oído tocar...

El estudiante dió con mano trémula sus cuadernos á Horán: asustado, cruzó los brazos sobre su pecho, y con el insoportable sonsonete propio de los conventos empezó á declinar el poesivo Cujas cujatis, sin la pronunciaci3n que al hablar latín acostumbra darse á la jota en los países españoles.

—¡Con su respectivo castellano! —gritó Horán buscando pretextos para esfogar su cólera.

—El estudiante mudando de colores balbució:

—Singular. Nominativo: Cujas... les cojas...

—¡De qué país!... ¡animal! —gritó el maestro tirando los cuadernos á la cara de su discípulo; y golpeando las puertas contra las paredes, bramando como un tigre, entró en su gabinete.

Enjugándose sus lágrimas y recojiendo sus cuadernos, Julián murmuraba:

—¿Cómo sabré yo el significado de Cujas, si no me lo explica?... Yo soy adivino....

CAPITULO V

EL AGRADECIMIENTO

Las facciones de Anjélica apenas se habían alterado con las exclamaciones de Horán: su corazón estaba sosegado; y sus miradas revelaban la tranquilidad de su inocente alma.

Al bajar las pocas escaleras del templo se encontró con su madre.

—¿Cómo te has tardado hija mía!... —le dijo Paulina— ¡Haberte enviado sola!...

—¿Por eso tenía U. cuidado?

Aunque la señora Brijida me decía que no tenía razón para inquietarme...

—¿Estuvo en casa?

—Un momento... —y abriendo los ojos con admiración, añadió. ¿No sabes hija mía?

—¿Qué cosa, mamá?...

—Lo que por ironía llaman hoy esos jovencitos impíos: "la revolución cristiana"...

—¿La revolución cristiana?

—Sí... ese dictado le dan al levantamiento del pueblo... Pues hija, en una tabla hemos salvado... Por boca de la señora Brijida, acabo de saber, que realmente ese impío Arbe, como nos lo indicó Tomás, había tenido la desvergüenza de hacer un busto parecido á la adorada efígie!... ¡Muy bien hecho que los del pueblo lo hayan despedazado!... De este modo los Padres de San Francisco, han podido ya consentir en devolver á los canónigos el Señor de los Temblores... ¡Infeliz de este pueblo, si llega á dejarse arrebatar tan milagrosa imagen!...

—Dicen que en esa noche —balbució Anjélica— hubo robos y muertes.

En la misa que oí esta mañana, rogué por el alma de ese pobre bordador...

—¿Algún bordador murió también?...

—Sí... y muchos hombres salieron heridos... ¡Ah!... También al pobre don Tadeo... ¡Dios lo haya perdonado! lo mataron después de robarle su plata... Todas estas noticias, me las ha comunicado la señora Brijida, aunque muy de carrera, porque se ha ido á toda prisa á dejar unas pistolas que le habían prestado...

—¿Unas pistolas?...

—¿Te sorprendes, hija mía?... En semejantes casos, las mujeres debemos presentarnos con valor... lo mismo que los hombres... como unos soldados del ejército cristiano!...

Antes de subir las escaleras de la casa, Anjélica pidió permiso á su madre para visitar un instante á Casimira.

—No estés mucho rato con ella —le dijo Paulina— piensa como quiere el compadre Carmona... yo me temo, que esa mujer esté traspasada de tisis.

Anjélica entró en la habitación de la hilandera. Por la enfermedad de que adolecía y principalmente por la insalubridad del cuarto, el aspecto de Casimira era el de un cadáver.

¡debilidad apenas la permitía sostenerse en pié. En lugar de un vestigado, cubríanle su cuerpo algunos andrajos.

Casimira dió un paso fuera de su cama; y apoyándose en la pared su húmeda frente en los ennegrecidos adobes... Fuertes vahidos la rian.

Anjélica se acercó con interés á la hilandera, y la contempló por un tomándole las manos.

costumbrada Casimira á que su joven amiga la visitara todas las mañuy temprano, estaba resentida porque aquel día no lo había hecho más de las dos de la tarde.

Apoyándose siempre en la desigual pared la hilandera se arrodilló rmar un atado de su pobre cama.

—Casimira... ¿qué vas á hacer?... —le preguntó al fin Anjélica.

La hilandera volviendo con calma la cabeza murmuró:

—¡Ah! ¿estabas aquí?...

—Rato há...

—Bien puede ser... Como me dió un fuerte vahido...

—¿Cuándo te reclinaste en la pared?...

—¡Oh!... estoy muy débil... Se me vá la cabeza... —dijo la hilan-
tándose en su cama y ocultando la cara entre sus manos.

—No debías haberte levantado...

—Como pienso irme...

—¿Y á donde... Casimira?

—Al otro mundo.

—¡Oh! penando siempre en morir...

—¿Y una enferma, pobre... en qué puede, en qué debe pensar?...
vir?... ¡Oh! ese es un sueño.

—¿Vino el médico?...

—Si... pero... Anjélica no vino esta mañana...

—¿Estabas resentida conmigo?... ¡Oh! por la mañana no pude bajar,
e mi padre se halla en mi cuarto... No obstante, antes de salir encar-
Pascualita, que te trajera tu caldo...

—Si... ya lo tomé... Estás disculpada —balbució Casimira dirigiendo
jélica una mirada llena de afecto.

—Estuvo también en casa de Calixto: hé aquí el importe de tus hilos—
ó la joven entregándole unos pocos reales.

—Para que se me diga una misa de requiem —murmuró la hilandera
cómo está su familia?...

—Teresa y su hijita ya están buenas... Pero... ¡oh! —exclamó Anjé-
on dolor —he salido de esa casa con el corazón destrozado... Carlota me
ntado sus desgracias... Quizá ha encontrado ya á su padre...

—Y con todo— dijo Casimira con distracción— no puede haber perso-
nás desventurada que yo... En fin, pronto concluirá tanta angustia...
io te molestaré, hija mía, con mis frecuentes quejas... Pero —añadió to-
do la mano de Anjélica —tú rogarás a Dios por mí... ¿no es verdad?...
oraciones de Anjel me sacarán pronto del Purgatorio.

Mucha fé, mucha sencillez e notaba en la expresión de la hilandera al
no tiempo que mucho deseo de morir.

Anjélica, que no podía escuchar con serenidad tales anuncios porque
... en silencio las heladas manos de la hilandera;

y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Si... —prosiguió la enferma— tú orarás; por mí para que salga pronto del Purgatorio... Porque padecer todavía allá después de haber sufrido tanto aquí... ¡Oh!... ¡no puede ser!... sería injusto... ¿no es verdad, hija mía?... Si... si... Dios se compadecerá de mí...

—Dios se compadecerá de tí... irás al cielo... porque tú eres buena... Si algo de malo has practicado o ha sido en fuerza de tu miserable situación... por maldad de los hombres.

Casimira oía las palabras de Anjélica con ojos centellantes y llenos de esperanza dulce que hinche el pecho de júbilo, y ensancha el corazón.

—¡Tus palabras me consuelan!... —exclamó la viuda— se derraman sobre mi alma adolorida para sanarla... para darle nueva vida... ¡Oh! esa vida de bienaventuranza que ha ofrecido Dios á los que padecen en la tierra...

—Pero Casimira, no te entregues tanto á esas ideas... Hablas de la muerte con una indiferencia...

—Es porque yo no tengo interés en la vida... Una existencia como la mía, no solo cansa, sino que abrumba...

—Hablemos de otra cosa, Casimira —la interrumpió Anjélica.

—Bien... Te participaré la última indicación del médico...

—¿Qué ha dicho?...

—Que salga de este cuarto tan malsano... y á fin de ser mejor medicada, me recoja hoy mismo al hospital.

—¿Y qué has resuelto tú?...

—¿Qué puedo resolver? me iré al hospital —respondió sonriéndose amargamente la hilandera. —De San Andrés á su panteón no hay más que un paso... estaré cerca.

—¡Casimira!...

—La indicación del médico quiere decir... "vete aproximando al Campo Santo porque ya llega tu hora"... Yo le agradecí mucho el consejo... menos trecho caminará mi cuerpo en ajenos brazos... ¿No te parece hija mía?

Anjélica no contestó... Estaba muy conmovida.

—El mismo señor Carmona me ha traído la papeleta del Director de Beneficencia para que me reciban en San Andrés— prosiguió la hilandera— También me dijo que al toque de oraciones me enviaría dos hombres á fin de que me lleven cargada, caso de que no pueda andar... Por todo, por todo le estoy muy agradecida á ese buen señor... Y tú, querida hija ¿no irás á verme?... Pocos viajes tendrás que hacer... porque yo, cabo de vela, me voy á apagar pronto...

Enjugándose sus hermosos ojos salió Anjélica del cuarto de Casimira y subió lentamente las escaleras: al entrar en su obrador encontró á su madre tejiendo con mucho empeño unas medias de hilo azul.

—Hija mía— la dijo Paulina —es preciso que obsequies algo á tu confesor. Un par de calcetas finas por lo pronto... en ocho días podemos acabarlas, si trabajamos juntas.

Y se interrumpió al oír pasos en la puerta del cuarto.

Con gran sorpresa de Anjélica se le presentaron de repente Calixto, Carlota y su anciano padre.

La primera vez que os ví en el Templo —dijo Simeón con acento convido— experimenté un profundo pesar... porque fué muy vivo el recuerdo entonces hice de mi esposa y mis hijas... os veo por segunda vez... ni reconocimiento hacia vos no puede expresarse con palabras...

¡Su reconocimiento!... —murmuró Paulina con sorpresa.

Carlota abrazaba con ternura á la hija de Juan Bautista y derramando lágrimas de gozo le decía:

—Me ha devuelto U. á mi padre mírelo U. ¡es mi padre!... ¡oh!... los se lo pague á U.!

—Sí... es mi tío— añadió Calixto dirigiéndose á Paulina. —Acabamos encontrarle... y después de Dios á su hija de U. le debemos este prodigio.

—No comprendo nada de lo que dicen —balbució Paulina— ¿Y tú hija?...

Anjélica apenas pudo contestar á su madre con una mirada llena de rúrosa turbación.

En extremo conmovida escuchaba en silencio á Carlota y á Calixto, que manifestarle su gratitud con las palabras más tiernas le hacían experimentar un gozo que aún no conocía.

Anjélica refirió en fin á su madre las circunstancias que habían antecedido á la aparición de aquella familia en su casa.

—¿Y por eso te tardaste...?— murmuró Paulina.

—Dispensadla mi buena señora —repuso el anciano con expresión del más sincero reconocimiento— dispensadla... ¡Es tan dulce hacer bien, que cuando nos llega la ocasión no pensamos en las faltas en que podemos incurrir al favorecer á otros... —y sentándose en el escaño, prosiguió— Vuestra hermosa, vuestra excelente hija acaba de hacerme el bien más grande que puede apetecer un miserable mortal... ¡Devolver á un padre la hija que nunca más creyó volver á ver!... ¡qué no había visto en treinta y cuatro años!

—Si —exclamó Carlota con exaltación —¡dar padre á una infeliz que yo lo conocía... ni sabía que existiese!

Anjélica se abandonaba á los impulsos de un placer celestial.

—Gózese U. en su obra, buen anjel de guarda, como la llama á U. señora— dijo Calixto aproximándose á Anjélica. —Mire U. la ternura con que mi prima contempla á su padre con el semblante bañado en dulcísimas lágrimas.

¡Ven hija mía!... ¡abrázame por segunda vez!... —exclamó Simeón dirigiendo á Carlota sus huesosos brazos.

Carlota se arrojó á ellos y excesivamente conmovida no podía articular una palabra.

El padre y la hija parecían querer cambiar sus almas, confundirlas en el mismo entusiasmo, en una misma emoción, en un mismo amor!

Las secas mejillas de Simeón se sonrosaron como las de su hija: su blanda frente brilló llena de paternal majestad y los ojos de ambos replanecieron animado por el más puro gozo.

En ese instante consideraban como una felicidad el haber dejado de ser por 34 años: las santas caricias de que uno á otro se colmaban hacían desaparecer ese largo intervalo de tiempo.

Participando Anjélica de la eléctrica sensación que sacudió todos los

—¡Oh!— exclamó con el semblante bañado de púrpura. —¡Oh!... ¡nunca he sentido tanto placer!

—En fin... —balbució Simeón enjugando sus lágrimas de gozo —á esa hermosa niña debemos este inefable momento, hija mía... la ternura y el reconocimiento... me enmudecen; y solo puedo bendecir la voluntad de Dios en lo más íntimo de mi corazón.

—¡Sí, padre mío! —exclamó Carlota volviéndose hacia Anjélica. —Era preciso que la voluntad de Dios se manifestase por la boca de un ángel.

—Y tomando las manos de Anjélica y fijando sus brillantes ojos en el hechicero rostro de la joven, añadió: Ahora le perdono á U. el que no me haya dejado morir...

Estas palabras alarmaron á Paulina:

—¡Qué!— dijo ella— ¿mi hija?... ¿mi hija?... ¿Con qué motivo?...

—Su hija de usted es un tesoro.

—Pues... ¿x entonces?... balbució Paulina encojiéndose de hombros...

—Un día se vió mi prima atacada en mi casa por un fuerte desmayo— dijo Calixto á Paulina. —Su hija de U. llegó á ese tiempo y nos proporcionó la asistencia del señor Carmona, que...

—Ya estoy— dijo Paulina alegremente. —El compadre me lo ha referido todo con gran misterio, en una de las mañanas que vino á visitar á la hilandera...

—Un motivo más para nuestro reconocimiento— repuso Calixto— por su hija de usted hemos tenido la fortuna de conocer á ese buen señor, tan humano como jeneroso...

—Vamos, hija mía —dijo Simeón levantándose lentamente. —Los agradecimientos, cuando no son bien expresados, pueden llegar también á fastidiar.

—Y mortificar á los corazones sensibles —añadió Carlota dirigiendo una dulce mirada á Anjélica.

—Hemos cumplido con un deber y satisfecho nuestro comun deseo —murmuró Calixto adelantándose á tomar la mano de su anciano tío, que necesitaba de apoyo.

—Vamos, hija mía —dijo Simeón á Carlota, é inclinándose respetuosamente delante de Paulina, añadió— Señora, recibid nuevamente mis agradecimientos, y mis sinceras felicitaciones por ser madre de una niña tan virtuosa como amable, tan sensible como bella.

—Muchas gracias...

Carlota abrazó á Anjélica, y muy á pesar suyo no pudo imprimir sus labios en las manos de la jóven.

—No Carlota, no puedo consentirlo. Nada he hecho para merecer tales muestras de gratitud.

—¡Mucho!... ¡mucho!...

—Pues también yo debo pretender de U. el mismo favor.

—¿Y la razón?

—Socorrió U. mi madre...

—¿Qué me socorrió á mí?... —murmuró Paulina.

—Sí, mamita...

—O estoy muy torpe... ó no se explican bien... —dijo Paulina.

—Mamá, el día de mi nacimiento la acompañaba á U. Carlota...

—Y su hermana Patricia —añadió Calixto.

—¡Mis hijas! —exclamó Simeón, súbitamente herido por su dolorosos
cerdos.

Y tuvo que apoyarse en los hombros de Calixto para no caer.

—Por evitar esta aflicción quería yo callar balbució Carlota mirando
ternura á su padre.

—¿Será cierto lo que he oído?... —se dijo Paulina— ¿cómo no las ha
o desde entonces?...

—Asistimos á U. por súplicas de Casimira —repuso Carlota— Segura-
te no habrá U. olvidado el susto que nos ocasionó la mudita, robándose á
ecién nacida...

—Sí... es verdad... Ya hago memoria.

—Pascualita nos mira —dijo Anjélica haciendo señas á la mudita; pues
allaba observando desde la puerta cuanto pasaba en el obrador.

—La mudita se retiró en el principio, pero después entró con el sem-
te tan alegre como siempre.

Al instante reconoció á Carlota y movió sus labios como para salu-
a.

—Vamos, hija mía— repitió Simeón— necesito depositar mis penas en
echo.

—¿Y en qué parte viven UU.? —preguntó Paulina.

—Después de consultar á Fray Lucas y pedir permiso al P. Guardián
puso el anciano— pienso retirarme á vivir con mi hija...

—En el "asilo de los pesares", como decía mi querida Mercedes—
lló Carlota exhalando un hondo suspiro.

—¿Dónde viene á estar eso?... —murmuró Paulina viendo retirarse á
familia de Simeón.

FIN DE LA PARTE SEPTIMA

Esta obra se acabó de imprimir
El día 19 de Setiembre de 1958
en los Talleres Gráficos de la
Edit. H. G. Rozas S. A.
CUZCO — PERU